
ROSE GATE
PEREZA
SERIE KAPITAL SIN
DONDE HUBO FUEGO,
SIEMPRE HABRÁ PECADO

PEREZA

Donde hubo fuego,
siempre habrá pecado



Rose Gate

©Octubre 2023

Todos los derechos reservados, incluidos los de reproducción total o parcial. No se permite la reproducción total o parcial d este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión, copiado o almacenado, utilizando cualquier medio o forma, incluyendo gráfico, electrónico o mecánico, sin la autorización expresa y por escrito de la autora, excepto en el caso de pequeñas citas utilizadas en artículos y comentarios escritos acerca del libro.
Esta es una obra de ficción. Nombres, situaciones, lugares y caracteres son producto de la imaginación de la autora, o son utilizadas ficticiamente. Cualquier similitud con personas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones es pura coincidencia.

Diseño de cubierta: H. Kramer
Corrección: Noni García

Índice

AGRADECIMIENTOS
GLOSARIO
INTRODUCCIÓN
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
CAPÍTULO 59
CAPÍTULO 60
CAPÍTULO 61
CAPÍTULO 62
CAPÍTULO 63
CAPÍTULO 64
CAPÍTULO 65
CAPÍTULO 66
CAPÍTULO 67
CAPÍTULO 68
CAPÍTULO 69
CAPÍTULO 70
CAPÍTULO 71
CAPÍTULO 72
CAPÍTULO 73
CAPÍTULO 74
CAPÍTULO 75
CAPÍTULO 76
CAPÍTULO 77
CAPÍTULO 78
CAPÍTULO 79
CAPÍTULO 80
CAPÍTULO 81
EPÍLOGO 1
EPÍLOGO 2
EPÍLOGO 3

EPÍLOGO 4
LA AUTORA
BIBLIOGRAFÍA

Agradecimientos

Cuando conocí a Ray, porque me lo presentó Raven, supe de inmediato que este personaje iba a ganarse un lugar en mi corazón. No solo por su carisma, sino por la manera en cómo ve la vida.

Dicen que hay personas amarillas, que son aquellas que encuentras en algún momento y, sin más, te cambian la vida. Sin lugar a duda Ray Wright es un amarillo.

Y era necesario, un personaje como él, para aligerar la carga emocional de este libro, que es mucha.

Vamos a sumergirnos en el oscuro mundo de las maras, de ese grupo de pandilleros adoradores del diablo, que nos llevaran de la mano para conocer un mundo oscuro, violento, en el que nadie querría verse envuelto.

Esta es una serie de Dark Romance, y en este libro los contenidos sensibles son muchos. Entiendo que no sea para todo el mundo, así que si no te gustan este tipo de libros, con escenas explícitas, tramas truculentas, no sigas leyendo, porque puede que no lo disfrutes.

Gracias a mi familia siempre, por cederme el espacio que necesito y comprender mis ausencias dentro de mi propia casa.

A mis ceros, que lo han pasado realmente mal en algunas escenas y partes de la trama. Nani, Vane, Irene y Jean. Gracias por vivirla junto a mí, sé que en ocasiones algunas habéis tenido que tragar con fuerza, así que millones de gracias.

A Noni, Marisa y Sonia, como dijo Marisa, esta historia es de las que producen vértigo. Una montaña rusa de emociones en la que montarse es un riesgo. Gracias por ser tan geniales.

A Kramer porque cuando me presentó la primera portada y se la derrumbé, persistió hasta que conseguimos algo superior, gracias por tu magia.

A Tania, que siempre está aunque nos separen kilómetros de distancia. Te quiero mil.

A Noe, Maca y Lau, quienes han visto a Bruce Willis aparecer por el SKS y la han gozado junto a mí, capítulo a capítulo..

A Christian @surfeandolibros, Sandra @libro_ven_a_mi, Ángeles, Adriana @mrs.svetacherry Marcos @booksandmark, Henar @clubdelecturaentrelibros, Luisa @literaliabooks, Andrea @andreabooks, Yole @el_rincon_dela_yole, y todos los bookstagramers con los que hablo que tanto me aportáis y que siempre sumáis.

A mis chicas de La Zona Mafiosa, Clau, Anita, que sois unas cracks.

A Mari Hoyos, Adriana Freixa, Noe Frutos, Rocío, Mada, Edurne Salgado, Eva Suarez, Bronte Rochester, Piedi Lectora, Elysbooks, Maca (@macaoremor), Saray (@everlasting_reader), Vero (@vdevero), Akara Wind, Helen Rytkönen, @Merypoppins750, Lionela23, lisette, Marta (@martamadizz), Montse Muñoz, Olivia Pantoja, Rafi Lechuga, Teresa (@tetebooks), Yolanda Pedraza, Ana Gil (@somoslibros), Merce1890, Beatriz Ballesteros. Silvia Mateos, Arancha Eseverri, Paulina Morant, Mireia Roldán, Garbiñe Valera, Silvia Mateos, Ana Planas, Celeste Rubio, Tamara Caballero, Toñi, Tamara.

A todos los grupos de Facebook que me permiten publicitar mis libros, que ceden sus espacios desinteresadamente para que los *indies* tengamos un lugar donde *spamear*. Muchas gracias.

A todos aquellos lectores que siempre dejáis vuestro nombre bajo el *post* de Facebook o Instagram:

Lucía Soto, Zaraida Méndez, Laura (mowobooks), Mónica (elrincondeleyna), eli.p.r, Lucía Moreno, Isabel García, María Marques, Cati Domenech, @booksbyclau, Nieves Nuria, @sara_cazadoradelibros, Maria Amparo Lorente Navarro, Sandra Ruiz, Evelyn Lima, Ana, y cruzando los dedos, Manuela Molina, Inma Bretones, Lory G, @leerconverynia, Meghan Salvador Ibáñez, Mina, Pilisanchezurena, yudith.hernandezdeyepez, Kevin Fuertes, Josep Fibla, María Victoria Lucena Peña, Gloria Cano, Nieves Muñoz, María Rubio, Gemma Pastor, @luciaanddogs, Mireia tintaypluma, Ana Moreno, Desi, Flori, 6lanca, Athene_mc, Tere Lafuente, Marijopove, Ana Paula Sahagun, Toñy Gómez, Isabel Guineton, Jennifer Escarez, Teresini, marianitacolon, Laura @7days7books, Gema Guerrero, Beatriz Maldonado Perona, Lucía Ruiz, Vanesa Rodríguez, Mariana Colón, Sylvia, Cris Bea López, Ana M.M., Beatriz Sánchez, Diana García, Yaizza Jiménez, Edurne Ruiz, Nira (lecturasdenira), Laura071180, Betsabe, Mery (elrinconcitode_mery), belloisamary04, Liletty, Menchu, Fimedinai, Sonia p. Rivero, Isabel Guardia, Cecilia, @irenita19mm, @cris.bealopez, @angela_fp16 Anuska, Valeria, Luz, Alicia Barrios, Mónica Rodrigues, Martina Figueroa, Nurha Samhan, Stephanie Lara, Sandra Rodriguez, Luz Anayansi Muñoz. Reme Moreno, Kathy Pantoja y al Aquelarre de Rose: Jessica Adilene Rodríguez, Beatriz Gómez Prieto, Gabi Morabito, Cristy Lozano, Morrigan Aisha, Melissa Arias, Vero López. Eva P. Valencia, Jessica Adilene Rodríguez, Gabi Morabito, Cristy Lozano, Morrigan Aisha, Melissa Arias, Vero López, Ainy Alonso, Ana Torres, Alejandra Vargas Reyes, Beatriz Sánchez, Alexandra Rueda, Almudena Valera, Cristina Tapia, May Fg, Andrea Bernardino Muñoz, Flori Gil, Lucia Pastor, Ana María Pereira Glez, Amelia Sánchez, Amelia Segura, Ana Cecilia Gutierrez, stylo barrio, Elena Perez, Ana de la Cruz, Ana Farfan Tejero, Kayla Rasquera Ruiz, Dolors ArtauAna FL y su página Palabra de pantera, Ana García, Ana Gracía Jiménez, Ana Guerra, Ana Laura Villalba, Ana María Manzanera, Ana Maria Padilla, Ana Moraño, Ana Planas, Ana Vanesa María, Anabel Raya, Ángela Martínez, Ale Osuna, Alicia Barrios, Amparo Godoy, Amparo Pastor, Ana Cecilia, Ana Cecy, Ana de la Cruz Peña, Ana Maria Aranda, Ana María Botezatu, Ana Maria Catalán, Ana María Manzanera, Ana Plana, Anabel Jiménez, Andy García, Ángela Ruminot, Angustias Martin, Arancha Álvarez, Arancha Chaparro, Arancha Eseverri, Ascensión Sánchez, Ángeles Merino Olías, Daniela Mariana Lungu, Angustias Martin, Asun Ganga, Aurora Reglero, Beatriz Carceller, Beatriz Maldonado, Beatriz Ortiz, Beatriz Sierra Ponce, Bertha Alicia Fonseca, Beatriz Sierra, Begoña Llorens, Berenice Sánchez, Bethany Rose, Brenda González, Carmen Framil, Carmen Lorente, Carmen Rojas, Carmen Sánchez, Carola Rivera, Catherine Johanna Uscátegui, Cielo Blanco, Clara Hernández, Claudia Sánchez, Cristina Martin, Crusi Sánchez Méndez, Chari Guerrero, Charo Valero, Carmen Alemany, Carmen Framil, Carmen Pérez, Carmen Pintos,

Carmen Sánchez, Catherinne Johana Uscátegui, Claudia Cecilia Pedraza, Claudia Meza, Consuelo Ortiz, Crazy Raider, Cristi PB, Cristina Diez, Chari Horno, Chari Horno Hens, Chari Llamas, Chon Tornero, D. Marulanda, Daniela Ibarra, Daniela Mariana Lungu Moagher, Daikis Ramírez, Dayana Lupu, Deborah Reyes, Delia Arzola, Elena Escobar, Eli Lidiniz, Elisenda Fuentes, Emirsha Waleska Santillana, Erika Villegas, Estefanía Soto, Elena Belmonte, Eli Mendoza, Elisabeth Rodríguez, Eluanny García, Emi Herrera, Enri Verdú, Estefanía Cr, Estela Rojas, Esther Barreiro, Esther García, Eva Acosta, Eva Lozano, Eva Montoya, Eva Suarez Sillero, Fati Reimundez, Fina Vidal, Flor Salazar, Fabiola Melissa, Flor Buen Aroma, Flor Salazar, Fontcalda Alcoverro, Gabriela Andrea Solis, Gemma Maria Párraga, Gael Obrayan, Garbiñe Valera, Gema María Parraga , Gemma Arco, Giséle Gillanes, Gloria Garvizo, Herenia Lorente Valverde, Inma Ferreres, Inma Valmaña, Irene Bueno, Irene Ga Go, Isabel Lee, Isabel Martin Urrea, Itziar Martínez , Inés Costas, Isabel Lee, Itziar Martínez López, Jenny López, Juana Sánchez Martínez, Jarroa Torres, Josefina Mayol Salas, Juana Sánchez, Juana Sánchez Martínez, Juani Egea, Juani Martínez Moreno, Karito López, Karla CA, Karen Ardila, Kris Martin, Karmen Campello, Kika DZ, Laura Ortiz Ramos, Linda Méndez, Lola Aranzueque, Lola Bach, Lola Luque, Lorena de la Fuente, Lourdes Gómez, Luce Wd Teller, Luci Carrillo, Lucre Espinoza, Lupe Berzosa, Luz Marina Miguel, Las Cukis, Lau Ureña, Laura Albarracin, Laura Mendoza, Leyre Picaza, Lidia Tort, Liliana Freitas, Lola Guerra, Lola Gurrea, Lola Muñoz, Lorena Losón, Lorena Velasco, Magda Santaella, Maggie Chávez, Mai Del Valle, Maite Sánchez, Mar Pérez, Mari Angeles Montes, María Ángeles Muñoz, María Dolores Garcia, M Constancia Hinojosa, Maite Bernabé, Maite Sánchez, Maite Sánchez Moreno, Manuela Guimerá Pastor, Mar A B Marcela Martínez, Mari Ángeles Montes, Mari Carmen Agüera, Mari Carmen Lozano, María Camús, María Carmen Reyes, María Cristina Conde Gómez, María Cruz Muñoz, María del Mar Cortina, María Elena Justo Murillo, María Fátima González, María García , María Giraldo , María González , María González Obregón, Maria José Estreder , María José Felix Solis , Maria José Gómez Oliva , María Victoria Alcobendas , Mariló Bermúdez , Marilo Jurad, Marimar Pintor, Marisol Calva , Marisol Zaragoza, Marta Cb, Marta Hernández, Martha Cecilia Mazuera, Maru Rasia, Mary Andrés, Mary Paz Garrido, Mary Pérez, Mary Rossenia Arguello Flete, Mary RZ, Massiel Caraballo, May Del Valle, Mencía Yano, Mercedes Angulo, Mercedes Castilla, Mercedes Liébana, Milagros Rodríguez, Mireia Loarte Roldán, Miryam Hurtado, Mº Carmen Fernández Muñiz, Mónica Fernández de Cañete , Montse Carballar, Mónica Martínez, Montse Elsel, Montserrat Palomares, Myrna de Jesús, María Eugenia Nuñez, María Jesús Palma, María Lujan Machado, María Pérez, María Valencia, Mariangela Padrón, Maribel Diaz, Maribel Martínez Alcázar, Marilu Mateos, Marisol Barbosa, Marta Gómez, Mercedes Toledo, Moni Pérez, Monika González, Monika Tort, Nadine Arzola, Nieves López, Noelia Frutos, Noelia Gonzalez, Núria Quintanilla, Nuria Relaño, Nat Gm, Nayfel Quesada, Nelly, Nicole Briones, Nines Rodríguez, Ñequis Carmen García, Oihane Mas, Opic Feliz, Oana Simona, Pamela Zurita, Paola Muñoz, Paqui Gómez Cárdenas, Paqui López Nuñez, Paulina Morant, Pepi Delgado, Peta Zetas, Pilar Boria, Pilar Sanabria, Pili Doria, Paqui Gómez, Paqui Torres, Prados Blazquez, Rachel Bere, Raquel Morante, Rebeca Aymerich, Rebeca Gutiérrez, Rocío Martínez, Rosa Freites, Ruth Godos, Rebeca Catalá, Rocío Ortiz, Rocío Pérez Rojo , Rocío Pzms, Rosa Arias Nuñez , Rosario Esther Torcuato, Rosi Molina, Rouse Mary Eslo, Roxana-Andreea Stegeran, Salud Lpz, Sandra Arévalo, Sara Lozano, Sara Sánchez, Sara Sánchez Irala, Sonia Gallardo, Sylvia Ocaña, Sabrina Edo, Sandra Solano, Sara Sánchez, Sheila Majlin, Sheila Palomo, Shirley Solano, Silvia Loureiro, Silvia Gallardo, Sonia Cullen, Sonia Huanca, Sonia Rodríguez, Sony González, Susan Marilyn Pérez, Tamara Rivera, Toñi Gonce , Tania Castro Allo, Tania Iglesias, Toñi Jiménez Ruiz, Verónica Cuadrado, Valle Torres Julia, Vanesa Campos, Vanessa Barbeito, Vanessa Díaz , Vilma Damgelo, Virginia Lara, Virginia Medina, Wilkeylis Ruiz, Yojanni Doroteo, Yvonne Mendoza, Yassnalí Peña, Yiny Charry, Yohana Tellez, Yolanda Sempere, Yvonne Pérez, Montse Suarez, Chary Horno, Daikis Ramirez, Victoria Amez, Noe Saez, Sandra Arizmendi, Ana Vanesa Martin, Rosa Cortes, Krystyna Lopez, Nelia Avila Castaño, Amalia Sanchez, Klert Guasch Negrín, Elena Lomeli, Ana Vendrell, Alejandra Lara Rico, Liliana Marisa Scapino, Sonia Mateos, Nadia Arano, Setefilla Benitez Rodriguez, Monica Herrera Godoy, Toñi Aguilar Luna, Raquel Espelt Heras, Flor Guillen, Luz Gil Villa, Maite Bernabé Pérez, Mari Segura Coca, Raquel Martínez Ruiz, Maribel Castillo Murcia, Carmen Nuñez Córdoba, Sonia Ramirez Cortes, Antonia Salcedo, Ester Trigo Ruiz, Yoli Gil, Fernanda Vergara Perez, Inma Villares, Narad Asenav, Alicia Olmedo Rodrigo, Elisabet Masip Barba, Yolanda Quiles Ceada, Mercedes Fernandez, Ester Prieto Navarro, María Ángeles Caballero Medina, Vicky Gomez De Garcia, Vanessa Zalazar, Kuki Pontis Sarmiento, Lola Cayuela Lloret, Merche Silla Villena, Belén Romero Fuentes, Sandrita Martinez M, Britos Angy Beltrán, Noelia Mellado Zapata, Cristina Colomar, Elena Escobar Llorente, Nadine Arzola Almenara, Elizah Encarnacion, Jésica Milla Roldán, Ana Maria Manzanera, Brenda Cota, Mariló Bermúdez González, María Cruz Muñoz Pablo, Lidia Rodriguez Almazan, Maria Cristina Conde Gomez, Meztli Josz Alcántara, Maria Garabaya Budis, Maria Cristina Conde Gomez , Osiris Rodriguez Sañudo , Brenda Espinola, Vanessa Alvarez, Sandra Solano, Gilbierca María, Chanty Garay Soto, Vane Vega, María Moreno Bautista, Moraima selene valero López, Dalya Mendaña Benavides, Mercedes Pastrana, Johanna Opic Feliz, María Santos Enrique, Candela Carmona, Ana Moraño Dieguez, Marita Salom, Lidia Abrante, Aradia Maria Curbelo Vega, Gabriela Arroyo, Berenice Sanchez, Emirsha Waleska Santillana, Luz Marina Miguel Martin, Montse Suarez, Ana Cecy, Maria Isabel Hernandez Gutierrez, Sandra Gómez Vanessa Lopez Sarmiento, Melisa Catania, Chari Martines, Noelia Bazan, Laura Garcia Garcia, Alejandra Lara Rico, Sakya Lisseth Mendes Abarca , Sandra Arizmendi Salas , Yolanda Mascarell, Lidia Madueño, Rut Débora PJ, Giséle Gillanes , Malu Fernandez , Veronica Ramon Romero, Shirley Solano Padilla , Oscary Lissette, Maria Luisa Gómez Yepes, Silvia Tapari , Jess GR , Carmen Marin Varela, Rouse Mary Eslo, Cruella De Vill, Virginia Fernandez Gomez, Paola Videla, Loles Saura, Bioledy Galeano, Brenda Espinola,Carmen Cimas Benitez, Vanessa Lopez Sarmiento, Monica Hernando, Sonia Sanchez Garcia, Judith Gutierrez, Oliva Garcia Rojo, Mery Martín Pérez, Pili Ramos, Babi PM, Daniela Ibarra, Cristina Garcia Fernandez, Maribel Macia Lazaro, Meztli Josz Alcántara, Maria Cristina Conde Gomez, Bea Franco, Ernesto Manuel Ferrandiz Mantecón. Brenda Cota, Mary Izan, Andrea Books Butterfly, Luciene Borges, Mar Llamas, Valenda_entreplumas, Joselin Caro Oregon, Raisy Gamboa, Anita Valle, M.Eugenia, Lectoraenverso_26, Mari Segura Coca, Rosa Serrano, almu040670.-almusaez, Tereferbal, Adriana Stip, Mireia Alin, Rosana Sanz, turka120, Yoly y Tere, LauFreytes, Piedi Fernández, Ana Abellán, ElenaCM, Eva María DS, Marianela Rojas, Verónica N.CH, Mario Suarez, Lorena Carrasco G, Sandra Lucía Gómez, Mariam Ruiz Anton, Vanessa López Sarmiento, Melisa

Catania, Chari Martines, Noelia Bazan, Laura Garcia Garcia, Maria Jose Gomez Oliva, Pepi Ramirez Martinez, Mari Cruz Sanchez Esteban, Silvia Brils, Ascension Sanchez Pelegrin, Flor Salazar, Yani Navarta Miranda, Rosa Cortes, M Carmen Romero Rubio, Gema Maria Párraga de las Morenas, Vicen Parraga De Las Morenas, Mary Carmen Carrasco, Annie Pagan Santos, Dayami Damidavidestef, Raquel García Diaz, Lucia Paun, Mari Mari, Yolanda Benitez Infante, Elena Belmonte Martinez, Marta Carvalho, Mara Marin, Maria Santana, Inma Diaz León, Marysol Baldovino Valdez, Fátima Lores, Fina Vidal Garcia, Moonnew78, Angustias Martín, Denise Rodríguez, Verónica Ramón, Taty Nufu, Yolanda Romero, Virginia Fernández, Aradia Maria Curbelo, Verónica Muñoz, Encarna Prieto, Monika Tort, Nanda Caballero, Klert Guash, Fontcalda Alcoverro, Ana MªLaso, Cari Mila, Carmen Estraigas, Sandra Román, Carmen Molina, Ely del Carmen, Laura García, Isabel Bautista, MªAngeles Blazquez Gil, Yolanda Fernández, Saray Carbonell, MªCarmen Peinado, Juani López, Yen Cordoba, Emelymar N Rivas, Daniela Ibarra, Felisa Ballestero, Beatriz Gómez, Fernanda Vergara, Dolors Artau, María Palazón, Elena Fuentes, Esther Salvador, Bárbara Martín, Rocío LG, Sonia Ramos, Patrícia Benítez, Miriam Adanero, MªTeresa Mata, Eva Corpadi, Raquel Ocampos, Ana Mª Padilla, Carmen Sánchez, Sonia Sánchez, Maribel Macía, Annie Pagan, Miriam Villalobos, Josy Sola, Azu Ruiz, Toño Fuertes, Marisol Barbosa, Fernanda Mercado, Pili Ramos, MªCarmen Lozano, Melani Estefan Benancio, Liliana Marisa Scarpino, Laura Mendoza, Yasmina Sierra, Fabiola Martínez, Mª José Corti Acosta, Verónica Guzman, Dary Urrea, Jarimsay López, Kiria Bonaga, Mónica Sánchez, Teresa González, Vanesa Aznar, MªCarmen Romero, Tania Lillo, Anne Redheart, Soraya Escobedo, Laluna Nada, Mª Ángeles Garcia, Paqui Gómez, Rita Vila, Mercedes Fernández, Carmen Cimas, Rosario Esther Torcuato, Mariangeles Ferrandiz, Ana Martín, Encarni Pascual, Natalia Artero, María Camús, Geral Sora, Oihane Sanz, Olga Capitán, MªJosé Aquino, Sonia Arcas, Opic Feliz, Sonia Caballero, Montse Caballero, María Vidal, Tatiana Rodríguez, Vanessa Santana, Abril Flores, Helga Gironés,Cristina Puig, María Pérez, Natalia Zgza, Carolina Pérez, Olga Montoya, Tony Fdez, Raquel Martínez, Rosana Chans, Yazmin Morales, Patri Pg, Llanos Martínez, @amamosleer_uy, @theartofbooks8, Eva Maria Saladrigas, Cristina Domínguez González (@leyendo_entre_historia), @krmenplata, Mireia Soriano (@la_estanteria_de_mire), Estíbaliz Molina, @unlibroesmagia, Vanesa Sariego, Wendy Reales, Ana Belén Heras, Elisabet Cuesta, Laura Serrano, Ana Julia Valle, Nicole Bastrate, Valerie Figueroa, Isabel María Vilches, Nila Nielsen, Olatz Mira, @marta_83_girona, Sonia García, Vanesa Villa, Ana Locura de lectura, 2mislibrosmisbebes, Isabel Santana, @deli_grey.anastacia11, Andrea Pavía, Eva M. Pinto, Nuria Daza, Beatriz Zamora, Carla ML, Cristina P Blanco (@sintiendosuspaginas), @amatxu_kiss, @yenc_2019, Gabriela Patricio, Lola Cayuela, Sheila Prieto, Manoli Jodar, Verónica Torres, Mariadelape @peñadelbros, Yohimely Méndez, Saray de Sabadell, @littleroger2014, @mariosuarez1877, @morenaxula40, Lorena Álvarez, Laura Castro, Madali Sánchez, Ana Piedra, Elena Navarro, Candela Carmona, Sandra Moreno, Victoria Amez, Angustias Martin, Mariló Bermúdez, Maria Luisa Gómez, María Abellán, Maite Sánchez, Mercedes Pastrana, Ines Ruiz, Merche Silla, Lolin García, Rosa Irene Cue, Yen Córdoba, Yolanda Pedraza, Estefanías Cr, Ana Mejido, Beatriz Maldonado, Liliana Marisa Scarpino, Ana Maria Manzanera, Joselin Caro, Yeni Anguiano, María Ayora, Elsa Martínez, Eugenia Da Silva, Susana Gutierrez, Maripaz Garrido, Lupe Berzosa, Ángeles delgado, Cris Fernández Crespo, Marta Olmos, Marisol, Sonia Torres, Jéssica Garrido, @laurabooksblogger, Cristina León, Ana Vendrell, M Pulido, Constans, Yeimi Guzman, Lucía Pastor, Aura Tuy, Elena Bermúdez, Montse Cañellas, Natali Navarro, Cynthia Cerveaux, Marisa Busta, Beatriz Sánchez, Fatima (@lecturas de faty), Cristina Leon, Verónica Calvo, Cristina Molero, @lola.lolita.loliya, Mª Isabel Hernández, May Hernández, @isamvilches, May Siurell, Beatriz Millán, @Rosariocfe65, Dorina Bala, Marta Lanza, Ana Belén Tomás, Ana García, Selma, Luisa Alonso, Mónica Agüero, Pau Cruz, Nayra Bravo, Lore Garnero, Begikat2, Raquel Martínez, Anabel Morales, Amaia Pascual, Mabel Sposito, Pitu Katu, Vanessa Ayuso, Elena Cabrerizo, Antonia Vives, Cinthia Irazaval, Marimar Molinero, Ingrid Fuertes, Yaiza Jimenez, Ángela García, Jenifer G. S, Marina Toiran, Mónica Prats, Alba Carrasco, Denise Bailón (@amorliteral), Elena Martínez, Bárbara Torres, Alexandra álverez, @Silvinadg9, Silvia Montes, Josefina García, Estela Muñoz, Gloria Herreros, @Mnsgomezig, @sassenach_pol, Raquelita @locasdelmundo, Leti Leizagoyen, Soledad Díaz, Frank Jirón, Keilan.Setuto, @annadriel Anna Martin, Ivelise Rodríguez, Olga Tutiven, María del Mar, Yolanda Faura, Inma Oller, Milagros Paricanaza, Belén Pérez, Esther Vidal, Pepi Armario, Suhail Niochet, Roxana Capote, Ines Ruiz, Rocío Lg, Silvia Torres, Sandra Pérez, Concha Arroyo, Irene Bueno, Leticia Rodríguez, Cristina Simón, Alexia Gonzalex, María José Aquino, Elsa Hernandez, Toñi Gayoso, Yasmina Piñar, Patricia Puente, Esther Vidal, Yudys de Avila, Belén Pérez, Melisa Sierra, Cristi Hernando, Maribel Torres, Silvia A Barrientos, Mary Titos, Kairelys Zamora, Miriam C Camacho, Ana Guti, Soledad Camacho, Cristina Campos, Oana Simona, María Isabel Sepúlveda, Beatriz Campos, Mari Loli Criado Arcrlajo, Monica Montero, Jovir Yol LoGar Yeisy Panyaleón, Yarisbey Hodelin, Itxaso Bd, Karla Serrano, Gemma Díaz, Sandra Blanca Rivero, Carolina Quiles, Sandra Rodríguez, Carmen Cimas, Mey Martín, Mayte Domingo, Nieves León, Vane de Cuellar, Reyes Gil, Elena Guzmán, Fernanda Cuadra, Rachel Bere, Vane Ayora, Diosi Sánchez, @tengolibrospendientes, @divina_lectura_paty, María José Claus, Claudia Obregón, Yexi Oropeza, Bea Suarez, @Victorialba67, @lady.books7, valeska m.r., Raquel Attard @missattard, @lola_lectora, Marisol, @lecturasdefaty, Lola Toro, Cati Domenech, Chari García, Lisbeth de Cuba, Vanesha, Cris, Oropeza, Montserrat Castañeda, Alicia Cecilio, Estrella, Susana Ruiz,Rosa González, Noelia, _saray89_, Mercè Munch, Maite Pacheco, Cris E, María del Carmen, Adriana Román, Arantxa_yomisma, inmamp18, @nerea_y_los_libros, Pris, Martita, Gema Gerrero, Gisela, MariVega,CristinaPinos,@josune1981,m.jaresav,caroo_gallardoo, @beccaescribe, @rosemolinar, Tami, @elicaballol, Maruajose, Paloma Osorio, Thris, Lorena Royo, @flor.s.ramirez, Mar Llamas, @starin8, AguedaYohana Téllez, Maria Belén Martínez, @lalylloret, Mayte Ramírez, Camino Combalina, María Isabel Salazar, Teresa Hernández, Mari Titis, Paula Hernández, Valeska Miranda, María Victoria Lucena, Daniela, Cecilia, Karina García, Olga Lucía Devia, Miryam Hurtado, Susy Gómez Chinarro, Amaya Gisela, María Barbosa, Sandra Rodriguez, Montse Domingo y Elia Company, Kristibell73, ros_g.c, majomartinez_43, CamiKaze��, Mery Martín Pérez y Vanessa Martin Perez, zirim11, Desirée Mora, Isabel San Martín, Paky González, Maggie Chávez, Damasa, Jenny Morató, Camila Montañez, Lodeandru, Sagrario Espada, Jessica Espinoza, Davinia Mengual, Blanca Nuñez, @ crisbetesponce, Orly Puente, Carmen Pacheco, Yovana Yagüe, Genuca15, Lidia GM, Lidia Verano, Judith Olivan, Elenagmailcom, Elena Carranza,Deli, Belloisamary04, Andru, Silvia Barrera, Begoña Fraga, María Isabel Epalza,

María Escobosa, @cristinaadan4256, Verónica Vélez, Carolina Cieri, Sandra Salinas, MariCarmen Romero Maroto y Mayte Gallego, Michelle Llanten, Maria Jose Cortia, Miss_carmens, Ángela García, Esmeralda Rubio, Encarni Pascual, Rocítri69, Kenelys Duran, Isabel Guerra,.

A todos los que me leéis y me dais una oportunidad, y a mis Rose Gate Adictas, que siempre estáis listas para sumaros a cualquier historia e iniciativa que tomamos.

GLOSARIO

Accionar: atentar contra la vida de una persona.
Ahuevado: avergonzado.
Andar bolo: estar ebrio, borracho.
BBM: bebés mayores, así los llaman los mareros.
Bichas: niñas.
Bombazo: disparo.
Brincada: Acción que realiza una mujer u hombre, mediante un ritual que consiste en aguantar golpes y con el único permiso de protegerse la cara y sin poderse defender.
Cerote: estúpido.
Chancho: cerdo.
Chante: casa, para los mareros.
Chantys: casas, para los mareros.
Chavala: miembro de una pandilla rival.
Chero: amigo, compañero, camarada.
Chiches: tetaso.
Chimar: follar.
Chuco: sucio.
Chulona: desnuda.
Chúntaro: término despectivo para nombrar a una persona que no pertenece a la mara.
Cipotes: niños.
Cuca: coño
Cuchumbo: recipiente
Cuetiar: Disparar contra una persona con arma de fuego
Dar una cachimbiada: dar una paliza o castigo físico.
Darle corte: Castigar a un miembro de la mara.
Detonar: disparar.
Doblado: follado, en salvadoreño.
Encachimbado: Enfadado, en salvadoreño.
Enculartе: enamorarte.
Estar a cheles: saldar una deuda.
Estar sin pisto: estar sin dinero.
Güero/a: rubio/a.
Güilas: niñas que no han llegado a la pubertad.
Guïros: persona de corta edad que no llega a la pubertad.
Hablar pajas: decir mentiras.
Huevear: robar.
Jaima: novia de un marero.
Lana: dinero.
Llevar a nadar: ahogar a alguien.
Machete, estate en tu vaina: No te metas.
Meter casaca: mentir a alguien.

Miguelean: coquetean, en salvadoreño.
Niñas: pandillero de una mara rival.
Pararse: ponerse dura.
Pasarse de vivo: ir de listo.
Pegadas: atentar contra la vida de alguien.
Peseta: traidor, para un marero.
Pincha: niña.
Pinchos: niños.
Pipián: maricón.
Pisto: dinero
Pitufos: policía, para los mareros.
Ponerse vivos: ponerse en alerta.
Rentear: Acción de exigir dinero a una o más personas, mediante amenazas a muerte, a la víctima o familiares de la misma. La intimidación se realiza a través de colaboradores de la pandilla, por medio de teléfono celular o fijo, cartas, escritos, medios informáticos y redes sociales.
Strike: tirar todos los bolos de una vez.
Taca: sobrenombre que te otorga la mara.
Tener volado: tener novia.
Tronera: prostituta.
Vuelto y traído: Venganza, es decir, devolver la acción que le hacen a un pandillero.
Ruca: madre de un marero.
Yunaís: Estados Unidos.

Advertencia de la autora:

Este libro **puede herir sensibilidades**.

No está basado en hechos reales, pero sí en las circunstancias de muchos niños y personas, que viven en la violencia y la más absoluta pobreza.

Si eres una persona emocionalmente sensible, leerás escenas crudas, que ocurren a diario, en un mundo del que muchas veces no somos conscientes.

Tras un país quevende la libertad del sueño americano, se esconde otrolleno de oscuridad, que comercia con los más indefensos.

Espero que esta historia se convierta en una experiencia vital para ti, querido lector, y que cuando leas una escena que te dé vértigo, te haga reflexionar sobre lo afortunado que eres.

Un niño debería tener el derecho, siempre, de ser un niño y de ser protegido por todos, en cualquier circunstancia.

Rose Gate

Introducción



Ray

«Me lo quiero follar».

Es lo primero que me pasó por la cabeza en cuanto lo vi. Ni siquiera pensé en que él era el motivo por el cual mis jefes me querían allí, lo que me había hecho infiltrarme en el SKS, el club de moda más exclusivo de todo Manhattan solo para mujeres.

Noté un apretón hosco en la pretina del pantalón, y esa sensación de hambre, de apetito voraz, que se desataba en mí cuando un tío me llamaba lo suficiente la atención, y ese lo hacía.

Lo observé a través de las gafas de sol. Sí, era uno de esos capullos que incluso las llevaba de noche o en el interior de un local nocturno, como era el caso. Mis Ray-Ban y yo éramos inseparables, tanto era así que mi mejor amigo me llamaba como a las gafas.

Lo recorrí sin disimulo con el escudo que me ofrecía el cristal oscuro. Ni siquiera había desplazado una sola vez su mirada hacia mí, aunque yo la conocía a la perfección, tenía un dosier en mi casa lleno de sus fotos, gustos, horario y familia. Lo conocía tan bien que incluso podría decirte a qué se dedicaban sus abuelos maternos y su talla de condón. Bueno, eso quizá no, pero me bastaba con contemplar su entrepierna para saber lo que calzaba.

En el club, todos los trabajadores tenían sobrenombre de pecado capital, no en vano se llamaba Seven Kapital Sins, aunque era popularmente conocido como SKS.

Acababan de ficharme para trabajar en él, un lugar diseñado para pecar y caer en la tentación.

Las mujeres soñaban con subir al escenario para acariciar a los tíos más sexis y codiciados de toda Nueva York.

Todas querían ser tocadas, besadas, folladas y cumplir sus fantasías con los portadores de aquellos escuetos *slips*. Querían forrarlos de billetes con la intención de terminar empaladas por uno de esos hombres enmascarados.

—¿Me has oído? —preguntó la voz masculina cerca de mí.

Desvié la vista. Me había quedado empanado. El hombre que acababa de dirigirse a mí era el primero al mando después del jefe, Lujuria, aunque a mí no me la desatara.

—Pe-perdón, me he distraído con la manguera de ese tío —cabeceé.

Mi comentario iba con segundas, ya que el bombero estaba enrollando una que formaba parte

de su atuendo. Lujuria me sonrió y alzó las cejas.

—Su manguera está pillada —carraspeó—. Envidia es el bombero, así que tú, querido mío, te quedas sin su herramienta para enfundarte en una toga de emperador romano.

Me dio la impresión de que la ambigüedad de su respuesta pretendía darme dos explicaciones en una.

—Siempre me gustaron los romanos, sobre todo, sus orgías, las bacanales y el concepto de sexualidad tan abierto. Para ellos, el sexo era sexo, sin etiquetas, sin importar si se daba entre hombres, mujeres, personas de distintos sexos… —Lujuria sonrió.

—También eran pedófilos.

—Ya, bueno, nadie dijo que fueran perfectos.

—Al margen de los romanos, este lugar es la casa del pecado, aunque casi todo lo que viene son mujeres. ¿Cómo llevas lo de fingir? —Alcé las cejas. «Si tú supieras»—. Vamos, a mí no me la das, te has entretenido demasiado con su… «manguera» —cabeceó hacia mi objetivo.

—¿Eso importa?

—No, siempre y cuando tengas en cuenta que Envidia es hetero, padre de familia y que tu papel aquí es que las mujeres suelten su pasta porque te han convertido en su fantasía.

—Me las apañaré.

—Con eso no basta, tienen que creer que te las follarías en todas las superficies de este puto local, da igual si no son tu tipo, si te recuerdan a tu abuela o a tu hermana pequeña.

—No tengo ni abuela ni hermana.

—Pues a tu madre, lo mismo da. Aquí las tratamos a todas como a reinas, de su satisfacción dependen nuestros sueldos, así que las mimamos y las tratamos a todas como si fueran un regalo divino, sin distinción.

—¿Incluso si les huele el aliento?

—Les das un Smint con la lengua.

—Lo pillo.

—Mejor, o no vas a durar más que un pase por mucho que hayas convencido a Jordan. Me ha dicho que no te mueves mal.

—¿Quieres comprobarlo? —pregunté sugerente. Él solo sonrió.

—Reserva las fuerzas para las clientas, Adriano.

—Me llamo Dave. —Ese era mi nombre encubierto.

—Lo sé, Adriano fue el emperador romano más guapo, marcó tendencia en la Roma Imperial, esperemos que tú también lo hagas. Algunas puede que te pidan su propia bacanal, en tu mano está aceptar o no. ¿Follas con mujeres?

Me encogí de hombros.

—No es lo que prefiero, pero si en alguna ocasión hay que sacrificarse…

—Aquí nadie te va a forzar a eso. Es un extra y completamente voluntario. Si os pagan por follar, que sea siempre fuera del local y sin pasarle un dólar a Jordan. ¿Estamos?

Asentí.

Sabía que algunos bailarines se prostituían. Mi mejor amigo, Raven, también trabajaba en el local. Aunque de cara a los demás pecados y al *boss*, íbamos a conocernos esa misma noche, como con los demás chicos.

Raven, o Ira, como era conocido allí, se estaba abrochando los cordones de sus botas negras, enfundado en un atuendo de motorista.

—El jefe ya me lo ha comentado —aclaré.

—Pues te lo repito para que te quede claro; si aceptas intimar, siempre será bajo tu cuenta y

riesgo, fuera de estas paredes. Hay un lugar que algunos de los chicos usan para eso, cuando te ganes su confianza, quizá te lo cuenten.

La prostitución estaba permitida desde que la ley cambió en 2021, bueno, más que permitida, no estaba perseguida para aquellos que la ejercían. El fiscal del distrito ya no procesaba a los trabajadores del sexo, o a los masajistas sin licencia. Según él, perseguirlos no erradicaba el problema y los hacía más vulnerables.

Lo que sí seguía persiguiendo era el proxenetismo y los traficantes de sexo. De ahí que Jordan quisiera desentenderse.

—¿Él puede decirme dónde? —Cabeceé hacia Envidia.

Sus músculos se contoneaban bajo la chaqueta abierta de su uniforme.

—Quizá —respondió críptico Lujuria—. Ya te dije que igual cuando te tengan confianza… Aquí cada uno se preocupa de lo suyo y, sobre todo, nadie hace preguntas indiscretas o se inmiscuye en la vida de los demás pecados. Tenemos un código.

—¿Porque sois prófugos de la justicia? ¿Por eso lleváis máscara?

—Las llevamos para salvaguardar nuestra intimidad, a nadie le importa quiénes somos o qué nos ha traído hasta aquí. Esto no es el mundo real, solo una fantasía. ¿Te supone un problema?

—No —mentí. Porque si estaba allí era para conseguir información, mucha, y, sobre todo, de él.

CAPÍTULO 1



Ray, unos meses antes

La noche era cerrada. Hacía un frío de mil demonios fruto de la última bajada de temperaturas, aunque en ese momento me ardían las entrañas.

Si no hubiera llevado el pasamontañas puesto, el vaho habría emborronado la visión de mis ojos.

Miré a un lado y al otro en el interior del edificio, e hice la señal para iniciar el avance junto con mi compañero de unidad.

El viento helado auguraba un nuevo temporal de nieve que solo me apetecía recibir en el interior de mi apartamento jugando a la Play. La madera podrida crujía bajo nuestras pisadas; por mucho que intentáramos ser sigilosos, estaba en tan mal estado que era imposible hacer menos ruido.

Sostuve con firmeza el fusil de asalto AK-15, con mira telescópica y visión nocturna incorporada. Cualquier precaución era poca para una operación como aquella. El chaleco antibalas cubría mi pecho, no obstante, podría recibir un tiro en el entrecejo y caer como un fardo. No tenía intención de que ocurriera. Era mejor no pensar en ello y centrarme.

Torcimos a la derecha y un grafiti de los SM-666 nos indicó que estábamos en zona hostil.

Avanzábamos por las entrañas de uno de los moteles abandonados cerca del Aeropuerto Kennedy, en el barrio de Queens. Lo de abandonado era un decir, porque habíamos recibido un soplo de que lo habían convertido en un lugar donde recepcionar «pollitos». Y no me refiero a esas aves pequeñitas, amarillas, emplumadas y adorables que dicen pío pío, sino a niños procedentes del tráfico de menores.

Las maras salvadoreñas se habían hecho con una porción del barrio. Algunos moteles olvidados cerca del aeropuerto se reconvirtieron en prostíbulos, otros en pensiones en las que alojar indocumentados en «tránsito», allí esperaban recibir los papeles por los que habían pagado y así poder trabajar en nuestro país. Falsos, por supuesto.

La mara SM-666 no solo dominaba aquella parte alejada de la zona centro, también controlaba la prostitución callejera en la zona de Queens Plaza o Rockaway Boulevard. Aunque los trabajadores sexuales nunca lo reconocerían; si lo hacían, estaban muertos.

En Jackson Heights, Corona y Flushing, encontrabas los prostíbulos más variopintos y los salones de masaje. Todo para engordar a los jefes de la SM-666 que engrosaban su cuenta bancaria en alguna puta mansión de lujo o ático con vistas.

—Este sitio huele a orín y mierda —jadeó mi compañero por el intercomunicador.

—¿Pretendes decirme que el baño de tu piso huele mejor?

—Te garantizo que si oliera así, me mudaría. Voy a potar.

—No tenemos tiempo para eso —gruñí.

Jennings me sacaba un par de años, tenía más experiencia que yo en la unidad, pero, en lugares como ese, se convertía en una delicada flor de invernadero. Se notaba su procedencia, hijo de un ama de casa, de las que solían tener bandejas de galletas recién horneadas para llevar a clase, y de un poli local de Jersey, que ganó una medalla al mérito al intervenir en un atraco a mano armada. No tuvo una infancia como la mía, llena de peligro y podredumbre.

En el instituto, solía pasar por un cacheo y un arco de metales nada más cruzar la puerta. Cuando llegábamos al 24h que había cerca de la parada del bus, no era raro que nos sorprendiera una lluvia de balas fruto de una riña pandillera.

Si alguien conocía a esa gente, sabía cómo moverse entre ellos y comprendía sus motivaciones, ese era yo.

Quizá por eso, cuando creí que había llegado mi hora y me despedí de todo y de todos, le juré a Dios que, si por una remota posibilidad sobrevivía, me dedicaría en cuerpo y alma a hacer de mi ciudad un lugar mejor.

Puedo decir con conocimiento de causa que Dios tiene un humor cabrón y perverso.

¿A cuántas personas conoces que hayan sobrevivido a una leucemia teniendo el VIH y se haya curado de ambas cosas?

Pues eso, nunca apuestes contra él o te hará cumplir tus promesas.

—Jennings, yo bajo por la izquierda y tú por la derecha. —Había dos escaleras, una a cada lado del pasillo, no podíamos arriesgarnos. Habíamos hecho el reconocimiento de las demás plantas y todo estaba vacío, así que solo quedaba el sótano, lo cual no era extraño, esa gente se movía como alimañas.

—Está bien, ten cuidado.

—Descuida —mascullé—, he quedado en una hora para que me la chupen y no es de buena educación llegar tarde a una mamada. —Él gruñó.

No era cierto, solo pretendía molestar un poco su alma *heterocristiana* tradicional. Jennings era un buen tío, nunca había intentado exorcizarme o reconvertirme.

Ambos formábamos parte de una unidad del HSI (Homeland Security Investigations) de Nueva York. En concreto, el ICE, que era uno de sus muchos brazos armados. Las siglas pertenecían al Servicio de Inmigración y Control de Aduanas.

Aunque parezca mentira, la mayor red de tráfico de personas indocumentadas, menores abusados y trabajadores sexuales, pertenecía a una pandilla, una mara de lo más cruenta nacida bajo el seno de las terribles MS-13 y Barrio-18, que se apodaba SM-666, haciendo honor a la Santa Muerte y el número del Diablo.

Podías ver en el exterior, como en cada planta del edificio, las marcas de la mara en las paredes. Solían reclamar sus propiedades y sus zonas con grafitis que pudieran identificar otras pandillas.

Bajé los primeros peldaños pegado a la pared. Las escaleras metálicas estaban cubiertas de óxido. El estado del motel era lamentable.

En mi departamento había miles de investigaciones penales y civiles abiertas, la mayoría

relativas a la explotación infantil, el comercio, el narcotráfico, el fraude, los delitos financieros, la extorsión, la trata de personas, la exportación ilegal de armas, el contrabando humano, el terrorismo y la violencia entre pandillas, entre otras amenazas para la seguridad nacional y ciudadana.

Por eso estaba allí en ese momento, avanzando en plena noche entre paredes descascarilladas y símbolos que hubieran acojonado al más pintado.

—¡Dios! —masculló Jennings, poniéndome en alerta.

—¿Qué pasa, estás bien? ¿Has visto algo?

—Creo que acabo de pisar una mierda y un charco de orín. He llegado abajo.

—¿Conoces la expresión cagarse de miedo? Pues eso es lo que acabas de pisar, el miedo de alguien. No está ahí porque sí, piensa en ello, avanza y respira por la boca. —Parecía yo el mayor de los dos. Aunque claro, Jennings había estado los últimos dos años haciendo trabajos de oficina, desde que fue padre, pidió algo menos peligroso y tranquilo. Pero ese año tuvimos un par de bajas y tuvo que regresar a las operaciones en activo. Le tocaba ponerse las pilas.

—¡¿Y qué crees que llevo haciendo en los últimos diez minutos?! —respondió.

—¡¿Lloriquear y quejarte como una jubilada a la que le han caducado los cupones del supermercado?! Espabila, Jennings, ¡que esos críos tienen que estar ahí abajo!

—¿Todo bien? —preguntó la voz de mi jefe a través del intercomunicador.

—Sí, jefe, a juzgar por la última pisada de Jennings, estamos llegando.

—Tenga cuidado, Wright, esa gente vive y muere por la mara. No tienen nada que perder salvo la vida, y para ellos no vale nada.

—Soy consciente de ello.

Había llegado al sótano, a esos tipos les flipaban los túneles, se decía que tenían más de cuarenta para pasar droga e indocumentados de México a Los Ángeles.

La SM-666 ganó presencia a raíz de la pretensión de acabar con los pandilleros salvadoreños por parte del presidente Nayib Bukele, en El Salvador, su país de origen. El presi le echó un par de huevos, y el 27 de marzo de 2022 proclamó un régimen de excepción. Soltó a miles de uniformados para que detuvieran, de manera indiscriminada, a toda persona mayor de doce años que creyeran pudiera pertenecer a una mara. Lo peor de todo era que no tenían posibilidad de defensa o de juicio, dependían de que la policía los creyera o no para meterlos en la trena.

Fue una cacería que arrastró a casi setenta mil personas a un penal con las dimensiones de nueve campos de fútbol. La construyeron en un tiempo récord, únicamente, para ese fin.

De la batida escaparon muy pocos, y de los encarcelados, solo cinco mil lograron ser puestos en libertad demostrando su falta de vinculación con las pandillas. Los peces gordos, los dirigentes de las maras, no estaban en la cárcel porque no se encontraban en los barrios, sino en Estados Unidos, viviendo a cuerpo de rey en mansiones y áticos de lujo, mientras sus soldados vivían hacinados, torturados y golpeados.

Era un puto caldo de cultivo, el sentimiento de odio hacia el presidente crecía exponencialmente entre los mareros que clamaban venganza, no estaba muy convencido de que Bukele hubiera tomado la mejor decisión en un país que tenía la tasa de homicidios más alta hasta el momento. Aunque debía reconocer que le había echado pelotas.

La prisión era una bomba de relojería, sus habitantes habían sido adiestrados por la cúpula militar de Al-Qaeda y se rumoreaba que recibían subvenciones para poder renacer.

La corrupción entre los muros de aquel lugar y los líderes de las clicas era imparable.

A los terroristas islámicos les interesaba mantener vivo el corredor que trazaron los mareros de El Salvador a Los Ángeles, por si en algún momento necesitaban tirar de ello.

—Creo que he escuchado algo —susurró Jennings, entrecortado, sacándome de mis pensamientos, por el pinganillo. La cobertura en el sótano no era demasiado buena.

—Voy hacia ti, no te muevas.

—Vamos, Wright, no puedo contener las arcadas.

—Como vomites, te quedas sin regalo de Navidad, y te juro que este año no serán unos calcetines de renos. —Siempre le regalaba unos ridículamente navideños porque sabía que su mujer se los haría poner sí o sí como señal de agradecimiento cuando me invitaran a su casa. Me molaba torturarlo.

Oí un ruido de vómito a través del comunicador.

¡Mierda! Esperaba que no lo hubiesen oído y que hubiera tenido tiempo de levantarse el pasamontañas.

Aceleré el paso, una de las puertas se abrió y salieron un par de tipos riéndose y abrochándose los pantalones.

No quería pensar que se trataba de lo que parecía. Quizá fuera el baño y los *homeboys*, como se les llamaba a los miembros de la mara, fueran de dos en dos.

«¡Alto! ¡Policía!». Las palabras se formularon en mi cabeza pero no llegaron a alcanzar mis labios. Debería haberlo gritado, pero no lo hice.

—Que rico coñito apretado tenía esa putica, *man.*

—¿Viste cómo gritaba cuando la enculé, perro?

—Tenía buenas tetas, bien tiernitas, como a mí me gustan —rieron.

—¡Eh! —proferí. Fue entonces cuando se dieron cuenta de que estaba ahí. No necesité oír más para saber lo que habían hecho.

—¡Puto *pitufo*! —blasfemó uno de los dos antes de recibir mi primer disparo certero. Así nos llamaban a los polis; *pitufos,* levas, azules, placas, estudiantes… El tío que seguía respirando fue a echar mano a su arma para dispararme y recibió su premio en la yugular. El chorro escandaloso de sangre salpicó la pared mientras emitía otro tiro más para rematarlo.

—Wright, ¡¿qué pasa?! —Era mi jefe. Seguro que había escuchado los disparos desde el exterior.

—Dos menos.

—¡No les dio el alto!

—Si se lo di, jefe, pero falló el intercomunicador y no me escuchó, hay mala cobertura, le pierdo… —Un gruñido—. Necesitamos una ambulancia —añadí, pensando en lo que podía encontrar en la estancia de la que habían salido.

—¿Siguen vivos?

—No, no es para ellos.

Ese par estaban en el lugar del que nunca debieron salir, el puto infierno.

Cuando atravesé la puerta de la que habían salido, arrugué la nariz, no por el olor nauseabundo. Si hubiera podido apretar los puños, lo habría hecho. Bajé mi arma, el lugar estaba despejado salvo por aquel cuerpo que temblaba y sollozaba en una esquina.

Hay cosas que, por mucho que veas, no te acostumbras a ellas.

La niña debía rondar los doce, o quizá tuviera trece. No llevaba ropa encima y tiritaba como una hoja fruto del miedo y del frío. Estaba sucia, golpeada y las lágrimas surcaban unas mejillas enrojecidas e inflamadas. Una pequeña vela alumbraba un cuarto de calderas en desuso. Su pie estaba sujeto a una cadena que la ataba a la pared, como un elefante de circo, mientras ella se hacía un ovillo sobre un colchón mugriento lleno de fluidos.

Tragué con dureza.

En cuanto me vio aparecer, los ojos se le llenaron de terror. Vio mi arma y se puso a suplicar.

—Por favor, no me mate, no me mate… —Incluso en sus circunstancias, tenía ganas de vivir.

—Shhh, tranquila, soy de los buenos, estás a salvo, esos hombres ya no te harán daño. Soy policía. —Ella negaba y temblaba hecha un ovillo. Mierda, no tenía nada para cubrirla salvo el chaleco antibalas y hacía un frío de mil demonios.

—¡¿Wright?! ¿Qué cojones pasa?

—Estoy atendiendo a una niña, señor, ahora sigo.

Me quité el chaleco con premura y se lo tendí. Ella me miró desconfiada antes de agarrarlo al fin.

—Te sacaré de aquí, no tendrás de qué preocuparte, los hombres que te dañaron están muertos. —Vi el alivio asomar en su cara—. ¿Hay más niños? —Ella asintió—. ¿Cuántos días lleváis aquí?

—Cuatro. A mí me separaron del grupo por bonita. —Apreté los labios. A veces, ser guapa era una maldición, sobre todo, si nacías en un ambiente hostil dominado por las pandillas.

—¿Cómo te llamas?

—Soledad.

—Muy bien, Soledad, voy a ayudar a tus amigos y regreso. ¿Hay más hombres? —Me hizo el número tres con la mano—. Eres una niña muy valiente.

—No me deje —suplicó apenas audible.

—No lo haré, solo voy a buscar al resto, nada más, vuelvo antes de que llegues hasta cien. Te lo juro. ¿Confías en lo que digo? —Ella torció el cuello, era lógico que no lo hiciera. Di gracias de saber español.

De pequeño, mi madre solía dejarme con la vecina, una mujer mexicana que tenía más de doce hijos, aprendí a base de jugar con ellos.

—¡Wright! ¡Jennings no contesta! ¡Vamos a entrar!

—Deme un minuto, jefe —mascullé—. Voy a por él.

—Cuenta —le susurré. Y ella empezó a hacerlo.

Regresé al pasillo.

—Jennings, ¿me oyes? —El jefe tenía razón, no respondía, quizá solo fuera la mierda de la señal. Como le pasara algo, su mujer me cortaba las pelotas, y les tenía mucho aprecio.

¡Me cago en la puta!

Pasé por encima de los cuerpos lo más deprisa que pude. Atravesé el pasillo como alma que lleva el diablo, abrí la puerta que comunicaba con la otra zona del motel, el mal olor tumbaba incluso a un muerto. Vi un charco de vómito en el suelo y una puerta abierta.

Apunté con mi arma hacia el interior, y lo que encontré me dejó sin aliento.

CAPÍTULO 2



Leo

Sentía el calor. El denso aroma a humo apoderándose de todo, incluso de mi visión. No importaba que llevara máscara, ni equipo de protección, porque el infierno se desataba sin reparos para engullirme en él.

Apagar el fuego de un edificio o de una propiedad en llamas era lo que solía calmar el que rugía en mi interior. Cuando me enfrentaba a un incendio, olvidaba por unos instantes mi pasado, pulverizaba los poderosos lametazos amarillos, naranjas y rojos que bailoteaban con virulencia.

Pestañeé un par de veces al ver emerger su rostro en el fuego. Ahí estaba su cara, deformada por una intensa sonrisa y una promesa que me perseguía.

Las llamas se intensificaron, sudaba profusamente y era incapaz de hacer otra cosa que quedar abducido por aquellos dos pozos sin fondo que me arrojaban al abismo. Quería mi alma, había venido a por ella, y lo peor de todo era que deseaba entregársela.

—Leo, despierta. —La mano femenina me zarandeaba—. ¡Leo!

Abrí los ojos, alterado, encontrándome con la cara de María, que me contemplaba con angustia.

—Tenías otra de tus pesadillas —comentó con suavidad—. Toma, bebe agua.

Me acercó un vaso y, como un autómata, bebí hasta la última gota.

Se lo devolví vacío y me hundí en el colchón de nuevo, con el antebrazo cubriendo mis ojos.

—¿Qué hora es?

—Tarde, las niñas están a punto de volver del colegio, tendrías que levantarte.

Pincé mis lagrimales. El sol brillaba a través de la ventana del pequeño piso de tres habitaciones en el barrio de Queens. No era muy grande, de hecho, tenía las dimensiones de uno de dos, lo que significaba que los espacios eran bastante reducidos. Lo más grande era el salón con cocina integrada, donde pasábamos la mayor parte del tiempo.

María solía bromear y decía que así estaba bien, que mucho espacio era más trabajo de limpieza, y que con un bebé, menos es más. Yo sabía que lo decía para que no me agobiara, con nuestra economía, el incremento del precio de las cosas y el seguro médico, era difícil aspirar a algo más, por lo menos, por ahora.

—Voy a darme una ducha, ¿hay agua caliente?

—Sí, cariño.

Estuve bajo el chorro hasta agotar el depósito del calentador y que el frío inundara mis huesos.

La noche anterior ya había pasado por una, aunque no en el piso. Lo hice cuando terminé el servicio y la clienta ya se había ido. Odiaba que María respirara en mi piel el perfume de otra mujer cuando me metía en nuestra cama.

No es que se lo ocultara. Ella sabía lo que hacía, a lo que me dedicaba, tomamos la decisión juntos, con sus ojos cubiertos de unas lágrimas que se empeñaba en no verter y nuestros dedos trenzados.

—Nena, es lo único que se me ocurre, sé que no es lo que queríamos, pero…

—¿Estás seguro? —se limitó a preguntar. Tener una hija más y que yo no trabajara de lo mío nos estaba pasando una factura demasiado alta—. ¿Podrás con ello?

Asentí. Y ella sorbió por la nariz, enjugándose la humedad no derramada.

—Está bien entonces, hazlo.

—¿Segura?

—Es tu cuerpo. Yo seguiré estando aquí. Solo te pido una cosa, que no hablemos de ello. No puedo soportar la idea de que yo sea la culpable de todo esto.

—Eh, tú no eres culpable de nada, estamos casados, lo mío es tuyo y lo tuyo es mío, por poco que tengamos.

—Ya, pero vas a… —se calló.

—Si no vas a poder aguantarlo…

—¿Yo? ¿Y qué me dices de ti?

—Yo voy a poder. —Nos quedamos en silencio, con las manos apretadas con fuerza—. Si tú puedes, yo puedo. Hazlo.

Cerré el grifo y me envolví en una toalla.

No conocía a una mujer más dura que la mía.

María fue criada en El Salvador, en un barrio llamado la Campanera, hogar de la mara Barrio-18 y con un nivel de analfabetismo muy alto, sobre todo, entre las mujeres.

Allí, ellas solo tenían un cometido, servir a la mara o dedicarse en cuerpo y alma a su familia.

Sufrían un 90 % de la violencia intrafamiliar. La explotación sexual estaba a la orden del día y apenas tenían voz porque habían sido educadas para respetar la voluntad de los hombres.

Yo no me consideraba uno de ellos, de hecho, no lo era, daba igual que fuera mitad

salvadoreño, mitad americano, o que en una época hiciera cosas que pudieran llegar a confundirme, incluso a participar en la creación de los cimientos de…

—¡Papá! —el grito de una de mis hijas seguido de una precipitada apertura de puerta me premió con la imagen de Elena saltando a mis brazos, sin previo aviso, para que la cogiera.

Suerte que gozaba de buenos reflejos y un buen par de brazos para hacerlo. Tenía siete años y era la mediana.

La cogí al vuelo y le di una vuelta de campana, como a ella le gustaba, mientras reía sin parar.

—¿Cómo está mi Papita linda? —pregunté, mordiéndole el cuello mientras ella lo disfrutaba.

—Ay, papi, ¡que me lleno de escalofríos!

La bajé al suelo y alcé la vista. Magaly, mi hija mayor, estaba al lado de su madre. Era una réplica exacta de mi mujer a su edad. Preciosa, de cutis suave, tostado, con un rostro exótico enmarcado por una melena de pelo negro y brillante igual que sus ojos oscuros.

Magaly estaba a punto de cumplir los catorce, y María los veintiocho. Nacieron el mismo día. Una bonita coincidencia. Muchos pensaban que eran hermanas, por el poco tiempo que se llevaban.

Mi hija mayor estaba en esa edad en la que besar a su padre, mientras estaba medio desnudo en el baño, pasaba a ser motivo de vergüenza.

—¿Qué tal el día en el instituto? —Era su segundo año y estaba un tanto aturullada.

—Bien, pero si quieres que te lo cuente, vístete antes. —Arrugó la nariz.

—Pues a mí me gusta cómo le sienta la toalla. —María me guiñó un ojo, y Magaly resopló.

—Qué pereza dais. —Se oyó un llanto de bebé—. Yo me ocupo, así podéis seguir comiéndoos con los ojos.

María rio y Elena hizo rodar los suyos espetando un «adolescentes» que nos hizo reír a ambos.

La que lloraba era Deysi, o lo que venía a ser lo mismo, Margarita en inglés.

María le puso aquel nombre a nuestra última hija en honor a su madre. Elena llevaba el nombre del de la mía, y me pareció justo.

Deysi no fue una niña buscada. De hecho, no queríamos tener más hijos debido a nuestra ajustada economía, pero las cosas vinieron así, nos apretaríamos el cinturón.

La vida en Estados Unidos era muy cara, y con mi sueldo, llegar a fin de mes era como pasarte el juego de Tetris, sobre todo, desde que tuve que dejar la brigada hacía un año.

—Vamos a comer ya, antes de que el asado se carbonice —interrumpió mi pensamiento—. Elena, lávate las manos.

—Voy a vestirme. —Mi mujer asintió. Le besé la frente cuando pasé por su lado y ella me acarició los abdominales.

—¿Por qué papá tiene ese montón de cuadrados en la tripa? —preguntó curiosa Elena.

—¡Para poder levantarte y lanzarte por los aires, Papita! —exclamé, arrojándola como a ella le gustaba. Volvió a carcajearse.

—Pues mi profesor, en vez de cuadrados, tiene una sandía —observó en cuanto pisó el suelo.

—No digas eso, Elena —la corrigió María—, cada cuerpo es distinto y es hermoso tal cual es.

—Pues yo prefiero los cuadraditos de papá, parecen una rica tableta de chocolate, ¡odio la sandía! —María se mordió la sonrisa. Mi hija apuntaba maneras desde pequeña.

—Bueno, que a ti no te guste no significa que a otro no pueda gustarle, hay que respetar, Elena —apoyé a mi mujer corrigiendo a mi hija—. Además, seguro que su panza es mucho más

cómoda que la mía cuando te quieres echar una siestecita.

Ella lo pensó dubitativa y terminó negando.

—Me da igual, prefiero la tuya, cuando me case, lo haré con un chico con panza de chocolate.

—Puede que no te cases. —Ella arrugó el ceño como si lo que hubiera dicho no formara parte de su pensamiento en ningún momento.

—¿Y por qué no iba a casarme?

—Quizá quieras quedarte soltera y vivir la vida loca —mascullé. En cuanto solté la frase, me di cuenta de lo que había dicho.

María se había descompuesto un poco. Daba igual el tiempo que pasara, esa frase seguía estando unida a los mareros, a nuestro pasado y a la vida de la que una vez fuimos parte.

—Lo siento —murmuré arrepentido. Ella negó restándole importancia.

—Pero yo quiero casarme y tener muchas hijas, como tú y mamá, puede que más.

—También puedes estudiar para ser doctora y traer muchas niñas al mundo que no sean tuyas, eso da más dinero que parirlas y hará que puedas comprarte todos los lazos de colores para el pelo que te gusten —sugirió mi mujer.

A mi hija le brillaron los ojos, le encantaba cambiarse el adorno de color dependiendo de la ropa que llevara. Al escuchar la propuesta de su madre, sonrió.

—¿Y puedo ser doctora, tener muchas hijas y un marido con tripa de chocolate?

—Venga, lávate las manos, y mejor dedícate a estudiar por el momento. Y tú, vístete —palmeó mi trasero—, que si no, la comida se enfría.

—Como ordenes, cariño.

Esa vez sí que le hice caso. Fui al cuarto y me puse una camiseta de manga corta gris y unos pantalones. Metí la mano en uno de los bolsillos, y cuando saqué el contenido, me puse tenso. Era un cajetín de cerillas, de esos que te dan en los bares y contienen unas pocas para que las arranques.

Lo puse frente a mis ojos. Apreté los labios y lo envolví en mi puño aplastándolo. Rememoré a la persona que lo puso en mi palma y recubrió mi mano con la suya.

Expulsé de inmediato el recuerdo, devolví el objeto a su lugar y salí del cuarto para ir con mi familia.

CAPÍTULO 3



Ray, dos semanas antes

—¡Eres un pedazo de capullo! —gruñí con la mirada puesta en Jennings.

—¿Y qué querías que hiciera? —se excusó, alzando las manos mientras se balanceaba en la silla de su perfecto jardín.

El sol brillaba como de costumbre, y él y su mujer me habían invitado a comer para celebrar el éxito del operativo.

—¿No quitarte el pinganillo, por ejemplo? —Nessa negó mientras me ofrecía el segundo botellín de cerveza—. ¡Díselo tú!

—Ya lo conoces, le entra por un oído y le sale por el otro.

—Desde luego que se le salió, y podría habernos costado muy caro.

—¿Qué querías que hiciera? Ese niño lloraba a mares, no debía tener más de cuatro o cinco años. Tuve que cogerlo en brazos porque me daba miedo que nos delatara, y a él pareció hacerle gracia quitarme el intercomunicador del oído.

—Pues si lo hubieras llevado puesto, podría haberte dicho que ahí dentro quedaban tres tíos por batir, casi pierdo un huevo por tu culpa.

Era cierto, cuando me sorprendieron, recibí un disparo que casi me perforó el escroto.

—¡Eres un exagerado! La bala solo te rozó el tejido del pantalón, además, reaccioné al segundo devolviéndoles el disparo.

—Tuve suerte de que esa vez fuera munición y no un nuevo trallazo de tu estómago.

—¡Fue por el hedor! Tú porque estás habituado a tu apartamento. Además, tendrías que estar agradecido de que le volara la mano que amenazaba tu descendencia —casi escupí la cerveza de la risa.

—¿Descendencia? Cuando te dije que tenía prisa porque había quedado para que me chuparan el rabo, no me refería a una tía, lo tienes claro, ¿verdad?

—¡Ray! —exclamó Nessa, llevando las palmas de las manos a los oídos del pequeño David Jr.

—Chupa, *drabo*, chupa, *drabo*. —Reí por la nariz.

—Eso es, *little* David, cuanto antes aprendas lo bueno, mejor.

—Hay cosas que es mejor que no corran por aprender, por lo menos, a los dos años y medio. —Nessa se puso tensa.

—Disculpa, la próxima vez que me invites a comer, esperaré a que vaya a la uni. Es hora de que me vaya —comenté, poniéndome en pie.

—No te estamos echando —aseguró Jennings, buscando la mirada cómplice de su mujer—. ¿Verdad, Nessa?

—Puede que no, pero tengo cosas que hacer y las tres cervezas que llevo me han aflojado el filtro. Gracias por los tercios y la comida.

Me puse en pie, me coloqué las gafas y cogí el casco para encaminarme a la puerta. Jennings me acompañó.

—Oye, que lo del crío no ha sido nada. Lo más seguro es que a David se le haya olvidado mañana.

—Esperemos que lo haga antes de ir a la misa del domingo. Porque los parroquianos podrían pensar que eso es lo que escucha tu hijo cuando le pides a Nessa una mamada.

—Yo no…

—Aunque también podrías decirles que tu vecina no deja de repetirlo y se filtra por el seto del jardín.

—¡La vecina es una señora viuda de ochenta años!

—Sí, pero tiene perro —agité las cejas.

—Eres un puto depravado.

—En eso estamos de acuerdo. Me largo, que el jefe me ha dicho que me pase por el despacho porque quiere hablar conmigo.

—¿Piensas que es por lo de Asuntos Internos?

Me habían abierto una investigación porque no quedaba clara la muerte de los dos tíos a los que me cargué. El jefe no estaba solo en la furgoneta, había más gente oyendo lo que ocurría, así que estaba siendo investigado.

—Espero que no. Además, ya los conoces, mucho ruido y pocas nueces.

—En mi declaración dije que si no tenían el arma en la mano, tú nunca habrías disparado. —Palmeé su hombro—. Aunque no pude añadir nada más porque saben que no estaba en el mismo pasillo que tú.

—Te lo agradezco, tampoco te habría pedido que mintieras, así que es mejor que no vieras lo que sucedió.

—Entonces…

—Entonces hice lo que haría el padre de esa niña. ¿Qué habrías hecho tú si se tratara de Nessa, o David, o tu hermana pequeña? —Él tragó con dureza y le cambió la expresión—. No hace falta que contestes, ni te pido que lo compartas, ni siquiera debería habértelo contado, porque es peor para ti. ¿Ves como tenía que largarme?

—No voy a contarlo, si es lo que te preocupa, tu secreto está a salvo conmigo; somos compañeros, y por encima de eso no hay nada.

—Te lo agradezco.

Y lo decía en serio. Jennings era un buen tío.

—¡David! —lo llamó Nessa—. Tu hijo tiene popó y te toca a ti —lo llamó su mujer.

—El deber me llama. ¿Nos vemos mañana?

—Si no me quitan la placa y el arma, y me mandan a casa, ten por seguro que sí. Ten cuidado con los olores, no vayas a potarle a David Junior encima.

—Muy gracioso.

Me puse el casco y me encaminé hacia la moto. Di gas para llegar lo antes posible a las instalaciones del ICE. A mi jefe no le gustaba que llegara tarde y no tenía intención alguna de cabrearlo más de lo que ya estaba.

La operación había terminado con tres detenciones y dos cabrones en el infierno. Los críos habían sido liberados y puestos en manos de las autoridades, quienes se ocuparían de ellos.

¿Eso era bueno? Por lo menos, era menos malo.

Si existían dos negocios en auge gracias al tráfico de «pollitos» eran la prostitución y la pornografía infantil, y su explotación laboral.

Aunque parezca mentira que eso ocurriera en Estados Unidos, había críos que trabajaban más de doce horas diarias en aserraderos, fábricas, como recolectores o zurciendo las etiquetas de *Made in America* en las camisas de J. Crew, entre otras cosas.

El dinero que ganaban los menores se dividía entre tres. Una parte iba a parar a la deuda con la mara, para pagar los gastos de hacerlos cruzar, facilitarles el trabajo, el alojamiento y la documentación. Otra parte se la quedaban los «patrocinadores», adultos que, después de que los niños pasaran unos meses en los albergues del HHS, se ocupaban de ellos y también solían ponerlos a trabajar a la menor oportunidad. Les pedían a los pequeños una parte del dinero en concepto de gastos, cualquier cosa era susceptible a ello, desde apuntarlos a la escuela, o comprarles algún capricho por el que añadían una comisión. Lo poco que les quedaba era enviado a las familias, dejándolos en un estado de vulnerabilidad total.

Era un negocio redondo, para el cual el gobierno todavía no tenía solución. Si los apartaban de los patrocinadores, la única vía era hacerlos regresar a sus países de origen, y muchas veces no tenían ni un solo dato de sus familias, por lo que eran presas fáciles.

Si caían en un buen lugar, podían tener la suerte de ir a la escuela, tener una oportunidad, por pequeña que fuera.

Solo en los últimos dos años, más de 250.000 niños habían entrado solos y de manera ilegal en mi país.

Dejé la moto en el aparcamiento que albergaba las oficinas del HSI, cerca del Hudson River Park. Tomé el ascensor y llamé a la puerta del director Price cuando estuve enfrente.

—Adelante. —Su voz grave me dio paso.

—Buenas tardes, Señor.

—Wright —me saludó, alzando la nariz del ordenador—. Deme un minuto.

Me acomodé en la silla con vistas al edificio de hormigón que se alzaba justo delante. Si hubiera estado en una planta más alta, podría haber visto el mar.

—Listo. —Se recolocó las gafas y me miró enjuto.

Edmund Price rondaba los cincuenta y largos, todo el mundo decía que tenía muy buen olfato para reclutar agentes para el ICE y su porcentaje de éxito en las operaciones era de los más altos en el HSI.

—Usted dirá, pero si me ha llamado por lo de Asuntos Internos, le juro que me falló el intercomunicador.

—No es por eso. —Hizo tamborilear los dedos sobre la mesa—. Aunque ya estamos revisando todos los equipos. Si le he llamado es porque tengo una misión nueva de incorporación inmediata que requiere un agente atractivo y que se mueva bien.

Solté una carcajada.

—¿Va en serio? ¿Va a darme un puesto por guapo y mover el culo? —Price carraspeó incómodo.

—No haga que me arrepienta de esto, Wright, como ya sabe, tengo a los de Asuntos Internos

pegados al culo por su «intervención divina», y estoy dando la cara por usted. —Mi jefe solía llamar intervención divina cuando uno de los agentes se creía Dios y se cargaba a alguno de los objetivos en circunstancias dudosas. Yo prefería llamarlo justicia—. Tendría que dar gracias a su cara de modelo y alzarse con el título de vencedor de *Just Dance* en la última cena del departamento.

—Para que luego digan que una cara bonita y jugar a los videojuegos no te lleva lejos.

—Creo que eso se llama *streamer*.

—Le veo muy puesto, director —reí.

—Deje de pitorrearse, Wright, el asunto es muy serio. Solo quiero saber si… —volvió a carraspear. Estaba visiblemente nervioso. Bajó el tono de voz y se acercó a mí—. Si le supone un problema desnudarse en directo.

—Nunca creí que me pediría esto —bromeé.

—Wright…

—Perdón.

—El puesto es para infiltrarse en un club donde los hombres se desnudan y las mujeres lanzan billetes.

—¿Se refiere al SKS?

—¿Lo conoce?

—De oídas —mentí—. Ya sabe, Manhattan no deja de ser una isla. —Él pareció estar conforme con mi explicación.

—Tendrá que presentarse a la audición y ganar.

—¿Ganar?

—Bueno, no sé cómo se llama a eso, pero me han dicho que cuando uno de los estríperes se va del club, hay colas kilométricas para optar al puesto. El trabajo está muy bien remunerado, y algunas de las mujeres que van son muy ricas y atractivas. En fin, que no va a ser fácil entrar, pero necesitamos que lo haga.

—Ya sabe que me gustan los desafíos y lo de perder lo llevo muy mal. Cuente conmigo para el puesto. ¿Cuál será mi misión?

Mi superior deslizó una carpeta para colocarla frente a mí.

—Ábrala.

Juro que hiperventilé cuando vi la fotografía del tío que se desplegó ante mis ojos, en la primera página.

Era la primera vez que me empalmaba con la imagen de un sospechoso, porque no me cabía duda de que eso era lo que estaba viendo.

—¿Quién es? —Me removí inquieto.

—Lionel Torres, alias Envidia, uno de los pecados capitales del SKS, exbombero de la empresa privada Elite Fire y… —lo interrumpí porque me pareció curioso.

—¿Exbombero? ¿Ya no ejerce?

—Lleva un año de baja, algo ocurrió en el último incendio que atendió. Se despidió de la empresa dedicada a sofocar incendios de los más pudientes alegando estrés.

Ese tío estaba como para encender fuegos, no para apagarlos.

—Y lo más importante, el motivo por el cual le quiero dentro y pegado a su culo. —Eso no me costaría ningún esfuerzo, estaba deseando pegarme a él.

—¿Cuál es? —pregunté, despegándome de su mirada profunda.

—Lionel Torres fue uno de los fundadores de la SM-666 y conoce la identidad de Muerte.

CAPÍTULO 4



Ray, una semana antes

Miré a mi amigo de frente mientras él se descojonaba en mi cara.

—¿Estás de broma?

—¿Me ves cara de bromear?

—Te veo cara de no saber dónde estás metiendo el rabo. En el SKS vas a tener que enseñarlo.

—¿Y desde cuándo eso me ha supuesto a mí un problema? Me gusta mi polla, la tengo muy bonita, de hecho, una vez recibí una proposición para nominarla como Patrimonio de la Humanidad.

—Sería de la enormidad, que para llenar eso de sangre pierdes todo el riego del cerebro.

—Eso se llama envidia.

—No, elefantiasis.

—Dijo el tío que se ha tragado Dumbo más de treinta veces. Además, si tú puedes frotar cebolleta, ¿por qué yo no?

—Porque a ti te pone una tía lo mismo que a mí una puerta, es decir, nada —dijo Raven, mordisqueando una de las manzanas que compraba expresamente para él.

A mí la única fruta que me gustaba eran las uvas, y si era en formato botella, mejor que mejor.

—Te olvidas de que soy un agente infiltrado —le recordé—, se me da bien fingir.

—Jordan no es gilipollas, tiene un sexto sentido para los chicos y para las mentiras.

—¿Y qué quieres decir?, ¿que no lo voy a conseguir?

—Lo veo complicado.

—Agárrame el cubata.

—¿Te refieres a tu polla?

—Es un decir —bufé—. Si tú pudiste, yo puedo; además, tengo más ritmo, más rabo y más encanto que tú, don sieso. Y me he tragado las pelis de *Magic Mike* cinco veces, aparte de practicar varios pasos con ese tío de Instagram que es el doble de Channing Tatum.

—¿Y cuántas veces te has pajeado?

—Eso no cuenta. ¿Quieres hacer el favor de ayudarme? Para eso eres mi mejor amigo.

Raven resopló.

—Jordan se ha portado de puta madre conmigo, no quiero que lo jodas.

—¡Y no voy a joderlo! Esto no va con tu jefe, sino con uno de los chicos.

—¿Con cuál?

—Cuanto menos sepas, mejor, sabes que no puedo contarte nada.

—Y tú sabes que se me da bien guardar secretos.

Estábamos en tablas porque era cierto; si había una persona que conocía toda la oscuridad que tenía dentro, ese era Raven, y era en el único que podía confiar al cien por cien, aun así…

—No puedo.

—Vale, no pienso insistir —dijo, lanzando el corazón de la manzana a la papelera.

—Entonces, ¿vas a sentarte en esa silla? —señalé.

—¿Para qué?

—Para evaluar mi coreografía, he visto que hay una entrevista y que tienes que llevar preparada una.

—¿Estás de guasa? Paso de que aproveches esto para pasarme tu nardo por la cara.

—¡Venga ya! Rav, me lo debes. Y nunca te lo restregaría en contra de tu voluntad.

—¡Yo no te debo nada!

—Puede que no, pero eres el único que va a ser sincero conmigo. —Le hice un puchero, y él terminó claudicando con un bufido.

—Vale, pero que sea rápido, he quedado con Jordan para echar unos guantes.

—Alexa, ponme *Cream*, de Prince y Power Generation —añadí dos palmadas para darle teatralidad.

—Aquí tienes.

Los primeros acordes empezaron a sonar. Arranqué bien, o eso parecía. Raven aguantaba una de esas sonrisas ladeadas que solo emitía cuando algo le gustaba.

Caminé hasta él, me hubiera arrancado la camiseta si no llevara una de mis favoritas, así que me limité a sacármela por la cabeza poniéndome con las piernas separadas sobre él, pero sin sentarme.

La arrojé, le agarré de la mano y le hice acariciarme los abdominales como había visto en uno de los vídeos; cuando llegó al botón de mi pantalón, lo aparté, me agarré del respaldo, le hice una especie de serpiente, y cuando fui a sentarme encima de él, las patas de la silla de madera cedieron y nos vimos vencidos por la ley de la gravedad y la madera carcomida.

Raven se llevó la peor parte. Su cabeza rebotó contra el suelo y le aplasté los pulmones.

Nota mental: no volver a rescatar sillas del contenedor, por muchos tutoriales de YouTube que viera para darles una segunda vida.

—¡Me cago en la puta, Ray! —blasfemó mi mejor amigo, con sus ojos color mercurio abiertos como platos.

—¿En tu madre, o en la mía? —Su mirada me indicó que me había pasado y no le hizo gracia.

—Perdón, la broma ha estado fuera de lugar, ya sabes que soy de lengua rápida.

—Lo que eres es gilipollas, ¡aparta!

Lo había ofendido, aunque fuera verdad. Nuestras madres se conocieron ejerciendo al trabajo más antiguo del mundo. Me hice a un lado y lo ayudé a levantarse.

Raven se sacudió las astillas.

—No sé por qué te hago caso, bueno, sí lo sé, porque soy imbécil rematado y porque esto es

una puta señal del karma. Te va a ir mal.

—Gracias por los ánimos.

—¿Qué quieres que te diga? No me hace ni puta gracia tener al HSI metiendo las narices en el SKS.

—Te lo vuelvo a repetir, no voy a por Jordan.

—Pero sí a por alguien que trabaja allí.

—Solo necesito información, quizá se trate de eso o de algo más, hasta que no evalúe al sujeto, no lo sabré.

—Absolutamente genial —alzó los brazos.

—Escúchame bien, Raven, si supieras lo que pasa, sentirías la misma necesidad que yo en infiltrarte. Responde a una pregunta: ¿qué haces tú en casa de Bruce?

Nuestras pupilas se encontraron y permanecimos en silencio mientras las últimas notas de la canción acompasaban nuestros pensamientos.

Por el cabrón de Bruce Wright, nuestras vidas fueron una puta mierda, sobre todo, la de Raven, que perdió a su madre por su culpa.

—No ibas mal con la coreografía, sigue ensayando, sobre todo, que sean movimientos masculinos, las tías tienen que desear al animal que habita en tu interior, has de conseguir que te quieran follar y arrancar la ropa con los dientes.

—Tomo nota, ¿algo más?

—Cómprate una puta silla nueva y no rescates ningún mueble del contenedor, con tu sueldo, puedes permitirte algo más que un asiento que alguien tira porque ya no sirve.

—No estoy de acuerdo contigo. He encontrado auténticas joyas en el contenedor. La gente tira cosas no porque no sirvan, sino porque estamos obsesionados con dejar de darle valor a aquello que de por sí nos hace felices. Un día pasamos por un escaparate, vemos una silla de diseño, sin un rasguño y resplandeciente, y creemos que es lo que necesitamos y que lo que tenemos en casa es una puta mierda.

»Bajamos la silla al contenedor, la desechamos y dejamos de darle importancia a que en su momento nos pareció la más cómoda de la historia. Llevamos la nueva a casa, nos sentamos y, a medida que pasan los días, nos damos cuenta de que quizá sea más bonita, pero es mucho menos confortable. En el fondo, siempre tuvimos a nuestro lado lo único que necesitábamos, aquello que nos hacía sentir arropados y felices, pero que ya no percibíamos cuánto nos gustaba.

—¿Seguimos hablando de la silla, o es que te has fumado un libro de autoayuda, pitufo filósofo? —Puse los ojos en blanco. Puede que hubiera pecado un pelín de intenso con mi teoría.

—Bueno, en cierta medida, es lo que nos pasaba a nosotros, no en nuestra casa, sino con la sociedad, hasta que llegó Robbins y nos dio una segunda oportunidad.

—Quizá sea aplicable en esa circunstancia, en la de una pareja que se ha separado por cuernos, pero no en esta. Que yo sepa —se agachó para coger una pata—, esta mierda nunca fue tuya, y a la vista está su estado de putrefacción. Quien la tirara al contenedor sabía lo que se hacía, ni era recuperable, ni el que la tenía hubiera hecho bien en quedársela. ¡Cómprate una nueva, cabrón!

—Lo haré cuando me metan el primer fajo de billetes en el interior del calzoncillo en el SKS.

—Haz lo que te dé la gana, al fin y al cabo, es lo que harás. Y mete toda esta mierda en una bolsa, que la bajo al contenedor.

—Cómo te quiero, Cuervo. —Lo agarré por el cuello y lo besuqueé mientras él intentaba deshacerse de mis carantoñas—. Te prometo que esta noche te mando un vídeo con mis avances para que la goces en la cama.

—Lo que voy a gozar es de una mamada de Beni, no de tu intento de parecer sexi. Practica en una gasolinera a lo Joe Manganiello y asegúrate de que a quien le bailes ni tenga manguera ni esté en un surtidor de gasolina, podrías prenderle fuego con tu movimiento de caderas y hacerlo saltar todo por los aires.

—¡Píratelas! —Raven llegó a la puerta de entrada.

—Y tú practica tus mentiras frente al espejo, o Jordan te despedazará, quedas avisado.

En cuanto Raven se largó, me repantingué en el sofá y agarré el informe del director Price.

Me detuve un rato en la foto de Lionel Torres antes de seguir avanzando por la ficha. Ni siquiera sabía qué tenía esa imagen que me obsesionaba tanto, solo que llevaba el título de mis últimas pajas.

Pasé la hoja y repasé sus datos.

Tenía treinta años, medía metro ochenta, complexión atlética y una piel en la que podría perder mi lengua —eso no lo ponía en el informe—, casado, con tres hijas, nació en Estados Unidos, aunque pasó parte de su adolescencia en El Salvador. —Mal momento para llevarlo a un nido de maras—. Hijo de un militar americano fallecido por las FARC y una salvadoreña.

Cuando la madre enviudó, decidió regresar a su país de origen con su hijo y refugiar su dolor en la familia.

En el informe no ponía que fuera marera, pero si tenemos en cuenta que una de cada ocho personas están relacionadas con las maras, quizá fuera un hermano, un primo o una amiga de la infancia.

Lionel estudió en el instituto, donde conoció a Muerte, y, según los papeles, allí fue donde lo apodaron Lion. Se hicieron inseparables y juntos asentaron las bases de lo que sería el nuevo SM-666.

La última noticia que se tenía de Torres fue que abandonó El Salvador para regresar a Estados Unidos tras un tiroteo en el que su madre perdió la vida, quizá aquel hecho sirviera para dos cosas; para regresar junto a los abuelos paternos, quienes no soportaban la idea de que su hijo se hubiera casado con una salvadoreña, y para encargarse de abrir territorio a la SM-666 desde tierras americanas.

Nunca había sido detenido. Estuvo viviendo poco tiempo en casa de sus abuelos porque, al parecer, no llegó solo. Lo hizo con María Solís y fue padre a los diecisiete. Algo muy común en la comunidad latina.

Se casó con la madre de sus tres hijas, tuvo trabajos de lo más variopintos, hasta terminar de bombero en la empresa privada Elite Fire, después de llevar varios años como voluntario en la comunidad. Complementaba su puesto de extinción de incendios prendiendo fuego a las mujeres en el SKS. Hasta que lo dejó.

Quizá toda esa vida de aparente penuria enmascaraba a uno de los líderes de la mara más temida del panorama actual, tal vez se tratara de un camuflaje y en algún lugar de los Cayos le esperaba una mansión con un pedazo de barco con el que traficar por agua o pasar a personas desde México.

Tener una identidad que no levantara sospechas era de ser una persona lista y muy previsora; si quería acercarme a él y ganarme su confianza, debería planear una buena estrategia.

También podría ser que no fuera nada de eso, que se hartara de la SM-666 y huyera, pero, entonces, ¿por qué nuestro soplón nos había dicho que Muerte y él seguían en contacto?

La mara no perdona; o estás con ellos, o mueres.

Regresé a la primera página.

—¿Quién eres, Lionel Torres?

Pronto lo descubriría.

CAPÍTULO 5



Leo, diecisiete años antes

Doblé las piernas encima del asiento y miré a través de la ventana.

Mi madre estaba sentada a mi lado, con los ojos enrojecidos, perdidos en un lugar que solo ella conocía, y el cuerpo mucho más delgado que de costumbre.

Mi padre murió hacía seis meses, seis meses de auténtico calvario y de lucha para que ella obtuviera una pensión decente con la que ambos pudiéramos vivir, ya que nunca había trabajado fuera de casa, se había dedicado en cuerpo y alma a su familia.

Con la pensión de viudedad que nos quedaba, apenas podíamos cubrir los gastos de alquiler, comida y lo necesario para seguir en nuestro barrio.

Los abuelos nunca soportaron la idea de que mi padre se casara con una mujer de El Salvador, y a mí me toleraban a duras penas porque era su nieto.

Cuando iba a visitarlos, lo hacía solo con mi padre, y porque a él le sabía mal que no tuviéramos contacto.

Él ya no estaba, y parecía que nada nos quedaba allí, salvo mi escuela, mis amigos y todo lo que yo conocía hasta la fecha.

Las veces que los abuelos, por parte de mi madre, habían venido a vernos, fue muy distinto.

Ellos estaban encantados de que su hija tuviera una buena vida en Estados Unidos, adoraban a mi padre y siempre nos invitaban a ir cuando quisiéramos. El problema, que su casa era pequeña y no cabíamos, mi padre siempre prefirió pagarles el pasaje y que nos visitaran, debido a la inseguridad del país.

Ya no teníamos más remedio que mudarnos. Mi madre me aseguró que con la pensión de mi padre podríamos conseguir una vivienda en un buen barrio, una buena escuela y que nos sobraría dinero para cubrir los gastos con comodidad.

Era la única opción viable que nos quedaba, y a mí no es que me hiciera especial ilusión mudarme a una Centroamérica hostil.

El tren se detuvo y mi madre recuperó el enfoque.

—Hemos llegado, hijo. —Asentí serio—. Seguro que estaremos bien, te lo prometo.

—No hagas promesas que no puedes cumplir —respondí duro.

Su cara se inundó de pena, y yo me sentí mal por haber sido tan seco. No necesitaba que le pusiera las cosas más difíciles, suficiente melancólica estaba como para aguantar mis pullas, pero es que para mí tampoco estaba siendo fácil. Ella había perdido a su marido, y yo perdí a mi padre.

Había dejado atrás todo lo conocido para embarcarme en ese viaje; mis amigos, el equipo de béisbol, mi barrio y a Emily Dikinson, la animadora que todos adoraban y que se rumoreaba había puesto los ojos en mí.

No tenía ni idea de lo que me esperaba en El Salvador. Tenía miedo de ser incapaz de encajar, de hacer nuevos amigos o sentirme bien.

Una fina capa de sudor pegaba mi camiseta de los Yankees a mi espalda.

—Lo siento —me disculpé.

—No importa, ayúdame con la maleta, anda.

Ahí estaba todo lo que quedaba de nuestra anterior vida, en un par de maletas. Una de mi madre y otra mía. Lo demás fue vendido o lo regaló, según mi madre, no podíamos permitirnos cargar con un montón de cosas que no sabíamos si nos cabrían. Y gastar el dinero en una mudanza internacional era una locura. Me aseguró que allí la vida era mucho más barata, así que podríamos comprar un montón de cosas nuevas, y lo bueno era que la casa ya estaba amueblada, por lo que no tendríamos un gasto inicial demasiado elevado.

Nos apeamos del tren. Mis abuelos nos esperaban en la misma estación. Nos recibieron con los brazos abiertos y la cara surcada en lágrimas por la pérdida de mi padre, sobre todo, la abuela, quien lloró con mucha más fuerza al ver a mi madre.

El abuelo y yo esperamos a que los ánimos se calmaran un poco. Les ofreció un par de pañuelos, y ellas se enjugaron la cara.

Mi abuela inspiró con fuerza y se aclaró la garganta. Yo cogí una maleta y mi abuelo la otra, para dirigirnos hacia el coche.

Ambas iban agarradas del brazo.

—Con el dinero que enviaste, he podido alquilar una casa muy cerca de la nuestra, así yo me quedo más tranquila y puedo ayudaros con lo que sea —proclamó la abuela al oído de mi madre —. Todo irá bien, Elena, ya lo verás. —Su mano ajada palmeó la de su hija—. Tienes que ser fuerte por Lionel.

—Lo intento, mamá, lo intento —suspiró ella—, pero se hace muy duro.

—Lo sé, hija.

Llegamos al coche y cargamos las maletas.

Mi madre y yo ocupamos los asientos traseros del desvencijado automóvil. Según el abuelo,

lo importante era que contaban con una nave que los trajera y los llevara, así le llamaban allí a los coches.

Mis abuelos vivían en Soyapango, la segunda ciudad más poblada del área metropolitana de El Salvador, conocida como la Ciudad Industrial.

Tenían un pequeño negocio de víveres en la planta baja de su casa, con el dinero que ganaban, fueron capaces de sacar adelante a una familia de siete miembros, ellos dos y sus cinco hijos.

Mi madre era la mayor, tenía dos tías y dos tíos. Uno de mis tíos varones murió, no lo conocí, pero escuché a mis padres decir que se había visto envuelto en una reyerta entre maras.

Lo busqué en internet, las maras eran los grupos de pandilleros en El Salvador, no es que no hubiera pandilleros en Estados Unidos, de hecho, había multitud de pandillas; por suerte, en la zona que vivía, era un barrio muy familiar y tranquilo, por lo que no debíamos preocuparnos en exceso por peleas entre bandas.

Según me comentó mi madre, su casa de la infancia no era muy grande. Contaba solo con tres habitaciones, la de mis abuelos, la de las chicas y la de los chicos, quienes dormían en literas.

Después, esos dos cuartos fueron ocupados por la tía Rosalía, su familia y el tío José, con su mujer embarazada, por eso nosotros no cabíamos.

La única manera de llegar al barrio era a través de carretera; o ibas en coche, o en bus, esa era la razón por la cual habían venido a buscarnos.

—¡Estás hecho todo un galán, Lionel! —exclamó mi abuelo, refiriéndose a que era guapo. Gracias a que mi madre siempre me habló en salvadoreño, comprendía todos los vocablos. Poco tenía que ver con el español que nos daban en el colegio—. ¿Ya tienes tu volado[1]?

—No, abuelo, no dejó atrás ninguna chica —aclaró mi madre por mí.

—Mejor, aquí encontrarás una pincha[2] que esté bien galana para enculartе[3].

—Ya tendrá tiempo de eso, Manuel —lo regañó mi abuela mientras yo volvía a mirar hacia la carretera.

Mis abuelos pusieron al día a mi madre sobre el negocio, la situación actual del país y lo bonita que era la propiedad en la que íbamos a vivir. Mi mente voló de nuevo a todo lo que dejaba atrás, convirtiendo su conversación en un leve rumor que acompañaba mis pensamientos.

—¿Y las extorsiones? —preguntó mi madre con la boca pequeña. La palabra extorsión hizo que retomara mi interés por la conversación.

—No te preocupes por eso, Elena, José se ocupa.

—¿José? —Mis abuelos se miraron.

—Ahora solo debes centrarte en recuperarte y que Lionel se haga a su nueva vida, nada más.

Mi madre se hundió en el asiento, a mi lado.

—¿Qué extorsiones, mamá? —pregunté, queriendo saber a lo que se refería.

Mi abuela subió el volumen de la radio, como si con ello pudiera opacar lo que mi madre fuera a contarme, se dio la vuelta esperando lo que fuera a decir con una mirada de advertencia.

Mi madre suspiró y me cogió la mano.

—Nada, Lio, cariño, cosas nuestras, no tienes que preocuparte por eso. La abuela tiene razón, ahora lo importante es centrarnos en que te aclimates.

Vi sonreír y asentir con complacencia a su madre. La conversación había llegado a su fin y el turno de preguntas había finalizado.

Mi madre volvió a centrar su mirada en aquel lugar perdido en el que parecía encontrar refugio. Yo regresé a aquel amasijo de casitas bajas con techos ondulados y metálicos que se

desplegaban en un mar poco uniforme frente a mis ojos.

Aquel lugar no tenía nada que ver con el barrio en el que me había criado, un lugar cuidado, con jardines, casas blancas y amables vecinos que intentaban ayudarse porque habitaba en ellos el sentimiento de comunidad.

Cerré los ojos e intenté alejar cualquier pensamiento de culpa hacia mi padre, por habernos dejado y que nos viéramos ahora mismo tan lejos del que consideraba mi hogar.

CAPÍTULO 6



Ray, cuatro días antes

El director Price no exageraba cuando dijo que las colas para trabajar en el SKS eran kilométricas. De hecho, no fue algo que le preguntara a Raven en su momento. Di por sentado que lo soltó para que me pusiera las pilas. Debería haber tenido en cuenta que Price nunca mentía.

Llegaba directo de casa de Jennings. Como Raven trabajó la noche anterior, no podía mostrarle mis avances y necesitaba pasar por la prueba de fuego.

—Nessa, ¿te importa que te haga un estriptis? —pregunté después de haber engullido una torre de tortitas caseras con sirope de Arce. Ella parpadeó sin comprender, y Jennings puso cara de haberse comido un limón, en lugar de un montón de dulce—. Es para que me evalúes, lo necesito para la próxima misión.

—¿Necesitas desnudarte delante de mi mujer?

—Necesito que me diga si le pongo cachonda o le parezco gay.

—Espera, que esto mejora con cada frase —rio ella.

—¡Ni de broma! —Jennings se puso en pie.

—Oh, venga ya, David, si tú vas a estar delante —protestó Nessa—, y nuestro hijo está echando la siesta, no es de buen cristiano no ayudar al prójimo.

—Ni de permitirle a tu compañero de trabajo que se desnude delante de tu esposa. Como comprenderás, después de verle a él en pelotas, siempre saldré perdiendo, se te quedará hospedado en el cerebro, como un maldito parásito, y cuando yo me desnude, será lo que pediste versus lo que te llegó.

—¿Y quién te dijo que yo pedí un tío de metro noventa, guapo, rubio y repleto de abdominales? Quizá me gustaba el de metro setenta y cinco, de pelo castaño, sonrisa amable, que es un buen padre y me ofrece sexo brutal.

—¿Sexo brutal? —preguntó mi compañero algo más relajado.

—Eso he dicho. Eres una bomba en la cama, y a él, conmigo, no se le levantaría nunca.

—Eso es verdad —asumí divertido.

—Vale, bueno, pero los calzoncillos se quedan puestos —masculló mi amigo.

—No pensaba llegar tan lejos, aunque si Nessa quiere meterme algún billete, no me quejaré. ¿Puedo poner la música? —Jennings se encogió de hombros dándome el beneplácito, y su mujer tardó tres segundos en colocarse en mitad del salón con una silla.

Al terminar la coreografía, miré a Nessa y después a mi compañero, quien sostenía los pantalones, que cayeron sobre su cabeza.

—¿Y bien? ¿Qué opináis?

—Creo que necesito ir a la iglesia porque incluso yo he tenido dudas sobre mi orientación después de verte bailar —proclamó mi amigo sin tapujos, lo que me hizo soltar una carcajada.

Nessa se abanicó enrojecida.

—Por mi parte diré que OMG! Nadie me había preparado para algo así, y te juro que no sentí para nada que te fueran los tíos, fue como… Bueno…

—¿Te puse cachonda?

—Si no pusiste cachonda a Nessa y a mí sí, tenemos un problema.

Los tres nos pusimos a reír. Me quedé un rato más en su casa y después conduje directo hacia el SKS. Tuve que esperar bastante rato. Lo bueno era que nos hacían entrar de cinco en cinco, con lo que la cola avanzaba con mayor fluidez.

Cuando accedí al local, sentí admiración, todo estaba cuidado al mínimo detalle, destilaba lujo y perversión. Sonreí frente a un cartel de neón apagado que rezaba: «Bienvenidas, pecadoras».

Alcancé a ver el escenario, el lugar donde tendría que desnudarme a diario, y me detuve al verle a él.

¡Joder! ¿Qué hacía Lionel allí?

Tragué con fuerza. Vestía un pantalón de deporte, camiseta de tirantes y su piel morena estaba repleta de sudor. Levantó un poco del bajo de algodón blanco para limpiarse la cara y mi entrepierna rugió.

—Bienvenidos al SKS —proclamó un hombre alto, rubio, con pinta de deportista retirado—. Soy Jordan Stein, el propietario del Seven Kapital Sins y quien va a evaluaros. Le he pedido a uno de mis pecados que me eche una mano hoy. Él es Envidia, y os va a mostrar unos pasos de la coreografía grupal que realizan juntos cada noche. Queremos ver vuestra rapidez para aprender los pasos y la de trabajo en equipo.

—Perdón, yo creía que eran coreografías individuales —comentó uno de los chicos.

—Sí, también veremos la que habéis preparado. Como he dicho, esto es para que nos quede claro si sois lo que estamos buscando, al margen de los buenos bailarines que seáis. Tenéis un par de minutos para prepararos.

Algunos de los chicos se cambiaron de calzado, se quitaron la ropa, yo preferí quedarme tal cual estaba; si después necesitaba quitarme la camiseta porque lo exigía la coreografía, ya lo haría.

Lionel y Jordan intercambiaron algún que otro comentario mientras nos miraban. Cuando los ojos oscuros con motas doradas de Envidia se encontraron con los míos, fue como si el núcleo de la tierra me absorbiera por su magnetismo.

No sé si fue cosa mía, o fruto de los nervios por no cagarla y olvidarme de la coreografía, pero juraría que se había detenido en mí varios segundos de más.

Nos pidió que nos colocáramos en fila y marcó una serie de movimientos que la mayoría tardaron cero coma cinco en memorizarlos.

—¿Puedes repetir? —pregunté, ganándome un alzamiento de cejas por su parte.

—¿Te cuesta retener, o es que el puesto te queda grande?

—Lo que tengo grande no está a la vista.

—¿Te refieres al ego?

—Más bien a la polla, que es por lo que estoy aquí, no creo que se me vaya a juzgar por mi cerebro.

Se oyeron varias risitas detrás de nosotros, y Lionel frunció el ceño.

—Envidia, no tenemos todo el día, ¿puedes repetirle los pasos?

—¿No dijiste que los quieres rápidos? —protestó, contemplando al jefe, que se mantenía abajo.

—Sí, pero lo de la polla grande suma puntos, tú hazlo.

—Esta vez mira mis pies y no a mi culo —gruñó el objeto de mis poluciones nocturnas.

«Como si fuera tan fácil».

Me concentré y, al final, creo que obtuve un resultado más que decente.

Cuando llegó el turno de mi coreografía en solitario, le pedí a Jordan si alguien podía acompañarme en el escenario.

No esperaba que accediera, y mucho menos que hiciera subir a Lionel.

—¿Estás de broma? —protestó hosco el bombero.

—Venga ya, quiero verlo en acción al cien por cien.

—Si tengo que subirme con ese tío hoy, cobro el doble. —Jordan rio.

—Tú hazlo, ya hablaremos después de la minuta.

Envidia alzó las manos y subió al escenario.

Jordan puso el *pen* que contenía el tema que había preparado. *Gasoline*, de Maneskin. Cuando los golpes bajos arrancaron, me encaminé decidido hasta él para empujarlo desafiante, sentarlo en la silla y tirarle del pelo hacia atrás, ganándome algunos gritos de entusiasmo de uno de los bailarines.

Las motas doradas de sus ojos brillaron incendiarias, y esos labios sensuales se apretaron formando una línea fina.

Sonreí desafiante y me relamí sin apartar la mirada de la suya.

No eres más que gasolina.
Comenzando incendios desde los diecisiete.
Cuchara de plata en los jeans *de papá.*

Utilicé la siguiente frase para escenificar los movimientos.

Cuatro, le solté el pelo. *Tres*, me di la vuelta para ponerme de espaldas a él. *Dos, uno*, me ubiqué sobre su regazo y me tiré al suelo, para darle tres *pollazos* contra la entrepierna cuando Damiano, el cantante de voz rasgada de los Maneskin, coreaba *Count it, count it down.* Ganándome los gritos de aprobación de mis compañeros.

CAPÍTULO 7



Leo, en la actualidad

Me ajusté la casaca y miré de reojo a Lujuria, acababa de bajar a la zona de camerinos acompañado del nuevo pecado.

En cuanto mis ojos capturaron la hendidura de la barbilla, la mandíbula cincelada y esa manera de caminar que parecía reclamar el mundo como suyo, maldije para mis adentros.

¿Cuántos tíos vimos con opciones claras para poder entrar? Y Jordan tuvo que quedarse con el que más me tocaba los cojones.

Hubo tíos mucho mejores que ese altanero que iba de listillo.

Reconozco que era guapo, que su aura de sobrado y ese rostro de príncipe azul malvado podría ponerles a muchas tías. El problema era que a mí no me entraba, no lo hizo desde el principio, y odiaba a los tíos que se confrontaban porque se creían los reyes del mambo.

Tensé la mandíbula y pasé de mirarlo antes de que sus ojos se percataran de mi presencia.

Escuché cómo Corey iba detallándole las cosas, comentándole el funcionamiento con la precisión de un banquero suizo. Se me hizo un nudo en el estómago cuando le indicó la ubicación de su taquilla para guardar las cosas.

¡Mierda! ¡Estaba pegada a la mía! ¡Puta mala suerte!

Los ignoré deliberadamente y me dediqué a preparar mi indumentaria. Vestía de bombero para el espectáculo, porque cuando Jordan se enteró de mi otra profesión, dijo que podríamos sacarle partido; a las tías les ponían los hombres de manguera larga que luchaban contra el fuego.

Esos eran ya los únicos incendios que apagaba, los de las mujeres que pagaban lo suficiente como para gozar de mi compañía. No había vuelto a participar en un incendio desde…

Su risa hizo cortocircuitar mis neuronas. ¿Tenía que hacerlo tan fuerte? Agarré la manguera con la chaquetilla abierta y me puse a enrollarla. Podía sentir sus ojos surcando mi piel sin permiso, tenía ganas de ladrarle. No lo hice porque eso le habría dado más importancia de la que estaba dispuesto a entregarle.

Indiferencia, esa es la mejor arma a blandir con aquellos que te disgustan. Y él me disgustaba, sobre todo, lo que veía en aquella mirada color miel fundida al chocar contra la mía.

Cerré los ojos porque la imagen de los suyos hundiéndose en los míos mientras me tiraba del pelo me golpeó duro. Me tensé cuando se giró para ubicarse sobre mis piernas y golpear su entrepierna contra la mía.

¡Puto cabrón!

Toda la jodida coreografía estaba pensada para provocar, suscitar y que la víctima quedara envuelta en su tela de araña, pensando en lo que sería capaz de hacer con esa boca, esa lengua y esa…

Me removí incómodo.

¡Joder! Ese tío no me la podía poner dura, ¡no podía ser!

Apreté los párpados con fuerza y visualicé a María, las niñas, la vida que construí con ella. Eran mi familia, mi refugio y las protegería a toda costa.

Realicé unas cuantas inspiraciones profundas hasta conseguir sosegarme.

«Que no te afecte su presencia, tú puedes, Leo».

Con un poco de suerte, ese capullo la cagaría, se le notaba a la legua que lo suyo no eran las tías. Lo vi por cómo me miraba el trasero a través de uno de los espejos. También porque tonteó con ese bailarín de su grupo que le facilitó el teléfono y quedaron para follar.

¡No iba a funcionar! ¡¿Es que Jordan no se daba cuenta?!

«¡No es tu problema!», me reprendí.

Terminé de enrollar mi herramienta de trabajo y Lujuria silbó para que acudiéramos a la presentación de la nueva adquisición. No tenía más remedio que ir, aunque me inundara el disgusto.

—Bien. Deja entonces que te presente a los demás —le dijo Corey a Dave.

«¿A los demás?», eso implicaba que Pereza conocía a alguno de los pecados. Quizá se refiriesen a mí. ¿Habrían estado hablando de lo que sucedió en la audición? ¿Y a mí qué cojones me importaba?

Me importaba porque desde pequeño odiaba que hablaran de mí a mis espaldas, ese rubio tenía pinta de metiche, de ir clavando pollas y puñaladas.

El único motivo que me llevó a aprenderme su nombre fue para poder olvidarlo.

Cuando Jordan me preguntó por mis cinco favoritos para el puesto, ni lo menté, aunque poco importó que no lo hiciera, porque era obvio que al jefe debió causarle la buena impresión que no obtuvo de mi parte. Quizá fuera porque el único rubio potente que tenía en plantilla era Lujuria y necesitaba compensar la balanza. La cuestión era que ahí estaba e iba a tener que comérmelo con patatas.

—Chicos, acercaos un segundo, dejad que os presente a nuestro nuevo compañero.

Todos se aproximaron y, por mucho que no me apeteciera nada, no podía hacerle a Corey el

feo de desobedecerlo. Podía mantenerme al margen de ese tío, no era tan difícil, hablaría lo justo con él y listo.

—Este es Soberbia. —Marlon, nuestro músico de pelo largo y sonrisa canalla, le estrechó la mano a Dave. Debían tener una edad aproximada, quizá con él pudiera congeniar y llevarse bien —. Nuestro *rockero* —puntualizó el segundo de a bordo del SKS—. Gula. —El mulato de dientes blanquísimos, que de vez en cuando nos sorprendía con alguna de sus creaciones hechas comida, le hizo un gesto casi militar, marcando su frente con dos de sus dedos. Pereza recorrió su piel oscura y brillante con hambre, se detuvo en su paquete con descaro, seguro que se había percatado de que cargaba a la izquierda y estaba muy bien dotado. Apreté los puños. Era un jodido descarado.

»Avaricia. —La mirada de Ares era fría, cargada de hastío, no le gustaban las novedades, como a mí, simplemente cabeceó ajustándose los gemelos. Era el mayor del grupo, aunque solo se notaba por las finas arrugas que se afanaban en las comisuras de sus ojos. Era muy atractivo y el único que no necesitaba estar allí por la pasta—. Nuestro millonario —apostilló, ganándose un bufido por parte del portador de un traje que costaba más que dos mensualidades de mi sueldo.

—El de negro es Ira. —Llegó el turno del Cuervo. Era buen tío, aunque algo arisco. Tenía unos ojos grises que te taladraban por dentro y no era extraño verlo fumar un porro de maría o meterse una raya de vez en cuando.

Yo pasaba de esas mierdas, y para qué nos íbamos a engañar, tampoco me las podría permitir con el estado de mi cuenta corriente, demasiados gastos. Prácticamente vivía al día desde que nació Daisy.

—Y tú eres Envidia —se adelantó, poniéndose frente a mí con una sonrisa burlesca que me habría encantado borrar.

—Sabes perfectamente quién soy —mascullé ofendido.

Corey se dio la vuelta para responder a algunas de las preguntas de los chicos.

—¿En serio? ¿Nos hemos visto antes? Mi retentiva suele ser escasa, las neuronas y la sangre siempre se me concentran en el mismo punto y tiendo a olvidar las caras.

Pero ¿de qué iba ese capullo? Pasaba de sus mierdas.

—Mejor que no me recuerdes, yo tampoco he pensado en ti. —Me fui a dar la vuelta para seguir con lo mío, pero me interrumpió.

—¿Sabes? No te la tengo.

—¿El qué? —pregunté, totalmente fuera de la conversación.

—Envidia.

—Pues a mí sí que me das mucha pereza, tú por tu lado y yo por el mío.

—Oh, venga ya, tío, estaba de broma, claro que me acuerdo de ti, sería imposible olvidarme de quién eres —dijo, entrando en mi espacio personal. Su aliento recorrió el lateral de mi cuello y mi corazón golpeó con fuerza—. No suelo olvidarme de los tíos a los que les chupo la bragueta —masculló ronco.

Le di un empellón perturbado porque la mía acababa de responder alterada.

—Tú a mí no me has… —Se mordió el labio y me contempló canalla—. Apártate de mi camino, ¿me oyes? ¡Déjame en paz!

—¿O qué?, ¿me harás pecar? —Se relamió. Abrí y cerré los puños alterado, sacando aire por la nariz con fuerza.

Negué, alcé las manos, y esa vez sí que me di la vuelta para seguir con mis cosas. Lo mejor era no perder un minuto más con él, obviar sus pullas. Si le partía la cara, Jordan se iba a cabrear.

—Pereza, ven, que te cuento cómo va el cuadrante —respiré aliviado al escuchar la voz de

Lujuria. Lo más prudente era que terminara de arreglarme y me centrara en dar un buen espectáculo.

Lo miré de reojo, y él me ofreció una sonrisa que anunciaba un juego al que no estaba dispuesto a jugar.

CAPÍTULO 8



Leo, diecisiete años antes

¿Que me iba a acostumbrar a vivir en ese sitio? ¡Ja!

Odiaba la casa, odiaba el barrio, odiaba mi instituto, odiaba mi vida y, sobre todo, odiaba a mis compañeros de clase.

Los oía reír, murmurar, hablar con desprecio y lo suficiente alto para que los oyera apodarme gringo. No lo hacían a bien, sino de forma despectiva.

Les importaba muy poco que mi madre fuera de El Salvador, no pertenecía a su grupo, ni querían que lo hiciera. Tampoco me dejaban que me mantuviera a un lado. Su único objetivo era amargarme la existencia a la menor oportunidad. Alguna de las chicas sí que había mostrado cierta amabilidad, el problema era que si ellos las veían hablar conmigo, yo terminaba pagando las consecuencias.

No podía contárselo a mi madre, ella seguía sumida en aquella melancolía que cada día la consumía más y la alejaba de la realidad en la que vivíamos. Apenas se levantaba de la cama, comía o hacía algo más que no fuera dormir.

Mi abuela nos visitaba a diario, se ocupaba de traernos víveres, mantener la casa limpia y hacer la comida.

Cuando me preguntó, a principios de semana, qué tal me iba en la escuela, le expliqué que no me sentía a gusto en el instituto, que los chicos no eran como en Estados Unidos y que me costaba hacer amigos. Tampoco quería contarle demasiado. Me pidió que les diera tiempo a mis compañeros para que se adaptaran.

¿Ellos tenían que adaptarse a mí? Pero ¡si yo no les hacía nada! ¡Solo existir! Aunque entendía que ser hijo de un militar americano, que luchaba contra el narcotráfico en Latinoamérica, cuando la mayor parte de sus familias pertenecían a las maras y se dedicaban al menudeo de la droga, no era un buen punto de partida.

Ellos me veían con otros ojos, los de los nacidos bajo el umbral de la pobreza. Bajo su punto de vista, yo tenía todo, y no se equivocaban, comparado con ellos, era así; el problema, que yo no lo sentía de esa forma porque había perdido a mi padre y a mi madre de un plumazo. Además, estaba en territorio hostil. Mis amigos se encontraban a miles de kilómetros y todo se estaba convirtiendo en una pesadilla. Ni siquiera estaba practicando deporte alguno cuando me apasionaba el béisbol.

No encajaba. La cultura, la manera de ver la vida, era extremadamente opuesta a la mía, a la que mis padres me habían inculcado. Era una maldita diana a la que arrojar su fobia hacia todo lo que yo representaba.

Al mes de mi llegada, pasó algo que lo cambió todo, o que fue el inicio del cambio, como prefieras decirlo.

Era la hora del recreo, yo estaba en el baño haciendo pis, apurando los últimos minutos porque después no nos dejaban salir, cuando la puerta se abrió.

Oí varios pasos a mis espaldas, pero yo seguí a lo mío.

Lo siguiente que noté fue un fuerte impacto contra mis riñones. Alguien me pateó con tanta fuerza que perdí el equilibrio y me golpeé la frente contra el urinario.

Había sido tan de repente que no pude hacer nada, ni siquiera controlar el pis que empapó el suelo en el que mis rodillas se hundieron.

—¿Qué pasó, pipián[4]? ¿No sabes apuntar y te flojean las rodillas cuando nos ves?

Mis manos estaban tan mojadas como mi vaquero y noté que algo goteaba por mi frente. Una punzada me recorrió el cuerpo, desde la cabeza a los riñones.

Una gota roja se disolvió en el líquido amarillento. ¿Eso era sangre?

A la primera le siguieron varias, uniéndose en el charco, alcé la mano para intentar palparme la cabeza con la muñeca.

Las risas sonaron demasiado cerca.

—¡Dejadme en paz! —protesté, queriendo ponerme en pie.

Lo habría conseguido si uno de los tres chicos que me acorralaban no hubiera hundido su rodilla en el punto lastimado y aplastado mi cabeza contra el orín para restregarla en él.

Sentí asco y escozor.

—¿Lo oyeron? Que lo deje en paz, dice. ¿Por qué tendría que hacerlo? ¿Porque tu papá muerto estaba en el ejército? No le saliste en nada a tu pa, ni siquiera tienes pelotas —rio—. ¿Vieron que ridícula pija tiene? Bueno, tal vez en algo sí que salieras a él. ¿De verdad creías que podías huevearnos[5] a nuestras chicas? ¿En nuestra propia cara? No lo harás. —Volvió a frotarme la cara contra el suelo mientras yo aguantaba la respiración y la humillación.

Los demás lo jaleaban. Cuando pude apartar lo suficiente el rostro, le respondí.

—¡Yo no he querido venir a su país! ¡A mí sus chicas me importan bien poco! —proclamé, intentando zafarme sin éxito. Escuché una risa sin humor a mis espaldas.

—No te importan, ¿eh? Y, entonces, ¿por qué hueveas a la Wendy?

—Te repito que yo no hago eso, ella no me interesa. —Acercó su nariz a mi oreja.

—Ah, ¿no?

—¡No, no, no! Les juro que yo no quise que ninguna chica se fijara en mí, ella fue quien vino a hablarme, de hecho, no hay ninguna que me guste.

El chico que me había agredido era el cabecilla de la clase, siempre iba acompañado de sus dos secuaces.

—¿La estás llamando fea? ¿Piensas que nuestras chicas no son tan bonitas como las gringas? —Estaba tergiversando mis palabras, por supuesto que Wendy era preciosa, la más bonita de la clase, era solo que a mí no me interesaba, ni ella ni nadie, en mi cabeza no quedaba espacio para eso.

—¡No! —traté de excusarme—. Es solo que… las respeto, son de ustedes —intenté mediar sin éxito.

—Me da igual, ellas te miran, te buscan, te *miguelean*[6].

—Pero ¡eso no es mi culpa!

—Es de tu cara y ya no va a pasar, porque voy a rajarte ese rostro de galán para que no quieran volver a mirártela.

Escuché el sonido de una navaja al desplegarse y entré en pánico. Me revolví con todas mis fuerzas.

—¡¿Qué está pasando?! —oí que alguien espetaba.

—Machete, estate en tu vaina[7] —gruñó Carlos Alberto, el tipo que me sujetaba.

—Eso lo decido yo. ¡Suéltenlo! Ya me han oído —ladró el recién llegado.

—Este gringo me *miguelea* a la Wendy y me pertenece.

—¡Yo no hago eso!

—Si no sabes mantener la atención de mi hermana, quizá sea porque no la merezcas, y ahora déjalo ir y lárguense, ¿o quieren que yo me ocupe de decirles que a ese de ahí no se le toca?

—¿Y eso por qué?

—No les debo ninguna explicación. Lárguense o aténganse a las consecuencias.

Por un instante, creí que no le harían caso, solo se escuchaban las respiraciones de los cuatro, hasta que mi agresor se acercó de nuevo a mi oreja.

—Esto no ha terminado aquí, cerote[8]. Me da igual quién te proteja.

Carlos Alberto y sus secuaces se apartaron y yo permanecí en el suelo, avergonzado y tembloroso.

—Ey, ¿estás bien, *man*?

No, no lo estaba, pero me daba muchísima vergüenza reconocerlo. Me limité a ponerme a cuatro patas e intentar meter mi polla dentro de la bragueta. Estaba sucio, manchado de sangre y orín, además, apestaba a miedo.

—Deja que te ayude.

Noté una mano intentando incorporarme, me revolví con lágrimas de impotencia en los ojos, no quería que nadie me viera o me tocara en ese estado.

—Intento ayudarte, *man*. Tienes un corte feo en la cabeza. Alguien debería verte eso.

—Yo me ocupo —sorbí por la nariz.

—No soy el enemigo, te he ayudado. —Tenía razón, era consciente de ello. Que si no fuera por su aparición, tendría el rostro cosido a navajazos.

Ni siquiera me conocía, era más de lo que nadie había hecho por mí en esas semanas.

Había dicho que era el hermano de Wendy, la chica que se rumoreaba era la novia de Carlos Alberto, nadie en su sano juicio se atrevería a quitarle la chica a un *homeboy* de la MS-13. Era

meterse gratuitamente en problemas, y a mí me sobraban.

Fui hasta el lavamanos, abrí el grifo y hundí las manos en el agua fría para limpiarme la cara, al pasarlas por la herida de la frente me dolió. Di un respingo. Me toqué la brecha, era algo profunda, pero no muy larga, y seguía sangrando.

Miré hacia abajo y sentí asco de mí mismo. Mi ropa estaba meada, no podía volver a clase de aquella guisa y me daba mucha vergüenza montarme en el autobús, tendría que regresar andando, mi madre no vendría a buscarme en el estado en el que se encontraba y mis abuelos estaban trabajando.

—Soy Julio César.

Alcé la mirada y me encontré con un chico dos o tres años mayor que yo. Me sorprendió lo guapo que era, de rasgos marcados y mirada profunda. Llamaba la atención el tatuaje de una minúscula cruz tatuada bajo la comisura de su ojo derecho.

—El hermano de Wendy —murmuré, y él me ofreció una sonrisa ladeada.

—Sí, mi hermana me ha hablado mucho de ti.

—¿De mí? —pregunté aturullado.

—Eres sobrino de José, e hijo de Elena y el militar muerto, ¿verdad? —Asentí—. Tu tío es muy amigo de mi padre, le pidió que te echara un ojo porque, al parecer, no te adaptas.

Quizá fue mi abuela quien le habló a tío José de mi falta de amigos en la escuela, o que no lo estaba llevando bien.

—Gracias.

—No hay de qué. Anda, vámonos.

—No puedo ir así a clase.

—¿Quién ha hablado de ir a clase? Estás muy chuco[9]. Te vienes a casa, está cerca, necesitas una ducha para no ir apestando, que curen esa herida y te deje algo de ropa limpia.

—No puedo irme…

—¿Quién lo dice? —Abrí y cerré la boca—. ¿De verdad pensabas volver así a clase? ¿Para que se metan más contigo? —Miré de nuevo mi aspecto y negué—. Entonces, sígueme.

Julio César abrió la ventana del baño. Sonó la campana que indicaba fin del recreo. Aunque quisiera, ya no llegaría a tiempo y el profesor no te dejaba entrar después de que la señal de aviso sonara.

Lo vi impulsarse sin dificultad para trepar por ella y después asomarse con una sonrisa franca. A diferencia de muchos chicos, no le faltaba ninguna pieza dental, lo que indicaba que sabía defenderse.

—Venga, que te echo una mano —alargó el brazo. Caminé hasta él avergonzado, no me gustaba que hubiera tenido que defenderme, no ser capaz de hacerlo por mí mismo. ¿Qué pensaría mi padre de tener un hijo tan cobarde como yo?—. Agárramela —se ofreció.

Atrapé su mano entre los dedos y él tiró sin dificultad. Tenía mucha fuerza. Ojalá yo tuviera la misma.

La cabeza me dolió y tuve ganas de vomitar, aun así, me contuve y salté imitándolo. La ventana daba a un callejón sin asfaltar. Caí levantando algo de polvareda.

—Por aquí —me guio. Me coloqué a su lado cabizbajo.

—Yo soy Lionel. —Tuve la necesidad de presentarme, hasta entonces no lo había hecho.

—Ya.

No añadió nada más. Andamos unos veinte minutos.

—¿No decías que estaba cerca?

—Mentí. Si no, no habrías venido y no podías quedarte ahí. Es importante hacerse respetar; o

comes, o te comen. Tú decides.

—Yo solo quiero pasar desapercibido, que me dejen en paz.

Él me ofreció una sonrisa burlona.

—Puede que eso funcione en Estados Unidos, pero no aquí. En Soyapango, las cosas son distintas.

—Ya me he dado cuenta.

—Deberías hacerte de la mara, así contarías con su protección.

—Paso, no quiero ser un pandillero —carraspeé, temiendo haberle ofendido—. Disculpa.

—No tienes por qué disculparte, pertenecer o no a la mara es una decisión voluntaria.

No era estúpido, sabía lo que suponía formar parte de una banda; si entrabas en una, vivías o morías por la pandilla.

—Ya hemos llegado, pasa.

Hizo a un lado una cortina, detrás de ella había una puerta que ni siquiera estaba cerrada. Era una casa humilde pero limpia, como la mayoría de viviendas de ese barrio.

Julio César me llevó hasta el baño, me dijo que podía lavarme mientras él iba a por algo de ropa. Cuando regresó, yo estaba en plena ducha, frotando con intensidad la pastilla de jabón para alejar de mí el mal olor. Me sobresalté al ver que se abría la puerta sin previo aviso. Tapé mis partes de inmediato, la cortina que cubría la puerta de la casa no estaba en la ducha.

—Tranquilo, a estas horas no hay nadie en casa, solo yo, y te aseguro que tengo una de esas, no te la pienso quitar —rio—. Te dejo una toalla limpia, una camiseta y un pantalón de deporte que me quedan chiquitos. Están desgastados, pero servirán.

—G-gracias —comenté incapaz de moverme.

El hermano mayor de Wendy era algo más alto y corpulento que yo. Me sacaba una cabeza y por su físico diría que hacía pesas.

—Cuando termines, te curo la herida.

—¿Sabes hacerlo?

—Cuando naces aquí, lo raro es no saber, piel inmaculada —dijo, repasándome de cabeza a pies—. Te faltan cicatrices y tinta, aunque eso se soluciona rápido viviendo aquí. Te espero fuera.

Salió del baño y me dejó a solas.

CAPÍTULO 9



Ray, en la actualidad

Lionel era un puto arisco. No tenía sentido del humor y me ponía muy cerdo.

Eso era un buen resumen. Además de que en mi escala de follabilidad se salía de la tabla.

El problema era que debería estar con la mente fría en lugar de con la polla caliente, no obstante, ¿quién podría culparme cuando el exbombero acababa de incendiar todo el *quorum* femenino del local, y en ese momento se dedicaba a pasearse por las mesas, medio desnudo, con esa jodida máscara.

Una pelirroja con muchas curvas lo detuvo. Se puso en pie para estar a su altura y poder sobarlo mucho mejor. La señora, rondaría los cincuenta, estaba de muy buen ver, aunque el bótox paralizara parte de su expresión facial otorgándole un aire diabólico.

Tenía aspecto de actriz famosa de los noventa, quizá fuera una exvigilante de la playa con semejantes salvavidas, a punto de ser arrojados al mar por la borda del escote. Le susurró algo al oído, Lionel asintió y sacó una tarjeta del bolsillo del pantalón, que ella guardó en el canalillo con una promesa en la mirada.

—Eh, ¡Pereza! —exclamó Soberbia, palmeando encima de la barra con fuerza.

Era el pecado que tenía pinta de *rockero* y que tocaba la guitarra eléctrica que lo flipabas. Cuando oí su solo antes de que se quitara la ropa, pensé que era *playback* de lo bien que lo hacía.

—¿Sí?

—¿Puedes dejar de mirar a Envidia y servirme las bebidas que te he pedido? Las clientas están sedientas y tus babas no van a calmarles la sed.

—Disculpa, es que esa mujer lleva rato sobándolo y hablando con él. ¿Se puede perder tanto tiempo con alguien? —disimulé. Aunque estaba claro que me acababa de pillar en pleno escaneo visual y que se había enterado de que Lionel no me era indiferente.

—Se puede y se debe. ¿Es que no sabes quién es? —Negué.

—Lorraine Fox.

—¿Una *pornstar* que salió en la página central de *Playboy*? —Mi compañero hizo chasquear

la lengua con disgusto.

—Yo lo flipo, menuda mierda de cultura musical. Esa mujer es una leyenda del *country*, hizo una pasta gansa en la zona de Alabama, Tennessee, Oklahoma y Texas, ha dado conciertos por todo Estados Unidos, lo que la convierte en una clienta PFP.

—¿Así llamáis aquí a las VIP? —Soberbia rio burlón. Dejó la bandeja en la barra y se acercó haciéndome una señal con los dedos para que recortara el espacio entre nosotros. Lo hice, aproximé mi cuerpo por encima de la barra y él susurró en mi oído.

—PFP, para follar pagando. —Se separó con un brillo travieso en la mirada y esa sonrisa burlona en la boca.

Como todos los tíos del SKS, era muy guapo si te iban con el pelo largo, alborotado, los labios gruesos, las barbas de dos días y los ojos castaños muy brillantes.

—¿Tú lo haces? —Asintió sin pudor. Eso me gustó.

—Y, como has visto, también lo hace Envidia —cabeceó hacia mi sujeto de estudio—, y Avaricia.

—¿El ricachón?

—Sí, aunque no lo necesite. Creo que lo hace por puro vicio, aunque es difícil saberlo. Ares es un tío hermético, difícil de conocer, incluso más que Raven, no como tú y yo.

—¿Tú y yo?

—No disimules, se te nota a la legua que eres un tío abierto y divertido, sin subterfugios. —«No tienes ni puta idea de mis subterfugios, *rockero*»—. Le miras el culo a Envidia y te la pela —rio—. ¡Eso mola! Y me lleva a plantearme cuán abierto eres —musitó ronco.

—¿Te postulas para jugar conmigo al Teto? —Él rio y se relamió la boca.

—Me postulo a asociarme contigo en alguna ocasión. Verás, algunas clientas tienen fantasías particulares, como hacer un trío, y mis compis no están muy por la labor. Viendo tu predilección por los orificios traseros… ¿Yo por delante y tú por detrás? Un ojete es un ojete, y a ti es lo que te va. —Su verborrea me hizo reír—. ¿Qué me dices? ¿Te sumas a mi equipo, Pereza?

—Ya veremos, me lo tengo que pensar. Anda, toma tus bebidas.

—Un ya veremos no es un no, y puedo ser de lo más persuasivo… —Agitó las cejas.

Reí por la nariz mientras él se daba la vuelta para dejar que me enfrentara a la mirada penetrante de Envidia. Parecía molesto, ¿era por mi tonteo con Soberbia, o por otro motivo?

Le guiñé un ojo descarado y él apretó los dientes, la tensión le iba desde la mandíbula hasta los abdominales, quizá incluso más abajo. Apartó con rapidez sus ojos de los míos y continuó con su servicio a mesas.

¿Cómo iba a acercarme a él si no quería ni hacer contacto visual?

Tenía que encontrar algún punto débil, volvería a revisar el informe en cuanto llegara a casa para poder pillarlo desprevenido.

La noche fue larga, tanto que en cuanto llegué a mi piso, ni siquiera pasé por la ducha. Me limité a quitarme la ropa, quedarme en gayumbos y sentarme en el sofá dispuesto a hurgar de nuevo en la vida de Lionel Torres.

Por una parte, estaba contento; hice un par de bailes privados y Lujuria dijo que estaba de puta madre para tratarse de mi primera noche, que era buena señal. Por lo menos, no me habían echado, aunque mi objetivo me evitó toda la noche, y cuando quise darme cuenta, ya no estaba.

Acababa de aposentar mi culo en el sofá cuando alguien golpeó la puerta. A esas horas, solo podía tratarse de una persona.

La abrí sin mirar, esperando hallar al otro lado a Raven para comentar qué tal me había ido la noche. No fue así, la persona que estaba al otro lado se arrojó contra mi boca sin mediar palabra

y sin pensar.

Cerró la puerta de una patada y siguió comiéndome con un deseo desenfrenado, tirándome del pelo para ir dando trompicones hasta llegar a la zona del sofá.

La polla me palpitó con la misma violencia que estaba siendo tratado.

Sus manos grandes y cuidadas empujaron mis hombros hasta que clavé las rodillas en el suelo. En un visto y no visto, tenía su polla enfundada en un condón alcanzando el fondo de mi garganta.

No había palabras, solo gruñidos y un deseo encendido, hosco.

Olía a sudor, no de muchos días, sino de alguien que acababa de aterrizar directo de una reunión y no le había dado tiempo a volver a pasar por la ducha. Alcé los ojos mientras lo engullía y él me follaba la boca descontrolado, empujando, empujando, empujando.

Siempre le había puesto el sexo duro, sin palabras, no quería que le hablara mientras me convertía en su juguete. Acaricié sus pelotas amasándolas sin apretar demasiado, él se agitó del gusto y siguió moviéndose contra mi cara, con el bajo de la camisa cosquilleando mi nariz.

De cara a la galería, siempre seguiría siendo un hombre respetable, hábil en los negocios, hetero y padre de familia. A mí no me importaba.

Me alzó agarrándome de la barbilla para darme la vuelta y apoyar mi vientre sobre el reposabrazos del sofá, rasgó el sobre de lubricante que sacó de la cartera con el condón, me bajó los calzoncillos, vertió el líquido viscoso entre mis nalgas, introduciendo un par de dedos en mí que abría, cerraba y rotaba, y cuando lo consideró oportuno, me la metió.

Gemí con fuerza, siempre la tuvo gorda y cabezona. Con ella dentro, me acarició la espalda desnuda y pasó la lengua por mi piel.

—Sabes a sudor y aceite —gruñó.

—Y tú a buen sexo y a aeropuerto —respondí, notando sus dedos en mi boca para acallarme. Me penetró con ellos al mismo tiempo que lo hacía con la polla.

Sus acometidas eran duras, sus dedos ahondaban cada vez más. Mi saliva se escurrió entre ellos. Estaba muy empalmado y él también. Bajó la mano empapada hacia mi polla, hundiendo las yemas de la otra en mi cadera para pajearme con vigor.

Cerré los ojos y pensé en Lionel. En cómo me sentiría siendo penetrado y tocado por sus manos hoscas, no tan cuidadas como las de mi amante. Solo necesité eso para estar a punto de reventar.

—Me voy a correr —anuncié sin temor a que eso pudiera ofenderlo.

—Hazlo.

Y vaya si lo hice. Me vine sobre su palma, un chorro impactó contra el lateral del sofá, suerte que era de cuero, y se escurrió hasta el suelo. El hombre que me inició en el sexo siguió arremetiendo contra mi culo, sin dejar de acariciarme la polla, que comenzaba a perder su vigor, hasta descargar.

CAPÍTULO 10



Ray, en la actualidad

Tras la ducha de rigor, envueltos en un par de toallas y con unos tercios en las manos, nos acomodamos en el sofá.

Me cogió de la cara y me besó. Un beso lento profundo y relajado. Nada tenía que ver con la premura de hacía un rato.

—Hola, Ray —me saludó.

—Hola, señor Stern.

Nunca quiso que usara su nombre de pila, tampoco es que hubiera una presentación formal, pese a los años que llevábamos acostándonos. Lo sabía porque una vez, cuando fue a pagarme, lo vi en su licencia de conducir. Era el único cliente que conservaba, ni siquiera Raven sabía de su existencia porque me daba pudor decirle que nunca lo dejé del todo, no cuando Anton Stern seguía en mi vida.

—Follar contigo siempre es la mejor manera de concluir un día de mierda. Mi vuelo ha llegado con un retraso de tres horas por culpa del tiempo y sigo sin llevar bien lo de no poder fumar en el aeropuerto.

—Espero haber aliviado tu estrés.

—Lo has hecho, siempre lo haces. ¿Puedo encenderme uno?

—Ya sabes que sí, pero fuma en la ventana.

Miré cómo se levantaba del sofá para encenderse un Marlboro y apoyarse en el quicio de la ventana.

El aire le alborotó el pelo y pensé en el día en que nos conocimos.

Yo era un puto crío, tenía catorce y estaba hecho mierda. Caminaba cerca de la estación de autobuses, me había visto envuelto en una pelea por una mierda de vídeo que circulaba de mi madre y la noche anterior hice algo que me revolvió por dentro. Quizá fuera eso lo que me llevó a entrar al trapo.

No hacía mucho que había empezado a mirar a Raven, mi mejor amigo, que por aquel

entonces compartía piso conmigo, su madre y la mía, de una forma diferente. Tan diferente que esa noche me llevó a pajearme mirándolo mientras él dormía plácidamente. Nunca se lo conté.

Me sentí mal, muy mal, porque no estaba bien que me tocara sin que él lo supiera. Me hizo sentir sucio y un mal amigo. Me levanté con un humor de perros porque sabía que el deseo solo fluía en mí, de manera unilateral, a él le gustaban las chicas, y yo no hacía demasiado que me di cuenta de que a mí no me ponían una mierda.

Después de la pelea, solo quería desaparecer. Mi realidad era oscura; mi madre era puta, a mí me ponían los tíos y los pandilleros del barrio habían empezado a rondarnos, a Raven y a mí, para que curráramos para ellos.

En lo único que podía pensar era en ganar mucho dinero y largarme a alguna parte del mundo en la que nadie me conociera, lejos de todo y de todos. Donde poder empezar de cero sin la losa que suponía vivir en el Bronx y ser hijo de una trabajadora del sexo.

Me sentí mareado y entré en el baño de la estación. Arrugué la nariz. Olía a orín y cierta suciedad se acumulaba en forma de envases que rebosaban de la papelera. Algunos de los *homeless* usaban los baños públicos para asearse y había rumores de que algunos hombres iban allí a follar.

Quizá por eso entré. Quizá por eso, cuando enfrenté un urinario, me saqué la polla y noté la presencia de un hombre que dirigía su mirada a mi entrepierna, y olía a caro, no dije nada. Incluso me sentí excitado. Eché el primer chorro y dejé que me contemplara a voluntad.

¿Eso era lo que se sentía cuando un hombre atractivo te miraba? Sentí la boca seca y me relamí. Mi polla comenzó a adquirir grosor, y él me sonrió. Debía rondar los cuarenta, como mi profesor de mates, aunque ese tío estaba mejor.

—La tienes grande y bonita para tu edad. ¿Cuántos años tienes? ¿Dieciséis? —Asentí. Me daba miedo que si le decía catorce se marchara. No quería que lo hiciera—. Tu novia tiene que estar muy contenta con semejante portento de la naturaleza. —Él empezó a mear y yo desvié los ojos hacia la suya. Tragué con fuerza. Tenía el vello recortado, se veía limpia, gruesa y estaba circuncidado. Volví a relamerme imaginando cómo sería tenerla en la boca, igual que había visto en internet.

—No tengo novia —respondí, buscando sus ojos. Los tenía cubiertos por unas gafas tipo aviador que llamaron mi atención.

—¿Y eso? Con esa cara y ese cuerpo, resulta difícil creer que no haya ninguna chica. —Era alto y me gustaba hacer deporte, no era raro que me hubiera echado dieciséis.

—No me gustan. —Fue la primera vez que lo decía en voz alta y resultó liberador.

—¿En serio? —Asentí. La sacudí y me la guardé en el calzoncillo.

Fui hasta el lavamanos y lo miré de reojo mientras terminaba. Por raro que fuera, estábamos solos, lo que me aceleró el pulso.

Hundí las manos en el agua helada y me las lavé, sin dejar de observarlo de reojo. Me cazó y, en lugar de ponerse a mi lado como hubiese esperado, se colocó detrás de mí y me empujó el culo con su polla semierecta, mientras sus manos aprovechaban el jabón de las mías.

—¿Y esto te gusta? —gruñó.

Lo miré a través del espejo. No era guapísimo, pero tenía algo, a mí me resultaba atractivo, quizá fuera esa seguridad que irradiaba, o que aquel tipo de hombres no se veían por el barrio. Se frotó de nuevo y jadeé sin mostrar oposición.

—Creo que sí —titubeé, gozando del contacto de nuestras manos llenas de espuma. Cada vez que se restregaba, yo me ponía más cachondo, su boca buscó mi cuello y lo mordió—. Me gusta —susurré erizado.

—Ya veo. ¿Cuánto quieres? —Abrí los ojos de forma desmesurada y tragué—. No soy estúpido, sé lo que hacen los jovencitos como tú en lugares como este. ¿Te parece cien? Si me la chupas bien, subiré a ciento veinte.

¿Me parecía? ¡Claro que me parecía! Estaba empalmadísimo, quería follar con un tío y ese hombre iba a pagarme por lo que deseaba probar.

—Sí. —Él sonrió.

—Entonces tenemos un trato. Ven conmigo.

Entramos en uno de los urinarios, se puso un condón, me hizo arrodillarme para albergarlo en mi boca hasta estar lo suficientemente empalmado y después follamos.

Dolió, no voy a negarlo, por mucho que me estimulara con el dedo y me lubricara con el lubricante en formato sobre que sacó de su cartera, algo que ni sabía que existía, nadie me la había metido antes.

Mis manos se apretaron contra las baldosas mientras él me hacía suyo y me masturbaba.

El señor Stern tenía gustos muy específicos, tenía claro lo que quería. Siempre fue un amante generoso y buen pagador.

Pese al dolor inicial, yo también obtuve mi dosis de placer y me corrí. Mi primera eyaculación a manos de un hombre que no era yo.

Cuando salimos del urinario, había un par de hombres que no dijeron nada al vernos. En cuanto se largaron, el señor Stern me dio los ciento veinte dólares prometidos, y eso que mi mamada fue muy mejorable.

Mientras sacaba el dinero de la cartera, no podía dejar de mirarle las gafas.

—¿Te gustan? —preguntó cuando salimos del retrete.

—Sí, nunca he tenido unas.

—Pues estas te las regalo. —Se las quitó y me las puso—. Estás muy guapo con ellas. —Fueron mis primeras Ray-Ban, y casi un objeto de culto al cual le cogí mucho cariño porque, de algún modo, el señor Stern hizo que mi mal día mejorara—. Suelo pasar por la estación de autobuses la última semana del mes, los jueves, sobre esta hora. ¿Te apetecería repetir? —Asentí.

—Me ha gustado.

—Eso es bueno, porque a mí también, aunque quiero que te quede claro que esto es lo que es, una transacción comercial que da placer. ¿Entiendes?

—S-sí.

—Bien. Soy el señor Stern.

—Yo, Ray.

—Encantado de conocerte, Ray —buscó mi boca y me besó. Un beso con lengua de los que te dejan con ganas de más, o, por lo menos, a mí me dejó esa sensación—. Nos vemos en un mes.

Y nos vimos, claro que nos vimos, pero la puerta que había abierto en mí me hizo querer más y volver a la estación de autobuses en busca de nuevos clientes que llenaran mi hucha y mi avidez de sexo.

Me gustaría decir que todos los tíos que me tiré fueron como él, pero no fue así, tampoco me arrepentía, con los que no me gustó, no repetí.

Aunque Anton no lo quisiera, se convirtió en un imprescindible en mi vida. Nunca me enamoré de él, porque siempre me dejó muy claro lo que yo era, una válvula de escape, una preferencia sexual que no encajaba en su vida y que no podía contarle a sus hijos o a su mujer.

Se portó muy bien conmigo, sobre todo, cuando me diagnosticaron VIH y tuve que decirle que se hiciera la prueba. Si lo hubiera pillado, no me lo hubiese perdonado, porque siempre fue

un hombre de puta madre a la par que generoso. Por suerte, no fue así y yo respiré aliviado. Imagino que él también.

Dejamos de vernos. Su empresa se lo llevó unos meses fuera y coincidió con mi otro diagnóstico: Leucemia. Mi vida iba de mal en peor. La madre de Raven había muerto, a él lo metieron en el reformatorio y todo apuntaba a que yo iba a seguir los pasos de su madre.

No dejé que nada de eso me tumbara, por muy jodidas que estuviesen las cosas. Leí un libro de Tom Robbins que me enseñó que incluso cuando la vida se ponía cabrona era por un motivo, y solo tenías que abrazarlo. Podía culpabilizarla por todas mis desgracias, o también podía darle las gracias por entregarme una vivencia de la cual sacaría algún tipo de aprendizaje. Me aferré con uñas y dientes a la segunda opción.

Anton y yo nos comunicábamos a través del móvil que él me regaló. Le pedí un favor. No tenía derecho, pero lo hice, y él cumplió. Le ofreció a mi madre un trabajo en la empresa de un amigo para que ella pudiera empezar una nueva vida, lejos de las drogas y la prostitución.

También se ofreció a abrirme una cuenta y enviarme dinero para el tratamiento. Le dije que no porque no lo necesitaba, como me sometieron al tratamiento experimental de trasplante de médula, no lo necesité. Podía salir bien o ser funesto. Por fortuna, el trasplante de un donante con una mutación del gen CCR5 fue de puta madre, y fui uno de los pocos casos de éxito, cuando digo pocos, me refiero a que solo hubo tres.

Esa mutación impedía que el virus del VIH pudiera penetrar en mis células, y no solo me curé del virus, sino que mi organismo quedó limpio de cáncer.

Una vez recuperado, con Anton de vuelta en la ciudad, retomamos nuestro trato, en fin, que nos veíamos para follar. Le dije que no iba a prostituirme más, pero que podíamos seguir acostándonos. No quería dejar de verlo, se había vuelto una parte importante de mi vida, un rincón seguro y placentero.

—No quiero dejar de ser un cliente para ti, aunque sea el único. —Me acarició el labio.

Entendí que pagarme era su manera de poner distancia, de que no me confundiera.

—Vale, pero prefiero que me pagues con gafas.

—¿Con gafas?

—Quiero coleccionar Ray-Bans. —Él rio, me besó y me pidió que me vistiera para ir a comprar unas.

Anton se dio la vuelta al terminar su cigarrillo, fue hasta la cocina para apagar la colilla bajo el agua y la tiró a la papelera. Caminó hasta su chaqueta y me ofreció una cajita alargada, que ambos sabíamos lo que era, mientras volvía a acomodarse a mi lado.

—Espero que estas no las tengas, es difícil acertar cuando tienes tantas. Pedí que fueran el último modelo y van con un *ticket* regalo, por si acaso. Me comentaron que son edición limitada.

—Agradezco tu generosidad —sonreí sin siquiera abrir el papel.

—Y yo la tuya, cada día estás más bueno y yo estoy echando tripa, tanto comer fuera me pasa factura. —Se frotó la barriga.

—Eso no te resta atractivo ni habilidad. Ya sabes que me gusta mucho cómo follas.

—Seguro que por ahí hay algún chico que te coma el rabo mejor, aunque no me quejo, que hayas querido seguir conmigo todo este tiempo ha sido un lujo.

—¿Ha sido?

—He venido a despedirme. —Fruncí el ceño.

—¿Te vas? ¿Cuánto tiempo? ¿Tres meses? ¿Cuatro?

—Puede que para siempre. —Volvió a coger la cerveza y bebió—. Mi empresa ha abierto

una sucursal en el extranjero y me trasladan. Soy el jefe de Operaciones y quieren abrir mercado, ya sabes cómo funcionan estas cosas.

—¿Y tu mujer? ¿Tus hijos?

—Los chicos ya son grandes y Martha se vendrá conmigo. Es el amor de mi vida, ya lo sabes.

—No hace falta que te excuses conmigo.

—Lo sé, y esa es una de las cosas que te agradezco. Siempre has sido especial, lo sabes, ¿verdad? —murmuró acariciándome la cara.

—Lo sé. —Volvimos a besarnos, un beso amargo con sabor a tabaco, cerveza y a despedida.

—Te extrañaré.

—Yo también, fuiste mi primera vez. —Él sonrió.

—Te follé porque me engañaste, me dijiste que tenías dieciséis.

—Con dieciséis seguía siendo menor. Me follaste porque te gusté.

—Eso también, y porque vi una tristeza en tus ojos que quería disipar.

—Bonita forma de decir que querías que te comiera el rabo.

Anton soltó una carcajada.

—Y lo hiciste fatal, aunque por fortuna has mejorado con los años, como el buen vino. Si alguna vez te apetece aventurarte fuera de los Estados Unidos, a mí no me importará volver a verte. —Sabía que era sincero con su propuesta—. Siempre tendrás un lugar especial en mi vida, y si en algún momento me necesitas, solo tienes que llamarme, no voy a cambiar de número.

—Gracias, te lo agradezco.

—Quien te da las gracias soy yo a ti, Ray, espero que seas muy feliz y que algún día encuentres a esa persona con la que recorrer el camino, lo mereces.

—Ahora lo que merezco es un bis, ¿repetimos? —pregunté, abriéndole la toalla para volver a hundir mi boca entre sus piernas.

CAPÍTULO 11



Leo, un mes y dos semanas después.

Por fin, ¡miércoles de chicos!

Tomé aire y lo solté despacio antes de abrir la puerta de la bolera, sabía lo que allí me aguardaba, unas birras y mis excompañeros de brigada dispuestos a echar unas partidas que durarían dos o tres horas, y de ahí al SKS, a bailar para un puñado de mujeres y, con suerte, que alguna quisiera comerme la polla pagando un buen fajo de billetes.

Alcé la barbilla oteando el local para fijarme en la pista número tres, era nuestra favorita y Raúl solía reservarla para que nadie nos la quitara.

Parpadeé varias veces sin creer lo que veía.

¡¿Qué cojones hacía ese aquí?!

Un temblor me recorrió el cuerpo al ver su sonrisa blanca amorrada a un tercio mientras reía con mis colegas.

Desde que Dave pisó el club, se había convertido en un puto grano en el culo, me lo encontraba en cada maldita esquina, siempre sonriente, desafiante y con esa mirada que me engullía sin disimulo. ¡¿Es que nadie le había dicho que estaba casado?! Claro que se lo habían dicho, y le importaba una mierda, porque, con cada uno de sus repasos, dejaba en evidencia lo

mucho que le ponía, aunque no lo dijera.

Le importaba tres pares de cojones que lo mandara a la mierda, que lo ignorara cuando me hablaba, o mis respuestas sin tacto. Siempre estaba ahí, provocador, jodidamente insoportable. Y ahora lo tenía sentado en el centro de mi puto grupo de la brigada, carcajeándose por alguna sandez que habría soltado John o vete a saber quién.

Llevaba puestas esas malditas gafas de chulo de manual que me daban ganas de arrancar y pisotear hasta dejarle claro que no hacía falta llevarlas dentro de un local.

¡Es que era insoportable!

Caminé hasta él con ganas de cortarle la cabeza y colocarla a modo de trofeo en una pared en la que poder arrojar dardos. Sería una diana perfecta.

—¡¿Qué narices haces aquí?! —ladré sin un ápice de humor.

—Buenas tardes a ti también, colega. Yo he venido a jugar a los bolos, ¿y tú?

—¡Y una mierda! ¿Me has estado espiando? ¿Por eso sabías que hoy estaría aquí? —espeté.

—Relaja los ánimos, Leo. ¿Os conocéis? —preguntó uno de mis colegas.

Apreté los labios en una mueca muy tensa. ¡Mierda! Ellos no sabían nada de mi curro en el SKS, y yo había entrado a degüello. Todos me miraban, así que tuve que inventarme una excusa rápido.

—Es el lechero —fue lo primero que se me vino a la cabeza. Dave escupió el trago de cerveza que tenía acumulado en la boca. Poniendo perdido a Pascual.

—¡Joder! —espetó mi amigo, levantándose del asiento para sacudirse.

—Lo-lo siento —se disculpó atragantado—. Se me ha ido por el otro lado.

—¿Todavía hay lecheros? —preguntó Ronnie, arrugando el ceño—. Creía que se habían extinguido junto a los dinosaurios.

El resto de mis amigos rieron.

—Pues ya veis que no —comentó divertido—, aquí Dave, el lechero, dispuesto a embotellar y servir un montón de su leche recién ordeñada.

Su eslogan hizo que mis colegas se miraran partiéndose la caja. Los conocía y sabía que, con el material inflamable que les había proporcionado, el incendio no iba a extinguirse, ni mucho menos.

—Entonces, para que me aclare, ¿tú le das tu leche a María, o a nuestro querido Leo? —rio John.

—¡No te pases ni un pelo! —lo amenacé, estirando el dedo.

—A Leo, por supuesto —respondió de inmediato, haciéndome enrojecer—. Al principio se mostró un poco reticente, pero en cuanto la degustó, dijo no haber probado nunca nada igual. —Casi hice volar mis dientes de lo fuerte que los apreté. ¿Era yo, o ese capullo hablaba con doble intención sin que hubiera pasado lo que sugería?

El ambiente se estaba cargando de una tensión que iba a hacerme estallar de un momento a otro.

—¿Y por qué piensas que te persigue el lechero? ¿No será para llevarte a ordeñar?, porque con la mala leche que gastas últimamente —anotó jocoso Raúl.

—Es que no paro de encontrármelo en todas partes, hace unos días que le dije que no le iba a comprar más porque no iba bien de pasta y, desde entonces, aparece en los lugares más insospechados.

—Es lo que tiene compartir barrio, Queens es un pañuelo, además, que ya te dije que si el dinero era un problema, podía hacerte una rebaja —respondió con descaro—. Lo importante es que estés bien alimentado y te guste mi producto.

No aguantaba más.

—¡Largo! —prorrumpí aun a riesgo de que mis compañeros no comprendieran qué me estaba pasando.

—Pero ¿por qué lo echas? Ya te ha dicho que se trata de una coincidencia, además, hemos sido nosotros quienes le hemos insistido para que se uniera. Él ya estaba aquí cuando hemos llegado.

—¿Y por qué se lo habéis pedido?

—Ricardo está de baja, se rompió el brazo, un capullo lo embistió de noche mientras corría y se lo ha fracturado por tres partes.

—Menuda putada —exhaló Dave—. Ya ni siquiera se puede salir a correr por el barrio con tranquilidad.

—¿Y habéis pensado que era buena idea pedírselo a él?

—Tú también lo hubieras pensado si le hubieses visto jugar. Te recuerdo que el campeonato es en nada y no podemos ser solo cinco —comentó Pascual.

¡¿Que le habían ofrecido un puesto en el equipo?! ¡Lo que me faltaba ya! Si no hubiera sabido que era imposible, aseguraría que el atacante de Ricardo era él mismo, para ocupar su lugar.

Esto empezaba a parecerse a una de esas películas que ponen cuando no tienen nada más.

—Tu lechero es muy bueno y no ha aceptado de buenas a primeras. Echa a un lado tu esquizofrenia paranoide, porque no te estaba acosando, si no fuera porque nos ha dicho que se une, estaríamos fuera de la competición —explicó John.

Estaba iracundo. No, si encima le tendría que dar las gracias. Compartir más tiempo con él me apetecía tanto como que me pusieran un enema y diez supositorios de glicerina.

El tiempo que pasaba en la bolera era para desconectar, para ser algo más que un padre de familia o un estríper que se follaba a cualquier mujer que estuviera dispuesta a pagar. Si Dave se quedaba, lo iba a estropear todo, porque era incapaz de mantener su bocaza bajo control.

—Si él se queda, yo me voy —proclamé.

—¡No puedes irte! —Raúl se puso en pie—. Eres nuestro capitán.

—Pues nombradlo a él y que os ponga una ronda de mi mala leche, invita la casa.

Me di la vuelta, y antes de alcanzar la puerta de la bolera, noté una mano en mi hombro que me detenía y provocaba en mí una fuerte descarga eléctrica.

—Espera, tío.

—¡Suéltame! —rugí, desembarazándome de él. Pereza alzó sus manos y me contempló apenado, como si sus ojos ocultos, detrás de los cristales de aquellas gafas, pudieran derretirme.

—No quería joderte, ni acosarte. No ha sido adrede.

—¡Pues no lo parece! ¿Qué haces aquí? —Se encogió de hombros.

—¿Socializar?

—Tú no necesitas socializar, tienes a Marlon, que no deja de comerte el culo por todo el local; si quieres amigos, queda con él.

—Soberbia y yo solo nos llevamos bien, no tanto como para quedar fuera del SKS.

—Nadie lo diría… —gruñí.

—Si no supiera que es imposible, diría que estás celoso.

—¿Celoso? ¿Yo? ¿De ti y Marlon? ¿Te has fumado el cerebro? Mira, mejor me marcho.

—Oye, que no, que no te vayas, que si alguien tiene que irse soy yo. Si lo que te preocupa es que pueda hablarles a tus colegas sobre a lo que te dedicas por las noches, mis labios están sellados. —Fue pronunciar la palabra labios y caí como una puta mosca. Mis pupilas se fijaron

en su boca, tan apetecible, tan… ¡Mierda!

—No.

—No, ¿qué?

—No te quiero en mi equipo, no te quiero cerca, no quiero hablar contigo porque no me caes bien.

—Eso es culpa mía, no empezamos con buen pie, quise ir de gracioso contigo y la cagué. Te prometo que no soy un mal tío, puedo llegar a ser un poco capullo, pero lo único que quiero es despejarme un poco de mi mierda de vida.

—¿Tu mierda de vida? —negué—. Tú no sabes lo que es tener una mierda de vida.

—¿Cuánto te apuestas?

Sin titubear, empezó a arrojarme dardos sobre su pasado que me dejaron rígido y sin aliento. En ese momento entendí lo que vio Jordan en él, adoraba a las almas torturadas, y Dave tenía una.

Quizá lo hubiera juzgado mal.

—¿Y bien? ¿Cuáles son tus cartas? ¿Un trauma en algún incendio? De exputo a puto. ¿Por qué te pagan por follar?

—¿Quieres hacer el favor de hablar más bajo? —gruñí, echando una mirada atrás por si mis compañeros se acercaban y nos oían—. No voy a contarte mi vida y milagros. No soy tan abierto como tú, además, no te considero mi amigo.

—Ni a mí, ni a esos —cabeceó—, que no saben nada de tu doble vida.

—Y van a seguir así.

—Lo pillo, no soy quién para entrar ahí, solo quiero ganarme tu perdón.

—¿Mi perdón?

—Desde que nos conocimos, parece ser que te ofendí. No era mi intención. Suelo ser un poco payaso, bocazas y lamento si te incomodé al sacarte al escenario, solo pretendía llamar la atención. Aunque te parezca que no, me cuesta socializar, no tengo amigos y…, bueno, no me iría mal poder quedar con un grupo de tíos con la única intención de echar unas birras y jugar a los bolos. ¿Me comprendes?

Por supuesto que lo hacía, ¿acaso no era lo mismo que yo buscaba? Esos tíos eran mis compañeros, mis colegas, pero ninguno era alguien en quien poder confiar, yo tampoco tenía amigos desde que traicioné a…

—Vale, lo pillo, no soy bienvenido —prosiguió en mi silencio—. Siento haberme metido en tu territorio, me buscaré otra bolera, igual pongo un anuncio en alguna *app random* de almas solitarias. Ojalá encontréis el jugador que necesitáis.

Se dio la vuelta para largarse, había agarrado ya el tirador de la puerta cuando le puse la mano en el hombro.

Estaba seguro de que iba a arrepentirme, pero es que me había tocado la fibra, y si no lo hacía, tampoco me sentiría bien.

—¿Cómo de bueno eres?

Su sonrisa era tan esplendorosa que me contrajo las tripas.

—Mucho.

—Hagamos un trato, si me ganas en número de *strikes* en diez tiros, accedo a que entres en el equipo; si no me superas, no quiero volver a ver en esta bolera tu apestoso culo, ¿estamos? —Me ofreció su puño para que lo chocara.

—Estamos —aceptó cuando nuestros nudillos se rozaron—. Prepárate para ver lo bien que la encajo —me guiñó un ojo con descaro y caminó hacia la pista alzando los puños, ganándose los

vítores de mis colegas.

—¡Todavía no está hecho! —exclamé para que pudieran oírme todos—. Antes tiene que vencerme.

—Diez a uno a que te fulmina —Ronnie sacó un fajo de billetes y yo parpadeé incrédulo.

—¡Yo también quiero apostar! —se sumó Raúl.

—Y yo.

—Y yo.

Concluyeron John y Pascual. Boqueé perplejo al darme cuenta de que ninguno apostaba por mí.

—¿Todos vais a su favor, perros traidores?

—Créenos, tú tampoco hubieras apostado por ti si lo hubieras visto jugar —comentó Pascual, echándome un brazo por encima.

Me arremangué la camisa e intuí el brillo de ojos que coronaría las pupilas de Dave.

—¡Muy bien! Pues yo voy a apostar por mí, os pienso joder a todos.

—Ni en tus mejores sueños —me provocó Pereza, acariciando la hendidura de su barbilla.

CAPÍTULO 12



Leo

Miré a Dave sin dar crédito a lo ocurrido, incluso palpé la bola por si era algún tipo de truco para tomarme el pelo.

Nada, no había trampa ni cartón.

—¡Te lo advertimos! ¡Este tío va a hacer que ganemos el campeonato! —John chocó la mano con Pereza, quien ya no llevaba puestas las gafas y sus ojos ambarinos centelleaban emocionados.

De diez tiros hizo nueve *strikes*[10] y un *spare*[11]. Yo tuve que conformarme con cinco de cada. Sin lugar a dudas, era buenísimo y, aunque fuéramos aficionados, a nadie le amarga el dulce de la emoción de tener una posibilidad de vencer, sobre todo, si venía de un culo como el suyo.

Dave estaba en camiseta de tirantes y los vaqueros se le ajustaban demasiado a aquella redondez cada vez que lanzaba la bola. Los músculos de sus brazos se contraían bajo la piel dorada, era una escultura en movimiento, hasta mis compañeros lo contemplaban boquiabiertos por la gracia con la que arrojaba la pesada esfera.

En cuanto terminaba, se daba la vuelta y me guiñaba un ojo sin esperar a ver el resultado. El

sonido de los bolos al caer era lo único que me arrancaba de su magnetismo, además de su voz deseándome suerte.

Perdí algo más que el dinero que llevaba encima, también cayeron algunas de mis defensas al ver que no era el imbécil redomado que había supuesto. Era ingenioso, divertido, algo capullo y su historia había hecho mella en mí. Quería saber más, todo lo que me contó en unos minutos me dejó sin aliento y cambió mi decisión de querer apartarlo de mí, lo cual no estaba muy seguro de que fuera buena idea, pese a que mis excompañeros estuvieran encantados con la nueva incorporación.

—Adrián, pon una ronda de cervezas, que las paga el lechero —espeté, mirando al camarero, que asintió con rapidez para preparar un cubo con hielo y los seis tercios—. El que pierde paga, pero en mi caso me has dejado sin blanca, así que pagas tú.

Dave sonrió.

—Está bien, no hay problema, asumo tu deuda mientras ideo algo creativo para que me lo devuelvas. —Su lengua asomó para repasar el grueso labio inferior y alargar la mirada hasta mi paquete.

Tuve la necesidad de estirar el brazo y pillar una cerveza del cubo antes de que llegara a tocar si quiera la mesa.

—Podrías pedirle que fuera a tu granja a ordeñar… —rio John.

—¡Sí, sería increíble ver a Leo sacando leche! Eso tendrías que grabarlo y nos lo mandas al grupo.

Los ojos de Dave volvieron a brillar con picardía, porque ambos sabíamos que la única leche que yo podría ordeñar en la inexistente granja de su familia jamás procedería de una vaca.

Por suerte, no dijo nada y yo me bebí la cerveza en dos tragos. Tenía mucho calor, lo notaba ascender por mi cuello. La iluminación del local y mi piel morena hacían que no se notara.

—¿Todos os conocisteis en la brigada? —preguntó Dave, cambiando de tema.

—Sí, la mayoría de nosotros nos conocimos en el curro, salvo Raúl y Pascual, que son primos —aclaró Ronnie.

—Entonces, ¿sois bomberos de vocación? ¿Os gusta la idea de veros envueltos en llamas y salvar a personas de los incendios? Yo sería incapaz de hacer algo tan heroico y peligroso.

—Yo soy de la opinión de que un bombero nace, no se hace —murmuró Ronnie, siguiendo con la conversación—, pero estos te dirán que entraron por la pasta. En el sector privado no pagan mal, y menos en la empresa en la que curramos, que a quien cubrimos las espaldas es a un puñado de ricachones. Ahora estamos destinados a una casa que fliparías, ni siquiera sé cuánto dinero puede tener esa gente, están podridos. El único fuego que vemos en esa residencia es el de la cocina, cuando la señora Valdés nos hace pasar.

—Ufff, esa mujer es fuego puro, tiene unas… —Raúl hizo un gesto con las manos emulando unos pechos grandes—. Seguro que por eso Leo pilló la baja, demasiado fuego para un hombre tan casado y tan legal.

Cogí otra cerveza del cubo y seguí bebiendo.

—Pensaba que estabas de baja por algún trauma en un incendio —murmuró Dave, estrechando la mirada.

—Los que me trauman son estos idiotas que hablan de más. —No iba a explicarle los motivos que me llevaron a largarme—. Es tarde, o nos ponemos a jugar ya u hoy no vais a rascar bola, panda de charlatanes —zanjé, dirigiéndome a mis colegas.

Algunos se pusieron a estirar y a crujir los dedos, mientras que Pereza no me quitaba los ojos de encima. Pasó la lengua por el filo de la botella antes de beber con la sensualidad de quien

emula algo prohibido.

Intenté que no me afectara, desvié la vista con disimulo, me puse en pie, tenía que centrarme, poner distancia y comportarme como un padre de familia, olvidar el maldito botón que ese rubio activaba en mí y que me hacía pensar en cosas indebidas. No iba a joderla, no me lo podía permitir. María y las niñas lo eran todo para mí.

Pensé en ella y en lo mucho que nos había costado tener una vida calmada. Desde hacía un tiempo a esa parte, parecía que la cúpula con la que nos protegía se había vuelto más frágil y quebradiza. Era mi responsabilidad que no se destruyera.

Las siguientes dos horas pasaron en un santiamén. Dave se hizo al grupo, bromeó con ellos, nos enseñó algunos trucos, todos estaban encantados con el nuevo fichaje, y yo… Yo ni siquiera sabía cómo estaba.

Nos despedimos del resto en la puerta de la bolera, quedándonos a solas. La noche era agradable, soplaba una brisa fresca que rebajaba un poco nuestra temperatura.

—Gracias por dejarme formar parte del equipo, son muy majos.

—A veces un poco capullos, pero buena gente —admití.

—¿No lo echas de menos? Me refiero, ¿el trabajar con ellos?

—Los veo aquí, con eso me basta. Oye, me voy a pillar el metro, que si no, no llego, me has dejado sin blanca y no me da para pillarme un Uber. En transporte público tengo una hora de trayecto.

—Yo te llevo. En moto son veinte minutos y me siento responsable de tu pobreza financiera.

—No importa, en serio, estoy acostumbrado, casi siempre voy en él, salvo los miércoles, que voy más justo con la bolera.

—Es que es una gilipollez, vamos al mismo sitio y en la moto cabe otro. —Miré el vehículo que señalaba. Un escalofrío me recorrió por dentro al imaginarme subido en ella y la proximidad que tendrían ciertas partes de nuestro cuerpo—. ¿Qué pasa? ¿Te da miedo montar en una, o es por mi cercanía? Te aseguro que no huelo mal.

—Pfff. ¡No seas idiota! —respondí, temiendo que me pillara. Con los años, uno aprende a enmascarar muchas cosas.

—Eso va a ser difícil, ya sabes que la mayor parte del tiempo me encanta ser un imbécil. —Una sonrisa afloró en mis labios, y él sonrió—. Vaya, contemplar tu sonrisa es casi tan sobrecogedor como ver una aurora boreal.

—¿Has visto alguna? —Alcé las cejas.

—En una peli de Santa Claus.

Esa vez solté una carcajada.

—Me gusta cuando la gente ríe, parece que la vida es menos mala.

—La vida es muy cabrona —respondí.

—En eso estamos de acuerdo, aunque a veces nos sorprende y es capaz de presentarnos a personas increíbles, en los momentos más insospechados —murmuró, bajando el tono de voz para acercarse a mí.

Mucho, muchísimo. Tanto que mi corazón comenzó a latir desbocado al tenerlo tan cerca, le sacaba dos o tres centímetros, por lo que su boca quedaba casi a la misma altura que la mía.

—¿Q-qué haces? —Su mano ascendió sin responderme y la llevó a mi pelo. Fue un roce pequeño que me estremeció por dentro.

¡No, no! ¡Para, joder!

—Tenías esto. —Me mostró un pequeño papel en la yema de su dedo—. Ahora ya está perfecto, como siempre. —El tono era tan tórrido que arrugó los dedos de mis pies—. ¿Vamos,

bombero?

—Ya no soy bombero.

—Lógico, porque lo que mejor se te da es provocar incendios. —Se relamió, apartándose por fin. Iban a ser los veinte minutos más largos de mi existencia.

CAPÍTULO 13



Ray

Cuando le dijera al director Price que había encontrado una puta grieta y que ahora jugaba a los bolos en el equipo de Torres, iba a condecorarme con la medalla al mérito.

Y no solo por eso, sino porque al abrirle un poco la puerta hacia mi pasado, vi en sus ojos empatía. Estaba ahí, gritándome alto y claro.

No me fue muy difícil intuir que un chaval de trece, a quien se le murió el padre y que de la noche a la mañana fue llevado a Soyapango, no debió tener una adolescencia suave, y más si había terminado en una mara. Solo necesitaba conectar con el niño que llevábamos dentro, y lo logré. Vi su muro resquebrajarse, y cuando no me dejó irme, sabía que lo había logrado.

Después estaban esas miradas. ¿De verdad pensaba que no me daba cuenta de que le ponía del mismo modo que él a mí? Tenía una dilatada experiencia con tíos casados, me había hecho un máster a lo largo de los años, y sabía que ser gay en una mara era peor que serlo en el fútbol, porque en una pandilla te costaba la vida.

Los mareros no eran gais, era un hecho, porque serlo era una deshonra que se pagaba muy cara.

Incluso en las cárceles, donde la mayoría de reclusos pasan por la piedra al no tener mujeres, lo tenían prohibido. En un penal californiano, donde la presencia de los mareros era muy alta, detectaron que un *homeboy* quería hacer caer en el pecado a alguno de su propia pandilla.

Le rozaba con disimulo los genitales mientras veían una película, o incluso le hacía insinuaciones si pensaba que tenían alguna posibilidad.

Cuando el líder de la *clica*, que estaba fuera, fue informado, hizo que uno de ellos se dejara hacer una mamada mientras que el resto miraba a escondidas para pasarle el reporte.

Coco, como apodaban al homosexual, fue encontrado a la mañana siguiente estrangulado en las duchas, en el mismo lugar en el que hizo la felación al Yuca.

La homosexualidad era una falta imperdonable y deshonrosa, por lo que era difícil que uno de sus miembros reconociera ser gay. Los que vivían en Estados Unidos eran muy discretos y

recurrían, casi siempre, a chicos de compañía, como lo había sido yo.

La única manera de poder penetrar a alguien de tu mismo sexo era a través de la violación. La violación en sí misma podía llegar a convertirse en elemento de castigo, el penetrador expresaba su poder sobre la persona sometida, convirtiéndolo en algo que nada tenía que ver con el placer o el erotismo.

No me extrañaba que Lionel hubiera construido su propia cámara acorazada sobre los cimientos de una familia tradicional, ocultando sus gustos personales.

Los hijos no significaban nada, muchos gais eran padres a través del método natural. Y que pudiera mantener relaciones sexuales con mujeres, tampoco. Cuando te crías en un mundo como ese, aprendes a desdoblarte. Ubicas a un lado de la línea lo que te gusta y al otro lo que debes hacer para conservar la vida.

A mí no es que me fuera la vida en ello, pero, en parte, sí mi supervivencia, así que aprendí a tener mi propia estrategia con algunos clientes que no me ponían, pero que pagaban de puta madre, y me corría.

Lo de que un hombre no puede fingir en el sexo no es cierto, lo único que necesitas es cierta habilidad para aprender a autoengañarte. Creas una realidad paralela con el único objetivo de eyacular.

—¿Por qué has llegado con Envidia? ¿Te lo estás tirando?

«Ojalá», tuve ganas de contestar.

La pregunta me la había hecho Raven, con cierto disimulo, porque los demás estaban liados mirando los turnos de esa noche. Yo prefería evitar el embotellamiento y ser de los últimos.

Estaba sentado en el banco, estirando la toga.

—No, no me lo estoy tirando —respondí—, vive en mi barrio y coincidimos. Lo vi antes de que fuera a bajar por las escaleras del metro y me ofrecí a traerlo.

—¿Te ofreciste? Cuánta amabilidad. Tú lo que quieres es comerle el rabo. Todos lo sabemos.

—¿Desde cuándo hablas con los demás sobre mí?

—Desde que alguien inició una apuesta para ver si el casado caía a manos del gay. No te lo tomes a mal, alguien lo sugirió y todos se pusieron a apostar, no podía quedarme fuera, hubiera sido raro. De lo que sigo teniendo dudas es de si solo es eso o el exbombero es tu motivo de trabajar aquí.

—Ya sabes que no puedo hablar de eso.

—Lo sé, lo que no quita que me genere curiosidad.

—Pues olvídate de mí y usa tu curiosidad para echarte una partida al Cluedo con Dakota, o para explorar nuevos horizontes. Por cierto, ahora que ya ha pasado todo, ¿qué tal está?

—Más tranquila. Yo solo espero que se les caiga el puto pelo en el juicio.

—Lo importante es que todo se ha puesto en su sitio. En cuanto dicten sentencia, me presentaré en la cárcel cuando concedan el primer vis a vis. Quiero ver la cara que se le pone cuando le dé el golpe de gracia.

—Todo llega. ¿Te apetece que después me pase por tu piso y echamos unas partidas a la Play, o tienes planes con el de la manguera?

Jugar un rato a los videojuegos con Raven, mientras charlábamos de nuestras cosas, era de mis momentos favoritos.

—No tengo planes, ya te he dicho que solo lo he acercado.

—Eso es que no se ha dejado —rio por lo bajo.

—¿Y Dakota? ¿No le va a importar que llegues tarde por estar jugando a la consola en lugar de acurrucarla entre tus brazos?

—Está en casa de sus abuelos, y si la tengo entre mis brazos, me da por follar.

—Entonces se trata de eso, prefieres mi compañía a la de Robbins porque tu chica no está. Deberías pillarte un piso para ti solo.

—Estoy en ello, las paredes son muy finas y odio oírle roncar.

Me reí por lo bajo.

—Disculpad que interrumpa, pero Corey me ha dicho que necesitabas otro calzoncillo para el *show*, que el que llevas te puede estrangular un huevo y tu polla puede morir por asfixia, así que, antes de que se te gangrene, vengo con mi cinta métrica a tomarte las medidas.

Asomé la cabeza, porque la voz femenina procedía de detrás de mi mejor amigo, quien ejercía de pantalla.

Ahí estaba Janelle, la hermana de Marlon, quien se ocupaba del vestuario y de recogernos la ropa cuando terminábamos el *show*. Era muy escrupulosa con sus creaciones y no le gustaba que pudieran sufrir daño alguno o que las clientas pudieran quedarse las prendas que con tanto mimo decoraba.

—¿Quieres medirme la polla y que te diga el volumen de mis huevos? —pregunté sin tapujos. La pelirroja con cara de elfo tenía lengua incendiaria.

Físicamente, se parecía a su hermano como un huevo a una castaña.

—No, lo que quiero es pasarte mi cinta métrica por ellos —comentó juguetona, tirando de los dos extremos. La llevaba colgada en el cuello.

—Me gusta el descaro de esta chica —reí, guiñándole un ojo a Raven—. ¿Necesitas que me quite los que llevo puestos? —pregunté, poniéndome en pie—. ¿O prefieres evaluar el género?

Le agarré la mano descarado y la llevé a mi entrepierna, dándole opción a que se apartara. Solo se trataba de un inocente juego, ambos lo sabíamos.

—¡¿Qué cojones haces, tío?! ¡Mantén las manos de mi hermana fuera de tu polla!

Marlon me embistió como un toro enfurecido, y Janelle se puso a chillar como las locas.

—Pero ¡¿de qué vas?! ¡Solo le estaba tomando las medidas!

—¿Las medidas? ¿Para qué tienes la cinta?

—¡No te metas en mi trabajo!

—Tu trabajo no es ir tocando pollas.

—Pero el tuyo sí que es dejártela tocar —rugió ella como una leona. ¡Menudo carácter.

—Eh, ¿qué está pasando?

Lujuria, quien había dado la orden de que Janelle arreglara mis calzoncillos, vino hacia nosotros.

—Mi hermano, ¡que es un troglodita y un machista!

—¡Yo no soy un machista! —respondió alterado. Las aletas de su nariz estaban hinchadas, al igual que la vena de su cuello.

—Ya lo creo que sí, te comportas como uno en cuanto a lo que a mí se refiere.

—¡Porque te protejo!

—Yo no necesito que me protejas.

—He visto cómo este capullo te cogía la mano y se la llevaba al paquete.

—Porque debía sopesar su capacidad volumétrica más allá de la cinta de medir. La tiene mucho más grande que el resto de vosotros, así que no tenía claro lo que necesitaba.

»Los cocineros prueban la comida para saber si está sabrosa, y las modistas tocamos los huevos para que no se os pongan morados.

—Aquí el único que se ha puesto morado es el amigo.

—¡No te metas en mis asuntos, o empezaré a meterme en los tuyos y le diré a papá dónde

trabajas! —Marlon se puso blanco, aunque no se dejó amilanar y contraatacó.

—¿En el mismo lugar que tú?

—Yo coso ropa, no me despeloto, ni hago otras cosas que haces tú. Por lo menos, todavía —musitó por lo bajo.

—¡¿Cómo que todavía?!

—¡Basta! —bramó Corey, que se había hartado de tanta disputa—. Tú —señaló a Marlon—, a la ducha, necesitas una buena dosis de agua fría para rebajar esos humos. Y vosotros dos… —Fue nuestro turno—. Seguidme, vamos a encontrar un lugar más relajado e íntimo en el que poder tomarte las medidas sin que peligre vuestra integridad física.

Marlon dio un puñetazo contra la pared y me miró ofendido.

—Ni la mires.

¡Mierda! La había cagado, pero bien, con él, le debía una disculpa. Se marchó renegando por lo bajo.

—¿Puedo ir a…? —sugerí en dirección al *rockero*.

—No, déjalo que se atempere —musitó Corey, pasándose la mano por la melena.

—Es culpa de nuestra sangre italiana, todos los tíos de la familia se creen unos machos alfa que tienen a su cargo a unas debiluchas —resopló Janelle.

—¿Sois italianos?

—Por parte de padre, mi madre es irlandesa —se señaló las pecas—. Somos cuatro. Todos morenos y yo la oveja pelirroja, como mamá.

—Las pelirrojas son de lo más exóticas —la elogié.

—Eso díselo a Jordan, que no hay manera de que me deje formar parte del espectáculo. Yo pensaba que me iba a dar tu pecado, pero no, las chicas están prohibidas sobre el escenario a no ser que sea para recoger ropa.

—¿Tú querías ser un pecado?

—¿Por qué todos os extrañáis?

—Janelle, ya hablamos de eso, es un club para mujeres, no tiene lugar que uno de los pecados sea una *pecada*.

—Claro, obviemos a las bisexuales y las tortilleras. Arriba la homofobia.

—¡No se trata de eso, y lo sabes! —exclamó Lujuria.

—Estoy con ella, en la diversidad está el gusto —rompí una lanza a favor de Janelle.

—Gracias —me sonrió, y Corey resopló.

—No necesito que me presionéis más de lo que ya estoy. Haced el favor de dejar a un lado vuestras pretensiones reivindicativas, y si no os gusta, os montáis vuestro local, con vuestras normas. Trabajáis para Jordan y es lo que hay. ¿Estamos?

—Estamos —tuvimos que aceptar.

—Bien, y ahora id a la sala en la que cose Janelle y limitaos a lo que os he pedido. ¡Menuda nochecita me espera!

La modista y yo nos miramos y sonreímos cómplices.

—Venga, que voy a hacerte un maravilloso calzoncillo en el que quepa tu paquetón.

—¿Y vas a volver a tocarme? —pregunté jocoso.

—Por supuesto, todo lo que pueda y más. ¡Que le den a Marlon!

Ambos reímos pasando por el lado de Leo. Envidia tenía el ceño fruncido y la mandíbula tensa.

Los dorsos de nuestras manos se rozaron por accidente, y Nueva York se iluminó sin necesidad de corriente eléctrica.

CAPÍTULO 14



Leo

Me estaba volviendo loco, definitiva y rematadamente loco.

El viaje en moto fue una auténtica pesadilla; o Dave era un conductor pésimo, o le hacía gracia dar frenazos para que me encajara en su culo cada dos por tres.

Fueron los veinte minutos más largos y sudorosos de toda mi historia.

Cuando bajé de la moto, lo hice con un gruñido y una erección tan bestia que le arrojé el casco de malas maneras, le dije que nunca más me montaría con él porque había temido por mi integridad física, y entré como un vendaval directo a la ducha con la excusa de la bolera.

¡Puto niñato de los cojones! Que le sacaba cinco años por lo menos y, a esas alturas, no podía permitirme algo como lo que me estaba pasando.

El agua me ayudó a relajarme un poco, intenté obviar su presencia, su sonrisa, su cuerpo, sus comentarios hacia otros compañeros, en fin, que lo ignoré; hasta que el roneo que mantuvo con la hermana de Marlon casi me hizo estallar por los aires. ¿De qué mierda iba? La familia es sagrada, si hubiera sido la mía, ya le habría partido la cara. Además, ¿no se suponía que le iban los tíos? Todo apuntaba a que era así. No tenía sentido alguno que tonteara con ella.

Era un puto dolor de cabeza. Un provocador nato al que le gustaba gustar, esa era la

conclusión a la que había llegado, y su mierda de actitud solo me llevaba al borde de una delgada línea que no estaba dispuesto a cruzar.

Ni podía, ni debía.

En cuanto se largó con Janelle, me centré en mi curro, en las mujeres que eran mi sustento, en la actuación, o eso intenté, porque mis ojos traicioneros lo buscaban cada dos por tres. Tenía ansia por ver con quién estaba, qué hacía y, sobre todo, si me miraba.

Tenía ganas de darme de cabezazos contra cualquier objeto lo suficientemente contundente, hacía demasiado que yo no… Que creía tenerlo controlado, mi fuerza de voluntad, la vida que había creado, mi familia, eran más fuertes que la pulsión que enterré hace mucho tiempo. Eso solo me trajo problemas, unos que no me interesaba remover.

Estaba tan fuera de mi lugar, tan alterado, que por poco tiré a una de las clientas del escenario al verlo abrazándose a Marlon.

«Pero ¡qué cojones!».

Trastabillé mientras estaba girando con la mujer anclada a mi cintura, me había acercado tanto al borde del escenario para mirarlo que por poco tuve que pagarle una dentadura nueva a la clienta.

Las mujeres de la sala gritaron contenidas. Tuve suerte de los reflejos que hacía gala y de que no me fallaron las fuerzas. Pude remontar maldiciéndome por dentro. Dave era una distracción y me iba a costar el trabajo. «¡No me lo puedo permitir!», volví a repetirme para ver si me quedaba claro.

La chica me miraba con cara de susto, ella también debió ver peligrar su vida.

—Perdona —me disculpé—. He calculado mal.

—No pasa nada —respondió temblorosa—, yo también soy muy patosa, suerte que no nos hemos caído —rio nerviosa.

La bajé y la acompañé a su mesa antes de que se complicaran todavía más las cosas. Mi número terminó y me metí entre bastidores pateando una de las prendas de vestuario.

Jordan me esperaba con el ceño fruncido y los brazos cruzados.

—¿Qué ha pasado ahí arriba?

—He sufrido un mareo. Lo siento. ¡Menuda mierda de actuación! ¡Casi la tiro!

—Serénate. No te había pasado nunca, ¿estás bien?, ¿puedes seguir trabajando?

—Sí, no te preocupes, he cenado poco, debe ser eso —mentí—, me refresco y salgo a servir mesas, lo siento.

Fui a marcharme, pero el jefe me agarró del brazo.

—Si no estás bien, vuelve a casa.

—No, voy a seguir trabajando. —Lo que me molestaba era que la culpa era mía, por no saber separar las cosas y ser capaz de tener la atención puesta en el espectáculo, que era por lo que estaba en el SKS, bueno, por eso y por el anonimato.

—Si es por el dinero, sabes que puedo hacerte un préstamo.

—No es eso, de verdad. Voy justo, como siempre, eso no lo puedo negar, sin embargo, no necesito un anticipo, solo algo de comida, te lo agradezco, *boss*, puedo seguir.

—Te estaré observando, y si vuelvo a ver algún indicio de que no te sientes bien, te mando con María, ¿estamos? —asentí. Gula era el siguiente en salir, se puso a mi lado y Jordan le preguntó si tenía alguno de los dulces que muchas veces nos traía para comer después del espectáculo. Que necesitaba comer algo en ese momento.

—Sí, hoy traje, la taquilla está abierta, así que píllate uno, Leo.

—Con uno de esos, fijo que remonto.

—Pues venga, ya estás tardando. —Me palmeó el jefe.

La verdad es que era de agradecer cómo Jordan siempre estaba ahí para todos nosotros, no se le escapaba una, y cuando entré a trabajar en el SKS, no dudó en darme un anticipo cuando le comenté que iba algo apurado con lo del bebé.

Para no destapar la mentira, fui directo a engullir una de esas obras de arte azucaradas de Gula. A él le encargué el último pastel de cumpleaños de Elena, y la niña no dejaba de preguntar cuándo volvía a ser su cumple para comer otro igual.

Pensar en mis hijas me revolvió las tripas. No se merecían que les hiciera eso, que les fallara, y mucho menos María. Le juré que funcionaría, que la protegería, y sentía que en esos días no lo estaba haciendo.

Fui al lavamanos, me quité la máscara y me mojé la cara. Miré mi rostro en el espejo e intenté encontrar al hombre que construí a base de esfuerzo. No podía destrozar lo que tanto nos había costado, mis chicas dependían de las decisiones que tomara, por eso tuve que dejar la brigada.

Me aparté con brusquedad y fui a ponerme el atuendo de camarero. Necesitaba dinero, era lo único que importaba en ese momento.

En cuanto llegué a la zona de mesas, empecé a recibir peticiones de bailes privados, podría haber aceptado alguno, aunque no era eso lo que estaba buscando, sino un servicio extra.

Me acerqué a la barra en la que se encontraba Pereza, y le hice los pedidos para llevar a las mesas.

—Me han dicho que casi te caes del escenario, que te ha dado un mareo, ¿estás bien? ¿Te doy un zumo o algo?

—¡Métete en tus asuntos, Pereza, y prepárame lo que te he pedido! —gruñí—. No eres mi amigo, ni mi familia como para tener que preocuparte por mí, que ya tengo pelos en los huevos.

—¿En serio? Porque yo te los he visto depilados. —Le miré mal y le di la espalda mientras se ponía con las copas. No tenía ganas de ver su cara o cualquier maldito punto de su anatomía sin camiseta.

—Disculpa —murmuró una mujer que acababa de plantarse delante de mí. Alcé la mirada, y me encontré con alguien que definitivamente esperaba no volver a ver.

—¿Sí? —carraspeé, recordándome que llevaba la protección de la máscara.

Ella me sonrió y relamió sus labios carnosos.

—Quiero un privado.

—Hoy no hago privados, lo siento.

—No me has entendido —dio un paso hacia mí, y clavó las uñas rojas en mi pecho para deslizarlas hacia abajo—. Quiero follar contigo, no me importa cuánto tenga que pagar.

Tensé la mandíbula.

—No puedo. Lo siento, pregúntale a él —señalé a Soberbia—, o a él. —La mujer ni siquiera miró hacia Avaricia, tenía los ojos negros clavados en mí y no los movía.

—No. Te quiero a ti, y siempre consigo lo que quiero, pon una cifra.

—Disculpe, mi compañero acaba de decirle que no. —La respuesta de Dave me hizo cerrar los ojos. Ella torció el cuello y lo contempló con interés.

—Mantente fuera de esto, Pereza —le reclamé.

—Sí, un poco de pereza sí que da —comentó ella, volviendo a mí—. Voy a hacer como si no hubiera escuchado tu rechazo, te esperaré en cuanto termines el servicio, no me hagas esperar o… —Pasó la mano por detrás de mi nuca y murmuró en mi oído, poniéndome tenso al cien por cien. ¡Joder!

Cuando se separó de mí, lo hizo dándome un pico, con una sonrisa triunfal, para largarse contoneando su generoso trasero embutido en un vestido de tirantes finos repleto de cristales rojos.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada que te importe —respondí, dándome la vuelta para golpear la barra con el puño—. ¡Aléjate de mis asuntos, Pereza!

Cogí la bandeja repleta hasta los topes y me largué.

CAPÍTULO 15



Leo, quince años antes

Tenía un amigo, uno que apareció en mi vida cuando más lo necesitaba y sin pedir nada a cambio, uno que había cambiado mis últimos dos años en Soyapango.

No importaba que nos lleváramos tres años, o que fuéramos de culturas distintas, porque a Julio César no le importaba eso.

Él ya tenía dieciocho y yo los quince, llevaba uno saliendo con su hermana y Julio estaba encantado. Carlos Alberto era historia, lo habían metido en un centro de menores por menudeo y pertenencia a la MS-13. Era la misma mara a la que pertenecía mi mejor amigo y, supuestamente, a la que pertenecería mi novia si se decidía a pasar por uno de los ritos de iniciación; o la paliza, o la violación grupal. Si no se había sometido a ninguna de las dos era porque yo me oponía a formar parte del grupo.

Mi mejor amigo llevaba tiempo insistiendo en que me uniera, también mi tío, que pertenecía a la misma pandilla, pero parte de mí tenía ciertas reticencias porque no me convencían algunas de las normas.

Julio lanzó el balón de baloncesto al aire tumbado en mi cama.

—¿Por qué sigues negándote? ¡Si casi eres uno de los nuestros, *man*! ¿Por qué te resistes?

No vas a volver a los Yunaís[12], tu vida está aquí, con nosotros. Tienes madera de *homeboy*.

Julio César se había portado conmigo como un hermano mayor. Sin que se enterara la mara, me había enseñado a pelear, a disparar, sus códigos, obviando mi falta de interés por unirme a la pandilla. Había cuidado de mí, se ocupó no solo de que nadie volviera a ponerme una mano encima, sino de enseñarme a hacerme respetar, a no sentirme indefenso, a que los demás me percibieran como alguien que les podía plantar cara.

El problema radicaba en que si no pertenecías al grupo, tenías menos posibilidades de sobrevivir. Tenía muchísimo que agradecerle, y últimamente me estaban entrando dudas sobre si era buena idea seguir oponiéndome a tener una familia que me protegería y cuidaría de mí.

Mi madre no estaba mucho mejor, mis abuelos eran mayores, y si no fuera por tío José, estarían sufriendo extorsiones.

No solo tenía dudas sobre si quería o no pertenecer al grupo, también sobre lo que sentía por mi mejor amigo. Al principio, creí que se trataba de admiración, pero ya no estaba tan seguro.

Llevaba un año que, cada vez que Julio César estaba cerca de mí, mi corazón se aceleraba, si me tocaba, me estremecía mucho más que cualquier beso de su hermana, y había tenido sueños que no debería.

—Eh, Lion, te estoy hablando —me llamó la atención.

Estaba tumbado sobre mi cama, sin camiseta, con el torso cubierto de músculos flexibles y más tinta que la última vez. Muchas veces se quedaba a dormir en casa y compartíamos colchón, como esa noche.

Me levanté tan duro que tuve que salir corriendo antes de que se percatara. Tenía su culo pegado a mi entrepierna, mi nariz hundida en la piel suave de la espalda y lo rodeaba con el brazo mientras él dormía plácido. Era pensar en ello y mi polla reaccionaba.

No podía gustarme, en El Salvador estaba muy mal visto ser gay, tenía que tratarse de otra cosa. Intenté volver a la conversación.

—Lo-lo sé —respondí con la boca seca. Él me sonrió, se relamió y tocó sus abdominales, haciendo girar la pelota sobre un dedo.

—¿Te gustan? —Mi cara ardió y no supe qué responder. Me daba miedo y vergüenza que me acusara de ser un pipián[13]—. Podrías hacerte alguno, ya te dije que te faltaban tinta y cicatrices.

Sentí alivio, no lo decía por su cuerpo, sino por los nuevos tatuajes que lo decoraban.

—He estado dándole vueltas —siguió sin esperar mi respuesta—, y creo que quiero formar una pandilla propia, una en la que te sintieras bien, y me gustaría contar contigo —suspiró soñador.

—¿Una propia?

Detuvo el movimiento del balón, me sonrió y se puso de lado con la cabeza apoyada en la mano.

—¿Lo ves una locura?

—Lo veo difícil, las otras maras no te dejarán.

—Bueno, todo es ponerse, estoy cansado de *estar siempre sin pisto*[14], mientras otros se llenan los bolsillos a mi costa. ¡Que les jodan! ¡Tengo cabeza y tengo ambición, *man*! Estoy hasta los huevos de tener que depender de mi padre —proclamó, acariciándose un costado. Los tonos violáceos de la última paliza que le dio su padre se habían vuelto amarillos.

Julio César se revolvió contra él, ya no era un niño, y su padre terminó con un ojo morado, la boca sangrando y riendo por haber criado a tremendo hijo de puta.

Después de la paliza, mi amigo vino para decirme que no lo aguantaba más, que quería largarse de casa, tener la suya propia, que estaba harto, que cualquier día se le iría la olla y lo

mataría, esa sería su ruina.

—Dudo que tu padre te deje salirte de la *clica*.

—¿Y piensas que me importa? Casi siempre *anda bolo*[15], cualquier día los de Barrio-18 lo matan de un cachimbazo[16]. Las maras están cambiando y están saliendo nuevos grupos que quieren su trozo del pastel, solo hace falta contar con la gente adecuada y dar un golpe sobre la mesa lo bastante contundente como para que te respeten. Camarón que se duerme se lo lleva la corriente, tenemos que ser de los primeros en hacer algo así, a lo grande. ¿Te imaginas? ¿Un grupo tuyo y mío? —Los ojos le brillaban—. Eres más que cualquiera de mi familia, y terminarás siéndolo. Mi hermana y tú os casaréis, y ella alumbrará a tus hijos. Tendrás un montón de cipotes[17] correteando por la casa. —La idea me dio un escalofrío, porque lo que de verdad me apetecía no era eso—. ¿Ya te la has *doblado*[18]?

—¡No! —exclamé rápido.

—Tranquilo, no pasa nada, sería lo más normal. Wendy está muy guapa y le han salido un buen par de chiches[19].

—Respeta a tu hermana.

—¿O qué? ¿Eh?

Salió de la cama y se abalanzó sobre mí para pelear. Al igual que él, lo único que llevaba puesto era un pantalón corto porque hacía muchísimo calor. Me dio varios agarrones, tirones y golpes. Por supuesto que me defendí y contraataqué. Me faltaba el aire, en lo único que podía pensar era en el tacto de su piel, en cuánto me gustaba tenerlo cerca, en su olor masculino llenando mis fosas nasales.

Cuando finalmente logró tumbarme sobre el suelo, me bloqueó con las manos por encima de mi cabeza. Su torso cubría el mío, seguía siendo un poco más alto, aunque tumbados no se notaba. Me fijé en su rostro, en la firmeza de sus labios, y deseé que los bajara para comerme la boca.

Julio César resolló. Me gustó la sensación de no ser el único que se había cansado, aunque me hubiera superado. Su aliento cálido rozaba mi mejilla cuando se acercó hasta ella para hablar en mi oído.

—Te quiero en mi vida, para siempre, haz esto conmigo, haz esto por mí, y te juro que nunca te abandonaré. Tú y yo unidos para siempre en un proyecto común, seremos todo lo que siempre hemos querido ser. ¿De verdad que no te gustaría? —Volvió a enfrentar su mirada a la mía—. Dime que no quieres eso para nosotros.

El pulso me iba a mil. Nosotros, él, yo, para siempre. Sonaba tan bien. La polla se me empezó a endurecer sin que pudiera evitarlo, estaba demasiado cerca, había demasiado contacto, y sus palabras… Sabía que no se refería a una relación, aun así, las sentía como si aceptara que pudiéramos tener un futuro juntos.

Julio César pasó la lengua por sus labios resecos y me sonrió sin moverse. ¿Estaría notando cómo me estaba poniendo? Si era así, no lo demostraba. Una pátina ligera de sudor cubría mi frente.

—Dilo —insistió inamovible. Me retorcí un poco y él siguió sujetándome con fuerza—. Dilo, ambos sabemos que lo estás deseando, no te contengas, Lion, hazlo de una puta vez.

Bajó el tono de voz. ¿Era yo, o se había aproximado todavía más? Me estaba muriendo de deseo.

—Quiero —respondí hipnotizado por todas las emociones que despertaba en mí.

—Lo sabía. No te vas a arrepentir, te lo juro, voy a hacerte un hombre extremadamente rico y cabrón.

CAPÍTULO 16



Ray

Lo estaba siguiendo.

No estaba muy seguro de qué ocurría, pero sí de que esa mujer era alguien perteneciente a la SM-666. Lo supe cuando me acerqué a su mesa y vi asomar, parcialmente, ese tatuaje tan característico en uno de sus muslos.

Cuando fue el turno de que Leo se pusiera tras la barra y a mí me tocó la sala, no dudé en ir hasta ellas, quería averiguar si el oído no me falló y el acento que había detectado en ella era de El Salvador.

Cuando trabajas en una brigada como la mía, te habitúas a discernir entre los diferentes acentos latinos, sobre todo, los que tienen que ver con el tráfico y las pandillas.

—Buenas noches, ¿todo bien por aquí? Parecéis sedientas y vuestros vasos demasiado vacíos. ¿Os pongo algo?

Las tres se giraron y alzaron sus rostros hacia mí. Eran guapas, morenas, de ojos oscuros y rasgos que hablaban de sus orígenes. La mujer que se había dirigido a Leo era la más mayor, aunque no demasiado, no creía que llegara a los treinta.

—¿Qué puedes ofrecernos? —bromeó una de ellas repasándome con interés.

—Lo que os apetezca, una bebida, un *show* privado para después… O algo de placer —murmuré ronco. Ellas rieron pizpiretas, salvo la que era objeto de mis atenciones, que se mantenía imperturbable, esquiva.

—Tres margaritas estarán bien —respondió por las demás con intención de despacharme.

—A mí lo del placer no me parece mal —jugueteó la del vestido plateado.

—Compórtate, Flor —la riñó ella. La chica arrugó el ceño, pero calló, puede que fueran hermanas. Porque la de rojo exudaba autoridad sobre las otras.

—Entonces, ¿nada de placer? Os garantizo que podría daros mucho.

—¿A las tres? —cuestionó interesada la que quedaba por hablar.

—¡Mercedes! —Otra vez las reñía.

—¡Nos trajiste aquí para divertirnos! —se quejó Mercedes—. Y él nos está dando chance, está bien *galán*.

—¡Basta! —exclamó contrariada.

Se removió en la silla, y fue entonces cuando me fijé en el tatuaje del muslo, una liga con una catrina en el centro que se asemejaba mucho a ella. Aunque lo que más me llamó la atención fueron las letras bajo la imagen. Podían distinguirse una S y una M mayúscula, seguidas de un guion. La tipografía era la misma que empleaban los de la mara SM-666, por lo que el tatuaje incluiría la cifra después del guion, el problema era que no lo podía ver debido al cruce de piernas.

—¿A ti te pagan para servir, o para mirar? —inquirió sin moverse un ápice.

—Con esa cara, ese cuerpo y esas piernas —puntualicé—, tendría que ser muy poco hombre si no lo hiciera. —Flor y Mercedes rieron por lo bajo, añadiendo un suspiro. La de la liga seguía con esa expresión dura—. Me gustan mucho los tatuajes. El tuyo se ve bonito, ¿qué significa?

Ella cogió el bolso y lo cubrió.

—Que o te largas y nos sirves los cócteles, o estarás metido en problemas.

—Lo lamento, no pretendía incomodaros, solo hacía mi trabajo. Chicas, ahora mismo traigo lo que habéis pedido, disculpad.

Mientras me iba, escuché a las dos más jóvenes protestar, le reprochaban a la del tatuaje que les estuviera amargando y cortando la diversión.

Les llevé los margaritas y les dije que invitaba la casa.

Me pasé el resto de la noche observándolas, hubo más de un cruce de miradas entre ella y Lionel, algo pasaba.

Al ver que Envidia recogía sus cosas y se iba, lo imité, ni siquiera me acordé que había quedado con Raven para jugar a la Play. Todos mis sentidos estaban en alerta. ¿Y si la morena era una enviada de Muerte para que Leo acudiera a un encuentro con él?

Me mantuve a una distancia prudencial para que no detectara que lo estaba siguiendo con la moto. Lo que menos quería era ser descubierto.

Mi corazón latía con fuerza mientras aceleré a través de las calles del distrito financiero. La lluvia ligera había comenzado a caer, lo que hacía que las calles brillaran bajo las luces de neón. Mi objetivo estaba claro: no perderlos y determinar si el lugar al que se dirigían pertenecía a la SM-666 y estaba vinculado con Muerte.

Intenté mantener una distancia segura para no levantar sospechas. La lluvia dificultaba la visibilidad, mientras me adentraba en el Ed Koch Queensboro Brg para cruzar el río Este y tomar la 25A, aunque ello también me daba cierta ventaja, mi moto era más ágil que el pesado coche que perseguía.

Sabía que debería respetar las señales de tráfico, pero en ese momento la adrenalina y la urgencia no me permitían mirar más allá del objetivo.

A medida que nos acercábamos a Queens, me tensé. ¿Qué hacían en nuestra zona? ¿Irían a casa de Lionel? ¿Y si esas mujeres eran amigas de María? En el informe no tenía ningún tipo de información sobre la mujer de Torres, sobre su pertenencia a alguna mara, aunque era de lo más común que cuando cruzaban a Estados Unidos, cambiaran de identidad.

No podía tratarse de sexo, los chicos se tiraban a las clientas en el Savage, un hotel en el que tenían sus propias habitaciones alquiladas para ello.

O quizá la morena y sus hermanas quisieran una fiesta privada en su casa.

No, no, no, tenía que ser algo más.

Di gas cuando estaba a punto de cruzar el Flushing Creek, necesitaba adelantar a los

vehículos que estaba usando de salvapantallas. Y por poco salí volando por los aires por culpa de la incorporación de dos Audis negros, con cristales tintados, que surgieron de la nada para colocarse delante de mí, cerrándome el paso de manera abrupta.

Pero ¡¿qué demonios?! La sorpresa y el peligro se combinaron en un instante, haciendo que mi corazón corriera todavía más que mi moto.

Sin tiempo para dudar, giré el manillar y derrapé hacia un lado, evitando por poco chocar contra uno de los SQ7.

El pavimento estaba resbaladizo, por culpa del agua, sin embargo, mi experiencia como agente infiltrado del HSI me había preparado para situaciones extremas como esa.

El sonido de los motores rugiendo llenaba el aire mientras intentaba mantenerme íntegro en la persecución. Los Audis intentaban bloquearme en cada oportunidad, no se trataba de dos capullos queriendo jugársela en una carrera nocturna, más bien eran un obstáculo para que perdiera de vista a Lionel, la morena y sus acompañantes.

Que me hubieran detectado no era una buena señal, encima iba desarmado.

No podía permitir que escaparan.

Intenté adelantarlos por la izquierda, no podía perder al objetivo, el coche se pegó tanto a mí que temí ser despedido y caer al agua. Tuve que aflojar e intentar otra maniobra.

Me había ido de muy poco.

Me estaba empapando, una mezcla de lluvia y sudor que pegaba la ropa a mi cuerpo.

Reculé para intentar, a la desesperada, meterme entre ellos lo suficientemente rápido para no terminar aplastado.

¿Quién querría joder la carrocería de dos SQ7 por un estríper motorizado?

Al parecer, esos tíos, porque fue asomar la rueda y ambos vehículos cerraron filas. Sus retrovisores quedaron separados por unos milímetros.

Ya estábamos al otro lado del agua, en el distrito de Queens, y no tenía ni puta idea de si el vehículo en el que Leo se había subido seguía ahí delante o habría girado en cualquier calle.

¡Mierda!

Necesitaba deshacerme de esos dos, pero parecía imposible.

En la primera oportunidad que tuve, cogí la salida de la derecha, apurando para que ellos no pudieran dar marcha atrás. Intentaría acelerar por las calles y meterme en la siguiente. Quizá todavía pudiera atraparlos.

La esperanza es lo último que se pierde, y yo la tenía en cantidades industriales.

Me salté un semáforo en rojo y tuve que derrapar para que un Ford rojo no me llevara por delante. No me di cuenta del enorme charco, ni de que iba a hacer *aquaplanning*. La moto patinó con fuerza, incapaz de evacuar la gran cantidad de agua, perdí el control total y salí disparado por el asfalto.

Tenía suerte de llevar pantalón largo, chaqueta de cuero y casco, o podría haber terminado reventado.

Me di un buen golpe en la cabeza contra la acera. Algunos sintecho se acercaron a mí, tanto para socorrerme como para ver si había perdido la cartera. Sin embargo, se apartaron de golpe al escuchar un chirrido de ruedas.

Cuatro tíos emergieron de los coches y me rodearon. Uno me quitó el casco sin que pudiera evitarlo.

—¡Eh, no se le quita el casco a un accidentado! —gritó un hombre algo embriagado.

—¡He llamado a emergencias! —proclamó otro que paseaba a su perro. Mientras, ellos se fijaban en mi cara salpicada por la lluvia.

Todos tenían la piel oscura, la cabeza rapada, algunos tatuajes asomando por el cuello y una pequeña cruz en lo alto de la mejilla.

Eran *homeboys* de la SM-666, no había duda.

Algunas maras habían optado por dejar a un lado lo de su afición por la tinta, porque les delataba y no tenían ganas de que la policía les pisara los talones. Los de la SM-666 eran distintos, no renegaban de su pertenencia a la mara, sus decoraciones los representaban, igual que los animales vistosos que advierten a sus oponentes del veneno que llevan encima. Se sentían orgullosos de lo que eran, y no dudaban en mostrarlo a la menor oportunidad.

—Miren lo que nos trajo la lluvia… —rio uno. Se puso de cuclillas y me agarró de la chaqueta—. Un perro con ganas de que le metan un *bombazo*[20]. —Escupió a un lado—. ¿Por qué perseguías uno de nuestros coches?

—No sé de qué me hablas —gruñí dolorido.

—No sabe de qué hablo —rio, y los otros lo secundaron—, deja que te refresque la memoria.

Cerró el puño y me golpeó la mandíbula. Intenté zafarme de aquel tío, pero dos armas me encañonaron.

Las personas que estaban cerca, al ver las pistolas, salieron corriendo despavoridas. Nadie quería meterse en guerras que no le pertenecían.

—A ver si esto te aclara las ideas, perro. —Me zarandeó—. ¿Por qué perseguías a Nuestra Señora?

¿Nuestra Señora? El apodo retorció mis tripas. ¿Era posible que los rumores fueran ciertos y que Muerte estuviera casado?

Según las últimas informaciones que le llegaron al director Price, Muerte podría estarlo. El soplón comentó que la llamaban Nuestra Señora, como si fuera una maldita virgen a la que adorar.

Si no les daba un motivo creíble sobre por qué perseguía el coche en el que iba Leo, me iban a matar.

—Vale, os lo cuento, pero guardad eso —pedí, contemplando las armas. Uno de ellos se puso a registrarme hasta dar con mi cartera, por suerte, llevaba la documentación falsa, que fue lo que le enseñó al que parecía el jefe.

—Habla. Ahora sabemos quién eres y dónde vives.

—Trabajo en el SKS, un club para mujeres en el distrito financiero. Uno de mis compañeros aceptó un servicio especial a una mujer muy atractiva, uno fuera del local —carraspeé—. Cuando eso ocurre, uno de nosotros siempre lo acompaña a una distancia prudencial para asegurarse de que todo va bien. Me puse nervioso al ver que no tomaban la ruta de siempre, por eso los seguía.

—Pues no deberías haberlo hecho, te equivocaste, perro, nadie sigue a Nuestra Señora.

—Vale, vale, lo siento, me ha quedado claro. —Alcé las manos.

Se oyó el sonido de las sirenas, tanto de las ambulancias como de la policía, acercándose.

—Hoy es tu día de suerte, perro, pero como te volvamos a ver cerca, no lo cuentas, ¿estamos?

—Sin problema. No lo volveré a hacer.

Uno tenía que saber cuándo retirarse a tiempo, esos cabrones no se andaban con chiquitas.

El que se había dirigido a mí pateó mi abdomen para clavarme contra el asfalto, se subieron a sus coches y desaparecieron.

Solo esperaba que no le pasara nada a Leo.

CAPÍTULO 17



Leo, catorce años y medio antes

Lo miré entre nervioso y expectante, no estaba muy seguro de que le gustara, aunque había puesto todo el empeño en que así fuera.

Julio alzó los ojos del papel y me miró con aquella intensidad que me dejaba sin aliento y provocaba que mis tripas se encogieran.

—No te gusta —sentencié ahuevado[21].

No solía enseñarle mis dibujos a la gente, me daba vergüenza lo que pudieran pensar de ellos. Al principio, era un acto sistemático para relajarme y no pensar; después, empecé a imitar dibujos, y más tarde, a crearlos sin un modelo delante.

Creí que podría aportar el distintivo de la SM-666, hacer algo realmente bueno, el dibujo que nos identificaría como mara. Quizá hubiera sido demasiado pretencioso.

—Lo repetiré, o puede que sea mejor que lo haga otro, no soy un profesional. Déjalo, no pasa nada.

Fui a quitarle el dibujo de los dedos, pero él me los cogió antes de que se lo arrebatara. En sus labios se perfiló una sonrisa y entrecruzó los suyos con los míos, uniendo nuestras palmas.

—¿Bromeas? Se ve cachimbón[22]. Es perfecto.

—¿En serio?

—Yo no miento, *man*. Me gusta, es un proyecto común, y debes sentirlo tanto tuyo como mío. —Sus palabras aceleraron mi ritmo cardíaco—. Me gustaría saber por qué te has decidido por esta imagen y lo que simboliza.

Estábamos en el parque Flores, frente al lago Ilopango. Julio César había ido a buscarme en su moto, y me dijo que llevara algo de comer en la mochila; que había llegado el día de establecer las normas de nuestra mara y que pasaríamos un buen rato allí.

Hacía calor, el ambiente era muy húmedo, por lo que no descartábamos nadar un rato después de charlar.

Wendy y la chica de Julio se habían enfadado un poco por no venir, pero yo no tenía vehículo y eran cosas nuestras, como decía él. Les pidió que hicieran un día de chicas y se divirtieran, que más tarde las pondríamos al día.

Solté su mano y señalé el dibujo. Los dos estábamos tumbados sobre la manta, con el sol calentando nuestros cuerpos.



—Las tres calaveras somos nosotros tres. Tú el de arriba, Wendy la de la izquierda y yo el de la derecha. —No iba a poner a su novia, que era una recién llegada, a no ser que me lo pidiera—. Representamos a la Santa Muerte, y el principio del grupo. Ver, oír y callar. Lo que pasa en la mara se queda en la mara.

—Me gusta —suspiró—, sigue.

—El 666 hace referencia a lo que adoramos, Satán. —Al nombrarlo, se me encogió un poco la tripa. Sabía que el Diablo y la Santa Muerte eran nuestros patrones, pero, aun así, me causaba un poco de nerviosismo, por mucho que Julio me lo hubiera explicado.

—Bien. ¿Y las rosas?

—Las negras son en honor a nuestros caídos, y las rojas, la promesa de que ninguna muerte quedará impune y se pagará con sangre. Son las flores más hermosas, apasionadas y peligrosas. Si alguien nos toca, le hacemos sangrar.

—Veo más caídos que promesas.

Me mordí el labio.

—Si quieres, puedo modificar algunas, intenté que fuera un dibujo armónico en cuanto a color, pero puedo poner esa de ahí —señalé. Él rio por debajo de su nariz.

—Era una broma, está perfecto.

—¿En serio? —Mi corazón se puso a dar brincos.

—Tanto que mañana me lo pienso tatuar en la espalda, y tú deberías hacer lo mismo.

—¿Yo?

—Eres el creador, el otro fundador, estaría feo que no lo llevases, ¿no te parece? Yo invito. —Tragué con dureza—. ¿Te da miedo el dolor?

—No.

—¿Seguro? —Julio me había enseñado a pelear, y eso había conllevado más de una golpiza bastante dura.

—Sí.

—Entonces, demuéstramelo, háztelo conmigo. —Sus ojos brillaban, estaba tan guapo, lo deseaba tanto, que solo pude asentir.

—Lo haré.

—¿En serio?

—Sí. —Me dio un abrazo y nuestros cuerpos se pegaron.

El calor que sentía se acrecentó. También la excitación por su cuerpo pegado al mío.

—Vamos a hacer grandes cosas juntos, chero.[23] Vamos a celebrarlo.

Tiró de mí para ponerme en pie. Me agarró de la camiseta y tiró de ella hacia arriba.

—¿Qué haces? —pregunté cuando voló por los aires.

—Ayudarte, estás demasiado vestido y el agua muy buena. Vamos a darnos un remojón y después seguimos, hace demasiado calor para que piense con claridad.

Julio César se desnudó primero mientras yo me quedaba inmóvil y era incapaz de hacer otra cosa que admirar su cuerpo, cada vez más musculado y cubierto de tinta.

Al llegar a los calzoncillos, contuve el aire. Dio un tirón, dejándome sin aliento al contemplar su belleza desnuda. Se me pasaron mil cosas por la cabeza, entre ellas, ponerme de rodillas y saborear su grosor. Cada vez pensaba más en eso, aunque sabía que nunca sucedería, que mis pensamientos eran tan incorrectos como inevitables.

—Deja de admirarle la pija al Diablo y quítate tu ropa —rio mientras yo enrojecía.

Salió a la carrera y se zambulló de cabeza al lago. Yo estaba erecto y me daba mucho pudor que se diera cuenta. Necesitaba relajarme antes de nadar a su lado. Pensar en ambos, sin ropa y dentro del agua no ayudaba.

Lo vi alejarse dando grandes brazadas y pensé que era el momento perfecto para que no viera la reacción que producía en mí. Me quité las prendas lo más rápido que pude, suplicando para que el agua fría rebajara mi calentón.

En cuanto el frescor me engulló, noté cierto alivio, solo duró hasta que Julio vino a por mí y se puso a jugar a hacerme ahogadillas.

Lo que tendría que haber sido algo divertido, se convirtió en una tortura, nuestras pieles no dejaban de rozarse húmedas, él no dejaba de apretarse y yo de enfermar.

Estaba durísimo, tanto que tuve que alejarme y salir del agua corriendo para tumbarme bocabajo en la manta sin que me viera. Iba a partirme la cara, estaba seguro, y no quería perderlo, era la persona más importante en mi vida.

Cerré los ojos con fuerza e intenté relajarme. Pero algo sumamente duro y mojado impactó contra mi espalda cubriéndome por completo. Sufrí un colapso al escuchar su risa ronca en mi oído y percibir su entrepierna en mis nalgas.

—¡¿Qué haces?! —pregunté alterado.

—El ritual de iniciación —murmuró cerca de mi oído—. Todavía no te lo había contado porque quería que fuera una sorpresa y que estuvieras al cien por cien en esto. Creo que es así, que estás conmigo en todo, así que nuestra energía tiene que confluir, convertirnos en uno, y solo conozco un modo de que sea así. —Separó mis nalgas y se puso a frotar su polla entre ellas, endureciéndose con el roce.

Yo temblaba, incapaz de creer lo que estaba ocurriendo. Mis fantasías se estaban cumpliendo entre unos arbustos. Cualquiera podría vernos, aunque escogimos un lugar bastante privado.

—Pe-pero, esto está mal…

—No, no lo está, nunca entre nosotros, no somos pipianes. Esto es distinto, esto es unión, es fuerza, es una promesa de futuro, es un tú y yo para siempre, es mi esencia en ti y la tuya en mí para unirnos y hacernos crecer —gruñó cerca de mi oído, presentando su polla en mi agujero. —Jadeé.

—¿E-estás seguro? —titubeé deseoso de que lo hiciera.

—Por supuesto, chero. —Alzó mi tripa un poco, la palma callosa se puso en contacto con mi pubis y mi glande lo rozó.

—¿Lo ves?, Satán nos bendice —murmuró, acariciándolo sutilmente con su meñique. Separó mis nalgas escupiendo entre ellas y se dispuso a penetrarme.

—Para un momento, así vas a hacerme daño… Ayer nos dieron una charla de sexo en el instituto. Aún no sé cómo salió vivo de allí el *man* cuando habló de las relaciones entre dos hombres. —La política social estaba intentando concienciar a los jóvenes sobre las enfermedades de trasmisión sexual y los embarazos no deseados.

Alargué el brazo, tiré de mi mochila y abrí el bolsillo delantero, del que saqué una de las muestras de lubricante que nos regalaron y un condón.

—Esto me sobra —sentenció Julio, echando el preservativo a un lado—. Nuestra unión tiene que ser completa.

Sentí cómo vertía el frío líquido viscoso entre mis nalgas. Pensé en contarle que primero había que preparar la entrada jugando con ella, pero lo necesitaba tanto que lo único que quería era sentirlo.

—¡Ah!

Todo el aire que había estado conteniendo salió a través de una mezcla de placer, dolor y expectación. Dolió y me llenó a partes iguales. Él también jadeó, agarrándome por las caderas.

—Siénteme, Lion, siente nuestra unión, siente cómo nuestros patrones sellan y bendicen esta promesa de futuro.

Julio empujó hasta estar totalmente enterrado en mí. No estaba acostumbrado a tener nada allí, por lo que grité. Una de sus manos buscó mi pelo y tiró un poco de él.

Comenzó a moverse. Al principio lento, salía casi hasta el final para volver a entrar con calma, ahondando en cada embestida, abriendo mi carne como tantas veces había fantaseado. No podía estar más cachondo.

Mis dedos se hundieron en la tierra mojada, más allá de la manta. Me estaba ofreciendo a él y

no podía sentirme más eufórico. Mi polla se frotaba contra el áspero tejido dándome un placer inesperado.

Respiraba con dificultad, mientras que lo escuchaba jadear y me estremecía por completo.

—¿Lo notas? ¿Sientes cómo crezco dentro de ti? ¿Cómo nos convertimos en uno?

—Sí —jadeé, escuchando el entrechocar de nuestra carne.

—Es la comunión de nuestros seres volviéndose uno, nuestro rito de iniciación.

—Sí —volví a gemir con los ojos en blanco y la boca seca.

Las acometidas de Julio se volvieron brutales. Ya no podía controlar los sonidos de goce que fluían y se retorcían en cada poro de mi piel, igual que nuestros cuerpos.

Julio rugió y se corrió con fuerza en mi interior mientras yo convulsionaba y lo imitaba sobre la manta fuera de control.

Caí sobre mi propia corrida, con su cuerpo aplastando el mío.

—Ahora ya resido en ti, somos más que familia, indestructibles, inseparables. Es mi turno, me toca recibirte para completar el rito y que seamos uno.

Un temblor crepitó a lo largo de toda mi anatomía.

—¿Te importa esperar un momento? Ne-necesito recuperarme. —Mi voz no sonaba todo lo entera que debería. Me daba vergüenza reconocer que me había corrido.

—No tenemos prisa, Lion, puedes recuperarte —musitó, haciéndose a un lado para tumbarse con los ojos cerrados.

En cuanto salió de mí, me mordí el brazo para no jadear de nuevo. Notaba su semen escurrirse por mis nalgas y en lo único que podía pensar era en retenerlo. Estaba enfermo.

No tenía ni idea de si Julio César había meditado lo que habíamos hecho, o si iba a ser algo puntual. Me atormentaba pensar que no iba a volverse a repetir. Giré el rostro y contemplé cómo su pecho subía y bajaba satisfecho, casi perezoso. Los rayos de sol incidían en su preciosa cara. Quería acariciarlo, besarlo, abrazarlo, pero volví a contenerme. Jamás imaginé que algo así pudiera ocurrir entre los dos, y necesitaba atesorarlo. No obstante, la pregunta picaba en la punta de mi lengua, necesitaba hacérsela.

—Oye —musité.

Él entreabrió los ojos y me sonrió con suavidad. Me llené de aquel sentimiento que no dejaba de revolotear en mí, desde que aquella mañana entró en mi vida.

—¿Qué?

—Lo del vínculo, ¿basta con hacerlo una vez, o crees que tendremos que ir repitiendo para reforzarlo con el tiempo? —pregunté temeroso de su respuesta.

Él se puso de lado y acercó su boca a la mía.

—Lo reforzaremos todas las veces que haga falta —masculló, agarrándome de la nuca para besarme y volverme loco.

Él era mi felicidad y, por fin, íbamos a estar juntos.

CAPÍTULO 18



Ray

Cuando llegué a casa, Raven estaba sentado en el rellano, junto a mi puerta, con un canuto en la mano al que le daba una honda calada con los ojos cerrados.

—¿Alguna vez te has planteado que tus neuronas no son veganas y que el mejor lugar para los cogollos son las ensaladas?

—Muy gracioso —musitó, separando los párpados para focalizar su mirada en mí—. ¡¿Qué cojones te ha pasado?! —preguntó sobresaltado al ver mi estado. Era conocedor de que muy buena pinta no tenía a juzgar por el dolor de mi cuerpo y el aspecto de mi ropa.

—No ha sido un tranvía. Pinta peor de lo que es, así que no te preocupes.

—¡¿Lo dices en serio?! ¿Te has visto la cara y el cuerpo?

Me encogí de hombros.

—Gajes del oficio.

—¡¿Qué gajes ni qué gajos?!

—Cuando el gajo vuela bajo, hace un frío del carajo.

—Eso es el grajo, y deja ya el refranero de la vecina que te cuidaba de pequeño. ¡¿No habíamos quedado para jugar a la consola?! ¡Llevo una hora esperándote y llamando como un loco a tu móvil!

Saqué el teléfono.

—Pues ya ves, me dio por tener un accidente derrapando sobre la lluvia, y no, no estaba versionando a Gene Kelly.

Metí las llaves en la cerradura y abrí la puerta. Lo único que quería era quitarme la ropa mojada, llamar a mi jefe para reportarle los últimos acontecimientos y tumbarme en el sofá.

Raven se levantó del suelo y entró detrás de mí.

—¿Por qué no has entrado con tu llave?

—Porque no la llevaba encima. ¿Y dónde te has caído?

—En la carretera —respondí críptico.

—No jodas, pensaba que había sido en un prado con suelo de nubes —masculló por lo bajo —. ¿Te llevo al hospital?

—No hace falta, son solo unos rasguños.

—¿Rasguños? —cuestionó sin humor, recorriéndome el cuerpo—. Tu cara es una oda al feminismo —comentó irónico—, lo digo por el color morado, por si no lo pillas. Y tu pierna podría pertenecer a un zombi de *The Walking Dead*.

—Mi pierna es mucho más bonita —carraspeé, dejando el casco y quitándome la chaqueta con un quejido que no dejé aflorar.

—Sabes que Jordan no va a dejarte trabajar así, ¿verdad?

—Si lo dices por mi nueva gama cromática corporal, no te preocupes. Salen unas chinas en Instagram diciendo que con una capita de maquillaje te dejan sin tatuajes y sin cejas. Y a prueba de agua. Mañana me paso por Chinatown.

—Mañana te quedas en la cama, porque no te vas a poder mover.

—No puedo dejar de currar en el SKS.

—Pues haberlo pensado antes de rebozarte en asfalto y creerte un luchador de la WWE. Porque esa herida de guerra —señaló mi cara— no te la has hecho con el casco, salvo que condujeras sin él y en el suelo hubiera unos nudillos.

—Seguro que en otra vida fuiste Jessica Fletcher —bromeé mientras él se dirigía a la nevera y abría los cajones del congelador.

—Soy más de Sherlock Holmes —sentenció al arrojarme un paquete de alitas de pollo congeladas—. Haz el favor de ponerte algo frío en la cara mientras voy a por el botiquín.

—Sí, enfermera Joy.

Raven gruñó, pero no dijo nada. Los Pokemon siempre nos gustaron, y la enfermera Joyce fue el amor platónico de Rav, aunque lo negara.

Apoyé la bolsa helada contra mi rostro y contraje el gesto. Estaba jodido, y ya no hablaba del físico, mi mente no había conseguido descansar ni un minuto elucubrando posibilidades. Ninguna era buena.

Al levantar mi camiseta, arrugué la nariz. Tenía otro moratón mucho más grande, a juego con el de la cara, en el abdomen. Lo palpé. Dolía como un demonio, aunque no creía que fuera más allá de un mal golpe por la ubicación.

Me bajé los pantalones, y al pasar por el muslo, necesité apretar los labios. Uno de los rotos del vaquero se había abierto debido a la fricción y mi piel a la altura del muslo tenía un raspón enorme, del tamaño de la palma de mi mano. No habría maquillaje que lo pudiera disimular. Además, lo acompañaban más rasguños y golpes de diferentes intensidades.

Tenía que dar gracias de no haberme partido ningún hueso dada a la velocidad a la que iba. ¡Puta lluvia de los cojones!

—Lo que yo te decía, eso no lo tapas ni con tinta china. ¿Te llevo al hospital? —preguntó por segunda vez.

Entró en el salón, yo me dirigí a la nevera, en busca del consuelo que una cerveza fría pudiera otorgarme, cogí otra para Raven y las puse en la encimera.

—Me bastan sus sabias y dulces manos, enfermera Joy, con una pasadita por su clínica del amor fraternal, tendré suficiente.

Mi mejor amigo me miró malhumorado. Me desplacé hasta uno de los dos taburetes que tenía la barra americana.

Raven dio un buen trago, dejó el botellín y abrió el botiquín, para sacar varias gasas, yodo y esparadrapo. Tampoco es que tuviera mucho más, salvo pegamento y tiritas para puntos, y

alguna que otra pastilla para la fiebre y el dolor.

—Es Leo, ¿verdad? —preguntó sin anestesia mientras me limpiaba el muslo. Seguí sujetando las alitas de pollo contra mi cara.

—No es nadie. Ya te lo dije, mantente al margen.

—¡No soy estúpido! ¡Y soy tu mejor amigo, Ray-Ban! Guardé el mayor de los secretos durante años, hasta que tú decidiste revelarlo a cierta persona.

—Y te lo agradezco, sabes que no hay otra persona en la que confíe más que en ti. Pero conoces mi trabajo y no me perdonaría ponerte en riesgo, saber detalles podría situarte en el punto de mira. No puedo hablarte del tema, lo mejor es que no insistas.

—Te vi seguirlo —confesó.

Sus ojos grises se clavaron en los míos, con esa profundidad retadora que te escudriñaba el alma.

—¿A mí? Te confundirías —resoplé sin darle importancia.

—Ya… —suspiró—. Sé que no debería haberte seguido, pero lo hice, te vi aguardar a que él entrara en un coche y después salir como alma que lleva el diablo. Y no me digas que arrancaste así porque te olvidaste de ir a por el pan.

—Llegaba tarde a un sitio, no puedo decirte más.

Sentí pesar por no poder hacerlo, sin embargo, sabía que no debía hablar por mucho que quisiera.

—Muy bien, no me lo cuentes —terminó renegando.

—Si me viste irme, ¿por qué viniste hacia aquí?

—Porque necesitaba asegurarme de que estabas bien. Llámalo instinto, algo me dijo que me necesitarías.

Ya había limpiado mi herida y ahora me estaba colocando la gasa para cubrirla.

—¿Has probado a echar las cartas? Igual tienes un talento de pitoniso desaprovechado.

—El único pito que tengo está entre mis piernas, y lo tengo muy bien aprovechado, gracias por preocuparte.

—¿A Dakota no le importa que sigas currando en el SKS mientras vas a la academia? —Intenté cambiar de tema.

—Confía en mí, sabe que jamás la traicionaría.

—En quien no debería confiar es en esas cachondas que quieren arrancarte la ropa con los dientes.

—Es curro, necesito el dinero si quiero independizarme.

—Me gustaría ver, si fuera al revés, si serías tan comprensivo. —Su cara mutó y yo me reí—. ¿Sabes que eso no es justo?

—Nadie dijo que fuera perfecto. Respondiendo a tu pregunta, dudo que Dakota dejara que me inmiscuyera o le prohibiera algo. Eso sí, los tíos que le pusieran una mano encima quizá despertaran sin sus falanges.

—Uh, un futuro descuartizador en potencia —reí con una mueca debido al dolor del abdomen. Raven terminó—. Una preciosa obra de arte, enfermera Joy, muchas gracias.

—Cómeme la cofia.

—Prefiero tu polla —bromeé, y él me hizo una peineta—. Que me metas el dedo también me gusta.

—Lo único que te metería sería una patada que te llevara directo al hospital. Sigue sin gustarme ese morado. ¿Y si es un derrame interno?

—Te chupaste demasiadas temporadas de 911. Sabes que te quiero, ¿verdad? —Raven puso

la misma cara que si se hubiera tragado un pepino amargo.

—La única que quiero que me quiera es Dakota, con tu amistad me basta. —Lo estaba diciendo en tono jocoso, por lo que le permití obviar sus sentimientos. No importaba si lo decía o no, porque Raven valía más por lo que callaba que por lo que decía. Sus actos hablaban por sí solos, como esperarme esa noche sentado en el rellano de mi piso y curar mis heridas—. ¿Quieres que me quede a dormir?

—Tú lo que no quieres es volver al piso de Robbins y a sus ronquidos perforatímpanos. —No respondió, tampoco es que lo necesitara—. En mi sofá cama siempre eres bien recibido. Voy a lavarme un poco y a hacer un par de llamadas. Te advierto que las haré con el grifo abierto, no hace falta que te pongas en modo cotilla con la oreja pegada, porque lo más fuerte que oirás será un pedo.

—Tú siempre tan generoso. —No me reí más porque cada sonrisa era un dolor que sumaba.

Abandoné a mi mejor amigo en el salón. Le había dicho lo de escuchar a hurtadillas a sabiendas de que jamás pegaría su oreja en mi puerta. Meterme con él siempre resultaba divertido.

Me miré en el espejo. De verdad que tenía un aspecto de mierda.

Marqué el número del director Price, era indispensable que hablara con él, las cosas no habían ido como esperaba y tenía que saberlo.

Le costó varios tonos responder y lo hizo con voz de dormido.

—Price.

—Perdone que lo moleste, señor.

—*William, ¿quién es?*

—Vuelve a dormirte, cariño, ahora vuelvo.

—Lamento haber despertado a su mujer, señor, bueno, y a usted también.

—Vaya al grano, Wright. Solo espero que sea importante.

—Lo es. Tengo una buena y una mala noticia.

—La mala primero, y suéltela rápido.

Lo puse al día de lo ocurrido, desde la conversación que había escuchado en el SKS, la persecución y el encontronazo con los *homeboys* de la SM-666.

—¿Y dice que le vieron la cara? —preguntó disgustado.

—Me arrancaron el casco. —Soltó un improperio—. Tranquilícese, si no hubieran creído mi explicación, también me habrían arrancado la cabeza, ambos sabemos cómo actúan.

—Puede que tenga razón, o puede que quieran que crea eso, que no saben quién es en realidad. No los tome por estúpidos, porque no lo son.

—No hago eso, señor.

—Quizá sea mejor relevarle del caso.

—¡No!

—Eso lo decidiré yo, que para eso soy su superior.

—Sé que es mi superior, pero he avanzado, estoy en el grupo de bolos de Torres, ahora me detesta menos, estoy avanzando con él, no puede apartarme.

—Me alegra oír eso, lo que no quita que esté preocupado.

—Me mantendré en alerta, por cierto, esa era la buena noticia, y que he visto la cara de la mujer a los que la SM-666 protegían con uñas y dientes, la llamaban Nuestra Señora, me parece que el rumor de que Muerte podría estar casado es cierto.

—Buen trabajo, Wright. Venga mañana a primera hora a mi despacho, necesitamos un retrato robot de esa mujer para ver si la identificamos.

—Descuide, allí estaré. Lamento haberlos perdido, señor.

—Mejor lamentar eso que haberle perdido a usted.

—Gracias, buenas noches, director Price. Para su mujer también.

—Descanse, Wright —suspiró antes de colgar.

Mi último pensamiento antes de regresar al salón fue para Lionel.

«Espero que estés bien». No pude evitarlo, y tampoco estaba seguro de si desear eso era buena señal.

CAPÍTULO 19



Leo

El barrio de Malba era famoso por albergar, en sus lujosas casas de arquitectura europea, a celebridades y millonarios.

Se necesitaba un permiso exclusivo de la asociación de vecinos y preservadores históricos de la zona para poder poner en venta o para adquirir cualquiera de sus propiedades. El precio mínimo con el que asomar la nariz para hacerse con una de ellas rondaba los cuatro millones de dólares, y a partir de ahí, cualquier cifra era posible.

Conocía el lugar a la perfección, porque era el sitio de actuación de mi brigada desde hacía algo más de un año.

Al principio, trabajábamos en el Upper East Side, pero, en los últimos años, una serie de incendios había sacudido Malba, y el jefe nos quería allí.

Casi todo apuntaba a las antiguas instalaciones eléctricas, uno de los problemas derivados de residir en propiedades antiguas. Los peritos de las aseguradoras aconsejaban reemplazarlas para no tener sustos. Muchos de los propietarios hicieron caso, pero otros tantos no.

Mi empresa tuvo que quintuplicar la plantilla, abrir un nuevo parque para los vehículos y no dejaba de crecer.

Los políticos, deportistas, empresarios o famosos, no estaban dispuestos a que sus hogares fueran pasto de las llamas. Elite Fire vivía un momento glorioso, mientras que yo me hundía en la mierda.

Cuando firmé el contrato, no tenía ni idea de a quién pertenecía la empresa.

Yo seguiría trabajando allí si no nos hubieran enviado a custodiar la casa de la señora Valdés, fue verla, al igual que todos mis compañeros, y sentir que mi mundo era engullido.

El pasado siempre volvía, y por mucho que me hubiera alejado de El Salvador, había regresado a por mí.

Llevaba catorce años sin verla, y ojalá hubiera sido toda la vida.

El coche paró frente a una imponente casa de ladrillo rojo. En muchas de las viviendas, no había verjas ni muros altos. El motivo, que la zona residencial era tan segura que no lo necesitaban, además de no romper la estética del lugar.

Aquella enorme mansión estaba rodeada por un murete bajo y una verja decorativa, más que intimidatoria, estaba ubicada frente al río Este, en Point Crescent, y albergaba a una de las familias que pocos se atreverían a tocar.

Mi puerta se abrió, al igual que la trasera, donde viajaban las chicas.

Estaba hecho un manojo de nervios, por primera vez desde que hui, sentía verdadero pavor, porque sabía que, ya que habían dado conmigo, no se iban a detener.

Nadie traiciona a la mara, y mucho menos, uno de sus fundadores.

Intenté alertar a María, necesitaba que ella y las niñas se resguardaran en alguna parte.

La llamé al móvil, pero debía tenerlo en silencio. Quise abandonar el SKS para ir a casa, pero en cuanto llegué al rellano del edificio, me di cuenta de que algunos hombres de la SM-666 estaban apostados en la puerta y conocía a uno de ellos.

¡Mierda!

Quizá, por el momento, mi familia estuviera a salvo. Quizá Anita hubiera dado conmigo por pura casualidad; si no, ya lo habría hecho antes. Seguramente, las chicas vinieron al club a divertirse y se toparon conmigo.

A Flor y a Mercedes las conocía de oídas, pero ella y yo nos habíamos visto muchas veces, Anita Valdés era la *jaima*[24] de Julio César cuando vivía en Soyapango. La misma que el día en que él y yo sellamos nuestro pacto se divertía pintándose las uñas con Wendy, ajenas a lo que ocurrió en el lago.

No podía negarme a entrar en la mansión. No había traído el móvil conmigo ni la documentación por precaución. Las dejé en el SKS. Si alguien debía morir esa noche era yo, jamás revelaría el paradero de mi mujer o de mis hijas.

Miré hacia un lado y al otro. Ni siquiera sabía qué esperar, quizá que un montón de tíos salieran a darme una paliza y me aniquilaran antes de entrar.

La lluvia había cesado. El olor a césped recién cortado y tierra mojada se entremezclaban con el nerviosismo que sentía. Las cámaras de la entrada se movieron enfocándonos y la puerta se abrió sin llegar a llamar al timbre.

—Adelante, Lion, esta es tu casa —masculló Anita, agarrándose de mi brazo—. ¿A que es bonita? —No respondí—. ¿Qué te pasa? ¿Estás encachimbado[25]?

—¿Qué quieres, Anita? —Ella me sonrió curvando sus labios rojos.

—Ya te lo he dicho. Que chimemos[26], ese es tu trabajo, *tronero*.

Acababa de llamarme puto y seguía con la intención de follar. O eso decía, no era estúpido, Anita tramaba algo, estaba seguro.

Su mano de uñas afiladas descendió hasta mi bragueta y apretó con saña.

Yo le aparté la mano como acto reflejo, y escuché el característico sonido de varias armas colocando una bala en la recámara, ninguna llevaba el seguro puesto.

—Tranquilos —murmuró Anita—. No hace falta que se pongan vivos[27]. Lion y yo somos viejos amigos y solo estábamos bromeando. No sería tan cerote de querer contrariarme en mi propia *chante*[28].

Anita se colgó de mi brazo y entró junto a mí mientras los hombres se mantenían alerta y no dejaban de observarnos.

—Ustedes, vayan a sus cuartos.

—Ay, Anita, no seas aguafiestas, nosotras también queremos gozarla… —rio Flor pizpireta.

—¡A sus cuartos! ¡Se acabó la diversión! Ya tuvieron suficiente, par de descaradas —rugió ella sin darles opción a contrariarla.

—¡Pues vaya con la vida loca! —masculló entre dientes Flor.

—Buenas noches —dijo Mercedes, manteniéndose más prudente.

—¿Tus hermanas están de visita?, ¿o viven aquí?

—Olvídate de ellas, ven conmigo, perro, entra ahí y desnúdate.

Habíamos cruzado el vestíbulo y nos acercábamos al salón.

—¿Bromeas?

—¿Me ves cara de chiste? Hazlo.

—¿Por qué?

—Porque puedo, porque quiero y porque me lo debes. —Arqueé las cejas—. ¿Qué? ¿Perdiste la memoria? ¿Quieres que te recuerde mi *chequeo*?

El *chequeo* era el ritual a través del cual se entraba en la mara SM-666.

—Lo elegiste tú, podrías haber escogido la golpiza.

—Sabes que para nosotras no es así. ¡Desnúdate o llamo a los seises!

Ese era el nombre que recibían los *homeboys* de nuestra mara.

—Después de todo, no creo que te cueste tanto cuando te vendes cada noche por un puñado de dólares.

Tensé la mandíbula. Dejé que sus manos hicieran caer las piezas de ropa hasta que nada cubrió mi piel morena.

Ella sonrió y dio una vuelta a mi alrededor, contemplándome sin pudor.

—¿Cuánto cobras? Siempre me hizo gracia esa frase.

Apreté los puños a los costados de mis muslos mientras oía pasos procedentes del pasillo.

Cuando él entró, y contemplé su rostro, la piel se me erizó por completo. Fue como si el tiempo se hubiera detenido y me mandara de una patada a El Salvador de nuevo, a aquella noche que lo cambiaría todo.

Julio César vestía una camisa blanca de algodón, desabotonada hasta el abdomen, mostrando toda la tinta que cubría su interior. Llevaba un pantalón de traje negro y zapatos Tom Ford.

Su mirada implacable había ganado dureza a lo largo de los años, su cuerpo era de una envergadura intimidante, el mismo que me había sumido en el placer más absoluto.

—Hola, mi amor —lo saludó Anita—, mira qué regalo te traje.

Ella se puso de puntillas y besó su boca. Julio no se había pronunciado todavía, tan solo me contemplaba inexpresivo, mientras mi corazón golpeaba de un modo absurdo.

—Estoy agotada, os dejo a solas, seguro que tenéis muchas cosas de las que hablar. Que te diviertas —musitó en su oreja lo suficientemente alto como para que yo lo oyera.

—Buenas noches, luz de mis días, te compensaré —le respondió él sin apartar la mirada de la mía.

—Lo sé, mañana pienso llevarte a que me compres un anillo de Cartier.

Anita se alejó de nosotros, como si no hubiese dejado a un hombre desnudo en mitad de su salón.

Julio avanzó y se dirigió a la licorera para llenarse una copa.

—¿Cuánto hace que no bebes un vaso de *atol* de maíz tostado? —preguntó.

Lo hizo con voz neutra, no parecía impactado al verme, sino como si lleváramos un fin de semana sin hacerlo.

—Desde que me fui —respondí con la garganta seca.

—Irte es una forma demasiado suave para determinar lo que hiciste. —Sirvió una segunda—. Este lo fabricamos nosotros, lo importamos a todo el mundo, es de la mejor calidad.

Caminó hasta mí con los dos tragos servidos y me ofreció uno de ellos.

Sus manos y sus antebrazos estaban tan cargados de tatuajes como el cuello o el pecho. ¿Seguiría llevando el nuestro? Expulsé el pensamiento de inmediato cuando lo noté vibrar de un modo inapropiado en mi espalda. Lo que una vez sentí por Julio César estaba muerto, igual que cuando yo fingí estarlo.

—No doy crédito de que estés aquí, en mi salón, la última vez que te vi, lo hice con los ojos cargados de lágrimas encima de un montón de huesos. Juré vengarme de todos aquellos que te habían hecho eso, y ya ves… —rio amargo—. Nuestra Patrona te ha devuelto a mi lado, la vida no deja de sorprenderme. —Seguí rígido sin saber qué decir o qué hacer—. ¿No te alegras de verme, o qué? ¿No quieres brindar con tu chero?

—¿De qué va esto, Julio? Si vas a matarme, no hace falta que lo alargues. —Él dejó ir una carcajada seca y chasqueó la lengua.

—Si te quisiera contando las estrellas, ni siquiera habrías puesto un pie en esta casa.

—¿Puedo vestirme?

—¿Para qué? Así te gustaba estar cuando estábamos juntos, intercambiando energía, fluyendo conmigo. ¿Lo recuerdas?

Me estremecí intentando que los recuerdos no afloraran, llevaba años intentando evitar pensar en él, desde aquella noche que lo cambió todo.

Julio César siempre sería mi primer amor; por mal que se pusieran las cosas, era una jodida ascua capaz de desatar el peor de los incendios.

—Antes era antes, y yo ya no soy el que una vez fui.

Volvió a reír.

—Eso es cierto, las cosas han cambiado, y nosotros ya no somos los mismos. Bebe —insistió, tendiéndome la copa, finalmente, acepté y la apuré de un solo trago. Necesitaba algo fuerte si quería templar los nervios.

En cuanto el licor recorrió mi garganta, un fogonazo fundió la capa helada con la que recubrí mis vivencias a su lado. La de veces que habíamos vaciado juntos botellas como aquella, desnudos, en mi cama, follando y sin follar, planeando una vida que nunca tendríamos porque yo me ocupé de acabar con todo, de arrasarlo. En sus ojos vi oscilar el mismo pensamiento, lo percibía, estaba ahí, conectándonos en mitad de una tormenta eléctrica.

El magnetismo de Julio siempre fue capaz de sacudirme. Cuando se pegó a mí y tiró de mi pelo, un jadeo brotó de mis labios.

—Lion, Lion, Lion… ¿Qué fue lo que hiciste? El mundo era nuestro. No está bien fingir tu propia muerte y huir de lo que tú mismo has construido.

—Sobreviví —respondí sin retirar mis pupilas de las suyas.

—¿A tu vida de mierda la llamas sobrevivir? Fíjate en todo esto —rotó mi cabeza—, podría

haber sido tuyo, nuestro, pero preferiste firmar tu sentencia de muerte, romper nuestro pacto y joderme de tantas maneras distintas que no habrá suficientes vidas que te puedan redimir.

—Mátame entonces —le ofrecí.

—¿Es lo que quieres? —Arrastró el cristal vacío por mi cuerpo, deslizándolo por mi abdomen hasta llegar al pubis.

Tragué con fuerza.

Ahí estaba su olor, su musculatura, aquella mirada incendiaria que tan loco me volvía. Mi polla reaccionó y él la acarició a través del vaso

—¿No es lo que terminará ocurriendo? En definitiva, todos acabaremos igual, ¿qué más da hacerlo antes o después? Hazlo de una vez si mi muerte nos deja en tablas.

—Es gracioso que digas algo así, porque no tienes ni idea de lo que pasé, ni del caos que sembraste. No quiero acabar contigo, Lion, quiero que *limpies la chaqueta*.

—¿Mi redención? —Reí al oír la expresión salvadoreña—. ¿Por qué ibas a querer eso?

—Porque me la debes. Además, ahora que has resucitado, tengo otros planes para ti, por muy *peseta*[29] que hayas sido.

—Julio, no lo entiendes, lo que ocurrió…

—Shhh. ¿Cómo dijiste? Ya no somos los que fuimos. Ven, quiero enseñarte algo.

Arrastró una silla y la plantó frente al televisor, soltándome el pelo.

—¿De qué va todo esto?

—No seas impaciente, siempre te gustaron las sorpresas, así que déjame que lo haga y te redima con tu ofrenda.

—¿Mi ofrenda es ver la tele? ¿Has fumado?

—Siempre adelantándote a las cosas y sacando tus propias conclusiones. Deberías recordar las normas, las hicimos juntos, aunque después de catorce años, puede que necesites que te las refresque.

Las recordaba, las tenía grabadas a fuego en la memoria.

—No voy a sentarme.

—Como quieras, aunque quizá después lamentes tu decisión.

Le ordenó al televisor que se encendiera por voz y la imagen que emergió en la pantalla me dejó sin aliento.

CAPÍTULO 20



JC

Allí estaban la mujer y las hijas de Lion, durmiendo plácidamente en sus camas, ajenas a que uno de mis hombres estaba en el interior de su piso grabándolas.

Había sido tan fácil entrar en él que, si me apeteciera, ya estarían nadando en sangre.

—¡Hijo de puta! —bramó Lionel, poniéndose en pie para enfrentarme.

Cuando Anita me dijo creer haberlo visto, al principio, pensé que se debía a una mera coincidencia, era imposible que se tratara de él. Lio llevaba muerto catorce años, era imposible que estuviera trabajando de estríper en el club al cual habían acudido mi mujer y sus dos hermanas, porque Flor se iba a casar y les apetecía una noche de chicas.

Ella siguió mandándome mensajes e insistiendo. Grabó parte del número de aquel hombre vestido de bombero y yo lo miré hipnotizado, con la esperanza y el desasosiego anudándose en mi pecho.

Pese a que aquel bailarín trabajaba con máscara, había algo familiar en él, eso no lo podía negar. Daba igual que hubieran pasado los años, que su cuerpo fuera mucho más ancho, los músculos más rígidos, o en el lugar que debería haber estado el tatuaje que nos hicimos juntos hubiera otro. Quizá lo cubriera a modo de parche. Una calavera en llamas era lo que ocupaba aquel espacio en el que debería estar el dibujo que él mismo realizó para nosotros, para nuestra mara.

Ahora que estaba desnudo, que lo tuve hacía unos minutos sentado en la silla para mostrarle a su mujer y a sus hijas, lo había visto, quiso eliminar todo el rastro de lo que una vez fuimos, de lo que significamos el uno para el otro.

Cuando le pregunté si lo seguía teniendo, lo hice con la intención de que confesara que no le había bastado con hacerse pasar por muerto, que tuvo que arrancarme tanto de su vida como de su piel, mientras que yo lo había estado extrañando en silencio sin poder llenar el hueco que dejó.

Catorce años sin verlo, catorce años creyendo que había fallecido pasto de las llamas después de joderla. Catorce años sin las dos personas más importantes de mi vida.

Si quisiera, podría matarlo, sacar la pistola o rodearle el cuello con las manos para hundir su tráquea bajo mis dedos. Ver su rostro alejándose de este mundo como tributo. Podría arrebatárselo todo, como él me lo arrebató a mí al abandonarme, o al causar la muerte de Wendy.

—Como las toques… —amenazó, empujándome con fuerza.

Su contacto me tensó por dentro. La de veces que había soñado con nuestros encuentros, casi lo santifiqué, y en ese instante me estaba haciendo descender a los infiernos. Estaba *enculado* de él hasta las trancas.

—¿Qué harás? Antes de que pudieras intentar algo en mi contra, estarías muerto, ambos lo sabemos —lo amenacé.

—¿Y no lo estoy ya?

—Ya te he dicho que no; si colaboras, esto no tiene por qué ser tu final, o el de esa bonita familia que te has creado a mi costa. —Cerró los ojos con fuerza. Sus motas doradas eran tan características, en el pasado me gustaba hacerlas brillar para mí.

El muy cerote ni siquiera se había cambiado de nombre, debió pensar que alejándose lo suficiente bastaría como para que no nos cruzáramos nunca más.

Me bastaron un par de llamadas a mi contacto de la policía para obtener sus datos, su dirección y entender que no solo él se libró del incendio. También lo hizo María. Lion llevaba ciento setenta meses, y quince días, riéndose de mí.

La ira y el deseo de hacerle pagar todo el sufrimiento que me generó me retorcieron las tripas.

—Pídele a tu hombre que salga del piso.

—¿Y qué me darás a cambio?

—Lo que quieras.

—Lo que quiera… —chasqueé la lengua. Eso era imposible. No podía dar marcha atrás en el tiempo y borrar de un plumazo todo lo que ocurrió.

—¡Sí! ¡Joder! ¡Lo que quieras! Pero ¡déjalas!

—¿Tanto las amas?

Que las hubiera preferido antes que a mí escocía, me hería profundamente, me hacía sangrar por dentro.

—¡Son mi familia!

—Yo también lo fui, y mira lo que me hiciste. Y a Wendy… —Vi algo cercano a la vergüenza ondeando en sus ojos—. Podríamos haberlo tenido todo, los tres, y decidiste convertirte en un *peseta* a mis espaldas, me hiciste llorar a un traidor durante años.

—¡No podía quedarme! ¡Mi madre había muerto por mi culpa! Todo lo que representábamos la mató.

—No te equivoques, la mataron los de Barrio-18, y tú deberías haberte vengado. ¡Sabías lo que tenías que hacer, yo te apoyaba!

No podíamos dejar de gritarnos. El pecho de Lionel subía y bajaba tan rápido como el mío. Quería joderlo de tantas maneras distintas que ni siquiera sabía por dónde empezar.

—Tu palabra vale más bien poco —escupí—, sobre todo, después de lo que hiciste.

Las contradicciones me sacudían por dentro. Lo tenía en la palma de la mano, podía estrujarlo hasta dejarlo sin aliento. Podía acabar con una simple orden con su familia, incluso con él.

—¿Qué quieres de mí? —insistió.

Quería volver atrás en el tiempo, quería que aquella semana en la que todo cambió se evaporara, quería la vida que nos prometimos. Él, Anita, Wendy y yo. Tenía que *darle corte*[30], uno ejemplar.

—De momento, que me sigas; si haces todo lo que te pido, ellas vivirán.

Por lo menos esta noche.

Ya no éramos unos pinchos[31], sino hombres, y Lionel debía cumplir.

CAPÍTULO 21



Ray

Fuera del caso y relegado a trabajo de oficina hasta nuevo aviso. ¿Te lo puedes creer?

Solo tenía ganas de patear cosas, aunque con el estado de mi cuerpo, la cosa no estaba como para hacer grandes esfuerzos, o terminaría desmenuzándome como una galleta.

Al director Price le importó poco o nada que los de la SM-666 no me estuvieran persiguiendo. Entendía su razonamiento de que me pillaran en plena persecución y que vieran mi cara no había sido algo positivo, sin embargo, tampoco tan negativo como para tener que hacerme a un lado.

Apenas pude dormir pensando en Lionel, en lo que le podría haber ocurrido, así que dejé a Raven durmiendo en el sofá cama y me largué antes de que amaneciera para llegar a primera hora a la oficina. Me lie con el tema de los retratos robot, y cuando Price llegó, me hizo pasar a su despacho, junto con un par de cafés de máquina, para darme la noticia.

Puse el grito en el cielo, para qué te voy a mentir.

—No puede hacerme eso, señor, ¡soy el mejor agente de campo que tiene!

—Nadie cuestiona eso, es por tu seguridad y por no poner en peligro nuestros avances.

—¿Avances? Si no fuera por mí, ni siquiera tendríamos la opción de estar en el equipo de bolos. Lionel Torres no es el tipo más amistoso del planeta que digamos. Si me aparta, no tendrá a otro agente que pueda llegar a él.

Mi superior se pinzó los lagrimales.

—Eso también lo he sopesado, puede que lo más interesante ahora sea poner el foco en las mujeres. Quizá, si ponemos sus rostros en el programa de reconocimiento facial, podamos hallar coincidencias con las cámaras de la ciudad.

—El departamento correspondiente ya está con ello, señor, pero déjeme que le diga que eso sería un error.

—¿Y eso por qué?

—Pues porque todos sabemos el papel de las mujeres en las maras, lo más interesante es

ganarse la confianza de Torres y que él me lleve hasta Muerte.

—¡Jefe! —interrumpió uno de mis compañeros del ICE entrando en el despacho sin llamar.

—¿Qué ocurre?

—Hay un incendio.

—¿En el edificio? ¡Pues evacuemos!

Mi jefe se puso en pie de inmediato, agarró el cactus que tenía al lado de la pantalla y la foto de su familia. Dicen que cuando se desata un incendio, siempre coges lo más valioso para ti, en el caso del director, una planta pinchona y un marco de fotos.

Yo iría a por mi colección de gafas, seguro.

—¡No es aquí! —exclamó Somers.

Tanto el director como yo nos miramos sin comprender nada.

—Lo que arde es el piso de Lionel Torres, el hombre que me dijo que vigilara.

Noté un estallido en el interior de mi pecho. En primer lugar, porque el piso de Leo estaba ardiendo, y en segundo, porque Somers no estaba custodiando nada, que yo supiera, a no ser que le hubiera dado mi puto caso a aquel cantamañanas, recién salido del cascarón.

Necesitaba ordenar mis pensamientos por prioridades. Tragué el nudo que se me había formado en la garganta y fijé mi atención en él.

—¿Está Torres dentro? —pregunté acelerado.

—No-no lo sabemos, solo que el incendio parece haberse iniciado en su piso, los bomberos están intentando sofocar el fuego que ahora mismo está descontrolado.

Eso no sonaba bien.

—¿Y su mujer? ¿Y sus hijas? —insistí, poniéndome en pie.

—Ni-ni idea… —tartamudeó.

—Pero ¡¿tú sabes algo?! ¿Y a este tío pretende darle mi caso? ¡Ja! ¡Y una mierda!

—¡Wright! —vociferó mi superior al verme avanzar hacia la puerta sin reparos—. ¡¿Dónde va?!

—Donde debería estar, y no convirtiéndome en su maldita secretaria.

—¡Está fuera del caso! —rugió mientras me alejaba sin mirar atrás.

—¡No lo estoy! —bramé camino de las escaleras. No iba a perder el tiempo esperando al ascensor. Me monté en la moto y di gas cagando hostias.

El tráfico era demasiado denso, no era buena hora para conducir por Nueva York, demasiada gente yendo hacia el trabajo. No me quedó más remedio que cometer unas ciento cincuenta imprudencias e infracciones. No respeté ni una sola señal de tráfico. Rayé alguna que otra carrocería y me excedí en el límite de velocidad hasta alcanzar la de la luz.

Batí mi propia marca aterrizando en Queens en menos de quince minutos.

Se me salía el corazón por la boca al contemplar la escena dantesca que se formulaba frente a mis ojos.

Las intensas llamaradas consumían gran parte del edificio, sobre todo, los pisos superiores. Los bomberos estaban haciendo todo lo posible para sofocarlo, mientras la gente se arremolinaba alrededor de aquella masa ardiente, atraída por el calor y la desgracia ajena.

Me puse de puntillas y busqué entre el gentío a Torres o a su familia. Varias unidades estaban intentando lidiar con la catástrofe, mientras que las ambulancias atendían a las víctimas.

Me metí en esa zona intentando dar con ellos. Muchas personas estaban atendidas por quemaduras de diversos grados o por ataques de ansiedad.

—Disculpe, ¿ha atendido a María Torres? —pregunté a uno de los sanitarios que le estaba poniendo un apósito a una mujer.

—No, lo lamento.

—Y, ¿ha visto por aquí una mujer con tres niñas, una de ellas un bebé?

—No tengo ni idea, señor, ¿es su mujer?

—Es la mujer de mi amigo y compañero de trabajo. Lionel Torres, ¿lo ha visto? Vive en el piso donde se ha originado el incendio. —Esperaba que Somers no se hubiera equivocado con eso.

—Lo lamento, señor, yo solo estoy atendiendo. A algunas personas se las ha llevado la ambulancia.

—¿Y usted? —inquirí esperanzado a la mujer. Ella negó.

—Lo siento, esto es muy grande. Hay muchos apartamentos. —Asentí.

—Gracias.

Recorrí el resto de ambulancias sin éxito alguno.

Uno de los bomberos exigió nervioso que nos fuéramos hacia atrás.

—¡Rápido! ¡Va a estallar! —vociferó.

Casi todos corrimos envueltos en una maraña de desesperación, y la deflagración no se hizo esperar.

Un montón de cristales sobrevolaron nuestras cabezas. Los chillidos, el olor a quemado, la tensión y el calor extremo nos envolvieron en una gran masa de ceniza, incertidumbre y miedo.

El llanto de los niños intentaba ser calmado por las palabras de aliento de sus padres. El edificio era grande, de ladrillo rojo y repleto de familias.

—¡¿Qué hace ese loco?! ¡Que alguien lo frene! —escuché a otro de los bomberos.

Alcé la cabeza por instinto y lo vi. Corriendo hacia aquella trampa mortal estaba Lionel. Reconocí la ropa que había llevado la noche anterior, lo que significaba que acababa de llegar a su piso para toparse con aquella desgracia.

¡Mierda!

—¡Enfocad las mangueras! —bramó el hombre que advirtió sobre el estallido.

Debía actuar. No podía dejar que se internara ahí por muy exbombero que fuera, no llevaba el traje, ni nada que lo aislara del fuego; si entraba, era la crónica de una muerte anunciada.

Su desesperación por entrar solo podía significar una cosa. Que su familia estaba dentro, o eso pensaba. Dudaba que se hubiera detenido a preguntar.

Corrí como alma que lleva el diablo en pos de él. Me salté el cordón policial. Un agente me dio el alto e intentó perseguirme, pero se detuvo al ver que no tenía nada que hacer y que yo estaba entrando. La adrenalina fluía con tanta furia por mis venas que nada ni nadie podría alejarme de mi objetivo.

—¡Enfocad! ¡Enfocad! —seguían bramando a mis espaldas, envolviéndome en una nube de agua espolvoreada.

—¡El edificio no va a aguantar! —gritó otro de la misma unidad—. Va a venirse abajo.

Eso significaba que tenía que acelerar todavía más.

Los pulmones me ardieron cuando me vi en el *hall*. La condensación de CO2 me hizo toser como un loco, apenas se veía nada. El humo era demasiado denso como para ver con claridad.

—¡Leo! —grité en dirección a las escaleras. Todo el mundo sabía que un ascensor en un edificio en llamas era un peligro mortal. Lionel nunca lo usaría.

Me cubrí la nariz e intenté no tocar nada. El metal era un gran conductor del calor, por lo que no era de lo más interesante agarrarse a la barandilla de hierro forjado.

Los ojos me lagrimeaban.

—¡Lionel! —intenté de nuevo.

El edificio crujía a cada paso que daba y el calor se volvía más insoportable.

Un fuerte estruendo seguido de un quejido me hizo alzar la cabeza, una parte se había venido abajo, justo como había augurado el bombero. El edificio estaba a punto de colapsar y mis pulmones también.

Subí los peldaños de tres en tres, y lo vi, atrapado bajo unos cascotes que intentaba remover sin mucho éxito. Tenía el ritmo cardíaco a mil. Me puse de cuclillas, a su lado, e intenté hacer fuerza para apartar aquello que mantenía atrapada su pierna.

—¡¿Qué cojones haces aquí?! —escupió.

—Yo también te quiero —respondí sobresforzándome. Aparté la mayor parte de los escombros de la pared que se había vencido, y entonces lo vi, lo que lo mantenía inmóvil era una viga que ardía.

¡Puto calor!

—Si la tocas, ¡te abrasarás los dedos! —gruñó.

—Y si no la toco, te quedarás sin huevos, sin pelo y sin darme las gracias por haberte salvado el cuello.

Me quité la chaqueta de cuero para utilizarla. Era lo suficientemente gruesa como para no quemarme durante unos segundos, me daba igual si se echaban a perder los dos mil dólares que me costó si le salvaba la vida.

—Cuando empuje, sacas la pierna —lo insté.

—Pesa demasiado.

—Tengo mucha fuerza, aunque no lo creas. —Leo resopló—. ¡Deja de protestar y colabora! ¡El edificio va a derrumbarse!

—¡Tengo que sacar a mi familia! —espetó.

—Sabes tan bien como yo que si siguieran ahí arriba, ya no estarían vivas. —Lionel negó, no quería escucharme, solo ir a por ellas.

—¡Déjame aquí! ¡Ve a por ellas!

—No seas idiota. Los bomberos han evacuado a casi todo el mundo. Los más afectados ya están en el hospital. Seguro que María y las niñas ya están allí —tosí contra mi antebrazo.

—¿Y si no lo están? ¿Y si no las han sacado? —preguntó con pavor. En su situación, yo estaría igual, necesitaba mantener la calma para serenarlo.

—Lo estarán. Confía en mí, uno de los bomberos dijo que las plantas altas estaban despejadas. —Lionel asintió.

—¿Qué cojones haces aquí? Y no me digas que vives en el mismo barrio.

—Vi el incendio por la tele y me acerqué para echar una mano, fue casualidad que te viera correr hacia este infierno, así que la respuesta correcta sería que he entrado a por ti y no voy a salir solo.

Los dos tosimos y nos miramos con los ojos arrasados por el humo. No podía perder más tiempo.

—¿Preparado?

—Sí —asintió sin abandonar mi mirada—. Haz que te deba una.

Tenía la cara llena de hollín, sudor y determinación. Nunca lo había visto más guapo y vulnerable.

Sabía que no era momento de pensar esas cosas, ni en lo que me hacía sentir, sin embargo, no podía evitarlo.

Coloqué de una vez mi chaqueta. Contaba con unos pocos segundos y mis fuerzas estaban algo mermadas por el accidente, no obstante, no lo iba a dejar tirado.

—Vamos allá. A la de tres, cuenta conmigo —le advertí—. Una, dos…
¡Boom!

CAPÍTULO 22



Ray

Abrí los ojos con pesadez y giré el rostro; primero a la derecha y después a la izquierda. No sé qué esperaba encontrar, pero desde luego que no a mi jefe. No me refería al director Price, sino a Jordan, quien estaba sentado en una silla, al lado de Raven.

No tenía idea de cómo había terminado allí, lo último que recordaba era estar intentando liberar a Lionel, y al segundo, un fuerte estruendo que me bajó los plomos.

«Lionel».

Miré hacia la cama de al lado, donde no había nadie.

—¿Qué ha pasado? —pregunté con la voz pastosa. Mi cabeza estaba embotada y un dolor sordo se había instalado en la base de mi cráneo.

—Pues que debes haber desayunado kryptonita, mientras sufrías un estado de enajenación mental transitoria que te hizo creer que eras Superman —comentó irónico—. ¡¿En qué mierda estabas pensando para meterte en un puto incendio?! —ladró mi mejor amigo, y Jordan se mantenía al margen, en silencio y de brazos cruzados.

—Deja que piense… ¿En alitas a la barbacoa? —respondí.

—De todas las estupideces que has cometido a lo largo de tu vida, con esta te has coronado. ¡¿Eres consciente de que has estado a punto de morir?!

«¿Y tú de lo que acabas de decir delante de Jordan, que se suponía que no nos conocíamos antes de que yo entrara en el club y pareces mi madre?».

Apreté los labios y miré al *boss* de soslayo. Raven debió captar la indirecta, porque me dio la explicación que necesitaba.

—Se lo he contado, que tú y yo nos conocemos desde niños, pero que no querías que intercediera por ti, que querías entrar en el club sin ningún tipo de enchufe.

—Siento haber mentido, Jordan.

—No mentiste, nadie te preguntó si conocías a alguno de los trabajadores, y dice mucho de ti que no quisieras que nadie interfiriera en tu elección. —Asentí.

—¿Estáis aquí porque os llamaron? ¿D-dónde está Leo? —cuestioné con miedo de lo que pudieran decirme. Era un sospechoso, no debería estar tan preocupado por él, pero lo estaba, obviarlo no haría que el sentimiento se esfumara.

—En la mesa de operaciones —respondió mi jefe.

—Menos mal que los excompañeros de Leo se presentaron en el incendio porque reconocieron el edificio en las noticias. Fueron tan camicaces como vosotros, porque os vieron entrar de lejos mientras uno de los bomberos que intentaba sofocar el incendio decía que dos locos se habían metido en el edificio. Si no fuera por ellos, estaríais muertos. Hubo una explosión que os dejó sepultados bajo un montón de escombros. Tuvisteis suerte de su eficiencia y coraje.

—Entonces…, Leo está vivo, ¿verdad?

—Sí, lo están operando, tiene una pierna fracturada. Tu flor en el culo te salvó, solo te llevaste un buen surtido de cascotazos, uno golpeó tu cabeza de chorlito, perdiste el conocimiento, por eso no recuerdas nada. Te han puesto algunos puntos. Los chicos te sacaron en brazos y esta es tu *suite* nupcial. Están en la sala de espera aguardando a que saquen a Lionel de quirófano.

—¿Y la mujer y las hijas de Leo?

Jordan, que se había mantenido en un segundo plano, tomó la palabra.

—Las niñas están en el hospital, ingresadas en pediatría por inhalación de humo, la que más cuidados está necesitando es la bebé, aunque está estable.

—¿Y María? —insistí.

—No se sabe nada de ella. Pregunté en recepción, lo único que supieron decirme es que, tras pedirle a su hija mayor que se llevara a las niñas fuera del edificio, volvió a entrar en el piso a por la insulina de Elena. Hace unos meses le detectaron que tenía diabetes al sufrir un episodio que la dejó convulsionando.

—¿Entró a por la insulina? —pregunté lívido.

—La economía de Leo es bastante compleja, y al precio que está la medicación… Imagino que María no quiso dejarla allí.

¿Podría haber muerto María intentando ir en busca del medicamento para su hija?

—Sé que estás pensando en lo peor, porque yo también me lo he planteado, pero quizá esté inconsciente en otro de los hospitales a los que derivaron a los afectados más graves. Los bomberos sacaron a mucha gente con pérdida de consciencia y quemaduras de distintos grados —masculló Jordan.

Tenía que llamar a Price, averiguar si María estaba en otra clínica, como apuntaba Jordan.

—Voy a por un café, ¿os traigo algo?

Yo negué y Raven hizo lo mismo, en cuanto el *boss* salió por la puerta, me dirigí a mi mejor amigo.

—¡¿Qué hace él aquí?!

—Preguntó el tío con el que pasé la noche y que cuando abrí los ojos ya no estaba.

—No pensaba que tuviéramos ese tipo de relación, creí que anoche te quedó claro que cada uno tenía que seguir con su vida, sin ataduras —agité las cejas y Raven resopló.

—Muy gracioso. Para tu información, estaba en el gimnasio con Jordan, calentando antes de subir al *ring*. Un tío estaba mirando la tele en la que está puesto el canal 24h y…

—Para que luego digan que ver televisión no te pone en forma —comenté jocoso.

—¿Quieres que te lo cuente, o no?

—Vale —murmuré, arrugando la nariz al sobrevenirme otra punzada de dolor—. ¿Qué pasó?

—Pues que os vimos, el cámara que estaba retransmitiendo el incendio en directo enfocó a los dos putos camicaces que entraban en el coloso en llamas. Una cosa es que seas un agente infiltrado del HSI y otra que te creas Charmander. ¿En qué momento creíste que las llamas no iban a afectarte?

Solo a Raven se le ocurriría compararme con un Pokemon de fuego.

—Ya me conoces, soy un tío ardiente, forjado en fuego.

—Tú lo que eres es un descerebrado.

—No podía dejar a Lionel ahí dentro. Además, tú no eres el más indicado para hablar, te recuerdo que has estado viviendo durante años en un nido de víboras, narcotraficantes y asesinos. —Raven siguió con las pupilas ancladas en las mías. Su cara de malas pulgas no se había relajado ni un poco—. Asumo que fue una temeridad, pero estamos vivos, eso es lo que cuenta. —Mi mejor amigo resopló—. ¿Estuviste llamando a todos los hospitales para dar conmigo?

—No, eso fue gracias a que me tienes como primer contacto en el móvil, ya sabes, la doble A. Jordan no quiso dejarme solo, además, estaba preocupado por vosotros.

—¿Y qué piensa de todo esto? ¿Has hablado con él?

—Más o menos, como comprenderás, no íbamos a estar en silencio.

—¿Y bien?

—Cree que estáis liados.

—¡No jodas! ¿Así te lo ha dicho?

—No exactamente, lanzó un comentario al aire, algo así como que el amor te hace cometer los actos más estúpidos y más valientes.

—Quizá lo dijera por Leo. Porque entró a por su familia.

—Puede, aunque a mí no me dio esa sensación.

—Ray, ¿estás bien?

Dakota abrió la puerta con los ojos verdes cargados de preocupación. Le dediqué una sonrisa amable y ella se acercó a la cama para cogerme de las manos con los ojos brillantes.

—¿Ha sido este capullo el que ha preocupado a mi chica? —pregunté en tono de broma, cabeceando hacia Raven.

—¿Qué querías que le dijera si cuando me ha llamado estaba en el hospital?

—Pues que te estaban haciendo un tacto rectal.

—Entonces, ¿estás bien? —Dakota me acarició la piel de las manos.

—Había pedido una cama *king size* con vistas al mar, pero no les quedaba la *suite* presidencial, y me han dicho que la calidad de la comida es bastante mejorable. Pienso ponerles una crítica constructiva en TripAdvisor cuando haga el *check out*.

Dakota rio, y yo me sentí aliviado de conseguir que su expresión preocupada mutara a una más liviana. Sus tripas sonaron y Dakota se mordió el labio.

—Tu chica tiene hambre, deberías llevarla a comer algo.

—Eso parece. ¿Estarás bien?

—Claro, tengo un botón rojo para llamar al servicio de habitaciones.

—Pues me llevo a mi chica para alimentarla.

—Así me gusta, hombre de las cavernas.

—Verás como saque el garrote lo que te pasa.

—Lo que deberías es calmar a Jordan, que de un plumazo se ha quedado sin dos de sus pecados.

—Es consciente de ello. Te vemos luego.

—Sed buenos y no caigáis en la lujuria, a la gente no suele gustarle encontrar vello púbico en

la comida de la cafetería.

Dakota rio, y Raven me hizo una peineta.

Alargué el brazo y cogí el móvil. Llamar al director Price era una emergencia, necesitaba dar con María y entender qué había ocurrido en el edificio.

Era muy extraño que se incendiara justo el piso de Leo. ¿Y si había sido provocado por los miembros de Barrio-18?

La SM-666 hizo mucho daño tanto a los MS-13 como a los Barrio-18, los mareros de la Santa Muerte les habían quitado una buena parte del negocio y del territorio, además del golpe que les dio el presidente Bukele en El Salvador. Quizá había sido una llamada de atención, o puede que se tratara de uno de los ritos de iniciación de otra mara emergente.

Cuando un pandillero deseaba entrar en una pandilla, además de recibir una paliza, o en el caso de las mujeres, una violación grupal, se les pedía que entregaran una vida a cambio del integrante de una banda rival.

Si el muerto era uno de los líderes, o la familia de este, el prestigio era mayor, porque se suponía que eso implicaba mayor coraje y peligrosidad.

—¡¿Dónde cojones estás, Wright?! —respondió la gruesa voz al otro lado de la línea.

—Jefe, tenemos que hablar.

CAPÍTULO 23



Leo

—¡He dicho que quiero ver a mis hijas y a mi mujer! —rugí desencajado hacia la enfermera que me observaba con la expresión cargada de intransigencia.

—Como ya le dije, señor Torres, en su estado es imposible que lo suba a otra planta para verlas, acaba de despertarse hace media hora de una operación, y el doctor Forest ha dicho que debe estar inmovilizado. Cuando sus hijas estén mejor, yo misma las acompañaré para que lo visiten.

—¡Daisy necesita estar conmigo o con su madre! —Su paciencia estaba al límite, y la mía también.

—Su hija pequeña está requiriendo algunos cuidados extra, inhaló mucho humo y sus pulmones son muy pequeños, aun así, como le he comentado antes, está fuera de peligro.

—¿Y mi mujer?

—Su mujer no está en este hospital, estamos haciendo todo lo posible para localizarla cuanto antes; en cuanto sepamos su ubicación, le avisaremos. Es imprescindible que se mantenga en calma para recuperarse lo antes posible.

«¡¿Calma?!», esa mujer no tenía ni idea de lo que me estaba pidiendo. No sabía el giro que había dado mi vida en las últimas horas, ni de la ceremonia de redención a la que me sometí en manos de JC.

—Por cierto, en su analítica, se detectaron restos de droga, por su bien, espero que su mujer esté limpia, o nos veremos en la obligación de llamar a Servicios Sociales. Buenas tardes.

Se despidió de mí dejándome mucho peor que antes.

—¡Joder! —bramé.

Lo que menos necesitaba era que los de Servicios Sociales metieran mierda.

«¿Dónde estás, María?», gruñí para mis adentros.

Me daba miedo que se la hubieran llevado, sabía cómo se las gastaban demasiado bien, yo se la arrebaté hacía catorce años y ahora lo estaba haciendo él. Tenía un pálpito, dudaba que mi mujer estuviera en otro hospital.

Ella fue mi tributo y la jodí a base de bien, tanto que la noche anterior tuve que enfrentarme a la ceremonia.

Apreté los puños y cerré los ojos, sentí náuseas al recordar el pentagrama pintado en el suelo, las velas negras prendidas alrededor de una estancia con pinturas de la Santa Muerte y Satán decorando las paredes.

JC me puso en el interior del símbolo, sobre las tres calaveras dibujadas en el suelo y las siglas de la mara. El mismo dibujo que yo realicé para que nos identificaran, el que lucí durante un tiempo en mi piel y que me vi con la necesidad de sustituir.

En ningún momento me planteé negarme a lo que me pudiera ocurrir, la vida de mi familia estaba en juego. Debía claudicar ante él.

Hizo que me arrodillara mientras llamaba a los hombres para que fueran entrando en la estancia.

Se puso en la misma posición que yo y se prendió un cigarrillo, el que usaba en los rituales, una mezcla de tabaco y sustancias estupefacientes.

Yo debía permanecer con la boca abierta y aspirar el humo que él me volcaba, del interior de sus labios a los míos.

Los hombres hacían algo muy parecido, todos fumaban para entrar en trance y abrirse a Nuestra Señora. Ella sería quien dictara sentencia por boca de Julio.

No era la primera vez que fumaba aquella mezcla, aunque lo hice en otras circunstancias mucho más placenteras.

Cuando Julio César dio la última calada, se puso en pie y dedicó unas palabras a todos los allí presentes, cuyos torsos estaban desnudos y mostraban sus tatuajes. Nos recordó lo que suponía ser miembro de la SM-666, sus principios, su base y su nacimiento.

Los hombres aguardaban expectantes sobre la voluntad de Nuestra Señora, la nube de fervor y embriaguez los hacía asentir tomando la palabra de el *big*. —Tal y como llamaban al jefe.

Invitó a sus hombres a ponerse en pie y *darme corte* mediante una *talegada*, una paliza grupal que duraría entre trece y catorce segundos, igual que la que sufría cualquier *homeboy* que quisiera entrar en la pandilla.

Los hombres reían, gruñían mientras vapuleaban mi cuerpo entre crujidos y chasquidos. El dolor era una bruma debida al opio; si no estuviera drogado, se sentiría mucho peor.

Cuando terminó el tiempo, apoyó mi cuerpo contra el suelo, separó mis nalgas y concluyó el rito poniéndome en mi lugar, con la peor ofensa que podía recibir un hombre, el peor de los castigos, el más vergonzante.

Julio se puso detrás de mí y me penetró con una estocada severa que me hizo rugir.

—Ruge para tus hermanos, Lion, paga el precio de la traición. —Esas fueron sus palabras.

No se trataba de un acto sexual, para ninguno de los dos.

Ese pago era el último tributo, no había castigo mayor, era eso, o la muerte, y me había dicho

que no quería matarme.

Conocía las normas, Julio César y yo plasmamos las leyes sobre papel. No me sentía orgulloso de ellas, pero en aquel entonces estaba envuelto por las circunstancias, por mi deseo de pertenencia, de un futuro junto al que creía el amor de mi vida, en mitad de un temporal de violencia que nos arrullaba a diario.

El sexo entre hombres solo se daba en situaciones de castigo, se trataba de demostrar a los demás miembros del grupo mi sumisión y arrepentimiento, asumiendo que Julio estaba por encima de mí. Ya no éramos iguales, no quedaba nada de lo que una vez fuimos.

El tiempo y el espacio se fundieron en uno, mientras la canción de *La vida loca* sonaba para recordarme lo que fue pertenecer a su mundo.

Entré en una especie de trance del que me costó volver. No recuerdo lo que ocurrió después, ni siquiera cuándo me quedé dormido. Al despertar, estaba solo. Tenía la ropa amontonada a los pies y la estancia olía a cera quemada y hierba.

Me puse en pie, me dolía todo el cuerpo. Quizá tuviera alguna costilla fisurada, no estaba seguro.

«María, las niñas, ¿cuánto tiempo he dormido?».

Controlé la fuerte náusea que me sobrevino. En lo único que podía pensar era en que mi familia estuviera bien, que no les hubiera pasado nada. Lo que había sucedido en el interior de aquel cuarto era secundario, sabía que si alguna vez daban conmigo, las represalias no iban a ser una palmadita en la espalda, era consciente de ello y llevaba años preparándome por si ocurría. Podría haber sido mucho peor que una paliza y que mi examante me diera por el culo delante de sus acólitos para dar su ejemplo de supremacía y justicia.

Quizá debiera sentirme peor por ello, y no lo hacía porque, en cierto modo, pensaba que se la debía por lo que le hice. Además, mi mente estaba focalizada en otra parte.

Necesitaba salir de allí y asegurarme de que mi familia estuviera bien, yo era lo de menos.

Emergí del sótano trastabillando. Anduve por los pasillos sin que nadie me detuviera o me impidiera salir. Al abrir la puerta principal, cerré los ojos por la fuerza del sol. Los hombres de Julio me recibieron con un simple buenos días, no sacaron sus armas, no me amenazaron y dijeron que volviera al interior, lo que significaba que debían haber recibido órdenes de que me dejaran pasar.

Llegué hasta la verja, había tres opciones; que me dispararan por la espalda, que tuviera un sistema electrificado a través del cual me frieran o que se abriera.

Noté el corazón rebotando en mi garganta al sentir el primer zumbido.

Una vibración me hizo dar un paso atrás. No me electrocuté, el cercado se abrió dándome paso y, una vez fuera, me alejé todo lo deprisa que pude para llamar a un Uber.

Tenía el estómago hecho trizas y ganas de desaparecer. No obstante, sabía que nunca más podría hacerlo, ya no, era imposible volver a librarme de lo que prometí ser.

Con la poca batería que me quedaba, hice el intento de llamar a María, pero se apagó antes incluso de dar señal. Era demasiado pedir que Julio me hubiera puesto a cargar el móvil mientras me aleccionaba.

Los tres años que viví en Soyapango, a su lado, junto a Wendy, pasaron por mi mente como una película. Wendy… ¿Qué le habría sucedido? Había un atasco tremendo.

El conductor protestó y preguntó por radio a uno de sus compañeros qué ocurría. Yo estaba de los nervios, agobiado por no saber si mis chicas estarían bien. Cuando el hombre al otro lado de la radio contestó que un incendio muy bestia tenía a la ciudad colapsada y nombró la calle de mi piso, sufrí un colapso; si el coche hubiera estado en marcha, habría saltado.

Fuego, mi calle, ¡mierda!

Le di un billete al conductor sin esperar que me devolviera el cambio y arranqué a correr ignorando las señales de dolor que envolvían mi cuerpo.

Julio iba a arrebatarme a mi familia del mismo modo en que yo le arrebaté la suya. Su hermana y yo éramos su todo, y me tocaba a mí sufrir lo mismo que él sufrió.

Entré con desesperación en el edificio, me salté a los bomberos, el cordón policial, subí las escaleras de tres en tres sin importarme el fuego, gritando el nombre de mi mujer y mis hijas, hasta que una pared se desplomó sobre mi pierna y lo siguiente que vi fue a…

CAPÍTULO 24



Leo

—¡Por fin! ¡Ya está aquí mi compi de cuarto!

La puerta acababa de abrirse y en el umbral estaba Dave, sentado en una silla de ruedas, con la cabeza envuelta en una venda elástica. Incluso con la cara amoratada cortaba el aliento.

«¡Lo guapo que sea debería importarme una mierda!», me reproché a mí mismo. Estaba cabreado por no centrarme en lo que importaba: encontrar a María debería ser mi prioridad, no fijarme en sus putos rasgos faciales.

—Dime que eres fruto de la anestesia y no estamos en la misma habitación —gruñí.

—Te lo diría, pero dicen que empezar una relación habitacional a base de mentiras no es positivo para los compañeros de cuarto. Empiezas por ahí y terminas acusando a Papá Noel de las salpicaduras del baño.

El celador que lo traía rio, y yo hice rodar los ojos.

—-¿Puedo pedir un cambio? Me da igual la habitación que sea, también me sirve el cuarto de los utensilios de limpieza, cualquier lugar que pueda ofrecerme lejos de él será un descanso, o mejor todavía, deme el alta, necesito largarme de aquí cuanto antes.

El celador aparcó a Dave al lado de mi cama, y el rubio se puso en pie.

—No puedo darte el alta porque no soy tu médico, además de que no puedes ir a ninguna parte, acabas de salir de una operación bastante peliaguda que va a requerir que estés de una

semana a diez días ingresado. Eso que ves ahí no es por gusto, te han puesto una placa y tornillos para soldarte la tibia.

—Cómo mola, Leo, ahora eres mitad biónico y recibirás unos buenos cacheos en el aeropuerto cuando alteres al detector de metales.

—Lamento decirte que es de titanio —le aclaró el celador—, esas no pitan.

—¿Y qué hay del cambio de habitación? —inquirí desesperado.

—Lo siento, estamos completos —proclamó, ganándose un bufido de mi parte—. Chicos, os dejo, que paséis una buena tarde, tengo que llevar al señor Mortimer a hacerle un TAC.

—¡Que te sea leve, Will! —lo despidió mi compañero.

—¿Te sabes el nombre del celador? —Dave me sonrió.

—Cuando pasas mucho tiempo en el hospital, aprendes que la gente suele tratarte mejor cuando te interesas por ellos, sabes su nombre e intentas hacerle el trabajo más fácil en lugar de protestar.

Recordé cuando el día de la bolera me confesó que tuvo leucemia y VIH de adolescente, me sentí mal, no tuvo que ser fácil para él.

—¿Fue muy duro?

—¿El qué?

—Tu tratamiento.

—No mucho más que un sobre entrenamiento en el gimnasio, ya me entiendes, uno de esos que te dejan en fallo muscular.

—Ya, seguro…

Me hundí un poco en la almohada y dejé salir un suspiro largo.

—¿Cómo estás? —se interesó. Su habitual tono bromista mutó a uno más prudente.

—Algo mareado todavía.

—No me refería a eso.

Nuestras miradas se encontraron y supe de inmediato a qué se refería.

—Jodido, no me dejan ver a mis hijas y no sé dónde está María. —Él asintió y se sentó a un lado de mi cama. No pidió permiso, tampoco es que lo fuera a empujar y tirarlo al suelo. El tío había demostrado tener un par de cojones entrando en un edificio en llamas para venir a por mí —. ¿Por qué entraste? —cuestioné, queriendo saber el motivo que lo llevó ahí dentro. Me ofreció una sonrisa suave.

—Actué por instinto, no podía dejarte solo.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco, mi mejor amigo dice que sufrí una enajenación mental transitoria y creí ser Charizard, es un Pokemon de fuego.

—Sé quién es Charizard —reí por lo bajo.

—¿En serio?

—Sí, según tú, ¿quién ganaría si se enfrentara contra Blaziken?

—A ver, Charizard es tipo fuego volador y Blaziken es tipo fuego lucha, según la wikia, el tipo volador vence al de lucha; en mi opinión, Chari gana a Blaz, aunque en la liga de Johto el de Ash perdiera contra un Blaziken.

—Pero en la liga de las islas Naranjas, si mal no recuerdo, luchó contra Dragonite y perdió. —Su expresión se iluminó, y yo fui incapaz de no sonreír.

—Joder, si va a resultar que tenemos algo en común.

—No te emociones —le advertí.

Mi vida era una auténtica pesadilla, pero ese cabrón desvergonzado me había hecho reír.

—No deberías haber entrado a por mí, no soy un buen tío.

—Yo tampoco me considero de lo mejor, pero no era plan de dejar a tus hijas huérfanas.

Se puso en pie y se dirigió a su mesilla para coger el móvil, ofreciéndome unas vistas inmejorables de la abertura trasera de la bata. Allí asomaba su espalda tonificada y aquel culo redondo.

Disimulé y fijé la vista en el techo. Regresó a mi lado para darle a la galería de fotos.

—Oye, paso de ver tus últimas vacaciones.

—Iba a enseñarte una fotopolla, pero acabo de darme cuenta de que ya la tienes muy vista.

«Mucho menos de lo que me gustaría», mordí mis palabras malhumorado.

—Anda, echa un vistazo, que esto te gustará, y no, no son mis pelotas.

Me pasó el teléfono, y cuando vi lo que trataba de mostrarme, abrí los ojos como platos.

—¡¿Cómo has conseguido esto?! —Eran fotos de mis hijas en el hospital.

Me emocioné al ver a Magaly, la mayor, jugando una partida de cartas con Elena. Ambas estaban en el mismo cuarto y parecían estar bien. La siguiente imagen era un vídeo, alguien las grababa para que me dijeran unas palabras. Magaly dijo que esperaba que la operación hubiera ido bien, y Elena que no me preocupara.

Me emocioné. Eran una parte fundamental en mi vida, lo había dado todo por ellas, por criarlas, porque estuvieran bien.

Mis ojos se humedecieron e intenté limpiarlos antes de que se me escurriera una lágrima. El siguiente vídeo era de Daisy, estaba conectada a un respirador, la enfermera que la atendía tenía una expresión muy dulce. También se dirigió a mí para tranquilizarme y decirme que estaba bien, en las mejores manos, y que solo le estaban dando una buena dosis de oxígeno para que se pudiera recuperar mejor.

No había más imágenes.

—Pero ¿cómo…? —pregunté con la voz temblorosa. Alcé la vista, y Dave se encogió de hombros.

—Imaginé que verlas te sentaría bien, así que tiré de encanto personal. Tus chicas son fuertes, tío, unas luchadoras como su padre.

Mi compañero me palmeó el brazo y yo puse la mano encima de la suya. Se quedó inmóvil, su sonrisa se disipó.

—Gracias —susurré con el calor de su piel inundando la mía.

—No he hecho nada que no hubiera deseado para mí, se llama empatía, no te emociones. —Me guiñó un ojo.

Y sabía que no tenía que hacerlo, que debería aferrarme a sus palabras y restarles importancia. No podía sentir nada hacia otro hombre, porque la única vez que ocurrió, me enamoré como un loco y fue mi ruina, y la de él.

No necesitaba más complicaciones, ni ahogar en mi mierda a nadie.

Tenía que apartarlo de mí, aunque fuera lo que menos me apeteciera en ese momento.

—Quiero dormir un rato —carraspeé, y rompí el contacto visual.

—Por supuesto, yo voy a echar un ojo al Tinder. Si cambio mi foto de perfil por una *sexy* de hospital, ¿piensas que podría encontrar a un tío como tú que me quisiera cuidar?

«De eso no me cabe duda».

—Yo a ti no te cuido ni aunque me pagues. —Cerré los ojos para no seguir deseando lo que no debía.

—Siempre me han puesto los cascarrabias. Descansa.

Como si eso fuera tan fácil sintiéndolo a mi lado.

CAPÍTULO 25



Ray, una semana después

—Yo puedo quedármelas.

Lo dije sin titubeos, ni siquiera me tembló la voz.

El médico y la enfermera de Leo me miraron, iban acompañados de la mujer de Servicios Sociales, que acababa de darle la noticia a mi compañero de que sus hijas irían a un centro de acogida para asignarlas a una o varias familias, hasta que todo se pusiera en su lugar y él demostrara que era capaz de cuidarlas y mantenerlas como correspondía.

María no había aparecido. Los trabajos de desescombro estaban siendo arduos porque el edificio era gigantesco y se vino literalmente abajo. Todavía no habían terminado. Había un total de tres desaparecidos, entre ellos, la mujer de Leo, y dado que los indicios de los primeros informes apuntaban a que alguien se había ocupado de verter líquido inflamable por todas partes, la temperatura alcanzada fue la de un maldito horno. Los bomberos y los de la científica dudaban que quedaran huesos. Por eso, la tarea de extinción se hizo casi imposible por mucho empeño que le pusieran.

Cada vez estaba más convencido de que se trataba de una venganza, de una mara rival de la SM-666. Si Lionel era uno de sus fundadores, no era de extrañar que alguien hubiera ido a por él y su familia mientras creía que dormían.

Los mareros, y los narcos en general, solían provocar ese tipo de incendios en los que identificar un cadáver era prácticamente imposible, así enviaban un mensaje alto y claro a quien correspondía, y en la mayoría de casos se libraban, a no ser que el cadáver contara con algún elemento que lo identificara y no fuera susceptible a perecer bajo las llamas. Como por ejemplo un tornillo con un número de serie de alguna operación, o algo similar.

Las circunstancias de Torres no eran buenas.

Su análisis confirmó un rotundo positivo en varias sustancias estupefacientes, además, no tenía hogar, necesitaría cuidados en los próximos meses y no podría trabajar. Si a ello le sumábamos que su mujer parecía haber fallecido en el incendio y que tenía tres niñas que cuidar,

era complejo.

Price se iba a cabrear muchísimo cuando le contara lo que había hecho, pero me daba lo mismo. Tener a mi objetivo y sus hijas en casa me acercaba todavía más a la SM-666. Si tenía una posibilidad de ganarme su total confianza, era esa, a través de sus hijas, además, no podía dejar a esas crías en manos de Servicios Sociales. Lo más probable era que las separaran y no todas las familias de acogida eran maravillosas y encantadoras, muchas solo lo hacían por el dinero, y en los días que habían estado pululando por la habitación, les cogí simpatía.

Me dieron el alta el día anterior, al constatar que mi cerebro ya no estaba inflamado. Y en ese momento había ido a retirarme los puntos, estaban curando bien.

A Lionel todavía le quedaban unos tres o cuatro días de ingreso, dependiendo de su evolución.

Si esperaba que Muerte o alguno de los mareros se pasara a visitar a Leo, me equivoqué. Los únicos que vinieron fueron sus excompañeros de brigada, quienes quisieron hacer una colecta para aliviar la factura del hospital.

Jordan y los chicos del SKS también se ofrecieron a colaborar, porque el seguro no lo cubría todo y los gastos eran como para no levantar cabeza.

Las niñas ya no podían seguir quedándose en pediatría, lo habían alargado al máximo con la esperanza de dar con María, pero no estaba en ningún otro centro hospitalario.

Necesitaban las camas, por lo que, dada la situación, Servicios Sociales había intervenido para proteger a las menores. En cuanto la señora Álvarez le anunció a Lionel que se las iban a llevar por su bienestar, no dudé en ofrecerme voluntario para la acogida.

—¿Usted? —Alzó las cejas contemplándome.

—Sí, yo, ¿qué ocurre? ¿No le sirvo? Tengo un piso, cobro lo suficiente como para ocuparme de ellas mientras Lionel se recupera y disponibilidad horaria. El señor Torres y yo vivimos en Queens, el suceso ya ha sido lo suficientemente traumático como para que las niñas queden desperdigadas por Manhattan, lejos de sus amigos, barrio o colegio. Los niños necesitan estabilidad, rutina, y yo estoy dispuesto a dársela.

—Esto es totalmente inusual —musitó la mujer sin dar crédito.

—¿Lo dice porque soy un hombre joven y soltero? —Obvié lo de guapo, porque dudaba que la hiciera reír.

—No, lo digo porque hay unos protocolos que seguir.

—¿Qué necesita saber de mí para que sea un candidato apto? Sea lo que sea, estoy dispuesto a dárselo.

La enfermera me sonrió, habíamos hecho buenas migas esa semana, además de con Will, el celador. Quien no abría boca era Lionel, parecía desbordado por la situación, las sábanas estaban echas un gurruño de tan fuerte que las apretaba. Tenía los nudillos blancos.

—¡No puede quitarme a mis hijas! —rugió, pillándonos a todos desprevenidos. El incendio no era nada comparado al calor que desprendía su mirada, y no era uno agradable.

—No se las estoy quitando, señor Torres, estoy protegiéndolas.

—¡¿De mí?! ¡Soy su padre!

—Uno que ha demostrado no estar en condiciones… —carraspeó la mujer.

—¡No tiene ni idea de lo que está diciendo! ¡Siempre he estado en condiciones para ellas!

—Ahora mismo, lo único que veo es un carácter violento —masculló entre dientes.

—¡¿Violento?! —Soltó una carcajada sin humor—. Usted no tiene ni idea de lo que es la violencia, pase un año en El Salvador y después me lo cuenta.

Su estado de irritabilidad profunda no ayudaba en nada.

—Shhh.

Intenté calmarlo agarrándolo del antebrazo para que se callara. Su actitud empeoraba las cosas.

—No pienso callarme, ya le dije al doctor Forest que no me drogo, estuve en una fiesta y tuvieron que meterme algo en la bebida. Me desperté desorientado.

—Ya, bueno, eso es lo que usted dice —rezongó la mujer.

Nunca había visto a Lionel pasado, jamás, lo que no quería decir que, como mi amigo Raven, tomara algo de vez en cuando. En las maras solía consumirse droga, sobre todo, cuando se reunían o hacían fiestas. Tal vez fuera lo que ocurrió, aunque entendía que Leo no fuera a confesárselo a la de Servicios Sociales.

—No tengo ninguna denuncia, ni antecedentes, mire mi ficha policial, ¡estoy limpio! ¡Tiene que creerme!

—Aunque lo creyera, señor Torres, ahora mismo no es capaz de hacerse cargo de su familia, las niñas necesitan un adulto responsable que les pueda ofrecer un techo, comida, cubrir sus primeras necesidades y llevarlas a la escuela. ¡Daisy es solo un bebé y está aprendiendo a dar sus primeros pasos! ¿Qué hará si se le cae con una pierna rota?

—Y ahí es donde entro yo —me sumé.

La mujer resopló exasperada.

—¿Ha cuidado alguna vez a tres menores, señor…?

—Dave.

—Dave —concluyó ella.

—A ver, a tres al mismo tiempo no, pero al señor Torres apenas le quedan unos días aquí dentro y podrá darme instrucciones. Él también se vendrá a vivir con nosotros.

—¿Cómo? —preguntó Lionel. Me limité a sonreírle y guiñarle un ojo.

—Señora Álvarez, ¿le importaría concederme unos minutos fuera, por favor?

La mujer emitió un largo suspiro y accedió, el doctor Forest nos siguió dejando a la enfermera con Leo, era el momento de su aseo.

—No voy a cambiar de opinión.

—Puede que sí, o puede que no.

—A ver, ¿qué tiene que decirme?

No parecía demasiado receptiva a mi candidatura, pero sabía qué teclas debía tocar para conseguirlo. Nunca obtendría los suficientes votos como para presidir la Casa Blanca, sin embargo, confiaba en poder convencer a aquella mujer para ocuparme de Lionel y sus hijas.

—Veamos. Comprendo que esté preocupada por las analíticas de mi amigo, pero le aseguro que fue algo puntual, como le ha aclarado Leo, no consume. La noche del incendio salió, sí, y puede que a usted le parezca poco responsable, pero tiene que pensar que es un hombre que se ha dedicado íntegramente a que a su familia no le falte de nada. Puede que vayan justos y que llegar a fin de mes sea un puzle difícil de armar, pero él consigue encajar todas las piezas por complicado que parezca.

»Es un padre y un marido ejemplar, y ahora mismo no tiene ni idea de si ha perdido a su mujer para siempre. No le he visto verter una sola lágrima, pero sí un montón de palabras reconfortantes a sus hijas. No puede arrebatárselas. ¡Entró en un edificio en llamas porque creía que ellas estaban ahí dentro, y lo hizo a pecho descubierto, sin protección!

—Lo que denota falta de control y no entender la magnitud del peligro.

—¡Lo que no podía era dejar que su familia se calcinara! ¿Tiene marido? ¿Tiene hijos? ¿Qué habría hecho en sus circunstancias? No puede culparlo por querer rescatarlas, ¡tiene alma de

bombero!

Su expresión denotaba que estaba en un debate interno, necesitaba seguir tanteándola.

—Escúcheme, señora Álvarez. Lionel y las chicas solo necesitan un lugar en el que estar a salvo, una persona que les eche una mano desinteresada con su economía. Somos un país que apoya a su comunidad, y yo quiero apoyarlos.

»Vivo solo, tengo ahorros, un buen sueldo y espacio suficiente para que estemos los cuatro. —Eso no era del todo cierto, pero si hiciera falta, podría llegar a plantearme un cambio de apartamento.

—No sé qué decir —comentó la mujer.

—Pues diga que sí —insistí. Ella y el doctor se miraron—. Rellenaré todo el papeleo necesario, soy el candidato ideal y no me dirá que, dada la delicada situación emocional que están atravesando las pequeñas, separarlas de su padre, de su entorno y su colegio, no sería más traumático todavía. Los tres sabemos que su madre no está viva, que falleció en el incendio cuando fue a por la insulina de Elena. Quizá quedó atrapada y ya no pudo salir. La hemos buscado en todos los hospitales y no está.

Estaba convencido de que había sido así, con la cantidad de líquido inflamable que había esparcido, habría sido un milagro que hubiera salido del edificio.

—Por favor, señora Álvarez, deje que los ayude.

—Bárbara —susurró el médico con familiaridad—, he visto con mis propios ojos la implicación de Dave con esa familia y esas niñas, estarán bien.

—¿Y si no? Sabes cómo funciona esto, Richard.

—Tú mejor que nadie sabes que las separarán, lo hemos hablado muchas veces, las familias de acogida no suelen tener espacio para tres a la vez, además, Elena es diabética, eso lo agrava todo, nos guste o no. Las familias no quieren niñas enfermas, y te recuerdo que su diabetes es del tipo uno. Ayúdalas, ponles las cosas fáciles, ya lo han pasado bastante mal. —Ella nos miró a uno y a otro, puse mi expresión de «soy tu mejor opción, y los sabes», y ella terminó alzando los brazos.

—Agrrr, ¡está bien! Pero iré a supervisarlas a su piso, y si detecto que en algún momento no están bien…

—¡Lo estarán! Se lo juro —admití lleno de felicidad.

—Más le vale.

—Gracias, doctor, le debo unas entradas para ver a los Yankees.

—Me conformo con que los Torres estén bien.

—Delo por hecho.

—Acompáñeme, Dave, necesito rellenar bastantes papeles y evaluar si es un candidato apto.

—Le garantizo que voy a sacar un diez.

—Eso ya lo veremos. Richard, me debes una.

—En casa puedes pedirme lo que quieras.

«¡¿Cómo?!».

—¿Es su mujer? —pregunté anonadado, y el doctor Forest me guiñó un ojo.

—No podía dejarla escapar después de que la vi actuar por primera vez, es la mejor en lo suyo, *sexy* e implacable. —Ella le sonrió coqueta.

—No digas esas cosas.

—Es la verdad, ahora voy a seguir con la ronda, portaos bien y… Dave.

—¿Sí, doctor?

—Lo harás genial.

CAPÍTULO 26



Leo, catorce años y once meses antes

Separé los labios y dejé que el humo que exhalaba Julio penetrara en mis pulmones, sorbiéndolo con avidez, maravillándome por el brillo de sus ojos oscuros enturbiados por la droga y el deseo.

Estábamos en su cuarto, de rodillas, el uno frente al otro, sobre un pentagrama trazado en tiza y mi dibujo en el centro. No me había quedado muy bien, no tanto como el que llevaba tatuado en la espalda, en el mismo lugar que Julio César y Wendy.

Cuando nos lo hicimos, sentí la conexión a través de la tinta, la marca colándose bajo mi piel y trazando un mapa de carreteras invisibles que nos llevarían del uno al otro para siempre.

A mí llegada a El Salvador, no entendía nada, aterricé perdido, no solo porque mi padre hubiera muerto y se hubiera ido un pilar fundamental de mi vida, sino porque todo mi mundo se había venido abajo. Mi madre no estaba en condiciones, Soyapango era un lugar hostil, los chicos del instituto se encargaban de hacerme entender, a diario, que nunca encajaría, que aquel no era mi lugar, y en lo único que yo podía pensar era en huir, en correr hacia delante sin mirar atrás.

Todo cambió con la llegada de Julio a mi vida, él lo hizo todo fácil. Me protegió, me cuidó, me ayudó a entender los beneficios de pertenecer a una nueva familia cuyos lazos iban mucho

más allá de la sangre, y no se limitó a eso, quiso crear un entorno seguro para nosotros, uno en el que marcáramos las directrices.

Lo teníamos todo planeado, cuando tuviéramos el suficiente dinero, nos mudaríamos a una casa los cuatro. Anita, Wendy, él y yo. Ellas se encargarían de las *homegirls* y nosotros de los *homeboys*. Incluso creé un logo nuevo para las chicas del SM-666, uno que llevarían en el muslo para identificarlas, a Anita le pareció de lo más *sexy*.

Como era habitual, ellas estaban juntas, pintándose las uñas o maquillándose en casa de Anita, mientras que nosotros nos refugiábamos en el cuarto de Julio. A su padre lo habían metido en la cárcel y el ambiente estaba mucho más tranquilo.

Su madre se había ido a comprar y nosotros nos escondíamos de la vista del mundo para crear el nuestro. Uno en el que lo que compartíamos no estaba mal, porque, al ser los líderes, fundamentábamos los principios de la SM-666.

No había sacado el tema sobre permitir las relaciones entre personas del mismo sexo porque sabía que seguía siendo tabú, que no era algo que pudiéramos cambiar, la homofobia estaba demasiado arraigada en El Salvador, y mucho más en las maras. Por lo que Julio me entregó una solución en nuestro primer encuentro, entre nosotros estaba bien porque se trataba de compartir nuestro liderazgo, nuestra energía, un lugar en el que poder ser, en el que poder sentir y fluir a nuestro antojo.

Nadie tenía por qué saberlo, porque era cosa nuestra, nos pertenecía.

Lo miré con hambre, recorrí su piel, cada vez más tatuada, con avidez. Julio siempre conseguía mantenerme en ese estado de admiración y deseo. Su manera de concebir la vida era tan potente que era muy fácil dejarme llevar por él.

—Nos queda muy poco para nacer, Lion, para que la SM-666 sea una realidad. La nuestra, la que creamos.

—Lo sé —suspiré.

Su mano ascendió y acarició mi rostro, la piedra que habíamos fumado magnificaba todas las sensaciones. Mi cuerpo se erizó cuando su pulgar trazó el contorno de mi cara hasta el labio inferior.

—Tienes todo mi apoyo y el de Wendy, Lion, pero necesitas que los *homeboys* te sientan y te respeten, que te vean más allá que un Avatar.

—¿Un Avatar? —La imagen de un ser azul de dos metros emergió en mi mente.

—Un gringo dispuesto a salvarlos —aclaró.

No iba tan desencaminado.

—Yo no soy…

—Shhh —me silenció con un pico suave.

—Sé lo que tú sientes, tú sabes lo que yo y mi hermana pensamos al respecto, pero tienes que entender que el resto no te ve así, no todavía, y es por eso que he pensado que necesitas demostrarles lo que eres capaz de hacer por ellos. Una prueba, un tributo, necesitan ver con sus propios ojos que reniegas de tu sangre gringa, de tu padre militar, que eres uno de los nuestros y no un Avatar, que no vas a traicionarnos ni que llegas a nuestras tierras con la intención de salvarnos.

—Yo no quiero salvar a nadie, tú me salvaste.

Julio dio la última calada y la volcó en mi boca para después besarme. Me quedé suspendido en ella, lo necesitaba tanto; era mi mundo, era capaz de cualquier cosa por él.

—Nos salvamos mutuamente —agarró mi mano y la puso en su pecho mientras él ponía su palma en el mío.

Mi corazón latía con mucha fuerza, hubiera hecho cualquier cosa que me hubiera pedido.

—¿Confías en mí? —me preguntó.

—Ya sabes que sí.

—Voy a darte la llave para que puedas convertirte en quien quieres ser, van a aceptarte, van a seguirte, van a protegerte con sus vidas —murmuró mientras nuestras lenguas se enredaban y nuestros cuerpos se encontraban.

—¿Qué debo hacer?

CAPÍTULO 27



Ray

—Aquí no vamos a caber —rezongó Magaly de brazos cruzados, con una de sus cejas negras alzadas y pasando revista al piso con una intensidad que hubiera hecho temblar al director Price.

Yo intentaba sacar a Daisy de la trampa mortal de la sillita de bebé que me había prestado Nessa, la mujer de Jennings, ellos tenían un par porque tanto los padres de mi compañero como los de Nessa les hicieron el mismo regalo, no querían quedar mal con ninguno, así que se quedaron con los dos juegos alegando que siempre iba bien tener uno de repuesto, sobre todo, por si ampliaban la familia.

También me prestaron una cuna de viaje y un adaptador para que pudiera bañar a la pequeña.

El día anterior me sometí a una *masterclass* por parte de Nessa sobre cómo cambiar pañales, dar el biberón y otros cientos de cosas que bombardearon mi cerebro haciéndome sentir un inútil de manual.

—Nessa, el muñeco me mira mal.

—El muñeco no te mira, es un muñeco, o mejor dicho, una muñeca.

—Sabe que no sé limpiar culos, lo intuye.

—Lo único que intuye es que lo estás agarrando por una pierna y está bocabajo. Eso no suele gustarle a nadie, y mucho menos a un bebé.

—Es que le goteaba el culo.

—Lógico, le hemos dado papilla para que le gotee y aprendas a atenderlo. ¿O es que cuando tú vas al baño te pones a hacer el pino para limpiarte?

—El pino lo planto en el interior de la taza, y mi ojete no tiene el tamaño de una moneda de un centavo. Y si no calculo bien y se me resbala, puedo destrozarla —comenté, contemplando el tamaño de mis manos.

Jennings se estaba descojonando vivo, mientras que el pequeño David jugaba con sus coches y un sudor frío se apelmazaba en la base de mi espalda.

—Sería la primera vez que a alguien le pasa algo así. Que los culos de los bebés no están hechos de vaselina. Además, no te quejes tanto, que no es tan difícil. —Me presenté en casa de Nessa con una muñeca interactiva que la mujer de la tienda me aseguró que era la última moda. Las niñas se volvían locas porque se trataba de lo más parecido a tener uno de verdad. Habían fusionado tecnología con látex y creado un bebé con las mismas necesidades que uno humano—. A ver, Ray, pon a Linette sobre el empapador. —La muñeca venía incluso con su partida de nacimiento en el set—. Levántale las piernecitas y límpiala hacia atrás.

—¿Cómo voy a limpiarla hacia atrás? Debería ser hacia delante.

—Si lo haces así, podría entrarle caca o bacterias por delante y sufrir una infección.

—Quién me ha visto y quién me ve, que a mí los órganos reproductores femeninos me dan alergia —resoplé.

—Pues tendrás que acostumbrarte, chaval, porque su padre va a estar una temporadita bastante larga metido en tu cama, sin poder hacer nada más —susurró Jennings.

La imagen de Leo, tumbado a mi lado, me estremeció por completo.

El director Price estaba con un cabreo de tres pares de cojones. Cuando le dije que me llevaba a Torres y a sus hijas a mi piso por el bien de la misión, casi echó abajo el edificio.

Quise hacerle entender que el motivo de tenerlo tan cerca era una ventaja absoluta. Nuestro sospechoso no podría dar paso sin que yo lo supiera, y no me refería a los que pudiera dar del sofá cama al baño.

No bastaba con investigar a una persona, solían aprenderse más cosas mirando, observando, igual que hacían los niños persiguiendo, y yo iba a analizar muy de cerca a Lionel Torres.

Fui a recolocar la muñeca en el cambiador, sin querer, le apreté un poco la tripa, y en cuanto lo hice, un enorme chorro de vómito me pringó la cara.

—Pero ¡¿qué cojones?! —Escupí el pringue que había caído en mi boca y cerré los ojos con fuerza. Esa cosa era peor que la niña del exorcista. ¿Cuánto mejunje le cabía en esa tripa?

—¡Le has cortado la digestión! No puedes presionarle el abdomen cuando acabas de darle de comer. ¿Es que no has leído las instrucciones? Le has cortado la caca y provocado una vomitona. Es una muñeca interactiva, lo que no sale por abajo sale por arriba.

—¡Se acabó! —Espeté desesperado, mi compañero se retorcía de las carcajadas—. Voy a contratar una canguro 24/7.

—¿Y dónde va a dormir? ¿En el ventilador de techo de tu habitación rollo Gremlin? —rio Jennings. Nessa también se reía, aunque trataba de disimularlo para que no me sintiera peor de lo que ya me sentía. Me pasó un par de toallitas para que me limpiara—. Ya te dije que no estás preparado para ser padre, y menos de tres niñas de golpe y sin preparación. La paternidad es mucho más difícil que cualquier misión a la que te hayas sometido antes, y tú estás muy verde.

—Por eso le he pedido clases a tu mujer, ¿o es que piensas que estoy aquí para jugar a las muñecas?

—¡Con un día no basta! —insistió.

—¡Pues tendrá que bastar! —proclamé enfurruñado. Me quité el pringue como pude y me arremangué las mangas de la camiseta. Miré a Nessa obcecado—. Enséñame a ser padre y no morir en el intento.

—Dave, aquí solo hay una habitación, ¿cómo vamos a dormir? ¿Dónde pondré mis cosas? ¿Y qué son esas revistas de hombres sin ropa del último cajón del mueble del baño?

Solía ser un tipo bastante ocurrente y desvergonzado, hasta que una niña de siete años acababa de ponerme en mi sitio y hacerme sentir como un depravado, solo esperaba que no le

hubiera dado tiempo a rebuscar en el cajón de los condones y los consoladores.

Esas revistas ni siquiera deberían estar ahí, eran un recuerdo de mi adolescencia y en sus páginas centrales descansaban en paz mis soldados caídos. No las tiré porque eran una especie de presente, y nadie solía meterle mano a ese cajón. Cuando un tío venía a mi casa, me la metía a mí.

Debería haber ordenado mejor.

«Nota mental: comprar una caja fuerte a prueba de crías curiosas que no puedan abrir».

Daisy lloriqueaba, alargaba sus bracitos para tirarme de las gafas, que estaban en peligro mortal, mientras yo empezaba a desesperarme.

«Pero ¡¿quién cojones idea los sistemas de sujeción para bebés?! ¿Un ingeniero aeronáutico de la NASA que sueña con enviarlos a la luna?, ¿o un sociópata que odia a los padres primerizos?».

—Tranquila, nena, que estoy a punto de cortar el cable correcto antes de que estalle la bomba, me parece que voy a ir a por unas tijeras, no te muevas.

Me aparté recolocándome las gafas sobre la cabeza, sintiéndome un inútil total. A ver cómo le explicaba a Nessa que me había cargado la sillita el primer día.

—Deja, ya lo hago yo, se nota que eres novato.

Magaly se acuclilló frente a Daisy y la sacó en un santiamén. La pequeña se puso a hacer ruiditos de felicidad frente a su heroína.

—¿Cómo has hecho eso? —Magaly se limitó a encogerse de hombros.

—Casi todos funcionan igual, tienen un cierre de seguridad, un bloqueo para que los niños pequeños no puedan abrirlo. Si no, estarían cayéndose del carrito cada dos por tres.

—Tiene sentido —exhalé, llevándome la mano a la nuca.

—Dave —volvió a llamarme Elena—. No has contestado a mis preguntas —me recordó. Magaly resopló.

—No necesitamos habitación porque dormiremos en el sofá, y puesto que lo perdimos todo en el incendio, no tenemos cosas que guardar. —Obvió la parte de las revistas, lo cual agradecí.

Me aclaré la voz dispuesto a darle a la pequeña la información que necesitaba. Nessa me dio un consejo muy valioso. Los niños no necesitan respuestas complejas o muy elaboradas, basta con decirles lo que necesitan oír para tranquilizarlos, normalmente somos los adultos los que pecamos de darles más información de la que precisan.

Ella lo sabía porque estudió para ser profesora de primaria.

La carita triste de Elena me dio ganas de consolarla.

—Escucha. ¿Ves esa habitación? —La señalé y ella asintió—. No le he puesto una colcha de *cupcakes*, arcoíris y unicornios porque los adore, que también —bromeé para arrancarle una sonrisa—. Pues ahí dormiréis las tres, la cama es enorme, así que Magaly y tú cabréis muy bien, y Daisy ocupará la cunita. Vuestras cosas están por llegar, hay mucha gente solidaria que ha querido echar una mano y estamos esperando que alguien de la parroquia se acerque y nos las traiga. He hecho mucho espacio en las cómodas y el armario para que quepan. Y yo ocuparé el sofá, el cual también tiene una cama grande.

»Si os falta algo, iremos de compras, quiero que estéis bien aquí, que seáis francas conmigo; sé que no es un palacio, pero creo que nos podremos adaptar. Por lo menos, hasta que vuestro padre salga del hospital y pueda valerse por sí mismo.

—¿Y mamá? —preguntó Elena temerosa de mi respuesta.

Hasta entonces, Leo no había querido que las niñas perdieran la esperanza, tampoco ponerse en lo peor, era una situación difícil y compleja que, de algún modo, me tocaba afrontar a mí en

su ausencia.

—La están buscando, cielo.

—Murió por mi culpa —sentenció.

—Elena —musité con toda la calma que pude reunir al ver a alguien tan pequeño e indefenso roto por las suposiciones—, no sabemos si ella…

—¡Sí lo sabemos! Fue a por mi insulina, se me olvidó cogerla, había muchas llamas y mamá no salió. Estuve gritando su nombre, la llamé muy fuerte mientras mi hermana tiraba de mí, y no salió. —Hizo un puchero y a mí se me rompió el corazón—. Se la tragaron las llamas, ¿ahora está en el infierno?

—Dios, ¡no! —exclamé acercándome a ella—. Ven aquí —la acurruqué entre mis brazos.

—Fue mi culpa, fue mi culpa —repetía en un soniquete lloroso. Si alguien tenía un máster de culpa esos éramos Raven y yo. Sabía perfectamente lo que era lidiar con la responsabilidad de una muerte.

—Escúchame bien —mascullé sin soltarla, intentando darle el confort que necesitaba—. Que tu mamá volviera ahí dentro a por tu medicación no fue por tu culpa, sino por este sistema de mierda que hace que una madre deba meterse en un incendio por un envase de insulina, no tú, ella solo protegía tu vida. —La estreché entre mis brazos y sentí cómo su pequeño cuerpo se agitaba lloroso.

—Has dicho una palabrota —murmuró entre hipidos.

—Lo siento —respondí, acariciándole el pelo sedoso.

—Le debes un dólar al bote de las palabrotas —comentó con la voz todavía tomada por el llanto. Alcé la mirada y vi cómo Magaly se encogía de hombros.

—En casa teníamos uno.

Me sorprendía la entereza con la que lo estaba llevando todo, no la había visto derramar ni una sola lágrima, como si se hubiera autoproclamado el pilar fundamental de la casa, adquiriendo el rol de sus padres.

—Pues aquí tendremos otro, y yo pagaré mi multa. ¿Puedes encargarte de prepararlo? —pregunté, haciéndola partícipe. Necesitaba que Elena pensara en otra cosa más allá de la pérdida de su madre.

—Si tú te ocupas del pañal de Daisy, toca cambiárselo. —Pensé en Linette y rogué al cielo que con un bebé de verdad se me diera mejor.

Elena se despegó de mí e hicimos intercambio de niñas. Magaly cogió a su hermana mediana de la mano y me entregó la bebé, quien reía y decía papá suspendida en mis manos.

—Rrr-Dave, me llamo Dave. —Casi se me escapó mi nombre de verdad—. Tu papi llegará en unos días y tú hueles francamente mal.

A Daisy no pareció importarle mis palabras, porque volvió a reír y a nombrarlo, con sus gigantescos ojos oscuros brillando.

—En lugar de Daisy, tendrían que haberle puesto Flor.

—Daisy es un tipo de flor —le comenté a Elena.

—Yo me refiero a la mofeta de Bambi. —respondió, arrugando su diminuta nariz.

Tenía que moverme, poner el empapador en el sofá, coger uno de los pañales, las toallitas y la pasta al agua, tal y como me enseñó Nessa.

«Una cosa detrás de la otra, Ray, esta bebé no es ninguna situación límite, aunque huela como una».

—¿Tienes un bote de cristal con tapa, pegamento, cola, purpurina, tijeras y rotuladores? —me interrumpió Magaly mientras yo respiraba por la boca e intentaba tranquilizarme.

—No, pero tengo una tarjeta de crédito y algunos dólares en la cartera. Justo debajo del edificio hay una tienda en la que venden casi de todo, ¿crees que puedes bajar y…?

—Claro. ¿Y tu cartera?

—En el bolsillo de dentro de la chaqueta que está en el colgador. Elena, ¿qué tal se te da ser ayudante de cambiador de pañales?

—Bien, somos muy buenas ayudando, mamá nos ha enseñado a colaborar.

—Se nota que sois unas chicas muy listas, y yo voy a necesitar cantidades industriales de ayuda, nunca he tenido tantas chicas a mi cargo, así que…

—Saldrá bien —musitó Magaly—. Papá me contó que era esto o separarnos, así que saldrá bien. No cogeré cosas caras.

—Tranquila, puedes comprar lo que necesites.

Ella asintió, pero vi en sus ojos que no lo haría, que estaba acostumbrada a que el dinero en casa no sobraba nunca, y me vi reflejado en ella, en aquel adolescente que quiso otra vida porque la suya era una mierda.

—Ya he puesto el empapador, Dave, ¿la cambiamos?

—Por supuesto, pequeña.

CAPÍTULO 28



JC

Contemplé a mi hombre sentado frente a mí, a su derecha quedaba el coyote que debería haber cuidado de la nueva entrega de pollitos.

Sus manos temblaban y no era para menos, la había cagado, era un trabajo sencillo y el muy *hijueputa* lo estropeó.

Los aduaneros habían recibido un montón de dinero para hacer la vista gorda y que el camión entrara sin dificultad. Cruzó a los *Yunáis* sin problema alguno y solo se le ocurrió parar en el primer maldito bar de carretera clandestino plagado de troneras[32]. Tomó hasta que su sangre se tornó alcohol, y cuando puso sus sucias manazas en el volante, a las pocas millas de haber arrancado, volcó con la carga.

Al verse incapaz de hacer nada, salió huyendo, abandonando a los pollitos como la rata cobarde y apestosa que era.

Mis hombres tardaron tres días en dar con él, y perdimos un cargamento de BBM[33] muy costoso.

—Lo lamento muchísimo, señor. Le juro que no fue mi intención, se me cruzó un animal, di un volantazo y…

—¿Un animal? —pregunté con expresión consternada, como si me afectaran sus sucias mentiras.

—Sí, un animal —corroboró agitado.

El coyote aplastaba su sombrero de paja entre las manos, era la primera vez que trabajaba para nosotros, e iba a ser la última.

—¿De qué tipo?

—Eh, em… Yo… Estaba muy oscuro…

—¿Conducías sin las luces puestas por una carretera secundaria y de noche? —El labio le tembló.

—E-es que no estoy seguro.

—Pero ¿era uno de esos de los que se les da caza? —insistí—. ¿Grande como un cerdo salvaje?, ¿o pequeño como una alimaña apestosa? —gruñí, clavando la mirada en él.

Su respiración superficial y el sudor que le perlaba la frente denotaba su estado. Estaba sucio, golpeado y sabía que su destino no era el mejor.

—Fue mala suerte, le prometo que la próxima vez lo haré mejor, no le cobraré ni un centavo en los próximos viajes. No pude evitar el accidente.

—En eso estamos de acuerdo, yo tampoco puedo evitar este.

Alcé la mano que tenía oculta bajo la mesa y le disparé entre ceja y ceja. No le dio tiempo a reaccionar, sus ojos se quedaron tan abiertos que vi la vida escapar de ellos. Uno no puede cagarla así conmigo y seguir respirando.

La puerta se abrió y uno de mis hombres asomó la cabeza.

—Limpia toda la sangre de chancho[34] que ha dejado este *hijueputa* y dáselo de comer a los perros —le ordené, admirando la salpicadura sanguinolenta que manchaba el piso de madera.

—Sí, *big*.

Llamó a otro de los *homeboys* para encargarse entre los dos, mientras yo miraba por la ventana que daba al río.

La operación había sido un desastre y ya iban dos cargamentos de pollitos perdidos. El primero hacía unos meses, a manos de los agentes del HSI que asaltaron una de nuestras *chantys*[35], y ahora esto.

Golpeé la mesa enfadado. Traer BBM a los Estados Unidos era un buen negocio, limpio, fácil y consentido. Ni siquiera teníamos que secuestrarlos, la mayoría de estos eran vendidos a la SM-666 por sus propias familias.

Mejor vendérnoslos y darles una en los Yunaís que terminar como troneras para los pederastas que utilizaban el triángulo de la América Central para *doblarse* a un menor.

No obstante, había madres que veían a esas niñas como la fórmula para tener algo que llevarse a la boca. Enseñaban a sus hijas a coquetearles a los gringos, con la esperanza de que esos viejitos se encapricharan de ellas y les solucionaran la vida a ambas. En el peor de los casos, conseguían una buena suma.

A veces no se trataba de la madre, era un familiar el que nos ofrecía a los BBM. Me gustaba pagar bien, sobre todo, porque eso nos permitía mantener el negocio. El precio lo marcaba la edad y el estado de su virgo. No todos los güiros[36] eran para abusarlos, algunos gringos los querían para adoptarlos, sobre todo, a los bebés, o para lograr mano de obra barata.

Pagábamos por la mayoría, incluso por los huérfanos, para esos tenía a *chequeos*, aspirantes a entrar en la pandilla a los que pedía ciertas pruebas de lealtad. No les costaba hacerse amigos de los críos porque muchas veces tenían una edad similar. En El Salvador era difícil llegar a los treinta si vivías en un barrio pobre. A los ocho, los críos eran captados por las maras para pertenecer a ellas, o se convertían en mercancía con la que sacarles dinero a los gringos.

El repiqueteo de unos tacones hizo que me girara, conocía muy bien el sonido. Anita siempre tuvo un paso muy firme. Entró en el despacho como la reina que era y miró con repugnancia la mancha sanguinolenta que todavía no había sido limpiada.

—Ahora se ocupan —murmuré todavía molesto. Sería difícil contentar a los clientes y reemplazar con rapidez las dos cargas perdidas.

Anita se acercó a mí. Tenía mucha facilidad para detectar mi humor o mi falta de él.

—¿Puedo hacer algo para aliviarte? —murmuró contoneándose.

Era preciosa, exuberante, mis hombres se volvían locos cada vez que ella pasaba por su lado. Siempre tan hermosa, oliendo a caro, a inalcanzable.

Venía de la joyería, le habían tenido que ajustar el anillo que le compré por su ofrenda. Me masajeó los hombros, y yo incliné la cabeza hacia atrás lanzando un suspiro.

—Ya hiciste mucho —susurré, disfrutando del contacto. Seguía tenso de la preocupación.

Anita dio la vuelta, se puso de puntillas, buscó mis labios y me dio un beso tentador.

—Estoy ovulando —admitió en mi boca, y yo sonreí. Quizá me fuera bien descargar.

—Entonces hay que aprovechar.

Volví el beso más intenso, la agarré del culo levantando el vestido corto de Versace y la senté sobre la mesa del despacho.

Ella rio cuando le bajé las bragas y se las lancé a uno de mis hombres, que había entrado con el cubo de la fregona.

—Puedes quedártelas de premio —le sugerí. Él se las guardó en el bolsillo y me sonrió. Ni a Anita ni a mí nos importaba que hubiera gente delante si queríamos chimar[37].

Me bajé los pantalones y me toqué para que la pija se me *parara*[38], ella tenía las piernas abiertas y se ofrecía a mí relamiéndose los labios. Anita tenía muchas ganas de ser madre. Yo también quería hijos que continuaran nuestro legado, aunque todavía no habíamos sido bendecidos por la Santa Muerte. Cerré los ojos por un instante buscando la excitación que necesitaba.

Invoqué el rostro y el cuerpo de Lion, de inmediato se me puso dura al recordar el estremecedor placer que sentí hacía unas noches, entrando de nuevo en él.

Un escalofrío me recorrió por dentro. Mis huevos se tensaron y alcancé la dureza que necesitaba. Me encajé en mi mujer y me puse a bombear con lujuria. Su calor me envolvió por completo, al igual que los gemidos femeninos.

Tanto ruido me desconcentraba.

—Shhh, en silencio —mascullé, poniéndole la mano en la boca. Ella calló, mordió mi carne con fuerza y se agarró a la mesa.

Arremetí contra ella con hosquedad, la madera crujía y mi hombre nos dedicaba miradas furtivas con la bragueta apretada, limpiaba sobre limpio. Le hice un gesto para que se largara y obedeció de inmediato.

Volví a presionar los párpados para imaginar un cuerpo que nada tenía que ver con el de mi mujer. Mucho más duro, más rudo, con un agujero mucho más fruncido.

Empujé con todas mis fuerzas rememorando el entrechocar de nuestra carne, sus gruñidos bajo mi presión, mientras me moría de ganas por degustarlo con la boca. Eso no habría sido

correcto frente a los hombres. Me conformé con volver a sentirlo cuando había creído que era imposible. La Santa Muerte me lo había devuelto, lo hizo con un propósito, que no era el de hacerlo perecer.

Anita apretó los músculos de su vagina estrechándose para mí, y me corrí.

Grité liberando mi simiente en ella, quien la recibió con una sonrisa en los labios, envolviéndome con sus piernas suaves.

—Te has *venido* muy fuerte —susurró ronca en mi oído.

—Te tenía muchas ganas —mentí, y ella me acarició la nuca sin moverse. Yo tampoco lo hice, quería arraigar en su vientre.

—Estoy segura de que esta vez sí que habrá suerte, nuestra patrona bendecirá esta unión, la doctora dijo que era cuestión de tiempo, de que nos relajáramos.

—Con las circunstancias actuales, no puedo estar muy relajado —exhalé.

Salí de su interior y ella se tumbó en la mesa levantando las piernas para colocar los tobillos en mis hombros. Yo masajeé sus pantorrillas morenas.

Estábamos a solas. Mi hombre había cerrado la puerta para darnos intimidad.

—¿Vas a ir a verle al hospital? Miguel dice que lo han operado y tiene para unos meses sin poder moverse.

—Ya hablé con Miguel. —No me hacía gracia que Anita hablara con mi segundo al mando, lo que pasara a partir de entonces con Lion era cosa mía.

—¿Qué vas a hacer entonces? ¿Quieres que lo traigamos con las niñas?

Algo oscuro me engulló por dentro, me entraron ganas de mandarla a callar, aunque sabía que debía estarle agradecido; si no fuera por Anita, no habría dado con él.

—Yo me ocupo, olvídate. —Mi tono fue cortante, y ella no necesitó más para saber que la quería callada, aun así, insistió.

—Quizá deberíamos traerlos, ese gringo que le iba detrás, el que *talegaron* nuestros hombres. ¿Piensas que puede haber algo entre ellos? —Estaba de malhumor. Pensar en Lion con otro hombre me alteraba, no podía pertenecerle a otra persona.

—Lo que piense no te incumbe, dedícate a lo tuyo, Anita, son cosas de hombres. —Había opinado demasiado y ese no era su papel. Ella se alteró.

—No eres justo conmigo, yo te lo traje.

—Y te lo agradecí, fin de la historia.

Le bajé las piernas y la hice ponerse en pie. Hundí los dedos en la carne suave de su cintura, con excesiva fuerza, fruto de mi enfado.

—Me haces daño.

—Pues recuerda cuál es tu sitio —la solté de malas maneras, y ella se masajeó la piel dolida —. Mis asuntos son míos, tu función es la de hacerme sentir bien y controlar a las *jaimas* o a las *homegirls*. Nada más.

Un zigzagueo de odio resplandeció en su mirada al verse relegada a su lugar. A Anita tenías que atarla en corto, tenía un temperamento fuerte que necesitaba un macho que la doblegara.

—¿No tienes que ir a preparar la boda de tu hermana o a pintarte las uñas?

Ella bufó enfurruñada.

—A veces te detesto.

—Pues ya somos dos —arremetí encachimbado[39]. La apreté contra mi cuerpo y le di un beso castigador para después empujarla en dirección a la puerta, dándole un sonoro cachete en el trasero. La palma me picó.

Ella salió del despacho sin mirar atrás.

Tenía carácter, nada que no pudiera controlar. Cuando la conocí, supe que era la mujer perfecta para mí, su padre era el cabecilla de la ranfla del penal de La Esperanza, el mismo donde estaba el mío. Nos encontramos en una de las visitas que ambos le hicimos a nuestros padres.

Sabía lo que suponía nacer en la mara, su madre era una *ruca*[40], una de raza, y ella aspiraba a ser lo mismo, la mía. Comprendía cuál era su lugar, y cuando llegó el momento, no dudó en someterse voluntariamente al *chequeo*, el rito de iniciación en el que recibió una golpiza.

Anita tenía agallas, quiso dar ejemplo al resto de mujeres que esa noche optaban a entrar en la SM-666 y se sometió delante de ellas y de mis hombres. No solo fue golpeada, también compartida, adorada por la *clica* una única vez para coronarse como hembra superior. Fue bendecida por todos, entró en comunión al entregarse a mis hombres, y desde ese momento todos darían su vida por ella.

Me senté en la silla, cogí el encendedor de plata de ley, que fue el último regalo de Lion, y pensé en el trato que habíamos hecho. Lo tenía en mis manos, ambos lo sabíamos, lo cual me reconfortaba.

Pronto estaría de vuelta y cumpliría, no iba a arriesgarse, no con eso, tanto él como yo sabíamos que ya no tenía escapatoria, y eso me llenaba de placer.

¿Qué suponían un par de meses cuando nos aguardaba la eternidad?

Podría haber hecho desaparecer al gringo con un chasquido de dedos, pero antes quería averiguar qué había entre ellos, y solo había una forma de saberlo.

Abrí la tapa del encendedor y pasé el pulgar por la ruedecilla. La llama osciló frente a mis ojos y el fuego rugió en mi interior.

CAPÍTULO 29



Leo

Parpadeé varias veces con fuerza.

Nadie me había preparado para aquel estallido de confeti, globos de colores, lazos, guirnaldas y cantidades industriales de purpurina.

Elena sujetaba un cartel emocionada, Magaly estaba cruzada de brazos mascando chicle, como si todo aquel festival no fuera con ella, y Daisy daba saltitos suspendida en una especie de sillita-columpio que quedaba fijada en el marco de la puerta.

—Pero ¿qué demonios…? —ni siquiera pude terminar la pregunta.

—¡Bienvenido, papi! —gritó Elena.

Alzó la colorida pancarta para después dejarla caer y salir a la carrera hacia mí.

Trepó hasta subirse en mi regazo. Me encontré con el familiar aroma de mi hija y sus bracitos envolventes.

Estaba sentado en una silla de ruedas que me prestó Pascual, uno de mis excompañeros de brigada. Le perteneció a su madre, hasta que falleció hacía seis meses, después de sufrir a manos de una larga enfermedad degenerativa que la mantuvo postrada en aquella silla. Pascual no había podido deshacerse de ella, y dijo que prefería que yo me la quedara el tiempo que la necesitara y

después la diera al hospital.

Elena se removió encima de mí y noté un fuerte tirón en las costillas.

—Cuidado, Papita —musité apretando los dientes.

Mi hija frenó en seco, usaba aquel mote desde que ella se obsesionó con las patatas fritas. Desde los tres hasta los cinco, cada vez que le preguntabas qué quería comer, ella respondía papitas.

María y yo reíamos al oírla.

Me estremecí por dentro al pensar en mi mujer, en lo que debió ser morir abrasada por las llamas. Era consciente de que Julio César estaba detrás de su muerte, que por eso me dejó salir de su casa, porque quería que llegara en el preciso instante en que mi mujer se hubiera consumido por las llamas.

Yo se la quité, le mentí, lo traicioné, y ahora pagaba las consecuencias. En su pérdida radicaba su mensaje; de la mara no se sale, en la mara se vive o se muere, y lo que quería que hiciera por él.

—Dakota y su mamá Samantha nos ayudaron a organizarlo, ¿te gusta? —preguntó Elena entusiasmada.

Yo miré a mi alrededor. Sabía quién era Dakota. Vino a visitarnos un par de veces al hospital acompañando a Raven.

—Es muy… colorido —zanjé, no quería disgustarla diciéndole que tanto adorno sería demasiado inclusive para un mexicano.

—Os dije que era mucho, has estresado a papá —refunfuñó Magaly.

—Dakota y Sam dicen que nunca hay demasiada purpurina, ni sobran colores. Yo estoy de acuerdo —le replicó Elena cubierta de brillos.

Dave no parecía enfadado de que su piso pareciera un bazar chino regentado por los protas de *Priscila, Reina del Desierto*. Alejé el pensamiento y me fijé en el entorno. No es que el piso en el que vivía fuera la leche de grande, pero sí algo más que este, por lo menos, tenía varias habitaciones.

Solo había dos puertas además de la de la entrada. Un cuarto, un baño. En el salón estaba la cocina y no se adivinaba nada más.

Para una persona era suficiente, pero para dos tíos y tres niñas se me antojaba un nido de problemas.

—Esto es minúsculo —observé.

—Yo prefiero llamarlo acogedor. El espacio está sobrevalorado, en lugares como este es donde se aprende el verdadero significado de la palabra convivencia.

—O de la palabra piojos, porque como uno los pille, vamos todos de cabeza —gruñí. Dave rio por lo bajo.

—Pues yo agradecería una habitación propia y una ducha en la que poder estar más de diez minutos porque se acaba el agua caliente.

—Dicen que el agua fría va genial para tener un cutis suave —Dave le guiñó un ojo.

—Y encogértela como un cacahuete.

—Magaly —corregí a mi hija incómodo tanto por sus quejas como por sus palabras.

—Tú siempre le decías a mamá que con el agua fría se os encoje —intervino Elena, apoyando a su hermana.

—Y es verdad —se sumó mi nuevo compañero de piso.

—Y también aprenderemos a repartir los recursos y rebajaremos el calentamiento global. Maggie, ¿has oído hablar de Greta Thunberg? —preguntó Elena, dejándome boquiabierto. Esa

frase no era suya ni de broma. ¿Y de dónde había salido ese nombre?

—Choca ese puño, chica lista —se ofreció Dave, revelando el origen de la fuente de Papita. Mi hija rio complacida y Magaly bufó como un toro bravo—. Ya te dije, Maggie, que si sigues resoplando de esa manera, en unos años, tu boca parecerá un ojete de lo arrugada que la tendrás.

—¡Has dicho ojete! Le debes un dólar al bote —espetó Elena.

—Ojete no es un taco, y si lo fuera, tú también le deberías uno al bote por repetición. —Ella se llevó las manos a los labios—. Ojete es el nombre de un orificio corporal.

—¿Qué es un oficio? —cuestionó intrigada.

—Orificio, que no oficio, es un agujero. La mejor que sabe utilizarlo es Daisy. —Dave miró su *smartwach*—. Atentos, que se acerca el zurullo de las dos.

Elena rio al escucharlo decir la palabra zurullo, una risa vergonzosa y divertida.

Fue extraño verlos interactuar, y más todavía sentirme fuera de la ecuación, como si el que estuviera mal en aquella estampa fuese yo. No me adapté tan rápido a mi vida en Soyapango, en cambio, mis hijas parecían estar bien con Dave.

No sé lo que esperaba encontrar cuando llegara al piso, pero desde luego que no era un recibimiento como aquel, ni que estuviesen tan adaptadas.

—Maggie, Ellie, creo que ha llegado la hora del cóctel de bienvenida, pero para servirlo necesitamos espacio, estaría bien retirar los adornos que impiden el paso y ocupan la mesa. ¿Os parece bien?

—¡Qué remedio! —protestó Magaly sin resoplar. Esa vez ofreció una sonrisa tensa que mostró todos sus dientes. Lo de tener cara de culo parecía haber surtido más efecto que mi advertencia.

Elena se bajó de mis rodillas sin protestar. Mientras caminaba hacia la pared más saturada, se puso a tararear una canción de Taylor Swift. ¿Desde cuándo conocía ese tema y se sabía esa letra?

Estaba tan aturullado con tanta novedad. No sabía qué me estresaba más de toda esa situación, aunque tenía muy claro que, por el bien de todos, tenía que buscar algo lejos de Dave. Si había sido capaz de abducir a mis hijas en cinco días, ¿qué no haría conmigo?

—Ya te dije en el coche que las chicas se habían hecho a la perfección al piso y que estaban bien. ¿Ves como no tenías de qué preocuparte? Vamos a estar bien.

«¿Bien? Voy a estar de todo menos bien».

—¿Te has fijado en cómo salta Daisy en el saltador? Está a puntito de dar sus primeros pasos, parece que estaba esperando a que vinieras para hacerlo. Yo creo que tenemos una futura campeona olímpica de salto de altura. ¿Nos imaginas animándola desde las gradas?

¿Nos? Pero ¡¿qué cojones le pasaba?! Mi corazón golpeó con fuerza, no podía estar hablando en serio y autoincluyéndose en mi futuro.

—Se te está yendo un poco la olla, ¿no crees?

—¿A mí? ¿Por qué? Tu hija apunta maneras, ya lo verás.

Quise mirarlo mal, por lo menos lo intenté, porque cuando me topé con su rostro perfecto, aquellos ojos cálidos de mirada soñadora puestos en las piernas regordetas de Daisy, sentí que me derrumbaba un poco.

Nada era más importante para mí que mis hijas. Puede que no tuviera una familia convencional, pero las adoraba más que a mi propia vida, y estaría dispuesto a hacer cualquier cosa por ellas.

Dave bajó la mirada para encontrarse con la mía. Se me secó la boca y mi estómago decidió anudarse al toparme con sus labios.

Pero ¡¿qué demonios me pasaba?! Veía a tíos guapos y desnudos todos los días, no me ocurría nada, sin embargo, con él… Me empalmaba, suerte que llevaba la cazadora sobre las piernas.

—¿Qué ocurre? ¿Tú también cagas a las dos? —me preguntó altanero.

—No —carraspeé, intentando demudar la expresión y mi atención hacia otros derroteros que no fueran lo mucho que de forma inexplicable me ponía—. ¿Cómo has llamado a mis hijas cuando has dicho lo del cóctel? —Dave arrugó el ceño y después me ofreció una sonrisa.

—¡Ah! ¿Qué pasa? ¿No te gustan mis diminutivos?

—Es que no se llaman así.

—Oh, disculpa, entonces, ¿Elena se llama Papita de segundo? ¿Es porque en tu familia sois muy de cultivar patatas, o porque te van las Lay's?

—¡No seas absurdo! Sabes que es un apelativo.

—Pues ya está. Lo mío también, uno bonito y consensuado, a ellas les gusta, ¿verdad que sí, chicas?

Magaly alzó el pulgar mientras desataba un nudo con los dientes y Elena asentía con fervor.

—A mí me gusta, papi, tengo el mismo nombre que la elefanta rosa de Pocoyó. Ellie mola —aseveró mi hija mediana.

—¿Quieres llamarte como un paquidermo? —pregunté.

—No, *padermo* no me gusta, prefiero Ellie. —La risa de Dave se coló por debajo de su nariz.

Magaly y ella retomaron la canción de Taylor en el punto que la habían dejado, mientras que Dave se ponía de cuclillas para estar a mi altura.

—No voy a ponerte en el brete de que Elena puntúe si le gusta más Papita o Ellie, no soy tan macabro, aunque ambos sabemos quién ganaría —comentó burlón, cambiando el tono de voz hacia uno más bajo y profundo—. Por cierto, ¿te apetece una ducha? Se me dan muy bien los lavados profundos con esponja y mucha espuma. O tal vez prefieras que te coja en brazos y te lleve hasta el sofá.

La primera imagen resecó mis cuerdas vocales, y la segunda encendió mi rostro como una boca de incendios.

—No soy ninguna novia como para que me tengas que coger en brazos.

—Puede que no lo seas, pero podría hacerte pasar una gran noche de bodas incluso con una pierna rota. Ese sofá es muy mullido, y yo la mar de creativo.

Dave estaba de broma, lo sabía por su mirada canalla y la forma de agitar las cejas rubias, lo que no significaba que todo lo que saliera de sus labios provocara en mí sensaciones indebidas.

Mi entrepierna protestó.

—¿Puedes dejar tu humor para alguien que lo sepa apreciar? Conmigo cae en saco roto.

Él rio por lo bajo.

—En eso, Maggie es clavadita a ti —insistió, llamándola por su diminutivo—, sin embargo, Ellie podría ser hija mía, se ríe de todos mis chistes.

—Eso es porque no entiende la mayoría.

—Lo que tú digas. ¿Sabes?, creo que es diabética porque es tan dulce con todo el mundo que su cuerpo no admite más azúcar. —No me enfadó su comentario, al contrario, me hizo ladear una sonrisa porque sabía que lo decía como un cumplido hacia ella—. Uh, ¿eso ha sido un alzamiento de comisura, señor Torres? —la pregunta de Dave se ocupó del resto, y mis labios se estiraron en una mueca inusual y estúpida—. ¡Sí! ¡Que se oiga la ovación! ¡Lionel Torres es capaz de sonreír! —Daisy lo acompañó con un gorjeo y él se desplazó hasta la bebé para sacarla del columpio con total desenvoltura. Mi hija lo tomó del rostro y se dispuso a mordisquearle la

barbilla con deleite, justo como a mí me habría apetecido.

¿En qué demonios estaba pensando?

Dave la colocó con cuidado sobre mis piernas.

—Rápido, aprovecha a achucharla antes de que su aterciopelado culito nos honre con un torpedo nuclear.

—Hola, bebé —susurré, y ella sonrió complacida, amasándome con las manitas.

—Papá.

—Sí, soy papá, ¿me echabas de menos? —ella giró el rostro y señaló a Dave.

—Papá.

—No, ese no es papá, es Dave. Da-ve —repetí, intentando que me imitara. Daisy lanzó uno de sus chilliditos y volvió a llamarlo papá. No es que dijera muchas palabras, la pediatra le dijo a María que no se estresara, que cada niño era un mundo y tenía su propio ritmo.

—¿Le has dicho que te llame papá? —inquirí, intentando encontrar una explicación.

—No, una cosa es ponerles un diminutivo a tus hijas y otra usurpación de la identidad. No soy la mano que mece la cuna, aunque muchos me querrían tener cuidando de sus hijos.

«Lo que querrían es otra cosa», tragué solo para mí.

—Igual está confundida. Le cuesta un poco hablar.

—A mí no me importa.

—Pero a mí sí. Yo soy su padre —soné más hosco de lo que me hubiera gustado. Quizá porque me sobrevino una estampa en la que me daba miedo pensar—. Me ocuparé de enseñarle tu nombre.

—Me parece perfecto.

La tensión se vio rota por un aroma denso e insoportable que acaparó todo el salón.

—¡El torpedo de las dos! —exclamó Magaly, mirando a su hermanita.

—Puaj, ¡qué peste! —Elena agitó la mano frente a su nariz y todos miramos a Daisy. La muy bribona arrugaba la naricilla y sonreía.

—De esta vez te libras porque sigues montado en la silla, pero el siguiente te acomodo en el sofá y te toca a ti. Que estés ahí sentado no te convierte en un incapacitado. ¿Me echas una mano, Ellie?

Dave cogió a mi hija con total desenvoltura, como si llevara haciéndolo toda la vida y no cinco días. Mi alta se había atrasado un poco porque la pierna no fue lo único que tenía fastidiado. Todo el mundo creía que mi cuerpo estaba hecho polvo por los cascotes, no por la golpiza que sufrí en casa de Julio.

—Claro que sí, Dave —respondió mi hija solícita.

Creía que las niñas estarían más tristes y apagadas por la ausencia de su madre. No esperaba nada de todo eso.

Verlos trabajar en equipo, con tanta complicidad y desenvoltura, me dejó una sensación extraña en la boca del estómago. ¡¿Qué narices me pasaba?!

Intenté encontrar una explicación razonable y di con ella demasiado rápido. Lo que estaba mal en aquella ecuación era Dave. No tendría que estar cambiándole el pañal a mi hija, ¡tendría que ser María! ¡O yo!

¡María, joder, María!

Me estremecí ante su recuerdo. No es que hubiera hablado con las niñas sobre ello, y sabía que me correspondía hacerlo después de que la policía la hubiera dado por muerta al encontrar su alianza de boda entre los escombros. No se la sacaba nunca. Según ellos, la temperatura alcanzada había sido tan alta que no quedaban ni los huesos. ¿Cómo les diría a mis hijas que

nunca volvería?

—¿Estás bien?

No me había dado cuenta de que Magaly se había acercado a mí y me observaba con cautela.

—Sí.

—¿Seguro? Les mirabas raro, como enfadado.

—No estoy enfadado con ellos —me pincé el puente de la nariz—, es solo… —¿Qué iba a decirle?—. Déjalo. No pasa nada.

—Yo también estoy enfadada, ¿sabes? —Mi hija se puso más seria de lo habitual—. Dave nos dijo que era normal que nos ocurriera, que cuando alguien a quien quieres mucho desaparece de manera inesperada, tus emociones te dan una paliza.

—¿Una paliza? —Ella asintió.

—Nos hizo palomitas y puso la peli de *Del Revés*. Cuando terminó, entendimos que, a veces, eres incapaz de esquivar todo lo que se remueve en tu interior. Debatimos con él y llegamos a la conclusión de que no hay que sentirse mal por todo lo que nos pasa y que no somos capaces de controlar. Que la felicidad no es buena si nos forzamos a sentirnos bien. Que a veces necesitamos estar tristes y es bueno dejarnos fluir. Que el enfado no tiene por qué ser siempre desagradable, pues lo usamos como una señal de alarma, para defendernos o para poner límites a lo que no nos gusta, y el miedo nos evita situaciones en las que podríamos hacernos mucho daño. Que esa frase que todo el mundo usa empujándote a hacer cosas en plan: hazlo, aunque sea con miedo, no siempre vale. Por ejemplo, a nadie se le ocurriría nadar en un río infestado de pirañas o en la lava de un volcán.

—Todo eso os dijo Dave, ¿eh? —Ella asintió—. ¿Y cómo os sentisteis después? —me interesé con el corazón encogido.

—Que no estábamos solas, que no pasaba nada si un día no estábamos bien, que Dave estaría ahí para escuchar sin juzgar. Es un tío guay, papá; rarito, pero guay. Me gusta que tengas un amigo así, aunque a él no se lo diré, podría convertirse en un creído. Tendrías que ver a las madres cuando lo vieron en la puerta del colegio yendo a buscar a Elena, parecían hienas que se lo fueran a comer.

Me hacía cargo, porque me había pasado a mí también. Pese a todo lo que me había ocurrido, cada segundo que pasaba a su lado me daba más ganas de comer.

Iba a ser una convivencia muy dura y, aunque Julio me hubiera dejado tranquilo por el momento, sabía que tendría que cumplir con él.

CAPÍTULO 30



Leo, quince años antes

Apenas faltaban un par de días para la ceremonia y estaba nervioso.

No eran unos nervios agradables, como cuando sabes que se acerca tu cumpleaños o viene alguien muy esperado de visita.

Había cosas de la mara que seguían sin gustarme, por mucho que Julio dijera que no había otra opción, que las vías de ingreso económico de los mareros eran el menudeo, el tráfico de personas o la extorsión; a mí se me retorcían las tripas al pensarlo.

Además, estaba la iniciación; la de los hombres era tolerable, trece o catorce segundos de golpiza, pero que las mujeres sufrieran una violación en grupo para recibir la energía de los miembros masculinos seguía sin parecerme.

Discutí con Julio sobre ello.

—¿Por qué te encabronas? —me preguntó mientras yo caminaba de un lado al otro del cuarto —. Creía que estábamos de acuerdo en todo.

Y así era, sobre el papel no me importaba, lo que ocurría es que ya debía cumplirse lo que plasmamos y mis principios seguían estando ahí, estrujando con fuerza mi cabeza y mis intestinos.

La mara me abrió sus puertas a un nuevo mundo, me permitió encontrar un refugio, y, sobre todo, estar con Julio César y enamorarme de él. No quería decepcionarlo, quería que se sintiera orgulloso, el problema radicaba en que si aceptaba aquellas bases, a la larga no me sentiría bien.

Matar, violar, extorsionar; estaba sobrepasado. Y después estaba el tema de la ofrenda, la que debía hacer al grupo como líder para demostrarles que podían confiar en mí. Me dolía el estómago nada más imaginarlo.

Me agarró de los brazos para frenarme en seco y encararme a él.

—Cuéntamelo. —Suspiré. Me mordí el labio, estaba confuso. Tenía demasiadas inseguridades enroscándose en mi cuerpo—. Hazlo —me insistió.

—A-anoche soñé con mi padre. —Una sonrisa dulce se curvó en sus labios.

—Si tu padre te visitó es porque nuestra Señora le dijo que te diera su bendición, lo dejó cruzar para verte, es un buen augurio para lo que va a acontecer.

—No estoy seguro.

—¿A qué te refieres?

—A que lo habría sido si me hubiese dicho que estaba bien lo que íbamos a hacer, pero no fue así.

Julio César arrugó el ceño.

—Puede que no sepas interpretar sueños. Cuéntamelo.

Si lo hacía, volveríamos a discutir, y no me apetecía estar a malas con él, aun así, accedí, al fin y al cabo, terminaría accediendo, resistirme era una estupidez.

—Era el gran día y había traído el tributo a la *clica* —callé.

—Sigue.

—Bueno, ya sabes, íbamos a… —Se me cortó la voz.

—A ofrecérsela a Satán y a la Santa Muerte para que nos bendijeran —pronunció por mí. Yo me limité a asentir porque mi cabeza decía otra cosa, algo así como que íbamos a tomar por la fuerza a una virgen, entre todos, mientras que yo le cortaba las muñecas para que se desangrara durante el rito.

El objetivo era ungirnos y beber de su sangre pura. Su cuerpo sería usado como recipiente para recibir la semilla de la SM-666 hasta que muriera. Así nos aseguraríamos de obtener la protección y el beneplácito de nuestros ídolos. Tal y como me explicó Julio hacía una semana.

Los mismos días que habían empezado las pesadillas y apenas podía dormir. Yo era el encargado de traer la ofrenda, de entregarla para que los *homeboys* no me vieran como un simple Avatar, sino uno más, que me aceptaran como líder gracias a la prueba de fe.

—Lion —musitó para que siguiera hablando.

—Ella no tenía rostro, era incapaz de vérselo.

Supuse que eso era porque nunca jamás vi la cara de la chica que tenía que llevarme. Era la hija del actual líder de la mara Barrio-18. Ofrecerles al grupo la hija sin mácula del grupo rival era un gran logro, además de una declaración de intenciones. Íbamos a por los peces grandes, a demostrar nuestra fuerza haciéndoles un pulso.

—Sigue.

—Yo iba a… Ya sabes.

—¿A chimarla? —No, no me refería a follarla.

—A cortarle las muñecas —lo corregí—. Ella temblaba y me suplicaba que no lo hiciera.

—Es lógico, ninguna *chavala*[41] quiere que la maten.

—Y entonces apareció mi padre, se puso detrás de ella y me miró con reproche, me dijo: «No te reconozco, tú no eras así».

—Típico de los padres…

—Si te lo vas a tomar a pitorreo, no sigo.

—Eh, calma, solo pretendía aligerarte, cuéntame. —Me acarició los antebrazos y su actitud cambió.

—Pu-pues entonces el rostro de la ofrenda cambió y era mi madre la que estaba ante mí, temblando porque yo sujetaba un cuchillo, era ella quién me rogaba que no lo hiciera o no habría vuelta atrás, que no podría salvarme. Hubo una explosión, mucho fuego, cerré los ojos, se me cayó el arma, y cuando volví a abrirlos, mi padre estaba en el suelo, herido, con un hilo de sangre saliendo por la boca, la mirada cargada de decepción y repetía un «tú la has matado». Giré el rostro hacia mi madre, quien también yacía en el suelo cubierta de sangre, y el cuchillo no aparecía por ninguna parte. ¡Fue horrible!

Mis mejillas estaban húmedas, hacía tanto que no lloraba que casi ni recordaba la sensación de congoja que te aprisionaba el pecho para después liberarte.

Julio pasó sus pulgares por mis mejillas y besó las nuevas lágrimas que brotaron de mis ojos.

—Lo has malinterpretado todo, ven.

Entrecruzó los dedos de su mano con la mía y me llevó a la cama, estábamos en mi habitación, no se oía un solo ruido salvo el tráfico o nosotros. Nos tumbamos en el colchón que tantas veces nos había acogido, me abrazó y nos enfrentó, con sus ojos puestos en los míos.

—No eran tus padres, eran sus imágenes tomadas por Satán y la Santa Muerte, por eso a la ofrenda no le veías el rostro y después lo mutó. Estaban en tu prueba de fe. Te estaban dando la oportunidad de rajarte o seguir adelante, comprobando si eres merecedor de lo que quieren entregarte. Y el mensaje oculto estaba ahí, en las palabras «no lo hagas, no hay vuelta atrás, no podrás salvarte». El triple no, los tres seises, negarse a Dios es darles la bienvenida a ellos, te han hablado, Lion, te han bendecido y han reclamado el alma de tus padres para que estén a su lado, por eso los viste morir. Los han aceptado en su seno.

—Pe-pero mi madre sigue viva.

—Todos moriremos, y cuando ella lo haga, nuestra patrona la reclamará y la protegerá, tal y como te ha hecho saber. Eres muy afortunado. —Sus labios se pusieron a esparcir besos por mi cara—. Eres tan importante para mí, para la mara, lo que te ha pasado es un milagro, eres mi milagro.

Nuestras bocas se encontraron y a los pocos segundos la calma se volvió tormenta.

La ropa voló y mi desesperación por creerle se convirtió en gemidos de placer cuando se tumbó bocabajo y me pidió que lo tomara. Le di la vuelta, necesitaba verle la cara. Cogí un poco de lubricante efecto calor que tenía pegado al lado del colchón para que mi madre no lo viera, y lo ungí subiendo sus tobillos a mis hombros.

Julio jadeó ronco cuando lo tanteé un par de veces.

—Suficiente, házmelo. —No le gustaba estar excesivamente dilatado, prefería un poco de dolor. Le coloqué mi glande en él y empujé. Ambos gemimos con fuerza y dejó que lo poseyera mientras se daba placer.

—Somos uno, Lion —musitó cuando llevábamos un rato follando. Tiró de mi mano para que lo envolviera y lo hiciera gozar—. Siéntenos.

Y lo hice, en cuanto lo noté duro en mi palma y sus gruñidos reverberaron en mi cabeza, empujé cinco veces y me corrí ganándome su sonrisa. Me gustaba cuando reía para mí. Bajé el cuerpo, me aferré a sus muslos y lo engullí albergándolo en mi boca como un loco, succionando su grosor hasta recibir su esencia y que gritara mi nombre. Adoraba cuando lo hacía.

Lo saboreé con lentitud y subí hasta sus labios para besarnos y sellar nuestro pacto de futuro.

Me quedé dormido en sus brazos, agotado, saciado y confiando en que todo saldría bien mientras permaneciera con él.

Cuando desperté, se oían ruidos en la planta de abajo.

—Despierta, nos hemos quedado fritos. —Julio parpadeó todavía enredado en mi cuerpo.

—Solo un poco más, ven —gruñó mimoso.

—No podemos… ¿No les dijiste a Anita y a Wen que iríamos al cine?

—Joder, es cierto, no debería haberles dicho nada y así podríamos quedarnos toda la tarde aquí —protestó, dándome un último beso.

Era raro el día que no follábamos, Julio decía que éramos más fuertes si intercambiábamos mucho nuestra esencia, que lo notaba. A mí no me importaba si eso era cierto o no, porque lo único que quería era estar con él. Me daba igual la excusa que pusiera. Cualquier rincón oscuro nos iba bien, aunque prefería la comodidad de un cuarto en el que poder recrearme todo el tiempo posible.

Una vez vestidos, nos dirigimos a la cocina. Allí estaban nuestras chicas.

—Vaya, creíamos que no estaban en casa, no se les oía… —murmuró Anita, acercándose a Julio para besarlo.

—Nos quedamos secos en la cama, tanto darle a la lengua nos hizo entrar sueño. —Julio la apretó, y ella rio juguetona diciéndole algo al oído que lo puso tenso.

¿Qué le habría dicho? No es que estuviera celoso, sabía que ellos follaban, Julio me lo había dicho, y aunque al principio no me sentara bien, era conocedor de lo que había.

Wendy me ofreció una de sus sonrisas dulces y me tomó de las manos.

—¿Cómo está tu mamá hoy?

—¿No les abrió ella? —Wendy negó—. La puerta estaba abierta.

—Quizá fue a comprar algo, es raro porque casi siempre va mi abuela.

—Puede que hoy se sintiera con fuerzas, es buena señal, ¿no crees? —Asentí.

—¿Ya saben qué película veremos?

—Anita paga, así que ella la eligió, dice que está muy bien —comentó mi chica.

—Está perfecta para que nos sentemos en la última fila y nos divirtamos —añadió la aludida, que lo único que buscaba era meterse mano con Julio alejada de los ojos de su familia—. ¿Te parece bien, mi amor? —susurró, apretándole el culo a mi amigo.

Él se apartó y sus palabras fueron casi como un ladrido.

—Voy a por el coche. —Parecía enfadado, mientras que Anita tomaba esa actitud beligerante que tanto le gustaba, como si supiera cosas que los demás no.

—Denme un minuto, chicas, voy a ver si mi madre salió o está en su habitación durmiendo. —Que la puerta estuviera abierta no era extraño, muchas veces lo estaba, eso no significaba que hubiera salido.

Llamé a su puerta, no respondió nadie, la abrí y me cercioré de que no estaba. Las chicas tenían razón, puede que saliera a comprar o tal vez fue a ver a mi abuela. Que saliera era buena señal, así que me alegré.

Miré por la ventana y vi a Julio hablando por teléfono. Anita salió y él la miró malhumorado, ella se colgó de su cuello roneándolo, pero él la apartó.

—¿No está? —Negué.

Era la voz de Wendy. Se puso a mi lado y observó lo que yo mismo estaba viendo.

—Siempre discuten. No son como tú y como yo.

Me giré hacia ella y la miré.

—¿Cómo somos nosotros?

—Perfectos el uno para el otro —se puso de puntillas y besó mis labios con dulzura.

Nunca nos habíamos acostado y ella jamás me había presionado. Para mí era un alivio, no porque Wendy fuera fea, sino porque yo estaba loco por su hermano y no me imaginaba acostándome con ella, aunque tarde o temprano tendría que suceder.

—¿Bajamos? Si no, se terminarán matando.

—Vayamos.

CAPÍTULO 31



Ray

Tener a Lionel y las niñas en casa estaba siendo una obra de ingeniería doméstica, y no lo decía solo por la preparación del piso, que incluyó borrar todo rastro de que ahí vivía Ray Wright, sino porque la convivencia con el señor Torres y sus hijas no era una balsa de aceite, sobre todo, por él.

Tenía suerte de que el director Price decidiera no apartarme del caso. También es cierto que no le quedó otra opción después de que metiera al principal objetivo del caso en mi piso.

Price no era estúpido, sabía tan bien como yo que todo lo que pudiera sacarle a aquel hombre era oro, aunque de momento no tuviéramos mucho. La información que había obtenido hasta entonces era más bien escasa.

Los cinco días que estuve con las niñas sin él, averigüé que estas no conocían a sus abuelos, y no me refiero solo a los maternos, que estaban bastante lejos. Los abuelos de Lionel vivían en una granja de Wyoming, según mi informe y lo que Magaly me contó. No mantenían el contacto con su nieto desde que su hijo falleció. No llevaron bien que se casara, como ellos decían, con una indígena, y mucho menos que su nieto siguiera sus pasos y les diera donde más les dolía.

Lo curioso del caso era que el abuelo de Leo era de origen Español, inmigró a Estados Unidos y se casó con una americana obteniendo la nacionalidad. No hay nada peor que un inmigrante racista, son cosas que escapan a mi entendimiento.

María siempre estuvo dedicada al cuidado de sus hijas. Según ellas mismas, era muy hogareña, apenas salía de casa, salvo para llevarlas o traerlas de la escuela y acudir, un par de veces a la semana, a un taller de cerámica donde impartía clases a mujeres con dificultades de reinserción social. Era un voluntariado sagrado para ella.

Según las pequeñas, tenía muy buenas manos, su abuelo fue alfarero y le enseñó a hacer varias cosas muy útiles.

Parecía una madre ejemplar, devota de su familia, volcada al cien por cien en ella. No es que eso me extrañara, al contrario, las salvadoreñas criadas en barrios marginales eran educadas para

complacer a su marido, conformar un hogar sólido y ocuparse de los hijos.

Lo que sí llamó mi atención fue que en todo ese tiempo ni la familia hubiera viajado a El Salvador, ni los padres de María vinieran a visitarles, o a conocer a sus nietas. Cuando le pregunté al respecto, dijo que su madre solía explicarles que allí solo había miseria y muy poco que contar, que los abuelos no tenían dinero para un viaje tan caro, aunque me costaba creerlo, me sonaba a excusa.

Quizá sus padres la echaran de casa al enterarse de que estaba embarazada, o sufriera abusos por parte de un familiar cercano y hubiera roto los vínculos. Otra opción era que fuera vendida a la mara y Lionel se encaprichara. Las posibilidades eran muchas. No obstante, en el tiempo que llevaba conviviendo con Leo, algo me decía que ninguna de las opciones que barajaba era la buena.

Las pocas veces que intenté hurgar en su pasado, que me interesé por su relación, él se mostró esquivo. Lo evitaba a toda costa, respondía con monosílabos y terminaba alegando que no estaba listo para recordar cosas que implicaran a su mujer. Por lo que no me daba pie a seguir con mis preguntas.

Lionel parecía envolverse en una corona de espino a la que le crecían las púas en cuanto nos quedábamos a solas, en la calma de la noche, arropados en la misma cama.

En cuanto me quitaba la ropa, él empezaba a enfermar, y yo a gozarla mucho.

Al ver que me metía en la cama en calzoncillos, me recriminó que no era una cosa que quisiera que vieran sus hijas.

—¿Te refieres a mis calzoncillos Ghindin Klin? Vale, son del chino y una burda imitación, pero no creo que les afecte.

—Lo digo por el bien de sus retinas —gruñó.

—Llevan cinco días viéndome así, si a estas alturas no han sufrido un glaucoma o desprendimiento ocular, dudo que les pase nada.

Lionel se puso a renegar por lo bajo y terminó con un buenas noches que no auguraba que las tuviera.

Habían transcurrido dos semanas de convivencia y, en el momento de dormir, siempre ocurría lo mismo, aquel «Buenas noches» que se asemejaba al ladrido de un perro rabioso.

Era recordar la primera noche juntos y me entraba la risa.

Las niñas ya se habían acostado y, como en todo matrimonio, llegaba nuestro momento de intimidad. Es broma.

Solo tendrías que ver cómo se puso el par de veces que me ofrecí entrar al baño para sujetarle la chorra y que no me inundara el piso.

Hacerle cabrear era un puto vicio, mucho más que los Reese’s de chocolate blanco con mantequilla de cacahuete por dentro, los cuales almacenaba con delirio.

El médico le dijo que empleara la silla de ruedas solo para los trayectos largos, que intentara ir apoyando el pie con cuidado, y que en breve empezaba con la rehabilitación.

Reconozco que a mí el momento ducha me aterraba, una vez mi madre vino pasada y por poco no lo contó en una caída en la bañera. Así que cuando vi sus intenciones de lavarse, no dudé en ofrecerme.

—¿Seguro que no quieres que te enjabone? ¿Y si te resbalas o algo? Que este piso es antiguo y hay una pequeña bañera, no es un plato.

—Me las ingeniaré —masculló.

—Oye, que yo también tengo rabo y he tocado muchas chorras en mi vida, no serías el primero.

—¿Por qué no me sorprende?

—Porque te conté que en un pasado me dediqué a la prostitución.

Puede que hubiera personas a quienes les acongojara hablar de ello, o les diera pudor, a mí no.

Él se detuvo a medio camino entre el salón y el baño, lo que vienen a ser cinco pasos de los nuestros, que si alguien quería plantar un árbol en mi piso, tendría que ser un bonsái.

—¿Cómo fue? —Me encogí de hombros.

—Dolió un poco la primera vez. —Lion bufó del mismo modo que hacía Magaly tantas veces, que lo hicieran de la misma forma me hizo reír por dentro—. Dicen que es como cagar para adentro, pero en mi caso con un zurullo bastante gordote.

—Eres un capullo.

—Y qué quieres que te cuente, a ver… Adolescente necesitado de pasta, cuarentón vicioso, baño de la estación de autobuses y pasta fácil. Ya me entiendes.

—No, no te entiendo, mi hija tampoco es que vaya sobrada de dinero, pero nunca se le ocurriría hacerlo.

—Puede que no, y espero de todo corazón que así sea, pero la prostitución de menores está a la orden del día, y cada vez hay más. No todos tienen la suerte de que sea voluntario. ¿Te sorprende? —Era imposible que lo hiciera cuando su mara traficaba con pollitos. Se le endureció el gesto.

—Me asquea, que es diferente. No me gusta que abusen de los niños ni de los adolescentes. No me gusta que abusen de la gente en general, odio los roles de poder.

«Cualquiera lo diría. Para no gustarte, te forras a costa de ello». O era muy buen actor, o algo se me escapaba, porque si lo pensaba bien, Leo no nadaba en la abundancia, al contrario, había tenido que acceder a vivir conmigo porque apenas le quedaba pasta, era muy extraño.

—¿No le cogiste fobia al sexo? —preguntó con la boca pequeña.

—No, no me dio tiempo, estuve apenas un año. Quizá si hubiera perdurado en el tiempo, igual sí, no sé. Follar me gusta y tampoco es que tenga un mal recuerdo. Fue una decisión mía, nadie me obligó. Yo decidía con quién me iba y con quién no, fui libre de escoger en todo momento, sé que puede resultar chocante, pero entonces a mí no me lo parecía. Era un adolescente que acababa de descubrir su orientación sexual, estaba ávido de lujuria, quería experimentar, y si encima me daban dinero… ¿Comprendes? —Él me miraba intenso—. No espero que lo entiendas, o lo compartas, mi mejor amigo tampoco lo comprendía. Pero fue así, no supuso un trauma para mí, —suspiré—. De exputo a exputo, ¿se la has cogido tú?

—¿El qué?

—Fobia al sexo. ¿De qué coño estamos hablando?, ¿del cultivo del champiñón? —Si esperaba una sonrisa, no la obtuve, estaba demasiado serio.

—No.

—Eso me parecía. Yo hace poco que lo dejé con mi primer cliente.

Lion me miró con extrañeza.

—Pero ¿no decías que lo habías dejado?

—Con todos menos con él, y tampoco es que me pagara, me regalaba gafas, tengo una colección muy extensa. Sé que puede parecer una locura, pero, de algún modo, me hacía bien, estar con él era liberador y se portó genial conmigo.

—¿Le querías?

—Esa palabra es muy amplia. Si te refieres a si estaba con él por amor, no. Lo quise mucho y lo sigo queriendo, pero de un modo entre sexual y paternal. Por favor, qué mal ha sonado eso. No

me follaría a mi padre, me va el vicio, pero no el incesto, de hecho, nunca lo conocí.

—¿Y querrías hacerlo?

—Tal vez, de niño sí, ahora no sé… Mi cliente se convirtió en un follamigo. Alguien que se convirtió en un gran soporte cuando la vida decidió darme una patada en las pelotas.

—¿Te refieres a la leucemia y el VIH? —Se apoyó contra la pared para descansar la pierna mientras yo lo observaba sentado en uno de los taburetes de la cocina.

—Entre otras cosas. Aquel combo de cabronas enfermedades me enseñaron dos cosas. Que sin pelo estoy igual de bueno y que la vida nunca deja de sorprenderte. Aquel tipo le dio curro a mi madre y la sacó de un mundo que no le convenía nada.

—No parece un mal hombre, ¿por qué habéis terminado?

—Se fue con su mujer y sus hijos a la otra punta del mundo, y el sexo virtual nunca me ha gustado, me siento un pelín ridículo tocándome a mí mismo frente a una pantalla, soy más de piel con piel, ya me entiendes.

—¿Has dicho que estaba casado? —cuestionó rígido.

—¿Te sorprende? Tú también lo estabas, y te metías en la cama con mujeres por una buena suma.

«Zasca, en toda la boca, moreno».

—Pero ¡eran mujeres! Y mi mujer lo sabía, ¿la de tu amigo también? —Negué.

Hostias, ¡eso era nuevo! Así que María accedía a que su precioso maridito se tirara a otras por pasta. Bueno, en las maras era común que ellos fueran infieles, incluso que cedieran a sus mujeres a otros para conseguir tratos de favor.

Lo que no lo era tanto y seguía dándome vueltas en la cabeza fue que Leo tuviera una vida tan austera, no era nada propio. ¿Por qué los *homeboys* no habían venido a buscarlo? Podía tratarse de una cortina de humo, ¿y si Leo me estaba investigando? Entonces el que se puso tenso por dentro fui yo.

Lo tenía todo muy bien atado, era cuidadoso, si se trataba de eso, no me iba a pillar. Seguí hablando, necesitaba desconcertarlo y que bajara la guardia era una buena herramienta para llegar a entender lo que ocurría y acicatearlo para que se le escaparan algunas cosas.

Sabía qué camino tomar.

—Sigue habiendo muchos tíos incapaces de reconocer lo que de verdad les gusta, en el siglo en el que estamos, aún existe el miedo y muchos prejuicios, lo que hace que haya hombres que se casen movidos por las circunstancias —disminuí el tono, bajé del taburete de un salto y me desabroché la camisa beisbolera que llevaba. Su nuez bajó y subió demasiado rápido.

—¿Qué haces?

—Lo mismo que deberías estar haciendo tú, quitarte la ropa para poder asearte —mascullé, acercándome. Leo tenía las pupilas dilatadas y las aletas de la nariz no podían expandirse más. Daba la impresión de poder absorberme en una de sus inspiraciones.

«¿Quieres que juguemos al ratón y al gato, león? Muy bien, porque me encantan los animales y la caza».

El ritmo de su respiración iba tan rápido como el de mi pulso. Seguí hablando.

—Ambos sabemos que no voy a dejarte entrar ahí dentro sin mí, voy a lavarte. Te guste o no, serán mis manos las que enjabonen y recorran cada recoveco de tu cuerpo. Y lo haré porque tienes tres hijas que ya han perdido demasiado y no pueden permitirse que su padre termine desnucado.

Agarré el bajo de su camiseta y rocé un poco la piel de su tripa al tirar de ella. Él siseó.

—¡No me toques!

—¿Por qué? ¿No te gustan los maricas?

—¡No es eso! —exclamó fuera de sí.

—¿Y qué es? —Arqueé las cejas—. ¿Tienes miedo a lo que pueda pasar ahí dentro? ¿A descubrir que eres uno de esos casados que pueden ser tentados tanto por la carne como por el pescado?

—No digas gilipolleces. —Me arreó un manotazo. Nuestra respiración se hizo un tanto errática.

—¿Las digo? —Él tiró de la camiseta hacia abajo para recolocársela, y yo aproveché para quitarme la mía.

—Sí, y muy grandes.

—Entonces no hay problema alguno. El médico dijo que no podías mojarte los puntos, solo es muy difícil que no ocurra, yo te ayudaré a que se te empape lo que debe —me relamí los labios y las motas doradas de sus ojos zigzaguearon sobre ellos.

«Ay, león, que voy a convertirte en un dulce gatito y pronto te tendré suplicando por mi leche».

—¡No!

—¿No? ¿En serio piensas que estás en disposición de negarte? Estás en mi casa, tus hijas duermen en mi cama y yo contigo. Pago la ropa, la comida y, sin ánimo de ofenderte, paso de acostarme con alguien a quien le apeste el culo más que a Daisy.

—Puedo acceder a mi ojete sin necesidad de tu mano.

—Tal vez sí, pero reconoce que no sería tan divertido —me mordí el labio inferior.

Estaba tan cerca que las motitas de sudor que perlaban su frente parecían brillantes. Podía oler su deseo, estaba ahí palpitando junto al mío a la altura de nuestras braguetas. Si empujaba la cadera, sería como un choque de trenes, me toparía con una rigidez tan estimulante como prohibida.

—¿Papi? —la vocecilla de Ellie nos interrumpió.

—Haz el favor de apartarte.

Leo rugió sorprendido por la pequeña Elena y se encaminó renqueante hacia su hija.

—¿Qué ocurre, Papita?

—Me duele un poco la tripa, ¿puedo dormir contigo esta noche? Es que mi hermana no deja de patearme.

—Cariño, el sofá cama es muy pequeño para que quepamos los tres.

—Dave puede dormir en su cuarto, a Maggie no va a importarle, está durmiendo y no se entera.

—Yo creo que sí se enteraría, tiendo a hacer ruidos muy fuertes con la boca mientras duermo.

—¿Porque sueñas que eres una moto? —bostezó la pequeña.

—Más bien un oso —le sonreí.

—¿Te parece si te doy un beso de buenas noches y te tapo? —sugirió su padre.

—Solo si me cuentas el cuento del león y el ratón.

—¿Qué cuento es ese? —me interesé.

—Le puedes pedir a papá que te lo cuente cuando termine de contármelo a mí, igual así no sueñas que eres un oso y te quedas en ratón.

—Buena idea, me lo apunto, además, me chifla el queso.

Ambos entraron en el cuarto y, mientras yo me sentaba en el sofá, cogí el móvil y respondí a algunos mensajes de Raven, Robbins y Jennings. Cuando quise darme cuenta, se cerraba la

puerta del baño y el agua de la ducha me indicaba que no podía pasar.

A los quince minutos, Leo se desplomó a mi lado con el pelo húmedo. Oliendo a mi jabón y su piel. Intenté que no me afectara.

—No me he desnucado y no me apesta el culo. —Sonreí.

—¿Y los puntos?

—Intactos.

—Vaya, eres todo un dechado de virtudes, si no fuera porque estás sin un duro, tienes tres crías a tu cargo y estás sin curro, te pediría que te casaras conmigo.

—Yo ya estoy casado —dijo tan cortante que me maldije por haber metido la pata hasta el fondo.

—Lo siento, ha sido sin pensar.

—Como la mayor parte de cosas que salen por tu boca. No te preocupes, intentaré irme lo antes posible para que retomes tu vida cuanto antes. Buenas noches.

—¿Me quedo sin cuento?

—Buenas noches —repitió, girando la cabeza a falta de poder mover todo el cuerpo.

No pensaba tirar la toalla, el juego no había hecho más que empezar.

CAPÍTULO 32



Anita

—¿Crees que sospecha algo? —preguntó Miguel, recorriéndome el cuerpo con los labios.

—Si sospechara algo, ambos estaríamos *contando estrellas* —jadeé cuando su boca se encontró con mi sexo húmedo.

Me había subido la falda del vestido, bajado las bragas y metido la cabeza entre los muslos sin apartar su mirada oscura de la mía.

—Lo del cargamento de pollitos fue muy arriesgado —murmuró con su lengua batiendo mi cuca.

—Nada que tú no pudieras solucionar, eres muy macho y muy listo, *man* —jadeé agasajándolo.

Lo agarré del pelo y me abrí al placer que me ofrecían sus atenciones.

Me gustaba verlo arrodillado ante mí, postrado a los pies de su señora.

Estábamos en los baños de la tienda de novias. Nos había acompañado a mis hermanas y a mí a que Flor se probara el traje para que no nos pasara nada.

Julio era muy meticuloso en lo que respectaba a nuestra seguridad. Miguel era su sombra y también la mía. Una que me proporcionaba muchas cosas a espaldas de mi marido.

Estiré el cuello hacia atrás y, mientras gemía, me recreaba en las mieles del éxito.

Joder a Julio César Valdés no estaba al alcance de muchos.

Yo lo había hecho no una, sino dos veces.

Estaba orgullosa de todo lo que había aprendido en esos años, sabía manejarme, y cada vez era más consciente de ello.

Reconozco que la primera vez estaba de los nervios.

Miguel me consiguió una rata, un soplón que jugaba a dos bandas y le chismoseaba a los

pitufos[42]. Gracias a él le jodimos la carga de pollitos a Julio con la intervención del ICE. ¡Cómo pataleaba! Sonreí y jadeé al mismo tiempo, Miguel había dado con mi punto débil y sorbía con maestría.

Mi mente voló llena de placer. La segunda jodienda tampoco se la vio venir.

Mi amante se encargaba de escoger a los coyotes, los conductores que transportaban a los pollitos por carretera. A Julio le gustaba cambiarlos de vez en cuando, porque no se fiaba de que pudieran jugársela, así que fue sencillo fijarse en uno que le gustaran demasiado el tequila y las troneras.

Bastó una recomendación de un local de carretera, una puta bien pagada para que tomara tragos sin cesar y una buena cantidad de aceite de motor volcada en una carretera secundaria al lado de un bache profundo. Su ineptitud hizo el resto.

Llevaba mucho tiempo planeando mi liberación. Vivir en Estados Unidos, el país de las oportunidades, me había abierto los ojos.

No necesitaba a mi marido para nada, ya no, tenía un plan bien pensado que me estaba haciendo ganar mucho dinero, surtiendo unos fondos nada despreciables en mi cuenta de las Caimán.

Al ver todo el sistema corrupto y putrefacto de los Yunaís, tuve claro lo que debía hacer, encima, apenas me manchaba las manos.

Cuando el cargamento de pollitos era recibido por Servicios Sociales, la trabajadora que tenía untada se encargaba de enviarlos a las familias de acogida que yo les asignaba.

Le daba la vuelta a Julio con sus propios clientes, los que buscaban mano de obra barata, ahí iban a parar los pollitos mayores. Para los chiquitos, encontré una red que los enviaba a Arabia o a Rusia, los magnates del petróleo y del gas pagaban mejor que los pederastas americanos. Y yo no tenía la intención de regentar prostíbulos de menores.

Los políticos americanos pensaban que esos chiquitines, que no le importaban a nadie, eran repatriados a su país de origen, junto a sus familias.

Si no les importaban a ellos, ¿por qué tenía que importarme a mí?

—¿No te corres? —preguntó Miguel, insistiendo en el clítoris.

—Sigue un poco más —murmuré, restregándome contra su cara.

No era un hombre tan atractivo como mi marido, pero por lo menos me hacía correr y no le iban los tíos.

Sabía que a Julio no le gustaban las mujeres, me follaba por compromiso, siempre con los ojos cerrados, como si le molestara mi presencia. Lo hacía para demostrarme a mí y a los demás su hombría y para asegurar su descendencia.

Nunca me quedaría preñada de alguien como él, de un pipián que le gustaban los hombres.

Tuve dos accidentes, y Miguel fue rápido para conseguirme la pastilla del día después.

Me tomaba la anticonceptiva sin que él lo supiera.

Supe que le iba la carne aquel día que Wendy y yo fuimos a buscar a Julio y a Lion para ir al cine. Según ellos, estarían planeando la ceremonia de la SM-666, pero cuando subí con sigilo las escaleras y abrí la puerta para sorprenderlos, la sorpresa me la llevé yo.

Estaban desnudos, en la misma cama, con el aroma a sexo fluyendo en el cuarto.

Quise gritar, echar la casa abajo, pero algo me hizo callar, tomar una foto con el celular que me regaló mi novio y cerrar la puerta.

Me apoyé contra la pared y la bilis subió por mi garganta. Lo que acababa de ver era asqueroso, una ofensa; para mí, para Wen, para la mara SM-666. Temblé y me dieron ganas de llorar, aunque me aguanté. Si lo hacía, Wendy querría saber. Quizá fuera lo mejor, que lo

supiera.

Bajé las escaleras y me topé con su cara alegre en la cocina.

—¿Bajan ya?

—Están ocupados reponiendo fuerzas.

Le mostré la foto y su sonrisa se bloqueó. El labio inferior le tembló y sentí la necesidad de abrazarla. Era mi mejor amiga, mi cuñada, estábamos juntas en eso.

—Lo siento —murmuré.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé.

Se apartó de mí un poco.

—No podemos decir nada, esto sería un revés para la SM-666. Si lo contamos…

Era consciente de lo que supondría, de que algo así arruinaría no solo la vida de Julio y de Lionel, también la nuestra y de todos aquellos que habían creído en el nuevo grupo que arrasaría Soyapango.

Le di varias vueltas. Teníamos pactado que Wendy y yo nos encargaríamos de las *homegirls* y los *renteos*[43]. No podía aspirar a algo mejor, mi padre estaba en la cárcel y él era un buen partido, además de *galán*. Iba a tener su propia pandilla, y yo sería su reina. ¿Qué más me daba si era un poco pipián? Al fin y al cabo, si no lo hubiera sido, se habría acostado con otras mujeres, no me hubiese sido fiel jamás.

—Creo que es mejor que no digamos nada —insistió Wendy. Ella perdía todavía más, eran su novio y su hermano.

—Está bien —cedí—. Guardaremos el secreto, haremos como si esto no hubiese pasado nunca. —Wen me sonrió y me abrazó.

El problema era que a mí no se me daba muy bien estar callada, solía tener una lengua bastante afilada, y cuando los vi descender, no pude contenerme, le dije al oído a Julio que los había visto, pero que no iba a delatarlos.

Él se enfadó. Se mostró rabioso y salió fuera para arrancar el coche.

Leo fue en busca de su madre al cuarto, y Wendy lo siguió, yo salí fuera para aclarar las cosas con mi futuro marido.

Como era de esperar, discutimos, me dijo que no tenía ni idea de lo que había visto, que se trataba de parte del ritual del intercambio de energías. No quise contradecirle, era mejor así.

Y lo fue durante años, lo que ocurría era que ya me había cansado, quería ser la propia reina de mi reino. No lo necesitaba, tenía los ovarios necesarios para crear mi propio imperio, y para eso tenía que hundir el suyo.

Ningún hombre iba a decidir por mí.

Mientras mi marido se entretenía con su venganza personal hacia su amante resucitado, yo erigiría mi propio reino y haría arder el suyo.

Miguel profundizó su empeño en que me corriera y, finalmente, estallé en su boca.

Mi amante sonrió complacido, siempre estuvo enamorado de mí en secreto, y su ambición era casi tan desmedida como la mía.

No lo amaba, por muy bien que me comiera la cuca, solo lo usaba para mi propósito y lo seguiría haciendo hasta que todo terminara. Cerré las piernas, me bajé el vestido exigiéndole que me pusiera las bragas.

—Llevo demasiado rato ausente y mi hermana se va a impacientar.

—¿Y qué hago con esto? —Se tocó el paquete.

Agarré la palma de su mano, la lamí y escupí en ella.

—Te las apañarás.

Él cerró el puño y con la mano libre me dio una nalgada sonora.

—Me pones muy bruto cuando haces esas cosas.

Cuanto más perra era, más se excitaba. Salí fuera del cubículo, me pasé la mano por las bragas, presionándola contra el encaje, me las quité y se las lancé con una sonrisa pérfida.

—Disfruta —musité antes de darme la vuelta y largarme.

CAPÍTULO 33



Leo

Lo había hecho adrede, estaba seguro, bueno, seguro no, segurísimo.

Mi respiración estaba más que alterada al encontrarme en aquel minúsculo cuartito pegado al torso del origen de mi insomnio profundo.

Era el cumpleaños de Magaly, y con la excusa de que el piso era muy pequeño, Dave había decidido prepararle un «Día especial» con la ayuda de su amiga Dakota.

Fuimos a una tienda especializada en ropa de diseño para familias. Algo así como si Julia Roberts y la prota de *Sonrisas y Lágrimas* hubieran decidido montar un negocio juntas.

Dave, Magaly, Elena y Daisy no dejaban de entrar y salir de los probadores, con atuendos elaborados con el mismo estampado, pero en distintas tallas y modelos acordes a su género y edad, mientras que yo permanecía sentado en una butaca porque me negaba a perder la poca integridad que me quedaba.

Tres cortinas se abrieron al mismo tiempo, y el hilo musical de la tienda estaba puesto con el volumen suficiente como para que improvisaran una coreografía. Debíamos habernos mudado a Río de Janeiro, porque mis hijas y Dave se contoneaban con el tema *Ritmo de la Noche*, una samba muy popular. Llevaban unos atuendos de lo más coloridos y tropicales.

Me tragué la sonrisa al ver a Daisy moviendo las manitas, encaramada a los brazos de Dave mientras lo miraba traviesa y coreaba un «papá, papá» que ya no me molestaba.

Efectivamente, mis intentos de que aprendiera su nombre, u otra cosa que no fuera aquel título que le entregó voluntariamente y sin ningún tipo de esfuerzo, cayeron en saco roto.

Dave era como un enorme Ken con la palabra follable tatuada en esa franja de piel que quedaba visible por culpa de aquellos tres botones sin abrochar.

Cada vez me costaba más resistirme a sus provocaciones, que eran múltiples, y se habían ido acumulando en mi sistema límbico a lo largo de los días.

Un mes, con sus correspondientes treinta días y treinta noches, bastaron para que su presencia me alterara de tal modo que apenas conseguía conciliar el sueño.

Era imposible dormir en la misma cama, compartir la misma almohada, sin despertar por el roce de su piel o la suavidad de su aliento en mi nuca.

Y eso que la mayoría de noches trabajaba en el SKS, pero yo era incapaz de pegar ojo hasta que no notaba hundirse su parte del colchón. Fingía que estaba dormido para no tener que darle conversación, aunque a veces era imposible.

Cuando la claridad asomaba en el comedor, era incapaz de seguir durmiendo, abría los ojos y me encontraba esa boca a escasos milímetros de la mía, entreabierta, tentadora, jugosa, sobre aquella barbilla partida en dos, a la que había fantaseado mordisquear.

Mis pensamientos solían llevarme hacia una erección matutina difícil de obviar, así que me levantaba lo antes posible, premiándome con un buen chorro de agua fría. Si alguna vez se me habían pegado las sábanas porque el cielo estaba encabronado, era su rigidez la que solía sorprenderme buscando cobijo entre mis nalgas.

No sabía qué era peor. Aquel estado de alerta roja sexual me tenía de los putos nervios, y si no había salido huyendo ya era porque mis cuentas bancarias temblaban más que un indigente en Nueva York en plena nevada, y porque aquella extraña normalidad que habíamos instaurado alejaba a Julio César hacia una dimensión lejana que no me quería plantear.

Sabía que vendría a por mí, lo que me exigiría en cuanto estuviera recuperado, se había encargado de hacérmelo saber a través de una nota en mi chaqueta en una de mis sesiones del fisio. Sus tentáculos estaban por todas partes, nunca más podría librarme de él, a no ser…

No, yo no era así, acabar con la vida de alguien no estaba hecho para mí, y alejarme de Dave sería un sobresalto demasiado bestia para mis hijas. Me gustara reconocerlo o no, había sido un gran soporte con todo el tema referente a la muerte de María, tenía una mano innata con las chicas y una paciencia infinita que las empujaba a adorarle.

Lo más sensato habría sido llamar a Jordan, pedirle un anticipo y buscar algún sitio, apartarme de todo aquel vendaval de sensaciones que se agitaba en mí cada vez que lo tenía cerca, pero no les arrebataría a mis hijas otra persona más a la que habían cogido aprecio, y dudaba que su estabilidad emocional soportara otro mal trago.

—Ritmo, ritmo de la nocheee —tarareaba Elena, meneando su faldita.

Magaly también bailaba, aunque de un modo algo más maduro. Ya era una pequeña mujer. Siempre fue muy madura, pero la pérdida de su madre le hizo aflorar su lado de hermana mayor con muchísima más fuerza.

Dave bajó a Daisy al suelo, quien ya había empezado a dar sus primeros pasos. La seguridad que le faltaba la suplía con su falta de miedo. Le encantaba soltarse de las manos y probar suerte con su nueva habilidad desbloqueada.

Dio unos cuantos pasitos titubeantes hacia mí, alargando sus regordetes brazos.

—Papá, papá.

—Sí, preciosa, estoy aquí.

—Vamos, levántate, Leo —me instó Dave con su sonrisa reluciente—. El dependiente me ha dicho que tiene una camisa igual que la mía pero de tu talla. ¿Quieres que se la pida y te ayudo a cambiarte? —cuestionó, agitando las seductoras cejas.

—Ni hablar —respondí seco con Daisy agarrada a mis dedos índice.

—Oh, venga ya, papi, ¡hazlo por nosotras, queremos que te vistas igual que Dave! Estaríais muy guapos. —Elena agitó sus gruesas pestañas oscuras.

—He dicho que no.

—Déjalo, es un aburrido —expresó Magaly resoplando.

—Es el día de tu hija mayor, no te cuesta nada hacerla un poco feliz. —Mi hija pequeña se soltó de mis dedos y Dave dejó caer sus manos sobre el apoyabrazos del sillón, en el punto exacto en el que estaban mis muñecas.

¿Sería capaz de escuchar lo fuerte que fluía mi sangre?, ¿oler la excitación que despertaba bajo la fina tela de mi calzoncillo? Algo me decía que sí, que Dave tenía intuición para esas cosas, que sabía cuándo estaba delante de una presa y le divertía jugar con ella.

—¿De qué tienes miedo, Leo? —me preguntó, atravesándome con aquella mirada que prometía envolverme en caramelo espeso.

—De muchas cosas, pero no de ti, si es tu pregunta. —Se mojó la boca.

¿Para qué cojones hacía eso?

Me imaginé agarrándolo de la nuca para hacerlo con mi lengua en lugar de la suya.

—¿En serio? —me tanteó provocador.

No tenía miedo, sentía pavor, un terror extremo a no tener la suficiente fuerza como para seguir resistiéndome a él. Mi cuerpo exigía saltar por el precipicio y ser engullido por el vacío, ahogarme en lo prohibido hasta desfallecer.

Dave no tenía ni idea de mi pasado, del mundo en el que me moví y al que debía volver. Si me conociera de verdad, sentiría asco, desprecio profundo, el mismo que muchas veces me corroía por dentro cuando buscaba mi reflejo en el espejo.

Si no había vuelto a estar con otro hombre fue porque temía volver a perderme, a caer en las garras de aquella emoción que me hizo perder el mundo de vista y sentirme con la capacidad de crear uno que burlaba toda ley.

Un hogar construido a base del sufrimiento de los demás.

Mutilé mis emociones, no me permití amar más allá de la familia que con tanto esfuerzo había construido, porque sabía que jamás me enamoraría de una mujer como lo hice de Julio.

Alcé unos muros inexpugnables, me castigué por todo el mal que hice y me prometí que nunca más iba a ocurrir. Que alejaría el fuego que ardía en mí, el pecado que me devoraba las entrañas. El problema era que Dave me hacía desear arder, consumirme en el fuego de su libertad, y me moría de envidia, de mi pecado capital, porque lo único que me apetecía era dejarme llevar.

Intenté refugiarme en mi jaula de acero y volver a blindar cada puta emoción.

—¡Aparta! ¡¿Dónde está la puñetera camisa?! Si no me la pongo, no me dejaréis en paz.

Lo único que quería era algo de espacio, respirar.

—¿En serio?

—¿Me ves cara de mentir? Cuanto antes termine, mejor para todos.

—Juraría que Maurice dijo que la dejaba detrás de aquella puerta por si te lo pensabas.

Me levanté agobiado y caminé hacia el lugar que Dave me había dicho.

«Serénate, Lionel, ¡joder!».

Me metí en el cuarto sin mirar, ni siquiera me fijé dónde estaba el puñetero interruptor, daba lo mismo, bastaba con sacarme la camiseta, darme la vuelta y ponerme la camisa sin cerrar la puerta.

Me la estaba sacando por la cabeza cuando noté que la puerta se cerraba y la oscuridad me envolvía.

—¡Mierda!

Tiré de la prenda, me giré rápido y, en lugar de darme de bruces con una lama de madera, lo hice contra un cuerpo duro que conocía demasiado bien.

Di un paso atrás por inercia y mi espalda se clavó en la estantería. Aquel lugar era enano para dos tíos de nuestra envergadura.

La poca luz que se filtraba por la diminuta rendija del suelo apenas te dejaba ver.

Empujé el pecho de Dave con fuerza para apartarlo.

—¡¿Qué cojones haces?!

—Demostrarte que sí me tienes miedo.

Su respiración estaba pegada a la mía, igual que nuestros cuerpos.

—¿Ahora te crees el hombre del saco? Te estás pasando de la raya.

—Esto no es pasarse de la raya, lo que tú haces sí lo es.

—¿Yo? —Noté un roce sutil en la cara. Si sus manos estaban en mi pecho, tenía que haberlo hecho con la nariz, o con la barbilla.

El corazón me iba a mil. Su olor estaba en todas partes, no podía respirar sin percibir cada partícula de su aroma en mi nariz.

—No sé de qué hablas —insistí con la garganta seca.

—Pues yo creo que sí.

Ahora fue su erección la que patinó sobre la mía. De mi boca salió un sonido estrangulado.

—Mira lo que me haces —susurró ronco—. Quiero follarte y que me folles, quiero convertir tu boca en mi primero, segundo y postre. Quiero que mis manos se aprendan todo aquello que te gusta y lo que no. Que mis dientes te arranquen la ropa interior para comértela tan jodidamente bien que no puedas evitar estallar en mi lengua. Quiero paladear tu sabor y que tú hagas lo mismo conmigo. ¿Sigo?

—Estás loco… —murmuré agitado, y sentí algo húmedo en mi cuello.

No podía creerme que me estuviera lamiendo. Sí, sí podía porque lo estaba haciendo y yo no lo apartaba. Estaba consumiéndome de necesidad por probar todo lo que acababa de prometerme. Era una maldita locura.

—Dilo, Leo, di que quieres lo que te ofrezco y lo tendrás. Lo tienes desde hace tiempo, ni siquiera sé por qué te resistes a ello cuando ambos sabemos que está ahí. Sé lo que veo cada vez que te miro, y tú también. Tu cuerpo habla, y yo lo escucho.

Su mano buscó mi paquete y lo tanteó.

No podía estar más rígido. El sudor se arremolinaba en mi columna vertebral. Abría y cerraba los puños sobre la tela de la maldita camisa, con ganas de hacer saltar cada uno de los botones.

—Di que lo necesitas tanto como yo y te lo ofreceré —lo dijo en la comisura de mi boca, haciendo saltar por los aires todo aquello por lo que había trabajado.

Un pellizco breve en mi labio inferior me sacó de mis casillas. Noté la detonación y el fuego en cada célula.

Lo empotré contra la puerta y, literalmente, le borré la sonrisa de la cara. Sabía que estaba ahí, al igual que sabía que dos por dos eran cuatro.

Besarlo fue caer rendido ante una tormenta eléctrica cargada de truenos, rayos y mucha humedad.

Le tomé la cara con violencia, envolviendo nuestras lenguas en un torbellino de dientes, jadeos y saliva.

Su mano seguía sobándome, recordándome lo mucho que quería lo que estaba ocurriendo, las ganas feroces que me empujaban a despedazarlo porque ya no había espacio para la contención.

—¿Todo bien ahí dentro?

La voz de Maurice sonó lejana, lo que no fue tan lejano fueron los golpes que hicieron crujir la madera con suavidad.

¡Mierda! ¡¿Se me había ido la olla por completo?! Me aparté de un salto, golpeé la mano de Dave mientras que mis pulmones intentaban buscar una brizna de oxígeno que no estuviera viciado por su olor.

Intenté ser coherente y responder.

—Ehm, sí, perdona, Maurice. E-es que no encontraba la camisa y Dave ha entrado a ayudarme.

No me hacía falta ver la cara de mi compañero de piso para saber que tenía esa expresión estúpida de pagado de sí mismo.

—¡¿Qué camisa?! Ahí no hay ninguna, estáis en el almacén de la ropa premamá.

La puerta se abrió sin previo aviso. Como le ocurrió a aquella pareja de las noticias, a quienes les sorprendió un azafato en pleno vuelo intentando unirse al club de las cinco mil millas.

Parpadeé varias veces por culpa de la luz, pero no me perdí la mirada canalla cargada de triunfo con la que me premiaba Dave, ni la suspicaz del dependiente, al admirar mi torso desnudo y la inocultable erección que pujaba en mis vaqueros.

—Juraría que me habías dicho que le dejabas a Leo la suya ahí, por si se animaba a probársela.

Dave no tenía vergüenza, seguro que no la había conocido en su vida.

—Animado lo veo —bromeó Maurice—, solo que debiste malinterpretar mis palabras. No te preocupes, que ahora le busco una, con ese cuerpo es difícil dar con una prenda que no le vaya a sentar bien. Qué envidia, chicos —suspiró—. Sois tan cuquis. Adoro a las parejas que saben mantener la chispa. —Me guiñó un ojo. Tuve ganas de decirle que lo había malinterpretado, que ni éramos pareja, ni las niñas eran de los dos. Aunque, con Daisy llamándonos papá a ambos todo el tiempo, era lógico que hubiese llegado a esa conclusión—. Adorables, y vuestras niñas también, ojalá hubiera más como vosotros, me siento orgulloso de pertenecer al colectivo. Valientes como vosotros son los que nos hacen soñar a los demás con la posibilidad de una familia fuera de lo heteronormativo. Ah, y tranquilos, mi boca está sellada de lo que ahí ha ocurrido —señaló el almacén—. Vuestras pequeñas se están probando el nuevo *outfit* que les he dado. Voy a por vuestras camisas.

Cuando el dependiente se alejó y Dave fue a hablar, yo lo apunté con el dedo.

—Ni se te ocurra decir nada, lo que ha ocurrido ahí no ha pasado, ni se va a volver a repetir.

Fui a por la camiseta y salí malhumorado.

—Pues para no haber pasado, sigues con la polla dura, muchas farmacéuticas se matarían por la fórmula de tu viagra imaginaria.

—Cierra la puta boca, Dave.

—¿Por qué no vuelves a cerrármela tú?

«Porque si lo hago, no voy a poder detenerme por muchos Maurice que entren por la puerta».

No respondí. No podía hacerlo. Me puse la camiseta y di la callada como respuesta.

CAPÍTULO 34



Leo

Una cagada.

Eso había supuesto para mí besarlo, porque desde que habíamos salido de la tienda, mis labios no dejaban de hormiguear.

Estuve ausente durante la comida, mientras que mis hijas disfrutaban de cada ocurrencia de Dave.

Nos encontrábamos en nuestro restaurante favorito. A las niñas les encantaba porque tenían una zona de juegos que incluía una superpantalla para hacer retos de *Just Dance*.

Solíamos venir cada año, era una especie de ritual familiar, cada vez que uno de nosotros cambiaba de número, íbamos allí a comer o a cenar.

Nos pusieron en la mesa de siempre, Magaly debió contárselo a Dave porque yo no me había ocupado de la reserva. Estaba sentado frente a mí, en la silla que le perteneció a mi mujer durante años, lo que acrecentó mi malestar.

Era como si con su desaparición se hubiera adjudicado su lugar. Dormía a mi lado en la cama, ahora el asiento y, hacía unos minutos, su boca estaba en la mía. Aunque poco tenía que ver el beso que compartimos con los de María.

Apenas lo miré mientras comíamos la lasaña y las *pizzas*. Trajeron el pastel, y cuando Magaly sopló las velas e hicimos contacto visual, la boca del estómago se me cerró, no podía dejar de contemplar esos labios y rememorar su sabor.

Ellos cantaban. Daisy estaba sentada en una trona, al lado de la pared, agitando unas llaves que Dave le prestó para que se entretuviera. Yo apenas podía mover los labios, la voz no me salía con mi habitual fuerza, como si mi cuerpo no me perteneciera y solo fuera capaz de pensar en él.

¡No, no, no, eso no estaba bien, no podía obsesionarme, no podía ocurrirme de nuevo!

—Pide un deseo —susurró sin apartar la mirada de la mía.

Su timbre ronco me alcanzó y recorrió por dentro, mi cuerpo captaba el mensaje como si en lugar de decírselo a mi hija me lo estuviera diciendo a mí.

—¿Y yo puedo pedir uno? —preguntó Elena entusiasmada. Ella estaba sentada frente a Daisy, al lado de Magaly, con Dave en la cabecera.

—Claro que sí, Ellie —le sonrió, prendiendo de nuevo la vela.

Mi hija sopló y recitó en voz alta con los ojos cerrados.

—Quiero vivir para siempre con Dave. —Su petición fue como recibir un puñetazo en la boca del estómago.

—¡Elena! —espeté sin dudarlo. Ella separó los párpados.

—¿Qué?

—Pues que no podemos vivir para siempre con Dave, solo estamos de paso —le aclaró Magaly con un suspiro fastidiado.

¿Qué había sido eso? Si ella no dejaba de quejarse por la falta de espacio, ¿también quería vivir con Dave?

Mi hija mediana arrugó el gesto.

—Pues a mí me gusta estar con él; es divertido, baila con nosotras, las tortitas le salen ricas, no como a papá, que las quema todas. Me gusta que juguemos a *Super Mario* en la *Play* y que me deje su colección de gafas molonas.

—A mí también me gusta jugar a la consola contigo, Ellie, aunque la mayor parte de veces pierda contra la campeona. —Elena le sonrió pizpireta.

—Eso es porque la dejas ganar —rezongó Magaly.

—¡No es cierto, soy muy buena! —protestó mi hija mediana.

Ya se empezaban a pinchar. Era raro el día que no ocurriera.

—Sea como sea, cuando dices los deseos en voz alta, no se cumplen —pronunció Magaly con ganas de fastidiarla—. Y recuerda que solo estamos de paso, es mejor no acostumbrarse a vivir bien.

Esa última parte me escoció a mí.

—¿Vivir bien? ¿De qué demonios hablas? —refunfuñé—. Nunca os ha faltado nada en casa, me he matado a trabajar para que fuera así, y tú no has dejado de quejarte sobre las dimensiones de su piso.

—Puede que el piso no sea grande, pero ahora mi ropa mola, no tengo que llevar cosas de segunda mano, y tú estás. Antes apenas te veíamos.

Me reprochó sulfurada.

—No es un día en el que debamos discutir, es mejor que todos nos relajemos un poco, ¿no crees?

¿Y ahora de qué iba Dave?, ¿de pacificador? María hubiera actuado igual, ella habría intentado restaurar la calma, solo que ella ya no estaba y Dave usurpaba todo lo que le pertenecía. El enfado creció en mí, estaba demasiado alterado por culpa de mis emociones, de lo

que me despertó, como para actuar con la cabeza fría.

—Os juro que no os entiendo —mastiqué, mirando a Magaly y a Ellie—. De hecho, no deberíamos estar aquí.

—¿Por qué no? —quiso saber Elena—. Venimos en cada cumple.

—Por respeto, porque no está vuestra madre, porque hoy también era su cumpleaños, y Dave no la puede reemplazar por muy guay que sea y muchas cosas que os compre.

Mi boca escupía fuego e incoherencias. En cuanto solté el veneno que me corroía las entrañas, me arrepentí al momento al fijarme en las caras de las niñas.

Demasiado tarde, ya estaba hecho, volvía a cagarla estrepitosamente, y esa vez con quien menos debía.

A Elena le tembló el labio y Magaly arrojó la servilleta que estaba sujetando.

—Gracias por arruinarlo todo, eres único estropeando momentos. ¡Todas hemos pensado hoy en mamá! Cuando estabas en la ducha, Dave nos hizo escribirle nuestros buenos deseos y los quemamos para que le llegaran al cielo. —No sabía que eso había pasado—. Si querías que mamá estuviera aquí, ¡haber venido a dormir la noche del incendio! ¡Deberías haber estado en casa e impedirle que fuera a buscar la insulina! Elena no tuvo la culpa de habérsela dejado, o yo de correr como ella me indicó para salvarnos. ¡Tú eras el bombero! ¡Tú deberías haber estado! ¡Y ahora nos culpas de querer cambiarla por Dave cuando no es cierto! ¡Él solo nos ha ayudado! —Sus ojos estaban cargados de lágrimas—. ¡Yo no quería que mamá muriera! —gritó.

Se puso en pie, tiró la silla y salió corriendo del restaurante.

—¡Magaly! —vociferé sin conseguir que se detuviera. Elena se puso a llorar, y yo solté el aire con brusquedad.

—Ya voy yo —musitó Dave con la intención de ir en pos de mi hija mayor.

—No, es cosa mía, tú no te metas. Yo soy su padre por mucho que Daisy te llame papá —apreté los puños. Dave no dijo nada—. ¿Las puedes vigilar? —pregunté abrupto.

El movió la cabeza afirmativamente y no me perdí cómo Elena buscaba sus brazos para consolarse.

No había actuado bien, y no me refería solo a ese momento. Le dejé a Dave la responsabilidad de hablarles a mis hijas sobre el fallecimiento de María, no quise tocar el tema con ellas porque mi hija mayor tenía razón, era el único responsable de que María no siguiera con vida.

Debería haber estado en casa, debería haber protegido a mi familia, pero no lo hice; estaba drogado, durmiendo en el suelo de la casa del hombre que una vez creí amar con toda el alma.

Julio se ocupó de que terminara cumpliendo, de manchar mis manos de sangre, porque yo había terminado matando a María.

Salí a la calle y miré a un lado y a otro.

¿Dónde demonios se había metido?

Grité su nombre, corrí arriba y abajo desesperado, con una opresión en la boca del estómago.

No, no, no, no, ¿dónde estaba?

Me detuve en una parada de fruta para dirigirme a una señora de mediana edad que estaba pagando.

—Disculpe, ¿ha visto a una niña de catorce años? Es morena, muy guapa, con un vestido morado y bailarinas del mismo color, más o menos de esta estatura —le indiqué, señalándole mi barbilla.

—No, lo siento.

—¿Y usted? —me dirigí al hombre que le cobraba.

—Lo lamento, señor, estaba atendiendo.

—Gracias.

Me giré en redondo, trescientos sesenta grados en los que mi corazón rebotó en mi garganta. La desesperación por encontrarla sacudió mi vientre, me pasaron mil cosas por la cabeza, entre ellas, que Julio César podría haberse hecho con ella.

¿Y si me había estado siguiendo? ¿Y si esperó la oportunidad, como yo hice con María, y se la había llevado?

La historia no se podía estar repitiendo. Recordé sus palabras.

«O cumples, o pagas».

Y el pagas significaba joder a mi familia.

Saqué el móvil del bolsillo trasero del pantalón.

Busqué su número en la agenda.

—Vamos, vamos, vamos, contesta.

Magaly apenas llevaba unos días con él. Fue mi regalo de cumpleaños, con los puntos acumulados de la compañía telefónica me hice con un terminal nuevo. Le cedí a mi hija mayor el número de María.

No había tenido uno hasta entonces porque tener una tercera línea nos suponía más gastos. Llevaba tiempo argumentando que lo necesitaba, que todas sus amigas tenían uno y ella era una paria.

El móvil dio señal, lo cual me tranquilizó.

Al descolgar, sentí un alivio inmediato que se esfumó al escuchar la voz al otro lado de la línea.

CAPÍTULO 35



Ray

—¡¿Qué haces respondiendo?! —exclamó la voz al otro lado de la línea.

—Se supone que cuando alguien te llama, espera que le respondas.

—Sí, pero no tú, ese es el móvil de Magaly, ¡¿qué haces con él?!

—Bueno, teniendo en cuenta que se lo dejó encima de la mesa y en la pantalla aparecía papá, pensé que sería buena idea responder. ¿Qué ocurre?, ¿pensabas que lo había perdido o algo?

—No está conmigo, de hecho, llevo todo este rato buscándola y no aparece. —Leo estaba muy alterado, lo que despertó todas mis alarmas—. Joder, ¡no la encuentro!

—Vale, calma, ¿estás seguro de que no se ha escondido en alguna tienda para hacerte sufrir mientras mira? Eso es muy de adolescente cabreado.

Chasqueé los dedos y le hice el gesto al camarero de pedir la cuenta. Elena estaba entretenida en la zona de juegos, tras calmar su llanto, le insistí en que bailar un ratito le sentaría bien. Le dije que no le tuviera en cuenta a su padre ni a su hermana lo que habían dicho, que ambos estaban muy nerviosos porque era una fecha señalada y los dos extrañaban a su madre.

Tuve suerte de que una niña de la mesa de al lado, con la que había estado jugando antes, viniera a buscarla. La capacidad de asimilación de los niños siempre me alucinaba.

Daisy estaba frita entre mis brazos, la pillé cabeceando y decidí acurrucarla. En cuanto su cabeza tocó mi pecho, cayó rendida.

Leo llevaba diecisiete minutos fuera del restaurante, si no le di importancia fue porque pensé que estaría hablando con Magaly, solucionando las cosas, y no quería interrumpirlos.

Me puse en pie y, mientras el camarero regresaba, fui a buscar a Ellie.

—Vale, escucha, si no se ha escondido, puede que haya ido en dirección al piso, total, estamos solo a seis manzanas. Igual necesitaba tomar el aire o charlar con una amiga, ¿sabes con quiénes suele quedar?

—Mi hija no queda con amigas.

—¿Cómo que no queda? ¿Tiene fobia a la amistad?

—No, no se trata de eso —respondió y se quedó en silencio.

—Vale, bueno, ahora mismo salgo y hablamos, ¿vale? Respira y piensa, ¿qué suele hacer tu hija cuando se enfada contigo?

Llegué a la zona donde Elena acababa de terminar su partida de *Just Dance* y sonreía sudada. Le susurré que nos marchábamos, y ella se despidió con una sonrisa de su nueva amiga.

Tras unos segundos esperando la respuesta de Lionel, respondió.

—No sé, a su cuarto, supongo.

—Eso no ayuda mucho, porque no me dejaste darle un juego de llaves a Maggie, así que a no ser que tu hija pueda atravesar paredes o viajar en el espacio, dudo que podamos encontrarla tumbada en su cama. Aunque no descartemos que esté sentada en la puerta cuando lleguemos, es una posibilidad. —Me acerqué a la mesa y pasé la tarjeta de crédito por el TPV—. Acabo de pagar, ahora salgo, te cuelgo.

—¿Qué pasa, Dave? —preguntó Ellie, que no se perdía una.

—Nada, *sweety*, no pasa nada. —Besé su cabecita morena.

—¿Es Maggie? —Tampoco podía andar mintiéndole, se daría cuenta de que algo pasaba.

—Es que tu hermana mayor necesitaba tomar el aire, y en lugar de decirle a papá dónde ha ido, se ha despistado y yo tengo su móvil. ¿Tú sabes dónde puede estar? —Elena negó y me miró con cara de preocupación.

—¿Y si se la llevó el hombre de los tatuajes? —Frené en seco. Una cosa era el hombre del saco y otra el de los tatuajes.

—¿A quién te refieres?

—Mamá siempre nos decía que había un hombre de los tatuajes que se llevaba a las niñas buenas, que debíamos tener mucho cuidado si nos encontrábamos con él.

—¿Y cómo es ese hombre de los tatuajes?

—No lo sé, nunca lo vimos, por suerte, pero mamá decía que muy guapo, porque el diablo siempre intenta engañarnos.

—Vaya, menudo susto. Lo que no sé es si no lo habéis visto nunca, ¿cómo podíais distinguirlo por guapo que fuera? A ver, mi amigo Raven es muy guapo y lleva muchos *tattoos*, pero no se lleva a las niñas.

—Eso es porque él no lleva la marca.

—¿Qué marca?

—La cruz bajo el ojo, aquí —se señaló la comisura exterior—, o el tatuaje de las tres calaveras. Mamá nos dijo que si alguna vez nos cruzábamos con él, teníamos que salir corriendo, escondernos e ir a buscar a la policía. Puede que Magaly lo viera y por eso corriera.

—¿Tú lo has visto alguna vez? —Elena negó.

—¿Crees que mi hermana sí?

—Espero que no —reanudamos el paso—. Tu mamá era una mujer muy lista, te enseñó muy bien; si ves al hombre de los tatuajes y no estoy cerca, haz lo que ella te enseñó, y si estoy cerca, dime quién es. ¿Lo harás?

—Sí, Dave.

—Buena chica. Venga, que tu padre nos espera fuera.

Cerca de la entrada cogí el cochecito y acomodé a Daisy en él. La pequeña ni se inmutó, seguía durmiendo como un tronco.

El dueño del restaurante vino a despedirnos y desearnos que volviéramos pronto, le comenté que si Magaly aparecía por el restaurante, que nos llamara, tenía mi número de la reserva, que a la niña le había dado una rabieta, había salido corriendo y no la encontrábamos.

Me dijo que no me preocupara, que si aparecía, él mismo la llevaría a su despacho, que tenía cinco hijas y sabía de qué iba. Me deseó buena suerte y me dio el pastel de cumpleaños, que hice guardar en una caja y lo metí debajo del cochecito dándole las gracias de nuevo.

Leo estaba desencajado.

—¿Nada? —Negó.

—Dame su teléfono.

Le tendí el móvil y nos pusimos a caminar en dirección al piso todo lo rápido que su pierna en recuperación nos permitió.

Le vi meterse en la agenda de contactos mientras yo empujaba el carrito. Por suerte, el móvil no estaba bloqueado, por lo que fue sencillo acceder.

Sus ojos se desplazaron entre la multitud de nombres.

—¡¿Cómo puede tener mi hija ciento cincuenta contactos si solo hace unos días que se lo regalé?! —preguntó, paseando los ojos por la larga lista.

—La vida social de los estudiantes americanos es muy agitada, sobre todo, si eres tan guapa como Maggie. Fijo que tenía la misma lista de espera que cuando Taylor Swift pone a la venta las entradas para ir a uno de sus conciertos.

Lionel me miró mal, a ningún padre le gusta la idea de que su hija pueda tener tremenda base de datos de posibles conquistas.

Necesitaba que le echara una mano con urgencia, se notaba que estaba fuera de sí.

—Respira hondo, Leo, seguro que solo se trata de una rabieta. Te sugiero que, en lugar de empezar a llamar por orden alfabético, entres en su WhatsApp. Seguro que las personas con las que más se mensajea son su círculo más cercano. Es un buen principio.

—Bien pensado.

No podía dejar de pensar en lo que Elena me había contado. María tenía miedo de alguien de la SM-666, el tatuaje de la cruz y el de las calaveras eran propios de ellos, de los hombres que me atacaron cuando seguí a Lionel y a las mujeres del SKS. ¿Y si Price se estaba equivocando? ¿Y si Leo ya no pertenecía a la SM-666 y por eso María había advertido a sus hijas? Todo era muy extraño, aunque podría ser. A la mañana siguiente de que él se fuera con aquella mujer y a mí me dieran la paliza, se desató el incendio, daba igual que no hubiera ninguna marca o pintada cerca, puede que no les diera tiempo e intuyeran que Lionel pillaría el mensaje.

—¿Panteras negras? ¿Bloodygirls? ¿Just do it? ¿Silent Killers? Pero ¿qué tipo de amigos tiene mi hija?, ¿asesinos en serie? —Casi me eché a reír, no lo hice por la cara que estaba poniendo Leo, pero en otra situación, ya estaría metiendo el dedo en la llaga.

—No entres en esos grupos, forma parte de su intimidad.

Conociendo a Maggie, no le perdonaría a su padre una intromisión a lo bestia en su parcela privada.

—¡Pues que lo hubiera pensado antes de largarse!

Leo pulsó uno de los grupos y lo vi bizquear.

—¿Qué ocurre? —Solo esperaba que no estuviera viendo fotos comprometidas, porque si era así, me daba a mí que Maggie no salía de su cuarto en la vida.

—Son todo audios, y hay más de quinientos cincuenta, solo de ayer. Pero ¡¿de qué tienen qué hablar las Panteras Negras?

—Igual hablan en rugidos —comentó Elena.

—Mejor no te metas en los grupos y busca en los mensajes que…

—A ver, panteras, soy el padre de Magaly y no la encuentro, se ha dejado el móvil, si está con alguna de vosotras, decidme con quién y la dirección y paso a buscarla.

Soltó el botón.

—No creo que sea buena idea… —Lionel me ignoraba. Repitió la acción con varios grupos, y lo único que consiguió fue que el terminal no dejara de vibrar ni cuando alcanzamos la portería, donde, por cierto, Magaly no estaba.

El grupo de las Panteras se llenó de audios, el de las Bloodygirls de emoticonos y palabras a las que les faltaba la mitad de las letras, además de *gifs* de vampiros sugerentes. Just do it estaba formado por algunas de las panteras y de las Bloodygirls que alegaban que ya habían respondido en los otros grupos. En Silent Killers no respondió ni Dios, es más, el grupo estaba vacío de mensajes.

—Vayamos con el móvil a la policía, ellos sabrán qué hacer.

Lo sugerí porque cualquier persona normal es lo que diría al ver que la niña no aparecía.

—¡No! —exclamó demasiado rápido, con la mirada cargada de horror.

—¿No?

—Se-se me acaba de ocurrir un sitio. Hazme un favor, quédate con las niñas, y si no he vuelto en unas horas, entonces llama a la policía. —Estreché la mirada.

—No me parece buena idea, llamo a Raven y Dakota para que nos hagan de canguro y te acompaño.

—¡No! Por favor, no confío en otra persona que no seas tú para dejárselas, por favor, Dave. —Su mirada era suplicante. La había visto antes, no en él, sino en Raven, y aquel día fue una puta mierda.

—Lion… —Su cara se desfiguró.

—No me llames así —susurró entre dientes—, lo odio.

—Perdona, Leo, estás demasiado angustiado para ir solo…

—Unas horas, no te pido más, por favor —suplicó. Ya lo empezaba a conocer, y sabía que no entraría en razón.

—Está bien, pero si pasa cualquier cosa…

—Te llamo. Te debo una muy grande.

—No dudes que me la cobraré. Anda, llévate mi moto —le comenté, arrojándole las llaves—, así irás más rápido.

—Gracias —musitó, cogiéndolas al vuelo.

CAPÍTULO 36



Leo

Entré en la propiedad de Julio con la misma facilidad que salí.

En cuanto las cámaras me captaron, no tuve que llamar al timbre, se abrieron sin necesidad de decir «Abre u os mato a todos». Aunque mi amenaza fuera difícil de cumplir.

Un par de los *homeboys* estaban apostados en el jardín, contemplándome con sus miradas silenciosas cargadas de advertencia y las armas insinuándose sin pudor. En sus expresiones se intuían los niños que una vez fueron, correteando semidesnudos por un hormiguero repleto de chabolas, con la mugre apelmazándose bajo las uñas de los dedos y los ojos brillantes de una felicidad lista para ser arrebatada.

De ellos quedaba poco. Igual que ocurrió conmigo. Mi interior bullía de una rabia incontrolable que tensaba cada músculo de mi cuerpo. Julio ya me quitó a María, pagué por la ofensa que les hice, no podía quitarme también a Magaly.

—¿Dónde está? —les pregunté, obteniendo un simple levantamiento de cejas. Ninguno de los dos habló, se limitaron a observarme con una turbidez cortante.

El del pelo rapado tenía las marcas que te deja en el rostro pasarte consumiendo piedra.

El otro mascaba chicle mostrando la dentadura. Tenía los dientes manchados y las encías

ennegrecidas. Un fino bigote quedaba suspendido en su labio superior y una tira vertical de vello facial le partía la barbilla en dos.

—¡Os he hecho una pregunta! —El rapado ladeó el cuello. El otro habló.

—Tú no eres el *big*, no te debemos nada —escupió la goma de mascar al suelo.

Quiso decir que no era el jefe y que las explicaciones estaban de más.

—Gracias por la cortesía, yo mismo lo encuentro —mascullé cargado de rabia.

Avancé hacia ellos y me bloquearon el paso.

—¿Vienes a que te encule de nuevo? ¿No tuviste suficiente? ¿Le cogiste el gusto? —rio una tercera voz que se sumó a la de ellos.

Era Miguel, la mano derecha de Julio. Cuando estábamos en Soyapango, iba a ser responsable de la *clica* que se ocuparía de traer y llevar a los pollitos.

No disimulaba la desconfianza y el asco que sentía por mí. Los años ocultaron las señales que le dejó el acné sobre sus mejillas, una barba negra y fina las camuflaba. Sus labios eran tan breves como la fina línea que delimitaba el territorio de la SM-666 con Barrio-18.

—Apartad, vengo a por lo que es mío, no a discutir con vosotros. —Él rio.

—¿Lo que es tuyo? Pensaba que la puta de tu mujer se hizo barbacoa.

Los tres rieron. Apreté los puños dispuesto a partirles la cara, sin importarme que fueran armados y yo no. Iba a atacar cuando el rey de la corte se asomó a la puerta.

—Perros, no sean descorteses y dejen pasar a Lion.

Julio César vestía de forma impecable; en lugar de marero, parecía un hombre procedente de la banca o dedicado a los bienes raíces. Si no fuera por la tinta que ascendía y descendía como una segunda piel, por su cuello y sus manos, o la cruz en su rostro, podría ser cualquier cosa, incluso modelo.

—*¡Hijjueputa!* —exclamé, lanzándome hacia él, pero sin llegar.

Si pretendía marcarme un *Misión Imposible*, saltando por encima de sus acólitos, lo llevaba claro.

Los hombres me bloquearon el paso. Aunque esa vez no me quedé quieto, afilé los puños dispuesto a enfrentarme a ellos y a todo el que se interpusiera entre mi hija y yo. Esa vez no iba a llegar tarde.

Poco me importó mi pierna o que fueran tres, mis puños impactaban contra ellos, sentí el chasquido de la nariz del rapado bajo los nudillos, la sangre caliente me los envolvió.

Usé el codo para golpear la mandíbula del que llevaba bigote y mi pierna buena siguió la inercia del camino que llevaba a su entrepierna. Se dobló en dos. Lo suficiente como para dejar espacio a Miguel, quien no esperó su turno, y me recibió con uno de sus afilados cuchillos. Se ganó el sobrenombre de Navaja, esa era su *taca*[44], la que le otorgó la mara por su pasión a manejar armas blancas.

—¿Quieres una de mis señales, *peseta*[45]? —preguntó, blandiendo el arma. Buscó atestarme una puñalada en el abdomen que esquivé por muy poco. Casi me jodió la camiseta.

—¿Qué pasa? ¿No sabes usar las manos que necesitas emplear tu cuchillo con un hombre desarmado? —lo increpé. Julio parecía divertido, contemplándonos sin necesidad alguna de intervenir.

Todavía recordaba cuánto le gustaban esas cosas, enfrentarme a sus hombres para que pusiera en práctica todo lo que me enseñaba. Después de una pelea cuerpo a cuerpo, solíamos ir a un lugar apartado y…

—Yo no veo un hombre, solo un *peseta* y un pipián. Has venido a morder la mano que te dio el perdón, *hijueputa* —Volvió a atacar.

Lo esquivé, di dos pasos atrás, pero la pierna mala tropezó con una piedra del camino, trastabillé y él aprovechó para hacerme un barrido que me hizo perder el contacto con el suelo. Mi espalda crujió con el golpe.

Se abalanzó sobre mí como un coyote, el cuchillo se incrustó en mi gaznate y solo lo detuvo el bramido de Julio.

—¡Basta!

—Pero, *big*… —protestó Miguel con el filo hundiéndose en mi carne.

—He dicho que es suficiente —siseó.

—¡Lo ha insultado! ¡Ha venido a atacarlo en su propia *chanty*[46]!

—¿Y le has preguntado por qué?

Miguel, que tenía los ojos incrustados en los míos, giró la cabeza sin entender.

Que yo entrara en la propiedad de Julio César sin ser invitado era suficiente afrenta, que lo insultara me convertía en hombre muerto sin necesidad de atacar. Era lógico que su mano derecha se mostrara desorientado por su actitud.

No podía desaprovecharlo, con un movimiento, atrapé su muñeca, se la retorcí, me hice con el arma y cambié las tornas.

Miguel se vio sorprendido por mi ataque, y en cuanto lo aplasté sin un ápice de temor, fue su piel la que se estremeció bajo la punta del cuchillo. Dejó de moverse.

—Así que el león no ha perdido sus garras —se jactó Julio—, me tenías preocupado, pensaba que la noche del incendio perdiste los huevos. Remátalo —sugirió relamiéndose.

—¡¿Qué dice, *big*?!

Miguel no daba crédito a la petición de su jefe, la sangre brotaba de la herida abierta. Dudaba que Julio en persona hubiera ido a por mi hija, quizá enviara a Miguel.

—Te has dejado vencer, eres su presa, él pagó su tributo y tú lo has ofendido. Tiene derecho a cobrarse tu vida. Además, estás con la espalda en el piso, ya sabes lo que eso significa.

Era una de las normas. Si dos miembros de la mara peleaban, el caído podría llegar a morir a manos del atacante sin que este sufriera ningún perjuicio. Perder en una pelea era señal de debilidad, y en la SM-666 no había cabida para los débiles.

—¿Qué me dices, Lion? ¿Quieres su sangre?

Ante la pregunta, el pecho de Miguel subió y bajó nervioso. No quería morir, por lo que intentó deshacerse de mi agarre, el movimiento hizo que la hoja se hundiera. El líquido carmesí brotó con fuerza. Unos milímetros más y el cuchillo le hubiera perforado la tráquea.

—¡Acaba! —espetó Julio.

—¿Dónde estabas hace una hora? —le pregunté a Miguel.

—¿Y a ti qué mierda te importa? ¡Acaba! ¿No le has oído?

—Si quieres vivir, responde —gruñí.

—Viendo el partido de los Knicks, en la cocina.

—¿Cuál ha sido el resultado?

—Noventa y seis contra noventa y dos de los Miami Heat.

Aparté el arma y la lancé bien lejos.

—Los Knicks te han salvado el pescuezo, perro —proferí, poniéndome en pie.

No quería mancharme las manos con una muerte innecesaria. Si alguien tenía que morir sería quien le hubiera puesto una mano encima a Magaly.

Avancé iracundo hacia Julio, quien me esperaba con una sonrisa en los labios y los brazos cruzados.

—Eres un blando, Lion.

—¿Dónde la tienes? —pregunté, subiendo los peldaños.

—¿El qué?

—Dirás a quién.

—No sé de qué me estás hablando.

—¡Ya lo creo que sí! ¡De mi hija! —rugí, abalanzándome sobre él para arrearle un empujón que nos metió a los dos dentro—. ¡Magalyyy! —vociferé, esperando escucharla.

—Yo no tengo a tu hija.

—Sé que la tienes tú.

—Te equivocas.

—¡Magalyyy! —volví a gritar.

—¡¿Qué ocurre?! ¿Se te ha perdido? No es de extrañar, está igual de tiernita que María a su edad. ¿Recuerdas? Todos se la querían *brincar*. Igual es lo que están haciendo sus amigos en este momento —sugirió como una serpiente de las que se enroscan y te asfixian—, divertirse con tu hijita.

—Voy a matarte, cabrón —lo amenacé, buscando romperle la boca, pero él me bloqueó el golpe y me encajó un *upper cut* en las costillas.

—Has de ser más rápido —rio apartándose. Siempre le gustó que nos diéramos de hostias.

—¿No tuviste suficiente con matar a María que has tenido que secuestrar a mi hija? —Mi puño ávido de violencia buscó incrustarse en su torso. Casi lo logré, le fue de unas décimas.

—Has perdido rapidez, Lion, estás desentrenado. —Busqué la remontada con un gancho que le acarició, aprovechó el movimiento para tomarme del brazo y arremeter contra mí encajándome en la pared.

El aire abandonó mis pulmones.

—No se golpea a quien te enseñó a pelear, no está bien —musitó contra mi cuerpo. Me tenía bien agarrado. Su respiración calentaba mi oreja—. Si quisiera a la zorrita de tu niña, ya me habría hecho con ella. No la tengo, al igual que no maté a tu mujer.

—¡Mientes! —zozobré—. Yo mismo vi a tu hombre con el encendedor, tú me lo mostraste.

—Pura coincidencia. En las noticias dijeron que fue uno de tus vecinos, un pirómano que acumulaba varias denuncias, además de un arsenal de líquidos inflamables. Fue uno de los desaparecidos en el incendio. En esos edificios colmena nunca sabes quién duerme a tu lado. Lamento no haberme podido pasar por el funeral, estaba ocupado, ¿te gustaron las flores que le mandé a tu mujer?

Sus dientes atraparon el lóbulo de mi oreja. El gesto que en otra época me erizaba la piel ahora me producía asco.

—¡Me mandaste una corona de flores muertas! —protesté, moviendo la cabeza incómodo.

Por suerte, las vi yo antes que las niñas, o Dave, llevaban el logo de la SM-666. Pedí que las retiraran de inmediato y se deshicieran de ellas. Si ya tenía sospechas de que Julio César estaba detrás de su muerte, la corona lo terminó de confirmar.

—Exacto, igual que tu mujer, muy acordes. Aunque no te ha durado mucho la soledad, un pajarito me ha dicho que te has mudado y que un putito nuevo calienta tu cama. ¿Qué dicen tus hijas? ¿Les gusta el cambio? —Chasqueó la lengua—. ¿No les importa que su papito sea un pipián?

—¡Cabrón! —forcejeé, y Julio César me soltó. Había veneno en su mirada.

—Podríamos haberlo matado. Te siguió la noche que Anita dio contigo, lo tenías bien encabronado. —Mi ceño se frunció. Dave no me contó nada de eso. ¡¿Cómo narices no me había dicho nada?! Julio me ofreció una risa hueca—. ¿No lo sabías? Curioso, porque él le dijo a mis

hombres que era un pacto, que cuando ejercías de *tronero*, él te cuidaba las espaldas. Quizá te siguiera porque estaba celoso. ¿Te culeas a un controlador?

—No tienes ni idea, él no tiene nada que ver con todo esto. Puede que se preocupara porque me vio discutir con Anita y no quise decirle de qué se trataba.

—Por supuesto, tienes que darle explicaciones a tus compañeros… A mí no me la das, Lion, ¿por qué vives en su piso y lleva a tus hijas al colegio?

Volvió a recortar la distancia entre nosotros. Estaba muy cabreado, y yo sentía la necesidad de quitar a Dave de su punto de mira. Era culpa mía, no debí aceptar su ayuda, y ahora estaba con la mara al cuello.

—Solo es un compañero de trabajo, puede que se obsesionara un poco conmigo, pero no hay nada. —Tenía que darle algo para que me creyera—. Las niñas le cogieron aprecio mientras estuvimos en el hospital, yo apenas tenía dinero, las facturas del hospital eran altas y mi piso se había quemado. ¿Dónde querías que fuera? No estaba como para rechazar la oferta de Dave. —Julio rio sombrío.

—Dave… —susurró. Su nombre en sus labios me produjo un escalofrío. Seguramente, ya lo sabía, solo me estaba jodiendo—. Podrías haberme pedido ayuda a mí, yo te habría brindado mi casa, hubiera pagado las facturas y metido a tus hijas en un colegio mejor que en el que están, sabes que cuidamos de los nuestros. Te redimiste, ya nada está mal, solo necesitas asumir tu rol —murmuró, pegando su cuerpo al mío. Fue a tomarme de la nuca, pero yo lo frené agarrándolo de la muñeca.

—No quiero a mis hijas metidas en este mundo. Devuélveme a Magaly y, como te dije, seré tuyo, te entregaré mi vida, para que hagas con ella lo que quieras. —Se relamió los labios y se acercó a mi boca sin rozarla.

—A ti ya te tengo, ambos sabemos que nunca podrás volver a huir de lo que eres, de lo que prometiste, o acabarás *mirando las estrellas*, tú y esas crías que tanto te importan, claro que antes sufrirían, mucho, muchísimo, y tú lo verías, me ocuparía personalmente de ello. —Acarició mi boca y volvió a apartarse—. No tengo a Magaly, busca en otra parte, y Lion… —Mis ojos buscaron los de él—. Te doy tres semanas, me da igual si todavía no estás al cien por cien. Se acabaron tus vacaciones y empieza tu nueva vida, deshazte de Dave, o yo mismo lo haré.

Se acercó a la puerta y la abrió.

CAPÍTULO 37



Ray

En cuanto subí al piso, dejé la tarta en la nevera, coloqué a Daisy en la cuna sin despertarla y ubiqué a Elena delante del televisor para que se entretuviera. Yo me metí en el baño, tenía que hacer varias llamadas para intentar localizar a Magaly, no iba a quedarme de brazos cruzados.

La primera fue al director Price. Tenía que ponerlo al corriente y conocer la posición de Torres. Al llevar el móvil encima, era sencillo dar con él.

Tuve que esperar un par de minutos porque estaba reunido, y en cuanto se puso al otro lado de la línea, le mandé una ráfaga de información que lo dejé sin habla. Sobre todo, al contarle lo que Elena me comentó del hombre de los tatuajes.

—¿Piensa que Torres pudo desertar y por eso Muerte está detrás de él y su familia?

—Es una posibilidad —le respondí.

—Todo encajaría, teniendo en cuenta el fallecimiento de su mujer y la desaparición de su hija. Sobre todo, porque no hemos encontrado ninguna cuenta corriente a su nombre o al de su mujer, ningún movimiento extraño. Parecía que de verdad pasaban penurias económicas. Es más, mandé a una patrulla para visitar a los abuelos de Torres. El hombre apenas quiso contestar, pero la mujer…

—¿Les dijo algo?

—Salió de la casa por la puerta trasera cuando su marido los despachó. Preguntó por cómo estaba su nieto y lamentó el fallecimiento de María. Parecía sincera. Lo único que pudieron sacarle los agentes fue que su marido era muy intransigente con ese asunto y que ella intentó ayudar un poco a su nieto cuando él y María se presentaron en su casa.

—¿Cómo?

—Los envió a una granja que buscaba mano de obra barata.

—Menuda ayuda.

—Ya sabe cómo funciona esto, Wright. De todas las posibilidades, era la menos mala, por lo menos, no los dejó desasistidos y les dio una opción teniendo en cuenta que ella estaba

embarazada.

—Cada familia es un universo paralelo.

—Por cierto, debería apartarse de los Torres; si lo que insinúa es cierto, está en peligro, ya tiene que estar en el punto de mira de la SM-666.

—No hay indicios, y estoy bien, director.

—Y cuando deje de estarlo, quizá sea demasiado tarde.

—Yo me ocupo, relájese. ¿Puede darme la ubicación de Torres?

—Haré algo mejor, enviaré una patrulla para que se dé una vuelta por la zona. Le mantendré informado de lo que encontremos, Wright. Buen trabajo.

Me colgó antes de que pudiera exigirle la dirección. Tampoco es que pudiera ir en ese momento, sin embargo, podría hacerlo más adelante. Si no me la daba Price, conocía a alguien a quien podría pedírsela.

Mi siguiente llamada fue a Jennings.

—David, necesito un favor.

—No me lo digas, has conseguido que te salga leche de los pezones y ahora necesitas un sacaleches.

—De esos ya tengo uno manual y no me sale de los pechos precisamente.

—Puaj, no seas cerdo, que por mucha proteína que digan que contiene, son todo leyendas urbanas…

—Escucha, que la cosa va en serio, Magaly ha desaparecido.

—¡No jodas! ¿La cría de Torres? ¿Quieres que te pase a Price?

—Ya he hablado con él.

—Pero ¿cómo ha sido? —se interesó.

Le conté cómo habían ido las cosas.

—Puede que esté con una amiga o un novio, a esa edad son muy proclives a ocultar cosas.

—Hemos revisado su WhatsApp y nada, ninguna de las amigas sabe dónde está.

—Si yo tuviera catorce años, mi móvil no tuviera bloqueo de pantalla y lo más probable fuera que mi padre lo revisara…, me ocuparía de que los posibles mensajes del chico que me gusta no estén, borraría las conversaciones y los archivos, o puede que lo tenga con un bloqueo específico para que nadie pueda acceder a ese chat.

Me vino a la mente el grupo vacío.

—Hostia puta, Jennings, eres un maldito lince. Ojalá se trate de eso, tengo que colgar.

—Vale, pero mi mujer insiste en que te vengas a cenar un día de estos, dice que la avises con tiempo para que llame a sus amigas y les hagas un bailecito de los tuyos. —Reí por lo bajo.

—Dile que lo dé por hecho.

—De eso nada, vas a pagarme el favor que me has pedido, que te saque la ubicación de Torres y mi teoría sobre el novio de Magaly.

—¿Y cómo quieres que te lo pague?

—Le dirás que estás muy ocupado y que solo enseñas el rabo en ese club pornográfico en el que zorreas de noche. —Volví a reír.

—Vale. Te cuelgo, voy a hacer la comprobación. Echo de menos currar codo con codo contigo.

—Yo también, tío, aunque si me lo preguntan, lo negaré. Voy a hacerme con esa info y te la paso.

Ni siquiera me había sacado la chaqueta. Tenía el teléfono de Magaly en el bolsillo interior, se lo pedí a Lionel antes de que se largara con la moto por si podía averiguar algo.

Entré en el grupo Silent Killers, en la parte de arriba estaban los integrantes, solo había tres y un administrador.

Cuando pulsé sobre él, una sonrisa se me formuló en los labios, el teléfono me pidió la huella digital para abrir conversación.

«Pequeña granuja», mascullé para mis adentros.

Volví a levantar el teléfono, y en esa ocasión llamé a Robbins.

—¿Qué pasa, Ray? —Llevaba tantos días escuchando a las niñas, Leo y los compañeros del SKS llamándome Dave, que mi propio nombre me parecía extraño.

—¿Puedes averiguar a quién pertenece un número de móvil y darme su ubicación? —Jennings estaba ocupado con el de Leo, así que preferí echar mano de Tony.

—¿Qué ocurre?

—Es largo de contar, ¿puedes o no?

—Em, sí, bueno, puedo pedir el favor.

—Vale, pues házmelo. Te lo mando de inmediato —dije, poniendo el manos libres para teclear—. ¿En cuánto lo tendrás?

—¿Para cuándo lo necesitas?

—Para hace unas horas.

—Ok, entonces lo antes posible. Tengo a los colegas de informática aquí al lado.

—Gracias, Tony.

—A mandar. Por cierto, ¿te ha dicho Raven que ya hay fecha para el juicio?

—No. —Tragué con fuerza.

—Va a ser en unas semanas, tienes que estar preparado, seguro que te hacen declarar por lo del *parking.*

—Lo estaré. Gracias por avisar.

—No hay de qué, me pongo con lo tuyo y ya me estás pidiendo una caja de cervezas de esas de importación que tanto me gustan.

—Hecho, dale un abrazo a Sam de mi parte.

—Ese se lo doy yo —gruñó.

Me senté sobre la tapa del baño y respiré profundo. El juicio era muy importante, tanto para Raven como para mí. Tenía que estar de los putos nervios, igual que Dakota.

Todo por lo que nos habíamos esforzado, los años de sacrificio, por fin iban a dar sus frutos.

Busqué en la agenda, su nombre salía el primero, pulsé la tecla y esperé a que respondiera.

—Ey, Ray-Ban.

—Tony me lo ha dicho.

—Las noticias vuelan… ¿Estás cabreado? No te he llamado antes porque pensé que no podrías hablar.

—Tranqui, lo he imaginado. ¿Cómo estáis?

—Bien, bueno, Dakota un poco nerviosa, ya sabes, lo de tener que declarar siempre pone de los nervios. Lo único que quiero es que se imparta justicia.

—Tenemos que confiar, además, lo único que necesitamos es que entren en la cárcel, una vez allí, yo me ocupo.

—Ray, ¿estás seguro de que eso es lo que quieres?

—¿Tú no? Es lo que acordamos.

—Lo sé, pero no quiero joderte, creo que me basta con que no vuelva a asomar la nariz y le jodan a base de bien.

—Déjalo en mis manos, ¿vale? Llevas toda la puta vida cuidando de mí, cargando con toda

mi mierda. Me toca devolverte el favor, te lo debo.

—No me debes nada.

—Te lo debo todo.

—Pues si quieres devolvérmela, espérame desnudo y a cuatro patas encima de la cama.

—Ya te he dicho mil veces que mi orificio es de salida, no de entrada, y que los pelos de tu culo me echan para atrás.

—¿No te has fijado en que me los depilo?

—Tu ojete no es objeto de mi atención, así que muéstraselo a alguien a quien le interese.

—Si probaras mis mieles, no querrías las de tu novia.

—Dakota, mira lo que dice Ray…

—Escudándote tras el poder femenino, quién te ha visto y quién te ve.

—¡Hostia puta!

—¿Qué?

—Te dejo, las orejas de Dumbo acaban de tomar una nueva dimensión encima de un cuerpo mucho más apetecible que el del elefante. Ya te contaré… ¿Eso es pintura? Dime que es comestible —le oí murmurar antes de colgar.

Me alegraba que mi mejor amigo hubiera dado con la horma de su zapato. Se merecía a Dakota tanto como ella a él.

Cuando salí del baño, Ellie estaba con las piernas encogidas, mirando la tele y algunas lágrimas salpicando sus mejillas.

—Eh, ¿qué pasa? ¿Estás bien? —Ella asintió y sorbió por la nariz.

—Es que esa peli fue la última que vi con mamá y me he acordado. —La hice sentarse sobre mis rodillas y la acurruqué—. ¿Tú tienes mamá?

—Sí, pero vive lejos.

—¿Por qué?

—Por trabajo. —Ella asintió conforme—. Escucha, sé que no tenerla contigo es muy duro y que es lógico echarla de menos, pero seguro que aquel día lo pasasteis de miedo.

—No hubo miedo.

—Me refiero a que lo pasasteis bien.

—Ah, sí, eso sí. Hizo palomitas, estábamos las dos solas en el piso porque Magaly había ido con papá y Daisy al pediatra. Fue una tarde para las dos.

—¿Lo ves?, esos momentos son mágicos y se quedarán en tu corazón para siempre.

Ella asintió suave.

—¿Piensas que morir duele? Yo me quemé una vez al tocar una olla en la cocina y se me puso toda la palma roja. Mamá tuvo que ponerme mucho rato agua fría y una crema. ¿Los bomberos le echaron agua a mamá?

Besé su cabecita morena y noté la angustia que fluía por su diminuto cuerpo. Morir quemado era horrible, pero no podía decirle eso.

—Seguro que sí. Tu mamá era una mujer fuerte, y os quería muchísimo, es en lo que tienes que pensar. Ahora os cuida desde el cielo.

—No está en el cielo.

—¿No? —Ella negó.

—No le gustaban las alturas. Ella se ha quedado en la tierra para protegernos del hombre de los tatuajes, nos lo prometió.

—Entonces seguro que está cumpliendo con su palabra.

Mi móvil vibró interrumpiendo la conversación. Era un mensaje de Tony.

Al parecer, el número del administrador del grupo era de una tarjeta prepago registrada a nombre de una tal Wanda Vance. Me añadió la dirección. Conocía esa calle, no estaba demasiado lejos del edificio en el que vivía la familia Torres.

Tecleé la dirección en Google Maps y apareció frente a mí un edificio algo desvencijado, como muchos de los del barrio.

—¡Es la asociación! —exclamó Ellie, quien había estado cotilleando mi pantalla sin que me percatara.

—¿La asociación?

—Sí, a la que iba mamá para hacer barro.

—¿Fuisteis alguna vez con ella?

—Sí, mamá nos llevó alguna vez. Yo pintaba y Maggie charlaba con los hijos de algunas mujeres que iban al taller de mamá.

—¿Te fijaste si hablaba con alguien en concreto? ¿Había una chica que se llamaba Wanda?

—No lo sé, pero había un chico muy guapo que la hacía reír. Magaly se sonrojaba y movía los ojos como la conejita de la peli de Bambi, esa marrón que aparece con Tambor.

Ellie me hizo una caída de ojos que interpreté de inmediato, benditos dibujos animados. Había sido de lo más gráfica.

Puede que Wanda fuera la madre del chico al que Magaly le hacía ojitos, por eso la tarjeta estaba a su nombre.

—Vale. ¿Quieres que vayamos a la asociación? Puede que tu hermana haya ido a charlar un rato con su amigo. —Su mirada brilló.

—¡Es una gran idea! Igual ha querido ir a decirle que es su cumple.

—Podría ser. Voy a por Daisy, a ver si la encontramos.

Elena me apretó en un abrazo casi más grande que ella.

—Te quiero mucho, Dave, eres muy bueno con nosotras.

El corazón se me encogió por aquel acto espontáneo y cargado de sentimientos.

Las emociones de los más pequeños eran tan intensas, tan arrebatadoras, que cuando entré a trabajar en el HSI y participé en mi primera misión, supe que quería dedicarme a desarticular la trata de niños. Devolverles la vida que les habían querido arrebatar.

—Yo también te quiero, pequeña, a todas y cada una de vosotras —respondí con sinceridad.

—¿Y a papá? —cuestionó, alzando su mirada oscura.

Preguntas simples, respuestas directas.

—Os quiero a todos.

Su sonrisa se hizo amplia. Entendía que su concepto de amor distaba mucho del que yo quería darle a su padre, uno mucho más carnal e incendiario.

Las hijas de Leo se habían ido metiendo bajo mi piel con su ingenio, su afecto y aquellas respuestas que muchas veces me dejaban temblando.

Pensé en mi piso, en cuando no había braguitas de flores en la colada, junto a mis calzoncillos. O biberones en la cocina acompañando a mis cervezas. Al imaginar lo que supondría retomar la normalidad, me vi sobrecogido por una sensación de vacío. Pensé en Jennings y su pequeña familia; cuando me hablaba de ellos, se le llenaba la boca, el pecho y supuraba amor por todos los poros. En ese momento, lo comprendía, porque tener a los Torres conmigo me había llevado a un estado nuevo, uno en el que el trabajo o el dinero estaban en un segundo plano. Siempre quise tener una familia, el problema era que ellos no eran la mía, y era consciente de que apegarme tanto no me hacía bien.

Insté a que Elena se pusiera los zapatos mientras iba a por su hermana.

En el momento en que sacaba a la pequeña de la habitación, llamaron al timbre.

CAPÍTULO 38



Anita

—¡Voy a matar al cabrón de tu marido! —rugió Miguel, entrando en el baño.

Dio un portazo tan bestia que tembló toda la estantería de mis perfumes, mientras yo estaba inmersa en toneladas de espuma y aceite esencial.

—Como te cargues mi botella de 24 Faubourg, la que te matará seré yo —musité cortante. Estaba terminando de enjabonar mi pierna cuando me interrumpió—. Por cierto, ¿qué haces aquí dando portazos?

—Están reunidos en la zona de rituales fumando y tu marido se ha ido detrás de ese *hijueputa* sarnoso, olisqueando su rastro de pulgoso. ¿No has oído los gritos?

—Este baño está bien insonorizado. —No me costó mucho interpretar sus palabras—. ¿Lion se ha presentado aquí? ¿Y qué hueso se le ha perdido a ese perro?

—La niñita se le escapó.

—¿Cuál?

—La mayor, esa putica con alma de tronera. —Mis labios se estiraron en una sonrisa.

—Vaya, vaya, qué interesante…

Me puse en pie. El agua y el jabón se deslizaron por mi cuerpo exponiéndolo ante él. Los ojos hambrientos de Miguel me recorrieron con voracidad.

—Tú no sabrás nada, ¿no?

—¿Yo? ¿Debería? —pregunté sin apartar la mirada de la suya.

—El ruso quería… —Hice un aspaviento con los dedos, restándole importancia a su insinuación.

—Acércame el albornoz.

Lo hizo, pero antes me tendió una mano para que saliera del agua.

—Eres una diosa —murmuró. Su enfado se disipaba y la lujuria tomaba las riendas. Ver mi desnudez siempre lo ponía duro, no como a Julio. Me complacía que así fuera, aunque no siempre lo necesitaba para abastecerme. Su boca fue a buscar uno de mis pezones. Lo detuve.

—No tengo ganas de mancharme otra vez, acabo de bañarme, no seas irrespetuoso.

Me puse el albornoz dando ligeros toques sobre mi cuerpo para que el tejido absorbiera la humedad. Olía a jazmín, sándalo y pétalos de rosa.

Adoraba oler bien y verme bonita, una mujer tiene que levantar pasiones allá donde pisa, y yo me ocupaba de ello.

Miguel me deseó desde el primer momento que me crucé en su camino, y yo disfrutaba viéndolo babear. Cuando me propuse acabar con Julio, tuve claro que necesitaba un secuaz, alguien lo suficientemente cercano, preparado y capaz de traicionarlo por mí y su sed de poder.

Miguel cumplía todos los requisitos, y con la barba no se veía del todo mal.

Fueron pequeños gestos, conversaciones, coqueteos, una red tejida al milímetro durante años, hasta que vi el brillo de la seducción titilando en él. Daría lo que fuera por culearme, y lo hizo, me chimó.

Pero no fue hasta que me demostró su lealtad levantándole a mi marido el primer cargamento de pollitos.

Se embarró por completo, me ayudó en todo lo necesario, sabía que era capaz de cualquier cosa para tenerme, saborearme, incluso si para ello debía traicionar al *big*.

—Cuéntame, perro —musité cariñosa—, ¿por qué estás tan enfadado?

—Le pidió al pipián que me *mandara a contar estrellas*. —Abrí mucho los ojos.

—No, ¿y eso cómo fue? —pregunté sin dejar de presionar mi piel hasta los tobillos.

Después dejé caer la prenda al suelo y tomé la botella de loción hidratante corporal con aceite de rosas.

—¿Puedo? —cuestionó ávido de contacto.

—Solo si hablas y no intentas culearme.

—Lo prometo.

Le di permiso y se llenó las manos de crema, para calentarla y distribuirla sobre la piel de mi espalda sin mácula. La suya estaba llena de cicatrices y tinta, con el símbolo de la mara.

Era extraño encontrar un *homeboy* que no tuviera marcas. Las lucían con orgullo, porque en ellas se leía la historia de sus vidas.

Emitió un sonido de placer al pasar las palmas callosas, sus pupilas se dilataron al contemplarme en el reflejo del espejo.

—Eres mi perdición.

—Cuéntame algo que yo no sepa, por ejemplo, ¿por qué mi marido pidió tu cabeza? —Llevaba el pelo recogido en un moño alto para que no se me mojara.

Miguel masajeó mis trapecios sin apartar la mirada de mis pechos llenos. Se humedeció los finos labios y se puso a hablar.

—Ese cerote vino porque no encontraba a su hija, creía que el *big* la retenía. Tenía la muerte tiñendo sus retinas, aunque el muy pendejo se apareció desarmado. —La madre de Miguel era mexicana, y él utilizaba siempre algunos insultos en su lengua materna cuando se cabreaba—. Vino con intención de matarlo con sus propias manos, el Pelón y el Lobo le cerraron el paso, yo me sumé. Todo eso de la ceremonia de redención fue una pantomima, tú y yo sabemos por qué. —No era la única que vio a mi marido joder con otro hombre, ni la única que guardaba su secreto—. Se puso a darles una *n* a ambos e intervine con el cuchillo. Tu marido lo protegió cuando iba a rebanarle el pescuezo. No tuve que frenar, porque cuando lo hice, cuando miré al

big, el *hijueputa* aprovechó la pequeña distracción para arrebatarme el arma, voltearme y pincharme en el cuello. —Señaló la marca. Yo reí al verla, lo que detuvo el movimiento de sus manos.

—Si te volteó, te desarmó y te pinchó, merecías la muerte por flojo.

Sus manos volaron de mi espalda a mi cuello para apretar.

—¡¿Flojo?!

—Como me marques, estás muerto —espeté amenazante. Sus dedos se apartaron de mí como si abrasara—. Debiste matarlo sin preguntar o atenerte a las consecuencias. Mi marido no puede tener un segundo al mando que se deje vencer delante de sus hombres, te perdiste el respeto, *man*.

—Pues entonces acabaré con él, con tu esposo y con el Pelón y el Lobo.

—Ya habrán ido con el chisme mientras se fuman la piedra, ¿o qué crees?

Me di la vuelta. Miguel se pasó las manos por el pelo nervioso.

—Necesito hacer algo. ¿Piensas que me va a mandar matar?

Le acaricié la nuca.

—No lo dejaré, aunque no debiste perder, *man*. —Vi alivio en su rostro y después sorpresa en cuanto sintió el primer pinchazo.

Estaba tan enajenado que ni siquiera notó que con la otra mano le sacaba el cuchillo, se lo clavé tres veces en su estómago. Una, dos, tres.

La sangre me tiñó, y eso que le había pedido que no me manchara.

—Yo te mataré —mascullé, sintiendo el poder de su vida entrando en la mía.

En su intento de seguir respirando, me golpeó, toda su intención era arrebatarme el arma. Perfecto, un golpe lo haría más creíble.

—*¡Hijaeputa!* —Alcé las cejas y sonreí cantarina. No me dejé vencer, Miguel patinó en el charco que se estaba formando bajo sus pies y aproveché para arremeter contra su cuerpo, que se desangraba, rajé la tripa de lado a lado.

—¡Puta! —voceó entre estertores sanguinolentos.

—Pero no tuya, ya estás muerto, perro —proclamé, asestándole una puñalada mortal en el pecho, dejando que la gloria de la Santa Muerte anidara en mi pecho. Le bajé los calzones, los calzoncillos, le rebané su pija y se la metí en la boca, y solo entonces, me asomé a la ventana y me puse a gritar dando la voz de alarma.

CAPÍTULO 39



JC

Estaba en el despacho cuando uno de mis hombres llamó a la puerta y me dijo que Lion estaba frente a la verja.

Que apareciese sin que lo hubiera llamado hizo que la esperanza oscilara en mí, aunque duró poco al ver lo enfadado que estaba.

Llevaba encerrado entre papeles toda la mañana, tenía claro que alguien me la estaba jugando desde dentro, y Miguel estaba en el punto de mira.

Por muchas vueltas que le daba, era la única persona que encajaba, y ello me llenaba de cabreo porque llevaba años siendo mi mano derecha.

Fue quien contrató al coyote, el encargado de que el tráfico de pollitos llegara a buen puerto, conocía el origen, el destino, cada maldita ruta. Hacía cosa de un año, me pidió una mayor responsabilidad, y tenía la intención de convertirlo en *palabrero*, en jefe de su propia *clica*, y así me pagaba.

Dos de mis mejores hombres estaban *tirando esquina* con él, lo vigilaban desde que empecé a sospechar. Las últimas informaciones me habían llenado de inquietud, ambos coincidían en que, a la menor oportunidad, Miguel buscaba quedarse a solas con mi mujer.

Mi intención fue ofrecerle a Mercedes, la hermana pequeña de Anita, para convertirla en su esposa, aunque en su punto de mira parecía estar la mía.

Anita siempre despertó la admiración en cualquier hombre que posara sus ojos en ella, y no me pasó desapercibido el exceso de lujuria que serpenteaba en la mirada de Miguel cada vez que ella entraba en una estancia.

Todo encajaba, hacía un tiempo que él empezó a contradecirme en algunas de mis decisiones, como si se creyera con el derecho de hacerlo, de ser superior y estar más cerca de la Santa Muerte que yo.

Lobo me dijo que lo había escuchado coquetearle a mi mujer, decirle lo galana que estaba, y llegó a traspasar el límite cuchicheándole las cosas que le haría si yo no estuviera en la casa y se quedaran a solas. Mi mujer solo reía coqueta, a ella siempre le gustó que la adularan.

Conocía sus necesidades como hembra, siempre fue muy fogosa, y aunque intentaba satisfacerla, en mi fuero interno sabía que la parte de mi naturaleza que mantenía oculta a los demás la alejaba.

La Santa Muerte me castigaba por ello y no me otorgaba el heredero que tanto ansiaba. El doctor dijo que todo estaba bien, que era cuestión de tiempo, pero yo sabía lo que andaba mal, ese deseo que me comía por dentro y me hacía querer lo que no debía.

Miré la silueta que era engullida entre el tráfico.

Lionel, su pelo oscuro, sus labios sensuales, aquel cuerpo que había crecido y madurado, el mismo que pude catar para *estar a cheles*[47] frente a los hombres. No fue suficiente, quería más, mucho más, y la angustia de que estuviera compartiendo su esencia con el rubio que compartía piso me atormentaba.

¡Él siempre fue mío! ¡Desde el día que lo vi en el colegio! Desde que lo salvé en aquel baño, lo llevé a mi *chanty* para que se lavara y le presté mi ropa. Desde que lo enculé en el lago y besé su boca.

Apreté el volante hasta que los nudillos se me pusieron blancos.

Lo teníamos todo y lo perdimos todo, por culpa de esa tronera de María.

Llevaba años odiándola, supurando rencor por ella, porque con sus ardides fue capaz de apartar de mi lado a lo que yo más quería, además de mi hermana. Por su culpa, los perdí a ambos aquella noche.

Cuando entendí que estaba viva, y él también, que habían engendrado a tres niñas y que llevaban años riéndose a mis espaldas, quise acabar con todo. Mandé a uno de mis hombres con intención de prenderle fuego al edificio. Con suficiente líquido inflamable para hacer arder a todo Nueva York.

Quería castigar a Lion, que sufriera lo mismo que yo, aniquilar lo que nos separó y que el fuego abrasara su pecado, su abandono, y lo hiciera renacer entre mis brazos.

Aunque, en el último momento, cambié de opinión. Le dije a mi hombre que no prendiera nada. Quería otro tipo de venganza, una que redujera a Lion y lo hiciera darse cuenta de que yo siempre fui lo que había querido, que se equivocó al elegir.

Y eso solo podría hacerlo si las mantenía vivas.

Cuando vi el incendio en las noticias, no podía creerlo.

¡Deshice la orden! ¡¿Por qué se había desatado aquel incendio?! Llevábamos tiempo trabajando en un nuevo modelo de negocio. El que nos permitía blanquear dinero con las

brigadas privadas.

Prendíamos fuegos controlados, manipulábamos sistemas eléctricos y las casas de los más pudientes se quemaban como ramas secas en pleno verano.

La Santa Muerte quiso que Lion formara parte de una de mis brigadas, y que custodiara mi casa, porque daba imagen. No sabía que hacía un año lo tuve tan cerca, hasta que me puse a investigarlo.

Había estado en mi casa con ellos, y debió darse cuenta de quién era su jefe porque vio algo. Dejó la brigada con excusas baratas e intentó desaparecer del mapa. Si no se largó bien lejos fue porque no tenía suficiente dinero y porque en aquel entonces nosotros íbamos y veníamos de Los Ángeles a Nueva York. Hizo todo lo posible para ocultarse, sin tener en cuenta que Manhattan podía resultar de lo más pequeño y que una máscara no iba a apartarlo de su destino.

Lo de María fue un accidente. No le mentí a Lion, no fui yo y no tenía ni idea de lo que pasó, en parte, aunque podía intuirlo.

Lo primero que hice fue coger a mi enviado y someterlo a un interrogatorio que terminó en una golpiza. Juró y perjuró no haber sido él, que acató la orden; sin embargo, no lo creía, su compañero me dijo que había estado tomando tragos y fumando algo de piedra.

Tuve que tirar de influencias, untar a un pitufo para cargarle la muerta a alguien y que a la policía no le diera por husmear donde no debían.

Lion casi murió pasto de las llamas, debería haber sido feliz al enterarme, pero no fue así. Lo odiaba y deseaba a partes iguales. Odiaba lo que nos hizo, cómo me abandonó, cómo traicionó todo nuestro plan de futuro, y con ello me arrebató a Wendy.

Aquella noche me desgarré, me sumí en la más profunda oscuridad, y, por primera vez, tuve ganas de morir para irme con ellos. Fueron años duros, estaba roto por dentro, solo Anita tiró de la cuerda y no permitió que me hundiera.

Si hubiera muerto, no me lo hubiese perdonado nunca, sobre todo, porque él no lo estaba, el muy cabrón huyó con María, la preñó y la convirtió en su mujer, prefirió al tributo que a mí, y me abandonó en plena guerra.

Los inicios de la SM-666 no fueron fáciles. Soyapango se convirtió en una herida abierta, sangrante, en la que el silbido de las balas y los navajazos por la espalda se hacían presentes en cada esquina.

Hice de mi dolor mi refugio, mi fortaleza, no me quedaba nada que perder, salvo a Anita, quien se convirtió en mi muleta, mi bastón.

Me demostró estar a la altura, juntos nos hicimos una reputación. Barrio-18 quedó reducido bajo nuestro yugo y crecimos sin mirar atrás, arrasándolo todo, convirtiéndonos en la mara más respetada y temida desde el triángulo de América Central hasta Estados Unidos.

Mi móvil sonó, y al descolgar, puse el manos libres. Era uno de mis hombres, fruncí el ceño.

—¿Qué ocurre? Pedí que no me molestaran.

—*Big*, es su mujer —pronunció Lobo.

Frené en seco, no había visto que el semáforo cambiaba de estado y un taxista casi me embistió en el cruce. Me llevé un buen bocinazo prolongado a la par que perdía de vista a Lion en el asfalto.

¡Mierda!

—¡¿Qué le pasa a Anita?! Como me digas que ha perdido su anillo por el desagüe… —ladré.

—No es eso, jefe. De-debería venir. Miguel intentó…

—¡¿Qué intentó?!

—Culearla, entró en el baño cuando estábamos fumando y…

—¡*Hijueputa!* —Di un volantazo, ganándome otro pitido prolongado mientras pisaba el acelerador para cambiar de dirección. Vi el odio de Miguel cuando le sugerí a Lion que acabara con él. Había aprovechado la ocasión para vengarse—. ¡Lo voy a matar! ¿Cómo está Anita?

—Bi-bien, bueno, no va a hacer falta que se ocupe de eso, señor, ella lo mató. Lo cosió a navajazos, cuando llegamos al baño, estaba desnuda, cubierta de su sangre. Tenía un golpe feo en un costado, pero nos dijo que no lo había dejado culearla. El Navajas estaba en el suelo, desangrado, con el vientre abierto y la pija en la boca. Nuestra Señora se la rebanó.

Una sonrisa se perfiló en mis labios. Solté una carcajada de alivio y admiración. No había una reina mejor que ella, lo supe desde el día que le encargué su primera muerte y cumplió, no puso pegas porque se tratara de…

—Dile que voy para allá y que no se preocupe, ha hecho lo correcto. Deshaceos del cuerpo y que quede todo limpio.

—Sí, *big*.

En cuanto llegué, Anita se arrojó a mis brazos, la apreté contra mi cuerpo, tenía los ojos enrojecidos y sus hermanas la estaban consolando en el cuarto.

—Lo siento, yo no pensé, solo actué.

—Tranquila, mi amor. —Tenía el pelo húmedo y estaba envuelta en un albornoz.

Flor y Mercedes nos dejaron a solas. Vi una infusión en la mesilla de noche. Busqué los labios de mi mujer y la besé, deseando sentir la misma atracción que me consumía cuando besaba la boca de Lion.

No sucedió, me maldije para mis adentros y me aparté un poco, recolocándole el pelo detrás de las orejas.

—Ni siquiera sé por qué lo hizo, bueno, sí sé, entró diciendo que lo habías jodido, que quisiste matarlo a manos del *pipián* de Lion y que iba a demostrarme qué era tener un macho entre las piernas mientras tú habías salido en pos de él —suspiró, y a mí se me llevaron los demonios porque era cierto. Casi había perdido a mi mujer por ir en busca de Lion—. Me sacó por el pelo de la bañera, nunca lo había visto así, me arrojó contra el mueble del baño diciendo obscenidades sobre mi cuerpo y lo que me quería hacer. Intenté mantener la templanza, recordé todo lo que me enseñaste y… —Se le cortó la voz—. Tuve que fingir que me gustaba, que quería que me demostrara sus palabras, pero solo lo hice para salvar mi vida y mi honra —tembló mientras yo le acariciaba la espalda—. No te lo dije por vergüenza y porque Miguel era tu mano derecha, pero llevaba un tiempo insinuándose, nunca pensé que llegaría a tanto.

—Sé lo que estaba haciendo.

—¿Lo sabías? —Sus ojos se abrieron con estupor.

—Lo lamento, mi reina, tenía sospechas de que Miguel era un *peseta,* llevo varios días dándole vueltas. No he conseguido todavía pruebas, pero creo que fue el culpable de que nos levantaran a los pollitos para hundirnos en la mierda. Quería acabar conmigo y conseguirte para él.

—¡Yo nunca haría eso! —proclamó con fervor—. ¡Eres mi marido! ¡Te soy leal! Siempre he sido tuya, incluso cuando ocurrió lo de Soyapango, me mantuve a tu lado.

—Lo sé, mi reina, lamento no haber estado a la altura. —Volví a estrecharla y le besé el pelo.

—Fingí que se la iba a mamar —rio seca—. Él me tomó del pelo, dijo que no pudo olvidar la noche que todos los hombres me hicieron suya, que quería volver a tenerme de nuevo, pero solo para él. Me puse de rodillas, y entonces aproveché para arrebatarle el arma y hundírsela en el vientre sin contemplaciones. Quería cortarlo en dos, sacarle las tripas.

—Hiciste bien, mi amor, ese *hijueputa* merecía la muerte. Nuestra Patrona te protegió para

que le ofrecieras la sangre del traidor.

—Siento haberte interrumpido y que hayas tenido que volver.

—No pasa nada, no tuve que haberme ido. —Y lo sentí así.

—Te quiero, Julio.

—Y yo a ti.

Puede que no del modo que Anita hubiera deseado, pero a mi manera. Besé su boca y me propuse llenarla por una vez de placer, tanto como el que ella me había dado matando a Miguel. Solo necesitaba cerrar los ojos.

CAPÍTULO 40



Leo, trece años antes

Las sábanas se me habían pegado. Parte de la culpa la tuvo todo lo que bebimos y fumamos después del cine, tanto fue así que Julio tuvo que ayudarme para que pudiera meterme en la cama.

—Descansa, mañana es el gran día —susurró en mi oído.

Su boca buscó la mía y nos dimos un beso largo.

—No te vayas —supliqué ávido de su contacto.

—Tengo que hacerlo, Anita y Wendy me esperan abajo.

—Pero yo te necesito, te quiero —mascullé ebrio.

Nunca se lo había dicho antes. Su sonrisa se perfiló en la comisura de mi boca, para volver a azotarla con la respuesta que tanto ansiaba.

—Yo también, vamos a ser épicos. Tú y yo, juntos, para siempre.

Yo también lo creía.

—¿Puedo pedirte algo?

—Ya sabes que sí.

—¿Podemos no matarla? —pregunté temeroso de su respuesta.

—¿A quién?

—Al tributo —mascullé con la boca pequeña—. No nos ha hecho nada, sé lo que me dijiste de Nuestra Señora, pero creo que lo entenderá, algo así me parece demasiado. —Su cuerpo se tensó de golpe.

—Esto es más por ti que por mí, sabes que lo necesitas para que te respeten y que los hombres te acepten. Necesitamos el recipiente para la ceremonia.

—Pero no nos ha hecho nada, no sé si podré matarla —confesé agobiado.

—Su familia es nuestro rival, con eso basta. —No quería hacerlo y, sin embargo, bostecé, el sueño etílico estaba bajando todas mis defensas llenándome de sopor—. Tenemos que darles donde más les duele, mostrarles que somos superiores, hacerle la ofrenda a nuestra patrona y que un útero virgen nos reciba a todos. Su sangre protegerá la nuestra. Si me quieres, si crees en nosotros, tienes que hacerlo, solo así sabré que te lo tomas en serio.

»¿Estás dispuesto a demostrarme lo mucho que te importo? ¿A devolverme un poquito de todo lo que te he entregado?

En mi mente respondí sí a todo, pero solo salió el ronquido áspero del vencido. El sueño acababa de ganar la batalla y darme un respiro.

No me enteré de cuándo se marchó.

Los golpes en la puerta solo empeoraron mi malestar.

—¡Mamá! —grité.

Mi propia voz me estremeció, el cráneo me iba a estallar. Los golpes siguieron.

—¡Joder! ¡Ya voy! —rugí. Aunque lo que salió de mi garganta se asemejaba más a un lamento.

Salí de la cama y me arrastré. Lo de la noche anterior fue demasiado bestia.

¿Dónde demonios se había metido mi madre? Quizá hubiera salido, últimamente estaba más animada y solía hacerlo. Desde el susto que me dio, parecía estar algo mejor.

Ya te he contado que la depresión y la melancolía la llevaron a convertirse en una zombi viviente. Lo que no te he dicho es que la llevó a vaciarse un bote de pastillas mientras yo estaba con mis amigos.

Si no hubiera vuelto antes de tiempo, muy probablemente, estaría muerta.

¡Incluso dejó una nota de suicidio para que no me sintiera culpable! ¿Te lo puedes creer?

Voy a ahorrártela, decía algo así como que ya no aguantaba más, que necesitaba reunirse con mi padre, que había luchado todo lo posible por seguir viviendo únicamente por mí, pero que no podía con ello y que se marchaba. Que el dolor era demasiado intenso y que mi abuela se ocuparía de lo que necesitara.

¡Y una mierda!

Me sentí enfadado, iracundo.

¿Que vivía por mí? ¡Si no se enteraba de la mitad de las cosas! Nunca tenía idea de dónde o con quién estaba, ni de cuándo salía o entraba. ¡Siempre estaba encerrada en la habitación a oscuras!

¿Que se rendía? ¿Con qué derecho? ¿Y yo? ¡Me había abandonado en vida! ¡No solo había perdido a mi padre, también a mi madre!

Julio y Wen eran los únicos que se preocupaban por lo que me sucediera, mi madre pasaba de mi culo y no tenía ningunas ganas de ponérselo fácil. No le iba a permitir largarse de este mundo y abandonarme así. ¡No después de hacerme abandonar todo lo que me importaba para venir aquí!

Tembloroso, me aseguré de que aún tuviera pulso y respirara. La puse de lado y le metí los

dedos hasta el fondo de la garganta para provocarle el vómito. Insistí con saña hasta que reaccionó y llenó el lateral del suelo, y parte de mis zapatos, con el contenido de su estómago.

Después le palmeé el rostro, le arrojé un vaso de agua para espabilarla y salí corriendo en busca de un médico. Teníamos uno cerca, vivía a cinco casas de la nuestra y pasaba consulta en ella.

Me dijo que mi madre había tenido mucha suerte. Llamé a Julio y pasó aquella noche conmigo, soportando mis reproches, mi odio y, finalmente, mis lágrimas.

—No la culpes, perdió al amor de su vida. Está rota de dolor.

—¿Y yo?

—Tú me tienes a mí, ya sabes que siempre cuidaré de ti.

Fue una de las pocas noches que no follamos, solo dormimos abrazados, soñando con un futuro muy distinto a nuestra vida de ese momento. Tendríamos una gran casa, con piscina, en la que viviríamos los cuatro, una mansión de esas que salen en las pelis. Siempre habría bebidas caras, tendríamos un vestidor lleno de ropa de las mejores marcas. No habría penurias, y lo más importante, nada nos separaría.

Al día siguiente, vino mi abuela, la sermoneó y la obligó a ir a un psicólogo. Apenas podía mirarme a la cara cuando le contó que fui yo quien le salvó la vida.

Su disculpa fue un «lo siento» susurrado para segundos después echarse a llorar. Tampoco es que esperara que por arte de magia regresara esa madre cariñosa, comprensiva y atenta que me llenaba de bromas y me hacía tartas de arándanos. La tristeza ahogó a la mujer que una vez fue, y lo único que quedaba de ella era una sombra amarga, autodestructiva, en la que no encontraba un resquicio de su alma.

Aunque estuviera seguro de que la había perdido para siempre, un rayito de esperanza se negaba a dejar de brillar.

Las visitas al psicólogo le sentaron bien. No tuvo un cambio espectacular, pero sí empezaba a vislumbrarse algo. Fue muy progresivo. Empezó a salir con mi abuela a la calle, a acompañarla a comprar y, por último, a hacer mandados sola. Seguía medicándose, el médico le controlaba las dosis de ansiolíticos y antidepresivos, y yo las custodiaba.

En la última semana, incluso había comenzado a arreglarse un poco.

Hubo un día en concreto que me pareció casi la misma de antes. Se hizo una cola, se puso un vestido de flores que le regaló mi padre y cocinó mi tarta favorita.

Cuando terminamos de cenar, vi que me miraba dubitativa.

Me sentí incómodo, ni siquiera sé por qué, pero ella debió captarlo.

—¿Estás bien?

—He quedado con Julio, solo es eso, tengo prisa, pero todo estaba muy bueno, gracias.

—¿Seguro que solo es eso?

—Em, sí, ¿por?

—No sé, te veo inquieto y tan cambiado de cuando llegamos… —suspiró.

Alargó la mano y, por primera vez en mucho tiempo, me acarició el pelo. El gesto me congeló por dentro, no sabía qué decir o cómo actuar. Agité la cabeza un pelín molesto.

—Han pasado tres años, mamá, y tú te has pasado todo este tiempo ausente, es lógico que me notes cambiado.

—Lo lamento muchísimo, Leo —dijo con pesar—. No ha sido fácil para mí regresar, enfrentarme a la muerte de tu padre. La tristeza es un monstruo invisible que te mata en vida,

que te arrebata las ganas y te impide ser tú. Él fue quien me sacó de aquí.

—Y tú nos trajiste de vuelta. —No era una acusación, solo una afirmación.

—Perdóname.

—¿Por qué?

—Porque te estoy convirtiendo en ellos, y tú no mereces esto. Pensé que podría darte una vida mejor, pero he sido incapaz, me equivoqué con mi decisión y te he empujado a los brazos de la mara.

—No soy un marero, mamá. —Por lo menos, no todavía.

—No me tomes por tonta, la gente habla, sé lo que tú y ese chico tratáis de hacer, es muy peligroso. Yo no quería que fueras un pandillero, me siento fracasada como madre, he pensado en hacerte regresar, que te vayas a vivir con tus abuelos. A mí nunca me aceptarán, pero a ti sí, eres su nieto; si les hablo del peligro que conlleva vivir aquí…

—No —la corté.

—¿No?

—No voy a dejarte atrás. —Sus ojos se humedecieron. Además, amaba a Julio con todo mi ser, no estaba dispuesto a perderlo—. Eres mi madre y te quiero, te necesito.

Era cierto. ¿Cuánto tiempo llevaba sin decírselo?

Demasiado. Las lágrimas caían por su rostro acongojado mientras mi pecho se constreñía.

—Yo también te quiero, hijo. Aunque no te lo haya parecido todo este tiempo, lo hago, y ahora sufro por ti, por tu futuro.

—Pues no lo hagas, voy a estar bien, mamá, te lo juro. Lo único que quiero es que me prometas que harás el esfuerzo de cuidarte, como estás haciendo ahora, papá querría que estuvieras bien. —Ella me sonrió triste.

—Lo sé. No va a ser fácil, el médico me ha dicho que puedo volver a recaer, y no me gustaría que volvieras a verme mal.

—Podemos ir poco a poco, como hasta ahora, y si tienes un día flojo, me lo cuentas. Podríamos hacer que vivir aquí funcione, yo estoy dispuesto si tú lo estás. —Ella me cogió de las manos.

—Pero prométeme que no harás nada de lo que tu padre no se sintiera orgulloso, los dos nos esforzaremos para ser las personas que él habría querido a su lado. —Aquellas palabras fueron como una flecha en llamas lanzada a mi corazón, porque sabía lo que conllevaba. Mi padre nunca aprobaría los cimientos de la mara—. Prométemelo —insistió.

—Si tú me prometes que te vas a cuidar. —Ella sonrió. No fue una sonrisa espléndida, pero sí una bonita, con sabor a futuro.

—Te lo prometo —besé sus manos.

—Y yo a ti.

Los golpes volvieron a hacer crujir la madera. Llegué al *hall*, y cuando abrí la puerta, me topé con mi tío desencajado.

—¿Qué pasa? —pregunté, arrugando los ojos por la fuerza del sol. Él me abrazó contra su pecho.

—Lo siento.

—¿El qué? —inquirí sin comprender.

Varios *homeboys*, pertenecientes a su *clica*, estaban a sus espaldas, cabizbajos. Mi corazón se aceleró.

—¿Qué ocurre?

—Mi hermana, tu–tu madre —se le cerró la garganta. Mil teorías sin respuesta tomaron

forma en mi cabeza.

—¿Qué le pasa a mi madre? ¡Habla! —lo espoleé—. ¡Que alguien diga algo! —En mi timbre retumbaba el sonido de la desesperación.

—Fueron los *hijueputas* de Barrio-18, vinieron montados en sus *naves* para *detonarnos*[48] —comentó uno a quien llamaban Smiley—. Alguien abrió la bocaza y les fue con el chisme del nacimiento de una nueva mara. Vinieron a dejar su mensaje.

—Lo lamento, sobrino, no pude hacer nada por ella, fue todo muy rápido.

Me contó que mi abuela había llamado a mi madre porque necesitaba comida. Ella se ofreció a llevarle la compra. Cruzaba la calle cuando una bala la alcanzó por la espalda. Murió en el acto.

—¡No! ¡Nooo! —grité ahogado por el dolor y la rabia.

Sentí ganas de golpear al mundo, de quemarlo, de arrasarlo por completo. Lo que no habían conseguido unas pastillas lo hizo un marero.

Mi tío me sujetó.

—Vamos a vengarnos, vamos a ir a por ellos. Esto es *vuelto y traído*[49], sobrino, no te preocupes.

—¡No! ¡Es cosa mía! ¡Yo voy a vengarla!

La Santa Muerte acababa de darme un motivo para honrarla. No iba a tener piedad con los de Barrio-18, sangre por sangre.

CAPÍTULO 41



Ray

Abrí la puerta y respiré hondo al encontrarme con la mirada desesperada de Leo.

—Lo siento, debo haberme dejado las llaves, dime que Magaly ha aparecido.

—Me encantaría poder decirte eso. —Soltó un suspiro prolongado, no me gustaría estar en su pellejo, se notaba la angustia desbordándolo.

—Gracias por la moto —masculló, devolviéndome las llaves. Fue entonces cuando me fijé en sus nudillos inflamados.

¿A quién le habría partido la cara Leo?

—Tengo una pista, igual no es nada o igual es algo. Entiendo que tú no has tenido suerte. —Negó. Y entonces se dio cuenta de que tenía a Daisy en el carrito y Elena cogida a él.

—¿Ibais a alguna parte?

—Ya te he dicho que creo que tengo una pista.

—La asociación a la que nos llevaba mamá —proclamó Elena. Leo arrugó el ceño, como si no comprendiera. ¿Era posible que Lionel no estuviera al corriente de que María llevaba allí a sus hijas?

—Ellie dice que Magaly hizo amistades, por lo que he podido averiguar, los Serial Killers parecen ser esos amigos.

—¿Han respondido al mensaje?

—No.

—Entonces, ¿cómo has llegado a esa conclusión? —preguntó sorprendido.

—Puede que tenga algún amiguete bastante bueno localizando IP.

—¿Con qué tipo de gente te codeas? —Se cruzó de brazos y alzó las cejas negras.

—Del tipo que puede localizar a tu hija.

—*Touché*. ¿Nos ponemos en marcha?

—Antes deberías ponerte algo en las manos.

No quería ser demasiado explícito por Ellie. Además de la rojez de los nudillos, tenía una

pequeña herida en el cuello, la experiencia me decía que de arma blanca. Su nuez bajó y subió con rapidez.

—No es necesario, estoy bien.

—Como prefieras.

Añadir algo más sobraba, sobre todo, porque Elena no dejaba de mirarnos y escuchar atenta.

Fuimos directos a la asociación. Mientras andábamos, mi móvil vibró, era un mensaje de Jennings, no podía abrirlo delante de él. Lionel caminaba a mi lado, por lo que podría mirar la pantalla con facilidad y darse cuenta de que lo que me enviaban era la ubicación en la que había estado, lo que contribuiría al concepto de acosador que ya tenía sobre mí.

No era necesario añadir más leña al fuego. Me dediqué a entretener a Elena mientras él tenía la mirada perdida hacia delante. Hubiera dado parte de mi sueldo por ver qué estarían tramando sus neuronas.

«¿Quién cojones eres, Lionel Torres?».

Lionel subió los peldaños que nos separaban de la puerta del edificio de ladrillo rojo donde rezaba el cartel de la asociación y llamó al timbre.

Según el horario, no abría hasta dentro de una hora. Alcé la mirada y vi un movimiento de cortina detrás de una de las ventanas de la planta superior. Había alguien dentro, eso estaba claro, ¿sería Maggie?

Leo volvió a insistir, y, finalmente, la puerta se abrió. Una mujer de llamativos tatuajes en el rostro se asomó sin reservas. El número uno cruzaba su ojo derecho y el ocho el izquierdo, debía rondar los treinta. No había duda de que era una *homegirl,* y pertenecía a la mara Barrio-18.

Lionel se puso rígido al instante. Elena se soltó del lado del cochecito y subió las escaleras deprisa para saludar.

—¡Hola, Teresa! —La mujer de la puerta sonrió.

—¡Elena! ¿Qué haces aquí?

—Él es mi papá y venimos buscando a Magaly, es su cumple.

—Ya… —No parecía sorprendida. O sabía cuándo Maggie cumplía años, o la hija de Lion estaba allí.

La tensión envolvía el cuerpo de Leo, que había agarrado la manita de Ellie para sujetarla a su lado.

—Mucho gusto, Lionel, lamento tu pérdida. María era alguien muy especial, nos ayudó mucho a todas las que estamos aquí. ¿Queréis pasar? —los invitó.

—No. Solo he venido para saber si mi hija está aquí.

—Yo no la he visto, aunque he llegado hace solo media hora, puede que haya salido con mi hijo Nelson. A estas horas, casi siempre se encuentra en la cancha con sus amigos, está dos calles abajo, se le da muy bien jugar al baloncesto.

Se notaba el disgusto de Leo, no podía apartar los ojos de la cara de la pandillera.

—¿De la 18? —preguntó. Ella le ofreció una sonrisa comedida.

—Ya sabes cómo son las cosas. Fue una etapa. Gracias a Dios, la iglesia me recibió en su seno y en este lugar encontré la paz que necesitaba para mí y mi hijo. Siempre hay una ventana por la que poder saltar.

La única forma de salir de la mara era rendirte a Dios y que la iglesia quisiera acogerte. Existía esa salvedad para los expandilleros, aunque también era cierto que muchas no los aceptaban y que algunos mareros habían abierto templos. El 50 % buscaba un refugio para salir de la mara, el otro 50 %, una tapadera para dar con los prófugos de las pandillas.

Me dio la impresión de que esa mujer lo había conseguido y que el lugar que tenía enfrente

era más que un sitio para hacer vasijas de barro.

—Me alegro por ti. Voy a ver si encuentro a mi hija.

—Un gusto haberte conocido, espero que, aunque María ya no esté, dejes a tus hijas venir a visitarnos, los niños siempre son una bendición.

Leo se limitó a ofrecerle una sonrisa poco sincera. Dejó que Teresa se despidiera de Elena, y cuando llegó a mi lado, no hizo falta que me dijera hacia dónde debíamos dirigirnos.

Tenía muchas preguntas, demasiadas, necesitaba hablar con él, entender qué estaba pasando, pero tendría que ser a solas, en privado y desde luego que no en ese instante, sin tener localizada a su hija.

El sonido de los balones rebotando nos advirtió de que estábamos en el lugar indicado. Un grupo de jóvenes se dedicaba a lanzar canastas.

—¡Ese es el amigo de Magaly! —señaló Elena—. El que lleva la camiseta de los Bulls.

Rondaría los dieciséis o diecisiete años. Como su madre, era moreno, de piel tostada, rizos en el pelo y un tatuaje con el número dieciocho en el antebrazo.

Hice un barrido visual y entonces la vi, no fui el único porque Lionel arrancó en su dirección sin hablar. Estaba sentada de espaldas a nosotros, en una esquina, con la barbilla clavada en las rodillas viendo cómo los chicos arrojaban pelotas al aro.

Ellie se le adelantó a su padre y se abalanzó sobre su hermana mayor.

—¡Maggie! —Ella giró el rostro asustada y se percató de que estábamos allí.

Tenía los ojos enrojecidos de haber estado llorando. No sabía qué esperar, si ella se echaría a correr, si su padre la atraparía y se abriría el cielo debido a la monumental bronca…

Crucé los dedos para que, pasara lo que pasase, Lionel no le riñera delante de Nelson. Tenía toda la pinta de ser su chico, frenó en seco el lanzamiento al ver aparecer a Leo, y la preocupación se reflejaba en su rostro.

Elena se fundió en un abrazo con su hermana, quien no tenía muy claro cómo actuar.

—Arriba —le dijo Leo extendiendo la mano para que se levantara. Ella lo hizo sin rechistar —, nos vamos a casa.

—Pe-pero…

—He dicho que nos vamos —su voz era cortante y no admitía réplica.

Magaly desvió los ojos hacia Nelson y el muchacho asintió. No es que le estuviera pidiendo permiso, o por lo menos a mí no me lo pareció, era más como si necesitara que él la apoyara en su decisión.

Cuando estuvo frente a su padre, este hizo algo de lo más inesperado, la abrazó. La apretó contra su cuerpo y le habló flojo al oído, lo que hizo que una sonrisa se formara en mi boca. Los más duros por fuera suelen ser los más blanditos, si no, que se lo digan a mi amigo Raven.

Al contemplar su estampa, me llené de ternura, eran el claro ejemplo de que el ser humano, desde que nace, solo busca amor y aceptación. El sino de nuestras vidas era encontrar el afecto de todo aquel que perteneciera a nuestro viaje de vida. Deseábamos que las personas importantes para nosotros nos dijeran que lo estábamos haciendo bien y que, cuando fallábamos, nos arroparan en sus brazos para darnos sosiego.

El cuerpo de Magaly se sacudió, pude intuir su llanto. Leo la apretó todavía más contra sí, ofreciéndole una serenidad que se evaporó en el momento en que su hija salió por la puerta del restaurante, y que justo entonces acababa de encontrar. Espolvoreó su pelo oscuro con algunos besos y terminó agarrándola del hombro para venir hacia nosotros. No miró al chico de la cancha, ni una sola vez. Tampoco es que Nelson hiciera algo para acercarse.

Bajo mi punto de vista, obró bien, teniendo en cuenta la volatilidad emocional que estaba

atravesando Lionel.

Cuando Magaly estuvo a mi altura, me miró a los ojos y con el labio inferior temblando murmuró un:

—Siento haberte preocupado.

—No pasa nada, lo importante es que estés bien. ¿Te sientes un poco mejor ahora que te ha dado el aire? —Ella asintió—. Pues entonces podríamos ir al piso y comer pastel. Si quieres, puedes invitar a tus amigos. —Lo dije en plural por si había alguno más además de Nelson.

—Si entra alguien más en esa caja de cerillas, se hunde el edificio —masculló su padre, arrancando el paso.

—Alguno más podría entrar, sobre todo, ese chico de la camiseta roja, no ha dejado de mirarte desde que hemos llegado. —Magaly permaneció con la mirada en el suelo mientras caminábamos.

—¡Ese es Nelson! —proclamó Ellie—. ¿Voy a buscarlo?

—Ni hablar —comentó Leo.

—¡¿Por qué no, papi?! Es su amigo.

—No es mi amigo, solo nos conocemos.

—Mejor que no sea tu amigo, porque no te quiero cerca de ese chico, y ya estás borrando ese grupito del teléfono en el que lo tienes dentro.

«Y así es como un padre vuelve a cagarla estrepitosamente. Dadle un caluroso a plauso a… Lioneeel Torreees», canturreó mi mente.

Magaly lo miró estupefacta.

—¿Me estás prohibiendo que vea a Nelson y me has mirado el móvil?

—Si solo sois conocidos, no debería importarte. Y te recuerdo el trato, el móvil es mío, solo te dejo utilizarlo, así que puedo mirarlo siempre que quiera. No será por ser cotilla, solo para protegerte.

—¿Protegerme? ¿De Nelson? No tienes ni idea, desde que me vio aparecer, me instó a volver a casa o a llamarte para que estuvieras tranquilo. No puedes prohibirme que lo vea si quiero, además, va a mi instituto.

Leo se detuvo y enfrentó a su hija.

—Escúchame bien, Magaly, ese chico es un pandillero, si te digo que no lo veas es por tu bien.

—¡No lo es! ¡Es por el tuyo!

—Por favor, ¿has visto la cara de su madre y el tatuaje de su antebrazo? ¡Es de Barrio-18!

—Mamá tenía el mismo *tattoo* en el tobillo, lo llevó años, hasta que se lo borró —murmuró Magaly.

—Se lo borró porque no son buena gente, y no pudo hacerlo antes porque no teníamos dinero, lo gastábamos todo en vuestras necesidades.

—¿Qué tiene de malo ese número? —cuestionó Ellie.

—Pues que la gente de esa pandilla mata, extorsiona, trafica y hace cosas malas a las niñas pequeñas —soltó Lionel como una ametralladora. Noté el impacto de cada palabra, alojándose en el cerebro de Elena.

—¿Mamá mataba?

—¡No! ¡Papita! —Leo se pinzó el puente de la nariz.

—No lo entiendo —protestó ella acongojada—. ¿Teresa y Nelson son como el hombre de los tatuajes?

—¡Al contrario! —gritó Magaly—. ¡Ellos son lo opuesto!

—¡Basta! —rugió Leo—. No tienes idea de todo esto, y mejor que sigas sin tenerla. Te lo repito, si vuelves a ver a ese chico, hablas por teléfono, o me entero de que estás cerca de su edificio, te quedas sin móvil y te cambio de instituto. ¿Estamos?

Meterme en aquella discusión era tener ganas de morir, y por muchas ganas que tuviera, seguían faltándome datos. Me mordí la lengua y los imité. Retomé el camino al piso sumido en mis propias cábalas.

Entendía la preocupación de Lionel, Barrio-18 era el enemigo a batir de la SM-666, si alguien le quería el mal a él y a toda su familia era esa mara.

Lo que me pilló por sorpresa fue el tatuaje que Elena dijo que su madre tenía en el tobillo.

Quizá ahí tenía la clave de todo, un Romeo y Julieta entre mareros.

Puede que Lionel y María se conocieran sin saber quiénes eran, se enamoraran y, al ser de bandas rivales, solo tuvieran una opción; huir y desaparecer del mapa.

Lo que nos llevaba al siguiente punto. Si tuvieron una vida austera, sin hacer alarde de nada, era porque se estaban escondiendo, hasta que los de la SM-666 dieron con Leo en el SKS.

Por la cara que puso Lionel, no tenía ni idea de que al lugar al que acudía su mujer estaba repleto de mareros de la 18.

Lo que me llevaba al incendio del piso mientras Leo pasaba la noche fuera. Quizá la muerte de María fue el pago que se cobró la mara.

También cabía la posibilidad de que si era cierto lo que Teresa decía, que era una exmarera arrepentida, fuera Barrio-18 quien castigara la huida de los dos amantes convertidos en marido y mujer.

De la mara solo se sale con los pies por delante, por mucho que algunos quisieran creer que podrían lograrlo abrazando a Dios.

Tenía que quedarme a solas con Lionel como fuera para desentramar todo ese entuerto, y solo se me ocurrió una opción.

CAPÍTULO 42



Ray

Me costó convencerlo, pero al final claudicó.

Todavía no daba crédito a que hubiera aceptado, aunque habían pasado demasiadas cosas como para que no asumiera que me debía una explicación y que no iba a cesar en mi empeño de conseguirla.

Dakota y Samantha me hicieron el favor de venir al piso para que las chicas pasaran una noche inolvidable. Tony iba a estar montando guardia fuera, aunque eso no se lo dije a Leo; si ocurría cualquier cosa extraña, me llamaría.

Tenía la noche libre en el SKS, lo que implicaba que Raven curraba sí o sí. Aunque daba por hecho que cuando terminara, se pasaría para compartir la guardia con él.

Magaly estaba enfadada porque su padre la había castigado sin móvil hasta nueva orden, y Elena, eufórica, porque las veces que Sam y su hija pasaron por casa, terminaron inundadas de purpurina.

Estábamos sentados el uno frente al otro, en una de las mejores pizzerías de Nueva York, y no es que lo dijera yo, llevaba abierta desde 1929, en un lugar nada pretencioso de Bleecker Street.

El John's of Bleecker Street era un lugar peculiar, un local nada ostentoso, que se abarrotaba a diario para probar sus pecaminosos platos.

Cada persona que visitaba el local estampaba su firma en las paredes de madera, o en los asientos tipo banco que rodeaban las mesas. Había multitud de cuadros suspendidos en la parte que terminaba la madera y daba paso al chillón papel pintado.

Estábamos en la última mesa, quedaba al lado de la cocina vista donde el cocinero alzaba la masa de la *pizza* obrando el mejor de los espectáculos y haciéndonos babear a los presentes.

El olor a humo y comida se quedaría impregnado en la ropa de todos, aunque a nadie parecía importarle.

—Adoro este lugar, ¿has venido alguna vez? —Leo negó, acomodando la servilleta de

cuadros rojos y blancos.

—María y yo no éramos de salir mucho, casi siempre íbamos justos, así que lo de ir a comer fuera con las niñas era muy puntual.

—Entiendo. Bueno, espero no te importe que, para nuestra primera cita, haya escogido un lugar donde sirven pan de ajo.

Lionel me miró mal, aunque no demasiado, en plan enanito gruñón, no dragón incendiario. Había sido un día duro, pasó muchos nervios y se le veía cansado.

—Ey, que era broma, ya me conoces. ¿Quieres algo en concreto? ¿Eres alérgico a algo, al gluten o a los rubios? —Le guiñé un ojo. Después de más de un mes conviviendo, ya sabía que no tenía ninguna alergia alimentaria y sus preferencias, al igual que las de sus hijas, solo pretendía destensarlo un poco.

Lionel puso los ojos en blanco, si el asiento no hubiera sido de madera, estoy seguro de que se habría dejado caer en él.

—Lo que pidas estará bien —bufó.

—Confianza, dicen que esos son los cimientos de toda buena relación, me alegra que empecemos la noche bien.

—Dave, no estoy de humor, así que, ¿puedes cortarte con las bromas? Quizá sea mejor que nos larguemos.

—No vamos a irnos de aquí sin haber cenado. Las niñas están bien, ¿tantas ganas tienes de huir de mí?

—Es un día complicado —musitó con las arrugas de su frente más visibles que nunca.

No había caído en que también era el cumple de María, había vuelto a olvidarme.

—Disculpa, a veces soy poco delicado.

Cuando el camarero se acercó, me ocupé de pedir por los dos. Un par de entrantes y dos principales. Para beber, un par de cervezas heladas.

—Espero que vengas con hambre. Las croquetas de arroz y los palitos de mozarela están de vicio, y ya verás los espaguetis con albóndigas y salsa casera. Babeo solo de pensarlo.

—Déjalo ya.

—¿El qué?

—Intentar ser amable, que lo pase bien. Voy a irme de tu casa —soltó de manera abrupta. Esa sí que no la esperaba.

—¡¿Por qué?!

—Necesito hacerlo, tomar distancia.

—Oye, si es por lo del beso…

—No es por lo del beso —carraspeó incómodo—. Mis hijas y yo ya hemos abusado mucho de ti. Estoy mejor de la pierna y no puedo depender de tu caridad.

—¿Caridad? Yo os ofrecí mi casa y os la sigo ofreciendo, somos amigos.

Debería estar diciéndolo para convencerlo, no porque en realidad lo sintiera así, pero lo sentía. De algún modo extraño, Leo y sus pequeñas se habían colado en mi corazón y no tenía ganas de separarme de ellos.

—Te lo agradezco, pero no. Tenemos que irnos.

Algo en su tono de voz me hizo entender que su motivo iba más allá. Normalmente, la gente solo nos deja ver la punta del iceberg, ocultan más de lo que dicen, y Lionel llevaba años jugando al escondite.

—Cuéntamelo.

Esa vez sí que me puse serio.

—No te entiendo.

—Yo creo que sí. Ambos sabemos que no estamos aquí porque yo haya querido que pruebes su fantástica *pizza*, sino para hablar sin que tus hijas estuvieran delante y pudieran escuchar lo que no debían, así que, cuéntamelo, ¿qué pasa, Lionel? —Él negó.

—Lo siento.

—Eres capaz de construir frases que contengan más de dos palabras. ¿Por qué no lo intentas de nuevo?

—Es que no puedo contártelo. No soy una buena persona, Dave, ya deberías haberlo intuido.

—Que seas un poco rancio no te hace mala persona, además, a mí San Pedro tampoco me está esperando con las llaves del cielo en la mano. —Esbozó una sonrisa triste—. Del uno al diez, ¿cómo de mierdas crees que eres?

—¿Qué tipo de pregunta es esa?

—Una sencilla de responder.

—Doce.

—Um, bueno, tampoco es tanto, ¿y por qué? —Un sonido de exasperación se formuló en su garganta—. ¿Tiene algo que ver con ese señor de los tatuajes que secuestra a niñas, según Elena?, ¿o tu fobia a los pandilleros con intención de reinsertarse en la sociedad?

—No tienes ni puta idea.

—¡Pues cuéntamelo! —insistí.

—Lo único que voy a decirte es que estás en peligro.

—¿Yo? ¿Por qué? A ver, Teresa intimidaba un poco con esa cara pintada y dudo que a su chaval le hiciera gracia que no dejes a Magaly salir con él, pero más allá de eso…

Lionel dio un golpe sordo en la mesa que hizo vibrar los cubiertos y la vajilla.

—¡No es eso, me han encontrado! ¡Saben que vivo contigo y conocen dónde trabajas!

—¿Quién? ¿Tiene que ver con tus nudillos machacados y la herida de tu cuello?

—¿Por qué no me dijiste que te dieron una paliza, que aquella noche me perseguiste con la moto?

Vale, empezábamos a girar las cartas de la baraja.

—Porque me habrías tomado como un loco acosador, y en parte no es que no tuvieras algo de razón. Te seguí porque esa mujer no me dio buena espina, ni cuando habló contigo delante de mí, ni cuando serví su mesa. En fin, que actué un poco sin pensar, te seguí y por mi insana curiosidad me dieron una somanta de hostias, fin de la discusión.

—Tuviste suerte de que no te mataran, esa gente es muy peligrosa.

—Eso me pareció, sí. ¿Y qué tienen que ver contigo? ¿Les debes pasta, o algo así? —Me hice el despistado.

Trajeron las cervezas y ambos dimos un trago largo.

—Lo que les debo no es dinero.

—¿Y qué es? ¿Vamos a estar toda la noche así? ¿Jugando a los acertijos?

—Es que no debería estar hablando de esto contigo.

—¿Y con quién deberías hacerlo si no es conmigo?

—Con nadie, como siempre.

—Eso suena a muy solitario, y probablemente termines con una úlcera, no es bueno callarse las cosas tanto tiempo, el cuerpo es muy sabio.

—Antes tenía a María, nos lo contábamos todo, o eso creía hasta hoy. —Apretó los puños.

—¿No sabías que iba a la asociación?

—Sí lo sabía, lo que no tenía ni idea es que había llevado a mis hijas, o que había gente de

Barrio-18. Estoy muy enfadado con ella, y lo peor de todo es que ya no está para que me pueda responder todos los por qué que surgen en mi cabeza.

Se masajeó las sienes. Su rostro era una mezcla de decepción y agotamiento.

—Ey. —Extendí la mano por encima de la mesa y la puse sobre su antebrazo. Sentía la necesidad de aliviar su congoja—. Es muy jodido que ella no esté, pero también lo es que tengas que tragártelo todo solo. Yo nunca seré ella, y no puedo responder lo que solo tu mujer sabía, pero tengo mis propios por qué y me encantaría que respondieras a los que yo tengo sobre ti. ¿Te ves capaz de que lo hagamos, de que nos sometamos el uno al otro a una ronda de preguntas y respuestas siendo totalmente sinceros?

—No sé si puedo, no quiero fastidiarte la vida más de lo que ya lo he hecho. Te tengo aprecio, Dave.

Que me dedicara esas palabras me calentó por dentro. Algo en mi interior seguía diciéndome que nos habíamos equivocado con él y necesitaba más información, tanto para poder ayudarlo como para permitirme que lo que sentía por ese hombre siguiera creciendo.

—Yo también te aprecio, empecemos por algo sencillo, algo que no te haga sentir incómodo, pregunta tú primero.

Me recoloqué en la silla y dejé de tocarlo. Él puso la vista en el punto en el que antes estaba mi mano, aguardó unos segundos en silencio, como siempre solía hacer, pensaba mucho las respuestas antes de decidirse, no como yo, que era el puto rayo de la tormenta.

—¿Por qué nos acogiste?

Sonreí, esa era muy fácil de responder, podía ser sincero y omitir un poco de información a la vez.

—Porque me gustas, llevas poniéndomela como el cuello de un cantaor de flamenco desde que te vi por primera vez. ¿Has visto alguna vez alguno? —Negó—. Pues deberías, se les hinchan una barbaridad y se les llenan de venas. Y eso me pasa cada vez que te tengo cerca, y cuando duermo contigo, más. —La tez morena de Lionel se sonrojó, joder, cómo me gustaba sacarle los colores—. No te agobies, jamás me propasaría sin tu permiso, aunque debo confesarte que me gustaría darte más que al botón de un ascensor estropeado. —Tragó con dureza—. Por otra parte, están las niñas.

—¿Mis hijas?

—Son lo puto más, en serio, sois lo más parecido a una familia de verdad que he tenido nunca. Aun a riesgo de que suene muy moñas, siempre quise tener la típica familia feliz americana.

—Tu piso tiene poco de casita baja, con jardín, en un barrio de las afueras.

—Sabes que no me refiero a eso, sino al sentimiento de pertenencia, a ser algo más que un tío que vive solo. Me gusta cuando Magaly me enseña alguna receta de las que cocinaba con María, o ayudar a Elena a hacer los deberes y que cantemos juntos subidos en el sofá con las gafas de sol puestas. Encontrarme clips de colores para el pelo acompañando los restos de tu afeitado, o a que Daisy, mal que te pese, me llame papá. —Los ojos de Leo ahora brillaban de un modo cálido y acogedor—. Puede que mi piso sea pequeño, que esté algo abarrotado, pero lo que de verdad importa es lo que me hacen sentir las personas que hay dentro, y créeme si te digo que no estoy dispuesto a renunciar tan rápido.

Estaba más relajado, y eso me gustaba. El primer botón de su camisa estaba desabrochado, el olor de mi jabón se fundía con el de su piel y me alcanzaba aunque no quisiera, estremeciéndome por dentro.

—Mi turno —carraspeé—. Y sé franco. ¿Por qué me besaste esta mañana si no te gusto nada

de nada? —Las motas doradas de sus ojos centellearon.

—Quizá me apeteciera cerrarte la boca, que no siguieras hablando.

—¿Y para eso tuviste la necesidad de meterme la lengua? ¿No podías usar la mano?

—Quizá a mí también me apeteciera ser por un día tu botón del ascensor. —Fui incapaz de disimular la sonrisa.

«¡Seeeh! Señoras y señores, ¡Lionel Torres quiere que lo folleee!», mi mente lo pronunció como si estuviera en una batalla de boxeo y acabaran de anunciarme ganador.

—Buena respuesta. ¿Y qué tengo que hacer para que vuelvas a sentirte así?

—Esa pregunta no sirve, no incluye ningún por qué, además, es mi turno, queda invalidada.

Si el Lionel serio me ponía muy cerdo, el bravucón todavía me ponía más.

—Adelante, soy un libro abierto.

Trajeron los entrantes y seguimos con la ronda de preguntas, algunas subidas de tono y otras que tenían que ver con nuestras vidas, manías y preferencias.

Cuando el enorme plato de espaguetis con dos únicas albóndigas se plantó en mitad de la mesa, Lionel rio.

—No me jodas que quieres recrear la escena de *La Dama y el Vagabundo*.

—Si te soy franco, ni me lo había planteado, el friki de Disney es Raven, aunque si tenemos que recrearla…, ambos sabemos quién es la dama de los dos. Empújame la albóndiga con la nariz.

—¿Me estás llamando perro pulgoso? ¿O es porque no llego a fin de mes?

—Lo digo porque las mujeres en el club te llaman golfo.

—Ahí no tengo nada que objetar.

—¿Por qué no le importaba a María que te prostituyeras? ¿Teníais una relación abierta, o algo similar? —ronda de preguntas difíciles. Había tocado una tecla que le generaba incomodidad, pero si quería ahondar para entenderlo, necesitaba empezar por algún sitio. Mordió el interior de su carrillo y sopesó la respuesta—. Debo recordarte que sigue primando la verdad.

—No iba a mentirte, es solo que lo que pueda decir a partir de ahora puede complicar más las cosas.

—Me gusta lo complejo, no tengas miedo, estoy dispuesto a asumir riesgos en cuanto a todo lo concerniente a ti.

—Mi relación con María era distinta. —Se notaba que le costaba encontrar las palabras adecuadas—. Ella y yo estábamos unidos por las circunstancias, las mismas que nos sacaron de El Salvador. Fingimos nuestra propia muerte para poder huir.

—No has contestado bien la pregunta, así que la invalido y te pregunto… ¿Por qué la fingisteis?

Podría haberse negado a seguir, decirme que no tenía razón, pero no lo hizo, se notaba que tenía ganas de seguir abriéndose a mí.

—Nunca le he contado a nadie esto.

—Pues ya va siendo hora, ¿no crees? —En un movimiento arriesgado, cubrí su mano con la mía y se la acaricié—. Hazlo, cuéntamelo, te prometo que tu secreto estará a salvo y yo te contaré otro también.

—Si lo hago, nuestras vidas estarán jodidas.

—Lo que tengo ganas de joder no es tu vida y, si quieres, más tarde, te lo demuestro. Ahora dime, ¿por qué te fuiste, de qué huyes y a quién temes?

—Eso son tres preguntas y solo hay un por qué.

—Dime una cosa, de corazón, ¿no estás harto de no poder desahogarte con normalidad? Te

juro por lo más sagrado que lo que me digas quedará entre nosotros.

—Me estás pidiendo que salte por un precipicio a sabiendas de que me puedo estrellar.

—¿Y no te apetece saltar? —Agité las cejas—. Te prometo que mis brazos estarán al final.

—Yo no estaría tan seguro —suspiró.

Los ojos le brillaron, esa vez de manera lúgubre.

Respondió a mi agarre entrecruzando sus dedos con los míos, buscando la fuerza que necesitaba para hablar. No pensaba soltarlo hasta que hubiera terminado.

—Allá voy. Conocí a mi mujer porque iba a matarla.

CAPÍTULO 43



Leo, trece años antes.

Apenas podía respirar, el dolor y la ira que se acumulaban en mi pecho estallaban como nunca.

Wendy y Julio vinieron a casa de mi abuela en cuanto se enteraron de la noticia. Mucha gente se pasaba a verla porque, al tener una tienda en el barrio, era muy conocida.

Existía la creencia de que los asesinados sentían, que el alma se aferraba al cuerpo hasta que lo enterraban, y en esas horas, hasta la sepultura, la presencia cercana de amigos y familiares servía para que Lucifer no se llevara su espíritu. Que sentían cuando su asesino estaba en el velorio, porque su cuerpo sangraba por algún orificio, ya fuera la nariz, las orejas o la boca. A veces el líquido era rojo, otras amarillento. Aunque lo más importante era que permaneciera en un ataúd, para que el cuerpo y el alma estuvieran unidos.

Yo no quería que Satán se llevara el alma de mi madre, porque estaba seguro de que mi padre estaba con Dios, por mucho que yo fuera a venerar a la Santa Muerte. Ellos debían permanecer juntos.

Wendy vino a darme el pésame, me agarró de la mano llorosa y me dio un sentido abrazo, mientras se dirigía a mis abuelos porque Julio la espoleaba a que nos dejara solos.

Wen me apretó la mano. No tenía ganas de mirarla, solo quería acabar con todo aquel que me

hubiera quitado a mi madre.

—¿Por qué no vas a ver si la abuela de tu hombre necesita algo, Wen? Yo me quedo con tu macho.

—Permiso —se marchó prudente—, después hablamos, mi amor. Lamento mucho tu pérdida. —Me besó la mejilla para irse como Julio ordenó.

—Es una buena hermana, y será una gran esposa para ti.

—Ahora no puedo pensar en eso —susurré, viendo cómo se alejaba.

—No, ahora tenemos que centrarnos en la misión. Te lo dije, *man*. No se puede tener compasión con esos *hijueputas* de Barrio-18. Son de la peor escoria, siempre actuando por la espalda.

—¡La mataron porque alguien les contó que íbamos a formar una mara! Fue una advertencia.

—La advertencia se la tendríamos que dar nosotros de vuelta. Tu tío no va a quedarse de brazos cruzados. ¿Qué piensas hacer?

—¿De verdad me lo preguntas? ¡Quiero matarlos a todos! Quiero *vuelto y traído*.

—Claro que sí, *man*, nadie le ruje al león, y mucho menos mata a su mamá y queda impune. Vamos a prepararlo todo al detalle, los asaltaremos, les daremos donde más les duele. Vamos a nacer y a consagrarnos, vamos a darles el lugar que les corresponde, que es bajo la suela de nuestros zapatos. Porque quieres eso, ¿verdad? —me cuestionó.

—Más que nunca.

—Bien, hoy el rey de la mara va a consagrarse, nos honrará, a nuestra patrona y a su mamá. Hoy nace un nuevo Lion, uno que nos hará vibrar de orgullo. ¿A que sí, *man*? —Asentí—. Para que todo cuadre, debemos conseguir a la tronera de María y darles donde más duele.

—Voy a ir a por ella ahora. —Sentía tanta rabia que necesitaba hacer algo o me volvería loco.

Julio dejó ir una risotada.

—¿Quieres ir a por María ya?

—Tú dijiste que sería lo más sencillo, ir a por ella cuando todavía estaba en la escuela. Será muy difícil sacarla de La Campanera si no. —En la cara de Julio se formó una sonrisa. Me palmeó la espalda.

—Pensé que con la muerte de tu mamá no tendrías el suficiente ánimo y que me pedirías que fuera yo, o tu tío Miguel, a por ella, pero me equivoqué, eres increíble.

—Te necesito para poder hacerlo.

—Ya sabes que cuentas conmigo. Tú y yo para siempre. —Llevó su mano a mi pecho y puso la mía en el suyo. No hacía falta que me dijera que me quería porque lo leía en sus ojos, lo hacía del mismo modo que yo lo amaba a él.

Pusimos rumbo a La Campanera, conocido como el barrio más peligroso de Soyapango y el nido de *hijueputas* de Barrio-18.

Vista desde el aire, parecía una gigantesca raspa de pescado sin cola ni cabeza.

Las novecientas cincuenta y ocho casas estaban distribuidas en pasajes largos y estrechos. Solo se entraba y salía por la misma calle. Los estrechos callejones estaban llenos de *postes*, o lo que es lo mismo, integrantes de la mara cuya función era ejercer de vigías. Entrar en La Campanera era como hacerlo en un agujero infestado de alimañas donde se convivía con la extorsión, el asesinato, o el miedo.

Al fondo estaba la escuela y el punto de buses de las rutas 49 y 41-D. Más al fondo, la cancha de fútbol, los cerros y la nada.

La forma más segura de acceder era a través del barranco que quedaba en la última calle y

daba acceso a las poblaciones vecinas.

La misión debía salir bien, no podía fallar.

María vivía entre una casa *destroyer*, así se llamaban los lugares habitados por mareros donde se planificaban o ejecutaban crímenes, y la escuela. Era lo más práctico, puesto que su padre era el hombre cuya palabra era ley y siempre la tenían muy vigilada.

En contadas ocasiones, estaba sola, por eso era importante esperarla a la salida de la escuela.

Tenía el corazón revolucionado. Julio me esperaba al otro lado del barranco, con la *nave* de mi tío en marcha.

«Rápido y preciso como un león», murmuró, besando mis labios para darme suerte antes de apearme.

Vestíamos sudaderas oscuras, las capuchas nos permitían ocultar nuestros rostros, para pasar lo más desapercibidos posible. Lo único malo era el sol. Hacía tanto calor y estaba tan nervioso que no dejaba de sudar.

Necesitaba serenarme, me lo fui repitiendo al avanzar entre los escombros.

La escuela era una chabola más, de techado metálico y paredes cubiertas por símbolos de Barrio-18. Con la edad de María, muchas de las chicas ya no estudiaban, se quedaban en casa ayudando a sus madres o cuidando de sus vientres abultados. Con trece años, muchas de las dieciocheras tenían bebés o estaban preñadas.

La imagen de María estaba grabada a fuego en mis retinas. Julio me enseñó una foto en la que ella sonreía a cámara, era guapa, mucho, quizá demasiado. Si no hubiera sido la hija del *big*, ya la habrían tomado.

Mi vientre estaba revuelto y los nervios a flor de piel.

Me agazapé entre la podredumbre y la hojarasca. El hedor en días de sol era insoportable. Las moscas y las ratas se acumulaban sobre los restos orgánicos, muchos de ellos, con seguridad, humanos. Era un lugar de fácil acceso para desprenderse de los muertos a manos de los mareros.

Nadie sabía con certeza de dónde procedía el término mara, algunos apostaban a que era por la marabunta, un atajo de hormigas caníbales que arrasaban con todo bicho viviente que entrara en su horizonte.

En ese momento, yo me sentía con ganas de arrasar el mundo, de comerme vivo a cualquiera que hubiera tenido que ver con el dolor punzante que me dejaba sin aire. No obstante, eso vendría después, cuando hubiéramos consolidado la SM-666, el ritual estuviera hecho y se desatara la jauría de los adoradores de la Santa Muerte. Aniquilaríamos a cada integrante de la pandilla enemiga.

Avancé a cuatro patas, con el corazón en la garganta, sin pensar en la mugre que se me acumulaba bajo las uñas o su procedencia, era importante que nadie me viera.

Atisbé un *poste* afincado en uno de los laterales de la cancha, con la mirada puesta en la calle. Apreté los labios, a la distancia a la que estaba, dificultaba que me viera, aunque no podía fiarme. Que estuviera allí no ayudaba.

Cerré los ojos y le pedí a nuestra patrona que me ayudara, que haría todo aquello que me pidiera si me echaba una mano.

La respuesta vino en forma de *homegirl*, una mujer de curvas generosas y escasos pantalones que se encaminó hacia el pandillero para coquetearle y comerle la boca.

Era ahora o nunca.

Corrí lo más deprisa que pude y no paré hasta alcanzar la escuela. Que a esas alturas no tuviera una bala incrustada era buena señal.

Me asomé a una de las ventanas, los niños, de unos siete años, estaban atendiendo a la

maestra, sentados en desvencijados pupitres. Un pequeño me vio, pero yo le hice la señal de silencio, esperaba que no diera la voz de alarma.

Seguí caminando y pensé en lo que me dijo Julio. La clase de María era la última, por lo que debía seguir hacia delante. Estaba completamente pegado al muro, me mordí la lengua cuando vi una rata cruzando presurosa para alcanzar el cerro, por poco solté un grito, menos mal que pude contenerme.

Llevaba la jeringa lista en el bolsillo, era sencillo, solo necesitaba unos segundos para sorprenderla y clavársela en el cuello, que el líquido inundara sus venas y al poco tiempo ella quedaría desmadejada. Sería incapaz de moverse, por lo que yo tendría que cargarla y llevarla a través del barranco, sujeta entre mis brazos. Sin lugar a dudas, se trataba del momento más delicado.

Miré el reloj. María era la primera en salir de la escuela, su madre era diabética y tenía pánico a las agujas. Ella se encargaba de ponerle la insulina, por eso tenía un permiso especial y salía antes. No lo hacía por la puerta principal, sino por la trasera, la que quedaba más cerca de su casa.

Nadie la vigilaba en aquel momento, imagino que era porque ningún loco se atrevería a entrar en La Campanera e ir a por la única hija del *big* al salir de clase.

Seguía pegado a la pared cuando escuché el chirrido. Me había colocado en el lado hacia el que se abría la hoja, para quedar cubierto cuando se abriera.

Miré por la ranura con el corazón en la boca, en ella se perfiló la silueta de la chica que esperaba, de curvas suaves, rostro bonito y pelo negro.

En cuanto se cerró la puerta, me abalancé sobre ella para cubrirle la boca con la mano y clavarle la jeringa.

No tuvo tiempo de gritar. Sus ojos cargados de temor me atravesaron suplicantes, todo mi interior se contrajo a la par que ella se debilitaba entre mis brazos.

CAPÍTULO 44



Leo, en la actualidad.

La porción de pizza que iba de camino a su boca se detuvo.

—No me creías capaz de algo así, ¿verdad? Ya te dije que no era una buena persona.

Dave soltó la comida en su plato y se limpió los dedos en la servilleta.

—No, no, qué va, no se trata de eso. Estaba intentando procesar todo lo que me has contado. La muerte de tu madre a manos de Barrio-18, el velatorio, cómo debiste de sentirte de perdido y desorientado. Julio y su hermana, tu novia consolándote, mientras él te empujaba a ir a por una chica y cumplir un ritual de iniciación a la mara aprovechándose de tu desequilibrio emocional… Para que yo me aclare. ¿Salías con su hermana, pero estabas enamorado de él?, ¿o es que teníais un rollo familiar a dos bandas?

—Wendy y yo nunca llegamos a intimar.

—Pero ¿tú y Julio sí?

—Sí. En Soyapango no se podía ser gay. Los mareros matan a los homosexuales, y en El Salvador sigue sin estar bien visto que dos personas del mismo sexo tengan algo más que una amistad.

—¿Eres *gay*? —parecía sorprendido—. Pensaba que eras bisexual.

No me molestó su pregunta. Lo que ocurría era que no daba crédito a su actitud. Pensaba que en cuanto escuchara la parte del secuestro, se levantaría de la mesa y se marcharía, que me echaría de su casa, sin embargo, ahí seguía.

No había odio, asco o reprobación en su mirada, solo simple curiosidad.

—Puedo follar con mujeres, pero no podría enamorarme de una jamás. No me malinterpretes, a lo largo de los años quise muchísimo a mi mujer, pero no de un modo romántico. Nos unían muchas cosas, aunque nunca fue el deseo.

—Vaya. Adiós a mi teoría de Romeo y Julieta. Hubiera jurado que vuestra historia era la de dos mareros enfrentados, que cuando la secuestraste surgió el flechazo y tuviste que huir con ella.

—Lamento joderte la teoría, pero no fue así. Yo a quien amaba era a Julio César y lo traicioné de la peor forma posible.

—Entonces fuiste Bruto.

—¿Cómo?

—El tipo que traicionó al famoso emperador romano. Bruto junto con otros senadores conspiraron para asesinar al César, ocurrió en el 44 antes de Cristo. Él y los otros senadores querían preservar la libertad y la soberanía de la república, así que Bruto apuñaló fatalmente a su antiguo amigo y líder.

—En mi caso, lo maté de un modo distinto y estaba solo en ello. Nosotros nos queríamos, teníamos un plan de vida juntos, tanto mi novia como la de Julio eran una tapadera.

—Tu vida es más interesante que leer sobre la caída del Imperio Romano, me tienes muy intrigado. Entonces, recopilando, nunca quisiste a Wendy de un modo romántico y tampoco a María, lo que me lleva al siguiente punto; si no fue así, ¿qué te llevó a traicionar al amor de tu vida, fugarte con una chica que te importaba lo más mínimo y no vengar la muerte de tu madre?

—Mi padre.

—¿Tu padre? ¿No me dijiste que su fallecimiento fue el que os llevó a Soyapango?

Eso se lo había explicado antes de esa noche, un día que hablamos sobre nuestra adolescencia.

—Y así fue, lo que ocurre es que, unos días antes de que mamá fuera asesinada, le prometí que no haría nada que pudiera decepcionar a mi padre, y si hubiera hecho lo que Julio César me pedía para ser respetado por la SM-666 y convertirme en uno de sus líderes…

—No te lo habrías perdonado —zanjó.

—Exacto. Lo amaba tan ciegamente que a punto estuve de convertirme en un asesino, por eso, cuando conseguí huir haciéndome pasar por muerto, me juré que nunca más estaría con un tío. No podía arriesgarme a volver a perderme a mí mismo.

—¿Renunciaste al amor, a tu sexualidad, por un manipulador y un cabrón? ¡Eras un puto crío! ¡Eso no era amor, sino obsesión! Te dio todo lo que necesitabas, te envolvió en su tela de seducción y te moldeó para que te convirtieras en lo que él esperaba de ti, no en lo que tú realmente eras, por eso no pudiste matar a María, no fue por tu padre, sino porque no está en tu naturaleza.

Su exposición fue tan fervorosa que pude sentirla como un bálsamo, algo tibio y calmante. Nadie me había dicho algo así jamás, ni siquiera María.

—Leo, que sacrificaras lo que tú pensabas que era tu felicidad dice mucho de ti, del fantástico hombre que criaron tus padres.

—¿Tú crees? —Dave asintió, volvió a alargar su mano por encima de la mesa y tomó la mía. Noté una corriente eléctrica caliente y chispeante extendiéndose por mi brazo hasta alcanzar mi

pecho. Su pulgar acarició el nacimiento del mío.

—¿Quieres que siga contándote lo que pasó?

—Me encantaría, si tú quieres, por supuesto.

Algo me decía que tenía que seguir, que hablar con Dave me liberaba, me hacía sentir bien. Como él pronosticó, necesitaba contárselo a alguien, y no podía pensar en nadie mejor.

—Quiero.

—Pues entonces hazlo, no voy a irme a ninguna parte, por dura que se vuelva la historia, estoy aquí, Lionel, y no pretendo juzgarte.

Fue entonces cuando, sin soltarme de la mano, utilizó la otra para llevarse el trozo de *pizza* a la boca y me sentí afortunado de que el SKS lo hubiera puesto en mi vida.

CAPÍTULO 45



Leo, trece años antes

Julio me llevó hasta el local abandonado donde habíamos hecho la sede para nuestras reuniones y ceremonias. Estaba cerca de la estación de tren.

Una especie de almacén donde antes hubo maquinaria ferroviaria y se lo comió el paso del tiempo.

Las chicas lo habían limpiado y decorado con imágenes, velas y, por supuesto, el pentagrama en mitad del suelo, donde deposité a María sin mirarle la cara.

—Ha sido épico —susurró, apretándome contra él para besarme con ansia.

La chica estaba tumbada en el suelo, con el vestido arremolinado sobre sus muslos morenos, inmóvil, como una estatua tan hermosa como inerte.

La droga la había dejado fuera de combate y seguía dormida. Según Julio César, el efecto duraría horas.

Respondí al contacto de nuestras bocas por inercia, no porque me apeteciera, solo buscaba un poco de alivio, y él era el único capaz de proporcionármelo.

Rio contra mi boca y me acarició el pelo.

—Tendrías que haberte visto correr con ella en brazos, atravesando el mugriento barranco de

la puta Campanera. Te hubiera chimado allí mismo. —Volvió a besarme con hambre—. Has hecho algo muy grande, Lion, le echaste huevos para arrebatarles en su propia casa a la tronerita del *big*. ¡En sus narices! Verás cuando los nuestros se enteren, van a adorarte tanto como yo. Su papito estará tirándose de los pelos y cortando los cuellos a sus *postes*.

—Vendrán a buscarla.

—No saben que la tenemos.

—Lo intuirán, después de lo que le hicieron a mi madre, quizá ya estén en el barrio.

—Si fuera así, Miguel me habría llamado, o Anita, o Wen. Tranquilo. Ahora solo debes quedarte aquí custodiándola.

—Pe-pero mi madre… Debo estar en el velorio. —Julio se lo pensó.

—Está bien, no despertará hasta dentro de unas horas, ayúdame a atarla.

Julio fue a por una cuerda, me hizo ponerla de lado y unirle los pies con las manos, tensándola hasta que pareció un puto arco. Le tapamos la boca con un trozo de tela sucia. Alzó el móvil y llamó a uno de los chicos para que se ocupara de su custodia.

—Listo.

—Gracias.

—No debes dármelas, sabes que lo doy todo por ti.

Regresamos a casa de mi abuela con la radio a todo volumen y Julio cantando cada uno de los temas.

Debía sentirme bien, pero no lo hacía, mi cerebro no dejaba de ofrecerme los ojos horrorizados de María.

Una vez en casa de mi abuela, fui a la habitación en la que tenían a mi madre.

Julio se quedó hablando con mi tío y vi cómo le devolvía las llaves. Él me miró con aprobación.

Si todos estaban contentos con lo que había hecho, ¿por qué yo tenía aquella desazón?

Me acerqué al ataúd y contemplé a mi madre. Parecía una muñeca de cera, alguien le cambió de ropa y la maquilló.

—Está hermosa, ¿verdad que sí? —preguntó Anita—. La peiné y la maquillé yo.

—G-gracias.

—Voy a ver a Julio. —Asentí.

Me puse de rodillas, la tomé de la mano y le supliqué que me perdonara. Cuando alcé la cabeza y vi sangre en su oído, di un paso atrás horrorizado. Aquella era la señal de que el culpable de su muerte estaba en el cuarto. Miré a los demás y me di cuenta de que no sangraba por ellos, sino por mí.

Si mi madre estaba en aquel ataúd era por mi culpa, por haber querido conformar la SM-666 y joder a Barrio-18. Si no hubiera querido crear mi propia mara, ella seguiría viva.

Una caricia en la espalda me sobresaltó, era Wendy.

—¿Cómo estás?

—Mal —admití con ella pegada a mi costado. La rodeé con el brazo mientras los llantos de familiares y amigos se amontonaban en una serenata lúgubre. Y yo me autodestruía por dentro.

—¿Qué habéis hecho mi hermano y tú? —Miré a un lado y a otro nervioso. Lo que menos necesitaba era darle explicaciones en ese instante.

—Wen, no es momento.

—Cuéntamelo.

—Lo-lo siento, no es cosa tuya —besé su frente, queriendo largarme a cualquier parte y hacerme un ovillo.

—Puedes confiar en mí, yo siempre guardaré vuestro secreto —la revelación me pilló desprevenido, no podía estar refiriéndose a eso. ¿O sí? Me quedé mudo, no sabía qué decir.

—No-no sé de lo que… —Apretó los dedos contra mis labios con suavidad.

—Yo no soy como los demás, te entiendo y no me importa lo que hay entre él y tú. Mis labios están sellados.

Se abrazó a mí con ternura, yo seguía rígido. ¿Lo habría hablado con Julio?

Quizá por eso nunca habíamos llegado más allá de unos besos. Wendy jamás me presionó para que nos acostáramos, ella conocía nuestro secreto y no le importaba.

La sensación que me envolvió fue extraña y, aunque Wendy no quería separarse de mí, le pedí que me dejara a solas para poder despedirme. Necesitaba poner mis ideas en orden.

Los de Barrio-18 no aparecieron por el barrio. No sabía si aquello me ponía más o menos nervioso, mi tío me dijo que si no habían aparecido y atado cabos era porque mis acciones contaban con la bendición de la Santa.

Faltaba media hora para la ceremonia y acababa de llegar al local.

Mi estado de malestar era tan grande que cuando abrí la puerta, no di crédito a la imagen que me devolvían mis ojos.

Creía que el lugar estaría vacío, que Julio y yo daríamos la bienvenida al resto, pero no fue así.

Todos los hombres ya estaban allí, excepto yo. Sus torsos estaban descubiertos, formaban un círculo bastante amplio mientras reían y fumaban, los unos en boca de otros. El humo se condensaba por encima de sus cabezas formando una suave neblina.

La droga les ofrecía aquel estado de trance y placidez que todos mostraban.

Las velas iluminaban las imágenes brillantes, y en el centro del pentagrama, Miguel empujaba entre las piernas de María, quien seguía maniatada, con los muslos separados y el rostro torcido hacia un lado. Su mirada estaba perdida, no se movía, gritaba o se resistía. Dudé de si seguía drogada o el humo la mantenía en aquella especie de trance.

Algunos de los hombres jaleaban y animaban a Miguel a que le diera más duro.

No entendía nada. Julio estaba sentado en una silla, le daba caladas largas a su cigarro.

—Pero ¡mirad quién ha venido! ¡Nuestro león rugiente! ¡El portador del recipiente que todos estamos disfrutando! ¡Todos hemos culeado a esos *hijueputas* de Barrio-18! ¡Dadle la bienvenida a nuestro *big, perros*! —proclamó desde su asiento.

Los *homeboys* se pusieron a gritar, hacer símbolos con las manos que emulaban el número seis y celebrar mi llegada como la de un auténtico héroe.

Entonces, ¿por qué me sentía como un mierda?

Miguel rugió y salió de entre las piernas de la chica, quien seguía en la misma posición. El suelo de cemento gris estaba mojado a la altura de sus caderas. Los muslos de María tenían restos de sangre y fluidos. Un enorme desasosiego me perforó las tripas. Aunque sabía del ritual, nunca había estado presente en uno, y verlo en directo era demoledor.

Su pequeño rostro estaba manchado de polvo, suciedad y lágrimas. El pelo conformaba una nube enmarañada sin lustre.

El roce de las manos que palmeaban mi espalda hacía que me dieran ganas de salir huyendo.

—Siguiente —susurró Miguel, subiéndose los pantalones—, te la he dejado bien mojadita —rio a otro de los chicos que contemplaba a María con deseo.

No podía mirar, me di la vuelta, me abrí paso y me aparté con la intención de salir de allí lo más rápido posible.

Julio me interceptó antes de que lo hiciera.

—Ey, ¿qué pasó?, ¿dónde vas?

—No-no me siento bien.

—No puedes irte ahora, el siguiente eres tú, debes cerrar el círculo, todos hemos pasado ya por el recipiente.

—¡Me dijiste que estuviera a esta hora! ¡No sabía que empezaríais antes! —estallé molesto.

—Lo hice por ti, Lion, por respeto a tu mamá, porque sé que sigues teniendo el alma tiernita. Velo por ti, porque estés bien. Tampoco te perdiste demasiado. Abrí la ceremonia, encendimos los cigarros, le quitamos la ropa, la sometimos a una *pegadita dulce* y la desfloré. Tendrías que haber oído cómo chillaba. Fue mágico, *man*. En cuanto salí de su interior, con mi simiente en su vientre y su virgo en la punta de mi paloma, cada uno de nuestros *homeboys* la echaron a volar con las suyas. Ahora mismito sigue siendo un lugar cálido y húmedo donde venirse. Lleno de la esencia de todos tus hermanos. Tienes el honor de elevarla, de depositar tu flujo junto al nuestro y ofrecerle su sangre a la Santa. —Sacó un cuchillo y lo presionó con la hoja plana contra mi pecho—. ¿Has visto con el orgullo con el que te han recibido? Está hecho, te aceptan, ya son tu familia, te agradecen el regalo y obedecerán cada orden que les demos cuando completes. A partir de esta noche, nuestra palabra será ley, la SM-666 está a punto de nacer. Todo gracias a ti, a tu devoción, a tu entrega, a tu sacrificio, a tu arrojo.

Me agarró de la nuca y apretó su frente contra la mía. Me sentía mareado, alejado de una realidad que no me convencía.

Alguien nos acercó un cigarro rebosante de piedra y Julio me lo fumó en la boca, como siempre ocurría. Su pulgar movió mi barbilla hacia abajo y yo aspiré para sorber la máxima cantidad de droga posible.

La necesitaba para templar los nervios, para evadirme, para concluir lo que había ido a hacer. Debería ser fácil. Todos parecían muy orgullosos de mí, todos excepto yo.

No había podido sacarme a María de la cabeza.

¡Era una puta cría, joder!

Intenté convencerme de que había hecho lo correcto, mi tío volvió a repetirme que si los de Barrio-18 no habían venido a por nosotros era porque la Santa Muerte nos protegía, que la tenía de mi lado y, sin embargo, mis tripas se encogían del disgusto al pensar en que María estaba así porque yo se la ofrecí.

Otro grito masculino me arrugó por dentro.

Julio me sonrió.

—Ya han terminado todos, *man*. Te toca. —Me temblaban las manos. Él notó mi desazón. Me conocía, sabía cuándo dudaba y cuándo no. Estábamos apartados del resto, lo que ayudó a que pudiera hablarme sin peligro de que nos oyeran—. Mírame, Lion. —No había dejado de hacerlo—. Su padre mató a tu madre, su alma te corresponde, debes vengar a la mujer que te dio la vida con la suya, es lo correcto, el Diablo no espera otra cosa de ti. —Las palabras daban vueltas en mi cabeza. Julio suspiró—. ¿Tú me quieres? —Eso era lo único que tenía claro en la vida.

—Por supuesto que sí—respondí mareado.

—Pues hazlo por mí, por nosotros, te juro que, después de esto, todo irá a mejor. Regálame su vida y yo te daré la mía, ofrécesela a la Santa. —Dio la última calada en mi boca—. Tú y yo para siempre, no lo olvides.

—Para siempre —repetí, queriendo empaparme de sus palabras y de lo que todos esperaban de mí.

Julio me guio hasta el centro. Tenía el puñal agarrado en mi mano derecha y el cuerpo de

María ofreciéndome cabida. Todo me dolía al verla.

Alguien me desabrochó los pantalones y tiró de ellos junto a los calzoncillos. Las manos de Julio presionaron mis hombros para que bajara. Caí de rodillas raspándolas contra el asfalto y busqué sin remedio su expresión hueca.

Se veía diminuta, vulnerable. Los moratones, mordiscos y arañazos espolvoreaban su piel morena. Sentí cada uno de ellos como si me los hubiesen infligido a mí.

—Frótate entre sus muslos para que se te pare, te la he dejado al punto, león —rio el último tipo que la tomó en mi oído. Ni siquiera recordaba su nombre.

No podía hacerlo, el simple hecho de imaginarlo me volaba la cabeza, alguien subió el volumen de la música, *La Vida Loca* tronaba en su máximo esplendor. Julio había vuelto a su asiento, que quedaba justo en frente de mí.

—¡Admirad a nuestro nuevo *big*! —proclamó—. El que traerá la gloria a la SM-666. Alentadlo con vuestro fuego, seises, rugid para el león.

Los vítores me estremecieron, impactaron en mí como disparos. Cerré los ojos, y cuando los abrí, ocurrió lo que menos esperaba.

Los ojos de María estaban clavados en los míos, con la misma mirada de terror que me ofreció cuando le clavé la jeringa en el cuello, justo antes de que me la llevara de La Campanera y la separara de los suyos.

—No lo hagas —suplicó—, por favor, sácame de aquí, y si lo haces, te perdonaré, no diré nada de que fuiste tú quien me trajo, te lo juro, por favor. Libérame.

La voz era ronca, apenas audible, estaba maltrecha por todo lo que tuvo que gritar bajo el peso de todos aquellos animales. ¿Eso era lo que quería? Si me sumaba al rito, ya no había marcha atrás, y si no lo hacía, perdería a Julio para siempre.

No quería perderlo, pero tampoco quería perderme.

En su cara vi el rostro de mi madre, cargado con las mismas lágrimas de sufrimiento, recordándome las palabras de mi padre, la promesa que le hice.

Debía de tratarse de la droga, porque juro que vi cómo el rostro de María mutaba y era mi progenitor al que tenía delante.

—Lionel, escucha, no tengo demasiado tiempo. Solo he venido a recordarte tus principios. No hagas a los demás lo que no quieras que te hagan. Respeta siempre a mamá, a los mayores, a los niños, a las mujeres y a todo aquel que merezca tu respeto. Sé compasivo. Ayuda al necesitado. Sé valiente y no temas plantar cara a las injusticias, aunque los que te rodeen opinen lo contrario, eso se llama ser íntegro. Tiende una mano a las personas que sufran injusticias y, por encima de todo, sé una buena persona. Solo así te irá bien en la vida, haz que me sienta orgulloso del maravilloso hijo que he criado. No te pierdas.

—¡Dale, cabrón! —gritó alguien, sacándome del ensimismamiento.

Parpadeé con fuerza. María volvía a estar ahí con las lágrimas suspendidas en su mirada.

Apreté el mango del cuchillo, alcé la vista y me topé con la sonrisa de Julio y su fervor en la mirada. Mi corazón se contrajo porque ya había tomado una decisión y no había marcha atrás. Regresé la vista sobre María, con el pecho estallando de dolor, y descendí sobre ella para susurrarle al oído.

—Lo siento.

CAPÍTULO 46



Ray

—Perdonad, pero vamos a cerrar.

Estaba tan embebido por el relato de Leo, por el dolor y la incertidumbre, que había perdido totalmente la noción del tiempo y, al parecer, del lugar, porque no quedaba nadie en el restaurante salvo nosotros dos.

La *pizza* se había quedado fría, olvidada sobre la mesa, no habíamos logrado meternos en la boca más allá de una porción, y eso que estaba buenísima.

—¡Lo siento! Se me ha ido la olla, ¿podrías ponérnosla para llevar?

—Sin problema.

—¿Y sería mucho pedir que pueda llevármela con dos de vuestros increíbles tiramisúes? Le prometí a mi amigo que los probaríamos y…

—Por supuesto. Sé lo que es estar tan a gusto con alguien que se te esfume el tiempo, y es un lujo poder verlo de cerca —me guiñó un ojo.

—Gracias, Ángelo. Toma y quédate con la vuelta. —Le tendí un par de billetes, y él sonrió farfullando algo así como «Ay, el amor» en italiano, mientras se dirigía a la cocina con la *pizza* entre las manos.

Aparté la vista del camarero y regresé a Leo.

—Perdona, menudo desastre de cena —me disculpé.

—La culpa es mía, he sido tan minucioso que no te he dejado disfrutar de la comida. Por lo menos, deja que paguemos a medias, no vas a cargar tú con todo.

—Ni hablar, si estamos aquí, ha sido porque yo he insistido; yo propongo, yo pago. La próxima invitas tú. —«Teniendo en cuenta que hubiera una próxima». Lo veía tan incómodo que lo dudaba. Necesitaba recuperar el clima de confianza entre nosotros—. Lamento que casi no hayas comido por mis ansias de saber. Aunque la *pizza* de este sitio está igual de buena recalentada.

—He sido yo, hacía tanto que no hablaba de mi pasado, y que nadie me escuchaba con tanta

atención, que… —Calló. Siempre lo hacía cuando se sentía al borde de un acantilado emocional, como si necesitara parar, reflexionar y decidir si lo que fuera a decir podría afectarlo de un modo irreparable.

—Puedes decirlo.

—¿El qué?

—Lo que sea que has callado. —Apretó los labios—. A mí puedes decirme cualquier cosa. Entiendo que cuando te das cuenta de que la persona de la que te enamoraste, a la que cediste todo el control y la confianza, era un manipulador de manual, no debe ser fácil abrirse, decidir si la persona que tienes enfrente es digna de que le cuentes lo que te pasa. No voy a obligarte, lo único que te pido es que no te guardes aquello que quieras decir, porque yo no soy él. —Leo tenía la espalda totalmente apoyada en la silla, ya no estaba hacia delante, lo que significaba que había querido tomar distancia porque ya no se sentía cómodo—. Me gustaría que me dejaras hacer una cosa.

—¿El qué? —preguntó dubitativo.

—Quiero abrazar a Lionel.

—¿Quieres abrazarme?

—No a ti, bueno, sí, pero no exactamente. Quiero que me dejes estrechar al chaval de dieciséis años que sigue estando ahí —señalé su pecho—, en tu interior. Quiero que lo dejes salir, como hace un rato, y me permitas decirle que lo entiendo, que no lo juzgo y que, aunque se equivocara o tomara una mala decisión, la responsabilidad siempre fue de ese cabrón del que se enamoró. Lionel no sabía que se enfrentaba a un vampiro emocional. Nadie le enseñó que hay personas que se dedican a absorber la esencia de otras, de engatusarlas, de ofrecerles lo que necesitan hasta hacerlas creer que desean ser la persona en la que ellos quieren convertirlos, porque solo así serán dignos de su amor. Porque solo así serán capaces de darles las gracias por todo lo que han hecho. —Lo vi coger aire con fuerza.

»No eres el único al que le ha pasado algo así. Y lamento profundamente todo lo que tuviste que sufrir, que tu madre estuviera ausente cuando más la necesitabas, que tu familia se mantuviera al margen de lo que ocurría y sin saberlo te empujara a sus brazos. También siento que te hicieran pensar que el amor o el deseo entre dos personas del mismo género está mal, porque el amor es amor, un sentimiento universal que no entiende de razas, edades o condición.

»Me gustaría tener la capacidad de dar saltos temporales, ir hasta allí y tenderte la mano de verdad, la que necesitabas, una honesta que te hablara desde el corazón y te ayudara sin un objetivo concreto, solo que te sintieras mejor, querido, apoyado y valorado. Ambos sabemos que no puedo hacerlo, y por eso… —Me puse en pie, me acerqué a la silla y le tendí la mano—. Déjame que lo haga ahora.

—Todavía no sabes lo que pasó después de lo que te he relatado.

—No importa. No me malinterpretes, quiero saberlo, es solo que ahora no importa porque sé lo que he visto mientras me hablabas, y no era una mala persona, solo un chico sin rumbo al que le habían hecho creer que necesitaba ser un marero para tener un futuro junto a la persona que amaba.

—Ahora lo veo de un modo distinto, sé que tuve una relación tóxica, y que si no me hubiera marchado, me habría perdido el respeto a mí mismo, me habría convertido en un monstruo. Lo que no me exime de lo que María sufrió aquella noche. Te juro que he dedicado cada día de mi vida a compensarla por ello, aun así, sé que le arrebaté algo irrecuperable, por mucho que ella me dijera que me perdonaba.

—Fue una putada para ambos —concluí por él—, pero intuyo que ella lo hizo, quien no se

perdonó fuiste tú, y si ella decidió no volver a El Salvador, o echarte a los perros cuando esto está plagado de dieciocheros, será porque tuvo un motivo de peso, aunque todavía no sepa cuál.

—¿En serio que no quieres salir corriendo después de lo que te he contado? —La comisura de mi labio se crispó hacia arriba.

—Hace falta mucho más que eso para que yo sienta la necesidad de ir en dirección opuesta a la tuya. Mi vida también podría haber sido una cagada muy bestia, pero tuve suerte de dar con las personas correctas cuando más lo necesité. Quizá yo pueda ofrecerte un poco de lo que a mí me dieron. Ven.

Volví a hacerle un gesto para que se levantara, y en cuanto se puso en pie, lo estreché entre mis brazos sin pedir permiso.

Leo parecía una jodida señal de tráfico con un claro *stop* en toda regla. Estaba rígido, tanto que parecía a punto de romperse en cualquier instante.

No quedaba nadie en el local salvo un ayudante de camarero que barría, Ángelo y Bruno, el cocinero, quien estaba ocupado con los tiramisúes.

Lo estreché contra mi cuerpo como me hubiera gustado hacer con aquel adolescente triste y asustado al que estaban obligando a convertirse en otro ser. Di gracias de que hubiera conseguido huir y no cumplir con lo que ese cabronazo de Julio César le pedía. Si lo hubiera tenido enfrente, no me habría detenido hasta hacerlo sangrar.

—¿Qué haces?

—Os abrazo —murmuré, negándome a soltarlo.

—Eso ya lo veo. Pe-pero estamos en un restaurante.

—¿Y eso te incomoda? —Su respiración se había acelerado. Enfrenté su mirada a la mía—. No pasa nada porque dos hombres se abracen, se consuelen, se quieran, se deseen o se follen. No hay nada de malo en el afecto que puedas recibir de alguien de tu mismo género. Los que intentaron que lo vieras así tenían un problema serio, no tú. —Subí la mano por su espalda hasta su cuello—. Deja que os abrace a ambos, libéralo, déjalo salir.

—No-no sé si seré capaz.

—Shhh —dije, acomodando mi barbilla en su hombro para que él hiciera lo mismo en el mío —. Cierra los ojos, olvídate de dónde estamos, te prometo que conozco bien a la gente que curra en este local y no les importa lo que hagamos. Bruno tiene marido y lleva trabajando con Ángelo casi desde el útero, son hermanos. Y el ayudante que está barriendo es el pequeño de los tres, así que relájate o vas a romperte una costilla en una de esas respiraciones tan bestias.

Abrió y cerró los puños, intentó relajarse en un ejercicio de semiconfianza que me hizo sonreír. Cuando su barbilla alcanzó el lugar que yo había esperado, masajeé con suavidad sus cervicales. Pasando la yema de los dedos por ellas.

—Eso es, relájate. María supo desde que te pidió que la liberaras que no eras una mala persona, te hizo el padre de sus hijas y construyó una vida a tu lado. Si no te fías de la mujer quien, siendo tu enemiga, te confió su vida, hazlo del hombre que ha visto a un padre generoso, el que duerme a tu lado y se ha fijado en que siempre las antepones a ti, a tus necesidades. Eres una persona que cualquiera querría en su vida, es por lo único que no puedo culpar a Julio César. Y escucha, estoy de acuerdo con tu padre en una cosa.

—¿En qué? —murmuró.

—Crio a un hijo maravilloso y me alegro mucho de que te hayas cruzado en mi vida, por mucho que pienses que mi humor es pésimo y que soy un pelín acosador. Me importas, Leo, y tus pequeñas también.

La tensión se disolvió como un terrón de azúcar en café caliente y sus brazos me envolvieron

la parte baja de la espalda y la barbilla masculina quedó sustituida por la frente.

Il Regalo Più Grande, de Tiziano Ferro, sonaba en el hilo musical, acompasando el ligero balanceo de nuestros cuerpos.

Era una canción preciosa que te recordaba que el regalo más grande solía ser alguien, no algo, y ese alguien, en mi caso, podía ser el hombre que tenía entre los brazos.

Me hubiera gustado estar así mucho más tiempo, transmitiéndole con mi contacto, con cada terminación nerviosa, que la maldad no estaba en él, sino en la persona que quiso inculcársela. Con ello no quería decir que Leo no se equivocara, lo hizo, como todos lo hacemos cuando somos adolescentes y la cagamos de un modo tan estrepitoso que parece que no haya vuelta atrás.

El pecado de Lionel no fue otro que estar solo y desamparado en un mar infestado de pirañas; en cuanto alguien le tendió una mano, se aferró a ella e intentó encontrar en esa persona un motivo para seguir viviendo. Su único pecado fue necesitar amor, comprensión y protección. Enamorarse de la persona menos adecuada, de alguien que se aprovechó de su fragilidad para manipularlo y hacerse con cada una de sus emociones.

El leve carraspeo de Ángelo puso el punto y final a nuestra muestra de afecto. Volví a no darme cuenta de que la canción había terminado y que el tiempo, a su lado, era un bien escaso.

—Disculpa, Ray, pero te juro que si no fuéramos a cerrar, no os interrumpía, es que Giovanna me está esperando y no se duerme hasta que no le doy el beso de *buona notte*.

—No hace falta que te disculpes, pídele perdón de mi parte y salúdala, que hace mucho que no la veo.

—Descuida. Aquí tienes lo que me pediste, espero que disfrutéis del postre, aunque no me cabe duda de que así será —comentó pícaro—. Espero veros de nuevo, pareja.

Leo no había dicho nada, fruncía el ceño y su rostro volvía a presentar una expresión de incomodidad.

—Descuida —respondí.

Al llegar a la calle, nos sorprendió una bocanada de aire frío, el tiempo estaba cambiando y pronto haría falta ropa de más abrigo.

—No quiero ir a casa todavía, ¿se te ocurre algún sitio en el que podamos seguir hablando y que no nos cierren? —Alcé las cejas.

—¿Por qué ese tío te ha llamado Ray?

«¡Mierda!». Ni siquiera había caído en ello, podía inventarme algo, decirle que era un mote o una palabra en italiano, pero no tenía ganas de excusarme en algo así. Él se había abierto a mí, y yo no quería seguir mintiendo. Es más, no quería hacerlo porque intuía que las cosas a partir de entonces iban a ponerse feas, e iba a pasar de ser un sospechoso a un testigo protegido, o, por lo menos, eso quería.

—No eres el único que tiene cosas que contar. Te dije antes que si tú hablabas, yo también hablaría. Estoy dispuesto a hacerlo, a contártelo todo sobre mí, a abrirme en canal como tú has hecho. —Su mirada se estrechó. Ni siquiera sabía qué esperar. Otro de sus silencios, casi podía oírlo pensar.

—No sé si es buena idea. Debería irme, coger a mis hijas y… —Le cogí la mano y trencé los dedos con los suyos.

—Por favor, danos esta noche, y si después decides irte, no puedo prometerte que vaya a ponerte las cosas fáciles, pero haré lo posible. —Mi declaración de intenciones le hizo morderse el labio por dentro.

No me había soltado y no parecía tener ganas de hacerlo, lo que me daba una pequeña

esperanza de que quisiera que continuara la velada.

—Por favor —insistí, sujetando la *pizza* y los postres con mi mano libre—. Además, nos falta el postre —le recordé, lamiendo mis labios resecos fruto de la tensión.

Él los miró y noté cómo sus pupilas se ampliaban. Puede que mi gesto y mis palabras lo hubieran hecho pensar en algo distinto al tiramisú.

—Conozco un sitio en el que nadie nos molestará. —Le sonreí.

—Eso suena genial.

CAPÍTULO 47



Leo

Llevé a Dave, o a Ray, o como demonios se llamara, al Savage.

Ni siquiera estaba seguro de si me estaba equivocando, si volver a entregarle mi confianza a un hombre que me atraía. Estaban despertando en mí sentimientos que me prohibí tener, que no quería volver a sentir y sin embargo me sentía incapaz de controlarlos. Cada vez tenía más hambre, y la necesidad hormigueaba bajo mi piel empujándome a colmar cada impulso que vibraba en mí.

Años de autodeterminación arrojados por la borda.

No quería volver a perder el control con un hombre porque corría el riesgo de convertirme en un puto títere. Tenía pavor a que ocurriera eso, a hacer cosas de las que pudiera arrepentirme porque me cegara el amor. Jamás llegué a perdonarme por lo que hice. Mis actos tuvieron una consecuencia catastrófica, una inocente pagó por mi ida de olla, así que era justo pagar el precio de renunciar a aquella parte de mí que me hizo joderlo todo. Renuncié a lo que era porque me daba pavor que esa pulsión tomara el control.

No fue sencillo, en primer lugar porque me supuso ir en contra de mi naturaleza. No me gustaban las mujeres, por lo menos, no para mantener relaciones sexuales con ellas.

Si lo hacía era para expiar mis demonios interiores, porque, cada vez que lo hacía, era venderme y sentirme utilizado como María, además de una fuente de ingresos para mi familia. Sentía profundo asco por lo que hacía cada vez que estaba con una clienta y, sin embargo, era lo único que en cierta medida aliviaba mi sufrimiento, el pensar que le devolvía a mi mujer un poco de su dignidad perdida. Que mi dolor, mi asco, era el precio a pagar por lo que ella tuvo que sufrir.

Me daba igual que ella dijera que me había perdonado, porque yo no pude hacerlo.

Abrí la puerta de la habitación que tenía alquilada y mi compañero soltó un silbido.

—Qué bien te lo montas, Torres.

—Bienvenido al purgatorio —me salió del alma.

—Desde luego que aquí da para hacer una buena purga…

La habitación estaba decorada para follar, ni más ni menos, en tonos morados y negros, con imágenes sugerentes cubriendo en vinilo alguna de las paredes.

Había objetos de todo tipo, cada vez que empleaba alguno, los trabajadores del Savage se encargaban de reemplazarlo, la seguridad y la higiene eran básicas, además de que las mujeres con las que me acostaba, y optaban por un juguete, pagaban por él y después se lo llevaban a casa.

Dejó la *pizza* y los tiramisúes en el mueblecito que quedaba en la entrada. No le costó demasiado dar con la pequeña nevera en la que depositar los postres, que quedaba integrada en el mismo aparador.

Se incorporó, deslizó la mano sobre la superficie de madera y, al llegar a la pecera de los condones y los sobres de lubricante, metió la mano para dejarlos caer entre los dedos.

—Un buen surtido, sí señor.

—¿Eres inspector de sanidad? ¿Planificación familiar? ¿O has venido a que hablemos? —Dave rio por lo bajo.

—Mira, si incluso tienes algo de humor.

—No pretendía sonar divertido —mascullé, cruzándome de brazos. No sabía a qué atenerme con él, y eso me generaba cierta incertidumbre.

—Es solo que este sitio me genera curiosidad y morbo a partes iguales. Mi imaginación es muy volátil.

—Pues déjala en *stand by*. ¿Te pongo una copa? Yo la necesito.

—Por favor…

Tenía botellines individuales de licor. Opté por dos *whiskies*, los cuales serví en el par de vasos de cristal.

La cabeza me daba vueltas, estaba muy nervioso. No las tenía todas conmigo de estar actuando bien. Las dudas me asaltaban, sobre todo, cuando el camarero lo llamó Ray. Quizá tuviera un nombre compuesto, o cuando entró a currar en el SKS no quería que nadie supiera su auténtica identidad. O puede que fuera su nombre de guerra, que lo adoptara cuando ejercía la prostitución para separar sus dos yoes.

Le ofrecí el vaso, y él lo alzó.

—Brindemos.

—¿Ahora quieres brindar? —pregunté escéptico.

—Por supuesto, la ocasión lo requiere.

—¿Y por qué brindamos?

—Por la verdad.

Entrechocó su cristal contra el mío mientras sus ojos me atravesaban con profundidad.

Agradecí el ardor del alcohol deslizándose por mi garganta. Y la calidez con la que se asentaba en mi estómago. Él estaba muy cerca de la cama, por lo que se dejó caer en ella para sentarse. Yo ocupé el sillón K.

En cada una de las habitaciones de los pecados disponíamos de uno, era muy práctico y cómodo si querías poner en práctica algunas de las posturas del Kamasutra.

Tenía la forma de una joroba de camello estilo Picassiano, pues las zonas convexas no eran simétricas.

Me senté en la parte central, la que tenía forma de u, para estar frente a él.

—¿Quién es Ray? —pregunté, removiendo el líquido de la copa. Tenía demasiada curiosidad.

—Yo soy Ray.

—¿Es tu verdadero nombre, o es que tienes uno compuesto?

—Es mi nombre —respondió sin tapujos.

—¿Ahora eres tú el que responde como si tuviera que sacarle las palabras con sacacorchos?

Rio por lo bajo.

—Te lo contaré todo, te di mi palabra, aunque preferiría que antes terminaras con tu relato, después seré todo tuyo.

Me miró con tanta intensidad que mi polla dio un brinco malinterpretando sus palabras. Sabía que no se refería al sexo, aun así, mi cuerpo respondía.

¡Mierda!

Di un suspiro largo y me tumbé, era mejor que lo perdiera de vista para concentrarme. Clavé los ojos en el techo y vi mi reflejo gracias al espejo que lo cubría. Mis pupilas oscilaron atraídas por la silueta del hombre rubio que yacía en la cama.

Presioné los párpados con fuerza. Mejor cerrar los ojos si no quería más pensamientos indebidos.

Cuando me sometí a Julio, en su casa, no supuso nada para mí. Ya no lo quería, no existía aquella conexión que me atraía y me enloquecía a partes iguales.

No quedaba un solo resquicio de amor. Cuando lo miraba, lo único que era capaz de ver era al monstruo que habitaba en él.

Alguna vez, alejado de toda aquella realidad, quise justificarlo, entender por qué se comportaba así. Tras darle muchas vueltas y hablarlo con María, por fin lo comprendí.

Él mismo era hijo del jefe de una *clica*, se crio mamando sus principios y soportando sus palizas para ser más hombre que ninguno. En Soyapango, o eras de la mara, o eras de la mara. Y si decidías no serlo, eras carne de extorsión, porque Julio César jamás quiso otra realidad que la que le había tocado vivir.

Lo que lo diferenciaba del resto de *homeboys* era su ambición, su ansia de poder y de demostrarle a su padre que podía ser mucho más grande que un ranflero de penal. Él no había nacido para acatar, sino para sentenciar, su nombre era el de un emperador, uno que soñaba no solo con gobernar, sino con crear su propio imperio en el que regirían sus normas. Las que el consideraba oportunas para la SM-666.

Por eso quiso castigarme frente a sus hombres, porque lo que le hice o se paga con la muerte, o con un castigo ejemplar, y lo que él quería era convertirme en su perro, quería condenarme en vida, y lo peor de todo era que me tenía cogido por los huevos, u obedecía, o traficaría con mis hijas. Ya no tenía opción a escapar, le debía mi vida.

Cuando me entregué en el salón de las ceremonias, no hubo placer, solo sumisión y expiación. Él era el *big* y decidía en cada momento qué quería.

—¿Qué pasó, Leo? —arrancó Ray.

Llevaba toda la cena ejerciendo casi de terapeuta, y ahora, acomodado en el sofá, me sentía casi en la consulta del psicólogo, listo para otra sesión de terapia emocional.

Respiré hondo y dejé salir aquello que llevaba años oprimiéndome el pecho.

CAPÍTULO 48



Leo, trece años antes.

Hubo una explosión enorme, alguien había arrojado un explosivo en el momento exacto en el que iba a cortarle las ataduras de las muñecas a María mientras fingía que me la tiraba.

No es que fuera un plan muy elaborado, tampoco sabía qué haría cuando todos se dieran cuenta de que no tenía intención alguna de matarla, aunque tampoco me hizo falta pensarlo porque la cosa se puso muy fea en poco tiempo.

Se oyeron gritos de dolor, algunos de nuestros *homeboys*, los que estaban más próximos a la entrada, fueron alcanzados por ladrillos, cascotes, parte de la puerta y material incandescente. El olor a carne quemada me llegó de forma abrupta.

Actué por instinto. Me levanté lo más rápido que pude, me subí los pantalones y, sin desatar a María, la cargué sobre mi hombro derecho guardándome el cuchillo en la parte trasera del cinturón.

Disparos, gritos, detonaciones, insultos. En el local se había desatado el mismísimo infierno, miré en dirección a la silla en la que estaba sentado Julio y él cabeceó hacia el final de la nave, donde teníamos una trampilla que llevaba a un túnel subterráneo que conectaba con la estación de trenes.

—Llévatela, que no te arrebaten al recipiente, llévala a la *chanty* de tu tío, él sabe qué hacer. Yo me ocupo de las *niñas*[50].

Me temblaba todo el cuerpo. Lo vi sacar un fierro y ponerse a disparar. Había armas escondidas allá dentro, por lo que los demás seises fueron a por las suyas, sin perder tiempo.

Teníamos la mayoría de las ventanas tapiadas con maderas, estas habían empezado a arder envolviéndolo todo en fuego. O salía rápido, o iba a cocinarme ahí dentro. Corrí en dirección a la trampilla.

En mi cabeza, lo importante era llegar al túnel.

Quien conocía a los mareros sabía que eran tan buenos moviéndose por los tejados como los gatos. Por eso construimos aquella vía de escape.

Había sido un estúpido pensando que la Santa Muerte estaba de mi lado y que los dieciocheros no vendrían a por María, que se quedarían de brazos cruzados.

«¡Cerote, cerote, cerote!», me insulté a mí mismo.

Estaba tan acojonado que ni siquiera me di cuenta de que María yacía laxa como un saco de patatas, no peleaba, no gritaba, solo se mantenía ahí suspendida en mi hombro sin apenas moverse. ¿Por qué no chillaba para que su padre y sus hombres la oyeran? Vale que no tenía mucha voz, pero… ¿Por qué no pataleaba?

Corrí hasta el fondo de la nave. Una bala me rozó la sien y se incrustó en la pared. Me había ido de bien poco…

—¡*Hijueputa!* ¡Suéltala! —Oí el rugido demasiado cerca. ¿Dónde estaba el dieciochero? El pulso me iba a mil—. ¡Voy a volarte los sesos, cabrón! —Alcé la barbilla buscando la procedencia de la voz. Estaba agazapado en una de las ventanas, había volado los maderos y se encontraba a unos dos metros y medio por encima del nivel del suelo.

Estaba empapado en sudor frío. Me costaba respirar porque el fuego había prendido en la nave y la estaba arrasando sin tregua.

Puse mi mirada en la suya. Si no había disparado era porque desde su posición el ángulo no era muy favorable, podría dañar a María, así que si la soltaba, era hombre muerto.

—¡¿No me oyes, *hijueputa*?!

Desvié la mirada hacia la trampilla, si iba hasta ella, el *homeboy* saltaría, no iba a dejarme huir, pero era la única posibilidad que tenía, era imposible regresar sobre mis propios pasos.

En cuanto bajara a María al suelo para desbloquear el acceso, corría el riesgo de que ella se hiciera a un lado y convertirme en el blanco perfecto. Lo único que se me ocurría era amenazarla con el cuchillo mientras yo intentaba largarme.

A la mierda el recipiente, a la mierda la mara y a la mierda todo el mundo. ¡Yo no quería vivir así! Mejor morir intentando poner remedio a mi situación que dejarme matar por uno de los cabrones que mataron a mi madre.

Puede que en el fondo fuera un cobarde, que no tuviera las agallas de mi padre, ya me daba lo mismo, lo único que quería era salir de ese sitio y olvidar.

Desoí su orden y fui directo a mi vía de escape. Oí su imprecación, el salto y el quejido. Ojalá se hubiera fracturado las dos piernas en la caída. Un disparo por lo bajo. Había intentado darme en una rodilla, por suerte, había fallado.

Llegué a la trampilla y bajé a mi rehén al suelo, con los nervios me olvidé de amenazarla y coger el cuchillo, todo lo que se me ocurrió fue alzar la plancha de hierro que pesaba como un muerto y se había encasquillado, el calor la estaba dilatando.

—¡Vamos, ábrete! —Tiré.

María seguía en el mismo sitio donde la dejé. Me estaba cubriendo en lugar de correr.

—María, ven acá, ¡corre! —espetó el hombre.

¿Por qué no se movía?

—Tiré de nuevo con todas mis fuerzas.

—¡Vamos, joder!

—Úsame de escudo —escuché un murmullo ronco y femenino. Alcé la barbilla y me topé con su mirada oscura. Se estaba tapando su desnudez como podía. No había tenido tiempo de ofrecerle algo para que se cubriera. Me sentí mal—. Úsame de escudo —volvió a repetir.

—¡¿Qué?!

—Hazlo, úsame, no dejes que me atrapen.

—¡¿Quiénes?! —pregunté, creyendo que se trataba de un *shock* postraumático. Mi padre me dijo que la gente solía sufrirlos cuando les pasaban sucesos muy gordos y llegaban a confundir la realidad con lo que les ocurría.

—Todos. Tengo que irme, no puedo quedarme aquí —suplicó.

O quizá me equivocara y su vida en La Campanera era tan mierda como la mía.

—Si lo que pretendes es jugármela, te juro que te apuñalaré —la amenacé.

—No te la voy a jugar, solo quiero escapar.

—¡María! —volvió a ladrar el pandillero, pero ella no se movió. Cada vez el humo era más denso. Todo estaba ardiendo.

A lo lejos, oí que Julio vociferaba, su voz quedó opacada por más disparos. ¿Le habrían dado? El pensamiento dolió, no quería que muriera, era la persona más importante de mi vida. Intenté de nuevo que el hierro se moviera, le pedí ayuda a mi padre, le dije que si eso era lo que quería para mí, que me ayudara, y yo me largaría de El Salvador sin mirar atrás.

—María, ¡muévete! ¡No tengo ángulo para disparar! —Si aquel capullo no había llegado ya hasta nosotros era porque se había jodido algún hueso, estaba casi convencido. Desvié unos segundos la mirada y vi su pierna torcida en un ángulo muy feo, se estaba arrastrando.

María se puso a toser y yo también.

—Ya casi estoy —gruñí, notando un movimiento. «Vamos, solo un poco más, ¡ayúdame, papá!»

El calor era sofocante, el humo se me metía en los ojos.

—Si no te apartas, voy a…

No concluyó la frase, alguien le voló la tapa de los sesos. Por fin pude mover la trampilla.

—¡Vamos! —la espoleé.

—¡No! ¡Espera!

—¿A qué?

La agarré del tobillo. El fuego ya lo envolvía todo, no podíamos esperar más. Sabía que el metal ejercería de cortafuegos. Lo explicaron un día en clase y mi padre lo había hecho con anterioridad. Antes de que falleciera, cuando estaba de permiso en casa, solíamos organizar salidas padre e hijo a la montaña. Lo llamaba fin de semana de chicos. Me enseñaba todo lo necesario para sobrevivir en caso de necesidad, desde cosas sencillas como hacer fuego, nudos, reconocer plantas comestibles, o conseguir agua. Era muy divertido, a mí me encantaba, porque era como nuestro pedacito de espacio juntos. Daba lo mismo si en mi día a día supiera que si necesitaba calentarme solo tenía que encender la calefacción o para comer ir hasta la despensa.

—He oído su voz, dame solo un minuto. —Estiraba el cuello nerviosa. Si esperaba a alguien, no iba a quedarme para verlo. Porque, con total seguridad, terminaría con un disparo en el entrecejo.

—Yo me largo y cierro, si quieres convertirte en barbacoa, allá tú.

Bajé el primer peldaño de la escalera. María gritó cuando un trozo de tejado ardiendo se vino abajo, no había tiempo que perder.

—¡Mierda!

Fui a por ella, aunque quisiera, no podía dejarla allí, no después de lo que le había hecho.

—¡Vamos!

La forcé a entrar y, una vez la tuve dentro, dejé que la pesada chapa cayera. Ella no paraba de llorar cuando sus pies tocaron el suelo. En el estado en el que estaba, no podría recorrer muchos metros. Me quité la camiseta y se la ofrecí. Ella se la puso con ojos llorosos.

—Súbete a mi espalda.

—Ha muerto…

—¿Quién? —pregunté. Ella negó y sorbió por la nariz.

—La única persona que me importaba. —Estuve a punto de decir que a mí también, pero habría mentido, porque Julio quizá estuviera vivo.

—María, tenemos que seguir, el humo no tardará en llegar hasta aquí, esto es una trampa para ratones; si no nos movemos, nos ahogaremos.

—¿Qué voy a hacer? —le tembló la voz.

—No voy a matarte, si es lo que te preocupa, una vez fuera, dejaré que te largues, te lo juro.

—¿Po-por qué me secuestraste? —El humo ya empezaba a colarse por la rendija. Tenía que contestar rápido.

—La mara de tu padre ha matado a mi madre, esta mañana, quería justicia, quería devolvérsela y… Aunque no suene muy bien, tú eras la manera.

María se quedó en silencio y asintió.

—Lo entiendo. —Su respuesta me hizo fruncir el ceño.

—Siento lo que te hicieron, me gustaría decirte que no tenía ni idea de que ocurriría, pero mentiría.

—Tú no querías hacerlo —respondió.

—No.

—¿Por qué?

—Porque me he dado cuenta de que esta no es la vida que quiero, porque si lo hubiera hecho, no me lo habría perdonado. Por favor, camina —musité, ella tosió y, finalmente, asintió.

Cogí el móvil, que llevaba en el bolsillo del pantalón, y encendí la linterna.

—Siento que mi padre matara a tu madre.

—¿Lo sientes? —pregunté escéptico.

—Mi padre es un hombre horrible, po-por eso no quiero volver a La Campanera. No tienes ni idea de lo que he sufrido estando allí. No es la primera vez que paso por algo así.

—¡¿Cómo?! —Ella miró al suelo avergonzada.

—No importa.

—¡Claro que importa! —mi estómago se retorció.

—Quizá, después de todo, hubiera sido mejor morir en las llamas.

—E-entonces, ¿no eras virgen? ¿Y la sangre?

—Manché mientras… —se le cerró la garganta, la verdad es que estaba haciendo un sobreesfuerzo para hablar—. Ya sabes, me lo hizo muy duro.

—Lo siento. —Yo sabía a la perfección que a Julio le gustaba a lo bruto—. Todo esto es culpa mía, no debí aceptar, si hubiera controlado esa estúpida sed de venganza, si no me hubiera dejado convencer…

—La mara es así —asumió ella.

—Pues no debería.

Habíamos llegado al otro extremo del túnel. La miré, parecía tan frágil y perdida como yo. Era el único responsable de lo que le había ocurrido; por mucho que no fuera virgen, no merecía ni lo que le hizo su padre, ni lo que le hicieron Julio y los demás.

María no tenía la culpa del cabrón que tenía como padre, ni de que este hubiera matado a mi madre, era una víctima de todo eso.

—¿Quieres matarme? —le pregunté.

—¿Cómo?

—Sería lo lógico —saqué el cuchillo del cinturón y se lo ofrecí—. Yo tengo la culpa de lo que te pasó, así que… Toma.

—Tú no me tocaste.

—Pero te secuestré.

—Y también me salvaste la vida hace unos minutos, aunque ahora mismo no sepa dónde ir o qué hacer.

Nos miramos en silencio y sentí una extraña conexión. Los dos estábamos rotos, éramos víctimas de la violencia del lugar, de los grupos de pandilleros que ejercían la presión suficiente como para adueñarse de la vida de dos adolescentes.

No soportaba más la angustia. Llevaba todo el día buscando controlar mis emociones, no derramar una sola lágrima para cumplir con la venganza, que cuando la primera lágrima se desprendió por mi mejilla, no me pude contener.

Me llevé las manos a la cara y rompí a llorar como un crío, me derrumbé, caí sobre mis rodillas y le supliqué que lo hiciera, que acabara con todo el mal que habitaba en mí, que no quería ser así, que yo no era así.

María cogió el arma, y en lugar de utilizarla, la dejó caer y me abrazó. Lo que provocó que llorara todavía con más fuerza. Sus brazos me envolvieron y sus lágrimas se sumaron a las mías.

Estuvimos un buen rato dejándonos llevar por la pena, la rabia y el dolor.

Cuando nos serenamos, nos buscamos en la mirada del otro.

—Tú eres al que llaman gringo, ¿verdad? —apenas ya le quedaba voz. Tenía que forzarme a oír su susurro.

—¿Has oído hablar de mí?

—Un poco. Hace unos días, llegó a casa el rumor de que el hijo de Valdés quería crear una mara nueva con el de los Yunáis. Mi padre quería comprometerme con él, cerró un trato con el suyo.

—Imposible, ¡Julio está con Anita! *No hables pajas*[51].

—Yo no miento. Anita era un pasatiempo… Su padre y el mío querían estrechar lazos después de lo que estuvo haciendo en el penal. El padre de Julio ayudaba al mío. —Alcé las cejas, el corazón me iba a mil.

—Julio César no estaba al corriente de eso.

—¿Eso piensas? Quizá no lo conoces tanto como crees, él lleva meses visitándome una vez a la semana, la intención era cortejarme. Nos pasábamos una hora con mi padre, y media más solos en mi habitación. Mi final era ser para él.

—¡Imposible!

—¿Por qué tendría que mentirte?

—Julio nunca quiso unirse a Barrio-18, solo hundirlo.

—Bueno, pues quizá venía a casa para sacar información, para poder atacarnos. Tal vez nos mintiera a todos. A mí me educaron para ser moneda de cambio, la perfecta esposa de un marero.

Ver, oír, abrirme de piernas y callar. El esposo siempre satisfecho.

Aquellas palabras parecían fuera de lugar en un cuerpo tan pequeño.

—Yo no quiero pertenecer a un mundo así —confesé.

—Ni yo matarte. Está claro que Julio no me quería casada con él, sino acabar conmigo. Llévame contigo a Estados Unidos. ¡Huyamos de todo esto!

—¿Cómo? —De todo lo que habría esperado, eso no se aproximaba a nada.

—No soporto más vivir en La Campanera, si me quedo aquí, los dos sabemos cuál será mi final. Si de verdad quieres que *estemos a cheles*, ayúdame a salir de este agujero, ofréceme una vida distinta a esto, y yo te perdonaré. No te daré problemas, cuidaré de ti para siempre.

—Lo que me estás pidiendo es muy difícil. ¡Nos atraparán!

—No si piensan que hemos muerto. Solo tenemos que lanzar tu colgante y mi pulsera al interior del local. Así creerán que fallecimos.

Toqué las placas de acero que quedaban suspendidas en mi cuello. Me las ponía en contadas ocasiones porque para mí eran muy importantes, casi como un amuleto.

—No puedo hacerlo —murmuré tocándolas—. Pertenecieron a mi padre, es lo único que me queda de él.

—Esta —sacudió la muñeca— era de mi abuela. Yo tampoco quiero desembarazarme de ella, pero si lo hacemos, podremos desaparecer. Creerán que no pudimos salir del incendio. Mi abuela y tu padre siempre estarán con nosotros. ¿Prefieres un collar, o la oportunidad de una vida lejos de la mara?

No me costó decidir. María me dio su pulsera, y yo me camuflé para arrojar ambos recuerdos al interior de la fábrica sin que nadie me viera.

Después volví a por ella, y en lugar de ir hacia la casa de mi tío, nos colamos en el último vagón de un tren de mercancías que iba en dirección a México.

CAPÍTULO 49



Ray

—¡Hijo de puta! —La exclamación me salió del alma.

—Ya sé que soy un cabrón.

—No me refería a ti, sino a Julio César. Ahora que tengo todas las piezas encajadas, me queda bastante claro, más le vale a ese tío no cruzarse en mi camino o lo despedazo.

—¿A qué te refieres?

—¡A que todo era una jodida trampa! ¿No lo ves? Iban a obligarlo a casarse y sacó esa mierda de rito de la virgen, que está más que claro que era una pantomima porque él sabía que no lo era. Lo hizo para librarse de la boda y tenerte cogido por los huevos. Vio que, pese a sus tres años de adoctrinamiento, flaqueabas, que podía perderte porque tu madre estaba bien y quería enviarte con tus abuelos, y esto no lo sé, pero me apostaría el cuello a que los de Barrio-18 no tuvieron nada que ver con su muerte, que Julio la orquestó para tenerte todavía más atado a él.

—¡Eso es imposible, mi tío vino a darme la noticia con los suyos!

—¿El mismo tío marero que le dejó el coche a Julio César para que secuestrarais a María? Yo no creo mucho en estas cosas, pero dijiste que a tu madre le sangró el oído en el velatorio, y ahí no había ningún dieciochero —lo vi dudar—. Dime una cosa, ¿has sabido algo más de tu tío en estos años?

—Me desarraigué por completo, no tengo idea de cómo le va.

—Dame su nombre y apellidos, haré unas llamadas y lo averiguaré, seguro que su vida es mucho mejor que la tuya, incluso puede que sea el *big* de su propia *clica* en Soyapango, por supuesto, de la SM-666. ¿Qué te apuestas?

—Lo que dices es imposible, mi tío no aceptaría matar a su propia hermana y Julio no me habría hecho algo así por aquel entonces.

—No hay mayor ciego que el que no quiere ver. Juraría que cada uno de sus actos fue una manipulación. ¿De verdad piensas que se habría arriesgado a perderte? Eres un tío listo, sabes la respuesta, por mucho que te duela. Te presionó todo el tiempo, la mara iba a ser de los dos, pero

él puso las reglas, y tú un puto dibujo. No querías completar un rito, y el movió las fichas para que lo hicieras. Antes me has dicho que te resultó extraño que los dieciocheros no fueran a por ti de inmediato. ¿Cómo iban a pensar en ti si no mataron a tu madre? Si me das unos días, me ocuparé de averiguarlo.

—¿Y cómo ibas tú a…? —Se quedó callado y tras tres segundos en completo silencio, se puso en pie—. ¡Hijo de puta! —El que ahora vociferó fue él—. ¡Eres poli!

Se abalanzó sobre mí para darme un puñetazo en toda la cara. Lo habría conseguido si mis sentidos arácnidos no estuvieran la mayor parte del tiempo en guardia.

Frené el golpe. Mi posición no era la mejor. Aunque Leo no se vino abajo y siguió atacando.

—¡No soy poli!

—¡Claro que sí, todo encaja! Tu nombre falso, que aparecieras en todas partes, que me persiguieras aquella noche y me recibieras en tu casa. Soy un estúpido, ¿cómo he podido confiar en ti y soltártelo todo? ¡¿Sabes lo que les habrían hecho a mis hijas si la SM-666 hubiera descubierto que vivo con un madero?! ¡Nos has puesto en peligro!

Atrapé su puño después de que lograra hundirlo en uno de mis costados.

Necesitaba que me escuchara, y vi la oportunidad en esa misma cama.

Forcejeamos, le dejé incrustarme un par de golpes más para llevarlo al lugar exacto donde quería, y entonces me empleé a fondo para que sus muñecas quedaran atrapadas en un par de clics.

—¡Suéltameee! —rugió en cuanto se vio inmovilizado por sus propias esposas.

—No hasta que te tranquilices y me escuches, hermano mellizo de la niña del Exorcista.

Lionel sacaba espuma por la boca al verse atrapado. Di gracias a que las esposas no fueran de esas que se abren al primer tirón. Me acomodé en su cintura, tenía los ojos más negros que nunca y las ganas de matarme brillaban en sus pupilas.

Era mi turno, me hubiera gustado contarle quién era después de haber echado el polvo de nuestra vida, compartiendo un tiramisú en la cama, pero las cosas vienen como vienen.

—Me llamo Ray Wright y soy agente del HSI, en concreto, de una unidad llamada ICE. Nos encargamos de delitos relacionados, mayoritariamente, con el tráfico de menores. Hace unos meses, al terminar un operativo en el que estaba involucrada la SM-666, nos llegó un soplo, uno sobre ti.

—¡¿Sobre mí?! ¡Eso es imposible!

—Nos dijeron que eras uno de los fundadores del grupo y que podías estar asociado con Muerte.

—No sé quién es Muerte.

—Por lo que me contaste, intuyo que es Julio César.

—Ni hablar, la *taca* de Julio siempre fue Emperador, y la mía Lion. Él bromeaba siempre que yo era el león del Emperador, el único que lo devoraba, por eso no me gustó cuando me llamaste por el apelativo que él empleaba. —Arrugué el ceño.

—¿Y no puede ser que se la cambiara?

—Esto no es como un peinado, la *taca* solo se pone una vez en la vida. Puede que quisieran despistaros dándoos una falsa.

—Puede…

—Y ahora suéltame, tengo que ir a por mis hijas y largarme lo antes posible de aquí.

—Tú no vas a ninguna parte, a no ser que tengas superpoderes capaces de arrancar el cabecero de la cama.

—¡Vas a desatarme tú!

—No hasta que me escuches y entiendas que no soy el enemigo, y que quiero ayudarte.

—¡¿Ayudarme?! ¡Has hecho todo lo contrario! ¡Igual por eso hicieron arder el edificio! ¡Quizá tú seas el responsable de la muerte de mi mujer! ¿Qué hiciste después de que te dieran la paliza? ¿Fuiste a las oficinas a dar parte a tu jefazo?

—No, fui directo a casa. Aunque puedas pensarlo, no soy estúpido, me tomo muy enserio mi curro y soy muy concienzudo. Soy de los mejores agentes infiltrándose, tú no has sospechado de mí en momento alguno y jamás he tenido un susto.

—Pues me parece que el primero te lo dará Julio, cree que follamos, me lo ha dicho esta misma tarde. —Alcé las cejas sorprendido.

—Así que allí es dónde fuiste esta tarde… ¿Y por qué piensa eso?

—Ni lo sé ni voy a quedarme para averiguarlo.

—Lo tienes crudo, porque a no ser que seas mago o escapista, te tengo esposado.

—¡Mis hijas podrían estar en peligro ahora mismo! Saca las llaves del cajón de la mesilla y quítame las esposas.

—No te preocupes por las chicas, las tengo custodiadas.

—No jodas que Dakota y Samantha son…

—No, pero el novio de Sam sí que es poli y está montando guardia hasta que lleguemos; si pasara algo, me avisaría de inmediato.

Leo tenía la mirada desenfocada, estaba muy angustiado, y era comprensible después de todo lo que me había contado. Descubrir mi profesión no ayudaba. Su pecho subía y bajaba acelerado.

—Creía que podía confiar en ti. ¡Mierda! ¡Siempre me equivoco!

—Y puedes —murmuré suave, tomándole la cara. Él la movió de un lado a otro para desembarazarse de mi caricia.

—¡No!

—¿Sabes cuánto me estoy arriesgando revelándote mi identidad? Quizá no lo veas del mismo modo, pero me he expuesto, sabes quién soy, a qué me dedico, conoces a mis amigos, podrías pedirle a Julio que me matara. Confío tanto en ti que me he expuesto al cien por cien. Tal vez sea mi jefe el que me liquide y no haga falta que envíes a nadie —rumié—. Ahora mismo estamos en tablas.

—Me mentiste —su murmullo fue de decepción.

—Cumplía con mi trabajo, que es distinto. Eso es lo único respecto a lo que no te he dicho la verdad. Sabes todo lo que hay que saber sobre mi vida, te lo conté yo mismo. Vives en mi casa, duermes conmigo y abres la puerta de mi nevera las veces que te da la gana. Incluso salpicas en mi taza del váter.

—Yo no salpico.

—Casi me conoces mejor que yo mismo. —Lo vi resoplar—. Nadie es tan bueno como para fingir las veinticuatro horas ser alguien que no es, piénsalo. Lo único que ha cambiado entre nosotros es mi profesión, ¿de verdad piensas que eso es tan importante? Podría haber sido cocinero o probador de toboganes acuáticos. Lo importante está en los hechos.

»He ayudado a hacer los deberes a Elena a diario, le he cambiado el pañal a Daisy tantas veces que creo que empieza a gustarme el olor a mierda, y cuando no encontrábamos a Magaly, hice todo lo posible para que apareciera y borrar esas arrugas de preocupación de tu frente —pasé los pulgares por ellas—. Lo creas o no, me importas, mucho, muchísimo, y con lo que me has contado esta noche, todavía más.

»Es lo más cierto que te he dicho nunca, cuando estás a mi lado, a veces me olvido de respirar y no creo que tengas dudas sobre cuánto me pones. —Contuve las ganas de rozarme

contra su entrepierna para mostrárselo—. Quiero protegeros, cuidaros y que tengas esa vida que mereces y que nadie debió arrebataros. Deja que os ayude.

Sus párpados cayeron y los apretó con fuerza.

—No puedo… —Mis nudillos recorrieron el contorno de su mandíbula con mimo.

—¿El qué?

—Nada. Todo. ¡No tienes ni idea!

—Tienes miedo.

—¡¿Miedo?! ¡Soy un estúpido! ¡Les he arruinado la vida!

—¿A quiénes? ¿A tus hijas?

—¡Sí! ¡Y a María! ¡No la protegí! Se lo prometí y no lo hice, terminó del mismo modo que debimos morir aquella noche. Julio quiere vengarse y no parará hasta que lo consiga.

—¿Y qué quiere?

—Lo que siempre debió ser suyo. ¡A mí! En unas semanas, me quiere de vuelta en su vida y no va a aceptar un no por respuesta.

—Tú no eres suyo, tú no eres de nadie. Mírame, Leo. —Focalicé mi mirada en la suya—. Voy a ayudarte, quiero ayudarte, y no aceptaré un no por respuesta. —Sus dedos se crisparon y se apretaron contra las esposas—. Los dos sabemos que si nadie le para los pies a la SM-666, tú y tus hijas estaréis condenados.

—¿Y tú eres ese alguien? —rio sin humor.

—Quiero serlo.

—No puedes, nadie puede con ellos; si buscas una medalla al mérito, este no es tu caso.

—Lo que busco es que se deje de traficar con la inocencia, que quienes comercian con personas vulnerables paguen sus delitos. No quiero que niños sean arrancados de sus hogares para que pedófilos sin escrúpulos los prostituyan. No quiero que niños de doce años trabajen de sol a sol en lugar de ir a la escuela o que bebés sean alejados de sus familias por unos cientos de dólares. Llámame idealista, pero si puedo conseguir que uno solo de esos niños tenga una vida digna, voy a hacerlo. No voy a permitirle a Julio que toque a tus hijas, antes le meto una bomba por el culo y vendo sus restos a un colega de un restaurante chino que jamás preguntaría por la procedencia de la carne.

—Todo lo que me dices es muy bonito, pero poco factible cuando se trata de la mara. Tienen tentáculos por todas partes, ¡mírame a mí!

—No dejo de mirarte. —Leo sopló de nuevo.

—No de ese modo. Me has hundido en el barro más de lo que ya estaba.

—Lo que te estoy ofreciendo es una mano para salir de él. Si no te dije nada antes es porque necesitaba comprender la verdad y tener una visión global para poder defender mi postura ante el director Price. Esta noche me has dado las piezas que me faltaban, voy a pedirle que os convierta en testigos protegidos.

—¡¿De qué?! ¡Yo no pertenezco a la mara, ni he visto nada en los últimos años que os pueda servir en un juicio, estoy vendido!

—Puede que ahora no lo tengas, pero lo puedes tener.

—¡¿Qué?!

—¿Quieres devolvérsela a Julio, apartarlo de tu vida para siempre y que liquidemos a la SM-666? Podemos hacerlo trabajando en equipo.

—No te entiendo.

—Es muy sencillo, dale a Julio lo que quiere, conviértete en Lion y jodámosle desde dentro, como él hizo con Barrio-18 para destruirlos.

—¿Quieres que sea como tú?

—Digo yo que algo bueno se te tiene que pegar después de estos meses. Yo puedo prepararte en el tiempo que nos queda. Me encantará adiestrarte —susurré, modulando el tono de voz a uno más profundo.

—No sé qué decir…

—Tampoco es que tengas demasiadas opciones, ¿no crees? Aunque me gustaría que creyeras que soy la mejor, me conformo con ser la que elijas.

Ya que estaba más calmado y sin que me apeteciera demasiado moverme, alargué el brazo para hurgar en la mesilla y conseguir la llave.

Leo emitió un quejido ronco al corcovear sobre su cuerpo. No lograba dar con la maldita llave.

—¿Q-qué haces? —preguntó entrecortado.

—Quitarte las esposas, ¿no querías que te desatara?

—Están en la otra mesilla —carraspeó. Volví a moverme y él soltó un improperio. Algo empezaba a ponerse bastante tenso y no me refería al ambiente, era algo más largo, grueso y estaba justo debajo de mí. Sonreí.

—¿Cómo dices? —le pregunté sinvergüenza.

—No he dicho nada.

—Um, qué extraño, pensaba que me habías dicho que cogiera la barra de hierro en lugar de las llaves. Que no sabías dónde las habías metido y preferías que hiciera palanca. —Esa vez me froté descaradamente contra su polla. Leo exhaló con fuerza y su erección presionó contra el vaquero movida por mis palabras—. Mmm. ¿Lo ves?, esta herramienta me gusta mucho más que la llave.

Hice un movimiento ondulante que lo hizo jadear.

—Para.

—¿O qué harás? —pregunté sin detener el movimiento.

—¡D-Ray! —protestó. Me hizo gracia que titubeara con mi nombre, aunque adoraba cómo sonaba en su lengua. Bajé el cuerpo hasta que nuestras narices casi se rozaron.

—Dime, Lionel —musité tan cerca de su boca que nuestros alientos se combinaron.

—No podemos…

—¿El qué?

—Esto, tú y yo… Ni siquiera sé si voy a llegar vivo a casa.

Uuuh, esa era de mis frases favoritas para poder darles la vuelta.

—¿Y si no lo hicieras? ¿Y si murieras nada más salir por la puerta porque tu ex nos estuviera esperando? ¿Preferirías morir sin saber cómo sería un polvo entre nosotros? ¿O preferirías que la muerte te alcanzara después del mejor polvo de tu vida? —La duda estaba sembrada, y la cosecha no dejaba de crecer entre sus piernas—. No te tenía por uno de esos —seguí presionando.

—¿Uno de esos?

—Uno de los que huyen cuando les pasan cosas buenas.

—¿Y tú eres esa cosa buena?

—Cariño, a estas alturas de la novela, ya tendrías que saber que soy el mejor, y que poder perder el alma en una de mis mamadas… ¿No te lo dije? Soy doctor mamadis causa, tengo la orla en mi casa, si quieres, luego te la enseño, me gradué con honores. Siempre he tenido una boquita de oro.

Leo no pudo contener la carcajada que se le acumuló en la garganta, ni yo quise refrenar la

sonrisa.

—¿Cómo lo haces?

—¿El qué?

—Que una situación terrible parezca un regalo, que en lugar de querer darte una patada en el culo, quiera follártelo.

«Ey, ey, ey, ¿quién ha dicho eso?».

—Repítemelo —murmuré ronco, dándole un mordisco en el cuello, notando cómo el vello duro de un día pujaba en mi boca. Leo gruñó.

—Quiero follarte.

Mi mano se deslizó por su torso hasta la bragueta para masajear su miembro envuelto en la basta tela del pantalón.

—Otra vez —musité, moviendo los dedos arriba y abajo—, repítemelo hasta que me lo crea.

—¿Y por qué mejor no te lo demuestro? Yo soy mucho más de hechos.

—Así que esas tenemos, ¿eh? —pasé la punta de la nariz por el puente recto de la suya.

—Bésame y cállate, ¡joder! —Leo alargó el cuello con la boca abierta para capturar la mía.

—Me gusta cuando me silencias con la lengua —murmuré saboreándolo.

CAPÍTULO 50



Leo

Estaba hecho un puto lío, aunque de lo único que estaba seguro era de que no quería morir sin haberme tirado a Ray.

No le pedí que me desatara, quizá porque encontraba una falsa seguridad en aquel elemento que me retenía, aunque me muriera de ganas de acariciarlo, de tocar cada músculo, la perfección de su piel dorada.

Tras besarme, con aquella intensidad por la que cualquiera vendería el alma, se separó de mí con una sonrisa indolente. Tenía la polla al borde del colapso, hacía tanto tiempo que no deseaba a alguien de aquella manera primitiva y cruda que ni siquiera sabía cómo comportarme.

—En un sitio como este tiene que haber música, ¿verdad? —preguntó, rompiendo el silencio.

—Ahí, al lado de la puerta, tienes un panel, está conectado a Spotify. Pon lo que te dé la gana, aunque a mí me bastaría con tus gruñidos.

Él se relamió los labios sin prisa, admirándome de la misma manera que a los entrantes del restaurante italiano.

—Los hombres de calidad se degustan, así que si piensas que voy a follarte como si trabajara en un *fastfuck* es que no me conoces. Voy a hacerte la mejor comida de tu vida, pero te advierto

que no va a ser rápida.

Se dio la vuelta y fue hacia el control, dejándome a mí a la deriva. Tenía la camisa pegada a la espalda, una erección tan bestia que amenazaba con atravesar los putos vaqueros.

Había llegado al límite. Me importaba muy poco quién fuera Ray o su profesión, porque todos mis espermatozoides se habían concentrado en mis huevos al grito de «¡Espartanos! ¡Ahu, ahu, ahu!».

Ya casi no recordaba cómo se sentía uno al hacerlo por placer, hacía demasiado. Por eso mi cuerpo estaba tan erizado y la urgencia era extrema.

Las primeras notas envolvieron la estancia. Apagó la luz y le dio al botón de los neones violetas que enmarcaban el espejo del techo. Se dio la vuelta y avanzó como lo haría si estuviera bailando en el club, de manera sinuosa, canalla y excitante. *Loose control*, de Teddy Swims, fue el tema que había escogido para mí. Y menudo acierto.

Si existía una letra que pudiera definir mi caos emotivo-sexual era esa.

Ray era un soberano cabrón, sabía con exactitud lo que hacía, mientras yo apenas tenía idea de si me equivocaba o no.

Subió con suavidad la parte inferior de su camiseta mostrando una pequeña zona de los abdominales, asegurándose de que la boca se me hiciera agua con el entremés.

Algo se apoderó de mí últimamente.
No, ya no me conozco.
Se siente como si las paredes se estuvieran cerrando.
Y el diablo llamando a mi puerta.
Woooahhh.

Subió el borde hasta atraparlo con los dientes y paseó la mano de dedos largos por la parte central de su torso.

«¡Joder! Cómo me gustaría que esas manos fueran las mías».

Tragué con fuerza.

Haciendo todo lo posible para evitar arrancar la piel de mis huesos.
No lo sabes,
pierdo el control,
cuando no estás a mi lado.

Se desabrochó el botón del pantalón, bajó la cremallera, metió la mano por dentro del calzoncillo y movió piel arriba y abajo.

Apreté los puños, tenía el pulso disparado y los huevos demasiado cargados.

Me estoy desmoronando justo en frente de ti.

¿No puedes ver?
Pierdo el control
cuando no estás a mi lado, mhm.

Se acercó por uno de los laterales de la cama sin dejar de tocarse. Y cuando estuvo lo suficientemente cerca de mí, dejó su polla asomar por la goma del bóxer. Aproximó la palma de la mano caliente, impregnada de su sabor y su aroma hacia mi ávida boca.

La lamí, joder si la lamí, buscando un resquicio de él en ella, hallándolo con desesperación.

El problema problemático es que quiero tu cuerpo como un demonio,
como un mal hábito.

La apartó con brusquedad y en mi garganta afloró una protesta que silenció atrapándome la barbilla para hundir su lengua en mí. Bastó aquel contacto cálido y lascivo para volverme un salvaje y querer verme envuelto en un pecado ardiente.

Succionó mi labio inferior y tiró de él a modo de despedida. Su camiseta salió volando y mis pupilas consumieron con avidez la carne masculina.

El problema problemático es que cuando estoy contigo, soy un adicto,
y necesito un lanzamiento.
Mi piel en tus dientes.

Mis ojos buscaron la punta de su glande. Estaba tan mojada, lista para ser degustada, que me relamí sin pudor. Ray volvió a tocarse encendiéndome como un poseso.

Se subió a la cama y empezó a desabrocharme los botones de la camisa con una lentitud asfixiante, besando cada porción de piel expuesta, hasta tenerla abierta en dos.

No era capaz de llenar mis pulmones de aire, estaba hiperventilando de necesidad extrema. Cada puta célula de mi piel chillaba, y cuando llegó a mi ombligo y se puso a follarlo con la lengua, como si la tuviera puesta en otro punto de mi cuerpo…

—¡O paras, o me corro! —lo amenacé entre dientes.

—¿Te pone cachondo lo que te hago, Leo? —Me dio un pequeño mordisco en la carne, volvió a lamerlo, para después soplar en él.

—¡Me cago en la puta, Ray! —Rio ronco al ver el efecto tan poderoso que tenía en mí. Estaba un poco asustado por todo lo que prendía cada minúsculo contacto.

—Di qué quieres que te haga. ¿Quieres que te la chupe? —preguntó. Sus dientes me torturaron ofreciendo pequeños mordiscos en la pretina de mi pantalón.

Me puse de rodillas.
Cariño, por favor.
Oooohhhh.
Pierdo el control,
cuando no estás a mi lado.

—Voy a reventar —confesé sin vergüenza.

—Entonces déjame que te ayude, me encanta la artillería pesada.

Me bajó los pantalones y los calzoncillos sin tocarme, aunque sentía como si a sus ojos les hubieran crecido un par de manos y no dejara de acariciarme.

Bajó hasta los pies de la cama para quitarme los zapatos y la ropa estancada en mis tobillos. Después fue directo a la pecera de los condones, la cogió y me la vació por completo encima de la polla. Jadeé ante el impacto de los pequeños sobres.

Escogió uno al azar, lo sacó de su encierro, pinzó la punta con los labios, tomó la base de mi erección y, sin abandonar mis ojos, lo deslizó hasta el fondo, albergando mi totalidad en su calor.

Nunca había hecho *puenting*, aunque imaginaba que la sensación sería muy parecida.

Arrojé una exhalación tan bestia que acabó con todas mis reservas de aire. Su boca me engullía con una calma angustiosa, era como si supiera qué velocidad y presión debía ejercer

para elevar mi desesperación hasta el borde, sin que llegara a correrme.

Alcé las caderas, busqué cambiar el ritmo, pero sus manos me frenaron.

Dios, ¡iba a consumirme en las llamas del pecado! Me comía con pereza, sin prisa, con una lascivia que tensaba cada rincón de mi anatomía.

La locura que desató en mí era irrefrenable.

Una de las manos, que sujetaba mis caderas para inmovilizarme, cambió de lugar.

Ray lamió el dedo índice y lo ubicó en mi perineo para recorrerlo con su humedad. Arrugué los dedos de los pies y tiré con fuerza de las esposas cuando la yema alcanzó mi ano y se puso a masajearlo sin entrar.

Julio nunca había sido tan delicado, lo nuestro solo era meter y sacar, alguna que otra mamada, pero no tenía nada que ver con aquella tortura sensual que me elevaba hacia un lugar desconocido.

Paseó la lengua desde los huevos hasta la punta.

—¿Te gusta? —cuestionó sin dejar de trazar pequeños círculos con la yema del dedo.

—No va a hacer falta que nadie me mate porque ya me estoy muriendo.

—Me tomaré eso como un sí. ¿Quieres que termine de desnudarme?

—Me encantaría, sí —claudiqué, anhelando el contacto total.

Ray se apartó lo justo para desembarazarse de las prendas. Era glorioso, no me extrañaba que le hubieran dado una toga para el espectáculo porque era digno de ser adorado y tener su propio imperio.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó masturbándose.

—Mucho.

Cogió uno de los sobres de lubricante, lo rasgó con los dientes, lo vertió sobre su polla y se puso a acariciarse. El sonido, el espectáculo de luces moradas sobre su piel y la forma en que me miraba me hicieron apretar los dientes y que mi polla alzara la cabeza en señal de protesta.

—Me pones muchísimo, Leo, tan moreno, tan estoico, tan reservado, tan gruñón.

Dobló mis rodillas y volvió a acariciar el sendero que separaba mis pelotas del agujero. Esa vez no lo hizo con la yema del índice, sino con su glande, no había penetración, lo único que buscaba era tentarme y por Dios si lo estaba logrando.

—Ray… —susurré.

—¿Qué?

—Lo quiero todo.

—Tienes suerte de que yo también.

Apartó la erección. Y su dedo empezó a penetrarme con tanto tiento, con tanto cariño, que nunca hubiera imaginado que algo así fuera posible. Cogió otro sobre de lubricante y me lo echó.

—Nunca es suficiente cuando se trata de lubricar. —Debió ver la pregunta en mis ojos al ver que empleaba tanto.

Rotó dentro de mí con tanta facilidad que apreté el esfínter para sentirlo más. Noté como iban entrando las falanges hasta ganar profundidad.

—¡Ah!

—Eso es, suéltate, disfrútalo.

Con la mano libre, se puso a dar ligeros apretones cerca de mi glande mientras la otra se dedicaba a trabajar mi amplitud, a prepararme para él. Cuando encajó el segundo dedo y rotó ambos, usó el pulgar de la otra mano para recorrer la hendidura del glande.

Jadeé con muchísima fuerza. Dudaba que pudiera volver a tener una experiencia como esa.

—Fóllame —imploré.

—¿No eras tú el que quería follarme?

—Después, por favor, te necesito dentro, por favor…

—No hace falta que me supliques, llevo queriendo tu culo desde que vi tu foto en el interior de una carpeta marrón.

Apartó el dedo, se puso un condón a la velocidad de la luz y se hundió en mí. Firme, seguro, sin necesidad de ofrecerme una estocada ruda como las de las pelis porno, que terminan partiéndote en dos y sin poder moverte.

El sonido estrangulado de mis cuerdas vocales lo hizo detenerse. Estaba arrodillado, con las manos envolviendo mis muslos por delante y los ojos en los míos.

—¿Estás bien?

—Mejor que nunca.

—En eso te equivocas, esto solo va a mejor —anunció, moviéndose con tiento. Salió casi hasta el final para volver a entrar. Sin pausa, disfrutando de cada empuje.

—¡Joder!

Tomó otro sobre para verterlo sobre mi polla y así masturbarme mientras me penetraba.

—No voy a aguantar.

—¿Y por qué vas a tener que hacerlo?

—Porque me da vergüenza durar tan poco.

—Tenemos muchos polvos por delante, así que por mí córrete ya, quiero ver cómo te derrites sobre mi cuerpo.

Me sacó el condón, y en cuanto su mano se puso en contacto directo con mi piel, supe que estaba perdido.

El vaivén de sus caderas, sumado a la presión que ejercía sobre mi erección, me hizo estallar.

La corrida salió disparada. Me vertí sobre mi propio estómago, alcanzando mi pecho y manchando parte de la barbilla. Ray aumentó la velocidad y la profundidad de las acometidas sin dejar de pajearme, aprovechando las últimas sacudidas.

Todo en mí vibraba, todo. Mi cuerpo descontrolado se agitaba, mi boca aullaba y apenas podía describir las sensaciones que ceñían mi cuerpo.

—Me pones muy cerdo, Lionel —gruñó, soltando mi polla para acariciar la piel manchada. Usó mi propio semen para acariciarme, apreté el esfínter para aumentar la sensación de fricción —. Me voy a correr.

—Hazlo —susurré. No podía tocarlo, pero lo estaba haciendo a través de la mirada.

Dejó de acariciarme para cambiar de posición, separando más mis muslos para alojarse mejor, uniendo su cuerpo mientras buscaba mi boca para besarme.

Nuestras lenguas volvieron a enredarse, ya no había espacio para las dudas ni para el arrepentimiento, sin ninguna duda, habría un antes y un después tras acostarme con Ray.

Noté el momento exacto en que su cuerpo se puso tenso y engullí anhelante su grito de liberación.

CAPÍTULO 51



Ray

—¡Ni hablar! —espetó el director Price, mirándome con fijeza. No esperaba que acogiera mi idea con los brazos abiertos, sobre todo, conociéndolo, pero esperaba un poquito menos de irascibilidad.

—¡¿Por qué no?!

—Pues porque es una idea pésima, no podemos infiltrar a alguien que no ha recibido ningún tipo de formación y que no sabemos si te miente o no.

—Lo sabemos, yo lo sé. Ayer se abrió completamente a mí. —No iba a contarle de todas las maneras que lo hizo porque no procedía—. Me contó su historia punto por punto, rasqué toda la superficie y ya le he expuesto mi conclusión. El Emperador lo quiere de vuelta porque es un puto psicópata, porque la mara no perdona y mucho menos una afrenta como esa. Valdés lo considera de su propiedad y quiere que regrese porque está jodido y a Torres lo tiene cogido por las pelotas.

—¿Y eso qué nos importa? ¡Nosotros vamos detrás de Muerte! No del Emperador.

—Muerte no existe, nos colaron esa *taca*, el hombre al que perseguimos es Julio César Valdés, el único y verdadero *big* de la SM-666. Lionel Torres fue su títere durante tres años, cuando Valdés quiso conformar la mara.

—Y su pareja.

—Sí, pero…

—¿No entiende que se la puede estar colando, Wright? Puede que lo hayan descubierto, que todo esto solo sea una cortina de humo para hacernos caer de cuatro patas.

—Si me hubieran descubierto, ya estaría muerto. —Mi jefe resopló—. Le prometo que estoy en lo cierto. Torres tuvo que fingir su propia muerte para escapar con María, por eso llevan todo este tiempo ocultos viviendo en el límite de la pobreza. Estoy seguro de que si rascamos, encontraremos que el origen del incendio que afectó al edificio en el que vivía la familia Torres está en uno de los *homeboys* de Julio César. Tenemos que cuidar de esa familia, es lo único que

me ha pedido Torres, protección para sus hijas, a cambio de colaboración. Nos dará toda la información que precisemos para erradicar la SM-666. —Mi jefe lanzó un bufido exasperado—. No es la primera vez que trabajamos con soplones.

—Esto es más que un soplón, usted parece muy convencido de la inocencia del señor Torres, pero yo sigo teniendo mis dudas. Quizá Valdés se cargara a su mujer porque amenazaba con delatar su relación al resto de mareros.

—No es así.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Instinto. —Price lanzó una risotada sin humor.

—El cementerio está lleno de agentes con instinto, Wright.

—Si la cago, la cago.

—Si la caga, ¡la operación se va a la mierda! —Jennings permanecía en silencio, ocupando la silla de al lado. Quedé antes con él para explicarle todo lo que había averiguado y el planteamiento que quería hacerle al jefe.

—Si me lo permite, señor, yo creo que la baza de Wright es lo mejor que hemos obtenido hasta el momento. Confío en su criterio, y si él piensa que Torres puede hacerlo…

El director dio un golpe encima de la mesa.

—¿Es que los dos se han vuelto locos? ¿En qué momento infiltramos civiles en un grupo de criminales organizados? ¡Esto no es un *reality* de *A la caza del marero*!

—Con todo el respeto, señor, si no lo infiltramos nosotros, entrará por su propio pie. Valdés ha amenazado a sus hijas con venderlas, y si no lo ayudamos, no parará hasta conseguirlo. Sabe que cualquier padre haría lo imposible por sus hijas, y también sabe que no podemos impedirle que ingrese en la mara para protegerlas. Lo que sí podemos hacer es sacar provecho de la circunstancia, y yo me comprometeré a darle las herramientas necesarias para que no intuyan que es un colaborador. Señor, no es un tipo estúpido, ha sido bombero, recibió clases de lucha y armamento de la mano del mismísimo Emperador, puede que ahora esté un poco oxidado, pero Jennings y yo le haremos un curso intensivo, será suficiente como para que podamos atrapar a esos cabrones escurridizos. Lo único que necesitamos para ello es documentación comprometedora y tumbar la próxima misión de los mareros.

—Julio César Valdés no es estúpido. Si lleva todo este tiempo dándonos esquinazo es porque sabe muy bien lo que hace. Olerá el miedo de su presa y lo despedazará.

—No si nosotros lo aleccionamos. Por favor, señor, le repito que es nuestra mejor opción, si cuando terminemos con él usted no lo ve listo, abortamos la misión.

—Como si eso se pudiera —farfulló—. Intuyo que si estamos manteniendo esta conversación es porque Torres le ha pillado.

—Más bien yo se lo conté, pretendía largarse de mi piso y meter a esas niñas inocentes en casa de Valdés. Tenía que impedir eso.

Otro golpe encima de la mesa y una ristra de imprecaciones salieron por la boca del director. Jennings me miró de refilón.

—Podría expulsarlo por lo que ha hecho, es consciente, ¿verdad?

—Sí, señor, pero le juro que si no estuviera completamente convencido de la inocencia de Torres y que mi propuesta es nuestra mejor opción, no hubiera dado ese paso tan arriesgado. Me conoce, sabe que jamás meto la pata y que estoy más que volcado en mi trabajo.

—Siempre hay una primera vez para meterla —refunfuñó.

—No va a ser esta.

—Más le vale, o le juro que no va a temblarme el pulso si tengo que poner su cabeza en la

picota, y la de usted —apuntó a Jennings—. Si joden esta operación con sus insensateces, caerán los dos. Y ahora lárguense.

—Pe-pero ¿tenemos su permiso para ponernos manos a la obra? —cuestionó David.

—Tengo que hacer unas llamadas primero, por el momento, fuera. ¡Fue-ra! —espetó, largándonos del despacho.

Los gritos debieron escucharse por toda la planta, porque cuando salimos, las cabezas de nuestros compañeros estaban todas orientadas hacia la puerta por la que acabábamos de salir. Algunos intentaron devolver la vista a las pantallas de sus ordenadores con disimulo.

Mi compañero se rascó la nuca.

—Bueno, no ha ido tan mal, ¿no?

—¿Soy el único que le ha visto aflorar a nuestro jefe la vena Reina de Corazones y su «que les corten la cabeza»? He estado a punto de ir a por una lata de pintura para darle rojo a las flores del florero que le regalaron para Navidad, después me he dado cuenta de que lo único que tenía dentro era polvo.

Jennings se puso a reír y le di unas palmadas en el hombro.

—Gracias por echarme una mano con esto. Apúntala en la larga lista de cosas que te debo.

—No podía dejarte solo ante el peligro, además, reconozco que te echo de menos.

—Dime que eso solo me lo dices a mí y a tu mujer, que sabes que soy un pelín territorial y este tipo de cosas me ponen tontorrón.

—¡Cállate, capullo! —Me golpeó el costado sin emplear demasiada fuerza.

—¿Nos tomamos unas cervezas? —propuse—. Tanto darle a la lengua me ha dejado con la garganta seca.

—¿Te refieres a Price, o a Torres? —le ofrecí a David una sonrisa ladeada.

—No sé de qué me hablas.

—Ya, por eso te brillan los ojos y supuras sexo por los cuatro costados. Además, esta mañana tenías una cosa blanca y reseca en la comisura del labio.

—Se llama baba.

—Ya… Te recuerdo que llevamos tiempo siendo compañeros y hacía mucho que no te veía con esa cara de recién ordeñado.

—¿Ahora soy una vaca?

—Más bien un toro de pelotas liberadas.

Solté una carcajada.

—Anda, vamos a por las pintas, que invito yo.

—Solo si puedo pedirme un *bagel* de cereales, queso batido, salmón y pepinillos, ya sabes que son mi perdición.

—Cuenta con ello.

Bajamos al bar. Era el que nos quedaba más cerca y al que acudíamos todos a desayunar.

Jennings se fue directo a la única mesa vacía, y yo me ocupé de hacer cola para pedir las cervezas y el desayuno.

Me pincé los lagrimales y las imágenes de la noche anterior se sucedieron en mi cerebro.

Tras dos polvos magistrales, uno con esposas y otro que terminó con el cuerpo de Leo encima del mío, nos dimos una ducha y volvimos al piso. Ojalá hubiera podido pasar toda la noche tomándolo de mil maneras distintas, el tiempo que compartimos no era suficiente para todo lo que le quería hacer. El problema era que Sam y Dakota estaban con las niñas y no podía abusar.

Volvimos a casa con mi corazón dando volteretas, lleno de promesas que era incapaz de

verbalizar. Dudaba que Leo estuviera listo para algo más que sexo, sobre todo, teniendo en cuenta su relación familiar y los problemas con los que tenía que lidiar.

Solo tenía una oportunidad para que su pesadilla vital terminara, y no la pensaba desaprovechar. Si atrapaba a Julio César, mataría dos pájaros de un tiro. El mundo se libraría de un mierdas, y yo tendría una posibilidad con Leo.

Por delante quedaba un operativo de lo más ambicioso, pero no imposible.

Conocía la propuesta que le hizo Julio, Valdés quería convertirlo en su nuevo coyote. No iba a ofrecerle ser su socio después de que huyera, le costaría obtener un puesto de confianza, por lo que debería ganárselo y empezar por abajo.

La prueba de fuego propuesta implicaba viajar a Soyapango. En unas semanas, los *homeboys* de Julio en El Salvador tendrían listo un nuevo cargamento de pollitos, el más ambicioso que hubiera llegado jamás a los Yunaís, como ellos llamaban a Estados Unidos.

Las pérdidas de los dos últimos encargos dejaron a Julio César con el culo al aire, el *big* estaba que se subía por las paredes y quería compensar a sus clientes para que no cambiaran de proveedor.

El presidente Bukele había estrechado muchísimo el cerco a los mareros, muchos habían caído a manos de la policía o del ejército y estaban encerrados en la megaprisión que construyó para los pandilleros. Los recursos con los que contaría Leo serían mínimos, ya que la caza de mareros estaba a la orden del día.

No iba a ser fácil ni para él ni para mí. La idea de lanzarlo a los brazos del enemigo me daba alergia, sobre todo, cuando lo había tenido entre los míos.

Sonreí como un estúpido al recordar cómo lo abracé por la espalda para hacerle la cucharita en nuestro sofá cama.

—¿Qué haces? —gruñó cuando notó mi mano colarse bajo su camiseta para acariciarle los abdominales.

—Tocarte —susurré, aspirando el aroma de su cuello. No me apartó la mano y tampoco se movió—. Me ha encantado que folláramos, somos como el señor y la señora Smith —reí por lo bajo.

—¿Porque duermes con el enemigo o porque tú te consideras Brad Pitt y a mí Angelina Jolie? —Volví a reír.

—Más bien por el tamaño de nuestras armas y lo bien que se nos da enfrentarlas —susurré, bajando la mano para meterla en el interior del calzoncillo.

—Las niñas están en la otra habitación.

—Entonces, córrete en silencio, Angelina —musité, mordiéndole el lóbulo de la oreja.

Llevaba tiempo sin dormir tan bien. Y cuando las niñas despertaron, Elena le dijo a su padre que se había levantado especialmente guapo y de buen humor.

Magaly seguía cabreada por no tener el móvil, así que no comentó nada al respecto del día anterior.

Me hubiera encantado estimularlo con una mamada de buenos días, pero era demasiado riesgo teniendo en cuenta que dormíamos en el salón.

Tuve que conformarme con miraditas cruzadas y mandarle una fotopolla desde la ducha. Oí cómo se le caía el móvil y soltaba una imprecación.

La camarera del bar interrumpió mis pensamientos tendiéndome el pedido que había hecho, y cuando me di la vuelta, choqué con alguien que estaba demasiado pegado a mi espalda y vertí un poco de cerveza en su camisa.

—Perdón, lo lamento, deja que pida algo para limpiarte.

—No pasa nada —murmuró una voz grave de claro acento latino.

Alcé la barbilla y me encontré con un tío alto, moreno, sumamente atractivo y con una pequeña cruz tatuada en la parte alta del pómulo, justo debajo de la comisura del ojo.

Me ofreció una sonrisa y se relamió los labios. A mi mente acudió Ellie y sus historias del tipo del tatuaje que secuestraba niñas.

—¿Nos conocemos? —le pregunté incapaz de apartar la mirada de la suya.

—No, aunque puede que lo hagamos. —La camarera preguntaba quién era el siguiente—. Perdona, creo que es mi turno.

Me aparté de él y me encaminé hacia la mesa con la sensación de tener sus ojos clavados en la nuca; cuando fui a sentarme y me di la vuelta, ya no estaba.

CAPÍTULO 52



Leo

La puerta del piso se abrió y mi corazón se puso a palpitar al mismo tiempo que mi entrepierna.

Sabía que no debería, que la excitación ya tendría que haberse consumido después de los dos polvos y la paja de la noche anterior, pero no fue así, Ray era un bidón de gasolina, y yo fuego desatado.

Las niñas estaban en el colegio, las dejé mientras Ray se iba a hablar con su jefe y yo cogí el metro con Daisy porque me tocaba visita en el hospital. El doctor dijo que la pierna estaba evolucionando genial y que tenía recuperado el 80 % de la movilidad. Si seguía con los ejercicios, todo parecía indicar que estaría bien en un par de semanas.

Al salir de la consulta, y meterme en el ascensor, me topé con uno de los chicos de la brigada, su mujer se había puesto de parto y se disponía a tomarse un café porque le habían dicho que iba para largo. Se ofreció a invitarme y nos lo tomamos juntos.

Nos pusimos al día, y me comentó que últimamente se habían multiplicado los casos de incendios en las zonas más exclusivas en las que operaba la empresa que los tenía contratados, es decir, la de Julio César. Que los chicos tenían la sospecha de que alguien se estaba ocupando de que parecieran fortuitos, no tenían evidencias claras, no obstante, estaban con la mosca detrás de

la oreja.

Yo estaba convencido de que Elite Fire era una tapadera para blanquear dinero, quizá el mismo Julio enviara a algunos de sus mareros para que no faltara el curro y seguir blanqueando pasta.

Me reservé mi opinión y me despedí de John, le deseé que el parto de Linda fuera corto y le aseguré que vendría a ver al bebé.

En el viaje de vuelta al piso, seguí pensando en Ray, en si había hecho bien al contárselo todo, o si aceptar una posible colaboración era un acierto. Aunque el pensamiento no duraba mucho, porque quedaba solapado por la imagen de nuestras lenguas devorando el tiramisú sobre nuestros cuerpos.

Jamás había hecho ese tipo de cosas con Julio, y acababa de descubrir lo mucho que me gustaban. Me sentía igual que uno de esos vídeos en los que un bebé prueba por primera vez el helado, abre mucho los ojos y al siguiente segundo se pone a devorarlo.

Mis neuronas no podían dejar de pensar en ello, estaba completamente embriagado de Ray, por eso, en cuanto se abrió la puerta, y lo vi atravesar el umbral con las gafas de sol puestas, la cazadora de piel y la camiseta blanca de tirantes, ni me lo pensé.

Lo estampé contra la pared y mi boca buscó la suya con urgencia.

—Mmm, buenos días a ti también —fue lo que salió de su boca antes de que me pusiera de rodillas, le bajara los pantalones y me la metiera en la boca de golpe—. ¡Joder! —proclamó—. Espera, espera, no llevo condón… ¿Y Daisy?

—Dormida, a ella ya le he dado el biberón —comenté, pasando la lengua por toda su largura. La polla de Ray había empezado a despertar.

—El condón —repitió.

—Te recuerdo que los dos estuvimos ingresados en el hospital, nos hicieron analíticas completas, no me he acostado con nadie desde entonces.

—Yo tampoco —aseveró. Su afirmación me alegró por dentro, aunque no lo pensaba exteriorizar.

—Eso imaginaba, así que quiero comerte.

Volví a metérmela y él jadeó con fuerza, agarrándome del pelo para follarme la boca.

—¡Joder, Leo! —jadeó—. Si llego a saber que ibas a darme esta bienvenida, llego antes.

Sonreí contra el glande, tracé la circunferencia tentador y lo mamé con ganas. Gocé al escuchar los sonidos de placer que escapaban de su boca y hurgué en la hendidura con la punta de la lengua. No era lo mismo chuparla envuelta en látex sabor mora que hacerlo a pelo y degustar su sabor.

—Ven aquí —susurró, alzándome para besar mis labios.

Aproveché para quitarle la chaqueta, me encantaba el punto macarra que le daban los tirantes. Me aparté lo justo para que pudiéramos desnudarnos. Todavía sentía la boca un poco hinchada por la cantidad de besos que compartimos la noche anterior.

—Yo también quiero saborearte —confesó, tirando de mí hacia el sofá. Me tumbó y se puso encima para que ambos pudiéramos disfrutar de la misma experiencia al mismo tiempo.

No sé quién se metió la polla del otro primero, solo sé que una sensación indescriptible me abrasó por dentro. No podía dejar de succionar y jadear. Quería comérmelo entero mientras mis caderas subían y bajaban buscando ahondar en su garganta.

Era una locura, una maravillosa que contraía cada una de mis terminaciones nerviosas.

—Me encanta tu polla, Leo. —Se la sacó de la boca para pajearla, morderme los muslos y volver a introducirla hasta la campanilla. Le acaricié los testículos y aproveché parte de la saliva

para empezar a masturbar su ano y meterle el dedo.

Su erección se contrajo en mi boca y bajó las caderas. Me sobrevino una arcada porque lo hizo de golpe; cuando lo notó, susurró un lo siento y se puso a follarme más despacio.

Llamaron al timbre, me detuve unos instantes, pero al ver que Ray no paraba, seguí a lo mío. Volvieron a llamar con insistencia. Se sacó un momento mi polla de la boca y se dirigió a mí sin dejar de pajearme.

—Sigue, será el cartero, o alguien vendiendo salvación espiritual que no necesito. Estoy a punto de ser engullido por el mismísimo infierno, así que ni se te ocurra parar —gruñó Ray.

La verdad era que yo tampoco estaba por la labor de detenerme, sobre todo, después de haber estado imaginando ese momento de mil formas distintas y que lo superara con creces.

Los dos seguimos comiéndonos vivos enroscándonos en la boca del otro, hasta que noté el primer disparo caliente llenándome de sabor. Sorbí y mis pelotas se tensaron listas para premiar a Ray con la misma ofrenda.

No escuché las llaves en la cerradura, pero sí el chirriar de las bisagras justo cuando yo estallaba. La puerta se abrió al mismo tiempo que me corría y seguía tragando.

—¡Hostia puta! ¡Joder! ¡Lo siento! —Se oyó un portazo.

No me lo esperaba, fue tan de repente que se me fue por el otro lado y me puse a toser como un loco.

Ray se apartó todo lo deprisa que pudo, mientras mi polla goteaba y yo luchaba por respirar. Me ayudó a incorporarme y se puso a darme toquecitos en la espalda.

—Voy a por un vaso de agua.

«¿Quién narices tenía las llaves y nos había pillado?». Era un tío, de eso estaba seguro. El primero que me vino a la cabeza fue el examante-cliente de Ray, y sentí una punzada de celos que me retorció las tripas.

Fuera quien fuese, el único plano que se habría llevado era el de su culo, sus pelotas y mi pelo negro. ¡Dios!

Ray me trajo el vaso de agua. Ni siquiera se había quitado las gafas, ahora me daba cuenta. Me habría reído si no estuviera tan aturullado. Me llevé una mano al pecho, no quería fijarme en el desastre que había liado en un instante, seguro que el sofá estaba manchado.

—¿Estás bien? —preguntó Ray con preocupación.

Asentí y seguí bebiendo intentando remontar. Fui a preguntarle quién era la persona que acababa de entrar, pero cuando quise darme cuenta, ya estaba en la puerta y la había entreabierto sin importarle su aspecto.

Le escuché bronquear a la persona que estaba al otro lado. La voz que respondía un lo siento entrecortado y un que no esperaba encontrarlo follando me sonaba. ¿Por qué me sonaba? Dejé el vaso en la mesa de café. No sabía si seguir sentado o ponerme en pie. Opté por levantarme y tapar mis partes con uno de los cojines manchados. En cuanto recogí mis calzoncillos para ponérmelos, Ray cerró la puerta y el invitado misterioso se quedó fuera. Con mis vergüenzas cubiertas, lo miré con un interrogante en los ojos.

—¿Quién era?

—Raven.

—¿Raven tiene las llaves de tu piso? ¿También te lo follas? —Ni siquiera sé por qué me salió esa pregunta. Ya sabía que era amigo de Ray antes de entrar en el SKS, que se conocían, pero que él no quiso mediar para que fuera una elección justa. Pero como su examante era un tío casado y yo también lo había sido…, fue lo primero que me vino a la mente.

Las gafas ya no ocultaban sus ojos, se las había puesto encima de la cabeza a modo de

diadema, lo que le confería un aspecto curioso, dada su desnudez.

—¿Estás celoso? —preguntó con una sonrisa que quise borrar a mordiscos.

—No.

—¿Seguro? Porque suenas como si lo estuvieras. —Se acercó a mí con ese aspecto de canalla que me ponía a cien.

—Deja de mirarme así.

—¿Así como?

—Como si te hiciera gracia mi reacción.

—Es que me la hace.

Ya lo tenía encima agarrándome la cara.

—Pues a mí no.

—Pues a mí sí —volvió a atacar para comerme la boca.

Quise desembarazarme de él, pero no podía frenar aquel beso que solo podría catalogar de goloso y castigador, con el sabor de ambos envolviendo nuestras lenguas.

—Me encanta cómo sabes —masculló, amasándome las nalgas. Noté cierta humedad manchando mis calzoncillos, no estaba seguro de si era suya o mía, tampoco es que me importara.

—¿Por qué tiene tus llaves? —pregunté menos violento, mordisqueando la barbilla que tan loco me volvía.

—Es mi mejor amigo, no solo mi amigo. Tuvimos una época en la que vivimos juntos, de pequeños, hasta que Raven terminó en el correccional por un asunto que no cometió. —Seguí esparciendo besos por su cuello, y Ray gruñó—. Puedes estar tranquilo, lo único que he hecho con Raven es, para mi vergüenza, cascármela mientras él dormía y yo empezaba a descubrir mis preferencias a los catorce.

—¿Nada más?

—Raven es el tío más hetero que te puedas echar a la cara, sería imposible que hubiese algo entre nosotros.

—Pero ¿te gustaría? —insistí con el corazón a mil. Me daba pavor lo que pudiera responder.

—A mí el que me gusta eres tú, pero por si no te ha quedado claro todavía —frotó su polla contra la mía—, puedo aclarártelo mientras nos duchamos, no creo que ahora tengas reparos en que te enjabone.

—¿Y Raven?

—A él tampoco le importará que te dé cremita.

—No me refiero a eso —reí más tranquilo—. ¿Se ha ido? —cabeceé hacia la puerta.

—Sí, solo venía a traerme una cosa. Al ver que no abría, pensaba que no estábamos en casa. No te preocupes, no pasa nada.

—¿Sabe que yo…? ¿Que tú…?

—No te rayes.

—¿Cómo no voy a rayarme?

—A Raven no le importa con quién me acuesto.

—Pero ¡a mí sí!

—¿A ti te importa con quién se acuesta? —rio desvergonzado. Paré de darle mimos.

—Sabes que no me refería a eso.

—¿Por qué te importa si cree que nos acostamos? ¿Qué piensas que pasaría si alguien supiera que tú y yo estamos liados? —Mi cabeza no paraba de arrojarme pensamientos, algunos nocivos, que había arraigados en mí desde la época en que vivía en Soyapango—. Mírame —busqué el

cálido marrón de sus ojos—. Puede que no estés preparado para nada más que lo que compartimos ahora mismo y no te voy a exigir aquello que no estés dispuesto a dar, pero, por tu bien, tendrías que darte el permiso para ser quien te dé la gana con quien te dé la gana.

—No puedo —resoplé.

—¿Es por la mara?

—Por ellos, por mis hijas, ellas no saben mis preferencias, toda la vida han pensado que yo… —me callé.

—¿Y piensas que les afectaría que su padre fuera gay?

—No lo sé.

—A mí me da la impresión de que no, que subestimas la capacidad de comprensión que tienen los niños, de adaptarse. El amor es amor, Leo, independientemente de a quién se lo des.

—Tú y yo no… —volví a callar.

—Termina, ¿no nos queremos? Asumo que puedas no estar enamorado de mí, aunque sea jodidamente irresistible, pero quizá llegue el día en que sí me quieras en tu vida. O puede que no sea yo, quizá sí otro tío, aunque te confieso que preferiría serlo. Y, entonces, ¿qué harás? ¿Renunciarás a la persona que te haga sentir pleno por el qué dirán?

—Ahora mismo no me siento con fuerzas para pensar en eso, bastante tengo encima como para plantearme otra cosa que no sea sobrevivir. La vida de mis hijas y la mía están en peligro, ni siquiera sé si llegaré a mañana como para plantearme unos sentimientos para los que no me siento preparado.

Llevé las manos a mi culo para apartar las de Ray y tomé distancia.

—Comprendo que no es el mejor momento para que te plantees algo más que sexo entre nosotros, yo mismo nunca he tenido una relación estable, solo tíos con los que he follado, lo que no quiere decir que no me apetezca intentarlo contigo o que tú no debas asumir que tarde o temprano tendrás que darte el permiso para salir de tu propio armario, uno que tú solito te has construido a golpe de prejuicios, porque si no lo haces, jamás tendrás una vida plena.

—Eso si no muero.

—No vas a morir, yo me ocuparé de que sea así. Si no hubieses atacado mi entrepierna como si no hubiera un mañana, te habrías enterado de que mi jefe ha aceptado.

—¿En serio? —parpadeé incrédulo.

—No te negaré que me ha costado y que mi compañero y yo hemos puesto toda la carne en el asador y ofrecido nuestras pelotas al jefe en bandeja de plata, así que siento presionarte, chaval, no nos puedes fallar. Nuestros testículos tienen que dar todavía mucho de sí. Mañana mismo empezaremos con tu preparación, que será más mental que física, dado el estado de tu pierna. Aunque te enseñaremos algunos truquillos que no te irán nada mal.

—¿Y mis hijas?

—Protección 24/7. Le dirás a Julio que, mientras estás fuera, se quedarán con una amiga que hizo María, que no quieres desestabilizar a las crías, su rutina ni que sospechen lo que está pasando. Que les explicarás que viajas a El Salvador por un asunto familiar. La verdad será que una de nuestras mejores agentes del ICE convivirá con ellas. No solo estará ella, dos patrullas de agentes vestidos de paisano reforzarán la vigilancia, además de mi amigo Tony, el novio de Samantha. Él se pasará en sus ratos libres. Será como tener a las niñas en una caja fuerte, y para su total seguridad, incluiremos dispositivos de rastreo, por lo que sabremos en todo momento dónde están.

—No suena mal.

—Me alegra que lo veas bien, el principal objetivo es que tú puedas estar tranquilo sabiendo

que no les va a pasar nada mientras no estés. ¿Puedo hacerte una pregunta que lleva rondándome la cabeza desde que me contaste lo que ocurrió con María?

—Sí, claro.

—¿Cabe la posibilidad de que Magaly sea hija de Julio?

Me puse en guardia de inmediato.

—Las tres son hijas mías.

—¿Biológicas?

—¿Y eso qué importa? Tú no sabes quién fue tu padre porque a tu madre la violaron y no te crio ningún hombre, mis hijas sí lo saben.

Había sido un golpe bajo, me arrepentí en cuanto le vi la cara, pero ya lo había soltado, acababa de ser un maldito cabrón despreciable con él.

—Por supuesto. Perdona si te ha molestado la pregunta.

—Lo-lo siento, no he sido justo, no quería mencionar… —Él negó.

—No es asunto mío, lo he pillado. —La había jodido a base de bien, aunque no podía desdecirme de mis palabras, era mejor que tomara un poco de distancia, las cosas se habían puesto demasiado intensas entre nosotros.

—Me voy a la ducha, si no te importa, prefiero lavarme solo.

—Sin problema, yo me ocupo del sofá mientras.

Fue hacia la cocina con gesto contrito y yo tuve ganas de abrazarlo y rogarle que me disculpara. No lo hice, quizá era lo mejor, que nos diéramos espacio y lo que fuera que hubiera entre nosotros se quedara estancado.

Cuando pasé por el lado del mueble de la entrada, para encaminarme hacia el baño, me fijé en una carta que no estaba allí antes, era una citación del juzgado y estaba a nombre de Ray.

¿De qué sería? En ese instante, no podía preguntárselo, recogí la ropa del suelo y fui directo a la ducha.

CAPÍTULO 53



Ray

Estaba algo intranquilo.

Sabía quién era el tío con el que tuve el tropiezo en el bar. Lo sabía porque lo primero que hice cuando regresé a la oficina fue buscar información de Julio César Valdés y su cara apareció en la pantalla del ordenador, al lado de la mujer que vino al SKS y se largó con Leo. Según rezaba a pie de foto, era su esposa, Anita Valdés.

Aparecían en un artículo donde los tildaban de triunfadores, los ponían como ejemplo de personas que habían llegado de uno de los lugares más pobres del planeta y, gracias a su perseverancia y creer en el sueño americano, se habían convertido en referencia para muchos. Inmigrantes, guapos, jóvenes y con una empresa próspera que facturaba millones.

No me extrañaba que un jovencísimo Lionel hubiera caído bajo el influjo de aquel hombre de mirada magnética, innegable atractivo y, por lo que me había contado, dotes de convicción. Si no supiera quién era, incluso a mí me parecería más que apetecible.

Que me topara con él en la cafetería no era fruto de la casualidad. La teoría de Leo de que me estaba siguiendo cobraba fuerza. No me preocupaba que me llegara a descubrir, puesto que los trabajadores de mi unidad teníamos un acceso distinto a las oficinas del ICE, uno que no comprometía nuestra seguridad.

Conocíamos el *modus operandi* de los mareros, sabíamos que podíamos ser espiados en cualquier momento, por eso, cuando yo iba a las oficinas, entraba por la puerta de un edificio aledaño, que no tenía nada que ver con el HSI.

En él había un portero que sabía perfectamente quién entraba y salía. No podías hacerlo sin pasar por él. Una vez dentro, caminaba por el pasillo y giraba a la derecha, donde o tomabas los ascensores, o seguías caminando hasta la puerta que daba a un patio interior y que se abría a través de un código.

Al meterlo, se desbloqueaba, cruzabas el patio y te encontrabas con otro lector y un código distinto. Toda seguridad era poca. Una vez en el interior del edificio anexo, podías subir por las

escaleras, o en ascensor, hasta las oficinas.

Lo único que pudo ver Valdés, si es que llevaba siguiéndome desde la mañana, era que entré solo y salí acompañado para ir a un bar a desayunar. Aun así, su presencia me inquietaba, teniendo en cuenta que Jennings y yo pretendíamos aleccionar a Leo a diario.

Tendría que ver cómo lo hacíamos sin levantar sospecha, quizá debiéramos buscar un lugar especial, lo más alejado posible del HSI.

Tampoco es que pudiera ocultarle a Lionel que me lo había encontrado, o mejor dicho, que él me había encontrado a mí, el único problema era que después de nuestra pequeña discusión, la cosa se había puesto tensa y no sabía cómo sacarle el tema sin que pusiera el grito en el cielo.

Cuando acabó en el baño, entré yo sin que mediáramos palabra. No soportaba estar así con alguien, era superior a mis fuerzas, así que cuando salí, lo hice con toda la intención de reconciliarnos, y él debió tener la misma idea, porque lo encontré apoyado en la pared de enfrente, mirándome con cara de perro apaleado, con el pelo negro todavía húmedo y sus gruesos labios pronunciando un sentido «lo siento».

Le sonreí y di gracias porque me lo pusiera fácil.

—No tienes que disculparte, lo que dijiste no era incierto.

—Aun así, no debería haber dicho eso. No tengo excusa, me puse nervioso al hablar de las niñas, soy extremadamente protector con ellas, y que me preguntaras si Magaly era hija de Julio me sacó de mis casillas.

—Me quedó claro que es hija tuya. —Él bufó.

—No biológica. Aunque tampoco sé si lo es o no de Julio, cabe la posibilidad, supongo. María y yo nunca fuimos al médico, así que no sé con exactitud cuándo fue concebida.

—¿Nunca?

Me había puesto cómodo, con un pantalón de chándal de cintura baja, una de mis camisetas de andar por casa y estaba descalzo, que era como más me gustaba ir cuando estaba en el piso.

—Al ser menor y no tener papeles, nos daba miedo. No fue fácil entrar en Estados Unidos. Pudimos cruzar por los pelos, haciendo dedo y de milagro. En fin, que no fue sencillo.

—Tu mujer debió ser muy fuerte para soportar todo lo que le pasó y no venirse abajo.

—María estaba hecha de otra pasta. Nunca la oí quejarse, por muchas cosas que tuviéramos que hacer para sobrevivir —se le cerró la garganta.

—¿Dónde fuisteis cuando conseguisteis cruzar?

—Intenté llegar a casa de mis abuelos, dormíamos donde podíamos, comíamos los deshechos que encontrábamos cerca de los restaurantes, o robábamos árboles frutales y algunas verduras en campos de cultivo. Mi padre me enseñó a sobrevivir en la montaña, sin apenas recursos, así que hacerlo cerca de lugares poblados nos facilitó algunas cosas.

—Debió ser muy duro.

—No voy a mentirte, lo fue, intentábamos evitar lugares con mucha gente por miedo a que pudieran detenernos y devolvernos a El Salvador, o a que alguien nos reconociera. Fueron días de muchísima incertidumbre.

—¿Y conseguisteis llegar a casa de tu familia? —Leo asintió.

—Antes de llegar, fuimos a un lago que hay cerca de casa de mis abuelos, nos dimos un baño en agua helada para quitarnos la mugre y tomamos prestada un poco de ropa tendida de una granja aledaña. Queríamos estar presentables.

—Lógico.

—Cuando llamé a la puerta, lo hice con un nudo en el pecho. Abrió mi abuela, le costó un poco darse cuenta de que era yo, ya sabes, de los trece a los dieciséis se cambia bastante, pero

terminó reconociéndome, me abrazó y se puso a llorar. Le dije que mamá había muerto, siguió llorando diciendo que ya estaba a salvo, y entonces se dio cuenta de que venía acompañado de una chica de rasgos latinos. Fue ver a María y le cambió la cara. Me dijo que en su casa había sitio para mí, pero para ella no, que si mi abuelo la veía, nos echaría de inmediato. Sabía que era cierto. María me miró asustada, con los ojos cargados de preocupación, y yo la cogí de la mano.

»Le dije a mi abuela que si ella no podía quedarse, yo tampoco. Íbamos a irnos, pero nos frenó. Nos hizo pasar, nos puso un plato de comida caliente y dejó que nos diéramos un baño con jabón, también nos dio algo de ropa de cuando mi padre vivía con ellos y que ella conservaba. Nos ofreció el granero para pasar la noche y que no durmiéramos al raso.

—Qué amable… —rezongué.

—No todas las familias son geniales.

—Ya, pero creo que la humanidad y ayudar al prójimo no deberían extinguirse como los dinosaurios. —Leo me ofreció una sonrisa triste.

—No todo el mundo es tan generoso como tú. —Caminé con prudencia hasta él y le acaricié la cara—. Estuvo fatal lo que dije de tu madre.

—Shhh. —Presioné el dedo sobre sus generosos labios. Acerqué mi cara a él, éramos prácticamente de la misma estatura, por lo que no me costó alcanzar su boca para besarla con suavidad. Estaba muy tenso—. Mi pasado no supone ningún trauma para mí, aprendí a asumir quién soy y de dónde vengo. Puede que mi origen no fuera el mejor, pero fuera quien fuese el hijo de puta que me engendró, no pienso dejar que eso me condicione como persona, al igual que tampoco condicionará la gran mujer que será Magaly.

Volví a besarlo. Esa vez, Leo se abrió como una flor y mostró mucho más entusiasmo.

—Me gusta muchísimo tu boca en la mía —confesó.

—Y a mí la tuya en mi polla. —Lionel rio ronco.

—Ahí también me gusta ponértela. Gracias por perdonarme y ser tan comprensivo.

—Me pones demasiado para que no lo sea. —Ambos sonreímos—. Vamos al sofá, te prometo que he hecho un exhaustivo trabajo de limpieza antes de ofrecerte que te sientes en él. Me gustaría que me contaras cómo lograsteis sobrevivir teniéndolo todo en contra.

Entrecruzamos los dedos y nos sentamos el uno frente al otro.

Leo me explicó que su abuela consiguió que entraran a trabajar en una de las muchas granjas que empleaban mano de obra barata, o lo que es lo mismo, adolescentes, mayoritariamente indocumentados, por un puñado de dólares.

Les ofrecieron una choza común en la que dormir hacinados sobre colchones poco limpios y un par de platos de comida caliente al día.

—Trabajábamos de sol a sol. María cumplió hasta el día en que se puso de parto. Que estuviera embarazada nos pilló un poco de sorpresa a los dos, imagínate cómo fue. Nos echó una mano una de las trabajadoras que había ayudado a otras chicas a dar a luz. Cuando los propietarios se enteraron del nacimiento del bebé, nos quisieron echar.

—¿No os planteasteis que abortara?

—Ella no quería, además, nos daba mucho miedo de lo que pudiera pasar con nosotros si nos presentábamos en un hospital. Decidimos que ese bebé era suyo y mío. A ella siempre le encantaron los críos, tenía muy claro que ser madre era uno de sus objetivos vitales.

—Fue muy generosa.

—Como tu madre. —Asentí y acaricié el interior de la palma de su mano.

Me sentí conectado a él, no todo el mundo está dispuesto a criar un bebé que no es suyo y hacerse cargo de una adolescente embarazada. Decía mucho de Leo, de su calidad humana.

—Y como tú —terminé respondiendo.

Me gustaba, mucho, muchísimo, y cada vez que conocía algo más de su historia, notaba cómo me pillaba más. Lo que nunca me había pasado con nadie me estaba ocurriendo con Lionel.

—Era lo que tenía que hacer, se lo debía.

—Te equivocas, es lo que escogiste hacer. María tuvo mucha suerte de contar contigo en su vida.

—Yo no lo veo así.

—Pues deberías. —Me miró un tanto avergonzado—. ¿Qué pasó después?

—Allí éramos una piña, me ofrecí a doblar turno, a asumir todo el trabajo de María, los dueños sabían que eso era imposible, así que mis compañeros de trabajo se ofrecieron a cubrir lo que yo no pudiera. Allí éramos una familia.

—¿Los has vuelto a ver?

—Qué va, al final nos perdimos la pista. Cambiamos varias veces de granja a lo largo del tiempo, dependiendo de lo que hubiera que cosechar.

—Comprendo.

—En cuanto María tuvo edad para casarnos, lo hicimos; si queríamos un trabajo mejor, necesitaba tener nacionalidad americana. Trabajamos mucho y muy duro para hacernos con un pequeño colchón con el que dar un paso al frente. Ambos teníamos muy claro que no nos gustaba el campo, así que, a la que pudimos, pusimos rumbo a Nueva York. No pensábamos que los alquileres estuvieran tan caros. Al principio, ninguno de los dos teníamos trabajo, y estaba Magaly, así que tuvimos que compartir piso en un barrio poco recomendable, hasta que conseguimos lo suficiente para poder establecernos en Queens.

—Tuvo que ser duro, erais muy jóvenes. Y en todo ese tiempo, ¿tú y ella no intimasteis? —Negó.

—Jamás me acosté con María.

—Y, entonces, ¿cómo llegó Elena? ¿Ella tuvo alguna pareja fuera de vuestra relación?

—No. Llegar a final de mes a veces se nos hacía un mundo, tener un hijo y cubrir sus necesidades es muy caro. Yo me pasaba casi todo el día fuera, rompiéndome los cuernos, el casero amenazó con echarnos si volvía a retrasarme con el alquiler. Llevaba tiempo con el ojo puesto en mi mujer, ya sabes que era guapísima… —Leo tensó los labios.

—No —suspiré. No hacía falta ser muy listo para imaginar lo que pasó.

—Ella no esperaba quedarse embarazada, de hecho, me dijo que usaron condón, pero pasó, se estuvo acostando con él para que nos ampliara el plazo para pagar. No quiso decirme lo que ocurría para no preocuparme, sabía que hacía auténticos malabares y, en fin…, llegó Elena. María se sintió fatal, estuvo llorando mucho tiempo, no por el bebé, sino porque, en lugar de aliviar la presión que ya teníamos, la incrementaba. Barajamos la opción de abortar o incluso de darla en adopción. La primera la descartamos porque ninguno de los dos se sentía capaz de matar a un pequeño ser que estaba en su tripa, y la segunda fue imposible en cuanto le vimos la carita. Cambiamos de piso y le hice prometerme que nunca más se vendería.

—Pero terminaste haciéndolo tú.

—Ella no lo merecía.

—Ni tú tampoco, y puede sonar raro que te lo diga yo, que hice lo mismo, pero me da a mí que tu motivación y la mía eran muy distintas, además, tú te has estado forzando a ir contra tu naturaleza. Te has estado castigando cuando no lo merecías.

—Eso es bajo tu punto de vista.

—Bajo el mío y el de cualquiera. Eres un gran hombre, Leo, y si a alguien se le ocurre decir lo contrario, le crujo todos los huesos.

Daisy empezó a hacer ruiditos, señal de que había terminado el momento confesiones, además, casi había llegado la hora de ir a por Magaly y Elena.

—Voy yo —me ofrecí, yendo en busca de la princesa de la casa. Cada vez que me llamaba papá, a mí se me caía la baba—. Hola, bombón, ¿cómo ha dormido mi preciosidad? ¿Me has echado de menos? —Le hice una pedorreta en la barriga y ella se echó a reír.

—Papá.

—Claro que sí, cariño, papá ya está aquí. —Le besé la cabecita y aspiré su dulce aroma. Cuando me di la vuelta, Leo estaba en el quicio de la puerta mirándonos con los ojos brillantes —. Perdona, ya sabes que… —Hizo un gesto con la mano restándole importancia.

—Quiero pedirte una cosa.

—¿Tengo que taparle las orejas a la niña? —Él negó con una sonrisa—. Pide.

—Si me pasara algo en el viaje…

—No te va a pasar nada.

—Pero si me pasara, me gustaría, bueno, sé que es pedir mucho, pero…

—No sigas. —Por el modo en que me miraba, sabía cuál era su petición—. Sabes la respuesta que te daré incluso antes de formular la pregunta.

—Lo suponía, pero quería asegurarme. No querría que nadie las separara.

—No lo harán, no obstante, no voy a tener que ser el de reemplazo, porque tú volverás, y cuando lo hagas, todo se pondrá en su sitio.

—Gracias.

—Las gracias debería dártelas yo a ti, sois lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo y me siento bendecido de que esa carpeta con tu expediente y el de tu familia cayera en mis manos.

Su rostro estaba lleno de emoción, y aunque fuera incapaz de darle voz a sus sentimientos, no necesitaba que lo hiciera, los veía con la misma claridad que el negro es negro y el azul, azul.

Iba a luchar por ese hombre y sus hijas, y no iba a permitir que ningún Emperador de pacotilla me los arrebatara.

CAPÍTULO 54



JC

Estaba cenando con mi mujer, sentado en la mesa del salón, dándole vueltas al tipo rubio con el que vivía Lion.

Tras ocuparnos de hacer desaparecer el cuerpo de Miguel, decidí que me apetecía conocer, en mayor medida, al hombre con el que convivía la persona que me traicionó.

Lo estuve esperando fuera del edificio hasta que salió. Conduje hasta que él se detuvo, frente a un edificio residencial y entró. Aguardé a la espera de que saliera de nuevo, lo hizo con un tipo alto, moreno, de buena planta, con el que compartía confidencias. Caminaban juntos, aunque no de la mano, ni se besaron, parecían más amigos que otra cosa.

Sentí la tentación de acercarme más a ellos, así que cuando los vi alejarse andando, los seguí a pie. Entraron en un bar de desayunos que estaba abarrotado. Mientras el moreno buscaba mesa, el rubio iba a pedir a la barra. No podía negar que era muy atractivo y que no sería extraño que

entre él y Lion se hubiera despertado algo.

Me acerqué por la espalda y respiré su aroma, creí notar ciertas notas de un olor que no le pertenecía. Me acerqué tanto que cuando se dio la vuelta, chocamos sin remedio. Su cara se encontró con la mía. Se deshizo en disculpas hasta que se fijó en mis rasgos.

Me observó con la misma intensidad que yo lo hacía, con miles de preguntas en las retinas. Apenas intercambiamos una frase, pero me bastó para tener todavía más curiosidad. Por eso quería conocerlo un poco más, quizá lo visitara en el SKS.

Corté una porción de solomillo poco hecho para llevármelo a la boca.

Anita me preguntó qué pensaba hacer con los clientes, para serenarlos por las pérdidas de los anteriores cargamentos, y le respondí que enviaría a Lion a por los pollitos.

Dejó caer los cubiertos sobre el plato generando un incómodo sonido que me hizo tragar con fuerza.

—¿A Soyapango a por tu último cargamento? —preguntó boquiabierta.

—Eso he dicho —respondí, limpiándome la boca.

—¡No puedes hacer eso! ¡Nos la va a jugar! ¡Es un *chúntaro*[52]!

—A mí no me la juega nadie —respondí con los ojos brillantes.

—¿Qué me dices de Miguel?

—Si no lo hubieras matado tú, lo habría hecho yo, Miguel tenía los días contados.

—Los tuviera o no contados, te la jugó. —Anita se me quedó mirando con fijeza.

—No te lo voy a negar, sin embargo, hacía un tiempo que ya no confiaba en él. ¿Sabes una cosa? No trabajaba solo.

—¿A qué te refieres?

—A que alguien medió con mis clientes y les revendió el género.

—Pero ¿los pollitos no pasaron a manos de Servicios Sociales?

—Ya sabes cómo funcionan estas cosas.

—¿Y tienes idea de quién?

—No todavía, aunque ya me conoces, soy perseverante y tengo mucho tiempo.

—Quizá solo lo hiciera él y tuviera untado a alguien.

—Miguel nunca se caracterizó por tener mucho cerebro, tuvo que haber alguien más. Un *hijueputa* listo y meticuloso.

—¡Qué malnacido! ¿Con todo lo que hiciste por él? Si no lo hubiera matado, lo volvería a hacer, odio que te tomen por tonto cuando no lo eres.

—Mi preciosa esposa protegiendo lo suyo —sonreí.

—Sabes que siempre lo he hecho y que lo volvería a hacer. Por eso no me gusta la idea de que Lion vuelva. Si estuviera en mi mano, ya lo habría liquidado por todo lo que sufriste. ¡Por su culpa murió Wen!

—Los dos sabemos que no solo Lion tuvo la culpa de lo que pasó aquella noche. Tú y Wendy no debieron estar allí. —Anita resopló.

—Nosotras también formábamos parte de la SM-666, merecíamos estar en el nacimiento, en la ceremonia.

—Te equivocas. Esa ceremonia era para los machos. Sabíais cuál era vuestro sitio y me desobedeciste, tenías que acatar, era simple.

—Quería hacerla fuerte, que viera cómo Lion abrazaba a la Santa. Tu hermana mostraba ciertas debilidades.

—Aun así, no debiste.

—Ya te pedí perdón y me sometí a la *brincada*[53] por parte de todos, me convertí en el

nuevo recipiente.

—No debió ser así. —Ella rio seca.

—Tampoco debiste ocultarme que estabas culeando a esa tronera y que su padre quería que te casaras con ella. Tuve que enterarme por una mierda de casualidad.

—¿Lo hice? —pregunté sin apartar la mirada de la suya—. Que yo sepa, te hice mi mujer. Si la chimaba era por nosotros, para obtener información necesaria que nos ayudara a entrar en La Campanera. Lo más sencillo habría sido casarme con ella, matar a su padre y convertir a los dieciocheros en seiseros, pero no lo hice, te respeté, la convertí en tributo y a ti en mi esposa.

—Dime una cosa, ¿lo hiciste porque creías que merecía ese puesto, o porque sabías que siempre mantendría la boca cerrada sobre tus preferencias?

Golpeé la mesa con fuerza.

—¡Basta! —Anita bajó la mirada—. ¡Estoy harto de que me hables con tan poco respeto! ¡Te he explicado cientos de veces que no soy lo que crees! ¡Y te lo he demostrado! ¡Siempre que me has buscado me has tenido!

—Lo siento —reculó—. Han sido demasiadas cosas en poco tiempo, y la llegada de Lion me ha alterado. Discúlpame, lo mejor será que me marche a mi cuarto.

—¿Cabe la posibilidad de que esta vez sí estés gestando y por eso estés más agitada que de costumbre?

—Es pronto para saberlo. ¿Tengo tu permiso para retirarme?

—Vete, yo volveré tarde.

Anita vino hasta mí para darme un beso. La senté en mi regazo y besé su pelo.

—Yo también estoy irritable —le confesé—. Ayer hubo otro incendio.

Ella suspiró.

—¿Otro?

—Podría ser la misma persona que estaba aliada con Miguel. Ese *hijueputa* me quería con el agua al cuello. Empieza a rumorearse que podrían ser provocados y que a quien más le conviene es a nuestra empresa. Hoy han caído un par de contratos.

—¡No! ¡Lo siento! ¿Puedo hacer algo?

—Darme un hijo, ahora mismo es lo único que me apetece. Me haría muy feliz. —Besé su frente.

—Sabes que lo pongo todo de mi parte.

Metí la mano en la chaqueta y saqué un blíster de pastillas anticonceptivas.

—Yo también. Estas son de azúcar. —Vi la sorpresa oscilar en su mirada—. ¿Pensabas que no lo sabía? Tras las últimas analíticas, el médico quiso hablar conmigo, me dijo que en los resultados se apreciaba una alteración hormonal propia de estar tomando anticonceptivas. En un principio, no quise creerlo, pero cuando llegué a casa, bueno, puedes imaginarlo, la registré de arriba abajo aprovechando que tú estabas de compras con tus hermanas. Me enfadé mucho cuando di con el bote.

—Podrían no haber sido mías.

—¿No lo eran? —Enfrenté su mirada, y ella la agachó, tiré del pelo hacia atrás con fuerza y dio un gritito—. ¡Contesta!

—¡Sí, sí que lo eran! —Asentí. Me hubiera molestado mucho que me siguiera mintiendo.

Me puse como loco cuando las encontré, no se lo dije a nadie para no caer en vergüenza. Fui directo a la clínica para hablar con el doctor, también estaba una enfermera. Me dieron varios motivos por los cuáles Anita podría haber optado a engañarme.

Su madre falleció en el parto de uno de sus hermanos, así que podría haber desarrollado

cierto pánico a parir. Muchas mujeres tenían un miedo atroz a no ser buenas madres y por eso llegaban a retrasar el momento del embarazo. La posibilidad de que Anita no quisiera estropear su cuerpo era otra opción. Algunas mujeres no sobrellevaban del todo bien el cambio anatómico que suponía gestar un bebé.

Mi mano libre acarició sus pechos turgentes y el vientre plano. Cuando me hablaron de aquella posibilidad, supe que habían dado con la clave.

—Sé que odias engordar, cuidas muchísimo tu alimentación, y que cuando tus hermanas se pasan un poco de peso, siempre insistes en que lo bajen. Además, te he escuchado en más de una ocasión comentar que las mujeres se dejan cuando nacen sus bebés. Creo que tienes animadversión a estropear tu figura, tanta que saboteas a tu cuerpo para que no geste.

A Anita le tembló el labio y sus ojos se humedecieron.

—Me-me daba miedo que no lo entendieras. Sabía cuántas ganas tenías de ser padre, y yo temía que si engordaba, no volviera a gustarte. Me daba pudor decírtelo, lo siento mucho, no sé qué decir.

—Tranquila, mi amor, estoy aquí para cuidarte y protegerte, tanto a ti como a nuestro futuro bebé. Las mujeres, a veces, no tomáis las mejores decisiones, es por eso que nos necesitáis. Estáis hechas para parir, para generar vida, y por mucho que cambie tu cuerpo, no hay nada imposible para un buen cirujano.

Volví a meter la mano en el bolsillo y saqué un predictor.

—Háztelo, quizá el otro día se plantara en ti mi semilla.

La bajé al suelo, le quité las bragas y le di una copa vacía porque no me fiaba.

—¿Quieres que mee ahí? ¿Aquí, delante de ti?

—Sí. O lo haces como te digo, o me ocuparé de que no salgas de tu cuarto hasta que mi hijo haya arraigado.

Sus mejillas se encendieron y los ojos se le cargaron de enfado. Me daba lo mismo si se cabreaba o no, a mí tampoco me gustó enterarme de que mi mujer no me daba hijos porque no le daba la gana, porque no le apetecía verse con el vientre hinchado.

Cuando terminó, me tendió el test de embarazo.

—¿Lo ves?, no ha sido tan difícil. Ahora solo queda esperar. ¿Te apetece niño, o niña?

CAPÍTULO 55



Ray

Había terminado de currar cuando Jordan me llamó al despacho.

Estaba haciendo la sustitución de Leo, como acostumbraba a hacer cuando uno de los pecados fallaba. Quizá quisiera preguntarme por su estado, no estaba seguro de lo que querría.

Llevaba una semana entrenando a Lionel, nos quedaba una más para que estuviera listo y pudiera enfrentarse a uno de los viajes más difíciles de su vida. Yo me debatía entre quedarme e irme, no las tenía todas conmigo, pero sabía que Price no me dejaría cruzar la frontera, poner en peligro el operativo, para largarme a un país en el que estaba vendido. Si caía en manos de una de las maras, aunque no fuera la SM-666, era carne de cañón.

Magaly seguía de culo con su padre porque se había negado a devolverle el móvil y la custodiaba como un perro guardián, por lo que no había vuelto a ver a «su chico». Intenté convencer a Leo de que así solo la alejaría más, pero él no quería ni oír hablar del tema, la posibilidad de que su hija estuviera cerca de un dieciochero lo ponía en guardia y de muy malhumor, así que preferí dejar de lado la batalla.

Cada día que pasaba, estaba más pillado por él y por las niñas. Aprovechábamos cada momento en que Ellie y Maggie no estaban para dar rienda suelta al deseo. Suerte que Daisy era un reloj, y cuando volvíamos del entrenamiento, estaba dormida. Porque nos cogíamos con tantas ganas que el sofá ya estaba medio resentido.

Llamé a la puerta del piso de Jordan y este me hizo pasar.

Tenía una canción puesta que no reconocí, yo de música clásica no tenía ni idea, era fuerte y melancólica, digna de alguien a punto de cortarse las venas, o por lo menos, yo la usaría para algo así si tuviera la intención de quitarme de en medio.

La chimenea estaba encendida y el *boss* solo vestía los pantalones del pijama, negros, de raso, mientras sujetaba una copa de *brandy* y contemplaba las luces de la ciudad desde el enorme ventanal.

—Dime que no me has llamado para saltar y que dé fe de ello. Hoy no tengo el día como

para ver al jefe arrojarse al vacío, además, quiero cobrar la nómina de este mes.

En el reflejo, lo vi esbozando una sonrisa.

—¿Qué te hace pensar que querría tener un enorme agujero en este ventanal?

—La música, es bastante lúgubre.

—¿Te lo parece? —me preguntó, girándose para encararme por fin. Yo me encogí de hombros.

—No es que sea un experto, pero si tuviera que ponerle algún título, sería *Esta noche quiero morir* o *Suicidio*. —Esa vez sí que oteé sus dientes.

—Se llama *El viejo castillo*, y la compuso Modest Mussorgsky después de una profunda depresión, lo que no le resta belleza y profundidad a la pieza.

—¿Lo ves?, ya te decía yo que era carne de Prozac.

—¿Te sirvo una? —preguntó, alzando la copa. Yo negué.

—Tengo que coger la moto y conducir. ¿Ocurre algo? ¿Las clientas se han quejado, o no estoy haciendo bien mi trabajo?

—Al contrario, debes haber notado que cada vez solicitan más tus privados, estoy contento con tu servicio, aunque no tengo idea de cuánto tiempo más vas a seguir trabajando aquí. —Arrugué el ceño. ¿Era posible que Raven le hubiera contado a qué me dedicaba cuando quedaban para hostiarse en el *ring*?

—No te pillo.

—Yo creo que sí. Sabes que no me meto en vuestras vidas cuando salís por la puerta del club, pero llevo un tiempo con la mosca detrás de la oreja. Ramón dice que llevan varios días siguiéndote y que hoy un tío ha intentado entrar en el club. No sé si es el mismo que te sigue porque, según él, solo pretendía tomar una copa. Tenía una cruz tatuada bajo el ojo derecho. ¿Te suena? —Apreté los puños en silencio—. Voy a preguntártelo solo una vez. ¿Necesitas mi ayuda? ¿Estás metido en algún lío y por eso curras en el SKS?

—¡No!

—¿Sabías que te siguen? —Pensé la respuesta. Tampoco es que fuera estúpido, intuía que mi encontronazo con el Emperador no había sido fortuito, y que si andaba jugando con su muñeco predilecto, tarde o temprano, vendría a soplarme la nuca.

Por eso había sido cuidadoso con Lionel, iba a un gimnasio en el que reservaban salas privadas, allí era donde Jennings y yo lo entrenábamos. Por si alguien preguntaba, le dije a la recepcionista que le estábamos haciendo un tratamiento de rehabilitación a Torres, que David era fisioterapeuta y yo entrenador personal.

—No hace falta que respondas —murmuró Jordan al ver que seguía sin hablar.

—Puede que tenga a un ex celoso pisándome los talones, no mío, sino de la persona con la que me acuesto. —Era una verdad a medias.

—Pues ten cuidado, porque quizá debas cambiar de amante si no quieres enfrentarte a gente conflictiva.

—Tomo nota, gracias, jefe.

—¿Cómo se encuentra Lionel?

—Mejorando, aunque todavía le quedan unos días para poder regresar. —Él movió la cabeza afirmativamente y dio un trago a la copa, se le veía un tanto agotado—. ¿Cansado de ser Envidia, *boss*?

—Digamos que no es un trabajo que me apetezca hacer durante mucho tiempo. Además, intenté contratar a un sustituto y no fue tan bien como creía.

—No es tarea fácil bailar desnudo frente a un montón de mujeres cuyo único objetivo es que

te las tires al final de la noche.

—No lo es —murmuró escueto—. La gente cree que sí, pero a nadie le gusta terminar siendo un mero objeto.

—Salvo a Avaricia —reí por lo bajo. Era un secreto a voces que ese tío se hinchaba a follar a diario, y a veces con más de una clienta a la vez.

—Él es un caso aparte —musitó sin dar otra explicación. Jordan no se caracterizaba por hablar de más, al contrario, casi siempre que abría la boca era para un asunto importante, o no decía nada—. No te entretengo más, dale recuerdos a Leo, dile que estoy deseoso de que vuelva.

—Lo haré, gracias por preocuparte por mí, *boss*.

—Para eso estoy. Cierra la puerta al salir.

—Y tú cambia al maníaco-depresivo del piano por Chayanne, o quizá el *Himno de la Alegría*, antes de que te veas influenciado por esas notas asesinas y no consideres tan mala idea lo de saltar sin paracaídas.

—Tomo nota. Buenas noches, Dave.

—Buenas noches.

Cuando salí del edificio, en lugar de ir a por la moto, me fui al bar de la esquina, si tantas ganas me tenía Julio, quizá fuera momento de mantener una charla.

Pedí un refresco con mucho hielo y una rodaja de limón. No había mucha gente, quizá porque era entre semana, o porque estábamos a fin de mes y eso se notaba. Eché un vistazo sobre los congregados, nadie llamaba mi interés, quizá el Emperador no iba a picar el anzuelo porque, después de preguntar por mí, se había ido a casa.

A fin de cuentas, era lo que a mí me apetecía hacer, no estar llenándome la garganta de burbujas. El cuerpo caliente de Leo me esperaba en la cama, y yo haciendo el capullo sin tener un objetivo claro. ¿Qué andaba buscando? Ni yo mismo lo sabía.

Fui a llevarme el vaso a la boca para engullir el contenido e irme cuanto antes, cuando alguien me empujó por detrás y parte del líquido cayó sobre mi camiseta, empapándola por completo. ¡De puta madre! Solté un improperio.

—Vaya, lo lamento —respondió una voz ronca con fuerte acento latino. Me di la vuelta y me encontré con la sonrisa ladeada de Julio. Si no quieres toparte con el enemigo es mejor que ni lo busques ni lo invoques—. ¿Tú? —preguntó como si hubiera sido cosa del destino.

—Al parecer, el karma me la quería devolver —respondí, tenso, sacudiendo la camiseta blanca.

Llevaba puestas las gafas de sol, no me las había quitado al entrar al local. Además, ya me conocían y sabían que, cuando iba, siempre aparecía con ellas puestas.

—No creo en las coincidencias, y menos cuando se trata de alguien como tú. —Alcé las cejas y estas se elevaron por encima del metal.

—¿Como yo?

—Interesante, atractivo…

Decididamente, Julio habría sido un tío al que me follaría si no supiera quién era y lo que había sido capaz de hacer. ¿Con cuántos asesinos en serie me habría topado sin saberlo? Un estudio decía que, como mínimo, a lo largo de tu vida, te cruzabas con nueve, con mi amplio historial sexual y la depravación que habitaba en Nueva York, sería extraño que no le hubiera dado por culo a alguno de ellos.

Se mojó los labios.

—Soy Dave —le tendí la mano para ver cómo reaccionaba.

—JC —me la estrechó con fuerza y yo sentí repulsión ante el contacto—. ¿Has venido solo?

—Trabajo cerca. ¿No lo sabías?

—¿Debería? —Me encogí de hombros.

—Puede, hace unas noches, unos tíos con un *tattoo* como el tuyo me llenaron de caricias —señalé su mejilla—, quizá fueran tus primos o pertenezcáis a la misma banda de moteros y te hablaran de mí.

—Soy más de coche que de moto, y puede que simplemente tuvieran buen gusto para elegir tatuaje.

—Ya, bueno, tengo que marcharme.

—¿Tan pronto? ¿No decías que acababas de salir del trabajo? Además, estás empapado, podríamos ir al baño a que te seque.

—Es que tengo que volver a casa.

—¿Te espera alguien?

—¿Y a ti?

—Quizá.

—Entonces, quizá también a mí. —Tenía ganas de irme, me conocía, y con todos los datos que albergaba en mi mente sobre aquel tipo, era extraño que mi puño no estuviera incrustado ya en su mandíbula.

—Eso lo hace más interesante, ¿no te parece? La monotonía es aburrida, a la vida hay que darle… «pecados». —Y ahí estaba la respuesta, sabía con exactitud a lo que me dedicaba y quién era.

—El mío es la pereza, así que dudo que te sirva, deberías ir a por lujuria.

—Quizá me apetezca ser perezoso contigo. —Su dedo recorrió mi camiseta mojada, se pegó un poco más a mí.

—Te agradezco la invitación, pero en serio que me tengo que ir.

—¿Nos vemos otro día?

—Dependerá del destino…, o puede que de ti y tu facilidad para dar conmigo.

Me mostró sus dientes blancos.

—Ten por seguro que sí. Siempre consigo lo que me propongo. Yo invito a esta —comentó, dejando un billete sobre la barra. No me perdí la tinta que decoraba cada uno de sus dedos, pensar en ellos me hacía imaginarlos sobre la piel de Leo y, por consiguiente, la sensación no me gustaba nada. Si seguía pensando en todo lo que ese cabrón le había hecho, le partiría la cara y no era buena idea, haría saltar toda la operación por los aires. Lo mejor era mantenerme al margen hasta que pudiera pillarlo en un rincón solitario y sin testigos—. Buenas noches, Dave —se acercó a mi oreja—, que sueñes con todo lo que soy capaz de hacer, recuerdos a las niñas. —Golpeó la barra con los nudillos y se marchó por donde había venido con una sonrisa taciturna en los labios.

Resoplé con fuerza. No me gustaba nada esa amenaza implícita, porque si dependiera de mí, el sueño se volvería pesadilla.

Me fijé en que dos hombres lo aguardaban en la puerta, no me quitaban los ojos de encima. Reconocí a uno de ellos del último encontronazo. Ladeó el cuello e hizo un signo con su mano. Si fuera un simple mortal, no tendría ni idea de su significado, pero como era un agente del ICE, sabía con exactitud lo que me decía.

Cuando me monté en la moto, pensé que en cualquier momento una bala podría sorprenderme durante el recorrido, por suerte, no lo hizo, aunque quizá lo hiciera cuando menos lo esperara.

Tenía que acabar con Julio antes de que él lo hiciera conmigo.

CAPÍTULO 56



Leo

Me despertó una vibración en el móvil.

Tampoco es que tuviera un sueño excesivamente pesado, habitualmente, me quedaba en estado de duermevela hasta que Ray llegaba y me envolvía en uno de sus abrazos.

Yo me hacía el dormido, porque no quería que viera cómo mi expresión mutaba a una de absoluta complacencia. Adoraba lo bien que encajábamos en la cama, y no solo me refería al sexo, también a la hora de dormir. Despertar con la cabeza sobre su pecho, con el cálido golpeteo de su corazón llenándome de fe y posibilidades, era algo difícil de describir.

Habíamos hablado mucho durante la última semana, casi tanto como follado, que era mucho decir. Ray tenía una facilidad pasmosa para hurgar en mi interior sin apenas esfuerzo y que toda la mierda saliera a flote. Yo le decía que si alguna vez se cansaba del HSI, podía estudiar psicología, él reía y contraatacaba alegando que sería un gran desatascador de alcantarillas en Nueva York.

Las palabras que el día anterior me dedicó, cuando hablábamos de mi pasado con Julio, acudieron a mí como un latigazo.

—Las cicatrices más feas no suelen hacérnoslas las personas que odiamos o no nos caen bien, las que más duelen son las que proceden de aquellos a quienes entregamos nuestra confianza y

nuestro corazón.

No fue porque sí, sino porque lo que menos esperaba encontrar, cuando le di al mensaje que acababa de llegarme al móvil, eran las imágenes que se desplegaban ante mis ojos.

Un sudor frío descendió a lo largo de mi columna, mi estómago se contrajo y me froté los ojos porque no daba crédito.

Al principio, pensé que era un montaje fruto de la Inteligencia Artificial, hasta que me di cuenta de que el lugar en el que estaba Ray no me era ajeno.

Era el bar que se encontraba al lado del SKS, muchos de los pecados iban allí a desconectar después del espectáculo, incluso yo había ido alguna vez. Lo que más me impactó fue que no estaba solo y que Julio era la persona que estaba frente a él.

Lo miraba con hambre, con el mismo apetito que en su día me ofrecía a mí. Ray llevaba puestas sus malditas gafas de sol, por lo que no tenía ni idea de lo que había en sus ojos.

Mis entrañas se retorcieron, estaban muy pegados. Ray y yo no habíamos hablado sobre vernos con terceros, tampoco es que hubiéramos establecido límites, porque yo no quería hablar de que tuviéramos una relación. En teoría, no éramos nada, por lo que podía tontear con quien le diera la gana.

No conocía a Julio, no lo había visto nunca, era demasiado atractivo para parecer un marero, aunque llevara la cruz en el rostro. Quizá ni siquiera había contemplado la posibilidad de que pudiera ser él.

En la siguiente imagen, la mano de Julio César acariciaba su torso. Me estaba mareando. Salté de la cama. Mi ritmo cardíaco estaba acelerado, me fijé en el emisor para entender quién me las estaba pasando. Número oculto.

¡De puta madre!

La tercera y última imagen se había tomado desde un ángulo distinto, ellos estaban muy pegados, Julio había inclinado la cabeza hacia delante y, por cómo torcía el cuello, juraría que lo estaba besando.

La bilis ascendió del estómago a mi garganta.

Sentí el impulso de salir corriendo, de ir a buscarlo, sin importarme que estuviera descalzo, en pijama y tuviera que pagar un taxi.

Pasé una de las manos con fuerza por mi pelo, intentando averiguar quién me las enviaba.

Los celos y la preocupación de que algo malo pudiera pasarle se disolvieron en mi estómago como si hubiera ingerido ácido. Odiaba sentirlos, odiaba pensar que Ray podía estar liándose en ese momento con Julio. Odiaba no poder largarme cagando leches porque mis hijas estaban en el piso, habría sido una temeridad.

Tenía que hacer algo, no podía quedarme de brazos cruzados.

Los dedos me temblaban, repasé las fotos una y otra vez, ¿iban a llegarme más?, ¿por qué no me llegaban? El pensamiento de que Julio lo había arrastrado hasta el baño para hacer mucho más que morrearse cruzó mi mente.

Intenté serenarme. Él no era de hacer esas cosas en lugares públicos, lo que no quitaba que pudiera habérselo llevado a otra parte.

«¡Mierda! Nunca tuve que aceptar venir a vivir a su piso, todo se está complicando demasiado».

Con el corazón en la garganta, tecleé un «¿Quién cojones eres?». Nadie respondió, aunque tuviera clara la respuesta. Por cojones tenía que ser Anita, seguro que esa serpiente venenosa estaba disfrutando del espectáculo desde el palco.

Tenía que avisar a Ray de que estaban tendiéndole una trampa, que se estaba metiendo en la

boca del diablo.

Busqué su número en la agenda y lo llamé.

«¡Contesta, contesta, vamos, contesta!». No respondió.

Estaba que me daba de cabezazos contra la pared.

Los minutos no pasaban, estaba de los putos nervios. Hice lo único que se me ocurrió, que fue llamar a Raven, por si estaba todavía en el SKS y podía ir en su busca para avisarle de que tenía que venir a casa de inmediato. Le diría que una de las niñas estaba con fiebre, o lo que fuera necesario.

Apreté el terminal contra mi oreja. Apagado o fuera de cobertura. ¡De puta madre!

Opción C, solo me quedaba Jennings, seguramente lo despertaría, pero merecería la pena si con ello conseguía salvarle el cuello a Ray, aunque tal vez esas fotos no eran de ahora. ¿Y si hacía rato que las habían hecho para torturarme y ya estaba muerto?

Expulsé la idea de inmediato, eso no era posible. Fui directo a teclear la j, la e, la n, el nombre del compañero de Ray emergió al mismo tiempo que la puerta se abrió y yo me quedé sin aliento, contemplando a la persona que había al otro lado y me observaba con sorpresa.

Creo que no me había alegrado de ver a alguien tanto jamás.

—¿Qué haces levantado y con el móvil en la mano? ¿Las niñas están bien? Pareces desencajado.

A mí solo me salió ir a por su boca y besarlo. Sin importar que mis hijas estuvieran a unos pocos metros de nosotros, sentí tanto alivio que fui incapaz de contenerme.

Como era lógico, no le hizo ascos a mi boca, al contrario, me estrechó entre sus brazos y me llenó de su apetito. Estuve así unos minutos, hasta que logré separarme con la respiración agitada.

—¿Qué me he perdido? —preguntó resollante—, ¿o es que has tenido un sueño erótico y me estabas esperando?

—Estaba preocupado.

—¿Una pesadilla? —Negué. Tragué con fuerza y lo miré a los ojos.

—El tío con el que has estado en el bar es Julio.

Lo dejé ir con un nudo en la garganta, agobiado por lo que hubiera podido ocurrir entre ellos. Por una parte, me alegraba de que Ray estuviera bien; por otra, no podía quitarme de la cabeza esa última imagen en la que ellos se besaban.

—Eh. —Me cogió de la barbilla—. Mírame. —Lo hice, estaba tan lleno de celos, intranquilidad y angustia que era incapaz de hacer otra cosa—. ¿Cómo sabes que he estado en un bar? —Le enseñé el móvil.

—Alguien me mandó esto. El tío con el que te has… —Ni siquiera podía decirlo—. Es Julio César. Sé que no lo sabías y que tú y yo no somos nada, pero, aun así… —Volví a callar teniendo miedo de pronunciar lo que mi corazón gritaba.

—¿Quién dice que tú y yo no seamos nada? Tú y yo lo somos todo, y si no te has dado cuenta, o yo no te he hablado con la suficiente franqueza, ha sido para no acojonarte. No pasó nada en ese bar, aunque las imágenes sugieran lo contrario, solo me estaba hablando al oído, nada más. Y te garantizo que no es por la ausencia de límites o por no catalogar lo que hay entre nosotros. No me liaría con él ni con otro tío porque no solo ocupas parte de mi piso o del sofá cama, también ocupas mi corazón.

»A la mierda si no quieres oírme decirlo o si suena terriblemente cursi. Quiero que te quede claro que tú estás en cada jodido latido y que no quiero que sea otra persona la que me haga sentir así. No quiero besar otra boca, acariciar otra piel o acostarme con nadie que no seas tú.

—Yo no merezco…

—Tú mereces a alguien que esté dispuesto a no soltarte nunca, por difíciles que se pongan las cosas. Que te mire y te diga que va a comerte vivo el resto de su vida. —Su última reflexión me hizo sonreír—. Y aunque me gustaría no haber tenido que contártelo, no sería justo que siguiera guardándomelo para mí. Sabía quién era Julio desde el primer momento, porque el otro día lo vi.

—¿Lo viste? ¿Cómo que lo viste? —Su confesión me llenó de estupor. Me solté de su agarre.

—No quería preocuparte, entró en el bar al que suelo ir con Jennings a desayunar. Solo quería marcar territorio, hacerse notar.

—¡¿Por qué no me lo dijiste?! —inquirí ahogado.

—Por esto mismo —me señaló—, no necesitabas más presión, mira cómo te has puesto.

—¡¿Y qué piensas que debería haber hecho, montar una fiesta?! —Ray soltó aire un tanto exasperado.

—Lidio a diario con tipos como él, sé cuándo apestan a peligro y cuándo no.

—Te aseguro que como él no —resoplé.

—Leo, no voy a dejar que gane la partida. Sé muy bien lo que hago, cada paso que doy está calculado.

—¿Por eso me ocultas información? ¿Qué más callas?

—Debes entender que soy Ray cuando debo serlo y el agente Wright cuando corresponde.

—¿Y yo con quién demonios estoy ahora? No me gusta que me mientas.

—Omito información porque hay partes del operativo que es mejor que desconozcas.

—¿Como que Julio te seguía? ¿Que ha establecido contacto contigo? ¡¿Sabes todo lo que se me ha pasado por la cabeza cuando me han enviado las fotos?!

—Puedo hacerme una idea.

—¡No! ¡No tienes ni puta idea! Casi me da un infarto planteándome las posibilidades. Ni siquiera era capaz de pensar con claridad. Te llamé al móvil, también a Raven, ¡estuve a punto de dejar a mis hijas solas para ir a por ti cuando pensé que podría estar tocándote o haciéndote algo mucho peor!

Lejos de mostrar enfado, el rostro de Ray se iluminó, una sonrisa ocupó toda su fea cara haciéndome apretar los dientes.

—¿Y ahora de qué te ríes?

—¿Eso quisiste hacer por mí? —preguntó meloso.

—No te tomes esto a pitorreo.

—No lo hago, al contrario.

—Entonces, ¿por qué actúas así?

—Porque el modo en que has reaccionado significa que me quieres más de lo que eres capaz de reconocer. —Lo miré asustado—. No sufras, no necesito que me lo digas, me basta con que me demuestres cuánto te alegras de que haya vuelto sano y salvo a tu lado.

Me agarró de la camiseta y volvió a besarme con todo el ímpetu que lo caracterizaba. Intenté cortarlo, no quería sus besos, aunque mis labios y mi lengua opinaran lo contrario.

Me enganché a él con desesperación y fui incapaz de detenerlo cuando nos arrastró al baño dando trompicones.

El único lugar con pestillo en el que poder refugiarnos y dar rienda suelta al temporal que nos azotaba. La ropa voló con ansia, y yo me encargué de encender el agua para mitigar el sonido de nuestras gargantas.

Lo quería, lo deseaba, lo anhelaba más allá que cualquier cosa.

Ray tenía razón, no importaba que no le pusiera letra a mis sentimientos, porque nos bastaba

con la banda sonora de nuestros gemidos. Todos ellos estaban ahí, latentes en cada roce, en cada silencio, en cada preocupación y caricia entregada.

Estaban en mi boca, en mis dientes, en las sonrisas que Ray atesoraba en el fondo de sus pupilas.

Nos metimos bajo el agua para convertirnos en caníbales de almas. Con los chorros empapándonos de deseo y verdad.

Sus manos enjabonaron cada recoveco hasta hacerme estremecer. Coloqué las palmas contra la pared y anhelé el cacheo profundo al que me sometió. Me estremecí cuando cogió el bote de lubricante, lo dejó caer entre mis nalgas, me estimuló con maestría y terminó entrando en mí.

Quería la plenitud que me ofrecía cuando me penetraba, cargando mi garganta de jadeos sordos que morían en mi brazo para que no fueran escuchados.

Empujó entre mis nalgas mientras mi erección era acunada en su mano, con la presión justa y la velocidad exacta.

Aumentó la intensidad de los embates. Las finas gotas espolvoreaban mi piel, en un azote voluptuoso, cargado de lujuria. Las yemas de los dedos se hundían en mi cadera, mientras la otra mano seguía torturándome de placer.

Me incorporó. Sus dientes se hundieron en la carne de mi trapecio y el calor me inundó por dentro. Ray seguía penetrándome de un modo mucho más lento, amasando mi polla hasta que perdió rigidez.

Salió de mí, me dio la vuelta, clavó las rodillas en el plato de ducha y me dio una lamida larga y untuosa.

—Esto me lo como solo yo —susurró canalla.

Me bastaba su mirada para perderme en ella. Agarré su pelo corto y bombeé incapaz de contenerme.

Fueron pocos empujes los que necesité para vaciarme. Ahogué el grito de liberación sin renunciar al brillo de su mirada.

Ray sorbió, hasta dejarme sin nada más que ofrecer.

Se puso en pie, y con la sonrisa más maravillosa que había visto nunca, me dio un beso dulce, tentador.

—Te quiero, Lionel Torres.

«Y yo a ti», gritó mi interior. Mis labios no se movieron.

No pronuncié las palabras, pero las sentí y comprendí que uno no es consciente de que está con un monstruo hasta que la relación termina, te ves libre de él y asoma la verdadera esencia de lo que siempre fue.

Ya era capaz de diferenciar lo que era que alguien te quisiera de verdad y llenara tu vida de luz.

Ray era mi perdición, mi pecado capital, y, aunque debería dejarlo ir, no quería renunciar a él.

CAPÍTULO 57



Anita

Barrí con fuerza los frascos de perfumes del tocador.

¡Embarazada! Estaba embarazada.

La noticia me llegó como un jarro de agua fría. Tuve que acogerme al salvavidas que me arrojó el maldito cabrón de mi marido y agarrarme con uñas y dientes a su teoría de que mi cuerpo era el único freno que tenía.

No di positivo esa noche, pero me estuvo follando toda la semana y mi cuerpo parecía estar ávido de espermatozoides porque alguno de esos cabrones había arraigado en mí.

Le bastaron doce días para preñarme.

Era muy puntual con mis periodos y jamás tenía malestar matutino. Le pedí a una de mis hermanas que fuera a la farmacia, no quería que los hombres de mi marido le fueran con el chisme.

Le dije a Flor que fuera discreta, que no quería levantar falsas esperanzas en Julio. Fue a por un maldito test de embarazo, y ahí estaba la confirmación de que ese engendro ya estaba en mis entrañas.

No iba a tenerlo, en cuanto todo se hubiera resuelto, acabaría con él del mismo modo que haría con su padre.

Aunque antes tenía que ocuparme de su putita. El viaje de Lion estaba previsto para dentro de tres días, y no tenía intención alguna de que sobreviviera. El peor daño que podía causarle a mi querido Julio era que le mandaran su cabeza por correo certificado. Muerto el puto, se acabó la rabia.

Fui hasta el armario, cogí el móvil que tenía oculto en el interior del bajo de un abrigo de pieles y marqué el número.

—Estate atento, el Simba vuelve a la selva en tres días, nunca debió abandonar la jungla, así que encárgate de su fiesta de bienvenida. Ya sabes lo que tienes que hacer, Scar, no me falles.

CAPÍTULO 58



Ray

—Por favor, Dave, te lo suplico, tienes que llevarme —me imploró Magaly, cruzando los dedos de las manos.

Solo le faltaba ponerse de rodillas.

Su padre había bajado a la tienda a por algunas cosas, y yo me quedé con las chicas.

—A ver, no puedo saltarme las normas de tu padre, él no quiere que veas a «ese chico».

—¿Y tú qué piensas al respecto? —Se cruzó de brazos y movió el pie nerviosa.

—Lo que yo piense está fuera de lugar, es tu padre y debes respetar sus decisiones.

—¡No está fuera de lugar! Tiene que contar, ¡para eso eres su novio!

Abrí y cerré la boca como un pez. Miré hacia el lugar en el que estaba Ellie haciendo los deberes y di gracias que llevara los auriculares puestos. ¡¿De dónde había sacado eso de que éramos novios?! Habíamos sido muy cuidadosos.

—¿De qué demonios estás hablando?

—No me tomes por tonta, veo cómo os miráis y os acariciáis cuando creéis que nadie os ve. Papá no miraba a mi madre como a ti. Él es gay y tú también.

Y frente a una verdad tan rotunda, ¿qué podía responder?

«*Mayday*, *Mayday*, estoy siendo atacado por la cruda franqueza de una adolescente nada confundida».

—Me da igual si estáis enamorados y has ayudado a mi padre a que salga del armario. Me caes genial, te portas muy bien con nosotras y nunca había visto a papá sonreír tanto, por mí incluso os podéis casar, si es lo que os apetece, pero tienes que comprender que lo que se está cometiendo conmigo es una injusticia. ¿Cuánto tiempo piensa tenerme papá sin teléfono, o encarcelada como una maldita presidiaria? Creo que el otro día el repartidor de Amazon trajo unos grilletes y un pijama de rayas, y no para Halloween.

Reí por debajo de la nariz.

—¿En serio que no te importa que tu padre y yo…?

—¿Estás de broma? ¡Por supuesto que no! Las madres de mis amigas se van a morir de envidia cuando sepan que el novio de mi padre es el tío bueno por el que todas babean.

La carcajada que nació en mi garganta fue del todo involuntaria. Magaly me sonrió.

—Me gustas, y me gusta que lo hagas feliz.

—Tú también me gustas a mí. —La abracé sintiendo un profundo alivio por su aceptación. Siempre había escuchado que los niños eran mucho más sabios y naturales que los adultos, y Magaly acababa de darme una lección de aceptación y madurez que pocos adultos tendrían—. ¿Piensas que Ellie se lo tomaría igual que tú si se enterara?

—¿Bromeas? Mi hermana te adora, te tiene todo el día en la boca, creo que está planeando abrir tu propio club de fans. Si Taylor Swift tiene a los *sweefties*, tú tendrás a los *davies*. —Reí por lo bajito—. En el cole, no dejan de darnos charlas sobre la diversidad familiar, para normalizar los nuevos tipos de familia, no creo que a Elena le supusiera un trauma. Aquí el único estrecho de miras es mi padre, mira que le cuesta asumir las cosas.

—No digas eso de él.

—Es verdad. Ni que fuera algo malo quererte, o que yo salga con Nelson —puntualizó.

Aquella simple frase me llegó al alma.

—Gracias por aceptarme, Maggie, es lo más bonito que me ha dicho una chica en la vida.

—Eso es porque cuando te ven, se les llena la boca de baba y no puedes oírlas bien porque no se les entiende. —Cada vez que Magaly abría la boca, subía el pan. ¿Podía gustarme más? Imposible—. Entonces, ¿qué?, ¿vas a llevarme a la asociación?

—Lo que me pides es que le mienta a tu padre.

—Lo que te pido es que no le cierres las puertas al amor. ¿Qué harías si alguien te impidiera ver a papá solo porque te juzgan mal? ¿No lucharías por él? Si no me llevas, ¡una de esas bobas que no dejan de echársele al cuello me lo va a quitar! Y todavía lo nuestro no es oficial, no me lo ha pedido, necesito que lo haga y deje claras sus intenciones en el grupo.

—Entonces, ¿no salís? —Ella negó.

—Sé que le gusto, me mira mucho, habla conmigo más que con nadie, pero soy más pequeña que él y creo que no se atreve. ¡Las otras chicas me sacan ventaja, son más grandes y les he dejado vía libre!

—Si ese chico te cambia por una de ellas, por no verte dos semanas, o por no esperar a que crezcas, es que no valora lo que tiene.

—Lo que tú digas, pero ¿me vas a llevar? Sé que mamá querría que fuera, no por Nelson, sino por la asociación, me gustaría seguir visitando a las demás mujeres y ayudar. Por favor, Dave, por favor —volvió a suplicarme con ahínco.

¿Quién podía resistirse a esos ojazos negros parpadeando?

—¿Cuánto rato sería? —Magaly me sonrió de oreja a oreja y se tiró a mis brazos.

—Poquito, te juro que apenas te darás cuenta.

Todavía no les habíamos contado a las niñas que estarían fuera del piso, en otro lugar alejado y custodiadas, que no acudirían a clase mientras durara la operación y que apenas podrían salir de casa.

La idea era que lo hicieran todo *online*, sin perder materia, teníamos que minimizar riesgos, y ellas eran uno muy importante. No descartaba que Julio César pudiera querer hacerse con las niñas para tener mayor poder de manipulación con Leo.

Teniendo en cuenta lo que se les venía encima, me parecía justo que viera a Nelson, aunque fueran unos minutos. Le pedí a Jennings que le echara un ojo a la asociación para que estuviéramos seguros de que el lugar que visitaba María no fuera un cuartel general de Barrio-18

bajo la fachada de un lugar seguro para mujeres y niños. No era el caso, todo parecía estar en orden. Se dedicaban a ayudar a mujeres en riesgo de exclusión social, y algunas eran procedentes de pandillas.

Podía decirle a Leo que iba con las chicas a dar un paseo, era jueves, su pierna estaba recuperada, así que quizá le apeteciera ir a jugar a los bolos con sus excompañeros. No mentiría. Cuando volviera, le diría que pasamos frente a la asociación y, bueno, que entramos.

Ellie se levantó de la silla y vino correteando hacia mí, interrumpiendo el abrazo con Magaly.

—¡Mira lo que he hecho, Dave! ¿Te gusta? —preguntó, alzando el bloc de dibujo en el que había estado trabajando—. En el cole, nos han pedido que dibujemos para mañana a nuestra familia.

La garganta se me cerró y los ojos empezaron a picarme al contemplar la creación de la pequeña.

En la hoja, Ellie había plasmado el trazo de un enorme corazón con cera roja que envolvía la imagen principal. Sobre un campo de hierba, estaba Leo, a la izquierda de todo, sujetando un cartel que ponía papá. A su izquierda Magaly, con un letrero exacto donde rezaba su nombre. La siguiente era Ellie, con un contundente yo entre las manos. Daisy aparecía en el cochecito, su nombre estaba enmarcado por un par de margaritas y le puso el chupete en la boca. Para terminar, aparecía un tipo rubio, vestido de negro, excepto la camiseta blanca, con gafas de sol, la barbilla en forma de w, y sostenía una pancarta donde podía leerse papá Dave a modo de aclaración.

—El tuyo es más grande porque no me cabía todo —comentó Elena, señalando la zona en la que estaba puesta mi mirada.

Me aclaré la garganta.

—Se lee perfecto. —Ella me ofreció una sonrisa, y yo seguí contemplando el dibujo.

Sobre nuestras cabezas, se encontraba una nube que desprendía rayos de sol, en ella estaba sentada la representación de su madre, con el pelo negro pintado con bastante intensidad, al igual que los ojos. Había puesto encima de su cabeza: «Mami nos *proteje y obserba*».

—Es precioso, Ellie, me-me encanta —comenté emocionado.

—¿Sí? Tu pelo no me salía muy bien y creo que te he hecho un brazo más largo.

—No importa, los seres humanos no somos proporcionados, siempre tenemos un pie más grande, una mano más grande, un brazo más largo…

—¿En serio? —Asentí, y su carita se llenó de felicidad.

—El dibujo es bonito, pero has escrito mal protege y observa. Protege va con g, y en observa, la segunda es una v, no una b. —La corrigió Magaly, haciéndola enfurruñar.

—Si protege fuera con g, sonaría *protegue* —le rebatió—, tú no sabes tanto como la señorita Fawles.

—Dudo que la señorita Fawles te haya enseñado a escribir protege así.

—Pues sí, me ha enseñado así, lista —le sacó la lengua.

—¿Qué pasa? —La puerta acababa de abrirse y Lionel entraba cargando con una bolsa de papel.

—¡Que Magaly no sabe tanto como la señorita Fawles y me chincha! —protestó Elena.

—Sé más que tú, voy al instituto.

—Chicas, por favor —suplicó, cerrando la puerta con el pie.

Me acerqué a él y le cogí la compra.

—Yo lo coloco, intenta que no se batan en duelo con la g —me ofrecí, guiñándole un ojo—, dicen que la ortografía es un arma muy peligrosa —bromeé.

Leo se acercó a las niñas. Que se pelearan no era algo fuera de lo común. A Elena le molestaba muchísimo que la corrigieran, y Magaly era especialista en hacerlo a la mínima oportunidad, bajo el paraguas de que todo lo hacía por su bien.

—¿Me contáis qué ocurre? —quiso mediar Leo, cargándose de paciencia.

—Pues que Maggie siempre va de lista —respondió Elena con soniquete.

—Solo te ayudaba para que aprendas, no quería que hicieras el ridículo y la señorita Fawles te llenara el dibujo de rojo delante de tus compañeros. Si estuvieras en el instituto, ya te habrían suspendido.

Ellie la miró horrorizada mientras yo vaciaba la bolsa en la encimera.

—La señorita Fawles dice que pinto mejor que nadie en la clase, y no va a llenarme el dibujo de rojo, ¡díselo, papá!

Leo permanecía con la mirada puesta en el bloc y estaba algo rígido. Sus pupilas lo barrían de lado a lado, tenía los dientes apretados. Intuí que había leído los carteles, sobre todo, mi pancarta reivindicativa.

—¿Qué tenías que dibujar? —preguntó tenso.

—A mi familia. —Lo vi ponerse de cuclillas.

—Cariño, es muy bonito, pero igual la señorita Fawles se hace un poco de lío, y no me refiero a la ortografía —desvió la vista hacia Magaly y volvió a Elena—. Has puesto a Dave en el dibujo —comentó sin incidir en lo que estaba escrito. Dejé el bote de salsa barbacoa en la encimera y me quedé mirándolo.

—Si vivimos con Dave, en su casa, es porque él es familia.

—Él es… —Leo levantó la mirada y buscó la mía. Mi respiración se había vuelto pesada y expectante. Sabía que era un momento delicado y que Lionel seguía sin estar preparado. Si no era capaz de decirme te quiero, ¿cómo iba a reconocer nuestra relación frente a sus hijas?

—¿Qué es Dave para ti, papá? —pinchó Magaly como un acicate.

—Mi amigo, mi compañero… —se le cerró la garganta.

«Tu pareja, tu amante, el hombre que se muere por pasar el resto de su vida haciendo realidad ese dibujo».

—Y también es papá Dave —aclaró Elena. Daisy exclamó Papá Ei, como había empezado a llamarme, desde la alfombra de juego—. ¿¡Lo ves!? A él no le importa, le gusta, cuida de nosotras como hacía mamá, es divertido, sus tortitas son las mejores y hace unas palomitas con beicon y queso que te chupas los dedos. No me quiero mudar más. Daisy lo llama papá y yo también quiero que sea el mío y poder llamarlo igual.

Si en ese preciso instante me pincharan, no sangraría.

—¿Votos a favor de papá Dave? —preguntó Magaly, alzando el brazo.

Elena levantó los dos. Daisy, quien vio levantar los brazos a su hermana mediana, hizo lo mismo por imitación, y a mí no me quedó más remedio que dar un paso al frente y ofrecerle a Leo el empujón que le faltaba añadiendo mi palma al aire.

—¡Mayoría! —exclamó Elena aplaudiendo. Las Torres estaban acostumbradas a hacer las cosas por votación, así que para ella ya había ganado la candidatura. Correteó hacia mí y me envolvió con sus bracitos las piernas.

—Ya eres mi papi Dave, te hemos elegido y ha salido que sí.

—Él, yo, no… —Leo tartamudeó. Que no estaba listo era un hecho, pero a veces las circunstancias te atraviesan sin que puedas hacerle nada.

Magaly hizo algo tan tierno como insólito. Aparcó el enfado que mantenía con su padre para abrazarse a su cintura, clavar la barbilla en su esternón y mirarlo a los ojos.

—Todo está bien, papá. Déjanos ser la familia que todos necesitamos.

Se me hizo un nudo en el pecho, otro en la garganta, y lo único que pude ofrecerle a Leo, quien estaba totalmente desubicado, fue una sonrisa cargada de calma.

No dijo nada, se limitó a devolverle el abrazo a su hija y a asentir.

CAPÍTULO 59



Ray

¿Alguien ha visto West Side Story? Porque yo me sentía el ayudante de producción en ese momento.

Me había costado un riñón convencer a Leo de que era buena idea ir a la bolera con sus excompañeros.

Nada resultaba más convincente que un «Todo va a salir bien en tu viaje, pero por si no saliera, ¿no crees que deberías echar la última partida con ellos?».

En cuanto Lionel salió por la puerta, con la tranquilidad de quien deja a sus hijas en buenas manos, una atacada Magaly se emperifollaba en su cuarto.

El sonido de las perchas corriendo arriba y abajo, sumado a algunos ruiditos de frustración y alguna imprecación que engrosaría el bote de los tacos, se filtraban por la puerta de la habitación.

Elena alzó su naricilla respingona y me miró. Estábamos frente al televisor, con una serie de dibujos animados que le gustaba tanto a ella como a Daisy, quien lanzaba gorjeos sobre mis piernas. Ellie movió la cabeza en señal de negación.

—Dos segundos y dirá que no tiene ropa… Pfff.

—Ya te llegará —reí al ver lo vieja que era.

—Yo siempre sé que ponerme.

—¡Si es que no tengo nada que me sirva! —se escuchó. Ellie alzó sus pequeñas cejas con cara de marisabidilla, y yo me eché a reír.

—Bruja —le dije, golpeando con el índice su minúscula nariz.

Me puse en pie con Daisy en los brazos y golpeé la puerta. Maggie me abrió, se intuía la desesperación en su rostro, y la crisis existencial de vestuario formaba una montaña encima de la cama de las dimensiones del Annapurna. Quien quisiera llegar a lo más alto, tendría que contratar un sherpa. ¿De dónde había salido todo eso si hacía dos días que lo perdió todo?

Entonces recordé que la noche en que me llevé a cenar a Leo, Samantha dijo que después subiría algunas cosas de Dakota que seguía conservando y ya le quedaban pequeñas.

—Creo que tu armario ha sufrido el asalto de una manada de troles y por eso ahora no tienes nada que ponerte.

—Muy gracioso —rezongó—, ¡es que con nada me siento suficiente! —protestó.

—¿Suficiente? —Eso sí que no—. Escúchame bien, Magaly Torres, nadie merece que pases una hora tirando ropa y otra hora recolocándola, como si fueras una trabajadora del Primark. Si ese Nelson no es capaz de ver lo maravillosa que eres, con independencia de lo que lleves puesto, es que el único que no es suficiente en la ecuación es él. Dime que lo entiendes.

—Lo entiendo, pero ¿me ayudas a escoger? ¡Ya te dije que la competencia es muy dura!

—Y yo que si no te elige es que es idiota.

—¡Un dólar para el bote de los tacos! —canturreó alguien desde el salón.

—En esta familia voy a terminar arruinado y con un máster en estilismo, veamos a ver con qué contamos —resoplé, oteando hacia delante.

Media hora después, estábamos en la calle.

Magaly se puso un top negro que dejaba al aire su ombligo, unos *jeans* con algunos rotos, una gargantilla plateada alrededor del cuello, el pelo suelto enmarcando su bonita cara y un poco de cacao en los labios.

Como ya había empezado a refrescar, la obligué a llevarse una chaqueta vaquera, aunque sabía que se la sacaría a la menor oportunidad.

Magaly era una belleza andante, y cada día que pasaba, se parecía todavía más a su madre. Pensé en María, en todo lo que tuvo que pasar, y en mi madre, ambas habían sido mujeres fuertes que sacaron a sus hijos adelante sin importarles quién había sido el padre, admiraba esa parte de ellas, ese coraje de crear una familia en las condiciones más adversas. No todo el mundo era capaz de amar a un hijo fruto de una relación no deseada.

Sentí pena por ella, porque en el fondo no llegó a enamorarse, vivió solo el amor de sus hijas, pero no el de una pareja, por mucho que Lionel la respetara, la protegiera y no la juzgara.

En cuanto llegamos a la asociación, Maggie subió los peldaños y llamó a la puerta. Estaba hecha un flan, era incapaz de dejar de tocarse el pelo y atusárselo. Una mujer abrió la puerta, la saludó y ella le ofreció un abrazo. Escuché cómo preguntaba por Nelson, la mujer le dijo que estaba dentro, que pasara.

Cuando dirigió los ojos sobre mí, lo hizo con reticencia. A esos lugares iban mujeres que lo habían pasado mal de verdad, y mayoritariamente por culpa de los hombres, así que no era de extrañar que hubiese cierto recelo.

En la calle de enfrente había un bar, así que le dije a Magaly que la esperábamos allí, le había prometido a Elena que le compraría una taza de chocolate caliente espolvoreada con nubes.

Le había dado una charla de camino sobre la importancia de protegerse y cuidarse cuando una chica está con un chico. Ella me dijo que en el instituto ya le habían hablado de ello y que María se encargó de aleccionarla muy bien sobre el tema en cuanto tuvo el primer periodo. Que ella no iba a cometer los mismos errores que su madre.

Me pareció que tenía los pies sobre la tierra e imaginé que si quería hacer algo con Nelson, no lo haría dentro de una asociación repleta de gente.

Buscamos una mesita en la terraza y nos sentamos. Con el traqueteo, Daisy se había quedado frita, aunque se despertó con el aroma a chocolate.

—Qué gusto verte por aquí de nuevo, Elena —murmuró la camarera. La pequeña le sonrió.

—Mamá nos traía de vez en cuando, en la asociación le daban unos vales para chocolate, por eso quería venir aquí, además, lo hacen para diabéticos.

—Ya veo… —La pequeña removió la taza humeante, le echó algunas nubes, que la camarera

me aseguró estaban hechas con edulcorantes que Elena podía consumir, y le agregó canela. Me parecía todo un detalle que hubiera lugares así, en los que pensaban que las personas con enfermedades también tenían derecho a disfrutar.

Daisy movió los bracitos regordetes cuando su hermana le preguntó si quería.

—Pero no le des mucho, solo una probadita y sopla bastante —musité sin quitarle la vista de encima.

La bebé hizo una mueca en cuanto probó el dulce.

Solo quedaban tres días para que Leo se marchara, y, aunque lo hubiéramos preparado muy bien, sabía que el viaje era extremadamente peligroso.

No tenía claras las intenciones de Julio César, no lo había vuelto a ver, lo que me llenaba de inquietud.

Tuve que contarle a Price el incidente que tuve en el bar, y puso el grito en el cielo. Le aseguré que habíamos sido cautos en extremo y que no había vuelto a tener noticias suyas, aun así, hizo que algunos agentes me custodiaran, el operativo no podía irse a la mierda, estábamos muy cerca de atraparlos.

Me había quedado con la vista atrapada en mis propios pensamientos cuando vi que Elena agitaba la mano y reía.

Alcé la vista en dirección al lugar al que dirigía el saludo, una de las ventanas del edificio de en frente. Forcé la vista, pero no vi a nadie.

—¿Has visto a Magaly?

—No —respondió sonriente.

—¿A alguna mujer de la asociación que conoces?

—Frío, frío —canturreó, hundiendo la cuchara en la taza para llevársela a la boca.

—Quieres jugar, ¿eh? —Ella volvió a reír.

—¿A Nelson? —Agitó la cabeza y la coleta que llevaba osciló—. ¿Voy muy perdido?

—Ajá.

—Vale, no es tu hermana, ni ninguna mujer de la asociación, ni Nelson… Entonces, ¿a quién has saludado?

—No puedo decírtelo.

—¿Por qué? —Se acercó a mí y bajó el tono de voz hasta que alcanzó la tonalidad de un susurro.

—Porque los secretos no se cuentan.

La piel de mis brazos se erizó y sentí un escalofrío por todo el cuerpo. Volví a mirar hacia la ventana y creí ver una sombra asomada. Los últimos rayos del atardecer incidían sobre el cristal y no pude ver de quién se trataba.

—A mí puedes contármelo, soy tu papi Dev, ¿recuerdas? —Ella negó. Tuve una mala sensación, y para esas cosas solía ser muy intuitivo—. Si no me dices a quién has saludado, no podremos volver por aquí y tendré que decirle a Maggie que salga ya, que nos vamos. —Elena arrugó la nariz.

—¿Por qué?

¿Qué respondía a eso? No podía decirle la verdad, que Julio podía venir a por ellas y que necesitaba saber que la asociación era el lugar que aparentaba ser.

—Porque ahora soy yo quien os cuida, y me preocuparía mucho que os pudiera pasar algo malo.

—Aquí no pasan cosas malas, mamá nos dijo que si el hombre de los tatuajes venía a por nosotras, viniéramos aquí. —Volvió a callar.

Tenía todo el sentido, se suponía que en ese lugar protegían a víctimas de los mareros, lo que no me aclaraba el secreto que guardaba Elena. Quizá se tratara de alguna mujer en peligro. Se lo pregunté.

—¿Le has dicho hola a alguien que corre peligro? ¿Por eso no me lo puedes contar?

—No, es porque se lo prometimos a mamá. Que no hablaríamos de…

—¿De quién? A mí puedes contármelo, si me dibujaste dentro del corazón es porque tu mami te estaba mandando un mensaje, te guiaba para que reflejaras a las personas que te quieren y en las que puedes confiar. Dímelo, Elena, ella querría que me lo dijeras.

La pequeña abrió la boca y volvió a cerrarla cuando un grito estremecedor nos alcanzó desde el otro lado de la calle.

CAPÍTULO 60



Ray

Todo sucedió muy rápido.

No tengo idea de quién gritó, pero sí que gracias a ello vi el reflejo de un arma asomando por la ventana de un coche destartalado.

Las ruedas chirriaron mientras las balas silbaban en nuestra dirección sin piedad.

Reaccioné saltando sobre el pequeño cuerpo de Elena, que se estremeció al verse envuelta por el mío. Chilló cuando notó que la mesa volcaba y la silla, en la que estaba sentada, caía sin remedio. La taza de chocolate se hizo añicos.

El corazón se me salía por la boca al pensar en Daisy, no me había dado tiempo a hacer nada con el cochecito que estaba aparcado en el lado derecho de Ellie. Sin dejar de protegerla, intenté alargar el brazo para empujarlo y que se desplazara, pero tenía puestos los seguros en las ruedas para que no se moviera.

¡Mierda!

Las detonaciones siguieron unos segundos más mientras el coche se alejaba. Los casquillos revoloteaban a mi alrededor sin que me hubiera alcanzado disparo alguno.

«Por favor, que no le haya pasado nada, por favor», rogué, pensando en la pequeña mientras levantaba la vista con temor.

Si le había ocurrido algo a Daisy, Leo jamás me lo perdonaría teniendo en cuenta el lugar al que había traído a sus hijas, y sin su permiso. Y yo mucho menos.

Miré hacia el cochecito temiendo lo peor y respiré al ver que, en apariencia, todo estaba bien, la bala que podría haber matado a Daisy estaba incrustada en una de las barras de hierro. La pequeña ni se había inmutado, parpadeaba con los ojos muy abiertos observando lo que ocurría a su alrededor, mientras un suave llanto alcanzaba mi oído desde el suelo. Era Ellie.

—Cariño, ¿estás bien? —Me puse en pie con ella a cuestas, que se había enganchado a mí como lo haría un primate—. ¿Te has hecho daño?

Había intentado que no se golpeara, pero no estaba seguro.

Quité los anclajes de las ruedas del cochecito y fui a buscar el resguardo del interior de la cafetería, cuando me di cuenta de que la camarera yacía en el suelo de la terraza con un tiro en el brazo.

—Ahora mismo te ayudo, voy a meter a las niñas dentro, necesito protegerlas. ¿Puedes moverte?

—S-sí, creo que sí.

Le tendí la mano sin soltar a Elena, que seguía lloriqueando contra mi cuello.

En cuanto me aseguré de que estaban seguras, llamé a la policía, a una ambulancia y le hice un torniquete en el brazo. Era una herida limpia.

Tenía que ir en busca de Magaly, pero no podía dejar a las niñas solas, era peligroso que continuáramos allí.

—¿Tienes el teléfono de ese sitio? —le pregunté a la camarera, que estaba lívida—. Necesito hablar con alguien que está ahí.

—Em, sí.

—Tengo miedo —moqueó Ellie.

—Tranquila, peque, no voy a dejar que os pase nada a ninguna.

—¿Y Magaly?

—Ella está protegida en el interior de la casa, con Nelson y las demás. —Su cabecita morena se movió arriba y abajo.

—La guardiana también está dentro, no dejará que le pase nada.

—¿Qué guardiana? ¿Te refieres a la conserje?

—No, la amiga de mamá, la que cuida de todos, a ella era a quien saludaba a través de la ventana —hipó—. Se llama Doleen, casi nunca sale, mamá me hizo prometer que no le contaría a nadie que ella vivía ahí porque hay gente mala a la que no le gusta que ayude a las personas, por eso el secreto.

—Entiendo —acaricié sus mejillas surcadas por lágrimas—. Yo no voy a decir nada, yo también la protegeré, ¿vale? —Ella asintió.

Comprendía a Doleen, su trabajo era bastante peliagudo, era lógico que intentara ocultar su identidad del mismo modo que un agente infiltrado. Cuantas menos cosas supiera la mara de ti, o los maridos de las mujeres a las que ayudaba, mucho mejor.

—He pasado mucho miedo.

—Lo sé, peque, pero yo estoy aquí para que no te pase nada. Ni a ti, ni a tus hermanas.

Estaba cavilando cómo hacer para ir a buscar a Maggie cuando la puerta de la cafetería se abrió y ella entró con cara de susto acompañada por Nelson.

—¡¿Estáis bien?! ¡Ay Dios! —exclamó llorosa para abalanzarse sobre mí y Ellie, quien no me había soltado en ningún momento.

—¡¿Cómo se te ocurre salir?! —exclamé agobiado.

—Yo la acompañaba, señor, nos fijamos que no hubiera nadie en la calle.

—¡Da igual, es peligroso! ¿Y si hubiera habido alguien en la esquina u otro coche estuviera esperando a que salierais? —Sentía mis músculos como si fueran gelatina. Toda la seguridad y el temple que tenía se me venían abajo cuando se trataba de las niñas.

—Lo-lo siento —tartamudeó Magaly, sorbiendo por la nariz—. Ne-necesitaba ver que estabais bien, si no te hubiera pedido venir… —Se hundió y a mí se me rompió el alma.

—No pasa nada, ha sido todo un susto, muy gordo, pero un susto. —Se oyeron las sirenas a lo lejos. La policía y las ambulancias ya se acercaban.

—Gracias por cuidar de ella, chaval.

—No hay de qué. —El pobre Nelson nos miraba contrito.

—En los próximos días, dudo que Magaly pueda hablar contigo o que su padre la deje venir hasta aquí.

—Lo-lo comprendo. Ya le dije que no debería haber venido, que se había arriesgado demasiado por mí.

—Pues toma nota, chaval, porque la gente que se arriesga por uno es la que vale la pena de verdad. Ahora, vuelve ahí dentro y prométeme que no te meterás en líos. Ser un dieciochero es muy jodido —dije, mirando en dirección a su antebrazo, donde el otro día vi su tatuaje. Él se llevó la mano en el punto exacto.

—No me lo hice yo, ni fue decisión mía. Mi padre me lo hizo cuando tenía ocho años, era el tatuador de todos los *homeboys* en la Costa Oeste, también marcó el rostro a mi madre para que nadie la tocara, en ambos dieciochos estaba su firma, si alguien se atrevía a acercarse, sabía quién se le vendría encima. —Asentí. Algunos mareros tatuaban a su familia como método de disuasión. El tatuador de la mara era alguien muy respetado en la comunidad—. Sé lo que Barrio-18 hace, de lo que son capaces, y te aseguro que yo no quiero ser un pandillero, intentaron que me uniera, pero nunca quise. Me lo borraré en cuanto tenga dinero —dijo serio.

—Me alegra escuchar eso —respiré tranquilo. Sabía que no estaba mintiendo, había hablado con demasiados, y un auténtico marero nunca renegaba de la pandilla, al contrario, para él era una ofensa que alguien creyera que no pertenecía a la mara.

Los siguientes en entrar fueron los chicos del 911, que atendieron a la camarera y nos preguntaron cómo estábamos. La poli llegó casi al mismo tiempo, acordonaron la zona y entraron tanto en el bar como en la asociación en busca de testigos para declarar.

Como estaba con las niñas y seguían asustadas, contesté con rapidez las pocas preguntas que me formularon. Lo zanjé lo más rápido posible y les pedí si alguna patrulla podría acercarnos al piso por seguridad. No me pusieron demasiadas pegas cuando les conté quién era y a lo que me dedicaba, mientras las pequeñas estaban resguardadas en la comodidad de una mesa.

La única información que pude darles fue el modelo del vehículo. Durante el tiroteo, mi cabeza estaba demasiado ocupada queriendo proteger a las niñas como para fijarme en mucho más.

Al llegar al piso, hice que se dieran una ducha de agua caliente, les di la cena y, mientras comían, Magaly sugirió no contarle nada de lo ocurrido a Lionel.

—Si se lo contamos, no nos dejará salir hasta el día del Juicio Final.

—¿Qué es un juicio? —preguntó Ellie—. Yo no quiero ir mañana al cole, prefiero quedarme en casa, no quiero que me disparen.

—Nadie te va a disparar. —Mientras las chicas se duchaban, llamé al comisario para activar un nuevo protocolo de protección más exhaustivo—. Nos van a poner una especie de guardaespaldas unos días, hasta que nos aseguremos de que los malos están en la cárcel, así que mañana habrá cole. Por otra parte, Maggie, no podemos ocultarle algo tan importante a tu padre. —Por mucho que a mí también me fastidiara, tenía claro que me iba a caer una grande.

—Pues maquillémoslo un poco, le decimos que estábamos paseando y vimos un tiroteo en la siguiente calle, yo qué sé.

—Ni podemos ni debemos hacer eso, no está bien mentir a las personas que nos importan, así que cuando venga, yo se lo cuento. —Ella resopló.

—Muy bien, va a encadenarme a la cama de por vida y a ti te hará dormir en el baño.

—Te recuerdo que el piso es mío, así que asumiré el riesgo.

Terminaron de cenar, seguían bastante nerviosas, así que me tumbé entre ellas, en la cama,

para leerles las páginas de un cuento y que se relajaran.

Tanto estrés nos pasó factura a todos, y aunque al principio les costó coger el sueño, terminamos todos fritos en la posición que adoptamos cuando me dispuse a leer.

CAPÍTULO 61



Ray

Estaba tan profundamente dormido que ni me enteré cuando llegó Leo. Se acercó sigiloso y me movió con tiento el brazo.

Parpadeé amodorrado, con el libro en el pecho. Una sonrisa cálida me esperaba en su rostro.

—No sabía si despertarte o dejarte que hoy durmieras con ellas, parecías tan cómodo —musitó.

Me desperecé con suavidad, intenté que la cama no se moviera demasiado al salir de ella.

Apagué la luz de la lamparita de noche asegurándome de cubrir a las chicas con la sábana. En cuanto cerré la puerta, los labios de Leo me dieron la bienvenida más dulce que pudiera desear un hombre como yo.

—¿Te he dicho alguna vez que me encanta cómo besas? —murmuré contra su boca.

—¿Y yo que tú me gustas al completo? —Le di un pequeño bocado en el cuello para premiar su respuesta.

—No, pero puedes repetírmelo las veces que quieras.

Me tomó de las mejillas y me miró con fijeza.

—Me gustas mucho, muchísimo, tanto que soy incapaz de expresarlo con palabras.

—Ya me había dado cuenta —respondí socarrón—, aunque me gusta la manera en que tu cuerpo me lo muestra. —Leo agarró uno de los dedos de mi mano y lo lamió con profundidad. Mi polla dio un salto mortal y yo gruñí por lo bajo.

—¿Así?

—Definitivamente, sí, no obstante, igual deje de gustarte en un rato —aseveré, queriendo contarle la verdad antes de que la cosa se pusiera intensa.

—Eso es imposible. Tenías razón, necesitaba una salida a la bolera con los chicos para darme cuenta de que eres lo mejor que me ha pasado nunca y que, aunque no te lo diga, te quiero para siempre en mi vida. —Me mordí el interior del carrillo porque no podía haber escogido peor momento para ponerse romántico.

—Leo, escucha.

—No, escúchame tú a mí, te quiero, me va a costar hacerlo público porque me enseñaron que el amor entre hombres está mal, porque lo asumí como algo vergonzoso que se debe ocultar, pero no quiero que sea así; si a mis hijas no les importa tener dos padres y ellas son felices, yo también debería ser capaz de serlo teniendo al lado a alguien tan increíble como tú.

Sus fuertes manos se colaron en los bolsillos traseros de mi pantalón para amasarme el culo y apretar su erección contra la mía. Yo le abracé por la cintura.

—Me vuelves loco, Ray.

—Y tú a mí, pero antes tendríamos que hablar.

—¿En serio que ahora quieres hablar? —Su voz sonaba gruesa, excitada y anhelante—. Porque tengo unos planes mucho más lujuriosos.

—Y estoy convencido de que me encantarían, pero si me lo callo, no vas a ser capaz de perdonarme.

—¿Perdonarte? ¿Qué ocurre?

—¿Por qué no nos sentamos?

—¿Tan malo es?

—Del uno al diez, digamos que es doce, aunque a mi favor diré que todo está bajo control y que lo siento muchísimo —mascullé, arrastrándole hasta el asiento.

—¿Qué has hecho?, ¿puré de brócoli para que cene?

—¿Eso sería un doce? Entonces me he quedado corto, pongámosle veinte.

—Muy bien, habla.

Si algo tenía bueno Lionel era que te dejaba expresarte hasta la última letra. No era de esas personas que te interrumpen por sistema, que dan su opinión o preguntan. Él escuchaba con atención y podías intuir cómo de brutal sería la tormenta por el ensombrecimiento de su mirada, la dilatación de sus fosas nasales y esa lombriz gorda que se formaba en su cuello en formato «soy una puta vena que va a estallar en cualquier momento».

—Todos estamos bien —concluí—, y tú deberías empezar a respirar si no quieres sufrir una caída del sistema de la que no puedas remontar.

—Créeme, no he dejado de respirar —masculló con los dientes apretados y el ceño terriblemente junto.

—Pues el color morado de tu piel indica lo contrario.

—Debe ser porque mi cabeza está exigiendo que te ahogue, y no, no como juego erótico.

—Ya, bueno, le tengo bastante aprecio a mi vida, así que te pediría otro tipo de castigo mediante el cual pueda seguir existiendo y no peligre mi integridad física.

—¿Eres consciente de lo que podría haber ocurrido?, ¿del peligro al que os habéis enfrentado? No sé si eres un inconsciente, o un inconsciente. ¿Y tú pretendes responsabilizarte de mis hijas mientras yo esté cruzando Latinoamérica? Me parece que me he equivocado.

—Antes de que sigas por ese camino, te diré que tus hijas no van a estar conmigo, sino encerradas y extremadamente protegidas por agentes supercualificados.

—¡¿No decías que tú eras el mejor de tu unidad?! —Se puso en pie para caminar de un lado a otro—. ¡Y yo jugando a los putos bolos mientras casi os matan! ¡Si es que es para darme de cabezazos! —Y la tormenta empezaba a estallar.

—No ha pasado.

—Pero ¡podría haber ocurrido!

—Y también podría caernos un rayo, o un aluvión de balas de camino al colegio. Por eso es tan importante esta misión, porque hasta que no acabemos con la SM-666, no habrá terminado el

peligro. —Me puse en pie impidiendo el diluvio universal—. No ha sido por ir a la asociación, podrían habernos disparado bajando a por el pan.

—¡¿Y cómo lo sabes?! —preguntó sofocado—. Quizá eran unos dieciocheros ávidos de sangre. ¡Has llevado a mi hija a la guarida del lobo!

—La asociación no es una guarida de Barrio-18, y Nelson es un buen chico, la única culpa de ese chaval es que su padre era el tatuador de la pandilla. Jennings ha buscado los trapos sucios de ese lugar y te aseguro que no hay. Le he estado dando mil vueltas, y a la única conclusión que he llegado es que esas balas no iban dirigidas a las niñas, sino a mí. Julio lleva todo este tiempo dándome avisos, quería quitarme de en medio.

—Pues no lo va a hacer —dijo, encaminándose hacia la puerta.

—¿Dónde crees que vas?

—A hablar con él. Si voy a viajar a Soyapango, como mínimo, espero que os respete a ti y a las niñas. —Lo tomé de la muñeca.

—Te lo agradezco, pero no vas a conseguir nada yendo a verle.

—La palabra del *big* se lleva hasta el final.

—¡Su palabra no vale una mierda! ¡¿Todavía no te has dado cuenta de que te mintió todo el tiempo?! No vayas a verlo, eso es exactamente lo que quiere, tenerte bailando en la palma de su mano, he pedido refuerzos, van a estar custodiándonos, demuéstrale que no le has cedido el control, que sus actos no van a hacer que te arrodilles ante él.

—¿No lo entiendes? ¡Necesito saber que vas a estar bien!

—Voy a estar bien. —Lo atraje hacia mí y lo abracé—. Yo siento lo mismo por ti y tengo la misma necesidad. Te quiero, y por mucho que intente destruirme, lo que siento por ti no va a cambiar.

—¡Joder! —gruñó, comiéndome la boca con desesperación.

—Esto ya me gusta más. ¿Me perdonas por lo de hoy?

—Pregúntamelo después del castigo que te voy a dar. Te quiero desnudo, de rodillas y en el baño.

—Me encanta cuando te pones mandón.

—No tienes ni idea de lo que te voy a mandar.

Aguardé en el baño con el agua encendida en la posición que me había pedido, un minuto, dos, tres, cuando llevaba cinco, pensé que formaba parte del castigo, pero a los siete me comencé a preocupar.

Agarré una toalla, me la anudé a la cintura, corté el agua y salí del baño.

No había ni rastro de Leo, se había marchado.

CAPÍTULO 62



Leo

—¡Julio! —rugí en mitad del salón—. ¡Ven aquí, maldito cabrón!

Estaba fuera de mis casillas, odiaba haber dejado a Ray así, pero en cuanto me contó lo que había ocurrido, que habían atentado contra sus vidas, tuve claro que era otra de las amenazas veladas del Emperador, que me estaba marcando con una de sus tretas.

Los seiseros no erraban los tiros, si no estaban muertos era porque la orden no contemplaba su muerte, no le había dado la gana acabar con ellos, lo que quería era tenerme por los huevos.

Volví a gritar su nombre dirigiéndome a las escaleras, si tenía que abrir cada maldita habitación de la casa, lo haría hasta dar con él. Esa vez nadie me impidió la entrada, ni Miguel ni los hombres de la puerta, nadie. En cuanto me vieron aparecer, me hicieron el saludo de los SM-666 como si fuera uno más. No les respondí y me limité a entrar.

—Siempre que vienes a mi *chanty*, ¿tienes que hacerlo gritando? No tengo problemas de audición, *man*, y que yo recuerde, tus papás te educaron con buenos modales, ¿o es que los perdiste en los últimos años, gringo?

—Lo que vas a tener no son problemas de audición, sino vitales, como sigas organizando *pegadas*[54] contra mis hijas, voy a matarte —vociferé sin detenerme.

—¿Han querido matar a tus hijas? —preguntó con extrañeza.

No podía fiarme de él, era un maldito saco de mentiras andante. Llevaba puesto el pantalón del pijama y estaba algo despeinado. Seguro que estaba retozando con Anita.

—Sabes que lo han intentado porque la orden ha salido de tu boca.

—Te equivocas, cerote. Si tus troneritas no están contando estrellitas con su madre, ya deberías saber que no he sido yo. Julio César Valdés no amenaza, cumple y sentencia.

—¡Maldito hijo de puta! —exclamé, subiendo los peldaños que nos separaban para golpearlo. Esquivó el primer golpe y soltó una carcajada.

—Me encanta lo bravo que te pones cada vez que me visitas.

Volví a pegar con más virulencia, me atrapó el puño en el aire y aproveché para hacerle un barrido que no esperaba, cayó hacia atrás, pero me llevó con él.

Hizo una mueca de dolor cuando su espalda se clavó en el filo del escalón. Aun así, no me soltó. Nos pusimos a forcejear.

—Cuanto más luches, más dulce será la recompensa.

—¡Deja a mi familia en paz! —bramé, logrando clavarle la rodilla en el estómago. Sus ojos se encendieron y empezó a sacudirme con una sarta de puñetazos imposibles de esquivar.

Los golpes se sucedían, tanto por su parte como por la mía.

—Veo que te han estado poniendo en forma en ese gimnasio al que vas, muéstrame qué más te han enseñado.

No podía hacerlo, si le enseñaba todas mis armas, estaría jodido, así que intenté no revelarlas.

Las tornas cambiaron y me vi con la cara contra los peldaños y su cuerpo encima, bloqueando mis movimientos.

—Mmm, cuántos recuerdos me vienen a la cabeza cuando te tengo así —susurró en mi oreja, tirándome del pelo. Mi espalda se arqueó en una posición forzada.

—Pues consérvalos porque es lo único que tendrás de mí. —Su risa ronca me estremeció.

—¿Eso crees? —Clavó sus dientes en el lateral de mi cuello con tanta fuerza que me abrió la piel. Rugí. Su erección se plantó contra mi culo y se puso a frotarse.

Cuando éramos adolescentes, solíamos jugar a marcarnos con los dientes en lugares poco visibles, nos lamíamos, mordíamos, succionábamos, hasta beber el uno del otro. Uno de los famosos intercambios de Julio, la sangre del otro te da poder, casi como los vampiros.

Lamió y succionó la herida con deleite.

—Sigues estando tan bueno como siempre, cabrón, incluso más. —Se siguió restregando contra mis nalgas—. ¿Te gusta follarte a tu putita rubia, o extrañas que te dé duro como solía hacer yo?

—Lo único que extraño de ti es que no estés en mi vida.

Su carcajada hizo eco y me dejó ir.

Se puso en pie y me observó. Yo me llevé la mano al cuello, los dedos se me quedaron impregnados de sangre fresca.

—Dile al pipián de tu novio que no se ofenda, que es por los viejos tiempos.

—Lo que tú y yo hagamos no le importa, además, lo nuestro está obsoleto. Si quieres que sea tu coyote, vamos a tener que pactar, quiero tu promesa de que no le vas a tocar, ni a él ni a las niñas —puntualicé—, porque si lo haces…

Chasqueó la lengua.

—¿De verdad te crees con la potestad de amenazarme? ¿Pactar? ¿*Andas bolo*[55], o qué? ¿Todavía no has comprendido que si respiras es porque a mí se me antoja? Escúchame bien, Lion, aquí el único que manda soy yo, solo hay un *big*, así que no intentes montarte en mi

espalda. Yo mando, tú obedeces, es simple, porque si no lo haces, verás a las troneritas de tus hijas en mi próximo catálogo. ¿Estamos? Yo no mato niñas, soy un hombre de negocios, las vendo, que me rentan más que muertas.

Me arrojé sobre él y golpeé los laterales de la pared en la que se apoyaba con los puños.

—Si no has sido tú, ¿quién ha sido?

—¡¿Y yo qué diablos sé?! Quizá tengas enemigos, o puede que la muerta de tu mujer.

—Pues si tú no has sido, quiero que el hijo de puta que haya ordenado atentar contra ellas lo pague con su vida.

—¿Me estás pidiendo un favor, Lion?

—Si no recuerdo mal, quien atenta contra uno de los tuyos, o contra su familia, lo paga con la vida. Si voy a ser un seisero, quiero el mismo trato que recibiría uno de tus *homeboys*. —Una sonrisa se perfiló en sus labios.

—¿Y yo qué gano con eso?

—Mi lealtad y mi respeto —acercó la cara a mi cuello y pasó la lengua despacio donde goteaba mi sangre. Apreté los puños con fuerza. No porque me gustara, sino todo lo contrario.

—Rico —susurró a escasos milímetros de mi boca—. Si eres de mi familia, traerás a las güeritas[56] a mi casa, yo cuidaré de tus hijas y me ocuparé de quien haya querido dañarlas.

—No.

—¿No? —preguntó, arrugando el ceño.

—Mientras esté fuera, vivirán en casa de una amiga de María, no las quiero en este mundo, se lo prometí a mi mujer y voy a cumplir mi promesa. Lo único que te estoy pidiendo es, si de verdad no has sido tú, que *acciones*[57] al culpable. Si lo haces, cuando regrese de Soyapango, me entregaré a ti por completo. Seré tuyo para lo que precises.

—¿Y tu puto?

—Yo no tengo ningún puto.

—No me tomes por cerote y no me digas que no te culeas al rubio.

—Él y yo nunca hemos tenido lo que nosotros. —No estaba mintiendo—. Cuando regrese, no volveré a verlo más, me ha ayudado con las niñas este tiempo y con la rehabilitación, pero nada más.

—¿Tengo tu palabra? —asentí—. Muy bien, cerremos el trato, ponte de rodillas. —Cerré los ojos y apreté los dientes—. Vamos, no tengo toda la noche.

Lo hice, me arrodillé en las putas escaleras y él se bajó los pantalones mostrándome su orgullosa erección. Me agarró del pelo.

—Manos a la espalda, Lion. —Las uní y me juré que esa sería la última vez, que no volvería a venderme a nadie, por ningún motivo, ni económico ni vital—. Chupa —ordenó. Tragué con fuerza, saqué la lengua con un infierno desatado en las tripas y avancé hacia su polla. Cuando iba a hacer contacto, él me apartó—. No, ahí no, esa todavía no la mereces, tienes la boca sucia. Lame mi ingle y muerde, quiero tus dientes aquí. —Señaló una zona sensible, próxima a la erección—. Hazme sangrar y bebe. —Dentro de lo malo, no era lo peor, aunque me sentía igual de usado.

Pasé la lengua por la zona ofrecida y clavé los dientes con rabia, con fuerza, como si pudiera arrancarle la vida a mordiscos, joderlo tanto como había hecho conmigo.

Julio César gritó y su polla dio un brinco mientras yo succionaba.

—Mmm, eso es, mi león, bebe de mí, aliméntate de mi sangre.

Las palabras que antaño me supieron a gloria, en ese momento, me repugnaban, solo quería escupir y estrangularlo con mis propias manos. Seguí tragando hasta que me apartó. Me observó

complacido y pasó su pulgar por la comisura de mi boca.

—Siempre me gustó cómo te quedaba el rojo. Súbeme los pantalones y levanta.

Me ubiqué frente a él. Me limpié los restos de sangre con el dorso de la mano.

—Tenemos un trato, Lion, tu entrega absoluta por la vida de quienes atentaron contra tus hijas y mi palabra de que no les ocurrirá nada, ni a ellas ni a tu muñeco, hasta que estés de vuelta. No la jodas.

—No lo haré.

—Ten tu pasaporte listo, en breve, irán a buscarte, y ahora largo, tengo cosas importantes que hacer.

No había venido a quedarme, por lo que en cuanto obtuve su permiso, me fui todo lo deprisa que pude.

Julio no había confesado. Según él, no había tenido nada que ver con el ataque de la tarde, ¿lo creía? Mi intuición me decía que no mentía, aunque Ray insistiera en que cuando se trataba del Emperador, no tenía ni idea de cuándo me *metía casaca*[58].

Esperaba que por una vez en su vida cumpliera y aniquilara al responsable del tiroteo. Todavía tenía la piel de gallina cuando dijo que le rentaba más tenerlas en su catálogo. Sabía a lo que se refería, los mareros de los últimos tiempos tenían una especie de *book* fotográfico, como el que usan las modelos, en el que se exponía a los pollitos para su posterior venta, como si fueran un bolso o un par de zapatos listos para usarse.

Pensar que yo estuve a punto de vivir de ello me revolvía las tripas, menos mal que me di cuenta a tiempo. Uno no es consciente del monstruo del que se enamora hasta que se aleja de él y lo ve con perspectiva.

En el fondo, tenía que darle las gracias a Julio César, porque ahora sabía lo que nunca querría.

CAPÍTULO 63



María

—¿No puedes dormir?

—¿Tú sí? —le pregunté inquieta. Su mano se paseó con ternura por mi rostro.

—Las niñas están bien.

—Pero ¡podrían no estarlo, una de las balas casi mata a Daisy! Además, no soporto que piensen que estoy muerta.

—No todas lo piensan —murmuró, pegándose a mí.

—Eso tampoco me gusta, le estoy haciendo cargar con una responsabilidad que no le corresponde, ¡le está mintiendo a su padre!

—Lion no es su padre.

—No es el biológico, pero se ocupó de ella desde que nació, igual que hizo con Elena o con Daisy. No puedes decir que no es su padre porque lo ha sido a todos los efectos.

—Estamos de acuerdo en que eso lo hizo bien, pero Lion fue quien te llevó hasta ese almacén para que te golpearan, violaran y mataran. Te juro que no creí que fuera capaz.

—Y yo lo perdoné, ya lo hemos hablado. Julio tuvo la culpa, es un maldito encantador de serpientes, nos jodió la vida a todos, incluso yo llegué a pensar… —callé. Tomó mi cara y buscó

mis labios. Nos dimos un beso largo—. Perdona, sé que hablar de él te duele.

—No pasa nada, sé cómo es mi hermano, y entiendo que en tus circunstancias pudieras enamorarte de él. Julio César siempre ha despertado devoción en todos, tiene alma de líder, de gurú, sabe qué dice y a quién se lo dice. No puedes culparte por amarlo, yo también lo amé como hermano, hasta que me di cuenta de que quería acabar contigo y no pude soportarlo. No sabes cuánto me arrepiento de haberle dicho que era como él, que conmigo no tenía que fingir, que me alegraba de que fueras a ser su mujer porque así yo te tendría cerca igual que él a Lion. ¡Qué estúpida fui!

Miré a Wendy con ternura, tenía parte del rostro quemado fruto del incendio en el que se vio envuelta en Soyapango, había entrado a por mí, porque era la única que sabía que estaba esperando un bebé de su hermano y porque me amaba, aunque yo no lo supiese.

Wen y yo nos conocimos porque, a veces, acompañaba a Julio cuando este venía a visitarme a casa de mi padre. Solíamos quedarnos solas mientras ellos hablaban. Congeniamos desde el principio, ella era guapa, lista y muy amable, además, la veía como un referente, como mi cuñada, la mujer que permanecería a mi lado cuando su hermano se casara conmigo, lo que desconocía era que yo le gustaba.

Wen jamás me habló de sus sentimientos. En primer lugar, porque el amor entre personas del mismo género podía llevarte a la muerte en La Campanera y, en segundo, porque yo iba a ser su cuñada, y me creía enamorada de su hermano. Ella siempre me hablaba de Lion, el gringo con el que salía, el que sería su futuro marido porque su hermano así lo deseaba. Siempre tenía buenas palabras hacia él. Me decía que era distinto porque no lo educaron como a nosotros, que era bueno, de que no la forzaba a tener sexo y que sus principios eran otros.

Yo la escuchaba obnubilada, incapaz de asumir que pudiera existir alguien tan excepcional, me parecía un unicornio en mitad de tanto burro, me alegraba por Wendy, porque se merecía lo mejor.

Me llegaron rumores de que Julio se acostaba con una chica de su barrio, que salían y todos los consideraban pareja, eso me generó mucho malestar. Cuando él y su hermana regresaron a vernos, fue lo primero que le pregunté a Wen.

—No tienes por qué preocuparte por Anita. Julio tontea con ella porque todos la desean, es mayor que tú y lo ayuda con sus necesidades como hombre.

Por mucho que Wendy intentara quitarle hierro, sentía celos, no quería que Julio estuviera con otra, sabía que formaba parte de la condición de los chicos, que siempre tenían ganas de culear a las mujeres. Por eso, cuando el trato entre Valdés y mi padre se zanjó, le supliqué que nos dejara tiempo a solas para conocernos mejor. No dudé en entregarme a Julio desde el primer día. Al principio, se mostró reticente, pero terminó accediendo a hacerme suya.

No obtuve placer en ninguno de nuestros encuentros, era algo mecánico, siempre me lo hacía por detrás, poniéndome a cuatro, aun así, lo hacíamos cada vez que venía a visitarme. En lo único que podía pensar era en que dejara a Anita, lo quería para mí, por eso malogré los preservativos, porque no me quería arriesgar a que se lo pensara mejor y me dejara por Anita rompiendo el compromiso. Un bebé siempre ayudaba.

Cuando tuve mi primera falta, me sentí feliz. Pensé que él también lo estaría, los hombres adoraban hinchar los vientres de sus mujeres, que les dieran hijos de los que sentirse orgullosos, el bebé aceleraría la boda y Julio tendría que dejarla.

¡Cuánto me equivocaba! ¡Qué tonta fui!

Julio me pidió que no se lo dijera a nadie cuando le confesé que estaba embarazada, ni

siquiera a mi familia. Se mostró complacido y cariñoso, me comentó que quería hacer una fiesta para anunciarlo a lo grande y que pronto nos casaríamos, pero que antes debía organizarlo todo. Yo callé, me sentí afortunada porque iba a convertirme en su mujer. Mi padre ya no me ofrecería más para cerrar tratos.

Desde que nací, supe que sería moneda de cambio, las niñas solo servíamos para eso, para facilitar la vida a mi padre o conferirle ingresos extra. Cada vez que me entregaba a un hombre, solo ponía una condición, que mantuvieran mi virgo intacto, todo lo demás estaba permitido.

Me conservaba para su elegido, y yo crecí asumiendo mi rol, lo que se esperaba de mí, por mucho que me disgustara.

Julio César era lo mejor que me podía pasar, llevaría a Barrio-18 muy lejos, y yo me ocuparía de la familia, era una bendición que me hubiera quedado embarazada tan rápido.

—Voy a organizar tu iniciación en mi clica*, necesito darte el lugar que corresponde y deberás ser fuerte. Te someterás porque es lo que espero de mi futura mujer, y te entregarás a nosotros en cuerpo y alma.*

—Lo haré —susurré deseosa de que por fin me diera el lugar que me correspondía.

—No quiero que te asustes si alguien viene a por ti, ni que te opongas, será por sorpresa y todo está pactado con tu padre.

—No me opondré.

—Buena chica.

Era conocedora de las iniciaciones a las que debíamos someternos las mujeres cuando entrábamos en la mara, lo que desconocía era que se trataba de otra mentira. Cuando Lionel vino a por mí, no opuse resistencia, me sentí feliz porque había llegado el gran día. Por eso, cuando desperté y escuché las palabras que Julio César les dedicaba a sus *homeboys* sobre la creación de una mara nueva, sus intenciones de convertirme en recipiente y ofrenda, no daba crédito.

¡Iban a violarme y a sacrificarme! ¡Iban a matarme con mi bebé en la tripa!

Intenté pelear con uñas y dientes, discutí con Julio mientras iniciaba el rito. Supliqué con los ojos cargados de lágrimas, le imploré que no me hiciera daño, que llevaba a su hijo en el vientre.

—¿Y crees que eso me importa? Ni siquiera sé si esa cosa es mía. Todos saben que tu papá te vendía, que eras su tronera. Nunca me gustaste, nunca te deseé, naciste tronera y morirás tronera, y yo voy a acabar con Barrio-18 y todo lo que lo representa.

—¡Era virgen! —chillé. Se oyeron carcajadas de los homeboys*, que fumaban a nuestro alrededor.*

—Eres puta.

Me di cuenta de que no tenía nada que hacer, recé para que terminaran rápido y me dejé, intenté huir del dolor, buscar un refugio después de que el tercero me tomara. Supliqué que si Dios existía de verdad, obrara un milagro, y que si alguien me salvaba, me entregaría a él en cuerpo y alma.

Aquella noche, Dios ganó una nueva fiel después de que Lion se presentara entre mis piernas. Volví a conectar con la realidad al verlo, al escucharlo y percibir su congoja. Ningún otro me había mirado así. Recordé las palabras de Wen, él era distinto, quizá fuera el milagro que Nuestro Señor me daba.

Le supliqué que me ayudara, le dije todo lo que alguien bueno querría oír, no era estúpida, al fin y al cabo, mi padre era un *big* y me había criado en La Campanera.

Lo único que importaba era que me sacara de allí, no morir. Dejé que me cargara hasta la trampilla cuando los hombres de mi padre entraron para matarlos a todos. Entendí que debía protegerlo contra el *homeboy* de mi padre que pretendía liberarme, que solo Lionel era capaz de ofrecerme otra vida lejos de toda aquella mierda.

Lo ayudé, y cuando por fin pudo abrir la plancha de metal, escuché a lo lejos la voz de Julio discutiendo con Wen. Ella preguntaba por mí, lo increpaba porque no sabía que yo iba a morir, Anita se lo había contado y había entrado para salvarme. El corazón me latía muy rápido, se estaba enfrentando a su hermano por mí. No podía dejarla atrás, tenía que llegar hasta nosotros y acompañarnos, era la única amiga que tenía. Alargué el cuello buscándola. Lion me instó a irnos, yo le pedí que esperara, pero entonces aquella viga cayó y se desató el infierno.

Mi salvador me obligó a entrar y me llevó a través del túnel. Fue la primera vez que un hombre me pidió perdón, vi en él a mi salvaguarda, ya no tenía motivos para quedarme en La Campanera, si lo hacía, ¿qué vida nos esperaba a mi bebé y a mí?

Cumpliría la promesa que le hice a Dios, me entregaría a mi salvador y le haría la vida fácil.

Lionel había sido un buen hombre y un gran marido, no lo amaba, pero aprendí a quererlo, a respetarlo. Nunca se me insinuó, me cuidó, alimentó, se ocupó de que no me faltara techo y ropa. Se ocupó de Magaly cuando nació y se portó como un buen padre. Nunca logró quitarse la culpa de lo que hizo, de lo que sufrí, lo reconcomía por dentro y yo no hice nada por aplacarla. Me daba vergüenza reconocer lo que yo misma había hecho hasta llegar al almacén abandonado. Prefería que creyera que era víctima. En cierto modo, era así, porque el lugar en que nacemos, las enseñanzas que nos dan, nos condicionan como personas.

Nos casamos, criamos a nuestra hija, y cuando ella tenía cinco años, pasamos por una mala racha que me hizo volver a ser la María de la que había renegado.

Estaban a punto de desahuciarnos, yo sufría bastante fatiga, solía dolerme todo el cuerpo, además de tener migrañas. Lionel insistió en que no trabajara más, que me ocupara de la niña y de la casa, que él se ocuparía de los ingresos, pero no bastaba.

Yo había necesitado medicación extra, tuvimos que visitar el hospital por Magaly, ya que cogió la varicela en la escuela y tuvieron que hacerle varias pruebas. Las facturas subieron bastante y el dinero que teníamos no había dado para todo.

Tenía mucho miedo de tener que volver a la vida de las granjas, no lo habría resistido, y Magaly habría terminado dejando la escuela y siendo una trabajadora más. No podía permitirlo.

Leo estaba en el trabajo cuando el casero vino a reclamar que le pagáramos la deuda, que si no lo hacía ya, el viernes tendríamos que dejar el piso.

—No puede hacernos eso, tenemos una niña pequeña, es invierno y hace muchísimo frío.

—Ya encontrarás alguna manera de calentar a tu marido —me dijo, recorriéndome el cuerpo con lujuria—. Además, ya he avisado demasiadas veces a tu esposo, me debéis tres meses y no soy una hermanita de la caridad. Si no tenéis dinero, deberías ayudarlo, apoyar un poco a tu marido a pagar, seguro que sabes hacer muchas cosas.

Me miró el escote y yo vi en esa mirada una posible salvación. Llevaba muchos años sin hacerlo, sin ser moneda de cambio, dejándole toda la responsabilidad de sacarnos adelante a Lionel, quizá el señor Pérez tuviera razón y, por esa vez, pudiera contribuir de la forma más rápida y efectiva que conocía para que no nos desahuciaran.

—Puede que podamos arreglarlo de otro modo —murmuré, acariciándome el cuello de la camiseta. Él me ofreció una sonrisa lasciva.

—¿Y esa manera cuál es?

—¿Le apetece pasar y le sirvo un café mientras lo hablamos? —Él se pasó la mano por la

bragueta de forma obscena.

—Prefiero lo que tienes debajo de la ropa a un café.

—Entre, seguro que llegamos a un acuerdo.

Pérez cerró la puerta y pactamos. Acepté pagar la deuda y que nos rebajara un año el precio del alquiler, a cambio de tirármelo dos veces a la semana durante tres meses, mientras mi hija estaba en el colegio.

Veinticuatro polvos después, volvía a estar embarazada.

Leo no se lo tomó nada bien, no por lo que yo había hecho, sino porque sentía que me había fallado y que no estaba cumpliendo con su palabra. Yo me sentí fatal, porque mi nuevo embarazo incrementaba más nuestra carga, aun así, no era capaz de abortar y deshacerme del bebé que ya crecía en mí. Si allá arriba habían considerado que debía pasar por otro embarazo, sería por algo.

Barajamos la opción de dar a Elena en adopción, pero en cuanto me la pusieron en los brazos y le vimos la carita, fuimos incapaces de llevarlo a cabo.

—¿En qué piensas? —preguntó Wendy, abrazándome por la cintura.

—En todo, en cómo he llegado hasta aquí. No ha sido fácil para ninguna de las dos.

—No, no lo ha sido, pero por fin estamos juntas y eso es lo que cuenta. —Buscó mi boca y besó mis labios—. Pronto terminará todo, cariño, te lo prometo, vamos a acabar con mi hermano, con todo lo que representa, y formaremos la familia que merecemos con las niñas.

—¿Y Leo?

—¿Leo? —Arqueó las cejas—. Leo murió el día que conoció a mi hermano.

CAPÍTULO 64



Wendy

Vivir con un hermano como Julio nunca fue fácil.

Ser mujer en la mara tampoco lo era, y si a eso le sumaba que mi orientación sexual no era la correcta, según nuestra crianza, todavía más.

Por eso, el día que Anita me enseñó las imágenes de mi hermano con Lionel, sentí que un enorme peso se desprendía de mis espaldas. Fue como si todo lo malo se convirtiera en bueno, como si, de repente, me hubieran salido alas. Una sensación extraña y liberadora, porque si mi hermano se acostaba con mi novio, tal vez no estuviera tan mal que fantaseara con su prometida, y no me refería a Anita.

Todo empezaba a cobrar un extraño sentido para mí, quizá lo que me atrajo de Lionel, cuando llegó nuevo al colegio, fue que vi en él a un chico especial, tenía otra sensibilidad para las cosas, no decía palabrotas, se mostraba dispuesto a ayudar. Que tuviera unos rasgos medio gringos le daba un punto exótico que llamaba mi atención y creí que quizá, con él, sí funcionaría, que por fin me sentiría completa con un chico de verdad.

Le pedí a mi hermano que lo cuidara, que marcara a los otros chicos que le hacían todo tipo de perrerías porque quería salir con él. Él me dijo que primero necesitaba darle el visto bueno y,

al parecer, pasó la prueba con honores, porque el que terminó interesándose por Lionel fue él, aunque nunca me lo dijera.

Pasamos una época en la que solo éramos los tres, todo fluía, y de verdad que creí que podría enamorarme de Lion. Mi hermano empezó a salir con Anita, la chica más codiciada del barrio con ínfulas de reina marera. Tenía buen ojo crítico y sabía que mi hermano tenía un futuro brillante dentro de la mara. Era como una perra de presa, pasé demasiadas tardes con ella para saber que era de las que muerden y no te sueltan.

Sabía que Julio fantaseaba con crear la mara más respetada de todo El Salvador, que quería a Lionel dominándola junto a él, y solo yo parecía ver las dudas que asediaban al gringo.

Cuando Julio regresó de ver a papá de la cárcel y me dijo que lo había prometido a la hija del *big* de los dieciocheros, no daba crédito.

—¿Y Anita?

—No te preocupes, eso déjamelo a mí, tú solo hazte amiga de tu futura cuñada y cuéntame todo aquello que te diga.

—¿Mi futura cuñada?

—Te llevaré a La Campanera conmigo, haz lo que te pido y serás la futura palabrera *de las* homegirls *de la SM-666.*

—¿Y Barrio-18?

—Está obsoleto, la mara renacerá con otro nombre, otras bases, yo me ocuparé de eso, tú no te angusties y haz lo que te pido.

Y lo hice, claro que lo hice, porque era mi hermano y porque nadie en su sano juicio desobedecía a Julio César. Me sentí importante, bendecida, hasta que la venda se me cayó de los ojos.

Fue el día en que la madre de Lionel murió, todo fue tan extraño como absurdo. ¿Quién iba a creer que los dieciocheros vinieran al barrio a *cuetiarla*[59]? No tenían motivo alguno, claro que eso solo lo sabía mi hermano, porque todo el asunto con María se llevaba en secreto. No tenía ningún sentido que Barrio-18 atacara, a no ser que Julio hubiera roto el compromiso y el padre de María lo tomara como una afrenta y quisiera darle un aviso; o cumples, o mueres.

Tuve ganas de salir corriendo hacia La Campanera y preguntarle a María qué había ocurrido, porque solo ella podía saberlo, ni Anita ni Lion estaban al corriente. Mi hermano no estaba en casa y mi madre me espoleó a que la acompañara a ver a los Torres, que nos encontraríamos con Julio allí.

Había demasiada gente, Lionel estaba como ido y apenas escuchaba, le di el pésame y mi hermano pidió que los dejara a solas para ir a consolar a los abuelos de mi chico.

A los diez minutos, vino hacia mí, Lion no estaba, quizá hubiera ido al baño. Julio me pidió que me quedara en casa de los Torres, con mamá y Anita, que cuidáramos de los abuelos mientras él se iba con Lion a hacer unos mandados.

—¿Qué mandados?

—Son cosas de hombres, hermanita, tú ocúpate de las de las mujeres —besó mi frente y se marchó.

Lo hice, intenté consolar, sobre todo, a la abuela, quien estaba desesperada. Mi madre me dijo que fuera a la cocina a prepararle una tila, y cuando entré, escuché un ruido procedente de la alacena. ¿Serían ratones? Me daban muchísimo asco, así que me acerqué con prudencia.

No lo eran, a través de una ranura que dejaba la cortina, ya que no había puerta, la vi, mejor

dicho, los vi.

Anita y el tío de Leo reían flojito, coqueteaban, y él le amasaba un pecho mientras una de sus manos desaparecía bajo la falda. Estaba besándole el cuello, susurrándole lo mala que había sido.

—Soy una chica mala.

—Por supuesto que lo eres, y estás bien galana*… Julio César es poco para ti, necesitas un macho de verdad que te dé verga. Te voy a chimar.*

—Hazlo y celebremos mi puntería cuetiando *a la tronera de tu hermana.*

—Nunca debió largarse con un gringo, y menos darle un hijo, no merecía menos.

El tío de Lion se bajó los pantalones y la penetró.

Salí de la cocina hiperventilando, regresé al lado de la abuela, y cuando mi madre me preguntó, le dije que no quedaban hierbas, que me iba a comprarlas, necesitaba tomar un poco de aire.

Anita estaba liada con José, y lo peor de todo, ella había matado a Elena, no los dieciocheros. ¿Mi hermano lo sabía? ¿Lo habían hecho a sus espaldas? No tenía ni idea, pero era grave. Saqué el móvil y llamé a Julio. No respondió, hice tiempo yendo a la tienda de víveres y volví a intentarlo después. Nada.

Cuando volví a casa de los abuelos, fui a la cocina, Anita estaba allí bebiendo un vaso de limonada.

—Hola, cuñadita, ¿estás bien? Se te ha ido un poco el color de la cara.
—Sé lo que hiciste —dije sin pensar.
—¿El qué?
—Tú la mataste, no los de Barrio-18. —Ella sonrió y se acercó a mí.
—¿Y?
—Pues que se lo diré a Julio.
—No te pases de viva conmigo[60], *¿quién crees que me lo pidió? Su juguete, quiero decir, el* pipián *de tu novio flojeaba, quería largarse a los Yunaís, necesitaba un motivo para quedarse, porque su mamaíta quería mandarlo de regreso. ¿Te hubiera gustado perder a tu novio y que Julio se quedara sin él? Yo solo he cumplido órdenes, y tú deberías hacer lo mismo si quieres tener futuro como* jaima *de un* homeboy *y un lugar en su nueva mara, ¿cuál es el principio de la SM-666?*
—Ver, oír y callar —repetí como una autómata.
—Exacto, güerita, pues ya sabes lo que tienes que hacer. Procura tener el pico cerrado si no quieres que tu hermano te dé una cachimbeada[61].

Preparé la tila de la abuela y se la subí. Mi hermano y Lion estaban tardando mucho, mi madre me sugirió que la ayudara, junto con Anita, a preparar la comida.

Cuando por fin llegaron a casa, Lion fue directo al cuarto en el que estaba su madre, se clavó de rodillas y se puso a llorar, vi a la perra de Anita acercarse a él, acariciarle la espalda y dedicarle unas palabras. ¿Cómo podía tener tanta sangre fría a sabiendas de que ella fue quien la mató?

Tenía ganas de arrancarla de su lado y contarle la verdad a Lionel, pero no podía, le debía lealtad a mi hermano. Ella me lanzó una mirada de serpiente y una sonrisa sibilina. Se apartó y pasó por mi lado susurrando: «Todo tuyo, y recuerda nuestra conversación».

Me acerqué a Lionel, que estaba deshecho, intenté consolarlo y quise saber dónde había ido

con Julio, qué había hecho.

—Cuéntamelo.
—Lo-lo siento, no es cosa tuya —besó mi frente huidizo.
—Puedes confiar en mí, yo siempre guardaré vuestro secreto. —Se quedó en silencio.
—No-no sé de lo que… —Apreté los dedos contra sus labios con suavidad.
—Yo no soy como los demás, te entiendo, me pasa lo mismo que a ti y no me importa lo que hay entre él y tú. Mis labios están sellados. —Le estaba diciendo con pocas palabras lo que yo era, lo que yo sabía, necesitaba saber qué ocurría, estaba preocupada por María. Lo abracé y a los pocos segundos me pidió que saliera del cuarto, que necesitaba despedirse de su madre, que no estaba con ánimo para charlar.

Lo respeté, no podía forzarlo a que hablara, cuando fui donde estaba mi madre, Julio y Anita estaban abrazados y José le tomaba de la mano a su madre.

Me uní a ellos en silencio y mi hermano alargó el brazo para estrecharme junto a su chica.

—Eres la mejor hermana que podría tener, vamos a ser muy grandes, Wendoleen.

Le hicieron una misa a la madre de Lion sin que él estuviera presente, nadie quiso despertarlo, se había quedado dormido y la familia creyó mejor dejarlo descansar; puesto que ya se había despedido de Elena, no le quedaba más por hacer.

Regresamos a casa. Julio dijo que se iba y Anita quiso quedarse, yo estaba agobiada, me fui a mi cuarto a leer un rato, ya era tarde, así que esperaría a que ella se marchara.

No lo hizo, y cuando vino a buscarme para cenar, apreté los dientes. Comimos las tres solas, escuché cómo ellas parloteaban mientras yo me mantenía en silencio.

Mi madre alegó que estaba agotada, nos pidió que recogiéramos la cocina y ella se fue a dormir.

—Oye, no quiero que estemos mal por lo de antes.
—No estoy mal.
—Ya… Bueno, vamos a ser cuñadas y las encargadas de las homegirls*, así que debemos llevarnos.*
—Quizá haya cambios. —Ella arrugó el ceño.
—¿Cambios? —Estaba harta de que se creyera la reina de Soyapango, alguien tenía que bajarle los humos.
—Mi padre ha cerrado un compromiso entre Julio y María, la hija del big *de Barrio-18, van a casarse. —Soltó una risotada.*
—Eso es puro chisme, yo soy la jaima *de tu hermano y solo se casará conmigo.*
—Si tú lo dices. —Ella alzó sus cejas perfiladas.
—¿No me crees?

—Yo no digo nada, ya he hablado demasiado. —Me sacudí las manos y escurrí el agua.

—Si no me crees, tendré que demostrártelo, vamos —comentó, tomando un trapo para secarse.

—Es muy tarde. No voy a ir a ninguna parte contigo, es peligroso.

—¿Y tú quieres ser la palabrera *de las* homegirls *de la SM-666? Échale ovarios.*

Me mordí el interior del carrillo y accedí.

Anita tenía moto, así que me subí detrás de ella. No llevábamos casco, el viento agitaba

nuestras melenas oscuras. Condujo en dirección a la estación de tren.

—¿Dónde vamos?

—Hoy se va a constituir la SM-666, ¿sabes quién es el cuchumbo[62]?, ¿a quién va a sacrificar tu querido león como ofrenda a nuestra patrona? —Leo era incapaz de sacrificar a nadie, como no fuera una gallina—. No hace falta que contestes, en un minuto lo verás.

Anita hizo que la ayudara a apilar unas cajas para tener la suficiente altura, nos encaramamos a una de las ventanas laterales y no di crédito a la imagen que me devolvían mis ojos.

Los *homeboys* fumaban rodeados de imágenes alumbradas por velas, en mitad de un pentagrama se encontraba María atada, chulona[63] y con Juan Andrés empujando entre sus muslos.

Mis tripas se contrajeron al ver que mi hermano miraba la escena complacido, con una sonrisa en los labios, Lionel tenía un puñal en la mano.

—¡No, no, no pueden hacer eso! ¡No pueden matarla! —Anita me agarró.

—Claro que pueden y deben. Vamos a aniquilar a Barrio-18, y esa tronera será el inicio de una guerra entre las maras sin precedentes.

Me dio una arcada. Anita se apartó y me dio un empujón.

—Si no tienes estómago, descarga ahí abajo. No quiero tu vomitona encima.

Me metí entre unos matorrales, saqué el móvil temblorosa y busqué el número de la madre de María, ella me lo dio por si alguna vez le daba una bajada de azúcar, su hija estaba en clase y su padre no respondía.

No tenía tiempo de ocultar mi número. Le mandé la ubicación y tecleé rápido un: «Vengan a por su hija o la matarán. Puerta cerrada con cadena gruesa. Háganlo armados».

Un sudor frío recorrió mi espalda. Sabía que, tras pulsar enviar, firmaba mi sentencia con Julio, que lo estaba traicionando, pero no podía dejar que matara al amor de mi vida.

Silencié el móvil, vi que había leído el mensaje y las palabras de respuesta: «Gracias, no vamos a olvidar lo que has hecho».

No sabía si quedarme o irme. La traición se pagaba cara. Anita me dio un grito alegando que iba a perderme lo mejor.

No podría entrar por mucho que quisiera, y no contemplaba salir corriendo, no con María dentro, así que subí y crucé los dedos, La Campanera no estaba muy lejos; si se daban prisa, podían llegar a tiempo.

Cuando me asomé, Miguel, uno de los amigos de Julio, la estaba culeando. Los ojos me escocían, parecía tan pequeña y estaba tan golpeada. No quería ni imaginar el dolor que estaba sufriendo. María no lo merecía. Tuve ganas de gritar, de romper la ventana y saltar a través de ella. Las manos de Anita me agarraron los antebrazos, se había puesto detrás de mí porque era más alta. Acercó su boca a mi oído.

—¿De verdad pensabas que tu hermano iba a casarse con eso? —Rio—. Aquí no hay más reina que yo, cuñada, que te quede claro.

Cuando Leo fue llevado hasta ella y se puso entre sus piernas, supliqué por dentro que no lo hiciera. ¿Dónde estaba el chico dulce que salía conmigo?

«Anita lo aniquiló cuando disparó contra su madre y le hicieron creer que la culpa era de los de Barrio-18», respondió mi conciencia.

María giró su cara magullada, lo miró a los ojos y movió los labios, casi podía escucharla suplicar. Fue como si me arrancaran las entrañas, no lo podía tolerar, tenía que hacer algo.

Empujé a Anita y bajé al suelo, eché a correr, mientras ella gritaba. No había llegado a la esquina cuando se oyó la detonación. Acababan de llegar los refuerzos.

Los dieciocheros sembraron el caos, en lo único que podía pensar era en salvar a María. Me daban igual las balas o los tipos armados.

Ni siquiera sé cómo llegué hasta Julio, no vi rastro de María o Lion. Noté una mano que tiraba con fuerza de mí. Era mi hermano.

—¡¿Qué demonios haces aquí?! —rugió, llevándome detrás de una columna. Parecía muy encachimbado[64].

—¿Y María? ¡¿Por qué le has hecho eso?! —Las balas silbaban y el fuego devoraba parte de las paredes y el tejado.

—¡No iba a casarme con ella, no quiero un pacto, lo quiero todo!

—¡¿Por qué no me lo contaste?!

—No son cosas tuyas.

—¡Lo son, yo la quiero, soy como tú! —dije en un acto de valentía.

—¿Como yo?

—Sé lo que hay entre tú y Lionel, no me importa, yo amo a María. —Su cara se desencajó.

Una detonación impactó contra la columna en la que nos resguardábamos, muy cerca de mi cara se oyó un rugido que reconocí, pertenecía al padre de María.

—A ella no la maten, cerotes, le debemos la vida de mi hija.

Aquella frase bastó para que mi hermano me mirara desencajado.

—¿Qué has hecho?

—Lo siento, yo… ¡La quiero! —grité. Él alzó su arma y le voló la cabeza al tirador que había vuelto a disparar acertando de pleno. Después dirigió el arma hacia mí—. ¿Qué haces? Soy tu hermana.

—Mi hermana ha muerto esta noche.

Y después disparó. Todo se volvió negro.

CAPÍTULO 65



Leo

Miré a mi alrededor con turbación. Cuando conseguí salir del agujero que era El Salvador, me juré que no volvería nunca, y estaba de regreso.

Esa vez viajé en avión en lugar de en tren, desde el aire se apreciaba el entramado de rascacielos envueltos en una telaraña de chabolas. El calor sofocante y la humedad propia de la estación me dieron la bienvenida. No era de extrañar que el cielo luciera un color gris plomizo y que se anunciaran tormentas para los próximos días.

Tras cinco horas de vuelo en las que repasé, una y otra vez, lo que debía hacer, me encontraba en la terminal de llegadas, con el corazón en un puño, porque, aunque sabía que mis hijas estaban bien custodiadas, no podía sacarme de la cabeza las palabras de Julio.

Si él no fue quien les disparó, ¿quién había sido?

Todavía no lo había descubierto, aunque me prometió que lo haría. Lo único que me dijo antes de mi partida fue que no cometiera ninguna estupidez, o entonces ya sabía lo que ocurriría. Tras su amenaza, me comentó que alguien de su confianza me esperaría en el aeropuerto, barajé la opción de que fuera él quien estuviera al otro lado de las puertas de cristal y no me equivoqué.

Mi tío José había envejecido, el tiempo había llenado su frente de surcos profundos y premiado a su cuerpo con algunos kilos de más. El traje que llevaba apestaba a caro, tenía que dar imagen como *palabrero* de la *clica* de la SM-666 en Soyapango.

No había resentimiento en su expresión, solo una sonrisa de oreja a oreja que me mostró, una como las que solo lucían los presentadores de televisión, no los mareros. Con su apertura de brazos, se dispuso a recibirme.

—¡Querido sobrino! ¡Qué gusto ver que la Santa Muerte te pateó el culo y te mandó con los vivos! ¿Sabes que te hicimos un funeral, cabrón?

—Tío —susurré, dejándome atrapar. Él palmoteó mi espalda y rio por lo bajo.

—No llevas mucho equipaje, ¿te cobraban mucho por las maletas? —dijo, admirando la mochila que cargaba a mis espaldas.

—Te recuerdo que no vine de vacaciones, llevo lo necesario. ¿Está listo el pedido?

—Dieciséis años fuera y lo único que quieres es irte cuanto antes de la selva, león.

—Sabes que el regreso no va a ser fácil y las lluvias pueden complicar las cosas, cuanto antes me ponga en marcha, mucho mejor.

—Está bien, está bien. Tú siempre tan atento y responsable. Vayamos a por la *nave*.

Fuimos al aparcamiento del aeropuerto, en el que un flamante Mercedes de importación nos esperaba.

—Veo que las cosas te han ido bien.

—No puedo quejarme, en cambio, tú… —chasqueó su lengua, emitiendo un ruido de disgusto—. No tienes buen aspecto, debe ser por esas tres bichas[65] que tienes, son mejores los varones, no hay que perseguirlos para ver que no los culeen. Además, no es bueno que un hombre esté solo mucho tiempo, cuando vuelvas a los Yunaís, harías bien buscándote una buena mujer que te las críe y te mantenga el lecho caliente. Me han dicho que una de las hermanas de Anita está disponible.

Me mantuve en silencio, hablar con mi tío me apetecía tanto como estar de regreso.

—¿Te importa que hagamos una parada de camino? Tengo que pasarme por las oficinas.

—Tú mandas —me abroché el cinturón—. ¿Y los abuelos? —pregunté.

—Murieron, ¿no te llegó la invitación para el entierro? —preguntó sarcástico—. Ay, claro, que pensábamos que estabas muerto. A veces se me va la cabeza.

No añadí nada más, fijé la mirada en los edificios mientras él sintonizaba la radio para llenar la ausencia de palabras. Pensé en Ray, en nuestra despedida, en sus consejos para los próximos días, dado que no podríamos comunicarnos por mi seguridad.

Llevaba siete horas sin verlo y ya lo extrañaba al mismo nivel que a mis hijas.

Alcé la mano y toqué el objeto que llevaba debajo de la camiseta, una especie de amuleto que me regaló la noche antes de nuestra despedida.

—¿Qué es esto? —le pregunté con una sonrisa de felicidad genuina. Estábamos tumbados en la cama. Me había dado una cajita de terciopelo morado que no dejaba de mover entre los dedos hasta que la atrapé.

—Ábrelo —respondió en un susurro expectante.

Se había puesto de lado, con el torso descubierto, la sábana enroscada en la cintura y esa expresión pícara que tan loco me volvía.

Abrí la tapa y miré el interior.

—¿Una manzana morada? ¿No es el color de las uvas y las ciruelas?

—El único ciruelo que hay aquí lo tienes entre las piernas, y te garantizo que no es morado. ¡No es una manzana morada, es una manzana de amatista!

—¿Y con ella me quieres decir que debo incrementar mi consumo de fruta?

—Idiota, es un regalo para que pienses en mí estos días, además, te va a ayudar.

—¿En serio? ¿Esta minúscula piedrecita?

—¿No has escuchado eso de que lo importante está en el interior y que no importa el tamaño?

—Lo dijo el que tiene una berenjena entre las piernas.

—¡¿Quieres tomarte esto en serio?! Te recuerdo que yo soy el gracioso, y tú el falto de humor.

—Está bien, está bien, ¿qué va a aportarme la piedra, gran oráculo de la sabiduría?

—Ríete lo que quieras, pero esta cosita va a ayudarte a calmar la mente y a relajarte, es buena para los dolores de cabeza.

—Pues yo voy a tener bastantes en los próximos días, te agradezco el detalle.

—No solo hace eso.

—Como me digas que es capaz de hacerme una paja, te hago un monumento.

—Mmm, no, aunque puede que algo saquemos de eso. —Los dos reímos con el tonteo.

—Entonces, ¿qué más hace?

—Pues dicen que ayuda con el insomnio y las pesadillas, aporta paz interior y equilibrio, mejora la intuición y… lo más importante —hizo una pausa dramática y habló en susurros—, a quien la lleva le otorga protección.

—Interesante.

—Bueno, en realidad, los antiguos griegos y romanos creían que te protegía de emborracharte, pero ahora la cosa ha cambiado desde las grandes bacanales y es algo más místico.

Dejé escapar una carcajada.

—¿Estás tratando de decirme que tengo un problema con el alcohol? Porque tú eres lo único que llega a emborracharme, ya sabes que tengo un alto nivel de toxicidad en la sangre cuando se trata de ti.

Los dos reímos.

—Me gusta tener el poder de que te embriagues de mí.

—Si me paran en un control de alcoholemia, doy positivo en Ray Wright.

Él se pegó a mi cuerpo y me besó con ganas.

—No sabes cuánto me gusta oír eso.

—Y a mí tu regalo, lo que más me gusta es que viene de ti. —Me acerqué a él y lo besé de nuevo.

—Prométeme que no te la quitarás en todo el viaje y que irás con cuidado. Ojalá la piedra te dé la lucidez que necesitas. Después de que te presentaras en casa de Julio la otra noche, dejándome arrodillado en mitad del baño, me quedó claro que la necesitas. Raven me echó una mano para conseguirla.

—Te lo prometo, si volviera a tenerte desnudo y de rodillas, no volvería a irme a ninguna parte.

—¿En serio? —preguntó con las pupilas acrecentadas por el deseo.

—Muy en serio —susurré—. ¿Me ayudas a ponerme el colgante?

Me senté dándole la espalda para que pudiera abrocharme el cierre. En cuanto lo hizo, me abrazó por detrás y susurró en mi oído.

—Te doy cinco minutos para que te presentes en el baño, estaré de rodillas y sin los calzoncillos.

—Me sobran cuatro —gruñí, notando cómo se desembarazaba de mí para bajar de la cama de un salto.

—¿Te gusta? —La voz de mi tío me devolvió a la realidad, alcé la mirada y me topé con un

imponente edificio de nueva construcción.

—Muy bonito.

—Acompáñame.

—¿Es necesario? —no respondió, se limitó a salir del coche y abrir mi puerta.

No es que no quisiera acompañarlo, es que no quería estar allí, odiaba todo lo que me quedaba en Soyapango, malos recuerdos y un tío que se había enriquecido gracias al sufrimiento ajeno. No pregunté por los demás porque tampoco me importaban.

Subimos hasta una de las plantas superiores. Al salir del ascensor, nos encontramos con el *hall* de lo que parecía una agencia de moda y publicidad. Encima del mostrador había un gran rótulo en el que podía leerse «SModel's».

—Por acá.

Los pasillos estaban cargados de imágenes de mujeres y hombres de todas las edades, cuando llegamos a la última puerta, tuve un mal presagio que se confirmó en cuanto mi tío la abrió dándome paso.

Era un estudio de fotografía inmenso, había focos, varias personas pululando y un tipo que no dejaba de apretar el obturador.

Frente a él posaba una niña que no tenía más de seis años, con los labios pintados de rojo un poco corridos. La habían sentado en un taburete del mismo color, que contrastaba con el vestido blanco de tirantes y sus ojos azules.

—Eso es, Priscila, mírame coqueta, te ves bien *galana*, baja un poco ese tirante, así, perfecto, sonríe a cámara, tócate el pelo, saca la lengua y pásala por tu boca como si la sintieras seca. —La niña obedecía, y a mí se me encogía el pecho con cada orden.

—Un bocadito dulce para nuestros clientes millonarios, ¿no crees?

—¿Bromeas? —pregunté disgustado. No disimulé, no tenía por qué.

—A mí no me mires, me van las cucas[66] más maduras, que ya tengan pelo, pero sí hay tipos a quien les gustan las güilas[67] y sus padres están dispuestos a venderlas, no seremos nosotros quienes queramos dejar de mediar para llenarnos de lana[68]. —Rio—. ¡Hazle algunas tomas sin el vestido, a los clientes les gusta ver la mercancía por la que pagan, que no es un anuncio de moda! —vociferó.

—¿En serio? —cuestioné.

—Por supuesto, además, las imágenes también nos dan dinero, tenemos otro público al que se las vendemos, no dan tanto, pero complementa —me susurró.

El fotógrafo ni se inmutó. Una de las chicas de vestuario se acercó a la niña, quien miraba asustada a mi tío por el grito que había dado.

Solo tenía ganas de ir a por ella y sacarla de allí. De destrozarlo todo igual que ellos querían descuartizar su inocencia. ¿Cómo podía existir gente así, una panda de enfermos degenerados dispuestos a pagar sumas indecentes? Aunque lo peor eran esos padres que valoraban más un puñado de pesos que a sus propios hijos.

Me di la vuelta y me vi con la necesidad de agarrar la manzana que caía por dentro de mi camiseta. En ese instante, más que nunca, requería la serenidad que prometía la piedra. No podía echar a perder el operativo, era demasiado importante, si lo hacía, bien podría acabar con la SM-666.

Mi tío se acercó al fotógrafo y le dio algunas indicaciones. Oí decir a la niña que no quería quitarse la ropa, que le daba vergüenza, que quería ir con su mamá. Se me partió el alma.

—Todo está bien, güerita[69], tu mamá estará muy contenta de que nos obedezcas, y si te portas bien, cuando terminen las fotos, te daremos un dulce, ¿verdad que sí, Manuela?

—Sí, señor.

—Ahora separa las rodillas y…

No pude escuchar más. Salí del estudio sudando, pregunté por el baño y fui hasta él para patear una de las puertas y descargar mi ira peleando contra ella.

—Ey, sobrino, ¿qué pasó?

—¿De verdad me lo preguntas? —Me giré desencajado—. ¿Cómo puedes?

—Es trabajo. Siempre fuiste un poco blando. ¿No te sirvió de nada tu época en Soyapango? Esos mocosos son como terneros, bien que te hinchas de filete. La diferencia es que ellos nos dan pisto[70]. Si no los vendiéramos nosotros, lo haría otro, hay mucha demanda, sabes cómo funcionan estas cosas.

—¡Eso no quiere decir que esté bien! ¡Bukele las está cambiando! —proclamé, haciendo referencia al presidente. Él dejó ir una risotada.

—¿Eso piensas? No, *mijo*, no, esto es una olla a presión. Se está preparando una grande, este presidente tiene los días contados. Nos estamos organizando, y cuando estemos listos, el país estará en nuestras manos. Las armas, el tráfico y la droga mueven el mundo, y en eso somos los mejores. —No decía nada que yo no hubiera pensado—. Dime una cosa, ¿te gusta la vida que has llevado todo este tiempo? ¿De verdad piensas que tomaste la mejor decisión largándote por la puerta trasera, haciéndote pasar por muerto, en lugar de convertirte en *big*?

—Por lo menos, fui honrado conmigo mismo. Los dos sabemos que nunca tuve alma de marero.

—¿Y ahora pretendes ser coyote? ¿Descender a la parte baja de la pirámide? Pero si no has aguantado ni una triste fotografía, ¿cómo harás cuando tengas a todos esos niños listos para ser tomados?

—Eso no te importa.

—Claro que me importa, porque si no estás listo, tengo que informar.

—Una cosa es ocuparme del transporte y otra muy distinta… —Lo miré con repulsión. Y él rio.

—Eres como tu madre, ¿y de qué le sirvió su moralidad? Para casarse con un gringo, parir a su bastardo y terminar muerta. ¡Despierta, Lionel! —chasqueó los dedos—. El mundo es cruel y solo sobrevive el más *hijueputa*. Si hubieras sido listo, ella seguiría viva.

—¿Cómo?

—¡¿Qué?! ¿No ataste cabos? Siempre bailaste en la palma de la mano del Emperador. Si no te hubieras mostrado débil e inseguro, con ganas de renunciar, ella seguiría viva. Necesitabas un empujoncito para hacer girar los engranajes de la SM-666 y que todo cobrara sentido.

—¿Me estás diciendo que tú la mataste? —Embestí contra él y lo aplasté contra la pared. No quería creerlo, pero la posibilidad estaba ahí.

Ray ya me lo sugirió la noche en que nos acostamos por primera vez, y yo no quise pensar que podía estar en lo cierto. Julio sabía lo importante que mi madre era para mí, no lo creía capaz de llegar tan lejos. Estaba equivocado en todo lo que se refería a él. Había sido un necio.

Apenas podía respirar del dolor que sentía.

—¡¿Tú la mataste?! ¡Confiesa! —rugí.

—No fui yo, león, aunque eso no importa, Elena estaba muerta desde que tu padre os dejó, en el fondo, le hicieron un favor, ya no pintaba nada, solo embarraba tu cabeza.

—¿Un favor? ¡Maldito cabrón! —Lo golpeé con ganas. Una, dos, tres veces—. ¡¿Quién lo hizo?! —pregunté con ganas de aniquilarlo allí mismo.

—Pregúntale a tu *big*, él fue quien lo ordenó. —Hundí la rodilla en su estómago. Él se quejó,

alguien abrió la puerta del baño y, al ver mi ataque, profirió un grito. Mi tío remontó y me dio un cabezazo que me hizo soltarlo. Segundos después, me tenían inmovilizado contra el suelo y alguien me pateaba los riñones.

—¡Soltadme!

—Suficiente, ponedlo en pie —ordenó mi tío.

Lo hicieron, la cabeza me dolía, aunque no tanto como la verdad. En cuanto estuve frente a él, me incrustó dos puñetazos en el vientre y otro en la mandíbula.

—Así mucho mejor —dijo, masajeándose los nudillos—. Nadie ha extrañado a un chupapijas como tú, como tampoco a la tronera de tu mujer. No vales nada para la familia, así que será mejor que se te dé lo de trasladar pollitos, además de tu talento de hincarte de rodillas ante el *big*. Si fuera por mí, ya te habría *llevado a nadar*[71], eres una deshonra, por pipián y por *peseta*. ¡Soltadlo! —proclamó, quitándose el polvo—. Es hora de que veas tu mercancía y asumas tu destino.

CAPÍTULO 66



Anita

—Otro incendio, ¡otro puto incendio! —rugió Julio, estampando la copa de vino que sostenía entre los dedos contra el suelo.

Ese día se había casado mi hermana y estábamos en mitad del banquete nupcial.

Miré de reojo al resto de los congregados que aguardaban impacientes la llegada de la tarta.

Apenas se habían inmutado, el grupo de mariachis que tocaban en directo estaban desgañitándose y muchos los acompañaban.

El novio de Flor era mexicano, por lo que la boda tenía muchos tintes de su país de origen.

Estaba contenta porque me hizo caso y terminó aceptando la propuesta del hijo mayor de los Vargas. Teníamos muchos tratos con esa familia, ellos eran los encargados de que La Bestia, el tren que cruzaba la República de México, desde la frontera de Guatemala hasta Estados Unidos, llegara repletito de ilegales, entre ellos, nuestros pollitos.

No solo se dedicaban a la industria ferroviaria, también tenían una cantidad ingente de almacenes subterráneos donde guardaban parte de la coca que nosotros comercializábamos y que llegaba por mar a los Yunaís.

A Flor no le faltaría nada ahora que era la esposa de Juan Gabriel.

Respiré varias veces antes de dirigirme a mi marido, que estaba insoportable desde que Lion se había ido.

—¿Quieres calmarte? Nos están mirando —rezongué por lo bajo, a sabiendas de que los ojos de las personas que estaban sentadas con nosotros nos contemplaban con disimulo.

—¡¿Que me calme?! ¿Has oído lo que te acabo de decir?

—¡Yo y todo el mundo! Por eso te lo digo —siseé. No quería montar un espectáculo el día en que mi hermana debía ser inmensamente feliz.

Julio no había dejado de tomar. Le tenía demasiadas ganas a su peluche y la distancia no ayudaba. Tendría que haberlo enculado antes de dejarlo marchar, la abstinencia nunca le había sentado bien.

Su mano voló agresiva hacia mi barbilla.

—Escúchame bien, hago lo que se me da la gana, y si quiero romper toda la vajilla de este maldito enlace, lo hago. ¡¿Me oíste?!

Agarré el cuchillo de la carne entre los dedos y, sin pensarlo, le rebané el cuello.

La sangre caliente salpicó la piel de mi cara y la de mi escote. Disfruté viendo sus ojos cargados de incredulidad, de escepticismo, mientras hundía la afilada hoja con la que acababa de comerme un solomillo sangrante.

El cuello de la camisa blanca era incapaz de contener el rojo carmesí que emanaba de su gaznate.

¡Qué bien me sentaba contemplar su vida escapando en cada estertor sanguinolento! Nunca más me diría lo que tenía que decir, que hacer y, mucho menos, me tocaría con sus dedos de nenaza.

—¡¿He dicho que si me oíste?!

Parpadeé varias veces. La ensoñación terminó dejándome un regusto amargo en el fondo de la garganta.

—Te oí, cariño. Tú lo rompes, tú lo pagas. —Él me soltó de mala gana y se puso en pie—. ¿Dónde vas?

—¿Ahora tengo que darte explicaciones de dónde voy? —Chasqueó la lengua—. No, querida, no. Tú te quedas a comer tarta, que para eso es la boda de tu hermana. Yo ya cumplí, así que me largo, disfruta de la fiesta y no bebas —comentó, acercándose amenazador a mi oreja—. Como des un solo trago y le pase algo a mi hijo, estás muerta.

Después me dio un beso castigador, se apartó y le dijo a uno de sus hombres que no me quitara la vista de encima para que no bebiera. ¡Malparido!

No tenía ganas de armar bulla ni podía ponerme de culo con él porque estaba muy mosqueado por lo que ocurría con los incendios. Los contratos de nuestra empresa de extinción de fuegos estaban cayendo como moscas, y si eso ocurría, Julio tendría que encontrar otro modo para blanquear capital.

La ranchera cesó, los aplausos y gritos de viva México corearon la salida de mi marido, quien abandonó la sala sin despedirse de los novios. La mujer que estaba sentada a mi lado me ofreció una mirada cargada de lástima. Tuve ganas de clavarle un par de tenedores de postre mientras le decía «¿qué miras?».

Me contuve porque era la tía del novio.

Hubiera dado cualquier cosa por un buen trago de tequila.

—Y ahora, para hacer bajar la comida, les ofreceremos un buen digestivo en honor a la tierra del señor Vargas, quien ha pagado todo este festín —comentó el DJ por el micrófono. Los invitados lo jalearon—. No sean impacientes y se lo beban en cuanto caiga en sus manos, porque antes el padre del novio quiere dedicarles unas palabras a la feliz pareja.

El camarero fue depositando los tragos, uno para cada uno de los invitados.

—Señora —masculló un muchacho, contemplándome con apetito, llevaba todo el banquete perdiendo la mirada en el interior de mi escote. Era guapo y a mí me pasaba como a Julio, me sentaba mal no follar.

—No bebo, gracias. Dáselo a ese —cabeceé hacia el *homeboy* de mi perro guardián—. Lo necesita más que yo.

—Por supuesto.

—Por cierto, ¿me podrías indicar dónde está el baño?

—Se encuentra en… —Le hice una señal para que se acercara y poder hablarle al oído.

—Mejor me esperas dentro, lo que necesito queda dentro de tus pantalones. Te daré buena propina si cumples.

Se apartó con el rostro enrojecido y la mirada llena de intenciones. Hizo un gesto afirmativo y llevó el vasito al hombre de Julio, tal como le pedí.

—Cortesía de la señora —le musitó, entregándoselo.

Se marchó, no en dirección a la cocina. Vi cómo le murmuraba algo a otro de los camareros y le daba su bandeja. Este le sonrió, debían tener la misma edad, no parecían camareros profesionales, más bien extras, estudiantes universitarios que se sacaban un sobresueldo trabajando en bodas.

El otro miró con disimulo en mi dirección.

Me daba igual si se había pavoneado diciéndole a su compañero que iba a follarme. Me puse en pie y vi el amago del perro de Julio de seguirme, y antes de que lo hiciera, lo enfrenté.

—Solo voy al baño a vaciar la vejiga, no necesito ni que me sujetes la puerta ni que me limpies, mi mamá me enseñó muy bien.

—El jefe me dijo…

—Tu jefe te dijo que te ocuparas de que no tomara, y ahí tienes mi trago. No soy ninguna niña y tú no tienes aspecto de *nany*. Estamos en la boda de mi hermana, no va a ocurrirme nada de aquí al servicio. Si vas a ser mi custodio, deberías comprender que las embarazadas pasamos mucho tiempo en el baño y que es mejor no contrariarnos. A mí no me ha sentado bien algo de la comida, así que tengo para rato. ¿Estamos? —Él tragó duro.

—Sí, mi señora. No quise incomodarla, solo seguir las órdenes.

—Pues aprende a escucharlas bien, no a interpretarlas a tu manera, deberías saber que tengo las hormonas algo alteradas, si no, pregúntaselo a Miguel. —Él puso cara de circunstancia—. Ay, no, que lo maté. —Le ofrecí una sonrisa suave—. Vengo en un rato.

Me alejé en dirección al baño y, en cuanto entré, no me costó nada dar con el servicial camarero que me iba a atender.

—Por tu bien, espero que sepas complacer.

—Descuide, señora, se me da bastante bien.

—Eso ya lo veremos —comenté, empujándolo hacia el urinario—. Bájate los pantalones y siéntate, voy a montarte.

Media hora más tarde, algo más calmada, me retoqué el pintalabios.

Lancé un suspiro y una sonrisa de complacencia, lo cierto era que al chico no se le dio nada mal.

Reajusté mis pechos en el interior del escote y me coloqué unas gotitas de perfume que disimularan el olor a sexo.

Entré justo en el momento que el padre del novio había terminado sus palabras, y por el gesto de alivio de los invitados, debió ser bastante soporífero.

—¡Vivan los novios! —jaleó.

—¡Vivan! —respondimos todos al unísono. Los invitados alzaron los vasitos decorados con sal y bebieron.

Yo me maldije por dentro, lo que me hubiera gustado dar un trago de esos, en cuanto llegara a casa, iba a vaciarme una botella en el gaznate, a ver quién era el guapo que me lo impedía.

Los vasos quedaron suspendidos entre los dedos, casi parecía que estuviéramos en el espacio

y la gravedad les impidiera bajar los brazos. El gesto me hizo arrugar el ceño y lo apreté todavía más cuando empezaron a caer al suelo. Parecían pequeñas bombas de cristal listas para detonar esquirlas por todas partes.

Todos se habían puesto rígidos.

Pero ¡¿qué diablos?! ¿Tan fuerte estaba?

Los camareros se miraron unos a otros, yo contemplé a mi hermana, cuya mirada se encontró con la mía justo antes de ponerse a convulsionar.

Algo no iba bien, nada bien, aceleré el pasó, me puse a correr sin importarme los fragmentos rotos o mis sandalias con tacón de quince centímetros. Corrí gritando sus nombres, el de mis hermanas y el de mi madre, que parecían incapaces de reaccionar.

Los cuerpos de los invitados empezaron a desplomarse al mismo tiempo que *My Heart Will Go On*, de Céline Dion, daba la entrada al pastel nupcial.

¿Acabábamos de chocar contra un iceberg invisible? ¿Qué les pasaba a todos?

El *maître* le gritó al DJ que parara la canción, pero era demasiado tarde, pues también se encontraba en el suelo.

Vi cómo caían uno a uno. Tenía el pulso a mil y las entrañas cargadas de pavor.

Cuando alcancé la mesa presidencial, todos estaban en el piso, con el rostro cubierto de sudor y los ojos muy abiertos. Extendí la mano hacia el cuello de mi madre, sin pulso. El de mi hermana pequeña, sin pulso. El de Flor, sin pulso.

Mi chillido hizo temblar los cristales de las lámparas y, por mucho que intenté reanimarlas, apretando mis manos contra su pecho, fui incapaz de revivirlas. Todos habían muerto.

CAPÍTULO 67



Wendy

Estaba hecho y no podía sentirme más feliz.

La venganza era un plato que se servía frío, aunque a mí me gustaba hacerlo arder.

En ese instante, mi querido hermano y su mujer debían estar tirándose de los pelos. Nunca hubiera pensado que Julio César fuera capaz de hacerme algo así, de dispararme, de matar a su propia hermana.

Tuve suerte, el colgante que llevaba de Nuestra señora de la Paz desvió lo suficiente el impacto para que no fuera mortal, lo que no quitó que cayera al suelo fulminada y que el 60 % de mi cuerpo sufriera quemaduras severas.

Un dieciochero arriesgó su propia vida para sacarme de aquel infierno, empujado por las palabras de su *big* de que tenían que protegerme.

La piel se desprendía de mi cuerpo abrasado, mientras él sorteaba las llamas y me protegía del infierno.

Aquella noche morí y resucité, pasé mucho tiempo ingresada en el hospital, debatiéndome entre la vida y la muerte, largos meses en la unidad de quemados, donde me mantenían sedada por los dolores.

Me hicieron varios injertos de piel, transfusiones, soporté múltiples operaciones para mitigar los daños que había sufrido y, en todo aquel tiempo, Antonio no se separó de mí.

Me sacaba veinte años, era la mano derecha del padre de María, y su mujer murió tras ser violada por varios hombres de la SM-666, en un asalto a La Campanera. Cuando terminaron, pasearon el cadáver atado al coche por toda la barriada. Tenía dos hijos, uno de mi misma edad, que falleció la noche del asalto al almacén, y otro cinco años más joven que yo.

No tenía dónde ir, ni motivos para vivir, Antonio me acogió en su casa para que lo ayudara con el niño, y tiempo después terminé casándome con él.

Se desató una guerra tan cruenta en Soyapango que Barrio-18 terminó cayendo bajo el yugo de la SM-666. Por fortuna, ese tiempo yo lo pasé en el hospital, así que cuando salí, la cosa ya estaba calmada.

Mi hermano pensaba que estaba muerta y yo lo preferí así, no quería volver a verlo en la vida, lo odiaba, había matado lo que yo más quería por culpa de sus ansias de poder y no le importó llevarse por delante a Lionel, o eso pensaba por aquel entonces.

Al ver que ya no nos quedaba nada, Antonio nos propuso irnos a Ciudad de México, donde su padre tenía un taller de coches. Quería apartar a su hijo menor de la mala vida, cuidar de ambos, e irnos a la capital le pareció la mejor opción.

Estuvimos ocho años viviendo bien. Teníamos una vida apacible, comida en la mesa y un techo sobre la cabeza, hasta que Antonio enfermó y murió por una neumonía mal curada.

Me vi sola, con Santos, mi suegro había fallecido tres años atrás una noche mientras dormía, no nos quedaba nadie más. Mi hijastro no quería quedarse en México, un amigo suyo de Barrio-18, con quien recuperó el contacto gracias a las redes sociales, le habló de la posibilidad de ir a Estados Unidos, que allí podría forjarse un futuro mucho mejor que en México, que algunos dieciocheros se habían asentado en Los Ángeles y vivían el sueño americano.

Preparó una cena bonita y me propuso que me fuera con él. México DF no era el mejor lugar para una mujer sola.

—Si vienes conmigo, yo te voy a cuidar, te haré mi mujer —me dijo Santos, acariciando la parte del rostro que no tenía quemada—. Siempre me gustaste, Wendy, eres hermosa y buena, por eso no me casé, porque estaba esperando el momento en que me vieras como lo que soy, el hombre que puede hacerte feliz, no mi padre, que era muy mayor para ti. Sé mi esposa y te prometo que viviremos bien.

Dudé. Le tenía mucho cariño a Santos, prácticamente yo lo había criado desde que era un muchacho y yo una adolescente. Nunca lo vi con otros ojos, aunque en parte era lógico, porque nunca sentí atracción por los hombres.

Ya había renunciado a lo que era, a lo que sentía, a lo que estaba mal en mí. Así lo veía todo el mundo, no estaba bien que me gustaran las mujeres, tenía que reprimirme, tenía que hacer lo correcto. Ya me había acostumbrado a abrirme de piernas para su padre, a veces, incluso llegaba a sentir placer, no me resultaba muy desagradable. ¿Qué cambiaría si lo hacía para Santos?

Era mi familia y, en mi estado, tampoco es que pudiera aspirar a algo mejor. Me cuidaría, me lo había prometido, así que acepté, él me besó, y yo le dejé que me hiciera el amor.

Tuvimos que pagar una gran suma a unos coyotes para que nos ayudaran a saltar el gran muro que separaba México de Estados Unidos. Atravesamos el Río Grande, de noche, en una travesía de más de tres horas en la que muchas veces el agua nos llegaba al cuello.

Llegamos al otro lado, calados hasta los huesos, donde nos esperaban los coyotes cargados con una escalera. A partir de ahí, debíamos hacerlo solos, encaramarla a lo alto de la verja y saltar para alcanzar los Estados Unidos.

Logramos pasar sin incidentes, pero cuando tocamos suelo, una patrulla nos arrestó.

Estuvimos varios días detenidos, transcurrió más de un mes desde que logramos saltar el muro de acero hasta que nos concedieron la libertad. No fue nada sencillo conseguir asilo político, aun así, no cejamos en nuestro empeño porque ya nos habían contado cómo Los Ángeles significaba una oportunidad nueva, un lugar en el que ser felices. Allí nos aguardaba el amigo de Santos, quien se dedicaba al menudeo para Barrio-18.

Santos tenía alma de marero, aunque su padre lo hubiera apartado, la violencia estaba impregnada en su sangre y la sed de venganza corría en sus venas. No dudó en someterse al rito de iniciación e insistió en que yo también lo hiciera.

Dieciocho segundos de golpiza bastaron para convertirnos en dieciocheros, Barrio-18 me salvó la vida, y si era la mujer de Santos, era justo que me sumara a la mara.

Pasamos un año habituándonos a nuestros nuevos roles, Santos era mucho más vigoroso que su padre, siempre me tenía ganas y yo… intentaba evitar el lecho lo máximo posible, aunque no siempre podía alegar migraña o que tenía la regla.

Ahí empezaron las discusiones, algunas por mi falta de libido y otras porque empezó a llegar bebido o drogado. No solo menudeaba, empezó a consumir, a salir de fiesta, a irse con otras y, finalmente, llegaron las palizas.

Cada vez sentía más ira, porque mi hermano tenía toda la culpa de la situación en la que me veía envuelta; si no hubiera hecho lo que hizo, yo estaría casada con el buenazo de Lionel y cerca de María.

El tronero de la *clica* de los dieciocheros en Los Ángeles le comentó a Santos que quería enviarnos a Nueva York, que quería que se encargara de la expansión del grupo allí y de captar a otros pandilleros.

Ni siquiera me lo consultó, de un día para otro me vi haciendo las maletas y cruzando el país de costa a costa. Nos asentamos en un pequeño piso de Brooklyn. Santos pasaba mucho tiempo fuera y yo me aburría bastante, por lo que muchas veces daba largos paseos hasta Queens. En uno de ellos, me fijé en un edificio que acogía a una asociación para mujeres. Había un cartel en la puerta en el que rezaba que se necesitaban voluntarias para echar una mano, ni siquiera sé por qué lo hice, quizá fue el destino, pero entré y pregunté qué buscaban.

Era una entidad sin ánimo de lucro, la mujer que lo llevaba necesitaba a alguien joven que la ayudara. La afrolatina septuagenaria que me dio la bienvenida con una taza de té llevaba toda la vida luchando para sacar a flote a cualquier persona vulnerable que lo necesitara.

—¿Te interesa el puesto? Aquí no se gana dinero, recibimos lo justo para mantener este lugar y que quien acuda pueda cubrir sus necesidades, lo único que se te va a llenar es el alma —me comentó con una mirada afable cargada de experiencia.

—Me lo tengo que pensar.

—¿Por qué?

—E-estoy casada —le mostré el anillo—, y no sé si a mi marido…

—Muchas de estas mujeres también han estado casadas y también temían que las decisiones que tomaran alargaran las manos de sus maridos. —Desvió la vista hacia las marcas que tenía en mi cuello, fruto de un agarrón por parte de Santos. Yo las disimulé con el pelo—. Este lugar no solo las ayudará a ellas, también te ayudará a ti.

—No sé de qué me habla —mascullé asustada.

—Yo creo que sí —contestó sin alzar el tono de voz. Alzó la taza y se la llevó a los labios.

—Tengo que irme.

—Qué lástima, aunque la oferta sigue en pie. Vuelve cuando quieras, o cuando lo necesites,

nadie tiene por qué enterarse de que nos echas una mano.

Pasaron varias semanas hasta que volví. Santos nunca estaba por las tardes, de hecho, volvía siempre de madrugada, por lo que pasaba gran parte de la mañana acostado.

Necesitaba una distracción, y el centro estaba a una media hora paseando.

La señora Dolores se puso muy contenta cuando me vio regresar y le dije que la ayudaría unas cuatro horas al día, que no podía ir más.

—Será suficiente, además, en tu estado, no es bueno forzar.

—¿Mi estado?

—Querida, ¿no me digas que no sabes que estás embarazada?

—Eso es imposible, no puedo tener hijos. —Era cierto que ya tendría que haberme bajado la regla, pero no podía estar embarazada. Nunca usé métodos anticonceptivos con mi difunto marido y no tuve susto alguno, ambos asumimos que era estéril, pues él había tenido dos hijos.

—Pues será un milagro de nuestro señor, pero ya te digo yo que mi radar nunca falla. Ven, te daré algo para que te pongas en el labio.

—No es necesario.

—Sí lo es.

No me dijo nada sobre los golpes, supuse que no quería presionarme y lo agradecí.

De camino a casa, entré en una *Pharmacy,* compré cuatro cosas para la cena, un test para descartar la locura de Dolores, y cuando estaba en la caja para pagar, una revista llamó poderosamente mi atención.

En ella aparecía un reportaje sobre jóvenes emprendedores latinos en Nueva York, y allí, en primera página, estaba el cabronazo de mi hermano con Anita.

¡Habían montado una empresa de extinción de incendios para ricos y les iba a las mil maravillas! Y yo casi morí en un maldito incendio, ¡menuda desfachatez! Le dije a la cajera que también me la cobrara.

Al llegar a casa, hervía de rencor y enfado, me leí el reportaje íntegro andando. Lancé la revista sobre la mesa de malas maneras, tenía ganas de matarlos con mis propias manos. Hasta entonces me había mantenido alejada, había intentado no pensar, pero fue verlos ahí y no podía parar de darle vueltas. ¡No era justo! ¡Alguien tenía que hacerles pagar! ¿No era una dieciochera y ellos unos seiseros? ¡Tenían que pagar por todo lo que me hicieron! Además, ¡vivían allí al lado!

Vacié la bolsa de papel sobre la encimera y miré el paquete del test de embarazo, necesitaba salir de dudas. Fui al baño, seguí las instrucciones y aquel trozo de plástico me confirmó lo que Dolores me había dicho, que una vida nueva crecía en mi interior.

No sabía cómo sentirme al respecto, estaba nerviosa, emocionada, ¿cómo se lo tomaría Santos? ¿Sería una buena madre? ¿Criaría bien al bebé?

Fueron horas de incertidumbre hasta que llegó mi marido, había bebido, pero no como otras veces, así que aproveché y se lo conté mordiéndome el labio.

Me miró incrédulo y parpadeó varias veces. Temí que me pegara o que me dijera que había sido una inconsciente. No pasó ninguna de esas cosas, su boca se amplió, me tomó en sus brazos para estrecharme en un abrazo grande y empezó a besarme *con entusiasmo.*

—¡Un bebé! —Le sonreí con el labio partido todavía dolorido. Él se dio cuenta de que me hacía daño y paró—. Lo siento, siento mucho lo que te hice anteayer, tomé demasiado y se me fue de

control. Pero te prometo que fue la última vez, voy a cambiar, no volverá a pasar, os cuidaré a los dos, ¿me oyes? ¡Te lo prometo! —Me besó con suavidad.

—Para eso tendrías que dejar de tomar y de consumir, tú antes no eras así. —Su gesto se contrajo y temí que decirle la verdad no hubiera sido buena idea. Lo contemplé asustada, y él me ofreció una mueca de arrepentimiento.

—Lo haré, de verdad, mi vida, te lo juro, no quiero que me tengas miedo, yo te quiero, os quiero —bajó hasta mi vientre y lo besó.

Llevé las manos a su pelo y lo acaricié.

—Júramelo.

—Te lo juro, te lo prometo, ¡un bebé! —Me cargó en brazos y me llevó a la cama para hacerme el amor con suavidad, no como las últimas veces.

Pensé que quizá era lo que Santos necesitaba, que nuestro hijo lo haría cambiar.

Me equivoqué, una semana después, no pude acudir a la asociación por la paliza tan brutal que me había dado.

CAPÍTULO 68



Ray

—Respira, lleva puesta la manzana y sabes que está bien —musitó Raven cerca de mi oído sentados en el vestuario.

Leo llevaba dos días fuera y no había recibido noticias suyas. Sabía que estaba bien y que llamarme hubiera sido toda una temeridad, por eso le regalé el colgante. En primer lugar, porque la piedra tenía todas las propiedades que le dije, y en segundo, como era un objeto artesano, pudimos ponerle en su interior, en el lugar en el que se encajaba el engarce, un minúsculo geolocalizador que a su vez controlaba sus constantes vitales.

Gracias a ello, sabía que seguía en Soyapango con vida. No debía faltarle mucho para ponerse en ruta en dirección Guatemala, tenía que cruzar el país para llegar a la estación de Arriaga, en México.

Julio no le dio demasiados datos, solo que, de El Salvador hasta la famosa estación de tren, irían por carretera con el cargamento, una vez allí, tendrían que montar en La Bestia, un tren de mercancías que transportaba maíz, metales pesados e indocumentados.

No quería imaginarme el trayecto de veinte horas subidos en el tejado de los vagones con una tropa de niños pequeños, y menos aún con el sentido de la responsabilidad que tenía Leo. Sería difícil que sobrevivieran todos y, por mucho que hubiéramos preparado a Lionel, nada te prepara para sobrevivir a la muerte de un niño.

Mi corazón no dejaba de decirme que lo mandara todo a la mierda y fuera a por mi chico, el problema era que si lo hacía, la operación podría irse al carajo y no erradicaríamos la mala hierba de la SM-666.

Me dejé caer con pesadez sobre el banco del vestuario. Habíamos terminado el espectáculo y el club estaba a punto de cerrar. Hoy le tocaba a Corey cuadrar caja con el jefe.

—Tienes que relajarte un poco, podríamos ir a tomar unas birras y que te despejaras —sugirió mi mejor amigo.

—¿Alguien ha dicho cerveza y relax? —preguntó Gula la mar de sonriente—. Porque yo lo

necesito con urgencia, un día de mierda —resopló, quitándose la máscara.

—¿Se aceptan chicas? —cuestionó Janelle, acercándose.

—Aunque se aceptaran, tú no vas —gruñó su hermano, limpiándose el sudor de la frente con una toalla. Los rizos negros enmarcaron su cara cabreada.

—Lo dice el que ha vuelto a quedar con la cincuentona de las tetas operadas… —farfulló ella.

—No te metas en mis asuntos.

—¡Ni tú en los míos! ¡Esa mujer podría ser nuestra abuela!

—Nuestra abuela no tiene esas tetas, y te recuerdo que soy tu hermano mayor, me debes un respeto, ¡eres mi responsabilidad! —La pelirroja con cara de duende maligno resopló.

—Somos del mismo año, solo me sacas once meses y, para tu información, soy mucho más madura que tú, si no, pregúntale a papá.

—Eso lo dices porque él no sabe que trabajas aquí.

—Ni tú tampoco, campeón.

—¡¿Campeón?! ¿Acabas de llamarme campeón?

—¡He dicho que voy y voy! Chicos, ¡yo voy! —zanjó Janelle, cruzándose de brazos para repasarnos a los tres.

—Si es porque te preocupa que pueda pasarle algo, estamos nosotros, tío, yo me ocupo de acercarla a casa en cuanto terminemos —se ofreció Elon, quitándose la pajarita.

—Queridos habitantes de *La República Federal del Rabo*, soy una mujer mayor de edad, no necesito cantidades industriales de testosterona para protegerme, para eso llevo mi pistola de descargas y el bote de *spray* pimienta, gracias.

—¿Acaba de decir *República Federal del Rabo*? —Me reí por lo bajo en dirección a Raven —. Jane, eres mi heroína.

—Y tú mi Tarzán con liana incluida —musitó, agitando las cejas. Solté una carcajada.

—Tengo que decir que estoy de tu parte. Tú te cuidas sola y nosotros nos encargamos de los gilipollas a los que no le alcance tu Taser. ¿Trato hecho?

—No creo que se me acerquen muchos tíos con tres ejemplares como vosotros. Tú no vienes, ¿verdad, Ares?

Nuestro apreciado millonario la contempló del mismo modo que si le hubieran salido tres cabezas.

—¿Socializar, bar y cervezas? ¿Es que no lo conocéis? Si hace eso, le retiran el carné de Millonarios Anónimos —se jactó Corey, saliendo de la ducha con la toalla alrededor de la cintura.

Ares se limitó a aniquilarnos con la mirada, cogió su abrigo de seis mil dólares y se marchó sin mediar palabra.

—Yo os acompañaría, pero alguien debe ocuparse de los números, si termino pronto y no la habéis liado mucho con los cambios, me paso. —Sacudió su melena rubia como si fuera un perro de aguas.

—¿Quieres hacer el favor de no salpicar? —farfulló Marlon, enfundando la guitarra eléctrica.

—¿Es lo que te dicen tus clientas? —inquirió Elon, chocando el puño con Corey. Los dos se echaron unas risas mientras el *rockero* seguía a lo suyo. Gula abrió la taquilla y sacó un *tupper* con uno de sus famosos postres orgásmicos.

En cuanto Marlon les echó el ojo, su mano se disparó en busca de una de las esferas color rosa brillante y se la metió entera en la boca. Cerró los ojos y su cara cambió.

—¡Hostia puta! Pero ¿qué flipada es esta? —preguntó, alzando las cejas.

—Pues es una esfera de chocolate blanco con vainilla de Madagascar rellena de *mousse* de lichi, pistacho y fruta del dragón.

—Joder, tío, me acabo de empalmar solo con oírte con esta maravilla en la boca, ¿puedo pillar una para Lorraine? —preguntó, poniendo los ojos en blanco.

—Claro, sobra la de Ares.

—Solo por esto te permito que lleves a mi hermanita a pasear, pero mantén tu chorra negra lejos.

—¡No soy un puñetero perro! —se quejó Janelle.

—Pues yo juraría que eres una perra del mal. No metas a los chicos en líos, ¿me oyes? —Janelle le hizo la peineta a Marlon. Este cogió sus cosas y se marchó con la clienta al Savage.

Veinte minutos después, alzábamos los botellines de cerveza con tequila y un pedacito de limón en el borde.

—Brindemos —sugirió Janelle—. Por los tíos más buenos, enrollados y simpáticos de todo el SKS.

—¿Estás segura de que incluyes a Raven en esa afirmación? —inquirí con una sonrisa burlona. Mi mejor amigo me clavó el codo en el abdomen.

—Ahí donde lo ves, el cuervo es pura fachada. Solo hay que fijarse un poquito y ver cómo se derrite cuando viene a verlo trabajar su chica, se le cae la baba y el pico —añadió pizpireta.

—En eso estoy de acuerdo contigo —me sumé—. Pues yo brindo por la mujer con los dedos más mágicos y la lengua más afilada de todo el club. Por ti, Janelle —agregué.

Ella estiró sus brazos para agarrarme del cuello, apretar su diminuto y proporcionado cuerpo contra el mío y plantarme un pico bastante húmedo.

—Si fueras hetero, te pediría que me hicieras un hijo, solo para joder a mi hermano y porque nos saldría guapísimo. Como no lo eres, nos fastidiamos. —Me soltó y yo fui incapaz de contener la sonrisa—. ¿Pensáis que tengo alguna posibilidad de que el jefe me deje ser Envidia mientras Leo vuelve?

—A mí no me mires… —susurró Elon—, me encantaría verte las tetas, no me importaría perder los ojos porque tu hermano me los arrancara ante tales maravillas. —Se llevó la cerveza a la boca para darle un buen trago.

—¿Esa es tu fantasía? Deseo concedido —musitó, bajándose el escote para mostrarnos su ausencia de sujetador.

El contenido de la boca del mulato salió disparado para apagar el incendio que podían llegar a provocar aquel par de globos. Janelle reía como una loca.

—Tápate eso o salimos de aquí a hostias —profirió el mulato, recolocándole la camiseta. Después cogió unas cuantas servilletas para pasárselas.

—¿En qué quedamos? ¿No me querías ver las tetas? Me ha parecido justo, yo te he visto muchísimas veces la polla y te la he palpado.

—Nos las has palpado a todos —le restó importancia Raven.

—Por eso bendigo mi trabajo. Es el puto paraíso, tíos desnudos y mujeres desatadas, ¿qué más se puede pedir? Me encantaría ser yo el objeto de codicia de esas mentes calentitas —suspiró.

—¿Eres bi? —pregunté con toda la naturalidad del mundo.

—Soy ilimitada, me gusta el sexo y la gente en general, si saben hacerme disfrutar, el género es lo de menos, aunque mi hermano siga pensando que veo a *Peppa Pig* en lugar de *Pornhub*.

—¿Miras porno? —Elon parpadeó incrédulo.

—Evoluciona, moreno —chasqueó los dedos—. No solo lo consumo, también me hago

dedos, ¿quieres que hablemos sobre mi predilección hacia el amor propio? Prefiero dedos conocidos que orgasmos fallidos.

—Me la apunto —chasqueé la lengua.

—Yo paso palabra —susurró Gula, bebiendo de nuevo.

—Vale, y ahora que tenemos todos los puntos sobre las íes… Dave, a las seis en punto tienes un tío bueno llenito de tatuajes que no ha dejado de comerte con los ojos dispuesto a que le borres la tinta, y te advierto que tiene mucha.

Me puse en guardia, no hacía falta que mirara para saber de quién se trataba. Raven también se puso en alerta. Tenía que disimular si no quería que Janelle y Elon preguntaran.

Me giré hacia el rostro de Julio César, que me contemplaba con todo el descaro del mundo.

—¡Cómo está! —suspiró la pelirroja—. Si no es cien por cien gay, dile que estoy dispuesta a que sea él quien me lleve a casa.

—De eso nada, monada, yo me he responsabilizado y te llevaré, no quiero que tu hermano me diseque las pelotas y las convierta en púas de guitarra.

—Dirás *puones*.

—Voy a hablar con él —le susurré a Raven mientras Janelle y Elon seguían entretenidos.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Necesito saber qué quiere, además, no hará nada aquí, con tanta gente mirando.

—De todas formas, ten cuidado.

—Descuida, pasado mañana es el juicio y no tengo ninguna intención de dejar que Bruce, su hijo y las del servicio se vayan de rositas. Enseguida vuelvo, no tardo.

Dejé la cerveza sobre la barra y oí cómo Janelle me decía que me bebiera al de la imprenta. Tenía guasa la tía.

Julio llevaba la camisa desabrochada y, como decía nuestra pequeña modista, me contemplaba con apetito desatado.

—Hola —lo saludé, torciendo el cuello.

—¿Tú nunca te quitas las gafas?

—Pocas veces, ¿te importa?

—En absoluto. —Le ofrecí una sonrisa distante.

—¿Qué quieres?

—¿Qué piensas que quiero?

—Follarme —dije sin miedo a estar equivocado. Tenía que interpretar mi papel y se me daba genial ser un camaleón.

Él le dio un trago a su vaso de *whisky.*

—Te confundes.

—Vale, entonces quieres que te folle. Se me da bien leer a las personas y, sobre todo, las pollas —desvié la vista hacia su entrepierna—. La tuya ha venido cargada y con ganas de vaciarse, pero me parece que no va a ser conmigo.

—¿No? ¿Y eso por qué? ¿Te espera alguien en casa?

—Ambos sabemos que no. Y para tu información, ni me van los casados, ni los que van con dobleces.

—Entonces, Lion no debe gustarte ni un ápice.

—Leo es mi amigo.

—¿Con derecho a que te folle?

—Con derecho a tener un hueco en mi piso y en mi vida. No todo se reduce al sexo.

—¿Sabes qué? No te creo, y te advierto que no vas a separarnos.

—Así que de eso se trata, vienes a marcar el hueso…

—El hueso está marcado desde que él tenía trece y yo dieciséis. Lo vi primero, se enamoró de mí y me sigue queriendo. ¿Te contó lo bien que follamos el día que mis amigos te dieron una paliza?

—No me importa —respondí sin apartar la mirada de la suya—. La fidelidad no se encuentra en la punta de la polla.

Su mano me agarró de la cara y se acercó a mí hasta que tuve que respirar el aire que emanaban sus labios.

—No sé si te lo ha dicho, pero en cuanto vuelva de su viaje, se vendrá a vivir conmigo y con las niñas. Desaparecerá de tu vida para siempre y esta puta boca tuya —arrastró el pulgar por encima de mi labio inferior— no volverá a saborearlo.

Me relamí la extensión de piel que palpó la yema de su dedo y observé cómo se le dilataban las pupilas.

Estaba cachondo, quizá no fuera por mí, quizá solo necesitaba un rabo que satisficiera esas necesidades que escondía bajo llave. Puede que su único objetivo fuera el mismo que el de la otra vez que vino a verme.

—Oye, si has venido a por más instantáneas para mandárselas a tu chico —recalqué la última palabra—, dile a tu fotógrafo que puede empezar ya, que mi lado bueno es el izquierdo. —Él arrugó el ceño.

—No sé de qué me hablas.

—Ya… —reí—. No hace falta que conmigo te hagas el tonto, no te pega. —Sus fosas nasales se desplegaron.

—Nunca me hago el tonto.

—Vale, pues entonces sabrás que la otra noche, cuando viniste a mi encuentro, le llegaron unas fotos nuestras de lo más sugerentes; por el ángulo en que fueron tomadas, parecía que nos estuviéramos enrollando, y los dos sabemos que eso no pasó. —Sus dientes se apretaron—. ¿Qué? No jodas que no fuiste tú.

—Mientes.

—No miento. ¿Qué sacaría diciéndote algo así? —Se quedó en silencio, casi podía escuchar la velocidad a la que iban sus pensamientos.

—Si valoras tu vida, no te cruces en mi camino. ¡Lárgate!

—Que yo sepa, eres tú el que no deja de buscarme y ponerse en el mío.

Se puso rígido, yo me di la vuelta e hice algo que con total seguridad no esperaba, le froté el culo contra su erección y él me agarró de la cintura para apretarme contra sí.

—¿Qué haces? —jadeó en mi oreja. Volví a restregarme ahogándolo en saliva.

—Demostrarte que tus amenazas distan mucho de las intenciones de tu polla. —Volví a darme la vuelta y le sonreí. Me pegué a su cuerpo por delante y su mano voló hasta mi nuca cuando mi boca zozobró en el lóbulo de su oreja—. Buenas noches, Julio César, dale recuerdos a tu mujer de mi parte, y no te olvides descargar la pistola antes de meterte en la cama, no vaya a ser que se te dispare.

Me dio un empujón enrabietado y yo le lancé un beso. El odio fulguró en su mirada abarcando el espacio que dominaba el deseo.

Muy pronto terminaría el juego, y haría caer su imperio.

CAPÍTULO 69



JC

Salí del bar muy cabreado.

Había ido hasta allí con una intención, comprobar qué le hacía ese cabrón del güero[72] para tener a Leo tan pillado. Llevaba rato mirándolo, estaba con sus amigos y no me había visto entrar en el bar.

Me apoyé en una pared que tenía a unos metros y lo observé. Tenía una cara y un cuerpo dignos de ser deseados, aunque no me fueran mucho los rubios.

Cuando se acercó a mí, con esa actitud descarada, me excité. Sentí el impulso de llevármelo al baño y encularlo de todas las maneras posibles, para después hacerlo desaparecer. No quería que nada se interpusiera entre Lion y yo.

Me daba igual que insistiera en que no se acostaban, porque sabía que mentía, conocía demasiado a Lionel para saber cuándo un tío se lo tiraba.

Cuando el rubio se enfrentó a mí y me dijo que quería follarlo sin tapujos, no se equivocaba.

Me gustaba el tira y afloja, por eso lo fui poniendo una y otra vez al borde del acantilado hasta que me soltó lo de las fotos y me descolocó.

Si no hubiese mentado eso, habría desplegado todas mis dotes de persuasión para culearlo, pero me conocía, cuando algo se implantaba en mi cerebro, no lo disfrutaba igual, antes de tirármelo, necesitaba esclarecer lo que me contó.

Aquella noche fui solo con mis hombres y dudaba que alguno de ellos se dedicara a tomarme fotos, ¿o sí?

La desconfianza se enroscó en mis tripas, era un parásito que me devoraba por dentro y necesitaba erradicar.

Salí del bar con toda la intención de averiguar quién había hecho eso.

¿Y si tenía al enemigo en casa? ¿Y si esos cabrones que incendiaban las propiedades de mis clientes lo hacían porque tenía un *peseta* que les soplaba la información? ¿Qué pretendían enviándole esas fotos a Lion?

La única que sabía algo sobre mis inclinaciones era mi mujer, y ella no estaba. ¿O sí? ¿Y si envió a alguien a que me siguiera y ese alguien fue el de las fotos? Anita nunca soportó lo que tenía con Lionel, aunque no lo dijera, sabía que lo veía como una competencia y se alegró cuando salió de mi vida gracias al incendio.

Como si intuyera que pensaba en ella, el móvil sonó y vi el nombre de mi mujer en la pantalla. No estaba de humor para atenderla; en primer lugar, porque necesitaba hablar antes con mis hombres como para acusarla de algo así sin pruebas, y en segundo, porque me conocía y le contestaría mal. Nuestra relación no estaba atravesando su mejor momento, sobre todo, desde que vi su falta de ganas por quedarse embarazada. Ella sabía cuánto quería un hijo varón y me lo estaba negando.

No iba a parar hasta que me diera el niño que quería; si venía niña, volvería a hincharle la barriga en cuanto pariera, que se fuera habituando a vérsela así, porque no iba a conformarme solo con uno.

Dejé que saltara el contestador sumido en mis pensamientos. Había hablado con José, estaba previsto que Lion saliera con los pollitos en unas horas. Lo harían metidos en un camión, con todos ellos hacinados en la caja de carga. No deberían tener ningún problema para cruzar Guatemala, una vez en México, su mayor dificultad sería mantener viva la carga hasta la frontera, por lo demás, todo estaba controlado, el padre del marido de Flor era el dueño y tenía a la policía untada.

Llegué al coche, me senté y coloqué el móvil en el soporte. Fue entonces cuando me di cuenta de que mi mujer me había llamado varias veces, tenía multitud de mensajes en el buzón de voz, no era propio de Anita, debía haber ocurrido algo.

Le di al botón de rellamada mientras ponía el motor en marcha.

La música del bar y la conversación con el puto de Lion me impidió escuchar el soniquete, tenía la vibración desactivada, me ponía de los putos nervios que algo me zumbara en el bolsillo del pantalón.

Al primer tono, descolgó.

—¿Qué pasa?

—¡Los han matado! —chilló al otro lado de la línea.

—¿A quién? ¿Has bebido? —desconfié.

—¡A todos! —La escuché sorber por la nariz—. ¡Están todos muertos! —Su tono fuera de sí me hizo saltar todas las alarmas, no parecía ebria.

—¿Dónde estás? ¿De qué me hablas?

—¡No me he movido del hotel! ¡Los han envenenado cuando fui al baño! Tuvo que ser con el chupito que ofrecieron para el brindis, fue lo único que yo no tomé, ¡ni tú! ¡Pensé que no respondías porque también habías muerto! Esto se ha llenado de policías y no paran de hacer preguntas, estoy en una sala porque me ha dado un ataque de nervios. —Solté una imprecación.

—No te muevas, voy para allá. —Pisé el acelerador a fondo al mismo tiempo que aporreaba el volante cabreadísimo.

¡¿Qué cojones estaba pasando?! ¡¿Quién osaba desafiarme?!

Mi pecho subió y bajó descompensado, me metí contra dirección y unos faros me deslumbraron, aunque no perdí el control del vehículo.

¡Necesitaba llegar cuanto antes!

Quien estuviera detrás de todas las mierdas que estaban pasando no iba a tener país para huir.

CAPÍTULO 70



Leo

¡Por fin habíamos llegado a Arriaga!

Miré las caritas de los pequeños que me acompañaban, estaban sucios, asustados y la mayoría extrañaba a la mierda de padres que los habían vendido. Se me encogía el corazón de solo pensarlo.

Sabía que el hambre era muy jodida, que cuando la necesidad aprieta y te sientes ahogado, la desesperación te lleva a hacer muchas cosas, como a mí, que me arrojó a la cama de infinidad de mujeres para que a mis hijas no les faltara nada. Pero jamás se me habría ocurrido venderlas a ellas, ofrecerlas a unos monstruos degenerados que corromperían sus almas y sus cuerpos.

Me pincé los lagrimales sin soltar a uno de los cuatro bebés que no llegaban a los dos años, el que yo sostenía tenía catorce meses y me recordaba muchísimo a Daisy.

Eran los más afortunados del grupo, ya que, según me dijo José, su destino era ser adoptados por familias extranjeras que habían pagado cientos de miles de dólares. Los pequeños que oscilaban entre los tres y los once eran los más vulnerables, se subastarían para vender sus cuerpos en clubes o para uso exclusivo de algunos pederastas. En sus rostros de ojos grandes y miradas perdidas encontraba a Elena, y se me revolvían las tripas. Los mayores iban de los doce

a catorce, eran un total de nueve, destinados a engrosar la mano de obra barata de algunos negocios americanos. Yo mismo fui uno de ellos cuando me vi con María a cuestas.

Un total de cuarenta y dos menores con los que emprender un viaje en el que sortearíamos a la muerte.

Yo hice el mismo recorrido catorce años atrás.

Las altas temperaturas, que se alcanzaban sobre los techos de los vagones de La Bestia, rondaban los cuarenta y cinco o los cincuenta grados, era muy normal sufrir golpes de calor o deshidratación por la falta de agua, además, estaba la altura. Un movimiento en falso del tren podía suponer que cualquiera de los críos saliera despedido desde los ocho metros que nos distanciaban del suelo. Si no morían por el impacto, podían hacerlo atropellados bajo sus ruedas.

La Bestia no solo dejaba a su paso una cantidad ingente de ilegales que no lograban subir al tren en marcha, también un gran número de fallecidos o amputados de los que sí lo lograban.

Me pasé todo el trayecto en camión aleccionando a los más mayores para que fueran conscientes de que deberían ayudarme con los pequeños si querían tener una oportunidad. Los dividí en tres grupos, casi ninguno era hijo único, tenían hermanos y estaban habituados a responsabilizarse de ellos.

También les expliqué a los medianos que tenían que obedecer, que no podían soltarse, y que cuando me escucharan decir cuerpo al techo, debían pegarse a él para sujetarse con todas sus fuerzas.

Llevábamos con nosotros treinta y nueve mochilas, en treinta y cuatro había una manta, una botella de dos litros de agua y algo de comida; en las cinco restantes, quedaban dos de los cuatro pañales que pusieron cuando nos metieron en la caja del camión, y comida para bebés.

Las provisiones que llevábamos tendrían que bastar para las veinte horas de tren hasta llegar a Piedras Negras. Intenté explicarles a todos que cuanto más racionaran el agua, mejor, porque una vez estuviéramos montados en La Bestia, sería difícil que pudiéramos hacernos con más, aunque el tren parara. Era demasiado peligroso bajar.

Cuando mi tío se despidió de nosotros en Soyapango, justo antes de cerrar la puerta trasera de las mercancías, entre las cuales viajábamos nosotros, me premió con una cálida despedida.

—Recuerda, querido león, que debéis tener cuidado cuando atraveséis la selva, las ramas suelen ser bajas y golpean con fuerza a los que no mantienen el cuerpo lo suficientemente pegado al techo. Aprovecha para dormir ahora, porque no podrás hacerlo en La Bestia, durante las paradas nocturnas, ocurren muchas desapariciones, violaciones y muertes violentas, ya sabes cuánto les gusta a algunos los bocados más tiernos. No le quites ojo a la mercancía, no sería la primera vez que una cuadrilla de hijueputas *los elimina para conseguir su espacio.*

—Entonces, ¿no vienes con nosotros? —Pensaba que igual iría montado con el camionero para asegurarse de que los subía conmigo en el tren.

—¿Yo? No, querido sobrino, mi viaje termina aquí. —Palmeó la puerta metálica—. Buena suerte y que la Santa Muerte te proteja. Lo vas a necesitar.

Ayudé a los últimos niños a descender, de las trece horas que llevábamos en carretera solo se nos permitió una parada de media hora para que los pequeños pudieran ir al baño, lo bueno fue que hicimos la ruta de noche y la mayor parte del trayecto se la pasaron durmiendo gracias a que mi tío les dio a todos un relajante… Dijo que era lo mejor para que yo pudiera pegar ojo y no me dieran el viaje. No iba a contradecirlo, las dosis estaban calculadas y era mejor que los pequeños descansaran y no pensaran en sus familias.

Los hice ponerse en tres filas pertenecientes a los grupos que había designado. Cada uno

estaba capitaneado por dos de los más mayores, uno se ocupaba del bebé de más corta edad, además de los más mayorcitos, y el otro controlaba a los más pequeños. El cuarto bebé, el más pequeño y dependiente, iba conmigo.

—Escuchad, estad atentos, ¿qué es lo que tenemos que hacer para que este viaje sea bueno? —Algunas manos se levantaron entusiasmadas, otras temerosas, no todos los niños se tomaban del mismo modo el trayecto.

Repasamos los puntos más importantes, si tener hijas me había servido de algo era para saber que si querías que los niños te obedecieran necesitaban ordenes precisas y claras, la información justa, sin subterfugios.

Verlos a ellos me recordaba lo mucho que extrañaba a mis hijas y a Ray. Lo único que me calmaba era acariciar el colgante y confiar en que todo saldría bien. No me quedaba otra, necesitaba centrar toda mi atención en que esos pequeños no sufrieran ningún percance hasta que cruzáramos la frontera. No treparíamos por el enorme muro que separaba México de Estados Unidos, cruzaríamos a través de uno de los túneles que la SM-666 tenía escarbados.

Cuando llegáramos al otro lado, tocaba otra larga travesía en camión, de por lo menos diez días hasta Nueva York. Los del HSI intervendrían cuando fuera a hacerse efectiva la entrega, no antes. Necesitábamos pillar a Julio con las manos en la masa y tener la lista de clientes.

Oteé alrededor, muchos migrantes empezaban a subir ya al tren que estaba estacionado. Trepaban intentando dar con el mejor lugar para pasar la travesía. En los últimos vagones, vislumbré una carga que parecía perfecta como refugio. Eran una especie de cilindros gigantescos hechos de metal enrollado, había por lo menos seis, si lográbamos llegar hasta allí los primeros y meternos en ellos, sería una buena opción para el camino. Obtendríamos sombra y estaríamos resguardados de las ramas, el problema sería lidiar con el calor; cuando los rayos incidieran en el metal, se convertirían en un auténtico horno. Tampoco es que la temperatura fuera a ser muy agradable en la parte superior.

Que estuvieran abiertos por los dos extremos nos garantizaba la entrada de aire, eran la mejor opción para viajar con niños, no me fiaba de que alguno se pudiera caer desde lo alto de la cubierta de uno de los vagones.

Lo peor era que yo debería estar paseándome entre ellos para controlar a los pequeños, un mal menor si tenía en cuenta la peligrosidad de mantenerlos veinte horas a ocho metros de altura.

—He encontrado el mejor sitio para el viaje, pero tendremos que correr. ¿Veis aquellos cilindros? Ocuparemos tres, tenemos que ser muy rápidos y llegar todos, no podemos dejarnos a nadie atrás. Preparados, listos, ¡ya!

Todos echaron a correr, que se lo tomaran como un juego y sintieran aquel lugar como un premio era de gran ayuda. Muchos de ellos no vivían en condiciones mucho mejores que aquellos cilindros. Una de las niñas mayores me había contado que su madre y sus cinco hermanas vivían en una chabola hecha con cuatro tablas y un trozo de plástico como cubierta.

Que su madre veía aquel viaje como una oportunidad para que pudiera tener una vida mejor.

El sueño americano era algo que les metían los padres a los hijos en la cabeza desde que eran pequeños, como única vía de salir de la pobreza. ¿Quién podía culparlos cuando la tele solo vendía la fastuosidad americana del país de las oportunidades?

La realidad era otra, yo lo había sufrido en mis propias carnes, y eso que era mitad gringo.

Ojalá pudiéramos hacer algo bueno de verdad con todos aquellos niños, una vez estuvieran en manos del jefe de Ray.

Ayudé a los niños a subir a los cilindros, habíamos estado de suerte y fuimos los primeros en alcanzarlos. Agarré con fuerza la manzana, la saqué por fuera de mi camiseta, le di un beso y

sonreí. Ojalá fuera capaz de transmitirle a Ray lo mucho que lo quería, lo valoraba y cuánto iba a amarlo si todo salía bien.

CAPÍTULO 71



Anita

Me habían tomado declaración, los de homicidios se habían personado porque el mismísimo director del hotel los había llamado. Que ocurriera algo así en sus instalaciones era un escándalo sin precedentes.

Estaba inmersa en una crisis, las únicas personas que de verdad me importaban estaban muertas y yo también podría haber muerto esa misma noche.

Le había dado muchas vueltas, no me fiaba ni siquiera de mi marido; si lo llamé fue porque, de no haberlo hecho yo, habría sido la policía y sería de lo más extraño. Si fue él era mejor que pensara que no sospechaba, y para eso tenía que llamarlo a la desesperada.

Julio se había ido de malos modos justo antes del brindis, insistió en que no bebiera, incluso le dio indicaciones a su hombre porque lo que más le interesaba era que el engendro que crecía en mi barriga prosperara.

¿Y si ese bebé había sido mi salvaguarda? ¿Y si Julio lo planeó todo? ¿Y si se trataba de una venganza hacia mí, porque había descubierto mis planes y se propuso torturarme?

Yo fui quien insistió en que Flor tenía que casarse con el hijo de Vargas. Tenía en mente mejorar los acuerdos con ellos, ya que íbamos a ser familia; en cuanto matara a mi marido y me quedara con la SM-666, renegociaría y todo quedaría en casa.

Mi marido no era tan crédulo como yo pensaba, si había descubierto lo de las pastillas, quizá también supiera lo de mi lío con Miguel, que le di la vuelta y estaba vendiendo los pollitos a sus clientes.

—Señora, ¿está bien? —me preguntó una enfermera de emergencias. Estaba sentada en una silla moviendo el pie descontrolada fruto de los nervios.

—¡¿A ti te parece que puedo estarlo?! ¡Mis hermanas y mi madre han muerto delante de mí!

—proclamé irritada.

—Lo lamento mucho, sé que debe haber sido muy traumático. Me gustaría poder darle algo más fuerte, pero en su estado de gestación no puedo.

—Me da lo mismo, ¡nada va a devolverme a mi familia! —espeté. Ella apretó los labios.

—¡Tengo que pasar, mi mujer está ahí dentro! —Levanté la mirada y vi a Julio en el umbral de la puerta, lo retenían un par de agentes.

Cambié la expresión de mi rostro, el cual pasó de la molestia a la desesperación. Me levanté tambaleante y fui corriendo hasta él para hundirme en sus brazos. Olía a sudor y a bar, ¿dónde habría estado?

—¿Qué ocurrió? —cuestionó. Yo gimoteé mientras él me besaba en lo alto de la cabeza.

—Todo apunta a un envenenamiento, la policía tiene retenido a todo el personal que se ocupaba de la boda. ¡Están todos muertos, Julio, todos! ¿Quién ha podido hacer esto? —pregunté contra su pecho, buscando la verdad en el latido de su corazón.

—No lo sé, la familia de los Vargas tenía multitud de enemigos, quizá no fueron a por nosotros, sino a por ellos. Sea como sea, te prometo que lo averiguaré y que el responsable pagará.

—¿Señor Valdés? —preguntó una voz femenina y autoritaria.

Nos giramos hacia ella. Era una mujer de mediana edad, con el pelo recogido en una cola baja bastante pulcra, morena y cara de pocos amigos.

—Soy la inspectora Sepúlveda, de homicidios.

—Inspectora —la saludó mi marido. Ella nos contempló con rictus serio.

—Me gustaría ofrecerles mis condolencias y hacerles unas preguntas, ya que son los únicos supervivientes. Apenas serán unos minutos. —Julio asintió. No era buena idea poner trabas a los azules, mi marido lo sabía, lo mejor cuando se trataba con ellos era mostrarse colaborativo—. Me dijeron que abandonó la boda antes del brindis. —Noté un leve apretón en mi cuerpo, seguro que pensaba que había sido yo quien se lo había contado.

—Así es, tenía unos asuntos que resolver.

—¿Dónde estuvo? —Julio alzó las cejas.

—¿Qué ocurre? ¿Ahora soy sospechoso?

—Solo hago mi trabajo, señor Valdés. ¿Dónde estuvo? —repitió.

—En un bar, tomando una copa, las celebraciones multitudinarias no son lo mío.

—Entonces, ¿su asunto a resolver era irse porque no le gustan las bodas?

—También tenía que hablar con alguien.

—¿Y ese alguien puede corroborar sus palabras?

—Por supuesto.

—Bien, necesitaremos los datos de la persona con la que se reunió y el lugar. —Mi marido le dio el nombre del bar, la dirección y reconocí el nombre del tipo con el que se acostaba Lion. ¿Eso era lo que había hecho mi marido? ¿Ir a la caza del putito de su león? Cada día me daba más asco—. Antes de marcharse, ¿dónde estuvo?

—Cenando con mi mujer. ¿Qué tipo de pregunta es esa, inspectora? La fallecida era mi cuñada, ¿está sugiriendo que yo pude envenenar a toda esta gente? ¿Con qué objetivo?

—Yo no lo sé y tampoco sugiero nada, me limito a hacer mi trabajo —respondió suspicaz.

—Pues si hace su trabajo, busque en otra parte, ¿de verdad piensa que nosotros hemos tenido algo que ver? —acababa de añadirme en el saco, ¿tendría poca vergüenza?

—Como le he dicho, solo hago mi trabajo, yo no pienso nada, no se trata de algo personal, señor Valdés, me limito a hacer las preguntas de rigor para esclarecer los hechos. Se va a

interrogar a todo el personal, y tenga en cuenta que, si hubiera más supervivientes, los sometería a las mismas preguntas.

—Di-disculpe a mi marido, inspectora, estamos muy nerviosos con lo acontecido. Si yo no estuviera embarazada, también habría bebido, y ahora mismo… —fingí un gemidito.

Julio acarició mi tripa con suavidad.

—Entonces debe darle las gracias a su ángel de la guarda —señaló ella—. Su hijo le ha salvado la vida, señora Valdés, antes incluso de que usted se la haya dado a él. Es una bendición, los niños siempre lo son.

Pensé en las palabras de la inspectora, hasta entonces solo había tildado mi embarazo de molestia, pero quizá esa mujer tuviera razón y hubiera sido una bendición.

—¿Podemos irnos? —preguntó mi marido—. En el estado de mi mujer, es mejor que descanse, lo que ha pasado ha sido demoledor y tengo que ocuparme de muchas cosas ahora mismo.

—Por supuesto, aunque mañana nos pasaremos por su domicilio para tomarles declaración, si no les importa.

—Para nada, colaboraremos todo lo posible para que el culpable pague por lo que ha hecho. ¿Saben de lo que han muerto?

—Eso lo dictaminará la autopsia, pero como ha dicho su mujer, lo más probable es que haya sido un envenenamiento, tendremos que ver de qué sustancia se trata para que haya sido tan fulminante. Antes de que se vayan… ¿Tienen idea de quién puede estar detrás? Por el tipo de asesinato y mi dilatada experiencia, diría que todo apunta a un ajuste de cuentas, aunque no puedo asegurarlo.

—No tenemos ni idea, inspectora Sepúlveda, apenas conocíamos a la familia del novio, vivían en México y se trasladaron a Nueva York para la boda.

—¿Y pueden decirme a qué se dedicaban?

—El marido de mi hermana gestionaba parte de la empresa de su padre, que se dedicaba al transporte de mercancías, importaban metales y no sé cuantas más cosas desde México —respondí imprecisa.

—Comprendo, no les entretengo más por esta noche, muchas gracias por su colaboración, y vuelvan a recibir mis condolencias —murmuró, cerrando el bloc de notas en el que apuntó nuestras respuestas—. Nos pondremos a trabajar de inmediato para atrapar al culpable y que reciba la condena que merece. No obstante, si se ha tratado de un ajuste de cuentas hacia la familia Vargas por parte de un sicario, cabría la posibilidad de que esa persona ya esté muy lejos en este instante, por eso es tan importante que me faciliten toda la información que puedan por insignificante que les parezca. —Su mirada escrutadora fue de mí a mi marido.

—Descuide, inspectora —respondí escueta.

—Así lo haremos, buenas noches. —Julio me aferró al lateral de su cuerpo y nos marchamos.

CAPÍTULO 72



Leo

Tenía los ojos cerrados mientras el bebé dormitaba sobre mi pecho, el traqueteo del tren ofrecía un arrullo inconstante, ya que la velocidad no era uniforme debido a los distintos tramos.

Sonreí al escuchar el rasgar de las cuerdas de una guitarra solitaria, el sonido de una joven voz trataba de aligerar el horror de la travesía. No era fácil dar aliento a la carga de desesperación que fluía en la marea humana que cubría cada vagón.

Muchas de aquellas personas llevaban días aguardando a que arrancara el tren. Nunca se sabía cuándo se iniciaba el viaje. Debíamos rondar los mil o incluso los mil quinientos pasajeros que se aferraban a la esperanza de un viaje desgarrador.

Nosotros sabíamos con exactitud cuándo partiría aquel amasijo de provisiones, mercancías e ilegales, gracias a que quien tenía la concesión de La Bestia era el suegro de Flor, la hermana de Anita.

Viento del sur,
chirrían los frenos.
Con su carga,

de rostros morenos.
Sobre el vagón,
el corazón.
Y sobre el lomo,
todo el deseo.

Canturreaba la voz que me hizo suspirar.

Estaba anocheciendo, por lo que el calor extenuante había dado paso al frío desconsolado. Muchos de los cuerpos estaban cubiertos por varias mantas, en nuestro caso, no teníamos más que el mísero contenido de las mochilas, por lo que les dije a los niños que se amontonaran para ayudar a darse calor entre ellos. Era la mejor manera de pasar la noche sin tener frío, hasta el amanecer no llegaríamos a Piedras Negras.

Era el momento más peligroso, sobre todo, porque el tren estaba colapsado, y si alguien pretendía subir, solo podría hacerlo bajando a quienes ya se montaron antes.

—Tengo pis —anunció una vocecilla, tirándome de la manga.

—Ximena, te dije que no molestaras al señor Lion; si tienes pis, te lo haces encima, que ya os avisamos que no podríais ir después de la última parada.

—No quiero hacérmelo encima, estaré mojada y oleré mal —protestó la pequeña, que era la rubia de la sesión de fotos.

—¡Ya hueles mal, todos lo hacemos! —le dijo Julia, arrugando la nariz, era de las mayores, me recordaba muchísimo a Magaly, aunque su vida había sido más dura, con diferencia.

—¿No tenemos una de las botellas que esté vacía? Podría hacerlo dentro de una —sugerí.

Era importante no perder los huecos, cuando bajamos en las paradas, lo hicimos por turnos y con muchísima cautela, sobre todo, para que el tren no arrancara sin nosotros.

—¡No puedo hacer pis en una botella! —gimoteó.

—Sí puedes, voy a buscar una —se ofreció Julia, mientras yo aspiraba el aroma a bebé que desprendía la cabecita castaña que dormitaba sobre mi pecho. Daisy solía hacer lo mismo, le encantaba que la acurrucara así.

La música se paró de manera abrupta, se escuchó un grito y muchas voces empezaron a vociferar exigiendo que el tren se detuviera. La gente aporreaba los vagones causando un fuerte estruendo.

—¿Qué pasa? —preguntó Ximena asustada. Julia regresó con la botella vacía y la apretó contra su cuerpo, el resto de pequeños que viajaban con nosotros miraban hacia fuera asustados, perdidos en los gritos agónicos que se alejaban. No era buena señal. Alguien había caído y estábamos pasando por una zona totalmente inhóspita.

—¡Pare! ¡Pare! —chillaban—. ¡Ayúdenlo! ¡Solo tiene quince años! —Las tripas se me encogieron. «Quince años», me dije. No debía moverme, mi misión era otra, no cometer estupideces. En la posición que estaba, no podía tocar la manzana.

Quizá por eso me puse en pie, le tendí el bebé a Julia, le pedí que ocupara mi sitio y que lo sujetara.

—¿Qué va a hacer?

—No lo sé —murmuré—. Te dejo al mando.

No mentía, no estaba muy seguro de lo que pretendía. Asomé la cabeza por el cilindro y vi varios hombres descolgándose entre los vagones para forzar la detención.

Ya había viajado en el tren del horror, sabía lo que intentaban. La única manera para que aquel demonio de metal parara era soltar uno de los vagones. La Bestia nunca seguía sin su carga.

—Amigo, ¡échenos una mano! —aulló uno de los hombres que estaba intentando el desenganche.

Quizá debería haberme movido, quizá lo mejor hubiera sido regresar a mi lugar, no involucrarme, pero lo hice.

Salí de la protección que me confería el tubo, poniendo en peligro mi integridad, mientras caminaba por el estrecho espacio que me llevaría a la parte del vagón en la que me requerían. El aire azotaba mi cuerpo con fuerza, corría el riesgo de perder el equilibrio y ser pasto de las ruedas.

—Apúrese, rápido, cuanto más nos alejemos, es peor.

Me desplacé todo lo deprisa que pude hasta el punto que el hombre me señalaba.

—A la de tres, jale con todas sus fuerzas, nosotros también lo haremos. Una, dos y tres.

Los anclajes protestaron, eran viejos y estaban oxidados, no sabía qué esperaba, pero desde luego que no la sacudida que me llevé. Mi cuerpo se desplazó y cayó sin remedio a la vía.

Impacté con fuerza contra el suelo y me di un buen golpe en la cabeza contra el hierro. Noté la quemazón del metal y me aparté rápido. Tuve suerte de que acabáramos de desenganchar y que mi parte no fuera la que seguía en marcha, sino uno de los últimos vagones de carga, o ya estaría muerto.

Se escuchó el chirrido desgañitado de La Bestia al detenerse. Varios hombres bajaron, uno de ellos era el mexicano que me espoleó a que los ayudara. Se detuvo a mi lado para preguntarme si estaba bien. En cuanto se aseguró que así era, siguió corriendo junto a los demás para socorrer al muchacho.

Regresé con los pollitos algo dolorido y mareado, no podía arriesgarme a abandonarlos.

Lo que había hecho era una temeridad, podría haber muerto y el desenganche nos había retrasado. Busqué el móvil desechable que mi tío me dio para comunicarme con él, tenía que explicarle que el tren había sufrido un percance y que nos retrasaríamos. Tecleé el mensaje y le di a enviar.

Contestó a los pocos segundos, quería saber en qué lugar nos habíamos detenido, y como no estaba seguro, le mandé la ubicación, dijo que así podría calcular lo que nos quedaba para llegar a los túneles.

¿Cómo está la carga?

Completa, conseguimos un

buen sitio, en los últimos vagones.

Dentro de unos cilindros

que nos dan cobijo.

Pues que siga así,

avísame cuando reemprendais

la marcha.

Descuida. Buensa noches.

Escuché pasos acelerados. Los otros niños que viajaban en nuestro cilindro estaban nerviosos. Los tranquilicé diciéndoles que todo estaba bien, que intentaran cerrar los ojos. Julia me tendió una botella de agua.

—Está sangrando, debe limpiarse la herida. —Me llevé la mano hacia el lugar que indicaba, tenía razón, la piel se me había abierto y sangraba.

—No pasa nada. Guarda el agua para los niños, es más importante que no os deshidratéis.

—Pero se podría infectar, hay que lavarla.

—He dicho que la guardes, hazme caso. —Estaba acostumbrada a obedecer, así que no rechistó.

Salí fuera para ver cómo les iba a los demás chicos que ocupaban los otros tubos de metal, todos parecían estar bien.

Se oyeron gritos en las vías. Me asomé por la barandilla y vi a los hombres del vagón de al lado cargando con el chico. Habían improvisado un torniquete que estaba empapado en sangre. Le faltaba el pie izquierdo. La Bestia ya se había cobrado una nueva víctima. Estaba desmayado.

—Necesitamos ponerlo en alguna parte —espetó uno de los hombres—. En lo alto no es seguro.

Lo que iba a decir era otra temeridad, mi colgante no parecía estar en plenas facultades, pero no podía dejar al chico en el tejado, necesitaba refugiarse para poder tener una oportunidad, después de toda la sangre que había perdido.

—Súbanlo aquí —grité, señalando mi refugio.

Era consciente de que no cabíamos, uno más suponía unos metros menos, así que tendría que ocupar el lugar del chico y vigilar a los pollitos desde lo alto. Les daría instrucciones a los mayores, el tramo que quedaba podrían pasarlo durmiendo, no debería haber mayor problema.

—Dios se lo pague, señor —masculló el mexicano agradecido. Lo subieron con cuidado entre tres—. Es mi hijo, se llama Sebastián, estaba tocando la guitarra, le dije que no era buena idea, pero él insistió, le dio una rama y nada pudimos hacer.

Miró al interior de mi improvisado refugio. No dijo nada. Los que viajábamos en el tren sabíamos que no todos los pasajeros iban en busca del sueño prometido, para muchos era un negocio; maras, guerrilleros, enviados de los cárteles…

Los demás volvieron a sus lugares temerosos de que la parada forzosa atrajera a los ilegales que esperaban el paso del tren para encaramarse y lograr un hueco entre el amasijo de humanidad.

Era un momento peligroso, no podía despistarme.

Ximena pudo hacer pis, me aseguré de que todos bebieran y comieran algo.

Llevábamos más de media hora parados y el dolor de cabeza me estaba matando. No me quejé. Estaba fuera, entre los tubos, apoyé la frente contra una de las barras de metal que ejercían de barandilla y respiré hondo, buscando calmar el desasosiego que sentía.

Los maquinistas y algunos de los hombres que participaron en el desenganche colaboraban para reemprender el viaje cuanto antes.

Hacía mucho que no veía un coche de policía, tampoco es que fueran a intervenir, de todos era sabido lo que ocurría sin que nadie hiciera nada.

Se oyó una bronca en la parte superior del vagón vecino, era un hombre que buscaba usurpar uno de los espacios de los que estaban abajo. No lo iba a tener tan fácil, porque las setenta u ochenta personas que ocupaban el tejado llevaban haciendo piña todo el viaje.

Un sonido sordo, contra la grava, anunció una nueva caída, se desató la algarabía, debía

tratarse del hombre que quiso colarse. Tuvo suerte de que no estuviéramos en marcha.

Estaba cansado, agobiado y necesitaba más que nunca escuchar la voz de mis hijas, asegurarme de que estuvieran bien, viajar con aquellos niños removía demasiados sentimientos en mí. No podía llamarlas sin ponerlas en peligro, así que me aguanté las ganas.

—Pero ¿qué tenemos aquí? Si es una piara de chanchitos.

Un vozarrón hosco de acento mexicano me puso en guardia.

Tres tipos se habían acercado a los cilindros y uno de ellos empezaba a encaramarse por el extremo más alejado.

—Eh, amigo, aquí no hay sitio para ti —mascullé amenazante.

—¿Y eso quién lo dice? —rio el tipo que trepaba con una botella de tequila en la mano. No llevaba mochila. Tampoco los otros dos.

Mierda, ¡esos no eran ilegales, sino problemas!

Palpé la parte de atrás de mi cinturón, allí debería estar la pistola que me dio tío José, solo quedaba vacío y piel sudada. Acababa de darme cuenta de que no estaba.

¿La habría perdido en la caída? ¿Estaría en el lugar que ahora ocupaba Sebastián?

—Ey, Diego, aquí hay un montón de cositas ricas, sube, que lo vamos a pasar bien.

Me acerqué deprisa al tipo de pelo largo y bigote, que ya estaba arriba.

—No te lo voy a repetir, bájate de aquí o tendrás problemas —gruñí.

Dejó ir una carcajada hosca.

—¿Contigo? No nos hagas reír. Eres uno y nosotros tres, queremos tu carga y la vamos a tener, ¿verdad que sí? —preguntó. Los otros tipos estaban peligrosamente cerca.

—No me toquéis los huevos, soy un seisero —proferí, como si gritarlo pudiera detenerlos.

—Y a nosotros, ¿qué?—se carcajeó el tal Diego.

—¡Enganchado! —gritó una voz a mi derecha.

Los hombres empezaron a subir al vagón contiguo. Los conductores se alejaban y yo debería estar subiendo al igual que los demás, pero no podía. La noche se había cerrado como si alguien hubiera apretado el botón de modo nocturno.

—Ven aquí, cosita linda —dijo el melenudo, agarrando a una de las niñas por la muñeca.

¡Joder!

Los otros todavía no habían subido, así que, como me enseñaron Ray y Jennings, fui al por el que me quedaba más cerca y busqué cualquier elemento que pudiera servirme como arma.

Me abalancé sobre él, golpeé uno de sus riñones con un gancho contundente que le hizo soltar la botella de tequila. La agarré al vuelo para estamparla contra el lateral de su cabeza.

—¡Ven acá, malnacido! —rugió una voz demasiado cerca de mi nuca. El pulso se me aceleró. El de la melena no había soltado a la pequeña que gritaba, estampé la botella contra el cilindro, mientras él la agarraba para arrojarla al vacío como represalia.

Noté unas manos agarrándome por detrás. Me dio igual, llevé el cuello de la botella roto hacia delante e hice lo que nunca creí posible, se lo clavé en el lateral del suyo y arrastré.

Lo hice porque en sus brazos no estaba una de esas pequeñas que yo llevaba para ser vendidas, sino mi hija. Tal y como me aconsejó Ray, pensé en que era Elena y afloró en mí todo el instinto que necesitaba para sesgar una vida.

La pequeña gritó al verse cayendo contra el suelo, y yo me vi volando fuera del vagón.

Me lanzaron por encima de la barandilla y mi cuerpo impactó de nuevo contra el suelo. Diego la saltó para patearme las costillas.

—Maldito cabrón, ¡voy a matarte! —vociferó.

Intenté agarrarlo del bajo del pantalón. No tuve suerte. Me llevé otra patada en el esternón

que me hizo vaciar los pulmones de aire.

—¡Dale, Diego! —lo jaleaba su secuaz desde arriba.

—¡Ayúdenle! —Escuché gritar a Julia, supuse que se lo pedía a los hombres de arriba porque se me nubló la vista—. ¡Él los ayudó!

—¡Cállate, perra! —Se escuchó el sonido de una bofetada—. Ese tipo iba a venderte. ¡Ese tipo iba a vender a todos esos chamacos a los pinches americanos! ¡Es un sucio coyote! —gritó para que todos lo escucharan.

El tren pitó anunciando su partida. No podía perderlo. ¡Mis hijas! ¡Ray! Saqué fuerzas de flaqueza de la desesperación que sentía, intenté arrastrarme hacia delante agarrando un puñado de tierra en el camino.

—La Bestia pide que acabe contigo y toca contentarla —susurró Diego, agarrándome del pelo para tirar de él. Amartilló su arma, me dio la vuelta y me hizo girar sobre mí mismo, para encajarla en mi boca—. No te lo tomes como algo personal, cabrón, yo solo soy el mensajero, y ahí va el mensaje —se aclaró la voz—. Recuerdos de Anita y de tu tío José, *pinche* puto. Os veréis en el infierno, león.

Pum.

CAPÍTULO 73



Ray

—¿Todo bien? —me preguntó Raven justo antes de conocer la sentencia.

Llevábamos un par de días de juicio y parecía que por fin el jurado ya había tomado una decisión.

Me masajeé las sienes.

—Sí, es solo que me ha entrado un dolor muy fuerte de cabeza, como si alguien me hubiera volado la tapa de los sesos.

—Si alguien te la hubiese volado, no sentirías nada.

—Puede que tengas razón —mascullé.

En el banquillo de los acusados estaban todos los implicados en el caso de Charlotte. Dakota tenía los ojos llorosos y estaba flanqueada por mi mejor amigo, su madre y Tony. Justo delante, teníamos al señor, la señora Thomas y su otra hija.

Saqué el móvil y miré el programa del geolocalizador para determinar la posición de Leo. Estaba en un punto de la ruta de La Bestia, en San Luís de Potosí. Lo que significaba que, seguramente, optarían por entrar por la zona de Laredo si iban directos, o la de Reynosa si cambiaban de tren.

—¿Has visto esto? —Raven me mostró su móvil, en él aparecía la noticia de una boda en la que habían fallecido prácticamente todos los asistentes excepto dos. No se daban muchos datos porque la investigación estaba bajo secreto de sumario.

—Esto sí que es una boda que te mueres —reí por lo bajo.

—No seas macabro —me riñó.

—Pone que los asistentes eran mexicanos y salvadoreños, esto huele a ajuste de cuentas o guerra entre pandilleros.

—Es posible. ¿Qué más dice?

—No mucho.

—¿No pone quién se casaba?

—Salen las iniciales, ¿por qué? ¿Estabas invitado?

—Lo dudo, ¿qué iniciales son? —Raven iba a leérmelas cuando entró de nuevo el juez para leer la sentencia, así que calló y todos nos pusimos en pie para recibirlo.

Media hora más tarde, estábamos comiendo en Chinatown, en un restaurante bastante cercano a los juzgados que nos habían recomendado por lo ricos que estaban los *dumplings*.

Teníamos que celebrar de algún modo que las condenas que el juez Meyers había impuesto estaban a la altura de las atrocidades cometidas.

Bruce no iba a escapar de la cárcel, y eso lo colocaba en el lugar exacto donde yo lo quería. En unos días, podría completar la venganza que llevaba fraguando durante años, y ya podía saborearla, mi madre se sentiría orgullosa.

Contemplé a las dos parejas que compartían mesa conmigo. Raven no dejaba de cuchichearle cosas al oído a Dakota, y esta sonreía con suavidad jugueteando con los palillos.

Tony tenía una capa de sudor perlando su frente y la mirada encendida. La mano de Samantha no estaba encima de la mesa, por lo que si mi imaginación sucia no fallaba, estaba dándole caza al atún rojo.

Ojalá Leo y las niñas hubieran estado con nosotros, me hubiese encantado hacerle la competencia a Sam y ver cuál de los dos era capaz de llevar a nuestras parejas al orgasmo más rápido, una competición así, bajo el mantel, me parecía lo más.

Saqué el móvil para no interrumpir a las dos parejas, el postre estaba al caer y yo me moría de curiosidad por obtener más datos sobre la noticia que Raven me había mostrado en el juzgado. A veces se filtraba información en algunos medios digitales, solo hacía falta saber buscar.

No llegué a entrar en Google porque el chivato de WhatsApp me avisó de que tenía un mensaje de la agente Álamo. Era un vídeo de las niñas en el que me contaban que estaban bien y nos echaban mucho de menos, tanto a su padre como a mí. Daisy no dejaba de interrumpir a Elena con sus gritos de papi y papa Dave. Magaly tenía expresión de cabreo, según Álamo, era la que más acusaba el encierro y la había pillado intentando hacerse con su teléfono. Supuse que su necesidad de hablar con Nelson tuvo algo que ver. Seguía sin su móvil, tenerlo era un riesgo que debíamos evitar.

—¿Y sabes qué? Ayer terminamos el libro de Bethany en la escuela, el siguiente es Bethany va al *culista* —Elena se echó a reír como una loca—. ¿Te imaginas? ¡Bethany irá a un médico de culos! —Magaly hizo rodar los ojos. Daisy se puso a decir culo y Álamo se carcajeaba por lo bajo, en plan peli muda, para no interrumpir a la niña.

—*Culista* no, te has comido la o —la corrigió Maggie.

—No se dice *culoista*, es *culista* —reiteró.

—Oculista, zoquete, no mira culos, sino ojos.

—¿Y para qué iba a querer Bethany que un médico le mirara los ojos? —Arrugó la frente Elena.

—Pues para ver si necesitaba gafas, ¿para qué iba a querer mirarle el culo?

—¡Por si le apestaban tanto las cacas como a Daisy! Yo creo que sufre de peste aguda.

Fue inevitable que me echara a reír y que el corazón me doliera de tanto amor. Si algo no le faltaba a Ellie era imaginación.

Álamo las instó a despedirse y mandarme un beso.

Les dijimos a las niñas que su padre tenía que ir a Soyapango por unos asuntos familiares y que yo tenía esa semana mucho lío, que no podían quedarse solas en mi piso y que, por ende, pasarían la semana con una amiga mía muy divertida. Que estudiarían *online* y no se perderían nada del curso. Que Álamo tuviera un perro llamado Sparky ayudó, era de la unidad, lo

usábamos en las misiones, por lo que estaba sobradamente entrenado para ser un buen animal y sabía hacer un montón de trucos.

Había bastante ruido, así que fui al baño para grabar un mensaje de vuelta en el que les decía lo mucho que las quería, cuánto las extrañaba y que su padre no podía llamarlas porque hacerlo desde El Salvador era muy caro, además de que la conexión era muy mala.

Odiaba mentirles, pero, por el momento, tendría que ser así por su seguridad.

—¿Dave? —me giré en redondo y parpadeé varias veces incrédulo al toparme con Elon, vestía una chaquetilla blanca y un delantal negro.

—¿Qué haces aquí?

—Curro aquí. —Tenía sentido, bueno, no que trabajara en un restaurante chino, lo hacía más en una pastelería *gourmet*, pero vamos, que le pegaba.

—¡No fastidies! ¿Les haces los postres? —Él se rascó la nuca.

—Más bien me ocupo de que los platos en los que lleguen estén limpios —arrugué el ceño.

—¿Y eso por qué? Haces unos dulces que flipas.

—Soy negro.

—Y ellos chinos. ¡No me jodas que son racistas! —Elon rio.

—Tradicionales. Su restaurante, sus cocineros, sus postres.

—Y, entonces, ¿por qué curras aquí? Habría muchos lugares en los que se te rifarían, yo conozco más de uno.

En su mirada brilló algo indescifrable, fue un pequeño instante, pero estaba allí. Reconocía el resplandor de los secretos en cuanto se me presentaban. Desvió los ojos huidizo.

—Me pilla cerca de casa, solo es por eso, bueno, y porque necesito la pasta. ¿Y tú?

Vale, no me lo quería decir, captaba la indirecta.

—He venido con Raven, su chica y unos amigos. Nos dijeron que se comía bien y decidimos probar. Lo cierto es que los *dumplings* y el pato laqueado son una puta pasada.

—Ya… Bueno, no están mal.

—¿No te gustan? Pues tu jefe tiene un imperio, dicen que es el Elon Musk de Chinatown, casi todos los restaurantes son suyos.

—Lo sé. Oye, ha sido un placer verte, pero tengo que volver a la cocina, intentaré que sean generosos con los postres, aunque soy el último mono del garito y no es que me hagan mucho caso. ¿Nos vemos esta noche en el club?

—Sí, por cierto, menuda tajada pilló Janelle, ¿llegó bien a casa, o la dejaste durmiendo en el portal?

—Digamos que ni una cosa ni la otra —bajó el tono de voz—. Los dos íbamos muy achispados, bueno, ella más que yo. Se pasó todo el camino lanzándome pullas, tonteando y, en cuanto aparqué y fui a despedirme, su lengua terminó enterrada en mi boca.

—¡No jodas!

—Nos enrollamos, esa Minion pelirroja es de lo más persuasiva. Además, que besa de la hostia. La cosa se calentó, quiso hacerme una mamada, y Marlon nos pilló.

—¡Joder!

—Fue de lo más aparatoso, se puso a golpear la carrocería de mi cuatro latas y ella me vomitó encima.

—¡Hostia puta!

Me eché a reír imaginando la estampa.

—¡No te rías, cabrón!

—¿Te vomitó en plena garganta profunda? ¿Sabes que hay miles de vídeos de esos en las

páginas porno?, hay peña que le mola la vomitona.

—Pues a mí no y, en realidad, ni siquiera me había sacado la chorra. El vaquero y la tapicería de mi coche terminaron cubiertos por su cena, mi postre y las cervezas.

—¡Menuda estampa! Bueno, por lo menos sigues vivo, ¿vas a empezar a salir con ella?

—¡Qué va! Fue un puto error fruto de nuestras malas cabezas. Janelle es muy guapa y está como una cabra, pero no es mi tipo, nos liamos por la gilipollez del momento y el alcohol.

—Pues me extraña que Marlon no te arrancara la cabeza.

—Tentado estuvo, dudo que vuelva a hablarme, menudo capullo estoy hecho.

—Todos cometemos errores.

Un chino con malas pulgas abrió la puerta del baño y se puso a increpar a Elon en su idioma. Mi compañero del SKS hizo una mueca de disculpa, abochornado, y salió corriendo sin poder despedirse en condiciones. ¡Pobrecillo!

Regresé a la mesa y me senté de nuevo junto a Raven.

—¿Ese era Gula? —preguntó, señalando hacia la puerta por donde salían los camareros—. Me ha parecido verlo entrar en la cocina.

—Sí, trabaja aquí de friegaplatos, dice que le pilla cerca de casa.

—¿Y por qué no hace los postres?

—Juraría que su jefe es un pelín demasiado asiático, por no decir racista.

Mi mejor amigo resopló.

—Lo que es es un gilipollas si no se da cuenta de la joya que tiene en su cocina.

—Totalmente de acuerdo —choqué el puño con el suyo.

Llegaron los postres.

Sam había pedido helado frito chino, que era una bola de helado congelada rebozada en galleta triturada. Estaba acompañada por canela, azúcar *glass* y miel.

Dakota optó por barbas de dragón, algo parecido al algodón de azúcar que comen los niños en la feria. Raven, Tony y yo preferimos cafés y aceptamos una ronda de licor de flores para todos.

Cuando Sam hundió la cuchara y se la llevó a la boca, puso una cara extraña.

—¿No está bueno? —pregunté.

Ella negó, movió la lengua y escupió algo en la palma de su mano.

—¡¿Eso es un anillo?! —pregunté alucinado.

Todos miramos el hallazgo. Tony estaba impávido y seguía sudando.

Pasamos de observar la pieza para contemplarlo a él.

—¡¿Vas a pedirle que se case contigo, Robbins?! —prorrumpió Raven sagaz.

—¡No puede pedirme que me case con él, sigo casada con Bruce! —se quejó Sam en un quejido ahogado—. Debe tratarse de un error, se han confundido de mesa y el anillo era para otra mujer.

—No se trata de ningún error, era para ti, y sí, quiero casarme contigo. —Se hizo el silencio y la incomodidad estaba presente en el rostro de Tony—. No sabía cómo pedírtelo, ya sabes que no soy nada romántico y, bueno, creí que era una buena opción.

Dakota se puso a reír, Raven y yo nos sumamos sin poder evitarlo, mientras que Samantha se ponía del color de las guindillas a juego con Tony, que no sabía dónde meterse.

—La he cagado, estas cosas no se me dan bien. —A Sam se le relajó la expresión y le acarició el rostro.

—No es eso, es que es inesperado, sabes que sigo asumiendo que alguien como tú pueda quererme y… ¡Diablos! ¡Sigo casada!

—Pero vas a divorciarte, ¿no? —preguntó—. Te casaste con Wright por lo que todos sabemos, ahora ya nada te ata a él.

—Oh, mamá, por favor, ¡dile que sí! —imploró Dakota.

—Pero ¡si no le ha hecho la pregunta! —protestó Raven, metiendo el dedo en la llaga. Tony lo fulminó con la mirada.

—Hinca la rodilla, Robbins, y haz las cosas bien —me carcajeé—. Tu chica lo merece y tienes que dejarle claro que vas en serio.

—No hace falta que lo hagas —masculló Sam avergonzada.

—Sí hace falta —claudicó él, arrebatándole la joya para apartar la silla y hacer la petición con toda la formalidad que requería.

Dakota sacó el móvil y se puso a grabar la escena.

—Samantha Wright, aunque por poco tiempo, ¿me harías el inmenso honor de pedir el divorcio y convertirte en mi mujer para que pueda hacerte feliz el resto de nuestras vidas?

Sam se mordió el labio inferior, los demás comensales miraban a la pareja conteniendo la emoción y la ternura.

—Mamá —la espoleó Dakota—, ¡responde! Dile que sí.

Sam se había mostrado reticente a querer formalizar su relación con Tony debido a su diferencia de edad, no obstante, en los últimos días no se habían separado ni un instante y ya llevaban el suficiente tiempo juntos como para saber que lo suyo era real e iba muy en serio.

—¡Sí! ¡Quiero divorciarme y ser tu mujer para siempre!

El semblante de Tony se llenó de alivio y emoción. El restaurante se vino abajo por los aplausos. Tony le puso la sencilla alianza en el dedo, levantó a Samantha y la besó apasionadamente, para alegría de los presentes.

Ojalá yo pudiera hacer algo así con Leo, algún día, cuando volviera y se diera cuenta de que nos merecíamos el uno al otro.

Suspiré de felicidad y me recliné hacia atrás en la silla recreándome en la estampa.

Raven y Dakota también se besaban.

Mi móvil vibró, arrugué el ceño, por el nombre que aparecía en la pantalla, era mi jefe. Descolgué.

—Buenas tardes, director Price, ¿ocurre algo?

—Lamento interrumpir su comida, Wright, pero tenemos una emergencia.

—¿Qué emergencia? —Recuperé mi compostura.

—Es Torres, hemos perdido la señal GPS del localizador y sus constantes vitales no aparecen.

—Eso es imposible. Quizá le haya entrado humedad al colgante o puede que haya sufrido algún golpe inesperado y se haya roto la manzana.

—Ojalá fuera así, pero todo apunta a lo peor, creo que nuestro infiltrado podría estar muerto. —Dejé de respirar—. ¿Wright? ¿Sigue ahí?

—Ahora mismo voy, jefe.

CAPÍTULO 74



Leo

La sangre caliente salpicó mi rostro, al principio pensé que era mía, pero no, pertenecía a Diego, alguien le había disparado desde atrás volándole los sesos y desparramándolos en mi cara.

El tren empezaba a moverse, su secuaz seguía subido, mientras que yo estaba en el suelo, unos metros alejado y con el cuerpo dolorido.

Me quité al muerto de encima empujándolo a un lado. Como pude, me puse en pie, tambaleante. Parecía que me estuvieran acuchillando cada maldito músculo. No podía demorar más tiempo, ni siquiera para recuperar el aliento perdido; si lo hacía, me arriesgaba a que La Bestia me abandonara en mitad de la nada, sin comida, ni agua, ni refugio.

—¡Rápido, corra, apúrese, *carnal*! —escuché la voz que me gritaba desde lo alto del vagón.

Era el padre de Sebastián, en su mano estaba mi pistola, debió cogerla cuando vino a ver cómo estaba, o quizá se la encontró cuando fue a ocuparse del enganche del vagón. No podía culparlo de hacerse con ella, cualquiera hubiera hecho lo mismo. Además, gracias a su puntería, seguía vivo.

—¡No se mueva o le vuelo las tripas, perro! —amenazó al único de los tres atacantes que seguía en pie y contemplaba a las niñas.

El mexicano no dudó en meterse dentro del cilindro para ocultarse. Me puse a correr lo más deprisa que pude dado el estado de mi cuerpo.

—¡Apúrese! —me espoleó.

Tenía que hacerlo antes de que el tren ganara velocidad. Aceleré el paso con una mueca de dolor, conseguí agarrarme a una de las barandillas que sujetaban la carga y me di impulso. En el ascenso, mi colgante, que se había salido de la protección que le aseguraba la camiseta, se enganchó, y al tirar para subir, noté cómo se desprendía de mi cuello sin que pudiera hacer nada por recuperarlo, por mucho que alargara el brazo. Lo vi caer y rodar bajo las ruedas del tren, que lo aplastaron sin piedad.

Fue como si me arrancaran el pecho, porque parte de mi corazón estaba en aquel regalo que me había hecho Ray.

Apreté los dientes y seguí, ya no podía hacer nada por la manzana, pero sí por los niños que debía proteger.

El viento azotó mi cuerpo y las fuerzas me fallaron un poco, se me resbalaron los dedos y casi seguí el mismo destino que el colgante.

Remonté sudoroso, no iba a rendirme y no pensaba morir así. Busqué anclar el pie y me esforcé por trepar de nuevo.

Oí gritos, pertenecientes a las niñas, creí reconocer a Ximena en uno de ellos.

¡Mierda!

Un empujón más y me clavé el hierro en el punto más doloroso, justo donde Diego me pateó el esternón. Me quedé sin aire, tensé la mandíbula y no me di por vencido.

Por fin logré escurrirme al otro lado, me desplacé por la estrechez intentando que los tubos no me aplastaran cuando el tren cogía una curva. Al llegar al mío, me asomé y vi al mexicano tratando de llevarse a uno de los bebés, el que yo había estado custodiando. Ximena le agarraba una pierna para que no avanzara; Julia se había subido a su espalda, y Berto, uno de los niños de nueve años, lo golpeaba intentando aportar.

—¡Apartad, malditos mocosos! —espetó.

No tuvo miramientos, le dio a Berto una coz que lo llevó contra una de las paredes de metal.

—Patrón, ¡agarre y salve a los chamacos! —Era el padre de Sebastián quien me ofrecía el arma, la necesitaba si quería librarme de ese cabrón. Me acerqué un poco más a él, extendí los brazos y este me la lanzó.

Ni siquiera sabía por qué me estaba ayudando después de lo que Diego había contado a los cuatro vientos, que era un coyote y me los llevaba para venderlos a los americanos, no era momento de preguntárselo.

El tren traqueteó con fuerza y el aire la golpeó, noté cómo se escurría de mis dedos, no podía perder eso también. Logré asirla y por poco me caí a la vía en el intento. Mi ritmo cardíaco se aceleró, la visión se me nubló un poco por el sobreesfuerzo. Llevaba demasiados golpes encima y había perdido sangre por la cabeza. Tampoco ayudaba que hubiera dado casi toda mi comida a los pequeños. Tenía que ser fuerte, no podía desfallecer, ya lo haría después, cuando los pollitos estuvieran a salvo.

Gritos, llantos, regresé a la entrada del cilindro para encontrarme a Julia inconsciente en el suelo, Ximena lloraba a su lado y el bebé se desgañitaba.

—¡Cállate, estúpido! —lo sacudió el mexicano.

—¡Suéltalo! —vociferé—, si no lo haces, te mato.

El tipo se giró e interpuso el bebé como escudo.

—Si me matas a mí, lo matas a él, huevón. —No sabía qué hacer—. Suelta el arma o lo tiro a

las vías —amenazó. No parecía que llevara arma alguna. Debieron pensar que no les hacía falta.

—Si lo tiras, mueres. Si lo sueltas, te doy mi palabra de que te dejaré saltar.

—¿Saltar? ¿Estás loco, pendejo? —Di un paso hacia él porque lo vi dudar. «Los malos de verdad no dudan, son fríos y calculadores. Fíjate en su lenguaje corporal, en lo que te dice con sus movimientos», me explicó Ray—. ¡Ni un paso más! —gritó nervioso.

—Tengo que entregar la carga completa, y si no lo hago… —Chasqueé la lengua y le quité el seguro al arma para que tuviera clara la amenaza. Lo vi estremecerse, sudaba profusamente y su mirada era dubitativa—. Ya sabes cómo funciona, me pedirán la cabeza de alguien, y no estoy dispuesto a que sea la mía.

Sumé dos pasos más. Si el otro extremo no estuviera abierto, tendría muy claro lo que tenía que hacer. El tipo miró hacia atrás, tuve miedo de que cumpliera su amenaza y tirara al bebé. Nos miramos unos segundos en los que perdí diez años de vida, en un duelo de miradas en el que puse en práctica lo aprendido.

La decisión estaba en su mano, solo esperaba que escogiera bien para ambos. El viento ululó con fuerza y vi volar el bebé hacia mí. Tuve que tirar el arma al suelo en una fracción de segundo y rezar para que no se disparara accidentalmente, mientras me impulsaba hacia delante para impedir que el pequeño sufriera daño alguno.

Aquel cabronazo aprovechó para salir por el otro extremo. Tenía que asegurarme de que abandonaba el tren cagando leches. Llevé contra mi pecho al pequeño que no dejaba de llorar y se lo acerqué a Julia, quien ya había recuperado la consciencia. Le dejé el bebé entre los brazos

—¿Estás bien?

—Sí, tranquilo.

Fui a por el arma y no hizo falta que le dijera que iba a por él. Salí fuera por el mismo lugar en que el mexicano desapareció.

—Por allá —gritó el padre de Sebastián, señalando hacia delante.

El maldito cabrón había cruzado el estrecho paso entre los cilindros, apunté hacia delante, no obstante, no iba a disparar a no ser que fuera estrictamente necesario. Se dio la vuelta hacia mí. Me sonrió y le vi pegar algo en uno de los tubos. ¿Qué diablos? Al ver el puntito rojo parpadeante, me sentí James Bond en una de sus películas.

—Hasta nunca. —Se despidió el mexicano, encaramándose a la barandilla. Fue a saltar mientras yo corría intentando llegar a la bomba antes de que estallara. El tren viró en plena curva al mismo tiempo que él saltaba.

La gruesa rama de un árbol, dañada por un temporal, le atravesó el abdomen como si fuera una brocheta y lo dejó suspendido en el aire.

Arranqué la bomba lapa sin pensarlo y la lancé lo más lejos que fui capaz mientras saltaba en sentido opuesto y gritaba en el interior de uno de los cilindros «¡cuerpo al suelo!».

Crucé los dedos y recé para que no volcáramos.

La brutalidad de la explosión hizo temblar a La Bestia, que no se resintió y siguió adelante. Había despertado a algunos de los niños, que me contemplaban sin comprender nada.

—Tranquilos, ya pasó —dije, acariciando algunas de las cabezas morenas.

Fui a ver cómo se encontraban Julia, Ximena, Berto y el bebé. Todos parecían estar bien. También me aseguré de que Sebastián siguiera respirando. Y le pedí a Julia que fuera dándole agua de mi botella y se asegurara de que seguía con la pierna en alto y le fuera dando el aire. No es que fuera un experto, pero siendo bombero, nos enseñaban a atender algunas heridas.

Yo me cambiaría de vagón para ocupar el puesto del muchacho.

—Intentad dormir, yo pasaré la noche ahí arriba y seguiré velando por vosotros. ¿Vale?

—Usted no es como ellos —aseveró Julia, con su mirada oscura penetrándome.

—¿Como quiénes?

—Como ninguno.

No podía revelarle mi misión, ni quién era ni lo que pretendía, así que me limité a ofrecerle una sonrisa que esperaba le transmitiera calma.

—Descansa, y cualquier cosa…

—Yo le aviso. —Asentí.

Estaba al límite, necesitaba tumbarme como fuera. Subí al cilindro, y desde este, salté al vagón contiguo, donde el padre de Sebastián me reservaba un espacio.

—Venga aquí, patrón —señaló el hueco, y yo caminé renqueante hacia él. Hice una mueca al dejarme caer. Me tendió una botella de tequila—. Órale, dele un trago, José Cuervo lo cura todo, y usted lo necesita. Deje que le vea ese golpe de la cabeza. No se me dan mal las heridas.

—Lo he visto, a su hijo le ha hecho un buen torniquete, pero sabe que no va a aguantar más de dos horas así, ¿verdad?

—Lo sé, nuestro viaje termina en la próxima parada, no va a poder ser esta vez.

Sacó algo de su mochila y me pidió que me diera la vuelta. La sangre ya estaba seca, pero igualmente me desinfectó la herida. Apreté los dientes, no me quejé.

Cuando terminó, busqué la postura menos dolorosa.

—Me llamo Javier —se presentó.

—Lionel.

—El gringo.

—A medias, mi madre era de El Salvador. —Él asintió—. ¿Por qué me ayudó?

—Usted ayudó a mi hijo.

—Pero ese tipo le dijo que yo era un coyote. —Sabía que con ese término entendería lo que quería decirle.

—La vida me ha enseñado a no juzgar a las personas por lo que dicen de ellas, sino por lo que hacen. Usted dice poco, Lionel, pero hace mucho. —Le sonreí dando un trago a la botella para calmar los dolores—. No seré yo quien le juzgue, para eso está el Todopoderoso y la virgencita de Guadalupe.

—Su hijo está estable, Julia lo está ayudando a hidratarse, no obstante, deberán bajar e ir a un hospital lo antes posible, este viaje es demasiado largo. —Él palmeó mi brazo.

—¿Lo ve?, usted es buena gente. Que Dios y mi virgencita lo protejan.

—Me va a hacer falta, perdí mi amuleto —dije, tocando el lugar en el que hasta entonces había estado la manzana.

Uno de los muchos migrantes se puso a cantar *Color Esperanza*, de Diego Torres, en versión balada. Dicen que la música ejerce como un bálsamo, que conecta a la gente y, en esa ocasión, fue así, cuando las voces se fueron sumando hasta cantar al unísono la estrofa.

Como decía la canción, de eso iba ese viaje, de esperanza y de pintar el futuro con el corazón.

Cuando llegamos a Ciudad Victoria, ayudé a Javier a llevar a Sebastián hasta la estación.

Me ofreció una medallita de su preciada virgen.

—Se me cuida, ¿sí?

—Lo intentaré. Mucha suerte con su hijo.

—Igualmente con los chamaquitos.

Nos estrechamos la mano y salí corriendo para ocupar mi lugar en el tubo. Ojalá tuvieran toda la suerte que necesitaban.

Cuando alguien arriesgaba su vida montando el lomo del diablo como transporte, no era por inconsciencia, sino porque todo lo que dejaba atrás era mucho peor que cualquier futuro que pudiera encontrar.

Todo aquel que subía a La Bestia lo hacía con la fe del que prefiere morir intentándolo que dejarse morir por la miseria o la violencia de su país.

Llegamos a Aguas Negras sin ningún altercado más, por delante nos quedaba una travesía de varios kilómetros bajo tierra.

Tenía el móvil y no pensaba llamar a tío José para indicarle mi llegada.

Necesitaba conectarme al GPS para llegar al punto indicado, no obstante, no podía arriesgarme a presentarme allí y que nos estuvieran esperando.

Memoricé su número antes de irme, sabía que lo podría necesitar, marqué uno a uno los números y esperé que respondiera.

Su voz grave lo hizo al otro lado de la línea.

—Tenemos que hablar —respondí.

—Te escucho.

CAPÍTULO 75



JC

—¿Dónde vamos? —preguntó Anita, mirándome de reojo.

—Necesitamos desconectar, nos vendrá bien pasar un día de relax —respondí sin apartar los ojos de la carretera.

—Pero tengo que ocuparme de preparar las cosas para los funerales y…

Mi mano buscó su muslo.

—Ya me he ocupado de eso, quiero que tú y el bebé estéis lo más tranquilos posible. Llevo unos días bastante irritado y te lo quiero compensar.

—No estoy de humor como para ir a ninguna parte.

—Yo soy tu marido, sé lo que te conviene, Anita, deja que te cuide.

Ella calló al escuchar mi tono de voz cortante. Estaba inquieta, podía notarlo. La policía vino a interrogarnos, hicieron muchas preguntas, y esa inspectora metomentodo era una mosca

cojonera.

La autopsia había determinado que los invitados habían sido envenenados por cicuta, un veneno que en las cantidades adecuadas podía matar en tan solo treinta segundos.

Tenían varias líneas de investigación abiertas y, al parecer, una recaía sobre nosotros, los únicos supervivientes.

Llevaba unos quince minutos respondiendo a sus preguntas cuando me hizo una que me descolocó.

—He visto que se dedican a la extinción de incendios —masculló la inspectora sentada frente a mí en el despacho. Anita se había retirado a la habitación para tumbarse un rato por las náuseas.

—Así es.

—No hace mucho hubo uno en Queens que se cobró varias vidas.

—Algo he oído, sí —respondí incómodo—. ¿Qué tienen que ver los incendios con el asesinato de mis familiares y los de mi difunto concuñado?

—Quizá nada, pero soy muy meticulosa. —Me inquietaba su mirada escrutadora y la manera en que movía el bolígrafo—. Últimamente, parecen quemarse muchas casas en esta zona, casas que su empresa custodia para que no ocurra nada y…, ¿sabe?, una de las personas que falleció en el incendio era la mujer de uno de sus extrabajadores, es curioso que solo le sonara.

—No entiendo a qué viene todo esto, ¿Queens entra dentro de su jurisdicción? ¿Está intentando culparme también de esos incendios? Yo protejo casas, no causo incendios. Además, no sé qué pretende. ¡Han asesinado a más de cien personas y todavía no ha habido ni una sola detención! Si no me hubiera marchado y mi mujer estuviera embarazada, ¡también estaríamos muertos! Debería estar buscando a los culpables y no metiendo las narices en nuestro trabajo.

—En ello estamos, señor Valdés. Para su información, como ha comentado antes, estoy al cargo de esta investigación, y yo decido lo que es importante y lo que no. Y ya que estamos, también en lo que meto mis narices. Si quiere que dé con los culpables, tengo que ser concienzuda y entender quién podría tener algún interés en matarles. ¿Podría decirme si su extrabajador, el que perdió a su esposa en el incendio, se marchó por voluntad propia o porque lo despidió? No sería la primera vez que un trabajador descontento y deprimido hiciera algo de lo más inoportuno contra el que cree causante de sus desgracias.

—Lionel no pudo hacerlo, ni siquiera estaba en el país. —Ella alzó las cejas, y yo me maldije por dentro, no tendría que haberme precipitado dándole esa respuesta.

—Vaya, ahora sí que lo recuerda. ¿Y cómo sabe eso?

—No sabía al edificio que se refería porque, como usted misma ha anotado, ha habido muchos últimamente. La salida del señor Torres de mi empresa fue voluntaria. —Ella se puso a anotar en su libreta—. Nos vimos poco después de que saliera del hospital, yo le di las condolencias por lo de su mujer y me dijo que tenía previsto viajar a ver a su familia, todos eran de El Salvador.

—Ya… —Pulsó el botón de retracción del boli varias veces, lo que me puso más nervioso todavía.

—Disculpe, inspectora, pero tengo muchos asuntos que resolver estos días, ¿hay algo más en lo que la pueda ayudar? —Ella cerró el bloc y me ofreció una sonrisa tensa.

—No, muchas gracias por su amabilidad, señor Valdés, le agradecería que se mantuviera bien comunicado estos días, por si necesito volver a hablar con usted.

—Descuide.

En cuanto ella se marchó, me llené un vaso de whisky. *Algo no encajaba y no tenía muy claro qué era, pero la sensación estaba ahí, consumiéndome las tripas.*

Me sonó el móvil, era un teléfono desconocido con prefijo de México. Quizá fuera algún familiar de los Vargas. Estaba jodido. En plena operación de los pollitos.

—¿Sí?

—Tenemos que hablar —reconocí de inmediato la voz de Lion.

—Te escucho —respondí, con el corazón latiéndome con fuerza.

—No sé si estás metido en esto, pero si querías matarme, no hacía falta que me mandaras a por los pollitos.

—¿De qué demonios me hablas? —Fue entonces cuando Lion me puso al corriente de lo que había pasado.

Miré la casa que quedaba frente a nosotros, era una mansión colonial del siglo XIX, completamente restaurada, en un lugar de lo más discreto.

Anita contempló las verjas y arrugó el ceño.

—No sabía que aquí hubiera un *spa*. ¿Dónde has encontrado este sitio?

—Alguien me habló de él en el último acto benéfico al que acudimos, ahora no recuerdo quién. Verás cómo te sentirás mejor en cuanto nos atiendan.

Llamé al botón, la verja se abrió y conduje hasta la entrada principal. Los suelos eran de mármol blanco, el mostrador de madera oscura, y olía a limpio. La casa estaba rodeada de unos amplios jardines que pertenecían a la propiedad.

Me acerqué al mostrador.

—Buenos días, soy el señor Valdés, y ella es mi esposa. —La recepcionista, una guapa rubia que rondaría los veintitrés, me miró coqueta.

—Bienvenido, señor Valdés, les estábamos esperando, el director Sullyvan me comentó que llegarían sobre las doce, todo está listo, ¿quiere que le muestre la habitación?

—¿Qué habitación? —preguntó Anita—. No vamos a quedarnos a dormir, solo hemos venido a relajarnos. —Ella desvió los ojos azules hacia mi mujer y sonrió.

—Por supuesto que sí, señora Valdés, por favor, tome asiento y tranquilícese.

—¿Que me siente? —Dos hombres la asieron por los brazos para acomodarla en una silla de ruedas sin demasiados miramientos.

—Pero ¡¿esto qué es?! ¡Suéltenme! ¡Julio!

—No montes un espectáculo, querida. —Me puse a su misma altura y la miré a los ojos—. Vas a quedarte aquí hasta que mi hijo nazca, puedes estar agradecida de tenerlo en el vientre y que sea mío, porque si no fuera por él, ya estarías muerta. —Ella dejó de agitarse. Y me miró—. ¿Te has divertido creyendo poder derrotarme en mi propio juego? ¿Follarte a Miguel? ¿Confabular con él a mis espaldas y traficar con mi mercancía? ¿Cómo pudiste caer tan bajo? Anoche di con tu otro teléfono, me bastó una llamada de Lion para saber de tu alianza con José. Eres una tronera estúpida, siempre te creíste mejor que las demás, Anita, ¿o debería llamarte Muerte? —La agarré de la barbilla con fuerza—. ¿De verdad pensaste que podrías eliminarme, maldita? En lo único que acertaste fue en la elección de tu *taca*, porque sí que vas a morir, en cuanto alumbres a mi heredero, me desharé de ti después de que te hayan culeado y apaleado todos los hombres que se me dé la gana. Así saldarás tu deuda. ¿Te gusta la idea?

—¡No voy a parirlo! En cuanto pueda, ¡mataré a tu hijo, igual que hice con los demás! —chilló. Alcé la palma de la mano y le crucé la cara. Los celadores que la sostenían ni se inmutaron.

—¡Eres una hija de las mil putas!

—¡Y tú un comemierda! Abofetéame si eso te hace sentir el hombre que no eres.

—No mereces que te roce. Lo tenías todo, un reino a tus pies, y ahora te quedarás sin nada.

—¡¿Todo?! ¿Llamas a todo a estar casada con un pipián?, ¿a un perturbado que le gusta que lo culeen por poco hombre? —Escupió contra el suelo—. Tú sí que no mereces lo que tienes, la SM-666 necesita a alguien mejor que un *big* desviado.

—Llévensela y asegúrense de que no daña a mi hijo en los próximos meses.

—Descuide, señor Valdés —comentó uno de los celadores, que aseguró las muñecas de mi mujer con unas correas.

—¡Suéltenme, *hijueputas*!

—Disfruta mientras puedas —me despedí, viendo cómo se la llevaban.

Me daba igual lo que hubieran escuchado aquellos trabajadores, sabía que la discreción en aquel lugar era máxima, al igual que los motivos que les llevaban a tener a mujeres encerradas en sus habitaciones.

Volví a acercarme al mostrador.

—Dígale al doctor Sullyvan que cuente con que el donativo que recibirá este año será mucho más generoso que el anterior.

—Se lo diré de su parte, señor Valdés, que pase un buen día.

—Igualmente.

Sería fácil encubrir la estancia de mi mujer en una clínica de salud mental con los informes adecuados, nada que unos cuantos ceros no pudieran arreglar.

Todavía no daba crédito a que Anita me la hubiera estado pegando delante de mis narices, aunque ya no volvería a hacerlo más.

Los pollitos estaban en camino, en un día y medio, Lion sería todo mío, solo tenía que librarme de esas mocosas hijas de María.

Me había costado varios días dar con la persona adecuada que lo pudiera averiguar, no obstante, ya la tenía, y no solo es que fuera la adecuada, sino que ella misma había venido a buscarme.

Me metí en el coche y marqué su número. La voz respondió al otro lado.

—¿Ya tienes la dirección?

—Sí, pero antes quiero el dinero que pactamos.

—Soy un hombre de palabra, siempre pago.

—Primero el dinero.

—Te daré el 50 % ahora y el otro 50 % en cuanto las tenga en mi poder.

—Ese no era el trato —protestó al otro lado de la línea.

—¿Lo tomas, o lo dejas? —Aguardó unos instantes.

—Lo tomo.

—¿Dónde te lo transfiero?

—Te mando el número de cuenta, en cuanto vea que está todo, te paso la ubicación.

—Perfecto. Un placer hacer negocios contigo.

Colgué.

A los pocos segundos, me llegó el lugar, envié la mitad del dinero y sonreí. No era una cantidad exorbitada, aun así, me gustaban las cosas bien hechas y negociar.

Respiré hondo. Todo iba poniéndose en su sitio, lo único que me faltaba era averiguar quién estaba detrás de los incendios, reconozco que cuando Lionel me llamó, llegué a pensar que podría tratarse de Anita o incluso de José, pero no.

Ese *hijueputa* ya debía estar muerto, me hubiera gustado hacerlo a mí mismo si hubiese

estado cerca, pero uno aprende en esta vida a priorizar y a delegar. Uno debe seleccionar bien sus muertos.

José no merecía que perdiera mi valioso tiempo.

Introduje la dirección en el GPS y arranqué el motor.

Le prometí a Lion que las protegería, debería haber aprendido que fiarse de mí no era una buena opción.

Como dijo el emperador: El César debe ser una bestia sin corazón. Es un derecho de guerra para los conquistadores tratar como les plazca a aquellos a los que han conquistado. Y yo fui el primero en conquistar al león.

CAPÍTULO 76



Magaly

Miré por la ventana y sonreí.

Le hice una señal con la mano a modo de saludo. Estaba harta de estar encerrada, necesitaba verle casi tanto como respirar.

La tarde que tirotearon a mis hermanas y a Dave fue un soplo de aire fresco. Echaba muchísimo de menos a mi madre, a Doleen y, sobre todo, a Nelson.

—Me han quitado el móvil. —Fue lo primero que le dije a mi madre con un puchero la tarde que Ray me llevó a la asociación a escondidas de mi padre—. Papá no quiere que me relacione con dieciocheros y piensa que Nelson no es una buena influencia.

—Tranquila, es normal que tu padre te quiera proteger. —Me acarició el rostro.

—Siempre fue así, desde que lo conocí, tu padre es un protector nato —admitió Doleen con cariño.

Estaba en la cocina de la asociación, tomando un refresco mientras Nelson terminaba de darse una ducha.

Llevaba tiempo encubriendo su relación, sabía que estaban juntas desde que las pillé besándose en el almacén hacía unos tres meses. No se trataba de un simple beso, jadeaban, se

acariciaban, tenían la ropa desaliñada y las manos en lugares donde no deberían estar.

Ya no era una niña pequeña, sabía lo que estaban haciendo, y la imagen me impactó.

Se me cayó el recipiente de barro que llevaba sujeto en las manos, con el que pretendía transportar algunas de las pinturas que se habían terminado. Se resquebrajó frente a mis pies, haciéndolas saltar por la sorpresa.

Quise salir huyendo, pero mi madre me frenó, no me dejó que me fuera y aguantó mi ataque de ira hasta que me calmé.

Me suplicó que la escuchara con lágrimas en los ojos y la mirada compungida. Yo no quería oír nada, acababa de pillarla poniéndole los cuernos a papá con una mujer, aunque lo del género era lo de menos, lo que más me pesaba era la traición.

—Por favor, Magaly, necesito que me escuches, si no, nunca lo vas a entender.

—Dale a tu madre la oportunidad de explicarse, por favor —me imploró Doleen.

Me costó aceptar, estaba hecha un mar de lágrimas y de rencor. Aun así, escuché, lo hice porque necesitaba aferrarme a cualquier tabla de salvación, mi mundo se hundía y ni siquiera era consciente de por qué.

Fue así como me enteré de su historia, ellas se abrieron con la crudeza de una infancia que nada tenía que ver con la mía, con una adolescencia que arrastraba el horror de un país que las crio en el seno del abuso y la violencia. Fue crudo, duro y muy doloroso.

—¿Cu-cuánto lleváis juntas? —Ellas se miraron—. ¿Cuánto tiempo llevas engañando a papá? —pregunté más directa.

—Solo llevamos un año. Me costó asumir que tenía sentimientos por Wendy, en El Salvador, ser homosexual está muy mal visto, ni siquiera sabía que me gustaban las mujeres hasta que ella regresó a mi vida y la amistad que compartíamos se convirtió en otra cosa. Sé que para ti no debe ser fácil de comprender. Al principio, tampoco lo fue para mí. La relación con tu padre nunca ha sido la de una pareja tal y como tú la concibes. Tanto él como yo no sentimos amor romántico el uno por el otro. Formamos una familia, nos cuidamos, pero no hay pasión, no hay mariposas en el estómago, no hay… —se calló.

—¿Sexo? —Sus mejillas enrojecieron.

—No. Tu padre también es distinto y no quiero que lo juzgues por eso. Él te adora, os adora a las tres y os ha criado como si fuerais suyas. —Todo estaba siendo muy fuerte y difícil de comprender.

De algún modo, sentía que no conocía a aquellas personas que eran mis padres. Por primera vez, los vi como hombre y como mujer, más allá de las personas que me habían criado, que me daban de comer a mí y a mis hermanas, que pese a no ir sobrados, intentaban que no tuviéramos ninguna carencia. Ninguno de los dos lo habían tenido fácil en la vida.

—¿Hay algo más que deba saber? —Ellas volvieron a mirarse, y mi madre asintió.

—Daisy es mi hija.

—¿Estamos criando a la hija de tu novia? —pregunté incrédula.

Sabía que mi hermana pequeña era adoptada, pero no que era de Doleen.

—El hombre con el que estaba casada Wendy era un maltratador, tuvo que huir de él y esconderse, sigue viviendo en Nueva York, de hecho, vive en Brooklyn. La última paliza que le dio casi provocó que perdiera a Daisy, por eso casi nunca sale a la calle.

—Por eso y porque mi hermano sigue vivo. Aunque eso cambiará, tenemos un plan para que lo metan en la cárcel y no salga nunca más.

—Dios mío —me masajeé las sienes—. Y papá piensa que la madre de Daisy la abandonó en la puerta de la asociación.

—Tenía que decirle algo, lo estábamos protegiendo. Es por su bien.

—¿Por su bien? ¡Lo habéis engañado todo este tiempo!

—Si mi hermano me descubre o mi marido… No queremos herir a Lionel. Se lo contaremos todo cuando hayamos hecho justicia, nos merecemos ser felices de una vez.

—¿Y él? ¿Qué pasará con nosotros? ¿Con nuestra familia?

—Lo solucionaremos, te lo prometo, conseguiremos que esto funcione, ayúdanos a hacerlo posible, Magaly, sé que lo que te estamos pidiendo es mucho, pero… —Mi madre se calló y volvió a llorar—. La quiero, mucho, muchísimo —sus ojos se llenaron de una emoción que nunca vi dedicarle a mi padre, que se asemejaba a lo que veía en las películas o a lo que yo misma creía sentir cada vez que Nelson se plantaba delante de mí—. Cuando aquel día paseando vi un cartel en el que se necesitaban voluntarias para impartir talleres, no pensé que la vida fuera a ofrecerme una segunda oportunidad junto a ella.

—Fue como una señal, creí que había perdido al amor de mi vida en un incendio, y cuando entró por la puerta… —Me mordí el labio, había tanta emoción en ellas que era difícil no contagiarse.

—Entonces, mi padre salía contigo, pero en realidad estaba enamorado de tu hermano. Y a ti te rescató estando embarazada de mí, así que Wendy es mi tía, porque yo soy hija del que fue novio de papá, el mismo que quiso matar a su propia hermana, ¿es así? —Doleen asintió.

—Sí. Sé que es muchísima información y que ahora mismo no me gustaría ser tú porque tu interior debe ser como una olla a presión, pero las dos queremos lo mejor para todos, hablaremos las veces que haga falta contigo para que asimiles las cosas y no te genere ningún conflicto. No queremos que lo pases mal con todo esto y, sobre todo, queremos que entiendas que Julio solo puso un espermatozoide, a ti te crio el hombre más bueno y maravilloso del planeta.

Había cariño, tanto en la voz como en la expresión de Doleen.

—¿Podemos contar contigo, Magaly? Nadie se puede enterar, ni tu hermana, ni tu padre, nadie.

No me costó mucho decidir.

—No voy a hablar, pero tampoco quiero que sigamos engañando a papá.

—No podemos darte una fecha exacta, pero antes de que termine el año, todo habrá acabado.

—¿Me lo prometéis? —Las dos asintieron. Dejé que mi madre me abrazara.

—Gracias, cariño.

—Júrame que nunca nos separaréis de papá.

—Jamás. Te lo repito, encontraremos la manera de que funcione, si no fuera por tu padre, no seguiría viva, le debo mucho más de lo que sería capaz de devolverle, por eso queremos hacer esto solas y no involucrarlo. —Las creí.

—Está bien, os ayudaré.

Intenté hacerlo. El plan de Doleen y mi madre, porque para mí siempre sería Doleen, era hundir a Julio César mediante incendios provocados. Querían hacer creer a sus clientes que él y Anita incendiaban las casas de sus propios clientes para tener más trabajo, poniendo en peligro las vidas de los ricos e influyentes.

Para que todo tuviera mucho más peso, necesitaban muertos, fue así como se les ocurrió lo del incendio de nuestro edificio, y los cadáveres que habían encontrado los compraron a unos estudiantes de la universidad de medicina. Se trataba de cuerpos donados a la ciencia, dos hombres y una mujer que se aseguraron de que no tuvieran nada para que no los pudieran

reconocer.

Volví a sonreírle a Nelson. Mi madre me dio cuando fui a visitarla su propio móvil, era uno desechable, así podríamos hablar y que me fuera contando los avances. Lo escondí muy bien para que Dave y mi padre no lo encontraran, y fingí mi enfado por no recuperarlo. Lo primero que hice, cuando Nelson bajó a la cocina la tarde del tiroteo y nos dejaron a solas, fue darle mi número nuevo.

Él me acarició el rostro y me dio mi primer beso, uno dulce, muy suave, que me llenó el estómago de mariposas, igual que le pasaba a mi madre con su chica y a mi padre con Dave.

Oímos varios estruendos que pusieron fin a nuestro beso, se oyeron gritos y mi madre entró corriendo a la cocina pidiendo que nos escondiéramos.

Los únicos que estaban en la asociación aquel día eran Doleen, mi madre, Nelson y la suya. Solo ellos estaban al corriente de su historia, de que mamá seguía con vida y las estaban ayudando en todo lo posible.

Cuando nos aseguramos de que había pasado el peligro, Nelson y yo salimos a la carrera para cerciorarnos de que Dave y mis hermanas estuvieran bien. Fueron momentos de muchísima angustia.

—Magaly, ¿me ayudas a pintar el círculo de los fríos y los calientes? —Elena abrió la puerta de forma abrupta y yo me despegué de la ventana con el pulso a mil.

—¿Qué? —me salió un gallo y me llevé el móvil al pecho.

—¿Eso es un teléfono?

—¡¿Qué?! —volví a repetir, escondiéndolo en el bolsillo trasero del vaquero. Siempre lo llevaba en silencio, si lo había sacado era porque hacía unos minutos recibí un mensaje de Nelson que decía que mirara por la ventana.

—Lo que acabas de esconder, ¿era un móvil?

—Yo no tengo móvil, ¿lo recuerdas? Es una maqueta que he hecho para el instituto.

—¿Qué es una maqueta? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Pues una cosa que se parece a otra, pero de mentira, se hacen con cartón, madera, plastilina, a veces se les ponen luces, se pintan…

—Ah, ¿como las figuras de barro de mamá?

—Eso. —Me estiré la sudadera para taparlo y acercarme a ella—. A ver qué le pasa a ese círculo.

—Pues que los colores se me salen. ¿Por qué todo el mundo quiere que se queden dentro de un sitio? A mí me gusta que crucen la raya negra, y la llenen de color.

—Porque la raya negra es el límite, y los límites hay que respetarlos.

—No me gustan los límites, está más bonita de color.

El timbre sonó y Riley, la amiga de Dave, con la que estábamos pasando la semana, dijo que ella se encargaba de abrir.

Daisy estaba descansando en su cunita. Sparky, el perro que tenía encandilada a Elena, se puso a ladrar. Mi hermana lo llamó para que callara, pero este no le hizo caso.

Riley se asomó a la mirilla, me llamó la atención que no contestara, a veces actuaba de una forma extraña. Tenía los ojos puestos en su coleta castaña cuando hubo una detonación.

Su cuerpo se tambaleó y cayó hacia atrás como el de una muñeca. La moqueta verde se tiñó con su sangre.

Ni siquiera sé cómo fui capaz de reaccionar, solo sé que lo hice.

—¡Corre! —le grité a mi hermana mediana, arrastrándola al cuarto en el que se encontraba Daisy. Cerré la puerta, le grité a Elena que abriera la ventana y cogí a la bebé para sacarla de la

cuna.

CAPÍTULO 77



Ray

Podía estar en cualquier parte, ¡en cualquiera! Incluso muerto, lo cual me llenaba de desesperación.

Price me dijo que lo único que podíamos hacer era esperar y cruzar los dedos para que no se hubiera jodido todo, y a mí se me daba francamente mal esperar, así que cuando salí de currar por la noche en el SKS, conduje hasta el barrio de Julio César y monté guardia en la furgo que alquilé esa misma tarde.

Podía ser la de cualquier operario, o jardinero, la aparqué a una manzana para que no sospecharan. La calle de Valdés era de un único sentido, así que si salía de casa, pasaría irremediablemente por delante de mí.

Lo hizo, sobre las diez de la mañana, a su lado iba montada su mujer y no tenía buena cara. No me extrañaba, teniendo en cuenta que habían liquidado a su única familia en la boda de su hermana.

Fue una de las cosas que también me contó el jefe, los de homicidios ya habían asomado la nariz en el caso y lo llevaba la misma inspectora que el caso de Bruce, me alegraba porque Sepúlveda era como un maldito grano en el culo, tenía su teléfono, así que no dudé en llamarla cuando me enteré para añadir más leña al fuego y contarle lo de los incendios.

Estaba convencido de que Anita tuvo algo que ver con eso, quedamos para tomar un café, y aunque los de homicidios no eran muy de colaboraciones, escuchó con atención todas mis teorías y me dio su palabra de que, encontrara lo que encontrase, no intervendría hasta pasada la entrega de los pollitos, para no jodernos la operación y que los pequeños salieran ilesos.

Le pedí que pusiera nerviosos a los Valdés, si se veían acorralados, cometerían algún fallo, y eso era justo lo que necesitábamos. Y, en ese momento, yo seguía al Emperador y a su mujer.

Jennings estaba intentando averiguar quién nos disparó a las niñas y a mí. El coche con el que nos atacaron no aparecía por ninguna parte, debía llevar la matrícula cambiada, porque las cámaras que lo captaron nos llevaban a un callejón sin salida.

Por lo que me dijo Julio en nuestro último encuentro, no parecía estar al corriente, por lo que si no había sido él, quizá detrás de todo estuviera su mujer. ¿El motivo? Tal vez quería quitarse a las niñas y a Lionel de encima. Por cómo los vi interactuar en el club, él no parecía santo de su devoción.

Llegamos a un edificio colonial, los Valdés se adentraron en él. No tenía ni idea de qué era ese sitio. Quise buscarlo en Google, pero la cobertura era nefasta, así que le hice una foto, quizá fuera algo o quizá nada.

Necesitaba matar el tiempo como fuera, pensar en todo lo que podría haberle pasado a Leo me estaba matando en vida, y si a eso le sumaba que no podía contactar con las niñas, pues peor. Las echaba muchísimo de menos y me había sorprendido a mí mismo mirando por internet barrios residenciales con casitas bajas en los que poder darles una buena vida.

¿Cuánto había querido una familia? Pensé en mi madre, en Raven, en la suya, en nuestra infancia de mierda y, pese a todo eso, nuestras risas. Quizá la quise siempre, quizá era lo único que necesitaba para sentirme de puta madre y por eso me había dedicado en cuerpo y alma a salvar niños. Porque ellos eran la esperanza, el futuro, la vulnerabilidad personificada, la esencia de todo lo bonito que los adultos nos ocupamos de corromper.

Quería que tuvieran una oportunidad, que sintieran que había alguien que de verdad se preocupaba por ellos y que no todo era feo, aunque les hubiera tocado una infancia de mierda, como a mí, quizá incluso peor.

Volví a escuchar el sonido de un motor, era el coche de Julio, aunque solo estaba él. Arrugué el ceño y volví a mirar al edificio, tal vez se tratara de una especie de hotel, de club social para ricos o yo qué sé. Ya lo averiguaría después.

Seguí conduciendo a una distancia prudencial.

«¿Dónde narices vas, Julio?».

□□□□□

Leo

El camión apenas había hecho paradas, nada más que cuatro en veinticuatro horas de quince minutos cada una.

Tuvimos suerte de que mi llamada a Julio César pareciera poner las cosas en su sitio. Nos dieron agua, comida y, dentro de lo malo, el viaje fue tranquilo.

En dos horas y media, llegaríamos al punto de entrega, y en lo único que podía pensar era en cruzar los dedos para que todo saliera bien.

Bueno, en eso y en cómo cambiaría mi vida.

Sonreí al imaginar un futuro con Ray, con mis hijas, en un mundo en el que Julio César y la SM-666 no existieran.

Quería hacer las cosas bien, quería tener un futuro a su lado, porque él me hacía sentir mejor persona de lo que yo me sentí nunca.

Era apasionado, cariñoso, divertido y adoraba a mis hijas. ¿Qué más podía pedir?

Llevaba toda la vida reprimiéndome, viviendo con miedo, en una vida que no me correspondía. Me privé a mí mismo de la libertad de amar, y ahora comprendía por qué era Envidia, porque en realidad envidiaba la naturalidad con la que Ray asumía quién era, sus emociones, sus elecciones. En el fondo, yo quería ser como él, por eso me dio tanta rabia cuando lo conocí, porque representaba todo lo que yo quería y no podía ser.

Era gay, me gustaban los hombres, adoraba a mis hijas y amaba a Ray. Ese era yo, y si a

alguien no le gustaba, me importaría una mierda a partir de ese momento.

—Señor Lion —murmuró la voz de Ximena a mi lado.

—¿Qué?

—¿Puede comprarme usted?

—¿Cómo? —pregunté, extrañado, mirándola. Julia estaba a su lado, se habían hecho inseparables en ese viaje y me miraba de refilón.

—Q-que si puede comprarme, yo… Prometo portarme bien con usted, mi mamá me enseñó a… —No quería oírlo, porque sabía lo que madres como la de Ximena le enseñaban a sus hijas y el estómago se me revolvió.

—Escucha. Lo que tu mamá te dijo tienes que olvidarlo. —Ella frunció el ceño.

—No lo entiendo.

—A veces, los mayores nos equivocamos.

—Pero yo quiero que me compre, usted es muy bueno.

—Y yo —se oyó otra voz.

—Y yo —se sumó una tercera, hasta que fueron varias que expresaron lo mismo.

—Usted no nos pega —dijo un niño.

—Ni nos ha tocado ahí para hacernos daño —añadió otro.

—Es bueno y nos ha cuidado —se sumó Julia—, pero no puede cuidar de todos nosotros, así que no le pidáis lo que no nos puede ofrecer. —Todos se callaron.

—Es cierto, no puedo ocuparme de todos —sentencié con el corazón encogido—, pero sí prometeros que intentaré que todo salga bien y que nadie abuse de vosotros.

Julia resopló y otro de los niños mayores también.

—No prometa algo que no pueda cumplir, es mejor que seamos realistas y cada uno sepa a lo que viene a este país. Nosotros somos pollitos y usted es un coyote, por mucho que nos haya cuidado, lo ha hecho porque es su trabajo —apostilló el muchacho, que se llamaba Mateo. No había podido aprenderme todos los nombres, pero sí de los responsables de grupo.

No podía darles información que comprometiera la operación, eso seguía siendo así, por lo que debía ser muy cauto con las palabras.

—La vida me ha enseñado que rendirse nunca es una opción. Que hay que pelear hasta el último aliento, y que cuando las cosas se ponen feas, uno debe buscar la forma de reinventar el futuro. Lo único que puedo deciros ahora es que no desfallezcáis, que aunque la vida haya sido horrible, hay luz más allá. Que si lo deseáis con todas vuestras fuerzas, al final encontraréis la forma de alcanzar esos sueños que todos tenéis. No hace falta dar pasos de gigante, con pequeños avances en la dirección correcta, bastará. Descansad un rato y pensad con mucha fuerza en lo que deseáis, no dejéis que nadie os diga que es imposible, hacedlo cada día y veréis cómo al final se hará posible.

—¿A usted le pasó así, señor Lion? —preguntó Ximena.

—Estoy en ello, pequeña, estoy en ello.

CAPÍTULO 78



Magaly

—¿Era el hombre malo de los tatuajes? —preguntó Elena preocupada.

—No lo sé. No me ha dado tiempo a mirar —confesé, espoleando a mi hermana mediana a que saliera por la ventana.

Fuera estaba la escalera de incendios. Yo atranqué la puerta de la habitación con una silla, cuando una convive con hermanas pequeñas y quiere intimidad, TikTok te enseña ese tipo de cosas.

Tenía a Daisy en los brazos y no pensaba perder tiempo preguntando quién acababa de disparar a la amiga de Dave.

—Vamos, Ellie, apúrate. —Ayudé a mi hermana y saqué el móvil para marcar el número de mi madre.

Un fuerte golpe en la puerta casi hizo que se me cayera del susto.

—Rápido, Elena, corre —insistí mientras le daba a la tecla de llamada.

Vi a Nelson abajo, miraba hacia arriba con el ceño fruncido. Por suerte, estábamos en un segundo piso, y si nos dábamos prisa, podríamos llegar al suelo antes que el hombre que había matado a Riley.

—Nelson, ¡coge a Ellie! —grité, asomando un poco la cabeza. Él nos contempló sin comprender. Volví a ponerme bien y apoyé el móvil en mi oreja.

«Vamos, contesta».

Oí ladridos y otro disparo. No podía haber matado a Sparky.

—¿Magaly?

—Mamá, rápido, nos disparan.

—¡¿Qué?! ¿Dónde estáis? —Le di la dirección.

—Nelson está abajo, creo que nos han encontrado.

—¡Venid aquí, malnacidas! —rugió una voz a mis espaldas. Una bala silbó demasiado cerca de mi oído. Di un grito, Elena otro y Daisy se puso a llorar porque acababa de despertarse.

—¡Salta! ¡Yo te cojo! —le gritó Nelson a mi hermana. Ellie no lo dudó y se lanzó a sus brazos. La atrapó al vuelo.

—¡Magaly! —escuché a mi madre gritar. No podía responder—. ¡Magaly! —Me metí el móvil en el bolsillo trasero del pantalón de nuevo, tenía miedo de que se me cayera en la huida, después la llamaría si conseguía seguir viva.

Llegué al suelo, Nelson estaba ahí protegiendo a mi hermana bajo la escalera.

—¡Quiero a mi hija! —gritó la voz desquiciada, yo apenas podía respirar.

«¿Su hija?». Con todo lo que sabía, podía ser mi padre, o el de Daisy.

—¡Venid conmigo! —exclamó Nelson, utilizando la protección de las escaleras de los bloques vecinos para que no nos alcanzara ningún disparo. Él llevaba a Elena en brazos

—¿Dónde vamos?

—Al coche, no creerás que he venido a pie, Doleen me dejó el suyo para venir a verte.

—No sabía que Doleen tuviera coche, ni que tú condujeras.

—Me saqué el carné la semana pasada —respondió sin dejar de correr. Tampoco es que fuera a quejarme dadas las circunstancias.

Doblamos la esquina y allí había un vehículo bastante maltrecho. Nelson abrió la puerta, dejó a Elena en los asientos de atrás, yo di la vuelta para sentarme al lado de mi hermana, que no había dejado de llorar.

—Tranquila, Nelson va a ayudarnos y nos llevará a la asociación. —En lugar de sentarse en el asiento del piloto, se acomodó en el del copiloto—. ¿Qué haces? —pregunté sin comprender —. ¡El volante está al otro lado! —Nelson abrió la guantera.

—Ya lo sé.

Lo vi sacar un arma, quizá era para protegernos. No tenía ni idea de que Nelson tuviera una pistola. ¿O sería de Doleen?

—Lo siento, bebé —dijo apuntándonos.

La puerta del conductor se abrió y el tipo que nos disparaba se sentó dejando ir una carcajada.

—¡Qué bien lo has hecho, perro!

¿Cómo? ¿Estaban compinchados? ¿Por qué? Fui a abrir la puerta, pero estaba bloqueada. Ellie lloraba, Daisy también.

—No vas a poder salir, tienen el cierre echado —masculló Nelson—. Será mejor que te estés quieta.

—No, no lo entiendo… —murmuré con el corazón hecho pedazos—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás con ese?

—Me llamo Santos, y soy el papá de la linda bebé que llevas en los brazos.

—¿Y por qué nos disparabas? ¿La querías matar? —Él rio.

—Si hubiera querido mataros, ya estaríais muertas, fue por diversión y para haceros correr a los brazos de tu héroe. —Volvió a reír cabeceando hacia Nelson. Yo apreté a Daisy contra mí.

Ese era el tipo que casi la mató estando en el vientre de Doleen—. Me costó dar con mi querida esposa fugada y con mi hija, pero soy un tipo persistente y al final las encontré. La muy estúpida se dejó una tarjeta en una de sus chaquetas, y cuando se la puso una amiga, la encontró. Tardé un poco, eso sí.

—Nelson —supliqué—. Sabes lo que le hizo ese tipo a Doleen.

—Estaba en su derecho, era su mujer. —Lo miré horrorizada.

—Tu querido noviecito es marero de corazón. Nelson nunca quiso renegar de la mara, fue su mamá que lo obligó. Por suerte, uno de los nuestros captó su potencial en el instituto, y fíjate, hace un mes que se sometió a su *brincada* y ahora ya ha obtenido la *taca* de destructor. Creo que nuestro querido Satanás lo puso en tu camino y en el de Wendy porque quería que diera con vosotras, nadie escapa de la mara ni del diablo.

—No —susurré.

Santos arrancó.

—¡¿Dónde nos lleváis?! —pregunté.

—Sois unas güilas muy solicitadas. Hay mucha gente que quiere teneros, entre ellos… El Emperador.

—¿Quién es el Emperador? —El pulso me iba a mil. La cabeza me daba vueltas y en lo único que podía pensar era en cómo salir sin que sufriéramos ningún daño.

—Tu padre —respondió Nelson—. El que te engendró.

Él conocía toda la historia, había sido mi paño de lágrimas y confesiones, conocía cada uno de mis secretos, y Doleen había pensado que su madre y él eran personas en las que confiar.

—¡Mi papá no es emperador, trabajaba de bombero! —proclamó Elena.

—Tu papá era… —empezó Nelson.

—¡Calla! —grité.

—Su papá es el mismo que el mío y no es ningún emperador.

Por suerte, no insistieron. Santos se dirigió a Nelson.

—¿Le has llamado?

—Sí —respondió él.

No tenía sentido que nos llevaran hasta él, según me había contado mi madre, los de la SM-666 y Barrio-18 eran rivales. Miré por la ventana para ver si alguien me veía, no obstante, era imposible porque estaban tintados.

—¿Y? —insistió Santos. Nelson no nos dejaba de apuntar.

—Se lo tragó.

—Es un cerote. Valiente *hijueputa* el Emperador. Se la metiste doblada, al final todo llega, nadie se ríe de los dieciocheros y queda indemne. Y él pensando que te compró… —Santos dejó ir una carcajada—. De esta no va a librarse como ocurrió con el veneno. Si sale bien la operación, seré el *palabrero* de la *clica* de Nueva York y tú mi segundo, vamos a ser muy grandes, *man*.

No entendía nada de lo que estaban hablando, pero estaba convencida de que era malo, muy malo.

Apreté a Elena contra mi costado.

—Eh, tú, ¡la bastarda! —proclamó, mirándome por el espejo interior—. Suelta a mi hija y dásela al destructor.

—Está bien conmigo —protesté.

—Si me la da, no voy a poder apuntarlas bien. —Santos lanzó un bufido.

Miré a Nelson a los ojos buscando al chico que me aceleraba el corazón, por el que se me

desataron miles de mariposas cuando me dio mi primer beso, sin embargo, ya no quedaba nada de él.

—¿Vamos a morir? —preguntó Elena, quien no había dejado de gimotear.

—Todos moriremos alguna vez, ¿no te enseñaron eso ya? —preguntó el marido de Doleen sin apartar los ojos de la carretera.

Acuné a Daisy y pensé en cómo íbamos a poder salir de esa.

«¡El móvil! ¡Lo llevaba todavía en el pantalón y no había colgado la llamada!».

Quizá mi madre lo hubiera hecho al ver que no contestaba, o quizá no y estaba escuchando. Intenté recordar cómo lo había metido, juraría que no lo hice con el micro hacia abajo. Crucé los dedos. Ojalá nos estuviera escuchando.

—¿Dónde vamos? —pregunté, mirando las indicaciones por si podía darle alguna pista.

—Pronto lo verás.

Encendió la radio y dudé que fuera a decir algo más.

CAPÍTULO 79



Leo

Cuando faltaba una hora para llegar al punto de entrega, seguí las instrucciones de Price. Abrí el móvil desechable, que me dio José, puse la dirección que me hizo memorizar para poder contactar con ellos de manera indetectable y le di al botón. No había podido cargar el teléfono, me quedaba un veinte por ciento de batería y no sabía si los datos que le había puesto serían suficientes. Esperaba que sí.

Miré de reojo todas aquellas cabecitas sucias repletas de temores, ojalá pudiera tranquilizarlos más allá del discurso que les había dado.

Noté un apretón en el brazo. Era de Ximena, quien no se había separado ni de mí ni de Julia desde que nos montamos en el camión.

—¿Pasa algo?

—Solo quiero que sepa que he rezado por usted, por todos nosotros y he pensado en cómo quiero que sean las cosas cuando lleguemos.

—Eso está muy bien, Ximena.

—¿Tiene hijos?

—Sí, tres niñas.

—¿Están con su mamá?

—No, su mamá murió en un incendio. —Ella asintió.

—Mi papá también murió, cuando lo hizo, casi nos quedamos sin nada. Mamá hizo lo que

pudo, hasta que el hambre nos retorcía las tripas.

—Sé lo que es pasar hambre —me solidaricé.

—Un día vino un extranjero, le dijo a mamá que podía ayudarnos. Sí…, bueno… Si podía jugar con una de nosotras un rato. —Mis puños se cerraron con violencia—. Nos miró a todas y dijo que yo le parecía la más bonita, que si jugaba con él, tendríamos comida suficiente para una semana.

Había vivido en Soyapango el suficiente tiempo para saber que esas cosas pasaban, aun así, seguía estremeciéndome por dentro y llenándome de ganas de arrancar cabezas.

—No hace falta que me lo cuentes ni recuerdes esas cosas.

Ella me ofreció una sonrisa triste y asintió.

—Dolió mucho, pero comimos. Y, bueno, mamá me dijo que a veces hay que hacer sac-sac-sacrificios. —«Sacrificios, qué palabra tan grande para una niña tan pequeña»—. Que la vida duele, pero que, gracias a mí, todos comeríamos.

—¡Son unos chanchos! —espetó Julia, que se había mantenido con los ojos en el techo. Sus labios estaban apretados y se enjugó un par de lágrimas concentradas en las comisuras de sus ojos negros.

Me atreví a palmear con suavidad la manita de Ximena, sabía que el contacto físico podía ser repulsivo para los pequeños y no quería hacerle más daño que el que ya había sufrido.

Ella cubrió de inmediato la mía y se arrebujó sin temor al lateral de mi cuerpo. Ojalá pudiera quedármelos a todos, aunque eso fuera un imposible.

Volví a tragarme las palabras que tenía ganas de soltarles, que estábamos en un operativo y que los americanos los rescatarían. No podía hacerlo, me mordí la lengua y crucé los dedos en un gesto infantil de buena suerte.

Price, Ray, Jennings y sus hombres asaltarían el lugar de la entrega, y todos esos niños se librarían de una muerte en vida. Ninguno de ellos merecía otro final.

☠☠☠☠☠

Ray

Nos estábamos alejando todavía más de Nueva York. Julio César tomó la I-95 y nos habíamos adentrado en el estado de Pensilvania, dirección Filadelfia. Llevaba cuarenta minutos conduciendo cuando me sonó el móvil.

—Price —saludé a mi jefe al ver su nombre en la pantalla.

—¿Dónde está?

—Persiguiendo al Emperador. —Oí varios improperios al otro lado de la línea.

—¡¿Cómo que persiguiendo al Emperador?! Cuando todo esto termine, usted y yo tendremos una charla larga.

—Por supuesto, señor, me encantará hacerlo en una cena en su casa, me han comentado que los raviolis de su mujer son los mejores de la ciudad.

—Déjese de pamplinas, Wright, tenemos a Torres localizado. —El corazón volvió a latirme muy rápido.

—¿Cómo?

—Activó el programa de rastreo, y de inmediato me puse con el operativo, va en dirección a Filadelfia. Siguió las instrucciones, lo que quiere decir que llegará en poco tiempo. —Sonreí aliviado.

—Yo también voy en esa dirección, señor. —Un cosquilleo de placer y otro de alivio me recorrieron por dentro.

—Sí, pero no va vestido para la ocasión, porque dudo que lleve su indumentaria de asalto.

—No se preocupe, tengo línea directa con el Hada Madrina y algo se nos ocurrirá para no desentonar en el baile. —Le diría a Jennings que trajera algo de material para mí. No es que no fuera armado, llevaba mi pistola encima por si la cosa se ponía intensa. Aun así, necesitaba más munición, y mi rifle de asalto no estaría nada mal.

—¡No diga estupideces, Wright! No quiero que intervenga, no en las condiciones en las que se encuentra. Siga de cerca a Valdés y no lo pierda, fin de su misión. Cuando llegue al punto de intercambio, mándeme la ubicación. Es lo único que tiene que hacer. ¿Estamos? —Iba listo si pensaba que me quedaría mirando y de brazos cruzados.

—El operativo es mío, yo tenía que dirigirlo —refunfuñé.

—Y lo habría hecho de no ser porque le dio por jugar al Correcaminos y sin avisar. Jennings estará al mando, los efectivos se están desplazando, así como las unidades de rastreo. Todo apunta a que se dirigen a algún punto del estado de Pensilvania. —Menudo lumbreras, seguro que el puesto se lo dieron a dedo. En el HSI se rumoreaba que su suegro tuvo mucho que ver—. Estoy haciendo varias llamadas para reforzar el operativo.

—¿Tiene ya la orden de registro para la casa de Valdés?

—El juez se está demorando un poco, pero la tendremos a lo largo del día. Es muy importante que, por una vez, siga mis instrucciones, nos jugamos mucho, Wright.

—Soy consciente de ello, señor.

—Pues entonces no le va a costar obedecer —gruñó—. Buena suerte.

—Gracias, señor.

En cuanto colgó, llamé a Jennings de inmediato.

—¿Dónde cojones estás?

—Jugando a la Cenicienta, al Emperador se le ha olvidado su mujer en un castillo extraño, y yo no llevo zapatos para el baile. Tráeme mis armas, ¿quieres?

—El director ha dicho…

—Ya sabes por dónde me paso yo lo que diga Price. Tráeme mis juguetes y listo, yo vigilo al cabrón de Julio.

—Vale, pero las manos quietas hasta que lleguemos.

—Seguro que no le dices lo mismo a Nessa.

—¡Cállate, capullo!

—Yo también te quiero, terroncito de azúcar.

Le colgué. Estaba de buen humor, Leo estaba vivo, las niñas custodiadas y muy pronto Julio se mudaría a la casa de sus sueños. Las cárceles de máxima seguridad eran el mejor hogar para los traficantes de niños que pretendían una ampliación de su patio trasero.

Iba a divertirme de lo lindo.

☠☠☠☠☠

JC

Me estaba acercando a la nave, y no es que estuviera de especial buen humor.

Mi hombre me confirmó lo que ya sabía, detrás del tiroteo que sufrieron las hijas de Lion estaba Anita. La muy estúpida pensó que eso me dañaría, que Lion creería que yo fui el responsable, como pasó, y por eso vino a pedirme explicaciones, y que no querría saber de mí tras la muerte de su puto y de las mocosas. Le salió mal.

Si no la había matado era porque quería al bebé, en cuanto pariera, me desharía de ella, tenía

bastantes meses por delante para pensar en un futuro a su altura, quería que sufriera, joderla del mismo modo en que ella estuvo jodiéndome a mí.

Mis hombres sujetaban las puertas de la nave, estaba en una zona granjera, separada de todo y de todos. Cerca de un pequeño helipuerto privado en el que aterrizarían algunos de los clientes.

Al camión le quedarían unos veinte minutos para llegar, por lo que tenía tiempo de recibir a las troneras de Lion.

Había conseguido bastante información, averigüé que María acudía a una asociación donde prestaba voluntariado a mujeres procedentes de las maras, que a veces llevaba a las niñas con ella y que la mayor bebía los vientos por el hijo de un dieciochero.

¿Qué podía esperarse de la hija de la heredera de Barrio-18?

Por la mente se me cruzó la posibilidad de que esa niña fuera el bebé que María me quiso colar, por edad podría ser, aunque las mujeres solían usar esas tretas para acelerar los matrimonios, y ella se moría de ganas de ser mi mujer. Todavía la recuerdo ofreciéndose a mí, insistiendo como la tronera que era.

Abrí la ventanilla y escupí.

Me daba lo mismo si esa güila era hija mía o no, mi heredero no nacería del vientre de una dieciochera, nunca.

Me gustaba ir un paso por delante de todo el mundo, era la única manera de que el enemigo no te pillara desprevenido, anticiparse, por eso me fastidió tanto que Anita se creyera con la potestad de lograr acabar conmigo, con mi imperio, necesitaría varias vidas para un hito como ese, y le quedaba demasiado grande.

Aparqué en el interior de la nave, uno de mis hombres me abrió la puerta. Y salí estirando la chaqueta del traje para abotonarme un botón.

—*Big* —me saludó Armando.

—¿Está todo listo?

—Así es, jefe. El camión está al llegar, los hombres en sus posiciones y el comité de bienvenida aguarda en el helipuerto.

—Bien, ya sabéis lo que tenéis que hacer, no quiero que nadie actúe sin mi señal. ¿Estamos? —Él asintió.

Todavía no había encontrado un buen reemplazo para Miguel, en mi fuero interno estaba guardando ese puesto para Lion, porque sabía que tarde o temprano terminaría besándome los pies y otras partes.

Se oyó el ronroneo lejano de otro motor. La nave de Santos avanzaba por el camino de tierra levantando una buena polvareda.

Sonreí. El cerote de Nelson estaba sentado en el asiento del copiloto. ¡Menudo par de ilusos! Supuestamente, yo debía creerme que eran unos renegados de la dieciocho, sabía que no era cierto, que el *big* de Barrio-18 les había pedido mi cabeza para ofrecerles Nueva York.

Tenía mis propios *pesetas* infiltrados en la ranfla del penal, mis oídos alcanzaban a escuchar todo lo que necesitaba. No había llegado donde estaba porque sí.

Sería divertido verlos esforzarse para terminar con el Emperador. Un puesto grande no se ofrecía porque sí, necesitabas echarle muchas pelotas, y esos dos eran un par de huevones de manual.

El vehículo entró custodiado por algunos de mis hombres.

Todavía no había visto a Santos en persona, nuestras conversaciones habían sido escuetas y telefónicas. Deberíamos habernos encontrado, pero con lo sucedido en la boda, fue complicado. No me pareció nada del otro mundo. Un tipo joven cuya misión le quedaba grande.

—Emperador —me saludó nada más salir del auto.

—Santo.

No se había roto la cabeza con su *taca*, se limitó a quitarle la ese final a su nombre.

«Egocéntrico».

—¿Me trajisteis la mercancía? —No perdí de vista la pistola que Nelson trataba de ocultar tras la cintura.

—La duda ofende, *man* —susurró.

Ambos abrieron las puertas. Santos sacó a una niña morena, con los ojos hinchados de tanto llorar, que se removía inquieta, estaba demasiado blanca, no parecía sentirse bien, lo que era algo normal.

Por su parte, Nelson extrajo a la réplica de María, una adolescente muy guapa que sujetaba entre los brazos un bebé que no llegaba a los dos años. Sus ojos me taladraban de un modo que yo mismo empleaba a diario.

¿Era posible que de verdad fuera mía?

Las colocaron delante del capó del coche, para que pudiera verlas bien.

—¡Es el hombre de la cruz, el diablo, Magaly, va a matarnos como dijo mamá! —chilló la niña que sujetaba Santos.

La buenecita de María hablándoles de mí. La pequeña alzó el pie y se lo clavó a su captor con saña, este la insultó y le dio una bofetada que la arrojó contra el suelo.

La pequeña gritó por la violencia del contacto y se golpeó la cabeza con fuerza contra el guardabarros. Perdió todo el color.

—¡Elena! —gritó su hermana, buscando librarse del agarre de Nelson. La niña empezó a convulsionar. Y Magaly abrió mucho los ojos angustiada—. Nelson, ¡la insulina! ¡Le está dando una subida de azúcar y no tengo su jeringuilla!

—¿Y a mí qué más me da? —preguntó el chico irritado.

—¡¿Vas a dejar que muera?! —preguntó Magaly, mirándome. Reconozco que eso tuvo su gracia.

—A mi cuñado no le importáis. Si fue capaz de disparar contra su propia hermana, no le temblará el pulso contra la bastarda de su hija. —Cabeceó hacia ella—. Dame a mi niña —dijo Santos, extendiendo los brazos.

Me costó asumir lo que ese *hijueputa* acababa de decir.

—¿De qué hablas? —pregunté sin dar crédito a sus palabras—. Tú no eres mi cuñado. Mi hermana murió en el incendio de Soyapango.

—Eso es lo que te hicieron creer, *man*, mi padre la salvó, le dio una familia, y cuando él pasó al otro barrio, yo le tomé el relevo. La muy desagradecida de tu hermana se largó preñada a ese hogar de renegadas con mi hija. Me la quitó. Así que ya ves, no eres el único del que esa chingona de Wendy logró huir. A ver cuánto tarda la zorra de nuestra Wendoleen en aparecer. —Santos le arrebató la bebé a Magaly con una sonrisa de psicópata en los labios. Mis hombres me miraron, sabían que la orden era no intervenir hasta que yo lo dijera—. Wendyyy —canturreó—. ¿Estás ya por aquí? Tu hermano y yo queremos verte —comentó, voceando al aire.

Magaly intentó librarse de Nelson, y este le arrebató el móvil del bolsillo trasero del pantalón para mostrarle a Santos que estaba en llamada.

—Las niñatas sois tan previsibles. —Se carcajeó el que hacía llamarse mi cuñado—. Has hecho exactamente lo que quería, traerla a mí. —Aumentó el volumen de su voz, dirigiéndose al aparato—: Cariño, ¿cuánto te falta para llegar? ¿Has pillado un atasco? Si no llegas pronto, igual tu hermanito quiere mostrarle a Magaly por lo que la tronera de su mamá pasó.

—¡No las toques! —chilló una voz femenina al otro lado de la línea—. ¡Voy a matarte, *hijueputa*! —Santos lanzó una carcajada.

—¿Tú y cuántas más? —se burló—. Te lo dije, cuñado, tu hermana está viva.

—Pero tú no lo vas a estar —rugí.

CAPÍTULO 80



JC

Santos intentó echar mano a su cachimba, pero yo fui más rápido. Le atravesé la carótida de un balazo. La sangre cubrió el rostro de su hija, que chilló asustada mientras el cuerpo se desplomaba contra el suelo y la pequeña rebotaba encima.

Nelson agarró a Magaly, y su arma iba de mi supuesta hija a mí. El pulso le temblaba.

—Esto te queda grande, *chavala*, elegiste mal.

—Voy a matar…

—¿A quién? ¿A ella? ¿A mí? —reí—. ¿Todavía no te ha quedado claro que esa cría no me importa? Que me da igual si uno de mis espermatozoides está ahí. Ella nunca será nada mío. ¡Mátala! —bramé.

Nelson me miró, después a ella, la duda sembraba sus ojos. Hizo algo que solo un cobarde haría, la empujó hacia delante, disparó sin mirar, creyendo que una de sus detonaciones

impactaría contra mí.

Quiso llegar al asiento del conductor. Lo dejé, quizá tuviera suerte, le echara huevos en el último momento y les pasara a todas las güilas por encima para poder atropellarme.

No lo hizo, dio marcha atrás como un cobarde y le di el único final que merecía. Avancé hacia delante varios pasos, acerté a uno de sus neumáticos, al depósito de gasolina y la última bala fue contra el líquido inflamable para hacerlo saltar por los aires.

Dieciochero a la parrilla, me encantaba el olor que desprendía.

Me di la vuelta y contemplé a Magaly corriendo con sus dos hermanas en brazos. Coraje no le faltaba. Alcé la, apunté a su rodilla, sería divertido verla caer con las otras dos.

Amartillé la *cachimba* y sonreí saboreando el impacto mientras escuchaba un chirriar de ruedas.

Pum.

☠☠☠☠☠

Ray

Un coche acababa de salir volando por los aires, el mismo que entró derrapando con Nelson dentro y un tipo que no había visto en la vida.

¿Qué hacía Nelson allí? ¡No podía ser un *homeboy* de la SM-666!

No me había podido acercar todo lo que quería al edificio, varios tiradores estaban encaramados en el tejado. Si salía a campo abierto, estaba muerto.

Un segundo coche entró derrapando, centrando la atención de los tiradores, no me dio tiempo a ver quién estaba al volante, pero era la distracción que necesitaba para colocarme en un ángulo muerto que había visto justo debajo de una de las ventanas, quedaba oculto por un tejadillo voladizo. Era ahora o nunca.

Eché a correr rezando para que Jennings estuviera al caer.

Me asomé y mi corazón colapsó. Tras el cristal sucio, vi a Magaly correr con Elena en brazos, Daisy también estaba con ellas. Mi bebé tenía el rostro cubierto de sangre y, por su mueca, estaba llorando sin parar.

Un dolor agudo me atravesó el pecho. El brazo de Julio se estiraba en dirección a las niñas. El brillo de un cañón apuntaba hacia ellas. Todas mis alarmas saltaron, no iba a consentir que las matara, antes prefería que me cosieran a balazos.

No lo pensé, alargué el brazo y disparé.

☠☠☠☠☠

María

Había dejado de respirar desde que mi móvil sonó y escuché la voz de mi hija al otro lado de la línea anunciando que les estaban disparando.

En mi cabeza, Julio las había encontrado e iba a matarlas porque quería eliminar todo aquello que le recordara a mí.

Me puse a gritar como una loca para llamar a Wendy cuando escuché el nombre de Nelson. No sabía qué pensar. Wen vino hasta mí corriendo.

—¿Qué pasa? —Le hice señal de silencio.

—Escucha. —No se oía demasiado bien, pero la voz de otro hombre había entrado en escena. La cara de mi chica se transformó.

—¡Es Santos!

—¿Tu marido? —Ella asintió lívida. ¡Las ha secuestrado junto con Nelson! Les ha disparado.

—¿Nelson? ¿Estás segura?

—¡Sí! —exclamé ahogada.

—Rápido, cojamos las armas y el coche.

—¡No sabemos dónde van! —grité.

—Sí lo sabemos, mientras el móvil no se apague, tendremos la ubicación, es fácil con el sistema de rastreo. No hay que perder tiempo, Santos es peligroso.

—¿Y por qué Nelson lo está ayudando?

—No lo sé —suspiró Wendy—, quizá Santos lo haya captado.

—¿En nuestras narices? Dios, ¡no puede ser!

Mientras Wendy conducía el coche, que teníamos escondido en el garaje del edificio anexo a la asociación, fui escuchando la conversación que mantenían. A veces se entrecortaba o no se escuchaba del todo bien.

Así comprendimos que no solo habíamos perdido a Nelson, sino que iban a llevar a las niñas con Julio. O llegábamos a tiempo, o estarían muertas.

Fueron unos kilómetros llenos de angustia y adelantamientos indebidos.

No pude dejar de llorar en todo el trayecto, sintiéndome culpable por hacerme pasar por muerta; si les pasaba algo a las niñas por mi culpa, por haberlas abandonado en busca de justicia, no me lo perdonaría nunca.

Cuando escuché a Santos dirigirse directamente a Wendy, después de revelarle a Julio que su hermana seguía con vida, que era su marido y Daisy su hija, vi cómo las manos repletas de cicatrices, que en las últimas noches me llenaron de consuelo, caricias y amor, se apretaban contra el volante y pisaba a fondo el acelerador.

—Wen… —suspiré.

—Vamos a llegar y las vamos a salvar, te lo juro, María, no podrá con nosotras, esta vez estamos preparadas, coge las armas.

Habíamos hecho clases en una galería de tiro, sabíamos fabricar bombas caseras, no quedaba nada de las mujeres indefensas que Julio una vez conoció.

Cuando llegamos al lugar que nos indicaba el GPS, vimos una nave gigantesca con aspecto de antiguo almacén en el que guardar grano. Un coche salió y estalló por los aires.

Di un grito. La explosión no detuvo la determinación que pintaba el rostro de Wen.

—¡Agárrate! —proclamó antes de volver a acelerar. Una nube de balas nos dio la bienvenida, haciendo añicos la luna delantera. Wendy derrapó entrando en el interior.

CAPÍTULO 81



JC

Mi fierro cayó al suelo y noté una quemazón en los dedos.

Me agaché y rodé por el suelo, haciendo una señal a mis hombres.

Otro coche acababa de entrar, y algo me decía que sabía con exactitud quién lo conducía. La ventanilla del copiloto bajó y una mano arrojó algo desde el interior, alcanzando el ángulo en el que estaban mis *homeboys* de la derecha.

—¡Cuidado! —rugí.

Salté hacia un lado al reconocer la bomba casera. Esta estalló despedazándolos a los dos.

—*¡Hijaeputas!* —rugí, apuntando mi arma hacia delante para disparar sin tregua a la luna delantera.

El cristal se hizo pedazos, y yo busqué la protección de mi propio coche desplazándome en dirección al lugar en el que vi resguardarse a las niñas.

Una de las ventanas de la nave se rompió y vi al puto Dave saltar a través de ella. Cambié la

dirección del disparo y detoné el arma en su dirección impactando contra él.

«Nos vemos en el infierno, cabrón».

Se oyó el sonido de un helicóptero sobrevolar el almacén. Eso no pintaba nada bien, alguien debió llamar a la policía, ¿y quién carajo había avisado a Dave? Quizá también supiera que esas dos estaban vivas. ¿Lion también lo sabía?

La cabeza me daba vueltas, no tenía tiempo de llamar al transportista para pedirle que detuviera la entrega. El camión tenía que estar a punto de llegar y también los compradores.

La puerta del conductor, del coche que acababa de acribillar, se abrió. Como si de una profecía se tratara, Wendy volvió de entre los muertos y se puso frente a mí.

—Hola, hermano, ¿me has echado de menos? Porque yo a ti sí. Ha llegado la hora de que te reúnas con la única mujer que has adorado en cuerpo y alma. Saluda a la Santa de mi parte.

Estaba intentando dispararle, pero mi arma se había encasquillado. Cuando conseguí desbloquearla, disparé contra ella para asegurarme de que no resucitara. Alguien me embistió por el lateral y la bala se incrustó en la puerta mientras me desplazaba hacia el suelo.

Noté una patada a la altura de los lumbares, Wendy apuntó hacia mí y, antes de que apretara el gatillo, uno de mis hombres la alcanzó por detrás con uno de los rifles de asalto, llegué a escuchar tres impactos. De esa ya no salía.

—¡Nooo! —gritó la zorra de María, saliendo del interior del coche para tirar otra de sus mierdas en dirección al *homeboy* que había detonado contra Wen.

Rodé por el suelo y me encontré con Dave. Mi bala no había matado al rubio, aunque sí le causó un herida en el hombro. Él había sido quien me atacó por el costado intentando hacerse el puto héroe.

Mientras la bomba de la zorra de María estallaba, ella corrió para poner a Wendy a salvo. Por mucho que quisiera, de esa no la libraba nadie.

El almacén tembló. Empezaron a escucharse coches y sirenas, nos estaban rodeando.

—Estás jodido, *man* —masculló Dave con una sonrisa que tuve ganas de borrar—. Por cierto, no me llamo Dave, soy el agente Wright del ICE, y voy a encargarme personalmente de que pagues por ser el gran mierda que eres.

—Si yo muero, tú te vienes conmigo, cabrón.

No había soltado el arma en la caída, me bastó un giro para apuntar a su cara y disparar el gatillo, pero él me ganó en velocidad y me voló los dedos que sujetaban mi fierro. Aullé del dolor mientras mi bala se perdía sin acertar.

—¡Mamá! —tronó el grito de Magaly—. ¡Necesitamos insulina, rápido!

Vi de refilón a uno de mis hombres desplazándose por una de las vigas que quedaba sobre ellas.

—¡Mátalas a todas! —ordené para que me oyera. Dave cambió de objetivo, intentó apuntarlo, pero yo pateé su muñeca.

La pistola salió despedida, él intentó recuperarla, pero yo me puse en pie rápido, lo embestí y le di un cabezazo que lo hizo trastabillar.

María salió a la carrera para proteger a sus hijas, se escucharon más gritos, más disparos, el fuego empezaba a consumir parte del almacén, lo que me hizo recordar aquella noche en Soyapango.

No iba a morir. Solo tenía una oportunidad, mi coche estaba blindado, así que montarme en él y pisar el acelerador era la única oportunidad que tenía.

Corrí hasta alcanzar la puerta del conductor, las llaves estaban puestas. Mis hombres dispararon contra el rubio para ofrecerme una posibilidad de salida. No sabía si las niñas habían

muerto o no, pero me importaba un carajo.

Conseguí meterme en el interior y arranqué el motor.

«¡Sí! ¡Adiós, cabrones! ¡Volveré reforzado!», pensé, mirando la imagen de la Santa Muerte que estaba en el salpicadero de mi nave.

La puerta de atrás se abrió y María entró completamente desquiciada.

—*¡Hijueputa!* —chilló—. ¡La has matado! ¡Vas a morir, cabrón! —Pisé el acelerador con fuerza haciéndola rebotar. La mano me dolía, aunque podía seguir sintiendo los dedos que me faltaban.

—La única que vas a morir eres tú, como debiste hacer aquella noche, maldita tronera. —Con la mano izquierda, busqué el arma oculta en un lateral del asiento, la adrenalina transformó aquella barricada de coches policiales que bloqueaban el acceso a la nave en un obstáculo salvable. Al fin y al cabo, el diablo estaba conmigo.

—¡¿Tú crees?! —preguntó María, abalanzándose hacia delante. La miré por el reflejo del espejo interior y mi sonrisa se borró al verla alzar la misma daga ritual que hice fabricar para entregarla como ofrenda en la constitución de la SM-666.

Solté el arma para agarrar el volante con la izquierda y usar la mano derecha para interceptarla, pero cuando lo hice, la hoja ya estaba abriéndome la carne y sesgándome en zigzag.

—Esto es por Wen y por mí, conseguimos vivir todos estos años de prestado e incluso ser felices la una en brazos de la otra. Morirás sabiendo que no lo conseguiste, que lo único que has cosechado es desprecio y que has sido un amargado y un infeliz.

El coche siguió desplazándose hacia delante porque, en mi intento de frenar su ataque, pisé todavía más el acelerador.

Noté el momento exacto en el que salimos volando por los aires.

Mientras, alguien rugía que no disparasen.

La última imagen que vi, mientras el techo del vehículo se hundía y dábamos vueltas de campana, fue la pesadez de la Muerte arrancándome el alma.

El movimiento del coche se detuvo en seco y creí ver la cara de Lion asomándose por mi ventanilla.

—A-ayúdame —supliqué con estertores sanguinolentos—. Te-te quiero.

Estiré los brazos hacia él. La sangre colapsaba mis pulmones y lo único que quería era ser amado por aquel hombre que siempre tuvo que ser mío. La visión se me nublaba, aun así, conseguí ver su silueta de cuclillas a mi lado.

—Tú no sabes lo que es querer. Ojalá te pudras en el infierno. —Aquel fue su último deseo, o por lo menos el que yo escuché.

☠☠☠☠☠

Leo

Cuando llegamos al punto de entrega, la policía y el HSI abrieron el camión.

Escuché explosiones, balazos y me puse de inmediato en tensión. Sabía que la operación podía complicarse, pero en el fondo esperaba que fuera lo más tranquila posible.

—Rápido, llevad a los niños al lugar seguro —dijo uno de los agentes.

—Lion… —murmuró Ximena, mirándome a los ojos con terror.

—Tranquila, ellos son los buenos, se ocuparán bien de vosotros, nos estaban esperando desde el principio, pero no os podía contar nada porque era una operación secreta. Todos vuestros

sueños van a cumplirse, Ximena, confía.

—Te lo dije, que era de los buenos —sonrió Julia en mi dirección—. Anda, bajemos.

Parpadeé varias veces hasta acostumbrarme a la luz del sol. Mis retinas llevaban sufriendo todo el trayecto.

—¿Es usted Lionel Torres? —preguntó uno de los agentes con la insignia del HSI.

—Sí —afirmé.

—Jennings me ha pedido que me ocupe de usted, venga por aquí, señor Torres.

—¿Y el agente Wright? —pregunté con la anticipación por verlo hirviéndome por dentro.

—No estoy autorizado para darle esa información, necesito que me acompañe a una de las ambulancias para que lo revisen, por favor.

Asentí sin dejar de mirar todo aquel despliegue de medios que parecía sacado de una película. Incluso un helicóptero sobrevolaba el almacén.

Me sentaron en una camilla, estaban atendiéndome el golpe de la cabeza cuando alguien gritó un: «Viene hacia nosotros».

—¡Rápido, apartaos! —vociferó una voz grave. Le pedí al sanitario que me estaba evaluando que parara.

Los dos nos asomamos y vimos el momento exacto en que un coche volaba por los aires, se elevaba por encima de la barricada de vehículos y terminaba al otro lado, dando tumbos y varias vueltas de campana. Se detuvo muy cerca de donde me curaban.

Reconocí el vehículo de inmediato, era el de Julio, fui incapaz de no acercarme a él.

Cuando lo hice, lo vi asomado por la ventana del conductor, le salía sangre por la boca y el mango de un puñal sobresalía de su cuello. No podía ser, era imposible que fuera el de…

«María», pensé de inmediato y tuve un pálpito.

Julio se puso a hablar, a pedirme ayuda y decirme que me quería.

—Tú no sabes lo que es querer. Ojalá te pudras en el infierno. —Fue todo lo que le pude desear, lo único que me producía ese ser era animadversión.

Oí gritos a mis espaldas. Alguien suplicaba que le dieran la vuelta al vehículo. Varios agentes vinieron en mi dirección para obedecer. Alcé el rostro y me topé con Ray.

Era como uno de esos héroes de guerra vestido de paisano. Estaba sucio y avanzaba con alguien entre los brazos, una mujer, no sabía de quién se trataba, pero me daba lo mismo, mi corazón latía por todo el amor que ese hombre me profesaba.

Le abrieron paso y se acercó a mí, con una mezcla de alivio y tristeza en los ojos. Tenía el corazón que era incapaz de bombear más sentimientos. Las ganas de abrazarlo y consumirme en ese abrazo eran insostenibles.

—Mi amor —me salió del alma en cuanto lo vi.

—Lo-lo siento, no he podido salvarla.

No comprendía lo que estaba diciendo hasta que me fijé en el rostro de la mujer que sujetaba. Lo tenía abrasado, la ropa estaba cubierta de sangre, habían pasado muchos años, pero, aun así, la reconocí.

—¿Wen? —pregunté.

—No ha sobrevivido. Ha recibido demasiados tiros.

—¡Rápido, esta mujer está en parada! —dijo uno de los sanitarios, forzando a Ray a dejar el cuerpo de la que fue mi novia en la ambulancia—. ¡Preparen el equipo de reanimación!

—¿Cómo es posible? —pregunté sin entender el milagro. Ray negó.

—No lo sé, pero apareció con…

—¡Aquí dentro hay otra mujer! —vociferó un agente—. ¡Tiene pulso! —miré hacia el coche

—. ¡Rápido, una camilla!

—Es tu mujer —susurró Ray.

—¿María? No puede ser ella —exhalé.

—Creo que estaba con Wendy, y no me refiero solo al coche. —Parpadeé incrédulo ante las palabras de Ray, y corrí hacia mi mujer.

—¡Necesita una transfusión urgente! —dijo uno de los médicos—. Hay que llevarla al hospital echando leches.

—Wen… Wen… —susurró ella. Yo me acerqué y le cogí la mano.

—María.

—¡Apártese!

—Soy su marido.

—¡Pues súbase a la ambulancia, nos vamos ya!

Busqué con la mirada a Ray y vi que Jennings se acercaba con mis hijas, ¿qué hacían allí las niñas?

Magaly corrió hacia mí para abrazarme con los ojos llorosos.

—Pe-pero ¿qué ha pasado? ¿Qué hacéis aquí? —cuestioné sin entender nada.

—Es largo de contar, pero estamos bien, papá, Elena ha tenido una subida de azúcar, aunque ya le han puesto la insulina y está estable.

—Señor, ¿va a subir, o se queda?

—Wen… —volvió a repetir María—. No-no quiero irme sin ella —dijo, buscando mi mirada.

—Están intentando reanimarla. Por favor, María, ya has oído al médico. —Ella negó.

—No quiero irme sin ella, no puedo hacerlo.

—Piensa en las niñas… —Mi mujer me sonrió triste, le costaba un infierno hablar.

—Ellas estarán bien contigo y con él —miró hacia Ray—. No voy a salir de esta, Lionel, lo sé.

—No digas eso. —Llevé su mano a mi boca y la besé.

—Siento mucho por todo lo que te hice pasar, por las mentiras, queríamos acabar con Julio solas por todo lo que hiciste por nosotras. Mereces ser feliz y tener una familia de verdad. Cuida de las niñas, sé que lo haréis genial.

Uno de los sanitarios elevó la voz mientras hablábamos.

—No ha habido nada que hacer, lo lamento, hora de la muerte…

Cuando me di cuenta de que se refería a Wendy, exclamé:

—¡Sigan intentándolo! ¡No pueden dejarla morir!

El médico volvió a susurrar un lo siento y le taparon la cara. Mi hija mayor se acercó a su madre con lágrimas en los ojos.

—Todo esto ha sido culpa mía, mamá, lo siento, yo no sabía que Nelson…

—Shhh. —Ella la acarició con las pocas fuerzas que le quedaban—. Te has portado como una guerrera, ahora tendrás que cuidar de tus hermanas y de tu padre. ¿Lo harás por mí?

—Mamá, no te mueras —gimoteó encima de ella.

—Hace muchos años que debí morir, la vida me premió con este tiempo de gracia para que os tuviera a ti y a tus hermanas, para que supiera qué era amar de verdad, más allá del amor de un amigo —me miró—, o el de una familia. Voy a protegeros desde allí arriba con el amor de mi vida y quiero ver solo lágrimas de felicidad. ¿Me prometes que serás feliz? —Apenas le quedaba aliento por consumir—. Hazlo por mí, Magaly.

—Te lo prometo —terminó susurrando mi hija.

—Buena chica.

María cerró los ojos con una sonrisa en los labios. Los médicos la subieron a la ambulancia, querían darle una oportunidad, aun así, yo sabía que la rechazaría, porque nadie vive si quiere morir.

Subí con Magaly para acompañarla y miré en dirección a Ray.

Estaba enjugándose las lágrimas, observándonos a unos pasos de distancia, dándonos la privacidad que necesitábamos.

—Tenemos que llevarlo a un hospital, señor, ha perdido mucha sangre.

—Está bien, pero llévenme al mismo que a ella —comentó, señalando nuestra ambulancia. Antes de que las puertas se cerraran, gritó que Jennings se ocuparía de llevar a Daisy y Ellie. Yo moví la cabeza afirmativamente, tan destrozado como lleno de amor, viendo sus labios formular un te quiero que abrazó mi corazón.

EPÍLOGO 1



Leo

Habían pasado dos meses desde que dos de las mujeres más importantes de mi vida se reunieron con mis padres.

No fue fácil asumir todo lo que había ocurrido en tan poco tiempo, sobre todo, el día que regresé de Soyapango con el cargamento de pollitos.

El camino al hospital fue duro, porque María se debatía entre la vida y la muerte, y Magaly no dejaba de decir que todo era culpa suya.

Intenté que se tranquilizara, ambos nos habíamos ocultado demasiadas cosas, y, aunque fuera su padre, el hombre que la había criado desde que vino a este mundo, no me sentía capaz de juzgarla.

La escuché en la sala de espera, frente a una infusión caliente, que era más un agua con hierbas de máquina, mientras intervenían tanto a su madre como a Ray.

Elena y Daisy descansaban en una habitación en la unidad de pediatría, las dos se habían dormido y estaban en observación, vivieron un momento muy traumático y los médicos preferían asegurarse de que todo estaba bien.

Magaly me lo confesó todo, que su irritabilidad de los últimos tiempos no fue fruto de la

edad, como yo quise imaginar, sino de la tremenda carga emocional que había estado soportando, y aunque en parte entendía lo que motivó a María, me dio rabia que sometiera a nuestra hija a una presión que no le correspondía por edad.

A ello se le sumaba que la persona de la que se creyó enamorada resultó ser una ilusión. Conocía de primera mano los sinsabores de una decepción amorosa. Tanto su madre como yo éramos culpables del mismo pecado, de haber caído rendidos a los encantos del Emperador.

—Lo he hecho todo mal. Todo —gimoteó.

—No digas eso, a mí también me ocurrió, equivocarnos en nuestro primer amor debe ser hereditario.

Me mordí la lengua de inmediato al darme cuenta de que lo que había dicho ya no tenía ningún sentido para ella. Magaly sabía que no era su padre, que era imposible que hubiera heredado algo mío.

Ella levantó la barbilla, se había acurrucado contra mi pecho para hablar, y yo le acariciaba el brazo con ternura, escuchando todo el dolor que contenían sus palabras.

—Ojalá pudiera heredarlo todo de ti. —Paseé mi mano por su cara con mimo y el corazón lleno de cariño—. Eres el mejor padre del mundo, y no quiero a otro que no seas tú. —¿Podía decir alguien tanto con tan poco? Podía. La estreché en un abrazo y le besé el pelo.

—¿Ni siquiera a Ray?

En nuestra tarde de confesiones, Magaly ya conocía el nombre del héroe que entró en nuestras vidas y en aquella nave a pecho descubierto, para intentar salvarlas a todas, sin importarle poner en riesgo su propia vida.

—¿Puedo votaros a los dos? Sois los mejores hombres que he conocido nunca. —Le sonreí y asentí. Pensando en que ya se lo recordaría cuando el amor volviera a golpear su puerta pasado un tiempo, que lo haría.

Permanecimos abrazados hasta que el médico vino a vernos. Nos comentó que habían hecho todo lo posible por María, pero que no creía que pasara de esa noche. Sus órganos estaban hechos puré y respiraba porque la tenían conectada a una máquina.

A Ray acababan de subirlo a planta, ya estaba despierto de la anestesia y su operación había ido perfecta.

Jennings, que había estado aguardando unas sillas más allá, se ofreció a quedarse con Magaly mientras yo lo visitaba. El médico fue muy estricto, solo podía pasar una persona y tenía cinco minutos, porque había terminado el horario de visitas.

Entré con cuidado, nervioso, con el pulso acelerado y tantas ganas de besarlo que ni siquiera sentía los labios.

Mis contusiones habían pasado a un segundo plano, nada me dolía después de verlo.

—Hola —lo saludé cauto.

—Hola —me sonrió—. Si digo muchas gilipolleces, tendrás que disculparme, dicen que es un efecto secundario de la anestesia.

—Entonces siempre debes andar anestesiado. —Él rio e hizo una mueca de dolor—. Perdona. —Le restó importancia con el movimiento de su mano.

—¿Cómo está María? —se interesó.

—Grave, en la UCI, la cosa no pinta bien, el médico cree que no llegará a mañana —murmuré, sentándome en el borde de la cama.

—Lo siento, me comporté como un idiota, tendría que haber registrado mejor la asociación y haberte hecho caso con el tema de Nelson, si lo hubiera hecho, tal vez…

—Shhh —lo silencié igual que hice con mi hija, poniendo los dedos sobre sus labios, conteniendo el impulso de usar mi boca para acallarlo—. Todos tenemos derecho a equivocarnos, y tú has hecho más por mí y por mis hijas que nadie. —Tomé aire y lo solté despacio—. Te quiero muchísimo, Ray, siento no habértelo dicho más a menudo, pero te garantizo que, a partir de hoy, lo voy a hacer. Quizá haya necesitado toda esta locura para darme cuenta de que lo que más quiero es una vida a tu lado, con mis hijas, para formar esa familia que siempre hemos deseado, aunque fuera cada uno por separado, porque todavía no te conocía —aclaré, tomándolo de la mano—. Adoro tu forma de hacer el capullo para sacarme de mi zona de confort. —Ray sonrió—. Ese hoyuelo que te parte la barbilla en dos y me hace desear pasar la lengua y mordisquearlo constantemente —lo tracé con el pulgar.

—Sigue, que esto me gusta y se pone interesante. —Esa vez fui yo el que sonrió.

—La ternura, la paciencia y el cariño con el que tratas a todo aquel que te importa. Tu sentido del honor, de la justicia, tu honradez al reconocerte, entenderte y no querer ser perfecto.

—Eso es discutible, soy la hostia, mi amor. —Mi sonrisa se hizo más amplia todavía.

—Adoro tu boca, tus besos, lo bien que encajan nuestros cuerpos, con ropa o sin ella. Incluso cuando me follas con las gafas puestas. —Él gruñó—. Y nuestras diferencias. —Le pasé los dedos por el pelo rubio y Ray suspiró—. Ni quiero ni puedo imaginar a otra persona más perfecta para ocupar el otro lado de la cama. Estos días fuera, viviendo la dureza de aquellos a los que solo les queda la esperanza, comprendí que la mía estaba puesta en ti, en lo nuestro, y que si tú quieres, voy a gritarle al mundo entero lo que soy, no me va a dar miedo reconocer que lo único que deseo está aquí —apoyé la mano en su pecho—, en cada latido de tu corazón. Quiero ser feliz a tu lado, Ray Wright.

—Y yo, joder, y yo.

Alargó el brazo, tiró de mi nuca y me besó. Sentí mi lugar en él, mi hogar no estaba en un bloque de ladrillos hecho cenizas, o en un minúsculo apartamento de Queens, mi hogar estaría donde estuviera ese hombre de sonrisa canalla y gafas de aviador.

Nos besamos de manera dulce, apasionada, rellenando nuestras almas con promesas de futuro, hasta que alguien llamó a la puerta y puso fin a nuestro beso, alegando que el tiempo de visita había concluido y que me había excedido algunos minutos.

Apoyé la frente contra la suya y los dos sonreímos. Ray me contempló con pereza, y yo acaricié las sábanas con envidia, quería ser yo quien pasara la noche envolviéndolo en mí.

—Volveré mañana con las niñas —suspiré, ofreciéndole un pico suave.

—Y yo me meteré desnudo en tus sueños para hacerte todo lo que no he podido estos días.

Reí, porque así iba a ser con él, una vida llena de risas y de amor incondicional. Ray lo sabía, y yo también.

EPÍLOGO 2



Ray

—¿En serio que este es mi cuarto, papi Ray? —preguntó Elena, saltando sobre la cama.

—¿Qué pone en el cabecero?

—Ellie —leyó ella entusiasmada, sin dejar de dar brincos

—Pues entonces diría que si no hay ninguna elefanta rosa, sip, es la tuya. —Ella se carcajeó y dio otro salto más alto para que la atrapara en el aire y engancharse a mí como un monito.

Nos habíamos mudado al mismo barrio tranquilo y familiar en el que residían los abuelos de Dakota, en Jersey.

Cuando la novia de mi mejor amigo se enteró de nuestra intención de buscar un hogar más adecuado donde criar a las niñas, no dudó en ofrecerse voluntaria para encontrarlo junto a su madre, que para eso trabajaba en una inmobiliaria.

Después de visitar varios lugares, la oportunidad llegó en forma de preciosa casita baja, de cuatro habitaciones, con amplio jardín y bonita caseta para perro donde descansaba Sparky, jubilado en acto de servicio tras recibir un balazo en la Operación Emperador.

—Pero ¿esto no era una fiesta de inauguración? —preguntó Raven, entrando en el cuarto—. ¿Dónde están las pintas?

—Eso pregúntaselo a Jordan y a Corey, que eran los que tenían que traer las bebidas —musité.

—Quién te ha visto y quién te ve, Ray-Ban. Con una preciosa chica entre los brazos —le guiñó un ojo a Elena—, cuando decías que te daban alergia. —Mi mejor amigo me sonrió, admirando la estampa familiar que le devolvían sus ojos.

—Hay chicas y chicas.

Ellie sonrió pizpireta. La bajé al suelo tras hacerle algunas carantoñas.

Habíamos invitado a todos nuestros amigos. Jordan nos había regalado una gigantesca parrilla alrededor de la cual estaba Leo y los *firefighters* de sus compañeros.

Los chicos del SKS también habían acudido a la inauguración de la casa, porque no solo era

eso, también nuestra despedida del club, ni Leo ni yo íbamos a volver.

Mi incorporación en el ICE tras la baja era en una semana, y los excompañeros de Leo le habían propuesto, tras la disolución de Elite Fire, formar su propia empresa de extinción de incendios.

Se mostró dubitativo, en parte porque le faltaba el dinero, pero le dije que no lo dudara, que yo se lo prestaba porque sabía que su vida era el fuego. Además, lo mío era suyo, lo suyo era mío, y ya me cobraría los intereses en la cama.

Cambiamos a las niñas de colegio. Magaly quería un cambio de aires y Ellie alucinó con el aula inmensa destinada a manualidades de su nueva escuela. Se habían integrado a las mil maravillas en el nuevo vecindario, y Elena apenas recordaba nada de lo ocurrido aquel día. La psicóloga del hospital nos comentó que no la forzáramos, que la observáramos por si veíamos en ella algún tipo de trauma, pero que si no era así, la dejáramos a su ritmo. Que había veces que, tras un episodio extremadamente traumático, el cerebro bloqueaba los recuerdos demasiado dolorosos, que lo mejor era darle espacio y no remover.

Así lo hicimos, para Ellie, su madre ya había muerto en el incendio, por lo que, tras incinerar los cuerpos de Wen y María, hicimos una ceremonia muy íntima, solo Leo, Magaly, Daisy, que todavía no se enteraba de nada, y yo. Pedimos que pusieran las cenizas en la misma urna, y las depositamos en las raíces del árbol predilecto de la difunta mujer de Leo, así, de algún modo, ambas se combinarían y pasarían a formar parte de aquel majestuoso roble centenario donde las niñas podrían ir a visitarlas cuando quisieran.

A la fiesta de inauguración, se sumó Jennings, su mujer, el pequeño David, Samantha, Tony, Dakota e incluso el director Price.

Salimos al jardín, donde Marlon amenizaba la barbacoa tocando la guitarra. Janelle hacía buenas migas con las chicas y Elon se vanagloriaba de que íbamos a chuparnos los dedos con su nueva creación.

Me acerqué a mi jefe admirando al hombre de mi vida, con las mangas de la camisa arremangadas a la altura del codo y los tipos de su unidad ayudándolo en las brasas.

«Bomberos y fuego, ¡qué extraña combinación!», reí para mis adentros.

Las llamas siempre habían formado parte de su vida y tenía todo el sentido del mundo, porque a mí me abrasaba en cuerpo y alma. Como si hubiera percibido mi mirada hambrienta, se dio la vuelta, me guiñó un ojo y me dedicó una sonrisa que me dejó temblando de ganas. Adoraba la intimidad que compartíamos, y esa noche no se iba a librar.

—Bonita casa nueva, Wright —admitió Price, alzando su cerveza.

—Todavía estoy esperando a que me invite a la suya para probar los raviolis de su mujer. —Él sonrió y le dio un trago al botellín.

—Todo llegará.

—¿Cómo va el asunto de Anita Valdés? —pregunté interesado.

La operación fue todo un éxito, pese a las bajas. No solo conseguimos la orden del juez y, por ende, toda la documentación que necesitábamos en el registro de la casa de los Valdés, sino que por fin pudimos desarticular la SM-666. No solo en Nueva York, dimos con los registros de los representantes de la mara en los distintos estados, por lo que el golpe fue aplastante, los seiseros americanos se habían visto reducidos a cenizas. Y no solo eso, también desarticulamos una importante red de pederastia y abuso infantil. Atrapamos a los compradores de los niños en el helipuerto y estaban pendientes de juicio al haber sido imputados en el mayor golpe que los Estados Unidos daba a la trata infantil.

El único fleco que se quedó suelto era el de la mujer de Julio César. Anita Valdés.

Averiguamos que el lugar en el que vi entrar a la pareja era un centro exclusivo de salud mental, no obstante, cuando fuimos a preguntar por ella y a pedir los registros de los pacientes, nadie recordaba que hubiera estado allí jamás.

—Es como si se la hubiera tragado la tierra —admitió mi jefe—. Ningún registro de entrada, ninguna visita a un paciente. Convenientemente, en el sanatorio, no había cámaras. He barajado la posibilidad de que nunca llegara a entrar, que quizá, en los jardines, la estuviera esperando alguien de la SM-666 pagado por Julio para acabar con ella. Al fin y al cabo, Julio César se había enterado de la alianza de esta con el tío de Lionel y sus intenciones de liquidarlo. Sería lo más lógico.

—Lo sería —asumí.

—Esté viva o muerta, dudo que la volvamos a ver, sería un acto suicida regresar aquí. Además, no le queda nada.

—Entonces, ¿van a dar por concluida su búsqueda?

—La pondremos en la lista de personas más buscadas, la Interpol y la CIA repartirán su fotografía; si está en algún lugar, terminará apareciendo, por ahora, no podemos hacer más.

—¿Y los niños que rescataron? ¿Están en centros de acogida? —me interesé.

—¿No te lo dije? Menuda cabeza la mía. Resulta que lo estaban hasta que un alma filantrópica creó una fundación nueva para víctimas de las maras. —Arqueé las cejas.

—¿En serio?

—Todavía queda gente con corazón y podrida de pasta que ve las noticias. Ayudará a que esos niños tengan un futuro mejor.

—Leo se va a poner muy contento. ¿Podremos visitarlos? Seguro que le encantaría.

—No veo por qué no, es una institución completamente transparente, así que les bastará con una llamada.

—Gracias, jefe.

—No hay de qué. Además, tengo una noticia que darle respecto a su puesto de trabajo.

—¿Van a despedirme por haber desobedecido sus órdenes? No me diga eso que tengo una hipoteca que pagar. —Él frunció el ceño.

—Lo van a ascender y quieren entregarle una medalla al mérito.

—¡Joder! ¿Y me lo dice así? ¿Sin más?

—Que no se le suba a la cabeza, Wright, sigo siendo su jefe y todavía puedo patearle el culo fuera del ICE.

—Se lo recordaré cuando lo hayan jubilado y yo me siente en esa butaca de piel de camello.

Price negó con la cabeza y se rio. Sabía que en el fondo le gustaba mi impulsividad, aunque no fuera a reconocerlo nunca. Se rumoreaba que en su época de máximo esplendor, el director fue tan temerario como yo.

—¿Alguien está deseando probar nuestras *Hurricane burgers*? —proclamó Leo.

Los asistentes se acercaron como buitres, el hambre apretaba y retorcía las tripas frente al apetecible aroma a barbacoa. Los chicos de la unidad se dispusieron a repartir la comida en platos reciclables.

Le dije a Price que después seguiríamos hablando y decidí acercarme a mi chico, que en ese momento hablaba con Javier y Sebastián, a los que nos fue fácil encontrar en un hospital de Ciudad Victoria. Mi jefe no pudo negarse a mi petición de traerlos a Estados Unidos después de que Leo hubiera arriesgado su cabeza, literalmente, por la misión. Y, en agradecimiento a que le hubiera salvado la vida al hombre que amaba, les alquilé mi pequeño piso a un precio simbólico. Los comienzos siempre son duros, y nosotros le debíamos demasiado.

Llegué hasta Leo, que había dispuesto nuestros bocadillos en un plato, y me abrazó por la cintura nada más me vio aparecer.

Todavía le costaba asumir su papel de novio cariñoso delante de los demás.

—¿Sabes que me pones muchísimo con ese delantal? —mascullé, mirándole la boca para darle un pico descarado.

—Me alegra saberlo, porque es lo único que pienso llevar esta noche para hacerte una buena comida. Las niñas van a pasar la noche con Sam y Dakota en casa de los abuelos. —La carcajada brotó de mi garganta. Porque ese matrimonio entrañable se había autoproclamado abus de las niñas. No habían venido a la barbacoa porque estaban en una fiesta del hogar del pensionista.

—Deseoso estoy ya de que te pongas de rodillas —gruñí.

—Uhhh, ¿suenan campanas de boda? —preguntó Dakota, acercándose con Raven.

—Más bien de mamada —la corregí—, pero, para el caso, es lo mismo. —La pobre casi se atragantó con el bocado que se había llevado a la boca.

Ya había empezado las clases en la Universidad y estaba encantada. Además, volvía a cantar de nuevo y una discográfica se había interesado por el tema que Raven quiso que grabara en el estudio para su cumpleaños.

Dakota les había dado largas porque decía que primero quería acabar los estudios. No estaba seguro de que llegara a ser así, su voz estaba hecha para embelesar al mundo, como decía el capullo de su chico.

Me separé de Leo para charlar con Raven, mientras él lo hacía con Jennings y su mujer. Habían hecho buenas migas y me alegraba. Daisy estaba correteando y jugando con el pequeño David.

—Oye, ¿estás seguro de querer visitar a Bruce?

—Lo tengo previsto para la semana que viene, sí.

—Me refiero a que si sigues con la misma idea en la cabeza. Él está en la cárcel y tú eres feliz.

—¿Te estás ablandando, Wright? —le pregunté obcecado. Él negó.

—Es solo que no quiero que te metas en líos, has alcanzado tu sueño, lo que siempre quisiste, sería una lástima que te lo estropeara.

—Necesito hacerlo para estar en paz. —Él resopló.

—Eres un puto cabezota, Ray-Ban. —Me quitó las gafas de los ojos y se las puso.

—Anda, come y calla —dije, metiéndole la hamburguesa en la boca.

Fui a por la mía. Leo me la ofreció con una sonrisa cálida.

—Te quiero, Pereza.

—Y yo a ti, Envidia.

Sentí el calor que me acunaba en su mirada oscura, porque donde había fuego, siempre ardería el pecado.

EPÍLOGO 3



Ray

Acababa de aterrizar con la cabeza hecha una jodida olla exprés.

Había estado todo el vuelo dándole vueltas a si lo que Bruce me contó en la cárcel era cierto o no.

Podría haberse inventado toda aquella parafernalia para tocarme los cojones y que le protegiera, o puede que no.

Solo había una forma de saberlo, y era visitar a mi madre.

No le había dicho que iba, así que no era de extrañar que, al llegar a su casa, no estuviera. Esperé sentado en el balancín del porche cerca de una hora, el viento frío estremecía mi cuerpo. Se notaba la llegada del invierno. El barrio se veía bastante bien, era una zona familiar parecida a la que yo me había mudado.

Un coche se acercó a la entrada, reconocí el Cadillac color granate y a su conductora. Mi madre llevaba puestas unas enormes gafas de sol de pasta negra y un pañuelo que envolvía sus rizos, ahora más cortos y teñidos de rubio platino.

Bajó del coche y, en cuanto me vio, me premió con una sonrisa llena de sorpresa. Había varias bolsas de papel en el asiento del copiloto, seguro que estaba en el súper.

—¡Ray Wright! ¡Menuda sorpresa, hijo! ¡Mírate! ¡Estás guapísimo! —me repasó mientras yo descendía los tres peldaños que nos separaban con las manos en los bolsillos.

—Hola, mamá. —Sus brazos intentaron abarcarme, aunque le fue imposible, ya no era un niño.

—Cada día estás más ancho, ¿eso es por el gimnasio? Yo debería hacer algo, estoy blandísima.

—Lo que estás es preciosa, te sientan bien el frío, los años y el rubio. —Ella me sonrió.

—Los años no le sientan bien a nadie, adulador. —Me gustaba verla bien. Anton Stern me ayudó muchísimo a que pudiera tener una vida tranquila alejada de la prostitución—. Anda, ayúdame con la compra. ¿Cuántos días te vas a quedar?

—Me marcho esta misma noche.

—¿Tan rápido? —Hizo un mohín.

—Es una visita exprés, solo quería venir a verte para hablar. —Su rictus afable se volvió un poco más tenso.

—¿Ocurre algo? ¿Es por lo del juicio? —me preguntó, cogiendo las bolsas para pasarme una.

—Algo así —respondí, avanzando junto a ella.

—Me alegro de que por fin se haya hecho justicia, mi hermano no debería salir de la cárcel en su puñetera vida, siempre fue un indeseable.

Entramos en la casa y la seguí hasta la cocina. Todo estaba ordenado y olía a manzanas con canela.

—De eso quería hablarte —le comenté, ayudándola a colocar las cosas. Mi madre era bastante maniática con eso, todo tenía su sitio y era invariable—. Fui a visitarlo a la cárcel y hablamos de ti.

Ella se giró en redondo y me enfrentó.

—¿De mí? ¿Y qué mentiras vertió ese malnacido? Imagino que no le creíste, ¿verdad? —Se había puesto a la defensiva, y eso no era buena señal. Se quitó el pañuelo, las gafas y los dejó encima de la encimera recolocándose el pelo.

—¿Qué piensas que me dijo? —pregunté suspicaz.

—Viniendo de él, cualquier barbaridad.

La mirada de mi madre era huidiza, esquiva, como si temiera que pudiera decirle algo que la pusiera en un brete.

—Coloquemos las cosas y hablemos. ¿Te parece? —Ella aceptó.

Tampoco es que le quedara otra opción. Al terminar, cogió una cerveza para mí y puso agua a hervir para hacerse un té.

Con la taza lista entre los dedos, nos acomodamos en el sofá tres plazas que quedaba delante del televisor.

—Tú dirás —comentó, poniéndose en guardia. Di un suspiro largo y vertí sobre ella toda la información que obtuve de la reunión con Bruce.

Los surcos que cruzaban su frente se hicieron más profundos, a cada una de mis palabras, apretaba más la taza, llegué a temer que la hiciera estallar.

Al terminar, la miré a los ojos, no hacía falta que dijera nada porque yo ya había averiguado la verdad a través de su lenguaje corporal, pero, aun así, necesitaba escuchárselo decir.

—¿Y bien? —pregunté.

—Todo eso son…

—Verdades como puños —concluí por ella. Me miró aterrorizada, negando con la cabeza—. No te estoy acusando de nada, mamá, sabes que yo mismo me prostituí en mi adolescencia para obtener dinero y experimentar. No soy un tío estrecho de miras, puedo llegar a entender que una chica llegue a vender su virginidad porque esté harta de la mierda que le ha tocado vivir. No he venido a juzgarte, sino a entenderte y comprender por qué me mentiste.

Ella se pinzó los lagrimales, intentando contener las lágrimas que ya se estaban escapando de ellos. Tras varias respiraciones erráticas, dejó la taza sobre el platillo, que estaba en la mesita, y me miró intensa.

—¿Y qué querías que te dijera? ¡¿Que odiaba la familia que me había tocado?! ¿Que envidiaba a mi hermano por estar rodeado de lujos y yo tener que conformarme con la ropa que nos daban de la parroquia? ¿Que me daba asco ver en lo que se había convertido mi madre mientras el holgazán de mi padre la humillaba? Si me quedaba en ese agujero, ¡iba a terminar

como ella! Con un tío cuya única misión en la vida fuera tener una mujer que le limpiara la casa, le tuviera un plato caliente sobre la mesa, la tratara como un par de zapatillas viejas y para terminar hinchándole el vientre y acostarse con alguna del gremio —respondió con rabia—. Si no te lo conté así fue porque me daba vergüenza admitirlo frente a ti. —Asentí—. Era joven y estúpida. Vi un reportaje, un programa de esos de la tele en el que salía una chica que había hecho lo mismo que quise hacer yo, vendió su virginidad a un grupo de tres hombres con dinero y se quedó embarazada de uno de ellos. Se hicieron la prueba de paternidad y, al final, el padre del niño y ella se enamoraron y tuvieron una vida de cuento.

»Los chicos habían empezado a perseguirme, todos buscaban lo mismo, un lugar caliente en el que vaciar —comentó cruda—, y me planteé si merecía la pena hacerlo con ellos o con vistas a un futuro mejor, al fin y al cabo, a esa chica no le salió mal —bufó—. No sabía cómo contactar con un grupo de hombres que tuvieran tanto, así que…

—Le pediste ayuda a Bruce.

—Sí, bueno, puede decirse que sí. Mi hermano siempre fue un cabrón, se marchó a la gran ciudad y todas las noticias que nos llegaban de él era que estaba forrado, así que si alguien podía lograrlo era él. Menuda imbécil. Vio el negocio rápido. Ni siquiera sé lo que llegó a cobrar, me dijo que me daba la mitad, pero estoy segura de que fue mucho más. Yo le dije que quería a tres hombres, guapos, jóvenes y que fueran cuidadosos. Solo un polvo por cada uno. Sabía que estaba ovulando y tenía la esperanza de que uno cuajara.

—Y no fueron tres —asumí, recordando el vídeo.

—No, tampoco fueron suaves o delicados, alguno debió ser guapo porque mírate; si te soy franca, ya ni los recuerdo. Cuando protesté el día que vinieron, mi hermano me dijo que era lo que había, que me tocaba cumplir, que ya había cobrado la pasta y que, cuantos más me follaran, más opciones tenía de que me hicieran una barriga. Que no me hiciera la estrecha, que fui yo quien se lo pedí, que le había costado mucho que alguien como ellos quisiera hacérselo a una pueblerina de baja estofa como yo, que si me desdecía… Bueno, en fin…

—Te amenazó.

—Algo así. Es cierto que yo fui quien lo propuso, aunque en última instancia intenté negarme, empecé a darme cuenta de lo tonta que había sido confiando en él, pero no pudo ser. No me siento orgullosa de la decisión que tomé, ¿podría haber hecho otra cosa? Seguramente, sin embargo, sentía miedo de las represalias, quizá en el fondo no me hubiese hecho nada. No lo sé y nunca lo sabré, aunque para mí sí fue una violación, yo lo sentí así, no quería lo que me hicieron. Se reían, me humillaban, se turnaban sin parar, uno detrás de otro o a la misma vez, pensaba que esa noche no terminaría nunca.

—Lo siento, mamá. —Ella lloraba, y yo me acerqué para abrazarla.

—Es cierto que le pedí la lista y que no me la quiso dar, pero no era para mí, sino para ti, por si me quedaba embarazada y tú querías saber. Me dijo que si la quería, tenía que volver a repetir con otros, que me buscaría más clientes. Me negué. Me sentía asqueada por lo que había hecho. No podía ni mirarme a la cara, cogí las pocas cosas que tenía y me largué. Caí en una espiral de autodestrucción de la que salí buscándome los clientes yo solita. Fue una época jodida, en la que me planteé muchas veces si me equivoqué no aceptando hacerlo otra vez, por lo menos, ahora sabríamos quién es tu padre.

—¿De verdad piensas que eso me importa? Quizá no hayas sido una madre ejemplar, pero has sido la mía. Nunca he sentido que me faltara un ápice de cariño, compartiste todo lo que tenías conmigo e intentaste hacerme la vida fácil. Me has cuidado, me has alimentado, me has dado un techo y no me abandonaste cuando la fastidié. Soportaste mis tratamientos médicos y

que yo fuera el responsable del accidente. Por feas que se pusieran las cosas, permaneciste a mi lado, sacándome a flote, ayudándome a ponerme en pie. Da igual si te equivocaste, si tu decisión fue pésima. Eras una cría, y a esa edad todos tomamos caminos de mierda que nos llevan directos contra el muro. No puedes culparte de todo. Sí, vale, tú tuviste la idea, pero fue tu hermano quien la llevó a cabo, el mismo que debió protegerte, aconsejarte y no hacerte lo que te hizo, lucrándose de ti. —Cada vez lloraba más fuerte. Mi camiseta estaba empapada—. Te quiero, mamá, y si algo he aprendido estos días es que un padre no es el que te concibe, sino el que te cría, así que tú eres para mí un 2x1 en amor.

—¡Dios, Ray! ¡No te pude parir mejor! —Sorbió por la nariz y los dos reímos.

—En eso llevas razón. Por cierto, tengo novio, una casa nueva, un perro jubilado en acto de servicio y tú tienes tres nietas preciosas que agradecerán tener una abuela con tanta experiencia.

Mi madre lloraba y reía al mismo tiempo.

—¡¿Qué?!

—Tengo muchas cosas que contarte antes de que salga el avión. ¿Tienes tiempo?

—¿Para ti? Toda la vida.

EPÍLOGO 4



Elon

Marlon entró en el vestuario y me dedicó una de sus miradas asesinas por debajo de sus rizos negros.

—En serio, tío, ¿cuánto tiempo vas a seguir así conmigo?

—Hasta que cumplas y te cases con mi hermana. ¿O crees que se me va a borrar vuestra imagen, bajo el portal de mi casa, con ella a punto de comerte la caña de chocolate? Si os hubiera pillado mi padre, ya te hubiera volado tus trufas. —Me aguanté la risa, porque sus trampantojos dialécticos habían tenido su gracia.

—No seas antiguo, hermanito, que ni siquiera llegué a degustarla, aunque indudablemente me he comido yo más pollas que tú, y si hablamos de bollitos cremosos, quizá te sorprenda —comentó Janelle con total desparpajo y un traje de pedrería entre las manos. Acababa de entrar desde el taller, aprovechando que todavía no había empezado el espectáculo.

Marlon resopló y fue en busca de su guitarra para afinarla. Me jodía estar a malas con él, sobre todo, porque su hermana y yo ya habíamos pasado página. Fue un calentón, una gilipollez, un instante que quedaría para echarnos unas risas y ya.

—¿Qué es eso que llevas en las manos? —preguntó Corey, cerrando los ojos deslumbrado.

—El vestuario de vuestro nuevo pecado.

—No sabía que Jordan hubiera contratado a alguien nuevo ya —alegué.

El *boss* estaba cubriendo a Envidia, y Pereza lo tenía adjudicado uno de los bailarines que

participó en el último *casting*, todavía estaba a prueba.

—Porque no lo ha hecho, este traje es para mí. —Lo extendió ante todos nosotros. Era una reinterpretación textil del pecado Original, con una serpiente verde brillante enroscándose en una malla color carne. Su cabeza cubría un pecho y la manzana otro. Puedes imaginar dónde iba la hoja de parra—. ¿Qué me decís? ¿Os gusta? Podría ser Eva, la tentación hecha mujer en el Paraíso. ¿Pensáis que al *boss* le podría encajar?

—Para que al *boss* le encajara, la serpiente tendría que estar saliendo de tus piernas y no enroscándose en tu cuerpo —anotó Lujuria.

—Podría lograrlo si lo tuneo. Quizá si paso por aquí la cola de la serpiente en 3D…

—¡Era broma! Jordan no va a claudicar, no quiere mujeres encima del escenario —aseveró Corey, cruzándose de brazos.

—Eso lo dices porque no me conoces, soy muy perseverante, tarde o temprano, caerá —dijo, guiñándome un ojo. Yo me reí. Marlon volvió a contemplarme como si le debiera la vida, y mi sonrisa se borró.

Tenía suficientes problemas en mi vida como para granjearme la enemistad del italoamericano, y no quería resarcirme mediante una petición de mano. Ya se me ocurriría algo para que me perdonara, quizá un tiramisú de esos que tanto le gustaban.

Cerré los ojos y respiré hondo, necesitaba reunir el dinero como fuera, y, sobre todo, aniquilar el imperio de los Yang.

Pasaría de quitar la mierda de sus platos a hundirlos en ella.

El sabor de la traición tenía nombre de pecado.

La Autora



Rose Gate es el pseudónimo tras el cual se encuentra Rosa Gallardo Tenas.
Nació en Barcelona en noviembre de 1978 bajo el signo de escorpio, el más apasionado de todo el horóscopo.
A los catorce años descubrió la novela romántica gracias a una amiga de clase. *Ojos verdes*, de Karen Robards, y *Shanna*, de Kathleen Woodiwiss, fueron las dos primeras novelas que leyó y que la convirtieron en una devoradora compulsiva de este género.
Rose Gate decidió estudiar Turismo para viajar y un día escribir sobre todo aquello que veía, pero, finalmente, dejó aparcada su gran vocación.
Casada y con dos hijos, en la actualidad se dedica a su gran pasión: escribir montañas rusas con las que emocionar a sus lectores, animada por su familia y amigos.
Si quieres conocer las demás novelas de la autora, así como sus nuevas obras, no dejes de seguirla en las principales redes sociales. Está deseando leer tus comentarios.

https://www.facebook.com/ROSEGATEBOOKS
https://www.instagram.com/rosegatebooks

¿Dónde puedo comprar los libros?

Todos los libros están a la venta en Amazon, tanto en papel como en digital.

Bibliografía

SERIE STEEL

1. Trece fantasías vol. 1

   http://amzn.to/2phPzuz

2. Trece fantasías vol. 2

   http://amzn.to/2FWjUct

3. Trece maneras de conquistar

   http://amzn.to/2pb86ta

4. La conquista de Laura

   http://amzn.to/2HAWGFT

5. Devórame

   http://amzn.to/2FULyGK

6. Ran

   http://amzn.to/2FD3sOM

7. Yo soy Libélula azul

   http://amzn.to/2FwWhDF

8. Breogán, amando a una libélula

   http://amzn.to/2DhLewl

9. Ojos de Dragón

   https://amzn.to/2wb5kdk

10. Koi, entre el amor y el honor

    https://amzn.to/2NNbtRk

    SERIE KARMA

    1.El Karma del Highlander

    relinks.me/B07FBMJ68H

    2.La magia del Highlander

    relinks.me/B07L1SBM2V

    3.Los Dioses del Karma
    relinks.me/B092RCH8HC

    SERIE SPEED

1. XÁNDER: En la noche más oscura, siempre brilla una estrella

   https://relinks.me/1092888659

2. XÁNDER 2: Incluso un alma herida puede aprender a amar

   https://relinks.me/1095485814

3. STORM: Si te descuidas te robará el corazón

   https://relinks.me/107532971X

4. THUNDER: Descubre la verdadera fuerza del trueno y prepárate para sucumbir a él

   https://relinks.me/1692776584

5. MR. STAR: Siente la ley de la pasión hasta perder el juicio.

   https://relinks.me/B081K9FNRP

6. LA VANE: Soy sexy de nacimiento y cabrona por entretenimiento

   https://relinks.me/B085RJMT1F

COMEDIAS ROMÁNTICO-ERÓTICAS:

Lo que pasa en Elixyr, se queda en Elixyr

relinks.me/B07NFVBT7F

Si caigo en la tentación, que parezca un accidente.

relinks.me/B081K9QNLH

No voy a caer en la tentación, ni a empujones

https://relinks.me/B08T1CFGWG

Hawk, tú siempre serás mi letra perfecta

relinks.me/B087BCXTWS

¡Sí, quiero! Pero contigo no.

https://www.azonlinks.com/B08PXJZHQC

THRILLERS-ERÓTICOS:

Mantis, perderás la cabeza

https://relinks.me/B0891LLTZH

Luxus, entre el lujo y la lujuria

https://relinks.me/B08HS5MMRC

ROMÁNTICA BASADA EN HECHOS REALES:

Viviré para siempre en tu sonrisa

relinks.me/B08XXN2Q3D

SERIE HERMANOS MILLER:

Hermano de Hielo

relinks.me/B098GQSPYP

Hermano de Fuego

relinks.me/B098KJGTYF

Hermano de arena

relinks.me/B09F18VL6V

Hermano de viento

relinks.me/B09L9TL5KQ

SERIE GUARDIANES:

Los Guardianes del Baptisterio

relinks.me/B09K9QKT28

La Elección de la Única

relinks.me/B0B1P24WC4

La Gran Colonización

relinks.me/B0BCSCZP8W

SERIE ENTRE MAFIAS:

Koroleva.

relinks.me/B098GQSPYP
Capuleto

relinks.me/B09ZB778JJ

Vitale

relinks.me/B0BM3NHDC3

Kovalev

relinks.me/B0BW2RSP68

En tu cuerpo o en el mío

relinks.me/B0BY3N42T5

Todo Incluido

relinks.me/B0C3JC2V7Q

SERIE KAPITAL SIN:

Ira.

relinks.me/B0CF2TJCL8

---

[1] Tener volado: tener novia en salvadoreño.
[2] Pincha: niña, en salvadoreño.
[3] Enculartе: enamorarte, en salvadoreño.
[4] Pipián: maricón, expresión salvadoreña.
[5] Huevear: robar, en salvadoreño.
[6] *Miguelean*: coquetean, en salvadoreño.
[7] *Machete, estate en tu vaina*: No te metas, expresión salvadoreña.
[8] Cerote: estúpido, en salvadoreño.
[9] Chuco: sucio, en salvadoreño.
[10] *Strike*: tirar todos los bolos de una vez.
[11] *Spare*: tirar todos los bolos de dos veces.
[12] Yunaís: Estados Unidos en salvadoreño.
[13] Pipián: gay, en salvadoreño.
[14] *Estar sin pisto*: estar sin dinero, en salvadoreño.
[15] *Andar bolo*: estar ebrio, en salvadoreño.
[16] Cachimbazo: golpe, en salvadoreño.
[17] Cipotes: niños, en salvadoreño
[18] Doblado: follado, en salvadoreño.
[19] Chiches: tetas, en salvadoreño.
[20] *Bombazo*: disparo, en salvadoreño.
[21] Ahuevado: avergonzado, en salvadoreño.
[22] Cachimbón: excelente, sensacional, en salvadoreño.
[23] Chero: amigo, compañero, camarada, en salvadoreño.
[24] *Jaima*: novia de un marero.
[25] Encachimbado: Enfadado, en salvadoreño.
[26] Chimar: Tener relaciones sexuales, en salvadoreño.
[27] Ponerse vivos: ponerse en alerta, en salvadoreño.
[28] Chante: casa, para los mareros.

[29] *Peseta*: traidor, para un marero.
[30] *Darle corte*: Castigar a un miembro de la mara.
[31] Pinchos: niños, en salvadoreño.
[32] Troneras: prostitutas, en salvadoreño.
[33] BBM: bebés mayores, así los llaman los mareros.
[34] Chancho: cerdo, en salvadoreño.
[35] *Chantys*: casas, para los mareros.
[36] Guïros: persona de corta edad que no llega a la pubertad, en salvadoreño.
[37] Chimar: follar, en salvadoreño.
[38] Pararse: ponerse dura, en salvadoreño.
[39] Encachimbado: cabreado, en salvadoreño.
[40] *Ruca*: madre de un marero.
[41] *Chavala*: miembro de una pandilla rival.
[42] *Pitufos*: policía, para los mareros.
[43] *Renteos*: Acción de exigir dinero a una o más personas, mediante amenazas a muerte, a la víctima o familiares de la misma. La intimidación se realiza a través de colaboradores de la pandilla, por medio de teléfono celular o fijo, cartas, escritos, medios informáticos y redes sociales.
[44] *Taca*: sobrenombre que te otorga la mara.
[45] *Peseta*: Traidor, dentro de la mara.
[46] *Chanty*: Casa, para los mareros.
[47] *Estar a cheles*: saldar una deuda.
[48] *Detonar*: disparar.
[49] *Vuelto y traído*: Venganza, es decir, devolver la acción que le hacen a un pandillero.
[50] *Niñas*: pandillero de una mara rival.
[51] *Hablar pajas*: decir mentiras.
[52] *Chúntaro*: término despectivo para nombrar a una persona que no pertenece a la pandilla.
[53] *Brincada*: Acción que realiza una mujer u hombre, mediante un ritual que consiste en aguantar golpes y con el único permiso de protegerse la cara y sin poderse defender.
[54] *Pegadas*: atentar contra la vida de alguien.
[55] *Andar bolo*: ir borracho.
[56] Güerita: niña
[57] *Accionar*: atentar contra la vida de una persona.
[58] *Meter casaca*: mentir a alguien.
[59] Cuetiar: Disparar contra una persona con arma de fuego
[60] *Pasarse de vivo*: ir de listo.
[61] Dar una cachimbiada: dar una paliza o castigo físico.
[62] Cuchumbo: recipiente
[63] Chulona: desnuda.
[64] Encahimbado: enfadado.
[65] Bichas: niñas.
[66] Cuca: coño.
[67] Güilas: niñas que no han llegado a la pubertad.
[68] Lana: dinero.
[69] Güerita: persona rubia.
[70] Pisto: dinero
[71] Llevar a nadar: ahogar a alguien.
[72] Güero: rubio.